Francisco Veiga, Carlos González-Villa, Steven Forti, Alfredo Sasso, Jelena Prokopljević, Ramón Moles

PATRIOTAS INDIGNADOS

Sobre la nueva ultraderecha en la Posguerra Fría
Neofascismo, posfascismo y nazbols



Alianza editorial

FRANCISCO VEIGA
CARLOS GONZÁLEZ-VILLA
STEVEN FORTI
ALFREDO SASSO
JELENA PROKOPLJEVIĆ
RAMÓN MOLES

PATRIOTAS INDIGNADOS

SOBRE LA NUEVA ULTRADERECHA EN LA POSGUERRA FRÍA

NEOFASCISMO, POSFASCISMO Y NAZBOLS

Alianza editorial

Índice

INTRODUCCIÓN

Berenguer (a Juan): Se ve que no sales de tu asombro. Era un rinoceronte y bien, sí, ¡era un rinoceronte!… Está lejos… está lejos…

Juan: Pero, veamos, veamos… ¡Es inaudito! Un rinoceronte en libertad en la ciudad, ¿eso no te sorprende? ¡No deberían permitirlo! (Berenguer bosteza). ¡Ponte la mano delante de la boca!…

Berenguer: Sí… sí… No deberían permitirlo. Peligroso. No lo había pensado. No te preocupes más, estamos fuera de alcance.

Juan: ¡Deberíamos protestar ante las autoridades municipales! ¿Para qué sirven las autoridades municipales?

EUGEN IONESCU, *Rinoceronte* (1959)

Ha aparecido **Hitler** a lomos de un unicornio rosa en Ucrania?¿Todavia no? ¿pues no me **posiciono**.

TNT @MidnighInMadrid 3 de may.2014

Mantenga una actitud positiva. Incluso si nuestras calles se están quemando debido al «enriquecimiento cultural», recuerde que nuestros oponentes liberal-izquierdistas ya han perdido. Simplemente todavía no han dejado de respirar. Tenga esto en cuenta y propague mensajes positivos y alentadores para elevar la moral en nuestras filas y ganar posibles reclutas. La gente quiere unirse al bando ganador. Demuéstreles que estamos ganando y que nunca nos cansaremos de ello.

JOAKIM ANDERSEN, ideólogo sueco de la nueva ultraderecha identitaria. Creador del blog Motpol.nu

El presente libro es el resultado de las investigaciones y debates inscritos en un proyecto I+D subvencionado por el Ministerio de Economía y Competitividad, titulado «Perfiles de la extrema derecha europea en la posguerra fría.

Tendencias transideológicas y transversalidad de las bases sociales» y con código de referencia: HAR2015-68452-P. Entre los investigadores se cuentan uno con formación de jurista, varios politólogos e historiadores y una arquitecta, pero el trabajo resultante es un ensayo de Historia actual sobre la evolución de un fenómeno político multiforme que normalmente se agrupa bajo la denominación común de «ultraderecha», pero que engloba variantes diversas y, sobre todo, el fenómeno del posfascismo, del cual no se puede intuir cuál será su evolución a corto o medio plazo. La complejidad en el desarrollo de esta fenomenología se pone especialmente de relieve al considerar cómo los jóvenes herederos del viejo fascismo histórico han buscado con ahínco distanciarse del indeseable legado que este dejó. No hacen ningún secreto de ello, al contrario[1]. Y en buena medida lo han conseguido, lo cual les ha supuesto importantes réditos electorales en los últimos años, y más especialmente, desde el desencadenamiento de la Gran Recesión de 2008, que se recrudeció en Europa dos años más tarde. Esta maniobra explica los éxitos electorales de formaciones como Frente Nacional / Rassemblement Nacional francés, la Liga Norte, Alternativa por Alemania, Vox, Jobbik o el movimiento identitario en general.

Marcar distancias forma parte de una maniobra consciente, pero también es producto de la natural evolución política que marcan las diferentes épocas: 1919-1945 y 1991-2018. Lo cual quiere decir que no necesariamente el fascismo histórico y la nueva ultraderecha sean exactamente lo mismo y nos lleven a iguales consecuencias. Eso no pretende exculpar o edulcorar lo que pueda salir de la presente evolución de la ultraderecha. De momento hay un sentimiento común de patriotismo o incluso identitarismo indignado: ante los efectos de la Gran Recesión, que han destruido la promesa

de una clase media universal; ante el neoliberalismo triunfante en 1991, que no pudo evitar esa crisis económica y traicionó sus promesas; ante una izquierda que no supo transformarse a tiempo ni defender su propio legado histórico, ni a las clases populares en apuros o que soñaban con reconvertirse en clase media; ante la globalización, que para muchos trajo más amenazas apocalípticas que bendiciones progresistas.

A partir del actual patriotismo airado —que en muchos aspectos recuerda el panorama multiforme del primer fascismo europeo entre los años 1919 a 1923— la evolución puede ir en varios sentidos; algunas predicciones son terribles, mientras otros indicios podrían sugerir transformaciones más inocuas, en sentido de terceras vías, socialismos-nacionales atenuados o posfascismos administrativos «tiernos», no consolidados, conservando la tranquilizadora envoltura de democracias liberales. Los largos paréntesis sin gobierno en Bélgica o España o la parálisis parlamentaria en Cataluña son ejemplos cercanos que podrían haber sugerido la posibilidad de que los ejecutivos o legislativos de la democracia parlamentaria pueden ser sustituidos, ni que sea parcialmente, por la mera inercia administrativa.

No es tarea de este libro predecir el futuro, sino tan sólo analizar el pasado reciente con perspectiva académica. Es por ello que esta obra se inscribe en el género de la Historia actual o del tiempo presente. Aun así, la redacción de estas páginas estuvo sometida a frecuentes replanteamientos en función de los desafíos interpretativos que planteaban los éxitos de la ultraderecha europea y americana en estos últimos años y más precisamente a partir de 2016. El triunfo del Brexit, los nuevos caudillismos —desde Duterte en Filipinas a Erdoğan en Turquía pasando por la victoria electoral de Bolsonaro en

Brasil—, la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca, el repunte de Vox en España y, sobre todo, el denominado «gobierno Salvini» (gobierno Conte, en realidad) en Italia, supusieron muchas jornadas de debates y búsqueda de la correspondiente documentación contrastada. Aun así, hubo que prescindir de actualizaciones apresuradas que podían distorsionar las conclusiones teóricas de fondo sobre el auge de la ultraderecha en general, bajo sus diversas formas.

Esto pone sobre el tapete una importante aclaración acerca de la estructura argumental de este libro, que no se basa en el estudio de la moderna ultraderecha a partir del repaso de los considerados partidos característicos de esa opción en un determinado país o a escala europea. Dicho de otra manera, no hemos trabajado a base de elaborar listas inclusivas o exclusivas. A nuestro modo de ver, esa manera de acercarse al fenómeno de la multiforme ultraderecha actual resulta reduccionista. Supone, por ejemplo, que una formación política debe ser considerada fascista sólo si presenta determinados rasgos de principio a fin. Nuestro planteamiento es menos entomológico y más ecológico: existen partidos que se «fascistizan» temporalmente, que toman parte de la dialéctica o del estilo gestual de esa opción y la utilizan, para volver (o no) posteriormente a sus postulados políticos tradicionales. Por ello, los esfuerzos por catalogar como ultraderechistas o neofascistas a tales o cuales formaciones pueden resultar una tarea sisífica o terminar en construcciones y deconstrucciones periódicas de laberintos mal diseñados.

Pero sobre todo, lo interesante es que el lector saque sus propias conclusiones ante partidos o enunciados políticos que en la actualidad pueden estar jugando bazas de la nueva ultraderecha, que no son las mismas de antaño. Argumentos identitarios, conductas posfascistas, posturas

nazbol: todo ello es susceptible de desarrollarse en un contexto parlamentario, haciendo profesión de fe democrática y recogiendo apoyos y votos de personas bienintencionadas pero confundidas por desinformadas. Y eso no es complicado que suceda, ni es inusual. El posfascismo, por ejemplo, no es un fenómeno tan nuevo ni tan lejano; baste recordar la ley de esterilización eugenésica en vigor en el cantón suizo de Vaud, y que se aplicó entre 1928 y 1985 con castraciones forzadas aplicadas a personas con trastornos mentales[2]. Pero un caso más contundente fue, sin lugar a dudas, el de las leyes eugenésicas vigentes en Suecia entre 1935 y 1975 —aprobadas en el Parlamento— que se saldaron con 63.000 esterilizaciones y 4.500 lobotomías, muchas de ellas practicadas entre población gitana[3]. El gobierno sueco terminó ofreciendo compensaciones; el suizo, no.

Con todo, los autores son conscientes de la provisionalidad en las conclusiones que comporta el ejercicio de la Historia actual; sólo la historia de larga duración permitirá ajustar juicios de mayor calado. Ahora, a treinta años vista del final de la Guerra Fría, a una década del arranque de la Gran Recesión y mientras tiene lugar el auge de la nueva ultraderecha en buena parte del mundo, resulta más útil poner el foco sobre las condiciones bajo las que se formó ese fenómeno, cómo ha interactuado con los sistemas parlamentarios y de qué forma ha estado transformando el juego político europeo en particular.

Por supuesto, el fenómeno es extensible a buena parte del mundo: en América Latina tuvo una gran repercusión internacional el triunfo electoral de Jair Bolsonaro en las elecciones presidenciales de Brasil, en octubre de 2018. En Asia se encuentran algunos de los partidos y organizaciones de ultraderecha y neofascistas más populosos, especialmente en India, con el Maharashtra

Navnirman Sena (MNS) o el Shiv Sangram. El mandato de Duterte en Filipinas aporta un excelente ejemplo de caudillismo asiático al retablo global de «hombres fuertes nacionales»; y el Partido Nazi mongol, aunque sea un fenómeno más colorista que realmente preocupante, no deja de ser una manifestación de cierta moda que banaliza la memoria histórica del nazismo alemán y que se ha extendido por algunos países del continente asiático (Japón, Indonesia, Corea del Sur). También habrá que ver si en la misma República Popular China el liderazgo del presidente Xi Jinping no degenera en caudillismo y el régimen no se termina transformando en algo más declaradamente socialista-nacional que meramente posmarxista[4]. El reciente anuncio de que Pekín preparaba un plan para alinear la religión musulmana de los uigures, en la turbulenta provincia del Xinjiang, con las tesis del Partido Comunista chino, no parece que pueda lograr la superación de los grandes fracasos históricos del marxismo-leninismo, sobre todo porque el proyecto podría venir acompañado de campos de reeducación política[5]. Síntesis que quizá sí se está forjando en Turquía, Chechenia o el mismo Xinjiang entre el ultranacionalismo y el islamismo.

En medio de toda esta avalancha de opciones argumentales, en este libro se ha optado por tomar como referencia estructural los vínculos de causa-efecto entre la ultraderecha del Este europeo y Rusia, y la de Europa occidental en el periodo 1991 a 2018. Esta aproximación al problema no pretende excluir otras, por supuesto: es uno más de los ángulos de análisis del fenómeno. Pero sobre todo, no hace suyo el esquema de Timothy Snyder, desarrollado en su reciente obra *El camino hacia la no libertad*[6]. La hipótesis que a la postre resalta el autor, según la cual «Rusia está manejando los hilos que desprestigian el ejercicio de la democracia en Europa y en

el mundo»[7], resulta, a nuestro modo de ver, excesivamente maniquea. Cierto es que desde Rusia se están alimentando partidos y personalidades de la ultraderecha europea y que en ello hay un interés geoestratégico en relación con Europa y Estados Unidos. Pero eso también lo hace Estados Unidos —como admite el mismo Snyder— o incluso China, y potencias menores. De hecho, existe un cierto cisma en los diversos movimientos de ultraderecha internacionales según sean más pro-americanos o pro-rusos, en una paradójica continuación de los ya viejos tiempos de la bipolaridad en la Guerra Fría. De ello se derivan, en ocasiones, choques entre algunos partidos ultranacionalistas europeos.

En realidad, el auge de la extrema derecha nacionalista en Europa del Este y su posterior impacto en Occidente fueron producto de cuatro desencadenantes, y por el siguiente orden cronológico. En primer lugar, el desmoronamiento del bloque soviético y la desaparición o crisis aguda de los regímenes comunistas nacionales. Un colapso fulminante de tal calibre, que afectó a decenas de millones de personas, dejó tras de sí un vacío político fenomenal del cual muchos ciudadanos salieron apostando por opciones nacionalistas extremas que por su lenguaje populista parecían ser una continuación del extinto sistema soviético-nacional (o incluso socialista-nacional), pero sin ser necesariamente incompatibles con el liberalismo triunfante que parecía estar imponiéndose por todas partes.

A continuación, debe considerarse el apoyo, a veces incondicional, de Estados Unidos y las potencias de Europa occidental —identificados a menudo como la «comunidad internacional»— a opciones abiertamente ultranacionalistas en Europa del Este, sólo porque aparecían como anticomunistas, «luchadores por la

libertad» o simples peones de los triunfadores de la Guerra Fría. Esta actitud se completó concediendo a algunos de esos países trato preferencial en años posteriores, a despecho de que algunos de los nuevos regímenes resolvieran sus nuevos problemas de articulación nacional recurriendo a prácticas iliberales o francamente autoritarias —hoy incluso hablaríamos de posfascismo. Con el tiempo, la mayoría de esos países del Este o del Cáucaso, en su día los nuevos componentes del antiguo pero renovado «cinturón aislante» contra Rusia, han terminado como abanderados de las nuevas opciones de ultraderecha, bien por las políticas de sus gobernantes o porque porciones sustanciales de sus ciudadanías mantienen posiciones en esa línea.

En tercer lugar, la eclosión de opciones de ultraderecha en Europa del Este impactó en la mitad occidental por dos vías: a) como consecuencia natural de las simpatías hacia los «luchadores de la libertad» ultranacionalistas, fomentadas por los medios de comunicación occidentales, los partidos neofascistas y ultras de Europa occidental se reactivaron a su vez, aunque marcando distancias con su pasado histórico, en especial durante la Segunda Guerra Mundial; b) con la llegada al Parlamento Europeo de las correspondientes representaciones de los partidos ultras de Europa del Este.

Por último, y en cuarto lugar, Rusia se apoyó en esa oleada de ultraderecha europea —fomentándola en lo que pudo o aprovechando las circunstancias— para iniciar su contraataque contra las potencias vencedoras de la Guerra Fría, que desde 1991 habían llevado a cabo una ofensiva constante para evitar los supuestos riesgos de una involución en esa potencia y para privarle de sus zonas de influencia en tiempos de la Unión Soviética. A partir de 2008, en la denominada guerra de Osetia del Sur —o de

Georgia—, Moscú comenzó a resistir de forma activa la expansión de la OTAN hacia el Este, lo cual se completará en sucesivos conflictos bélicos (Donbass-Ucrania, Siria) pero también con el apoyo a los principales partidos ultranacionalistas de Europa, política que recibirá un fuerte impulso con el enorme descontento social generado en todo el continente por el comienzo y desarrollo de la Gran Recesión —la cual, al fin y al cabo, es el certificado de defunción del neoliberalismo ecuménico surgido del final de la Guerra Fría.

Estos acontecimientos y su análisis cerrarían la primera parte del libro («El colapso de la civilización soviética») a partir del cual se abriría un segundo bloque: «Marasmo en el mundo feliz neoliberal», dedicado a explicar cómo se configuró el nuevo ultranacionalismo en Europa central y occidental, en parte como continuación indirecta del terremoto vivido con el colapso del bloque soviético, pero también y sobre todo, por dinámicas propias al calor del impacto de la Gran Recesión de 2008. La obra termina con un tercer apartado estructurado a modo de una triple conclusión. Para ello se recurre a un extenso capítulo dedicado al «laboratorio italiano» como síntesis de la evolución de todo un complejo juego de interinfluencias entre la nueva ultraderecha identitaria, el populismo berlusconiano, y la cercanía de las transformaciones en el Este sobre el trasfondo del temprano desmoronamiento del sistema político de la Primera República, ya en los primeros años noventa, y con el resultado final de la llegada al poder del primer gobierno real de la ultraderecha en Europa occidental desde el final de la Guerra Fría. A continuación se hace un análisis contextual de los nuevos poderes no elegidos democráticamente que han operado con mayor peso cada vez en el mundo de la Posguerra Fría y han ido convirtiendo la globalización en un terreno en el cual la

violencia y los poderes autolegitimados o paraestatales han terminado por hacer descarrilar el «New World Order» (Nuevo Orden Mundial) proclamado por Bush padre en 1991. La arquitectura de las nuevas autocracias es un colofón a la política de hechos consumados que podría extenderse por el mundo conforme los regímenes caudillistas o plenamente neofascistas se instalen en los países. Rematando el libro, un epílogo centrado en el debate en torno a la categorización epistemológica de las variantes que se contemplan en el concepto «ultraderecha» con especial atención al posfascismo.

El lector notará que a lo largo del libro se recurre muy escasamente al concepto «populismo», tan traído y llevado por los medios de comunicación —muchas veces como trasunto de «ultraderecha»—, incluso el discurso político al uso: en 2016 fue elegida como «palabra del año» por la Fundación del Español Urgente[8]. La razón es que el populismo no debe entenderse como una ideología, sino como lenguaje emocional que se puede insertar en cualquier partido político de cualquier tendencia ideológica. Dicho de otra forma, afirmar que un partido es populista equivaldría a decir que es un «partido demagógico», sin más precisiones; o al menos, de una variante demagógica que recurre en su discurso a contraponer el concepto de «pueblo» a unas élites indefinidas, transformables según las necesidades del partido o gobierno[9]. En consecuencia, el populismo como actitud o estilo puede acompañar a la ideología, pero en ningún caso reemplazarla[10]. Para Enzo Traverso, «populismo» representa un problema cuando se lo emplea como sustantivo, como concepto, y en cambio puede dar más juego utilizado como adjetivo[11]. En realidad, el recurso al epíteto «populista» ha servido para difuminar o incluso camuflar la verdadera naturaleza ultraderechista de

algunos partidos. En esta obra lo hemos utilizado en el análisis de la política italiana, donde en los últimos años se reivindica una cierta tradición de un uso más ajustado del término —referido, por ejemplo, a la obra de Berlusconi—, aunque por regla general se puede hacer extensivo para líderes que como individuos políticos han desarrollado por sí mismos tal estilo buscando enfrentarse con ayuda de su carisma personal al sistema político establecido, especialmente en Latinoamérica y el Este de Europa. Son ejemplos posibles en este último ámbito: Boris Yeltsin, Lech Wałęsa o Yulia Timoshenko, entre otros muchos nombres posibles.

Con respecto a los objetivos del libro, el lector notará que se trata de un trabajo académico en el que se han buscado resultados muy concretos. De un lado, establecer la relación entre las ultraderechas del Este y Oeste de Europa, que no se reduce a los designios del Kremlin sobre los partidos de ese rango en la Unión Europea. Es un punto interesante, porque tomar como referencia de lo que es la ultraderecha europea en nuestros días recurriendo a ejemplos estrictamente alusivos a la mitad occidental del continente resulta escasamente realista. Como mínimo existe una interacción entre los dos ámbitos, que ha quedado en evidencia a lo largo de los últimos años y de la cual hay diversos ejemplos en esta obra.

Por otra parte, los autores han puesto especial interés en destacar temáticas de investigación en los estudios sobre ultraderecha en general y fascismo en particular. Este es un objetivo especialmente característico de la Historia Actual: marcar agenda para el futuro, separar la inmediatez de lo periodístico de la profundidad de lo académico, periodizar, trazar panorámicas e interrelaciones estructurales.

El GReHA o Grup de Recerca en Història Actual del Departament d'Història Moderna i Contemporània de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) ha sido el núcleo central en torno al cual se ha estructurado tanto el I+D como el presente libro. En tal contexto se publicó en la revista electrónica del grupo, *Tiempo devorado,* un número monográfico específico: «El Fénix que nunca ardió. Retorno de la nueva ultraderecha, 1991-2014», volumen 4, número 1 (2017)[12]. En él, aparte de algunos de los autores que firman el presente libro, publicaron sus contribuciones: el profesor Ferrán Gallego, conocido experto en el Frente Nacional francés; el doctor Sergey Sukhankin, con un artículo sobre Pamyat; Joan Pubill, sobre la memoria histórica sobre el ultranacionalismo en Japón; y Ratsko Močnik, en torno al concepto de fascismo en las sociedades pos-socialistas. En un número posterior, Albert Soler incluyó una contribución sobre los *Afgantsy* y la cultura de los veteranos de guerra soviéticos, que emparenta en algunos casos con la nueva ultraderecha rusa[13].

Además de ello, se intercambiaron hipótesis, conclusiones e ideas en el Segundo y Tercer Networkings de Historia Actual, celebrados en la UAB y organizados por este grupo de investigación en septiembre de 2016 y marzo de 2017. El primero de los eventos mencionados llevaba por título: «El auge de la nueva ultraderecha, 1990-2016», mientras que el segundo, que contó con la colaboración de expertos extranjeros, se centró en: «From the Right Wing to the Far Right: New Discourses, New Stages». Esa línea de trabajo se completó con la organización de un congreso: «Para definir la nueva ultraderecha internacional, 1985-2017. Un ejercicio de Historia actual», celebrado en Barcelona entre el 25 y 27 de octubre de 2018 (con el patrocinio del Fondo Europeo de Desarrollo Regional-

Ministerio de Economía y Competitividad), en el cual se presentaron un total de dieciocho ponencias.

Todas estas jornadas no sólo tuvieron como resultado un intercambio de informaciones y de pareceres, sino que también fueron una forma de constatar hasta qué punto pervivía una importante confusión generalizada sobre el sujeto de nuestro estudio. Faltaba una visión genérica que no fuera la mera prolongación del pasado en el presente, pero era patente la sensación de que se vivía bajo un nuevo tipo de tormenta en la cual los antiguos referentes resultaban cada vez más nebulosos o inasibles. Y esa era la clave de la situación: un entorno carente de los conceptos racionales para definir lo que está sucediendo genera el ambiente proclive para los automatismos intelectuales —ceñirse a lo «políticamente correcto», a la equidistancia, al principio de autoridad— o la simple emocionalidad —necesidad perentoria de posicionarse a favor o en contra. Los autores entendemos que este libro es nuestra contribución en la línea de superar tal estado de cosas.

Barcelona, Madrid, Turín, 21 de febrero, 2019

---

[1] Andersen (2018); Faye (2011). La edición original en francés data de 2001; Langness (2017).

[2] Marc-André Miserez, «Cuando Suiza decidía sobre el derecho a nacer», *swissinfo.ch*, 14 de marzo de 2002 [consultable en red].

[3] «Suecia esterilizó a 12.000 “indeseables” durante 40 años para mejorar la raza», *El País,* 19 de agosto de 1998 [consultable en red].

[4] Para la actitud ultranacionalista de sectores de la juventud china, los «pequeños rosados», véase Audrey Jiajia Li, «Why China’s millennials are high on ultra-nationalism», *Today*, 21 de abril de 2017.

[5] Xavier Fontdeglòria, «Pekín ultima un plan para adaptar el islam a su ideología», *El País,* 7 de enero de 2019 [consultable en red].

[6] Snyder (2018).

[7] Juan Cruz, «Timothy Snyder: "Los autoritarios han matado el futuro"», *El País,* 5 de diciembre de 2018 [consultable en red].

[8] «Populismo, palabra de 2016 para la FundéuBBVA», en *FundéuBBVA,* 30 de diciembre de 2016 [consultable en red].

[9] Sáez Mateu (2018); Tamas Dezso Ziegler, «El engaño populista: malinterpretar la ultraderecha y el posfascismo», *CTXT. Revista Contexto,* núm. 183, 22 de agosto de 2018 [consultable en red].

[10] Guillem Vidal, «M5S, Podemos y Syriza: ¿Ideología populista?, *Politikon*, 2 de febrero 2015 [consultable en red].

[11] Traverso (2018): posición 213.

[12] Consultable en red: https://revistes.uab.cat/tdevorado.

[13] Soler (2018). Del mismo autor, en publicación: «*Poganaya molodyozh!* De la contracultura a la nova extrema dreta: Limonov i el Partit Nacional-Bolxevic», en la revista *Afers*.

PRIMERA PARTE

EL COLAPSO DE LA CIVILIZACIÓN SOVIÉTICA 1985-2014

CAPÍTULO 1

DE CAMARADA A COMPATRIOTA

EL RENACIMIENTO DE LOS NACIONALISMOS ULTRAS EN EL BLOQUE DEL ESTE, AÑOS OCHENTA DEL SIGLO XX

—Camaradas… camaradas… ¡Hablad!
—La policía nos ha atacado. Han pegado a las mujeres y los niños. Los albaneses se han sumado. Nos han apaleado. Son ellos quienes nos atacan.
—¡Nadie deberá atreverse a golpearos! ¡Nadie tiene derecho a golpearos!

SLOBODAN MILOŠEVIĆ en televisión, ante los manifestantes serbios en la Casa de Cultura de Kosovo Polje, 24 de abril de 1987

En nuestro país, la actividad de los enemigos atrincherados en todos los rincones del Partido, la fuerza principal de la URSS, se vuelve aún más obvia en estos días. Los elementos oscuros en él, especulando con consignas y fraseología política, luchan contra la población indígena del país, destruyen la identidad nacional de los pueblos. Reactivan el trotskismo para desacreditar al socialismo, para sembrar el caos en el Estado, para abrir las compuertas al capital occidental y la ideología occidental.

(…)

¡Basta de hipocresía y engaño! ¡Basta de discursos ceremoniales! ¡Basta de poses políticas y charla demagógica! Vemos que muchas personas aún hibernan, complacientes o perdidas, sin entender las verdaderas causas, sin ver al enemigo real, sin prepararse para luchar contra él. La batalla de Kulikovo, la batalla de Borodino ya son inminentes. El sionismo internacional y la masonería abrieron las compuertas y lanzaron un ataque abierto contra las últimas islas restantes de espiritualidad e identidad nacional. ¡Hace tres años, *Pamyat* (Memoria) comenzó a tañir la campana de alarma!

Llamamiento de la Asociacion Patriótica *Pamyat* (Memoria),
Moscú, 8 de diciembre de 1987

Afirmar que los orígenes de la moderna ultraderecha y fascismo se encuentran en Francia, Austria, Alemania, Italia, Rusia o cualquier otro país concreto es una imprudencia. Ese tipo de fenómeno político surgió de un determinado contexto social y político que se extendía por zonas extensas de la geografía europea, asiática y americana a raíz del cataclismo de la Primera Guerra Mundial y, años más tarde, el impacto de la Gran Depresión. Sin embargo, existe un precedente del que se ha escrito poco en este contexto: las Centurias Negras rusas, plenamente operativas a partir de 1905. Y el partido Unión del Pueblo Ruso (Союз Русского Народа, SRN), fundado por el médico y político Aleksandr Dubrovin, que llegó a contar con 350.000 miembros[1]. En efecto, Rusia fue un gran laboratorio de lo que pronto llegó a conocerse como fascismo. Aunque muchos expertos no lo incluían hace años en sus taxonomías teóricas como partido fascista, vale la pena considerar que no deja de ser el antecedente del moderno partido homónimo, fundado por el escultor ultranacionalista Vyacheslav Klykov en 2005, centenario de 1905[2].

El germen histórico ruso del fascismo

El binomio Centurias Negras-SNR constituyó una prueba bien clara de que allí donde hay revolución, aparece también la contrarrevolución. En este caso, en la Rusia de 1905 se vivieron nuevas formas de hacer la revolución, surgieron los soviets, parte de la flota rusa se sublevó, la capital del Imperio vivió la primera huelga general de su

historia, los obreros armados se enfrentaron al Ejército imperial en Moscú, el campo ruso se levantó violentamente y tardó más de un año en ser sojuzgado, algunas nacionalidades (polacos y finlandeses) también se alzaron contra el Imperio; el joven Trotski y Lenin, en menor medida, vivieron aquellas semanas como un dramático curso de aprendizaje de la revolución que liderarían doce años más tarde.

Y por todo ello, también hizo su aparición una nueva ultraderecha. Conocidos genéricamente como Centurias Negras, bandas, comandos y manifestantes, ultranacionalistas partidarios de la autocracia, comenzaron a desplegarse a lo largo y ancho de Rusia y Ucrania. Aunque el zar repitiera a quien le quisiera escuchar la versión oficial, según la cual los activistas eran grupos espontáneos de rusos indignados con las fuerzas de la revolución, era públicamente sabido que las Centurias Negras gozaban de la aquiescencia y hasta soporte de las autoridades. Llegado el caso, los prebostes locales o incluso mandos policiales podían organizar grupos y procesiones compuestos por activistas de procedencia social variada. La transversalidad incluía funcionarios, estudiantes, artesanos, trabajadores de derechas, adolescentes, policías sin uniforme o lumpen social. El mensaje era siempre el mismo: el pueblo conservador y fiel al zar también sabía organizarse para defenderse de los revolucionarios. De esa forma, los objetivos de las Centurias Negras eran tanto huelguistas como izquierdistas, ciudadanos de las minorías nacionales o rusos «traidores»; pero sobre todo, los judíos. Así que lo más relevante del perfil plenamente fascista de este movimiento no era sólo su capacidad de generar una contrarrevolución de masas.

Las autoridades zaristas, comenzando por el mismo Nicolás, marcadamente antisemita, solían argumentar que las huelgas y conflictos sociales de 1904 y 1905 habían sido obra de agentes extranjeros; y que los grupos y partidos de la izquierda radical estaban integrados, mayoritariamente, por judíos. Esto tenía una explicación sencilla: el cosmopolitismo racional del marxismo resultaba atractivo para muchos miembros de las minorías nacionales del Imperio sometidos a las campañas de rusificación[3]. De hecho, y como ejemplo, el Bund judío había sido el catalizador en torno al cual se había reunido el primer congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) en Minsk en 1898. Si la cuestión nacional-judía estaba instalada entre las izquierdas, fácil es imaginar cómo podía llegar a ser manipulada por la derecha.

En efecto, el antisemitismo de las Centurias Negras formaba parte del nuevo discurso político ultranacionalista y populista y cumplía un papel cardinal al «nacionalizar» la lucha de clases. Para la nueva ultraderecha con vocación de masas esta existía, claro está; pero el problema de los trabajadores no era la burguesía en general, sino las clases medias «extranjeras», las integradas por polacos y judíos, principalmente. A partir de ahí, ese planteamiento se podía ampliar añadiendo una vertiente internacional que identificaba el liberalismo y el capitalismo a escala global con una enorme conspiración, tras la cual estaba la mano de un supuesto gobierno judío mundial en la sombra. Por lo tanto, la primitiva ultraderecha fascista se apropiaba ya por entonces de las bases del discurso de la izquierda y del populismo histórico ruso, y las desnaturalizaba para sus propios fines.

Y tampoco era un tinglado improvisado en el calor de la revolución de 1905. El difuso intento de crear un «corporativismo zarista» que parecía inspirado en las ideas

de la doctrina social de la Iglesia católica, por entonces en auge en Europa, la cual arrancaba por una parte de la publicación de la encíclica *Rerum Novarum* del papa León XIII, en 1891; y del atentado que costó la vida a Alejandro II —el zar que abolió la servidumbre—, diez años antes. El gran duque Serguéi Alexandrovich, hermano del que había sido zar Alejandro III y cuñado de su sobrino, Nicolás II, gobernador general de Moscú, tuvo un papel central en el «corporativismo zarista» como impulsor de decenas de organizaciones caritativas y filantrópicas. Construcción de dormitorios para los estudiantes que llegaban a Moscú desde provincias y vivían en condiciones muy precarias, o persecución del fraude comercial, se combinaban con el apoyo al «socialismo policial».

Por supuesto, este intento de crear en Rusia un sindicalismo vertical formó parte de un esfuerzo consciente y continuado que incluso tuvo su propia denominación, aunque irónica: la *zubatovshchina* por referencia a Serguéi Zubatov, director de la oficina de la Ojrana —policía secreta — en Moscú entre 1896 y 1902, él mismo un revolucionario arrepentido. Zubatov había sido un impulsor entusiasta del «socialismo policial», incluso en los interrogatorios de los detenidos, cuando les explicaba que el Estado ruso imperial podía hacer más por los pobres que los terroristas y agitadores, los cuales sólo lograrían provocar la acción represiva del poder sobre el pueblo. No era el único que utilizaba tales argumentos. El coronel Georgy Sudeykin, otro importante mando de la muy eficaz policía secreta zarista, también había recurrido a esas ideas años atrás. A Sergey Degayev, un doble agente social-revolucionario que terminaría asesinándole en 1883, le hablaba de la decadencia del régimen zarista y le proponía que Narodnaya Volya (Tierra y Libertad) liquidara a sus enemigos a cambio de que la Ojrana aupara a Degayev al

liderazgo de la organización revolucionaria asesinando a sus competidores.

Pero Zubatov no se quedó en la propuesta de pactos cínicos. Con el apoyo del gran duque Serguéi Alexandrovich —hermano del fallecido zar Alejandro III— promovió y financió entre 1901 y 1903 la creación de sindicatos progubernamentales tales como la Comunidad de Ayuda Mutua para los Trabajadores de la Industria Mecánica en Moscú e incluso experiencias más audaces como el Partido Obrero Independiente Judío. Zubatov pronto los extendió a otras ciudades como Kiev, Odessa o Minsk, conformando el esbozo de un «corporativismo zarista». Se suele recordar el gran momento de éxito de la *zubatovshchina,* el 19 de febrero de 1902, cuando 50.000 trabajadores se unieron a la procesión liderada por el gobernador general ante el monumento a Alejando II, el Zar Libertador, en conmemoración del decreto de emancipación de los siervos[4].

En consecuencia, en el cambio del siglo XIX al XX Rusia alumbró un proyecto de régimen autoritario que iba más allá de la pura y dura autocracia personificada en el zar Nicolás II. Este siempre asumió con fanático convencimiento esa condición, y por ello la evolución modernizadora que pretendía basar ese principio en un régimen con apoyo social —a partir del «corporativismo zarista»— no la podía impulsar Nicolás II, a pesar de su abierto apoyo a las Centurias Negras y su conocido antisemitismo. También por ello, conforme sus impulsores fueron cayendo, víctimas del terrorismo social-revolucionario (eran conscientes del peligro que implicaban para la izquierda) y Nicolás II se fue cerrando más y más a cualquier propuesta que socavara en lo más mínimo su voluntad autocrática, el proyecto social-autoritario abortó. El dramático punto y final fue la inconsecuencia criminal

del zar con el pope Gapón en el denominado «domingo sangriento» (22 de enero), que dio lugar a la revolución de 1905. El fracaso del «corporativismo zarista» resultó fatal para el régimen, porque era una salida posible al problema que planteaba el encaje de la idea imperial (por encima de etnias y nacionalismos) en el ambiente.

Pero dado que Nicolás II se empeñó a fondo en paralizar la experiencia constitucional surgida de la revolución de 1905 —el manifiesto de octubre—, lo que consiguió fue que se organizara un frente contra él en el seno de los liberales de centro derecha. Cuando llegó la Gran Guerra, incluso entre la ultraderecha —ahora ya articulada como paneslavista— creció la animadversión contra Nicolás II, hasta el punto de que entre algunos de sus líderes surgieron conspiradores activos que tuvieron una importante responsabilidad en su destronamiento durante la Revolución de febrero. El asesinato de Rasputín, en el que participó Vladímir Purishkevich, uno de los fundadores y líder de las Centurias Negras, fue una de las consecuencias de tal estado de cosas.

Por todo ello, cuando llegó la guerra civil, los blancos no poseían un sustrato ideológico claramente reconocible; pero sobre todo, no pudieron aprovechar una ideología radical de ultraderecha, socialmente movilizadora, que hubiera podido actuar contra el radicalismo bolchevique. El temprano fascismo ruso quedó cortocircuitado entre 1905 y 1917, y resurgió, ya en el exilio como una copia del nazismo alemán.

Con todo, la experiencia protofascista rusa alumbró uno de los textos de agitprop más exitoso de todos los tiempos: *Los protocolos de los Sabios de Sión*, panfleto publicado por primera vez en 1902 en San Petersburgo. Aunque aún se debate a quién le corresponde la autoría de la obra[5], es innegable que surgió del entramado ultra que se articulaba

en el corporativismo zarista y el socialismo policial. Pero, en cualquier caso, tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, la obra se extendió por Europa a gran velocidad. Fue traducida a dieciséis idiomas y las ediciones se sucedieron una tras otra. Influyó en el joven Adolfo Hitler y tuvo un enorme impacto en el repunte del antisemitismo que acompañó al auge del nazismo y otros movimientos similares en los años veinte. En 1966, el historiador Norman Cohn publicó su célebre estudio sobre *Los protocolos de los Sabios de Sión*, con el sugerente título: *Warrant for Genocide (Justificación para el Genocidio),* un título muy apropiado[6] que da la medida del impacto e influencia del panfleto ruso.

El renacimiento del ultranacionalismo ruso en la URSS

Poco menos de un siglo más tarde, el neofascismo ruso rebrotó tímidamente pero conservando los trazos característicos de los tiempos del «corporativismo zarista». Fue un curioso renacer, por cuanto fue fraguando en torno a una pequeña constelación de sociedades culturales que apuntaban a un nacionalismo ruso explícito: la Sociedad Rusa para la Salvaguardia de los Sitios Históricos y Culturales, fundada ya en 1965; la Sociedad de Bibliófilos Voluntarios de la Unión (1974), dependiente del Ministerio de Aviación (1979); y, en la segunda mitad de los setenta, *Vityazi* (Caballeros), Sociedad para la Protección de Monumentos Históricos y Culturales, procedente de una asociación juvenil. Esta última asociación surgió en torno al objetivo de preparar en 1980 el aniversario de la batalla de Kulikovo (1380) contra los tártaros y mongoles de la Horda de Oro. Este evento posee un importante significado simbólico para los rusos, similar al que tiene para los

serbios la batalla de Kosovo Polje (1389) contra los otomanos. A partir de esa actividad, y con el apoyo de algunos nombres de las artes y las letras de la época, como el pintor Ilya Glazunov o el historiador Sergei Malishev, la asociación fue renombrada como *Pamyat* (Memoria) en 1980 o 1982[7]; durante los primeros tiempos, y como institución cultural dependiente del Metro de Moscú, organizaba veladas literarias o de historia, y turismo cultural. Sin embargo, los miembros de Pamyat se sentían atraídos por los artículos de tono patriótico e incluso antisemita que empezaban a publicarse en prensa todavía marginal.

Era evidente el peso de la tradición. Los orígenes sinuosos de Pamyat, apoyándose en instituciones corporativas o estatales, recordaban mucho las que había alumbrado el «corporativismo zarista» un siglo antes, tales como la Santa Brigada, creada en 1881 para combatir al terrorismo revolucionario tras el asesinato de Alejandro II y absorbida por la policía en 1883; o la Asamblea Rusa creada en 1900 como círculo artístico-literario, pero que pronto derivó a un carácter político[8] y disponía de conexiones más o menos indirectas con la policía política y las pertinentes personas clave en los círculos de poder. Sobre este entramado se erigirían las Centurias Negras y la Unión del Pueblo Ruso.

Volviendo a Pamyat, en 1984 se unió al movimiento el artista Dmitri Vasiliev, notorio antisemita, tradicionalista monárquico y, en general, ultranacionalista. Al año siguiente ya logró hacerse con el liderazgo, ayudado por sus dotes de orador y carisma personal. Pamyat fue la primera organización política que habló públicamente sobre el antisemitismo en la Unión Soviética de aquellos años. Vasiliev consideraba que judíos y masones eran el origen de todos los males de este mundo, y los culpaba

incluso de la muerte de su madre y su esposa. Pronto iría más lejos, declarándose a favor del autoritarismo y en contra del parlamentarismo, autodefiniéndose como fascista (aunque no como nazi)[9]. Por supuesto, *Los protocolos de los Sabios de Sión* enseguida fue una de las lecturas habituales de los militantes.

Entre 1987 y 1992, Pamyat sufrió diversas escisiones que convirtieron al movimiento en un semillero de todo tipo de grupos de ultraderecha, neonazis y organizaciones radicales en general. Aparecieron otros grupos que llevaron el nombre de Pamyat, Aleksandr Shtilmark refundó las Centurias Negras y Viktor Antonov junto a Nikolay Lysenko constituyeron el Centro Nacional-Patriótico Ruso. Y sobre todo, Aleksandr Barkashov fue el creador del más tarde célebre movimiento neonazi de la Unidad Nacional Rusa (Русское Национальное Единство, RNE)[10].

Lo sucedido con Pamyat puede parecer sorprendente, pero lo cierto es que tenía sus propias raíces en la cultura política soviética; y, por otro lado, era un fenómeno que se extendió por buena parte del bloque del Este en los años ochenta, contando a su vez con sus propias causas específicas, según el país.

Milošević: de las revoluciones antiburocráticas a la batalla por Kosovo

Un ejemplo, bien conocido se encuentra en la figura de Slobodan Milošević, en Serbia. Dirigente de la Liga de Comunistas de Serbia (LCS), ascendió en el escalafón gracias a sus buenas relaciones. Pero desde 1987 utilizó el conflicto de la provincia autónoma de Kosovo para hacerse con el control del partido, aupándose en el creciente nacionalismo serbio[11]. Entre un número creciente de

intelectuales serbios se pusieron de moda estas actitudes nacionalistas y su atención se dirigió hacia el principal foco de problemas que tenía la república: Kosovo. A lo largo de 1988 y 1989, Milošević atrajo en torno a su figura, y a la LCS a las nuevas corrientes del ultranacionalismo serbio. Sin dejar de presentarse como marxista, continuó, sustituyendo en sus discursos los términos «camarada» por el de «hermano» y «clase trabajadora» por «nación». En 1988 impulsó la ofensiva para asegurarse el control de Serbia en la Federación yugoslava, movilizando para ello a fuerzas que por entonces nadie supo identificar como realmente novedosas.

A lo largo de ese año, decenas de miles de nacionalistas serbios organizaron más de sesenta exaltadas manifestaciones y mítines en diversas ciudades y pueblos de la república, en universidades y factorías, en sindicatos y reuniones del partido. A eso se le denominó la «revolución antiburocrática»[12]. Aunque se le quiso dar una imagen de espontaneidad, el cliché que prevaleció y terminó convirtiéndose en coreografía de Milošević fue la fuerza del pueblo llano metiendo en vereda a los gobernantes corruptos o ineficaces. Supuestamente, había llegado el momento de la gran renovación, no sólo en un sentido nacionalista, sino también social.

Se podría decir que en todo ello subyacía un verdadero sentimiento nacional-socialista, con todas las reminiscencias inquietantes que se quieran. Pero, para los serbios de la época, aquellas protestas callejeras recordaban más bien las formas de actuación de los comunistas en los lejanos años cuarenta, cuando no sólo en Yugoslavia sino en el conjunto de la Europa oriental tomaban el poder dando la apariencia de que el pueblo ejercía su legítima justicia directa. Incluso algún que otro film yugoslavo recoge escenas de los manifestantes en

cierto olvidado pueblo, acudiendo a deponer al contrarrevolucionario local, emboscado pertinaz. Eso reforzaba la imagen de Slobo como un «nuevo Tito», un hombre providencial que «resolvía problemas», que lograba movilizar a las multitudes como no se había visto desde hacía cuarenta años. Frente a la imagen de los dirigentes colocados en el *fotelija* («sillón») rutinariamente por la tediosa maquinaria de la Constitución, Milošević se había impuesto a sí mismo y con ayuda del pueblo. Esa era una imagen muy potente que inauguraba el nacimiento de la nueva forma de agitación callejera que años más tarde se rebautizaría como «populismo».

Ni que decir tiene que la «revolución antiburocrática» fue cuidadosamente preparada y contó con medios logísticos propios. A lo largo de su ascenso hacia el poder, Milošević había ido estableciendo contactos cada vez más extensos con todo el submundo de los servicios de inteligencia y de la policía secreta[13]. Era algo lógico que un jerarca del partido terminara por echar mano de los guardianes del sistema, que, por otra parte, en los regímenes comunistas concitaban temor, pero también respeto y, no pocas veces, admiración. Desde los tiempos de la Revolución bolchevique de 1917 eran la personificación de la «vanguardia consciente», los hombres más limpios y capaces para los trabajos más desagradables y sucios. De hecho, los ex comunistas yugoslavos que terminarían por ser presidentes republicanos iban a seguir un camino muy similar al de Milošević, recurriendo a los respectivos «hombres para todo» que siempre terminaban por aparecer en torno al poder.

De forma significativa, los principales «fontaneros» del entorno de Milošević, grupo conocido como la «Línea Militar o de combate» *(Vojna Linija)* provenían de Vojvodina, y algunos ni siquiera eran serbios. Se trataba de

un grupo reducido de profesionales devotos y eficaces cuya motivación no era el nacionalismo, como demostraba su procedencia étnica dispar. Caso paradigmático era el de Mihalj Kertes, uno de los puntales de la Vojna Linija. Natural de la ciudad de Bačka Palanka, donde poseía buenos contactos y relaciones, pertenecía la minoría húngara, lo que no le impidió apoyar a los nacionalistas serbios y convertirse en paladín de Milošević. Posteriormente, Kertes organizaría el abastecimiento de armas con destino a los nacionalistas serbios de Croacia y Bosnia[14]. Otro personaje similar era Franko Simatović, alias «Frenki», croata de Vojvodina, especializado en coordinación de unidades paramilitares. Este era el tipo de gente que le gustaba al líder serbio y que daba la imagen correcta de su mentalidad política: utilizar a los hombres duros del sistema, que seguía siendo nominalmente marxista, para agitar a las masas en nombre del nacionalismo.

Paso a paso, los contestatarios, dirigidos por los hombres de la Vojna Linija, ayudaron a que la influencia de líder serbio se extendiera más allá de las fronteras de Serbia, poniendo al frente de Montenegro y Vojvodina a sus partidarios. Montenegro, donde se impulsó la «revolución antiburocrática», no era una de sus provincias autónomas, sino una república más de la federación. Controlando las directivas de Vojvodina y Montenegro, Belgrado sumaría tres de los ocho votos de la federación, uno por cada república y provincia. El previsible control de Kosovo le daría a Serbia la mitad del total federal. El ordenamiento impuesto por la Constitución de 1974 fue así desvirtuado desde Serbia ya en 1988.

El *modus operandi* era siempre muy similar: masas organizadas, coreografiadas asaltando el poder. El 5 de octubre de 1988, una multitud de manifestantes asediaba la

sede del Consejo Ejecutivo o gobierno provincial en Novi Sad, la capital de la provincia autónoma de Vojvodina. Eran trabajadores de todos los tipos, hombres de aspecto popular, con barbas mal afeitadas, en mono de trabajo, pequeños funcionarios de la administración. Y también militantes comunistas. Había entre ellos muchos de los que entonces se enfrentaron a la policía a pedradas y después aclamaron a Milošević. La multitud portaba banderas yugoslavas y serbias, y enarbolaba consignas como «Creemos en la Liga de Comunistas de Yugoslavia», «Paz», «Abajo la Constitución de 1974», «Vojvodina es Serbia», «Kosovo es Serbia». También se veían retratos de Tito y Milošević.

Cuando los responsables políticos intentaron calmar a la multitud desde el balcón del Consejo Ejecutivo, los manifestantes les lanzaron envases de yogur mientras gritaban: *«Dole foteljaši!»,* en referencia a que los políticos iban de un sillón a otro. El pánico cundió entre las autoridades; algunos incluso temieron por su vida, porque parecía que los enardecidos manifestantes podrían asaltar el edificio de un momento a otro. Y allí continuaron: permanecieron frente al Consejo toda la noche, gritando y cantando. Al final, Milovan Šogorov, el jefe del partido en Vojvodina, telefoneó directamente a Milošević pidiendo ayuda. Este se la prometió a cambio de que las autoridades de la provincia dimitieran. Al día siguiente tuvo lugar una sesión especial del Comité Provincial de la Liga de Comunistas de Vojvodina, en la cual la presidencia arrojó la toalla[15].

A eso se le denominó la «revolución del yogur». Muchos belgradenses se echaron a reír ante el espectáculo que veían en sus televisores. Una revolución a golpes de yogur poseía un componente desenfadado que por un lado hacía divertida y lúdica la protesta, y por otro le sacaba hierro. Si

los dirigentes de la Vojvodina habían caído a golpes de yogur, quedaba en evidencia su escaso valor, la carcoma y corrupción en la que habían degenerado, y cuán necesaria había sido la renovación popular impulsada por el «providencial» Milošević.

La realidad tenía un fondo más siniestro. Por ejemplo, ni la policía ni los militares acudieron para desalojar a los manifestantes de su acampada en torno al Consejo Ejecutivo. La llamada se produjo, pero las fuerzas del orden público fueron inmovilizadas desde Belgrado por el general Petar Gračanin, héroe partisano, comunista hasta la médula y abierto partidario de Milošević. Otros hombres del líder serbio tuvieron ese día un destacado protagonismo para sacar a los obreros de las fábricas de Bačka Palanka a cuarenta kilómetros de Novi Sad. Desde allí, Kertes organizó la marcha de los manifestantes con autobuses, tractores e incluso a pie.

De otra parte, la «revolución del yogur» tenía sus orígenes en la marcha previa del 9 de julio en la cual un millar de serbios y montenegrinos de Kosovo viajaron hasta Novi Sad para protestar contra la política de los dirigentes locales. En realidad, era una forma indirecta de presionar para el recorte de las autonomías de las dos provincias serbias, Kosovo y Vojvodina. Fue el comienzo de una oleada de alborotos similares, de menor entidad, en muchos pueblos de esta provincia. Esto coincidió, y no por casualidad, con la discusión sobre el borrador para la reforma de la Constitución de la República de Serbia, que comenzó a debatirse formalmente el 25 de ese mes. En agosto, manifestaciones de ese mismo estilo se sucedieron en Titograd y Kolašin, Montenegro, también contra los dirigentes políticos locales.

Tras la «revolución del yogur» en Novi Sad, la oleada continuó[16]. El 7 de octubre se produjeron nuevas

manifestaciones, esta vez en Titograd, la capital de Montenegro, en denuncia de las autoridades y la policía, que habían utilizado porras y gas para dispersar una protesta de trabajadores del acero. Se produjeron varios heridos debido a las cargas policiales, y la prensa de Belgrado, oportunamente, cargó a su vez contra las autoridades montenegrinas, acusándolas de aplastar la voluntad popular. Brotaron más algarazadas, esta vez por la situación en Kosovo y también en Montenegro apareció un grupo de dirigentes comunistas favorables a Milošević, liderados en este caso por los jóvenes Momir Bulatović y Milo Djukanović. Se insistió mucho en ese aspecto de imagen renovada: al nuevo liderazgo que llegaría al poder en esa república se le conocería como el de los *«mladi, lijepi, pametni»* («jóvenes, guapos e inteligentes»).

Mientras tanto, Slobo pisaba el acelerador. El 17 de noviembre se forzó la dimisión de la cúpula comunista de Kosovo, que contaba con líderes de tirón popular entre la población albanesa, tales como Kaqusha Jashari y, sobre todo, Azem Vllasi, ambos yugoslavistas y no nacionalistas albaneses, como pretendían demostrar Milošević y los suyos, para situar la disputa en una órbita identitaria. También en esta provincia se habían estado produciendo manifestaciones «antiburocráticas», aunque teñidas con símbolos y hábitos cada vez más claramente nacionalistas. Pero en este caso se encontraron con la horma de su zapato, pues los albaneses reaccionaban con sus propias contraprotestas. Ya se habían producido algunas a mediados de octubre, pero tras la caída de Vllasi y Jashari estudiantes y trabajadores salieron a las calles de Priština, la capital provincial. Mientras tanto, los mineros de Trepča, el mayor yacimiento de Kosovo, abandonaron sus pozos e hicieron cincuenta y cinco kilómetros a pie para sumarse a las protestas.

Lógicamente, a Milošević no le resultaba agradable encontrar esta piedra en el camino de sus planes, ahora que se había decidido por apadrinar las «manifestaciones de la verdad» de los nacionalistas serbios. Semanas más tarde, en una conversación informal mantenida con Vllasi por teléfono, le preguntó en tono amenazador quién había estado tras las manifestaciones albanesas de noviembre. Por supuesto, estaba acusándole de haber estado comprometido en una supuesta conspiración. El albanés le respondió que desde luego no disponía del dinero como para haberlos llevado en autobús a Priština. Sin embargo, a Milošević y sus hombres de la Vojna Linija, que estaban invirtiendo bastante energía en su «revolución antiburocrática», les resultaba bastante increíble pensar en respuestas equivalentes y espontáneas.

Y el 19 de noviembre tuvo lugar la gran manifestación de manifestaciones, esta vez en la plaza Ušće de Belgrado. La prensa habló de hasta un millón de participantes; era una flagrante exageración, pero desde luego que allí se concentró una marea humana, algo no visto desde los tiempos más gloriosos de Tito. Miles y miles de trabajadores habían llegado en autobús desde sus fábricas en las provincias. En muchos casos la dirección había apoyado activamente la organización del evento. En Belgrado, se repartían bocadillos y bebidas desde camiones. Y Milošević era la gran estrella: sus retratos estaban por doquier. A pesar de que oficialmente se dijo que era la gran manifestación de la Hermandad y la Unidad, y por lo tanto de esencia yugoslavista y titoísta, el tono y el lenguaje de Milošević eran caudillistas y guerreros, resonaban contundentes sobre la marea ruidosa de los manifestantes: «No tenemos miedo en absoluto. Entramos en cada batalla intentando ganar (...). Cada nación tiene un amor que calienta eternamente su corazón.

Para Serbia es Kosovo. Por eso Kosovo permanecerá en Serbia»[17].

La marcha triunfal de Milošević y sus partidarios parecía ya imparable. El 10 y 11 de enero de 1989 los manifestantes completaron la tarea iniciada tres meses antes en Montenegro. Allí, la multitud congregada ante el Parlamento pidió la dimisión de toda la directiva, en el gobierno y el partido. La presión duró dos días, tras los cuales se repitió lo acontecido en Novi Sad y los *«mladi, lijepi, pametni»* se encaramaron al poder.

Sólo quedaba un objetivo por alcanzar, el más importante: Kosovo. La batalla que terminó con el final de la autonomía kosovar. A esas alturas, el trasfondo ultranacionalista del conflicto ya no se podía ni deseaba ocultar. Al contrario, mientras los mineros albaneses de Trepča se encerraban en sus pozos pidiendo la dimisión de los nuevos dirigentes marioneta impuestos por Milošević (20 de febrero de 1989), se celebraba en el Palacio de Congresos de Ljubljana, el Čankarjev Dom, un acto a favor de los derechos humanos[18]. Por primera vez comparecieron juntos los dirigentes políticos de la república eslovena y los de la oposición, así como destacados representantes del mundo cultural. Era el 27 de febrero, y todos tomaron partido, unánime y abiertamente, por los mineros de Trepča, condenando la represión serbia en la lejana provincia de mayoría albanesa. «Los mineros de Trepča están defendiendo los derechos de los ciudadanos y comunistas de Kosovo a elegir su propio liderazgo», afirmó el presidente de la Alianza Socialista, Milan Kučan, a la vez que arengaba a desarrollar una campaña de resistencia al estilo de las de Gandhi. Uno de los nuevos líderes nacionalistas eslovenos Jožef Školč, de las Juventudes Comunistas (ZSMS), fue más allá, al comparar el sufrimiento de los mineros albaneses con el

Holocausto judío, acusando así al régimen serbio de nazismo. De hecho, incluso se llegaron a elaborar unas estrellas amarillas en las que se podía leer: «Kosovo-Mi patria»[19].

Milošević ya había encontrado tres camaradas albaneses colaboracionistas, dispuestos a seguir su juego al frente de la Liga de Comunistas de Kosovo. A cambio, Azem Vllasi había sido expulsado incluso del Comité Central. Pero el 20 de febrero, los mineros albaneses de Trepča se encerraron en sus pozos pidiendo la dimisión de los nuevos dirigentes marioneta impuestos por Milošević. Las imágenes de los trabajadores con las caras ennegrecidas y sus familias esperando en el exterior dieron la vuelta a Yugoslavia, emitidas en directo por la televisión. Se hablaba con tono alarmista de las toneladas de explosivo que se conservaban en las galerías de la mina, se rumoreaba que miles de serbios y montenegrinos armados estaban listos para marchar sobre Kosovo, que croatas y eslovenos enviaban dinero a los huelguistas, brotaron nuevos paros en la provincia.

En Belgrado, los hombres de la Vojna Linija de Milošević decidieron rápidamente sacar partido de la situación: el mitin del Palacio de Congresos sería televisado en Serbia, de principio a fin. Fue como una descarga eléctrica. Esa misma tarde las multitudes comenzaron a congregarse ante la Asamblea Federal. Primero llegaron los estudiantes, luego miles de manifestantes, entre ellos la ya habitual presencia obrera. Por supuesto, a las fábricas acudieron los agentes movilizadores del partido, pero en aquella ocasión eso no fue muy necesario, porque miles de serbios habían quedado conmocionados con la actitud eslovena retransmitida por la propia televisión.

Las multitudes coreaban «Slobo, Slobo» y pedían su presencia en el balcón. Pero en ese momento Milošević

estaba pasando el fin de semana fuera de la capital, en un balneario de Serbia central. Retrasó todo lo que pudo el regreso a Belgrado, jugando con la impaciencia de las masas. Mientras tanto, el entonces presidente federal, el bosnio Raif Dizdarević, intentó complacer a la multitud reafirmando que Kosovo era parte de Serbia, que estaban trabajando en la reforma de la Constitución de 1974, que haría lo posible para proteger a Yugoslavia. Pero resultó un verdadero fiasco y una humillación para el indesado espontáneo, que fue silbado y abucheado. Cuando finalmente regresó, Milošević apenas se dignó a dedicar un discurso de cuatro minutos a sus impacientes seguidores, pero fue suficiente para provocar el delirio:

> Esta manifestación muestra que nadie puede destruir el país porque el pueblo no se lo permitirá, el pueblo es la mejor garantía, vamos a reunir a lo más honesto del pueblo en Yugoslavia para luchar por la paz y la unidad. Nadie puede detener a los líderes y al pueblo serbios en lo que desean hacer.
>
> Juntos lucharemos por la unidad y libertad de Kosovo. Tenemos que cambiar nuestra Constitución y esto significará progreso para todo el pueblo de Yugoslavia. Unidad para el Partido Comunista y el pueblo[20].

Fue un momento cumbre para Milošević. Había tenido a la multitud a sus pies, había humillado al presidente de Yugoslavia y, finalmente, había enviado a los manifestantes de vuelta a casa. Aparentemente, sólo él podía complacerlos. Los serbios se habían mostrado desafiantes.

El 3 de marzo y por decisión de la presidencia federal, se aplicaron medidas de emergencia en Kosovo. El 24 del mismo mes, los parlamentos de Vojvodina y Kosovo aprobaron las enmiendas a la Constitución de la República Socialista de Serbia. Ciertamente, en esta última provincia hubo que hacer algunas trampas y forzar bastante la situación. Cuatro días más tarde, las enmiendas fueron anunciadas con gran pompa y ceremonial en la capital. La nueva ley negaba a las provincias la posibilidad de imponer

su veto a Serbia para cualquier cambio constitucional y cancelaba una parte sustancial de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial de las autoridades provinciales. Dicho de otra manera, se había liquidado la autonomía de las provincias dependientes de Serbia. De nuevo se produjeron manifestaciones en Kosovo, con el resultado de 22 civiles albaneses y 2 policías muertos, además de numerosos heridos. Pero eso ya no importaba demasiado en Belgrado. El 28 de marzo fue declarado día de fiesta nacional en Serbia.

No todo eran acciones de fuerza política. El ambiente intelectual también estaba cambiando en Serbia, antes de la caída del Muro y la desintegración de Yugoslavia. Y no sólo por iniciativa de Milošević; en realidad, le precedía. En 1985 el historiador Veselin Djuretić explicó en un libro de gran impacto, que el movimiento partisano y la política occidental durante la guerra habían sido esencialmente anti-serbias[21]. Al año siguiente, el 24 y 25 de septiembre, un periodista filtró y publicó en el diario *Večernje Novosti* el denominado *Memorándum sobre la situación de Serbia en Yugoslavia*, de 74 páginas, redactado por un comité de 23 intelectuales en la Academia de las Artes y de las Ciencias de Serbia (SANU) para uso interno. En él se hacía un análisis de la situación económica y se lamentaba la supuesta política de debilitar a Serbia para favorecer la integridad yugoslava, recordándose que los serbios eran el grupo nacional con más miembros repartidos entre toda la federación y propugnando su unidad[22]. Por entonces, el nacionalismo intelectual era una realidad y se manifestaba forjando una imagen victimista de Serbia.

La corriente del nuevo nacionalismo serbio que había surgido en torno a la Academia de las Artes y de las Ciencias de Serbia tenía como figura prominente al escritor Dobrica Ćosić. Partisano durante la Segunda Guerra

Mundial, comunista convencido como militante de la Liga de Comunistas de Serbia y admirador de Tito, se distanció del partido cuando en 1968 protestó por la marginación de los serbios de Kosovo. A raíz de los disturbios promovidos ese año por la población albanesa de la región, que buscaba obtener el estatus de república para la provincia. Pero sobre todo, la figura de Ćosić como adalid de ese nacionalismo se fundamentó en novelas río como *El tiempo de la muerte*, en cuatro volúmenes, publicada entre 1972 y 1979. Con más éxito de público, el periodista y novelista Vuk Drašković publicó en 1982 la novela *El cuchillo*, referida al genocidio de los serbios a manos de los feroces ustachas croatas durate la Segunda Guerra Mundial. Esta obra se convirtió en uno de los mayores éxitos de venta editoriales de la época y le valió a su autor ser calificado como disidente al régimen socialista. Drašković era partidario de la Gran Serbia que agruparía territorios croatas y bosnios.

Así, a lo largo de los años ochenta, se fue tejiendo en Serbia una red de actitudes nacionalistas que convivían más mal que bien con el régimen de una Yugoslavia que se iba diluyendo tras la muerte del mariscal Tito en 1980. Los nuevos nacionalistas no eran numerosos, pero sí bien conocidos como referentes del cambio que se produciría a finales de la década. Tal fue el caso, por ejemplo, de Vojislav Šešelj, quien tendría un protagonismo central en los años noventa como líder del movimiento *chetnik*, pero que en 1979 era ya el doctor más joven de Yugoslavia, con 25 años de edad. Posteriormente pasó a impartir clases de Ciencia Política en la Universidad de Michigan, Estados Unidos. Sus ideas nacionalistas lo habían señalado como disidente y en 1984, siendo docente en Sarajevo, fue detenido y condenado a ocho años en prisión. Sin embargo, sólo pasó dos recluido, dado que su condena fue conmutada

por el Tribunal Supremo. De regreso a Estados Unidos, el comandante y líder del movimiento chetnik en el exilio, Momčilo Đujić, le otorgó el título de *Vojvoda* de los chetniks, el máximo rango jerárquico de ese movimiento ultranacionalista y paramilitar. En 1989, junto con Vuk Drašković y otro líder del nuevo nacionalismo radical serbio, Mirko Jović, fundaron el partido Renovación Nacional Serbia, que, lógicamente, se postulaba como enterrador, desde la derecha, al declinante régimen socialista yugoslavo.

Confrontaciones nacionalistas en la Europa socialista: entre Eslovenia y Transilvania

El aprovechamiento político del nacionalismo latente en el propio país que protagonizó Milošević en 1987 no fue ni mucho menos tan original en el contexto de la Europa del Este a finales de esa década. Por entonces, hubo intentos similares en otros países para reactivar los moribundos partidos comunistas recurriendo al aliento nacionalista y en todos ellos la operación aportó réditos políticos. El signo «positivo» o «negativo» dependió mucho del enfoque que le dieron los medios de comunicación occidentales.

La «caída del caballo» de Milošević en Kosovo, en 1987, tuvo su réplica en la transformación del líder comunista esloveno Milan Kučan, reconvertido en nacionalista y primer presidente de la nueva República independiente en 1991. En realidad, su mutación fue integral; la de su contrapartida serbia fue más instrumental por cuanto Milošević nunca dejó de ser marxista, aunque terminara liderando el Partido Socialista serbio y viviera con el estilo de un comunista dinástico. En su caso manipuló y puso al servicio de sus políticas a una parte del nacionalismo serbio, incluso el más radical. De otra parte, externamente,

en la calle, el nacionalismo esloveno podía parecer más progresista o incluso democrático que el serbio. Pero en la búsqueda de sus objetivos, los resultados finales se acercaban entre sí notablemente. El dato va más allá de la anécdota aunque no suele ser mencionado en los textos sobre el conflicto yugoslavo: en Eslovenia se puso en circulación una réplica al *Memorándum* de la Academia de las Artes y de las Ciencias de Serbia, publicado en septiembre de 1986 por el diario *Večernje Novosti*. En febrero del año siguiente, *Nova Revija* en su célebre 57 edición, publicó a su vez el «Programa Nacional Esloveno» (*Prispevki za slovenski nacionalni program*)[23], con diversas contribuciones de intelectuales de derecha liberal, que terminarían gravitando mayoritariamente en torno a la Unión Democrática Eslovena. En ninguna otra república de Yugoslavia se produjo nada parecido.

La paradoja de esta situación fue que mientras los eslovenos pasaban por yugoslavistas en medio del conflicto kosovar, en 1988 y 1989, los serbios aparecían como nacionalistas exclusionistas. Sin embargo, lo que buscaba Milošević movilizando a las masas con la «revolución antiburocrática» era precisamente controlar el máximo de poder sobre Yugoslavia en su conjunto, mientras que los eslovenos sólo deseaban abandonar la federación. De hecho, su apoyo a los albaneses en el conflicto de las minas de Trepca era meramente táctico, porque la secesión eslovena fue una de las primeras «rebeliones de los ricos», que en buena medida venía justificada por el deseo de no implicarse en las tareas de gobernanza de las porciones más desfavorecidas de la Federación yugoslava y más precisamente de Kosovo. De otra parte, como sucedería también con el proceso de secesión croata, la premura por acceder cuanto antes a la entonces Comunidad Europea terminaba por tipificar la voluntad de los ricos por dejar

atrás a los pobres. En años sucesivos se volvería a constatar este mecanismo de insolidaridad entre regiones ricas y pobres, que en 1991 terminó por destruir Yugoslavia en su conjunto.

Por lo tanto, de este planteamiento se infieren dos interesantes conclusiones. La primera, que los medios de comunicación occidentales y las cancillerías otorgaron calificaciones positivas y negativas a los nuevos movimientos nacionalistas que estaban surgiendo en el Bloque socialista en función de sus particulares conveniencias estratégicas, en cada caso. El interés por atraerse al nacionalismo esloveno y croata a la órbita del proceso de integración europeo contrastaba con el rechazo hacia un nacionalismo serbio que buscaba mantener las antiguas estructuras federales yugoslavas y conservar esencias del antiguo régimen, aparte de mantener alianzas con la Unión Soviética. En segundo lugar, esta tendencia vino muy reforzada por el hecho de que, conforme se acercaba el final de la Guerra Fría, las potencias occidentales fueron acentuando estas diferencias y actuando más a fondo sobre ellas.

Mientras tanto, en septiembre de 1988, se produjeron protestas en las calles de Budapest que lograron sacar a la calle a unos 30.000 manifestantes en protesta por el asunto de la presa de Nagymaros, en el Danubio. Originariamente, el problema estaba en la ribera austriaca, donde se había querido construir una presa para generar energía eléctrica. Ante las protestas de la oposición ecologista, los promotores decidieron pactar con las autoridades húngaras la financiación de la obra de Nagymaros, a cambio de una serie de valiosas concesiones[24]. Sin embargo, ecologistas húngaros habían fundado el Círculo del Danubio pocos años antes y fueron ellos los que con apoyo de sectores de la oposición democrática lograron movilizar a numerosos

seguidores en la protesta de 1988. La pugna interesó a algunos miembros del gobierno, empezó a hablarse de referéndum para tomar una decisión, pero todo terminó en unas sesiones parlamentarias que no llevaron a nada.

De todas formas, las protestas resultaron ser novedosas en el contexto político de la Europa del Este en aquellos años. Lo fue aún más el hecho de que la movilización pronto se trasladó al ámbito nacionalista. Por entonces, Ceauşescu había anunciado, en 1988, el «plan de sistematización» del agro rumano, el cual preveía la demolición de varios miles de aldeas en todo el país para ganar terreno de aprovechamiento agrícola. Era un nuevo proyecto de estilo comunista-asiático, inspirado en el Gran Salto Adelante chino, que planteaba la concentración («reordenación») de la población agraria en centros que debían ser autosuficentes en su producción agrícola e industrial. Esto afectaba en especial a la región de Transilvania, poblada en parte por una minoría húngara. De hecho, en noviembre del año anterior habría tenido lugar una revuelta espontánea en la ciudad transilvana de Braşov[25], ante la miseria económica reinante que, de hecho, afectaba a toda Rumania. Durante algunas horas del día 15 los manifestantes lograron hacerse con el control de la ciudad; pero la represión fue muy dura, tanto que provocó la huida de un número indeterminado de ciudadanos hacia Hungría, país que por entonces había avanzado considerablemente en sus reformas económicas, que no tardarían en proyectarlo fuera de la órbita comunista. Entre los fugitivos había un porcentaje considerable de húngaros que componían la minoría étnica magiar en Transilvania (unos 700.000 individuos), pero también figuraban muchos rumanos. Las cifras de huidos que la prensa occidental barajó por entonces fueron muy hinchadas. Pero revelaban la corrupción de las autoridades

rumanas, que permitieron ese flujo y, sobre todo, motivaron serios roces entre Budapest y Bucarest.

Las manifestaciones en la capital húngara, permitidas por el régimen, agruparon a unas 30.000 personas y se convirtieron en otra muestra más de cómo un partido comunista recurría al nacionalismo para conseguir apoyo social en un momento en el cual era evidente la falta de entusiasmo militante y el poder necesitaba respaldo de la calle. Por entonces, la campaña en pro de los hermanos de Transilvania fue tan sistemática que se organizaron campañas de denuncia en terceros países, como la conferencia y reparto de revistas que tuvo lugar por entonces en el Ateneu de Barcelona.

Tras el acontecimiento se podía encontrar un nombre propio, surgido de entre los nuevos políticos reformistas en el seno del Partido Socialista Obrero Húngaro (MSZMP), que empezaron a despuntar en torno a 1986. Es interesante retener la cercanía de ese año con el de 1987 que lanzó a Milošević al estrellato de la nueva línea nacionalista de la Liga de Comunistas serbios. Entre las nuevas promesas del comunismo húngaro figuraba Imre Poszgay, un hombre de 53 años que había sido ministro de Educación y de Cultura pocos años antes, y que por entonces formaba parte del Comité Central del partido. Tras enfrentarse con el secretario general János Kádar, en su defensa de cierto aperturismo, había sido desplazado a la secretaría general del Frente Patriótico Popular, esto es, la organización de masas del partido. Allí, Poszgay aprendió a conocer de cerca las bases del partido y sus anhelos o desmotivaciones.

Con las simpatías de todo un grupo de intelectuales nacionalistas moderados y populares, Poszgay estuvo detrás de las movilizaciones de junio de 1988 a favor de los húngaros de Transilvania, supuestamente maltratados por

el gobierno rumano[26]. La iniciativa tuvo un enorme éxito y los miles de húngaros que protestaban en las calles contra la política de la vecina Rumania resultaban ser un espectáculo muy sorprendente, porque por entonces tanto Hungría como Rumania formaban parte del bloque comunista y la campaña encabezada por Pozsgay era de signo claramente nacionalista. Pero a finales de los ochenta Hungría tenía un régimen aperturista mientras en Rumania el impopular y tiránico Nicolae Ceauşescu se negaba a cualquier tipo de cambio. Eso hizo que desde Occidente se aplaudiera a los húngaros y se culpabilizara a los rumanos. Pero en esencia, la maniobra intentada por Milošević y la que protagonizaba Poszgay eran muy parecidas: denunciar la suerte de los compatriotas «abandonados» en manos de los extranjeros para, de esa forma, consolidar el propio poder y reanimar con nacionalismo al agonizante comunismo.

---

[1] Shenfield (2001): p. 30.

[2] Página web del actual Unión del Pueblo Ruso: http://srn.rusidea.org/

[3] Billington (2011), para una aclaración sintética; Riga (2014): pp. 58 y ss., para explicación matizada en extenso.

[4] Hingley (1970): p. 88.

[5] La teoría desarrollada por Cohn (1983) intenta ser refutada por Ruud y Stepanov (2002).

[6] La edición española lleva por título *El mito de la conspiración judía internacional* (1983).

[7] Fechas manejadas por Sukhankin (2017): p. 9; 1979-1980, según Tipaldou (2015): p. 80.

[8] Священная дружина (1881-1883) , Чёрная Сотня y Русское собрание (1900-1917), respectivamente. Laqueur (1995): p. 46, para Asamblea Rusa.

[9] Tipaldou (2015): p. 80.

[10] Para una ficha completa sobre la historia y actividades del RNE, Tipaldou (2015): pp. 81-98.

[11] Silber (1995): pp. 36-47.

[12] Thomas (1999): pp. 45-46; Silber (1995): pp. 60-73.

[13] Thomas (1999): p. 93; Mitrović (2007): pp. 77-86. El trabajo de Sonja Mitrović incluye testimonios del proceso contra Slobodan Milošević seguido por el Tribunal Penal Internacional de La Haya.

[14] Glenny (1992): p. 149.

[15] Veiga (2004): pp. 95 y ss. El relato de los hechos se efectuó en parte con fuentes orales.

[16] Jović (2008): pp. 282-307.

[17] Veiga (2004): p. 101.

[18] Mirjana Tomić, «La huelga minera de Kosovo finaliza con la dimisión de tres dirigentes», *El País*, 28 de febrero, 1989 [consultable en red].

[19] Jović (2008): p. 334.

[20] Veiga (2004): p. 103.

[21] Un buen análisis de esa obra y su autor en Pavlowitch (2002): pp. 138-140. También en Thomas (1999): p. 37. El libro se titulaba *Los Aliados y el drama yugoslavo durante la guerra*, y fue publicado en junio de 1985.

[22] Se pueden encontrar versiones del *Memorando* en internet. Véase, por ejemplo, la publicada por Trepca.net: http://www.trepca.net/english/2006/serbian_memorandum_1986/serbia_memorandum_1986.html. El documento comenzó a redactarse en junio de 1985. Véase, para un análisis interesante, Thomas (1999): p. 41. La justificación serbia para la redacción del *Memorando* en Mihailovic y Kresic (1995) [consultable en: http://www.rastko.org.rs/istorija/iii/memorandum.pdf].

[23] No se encuentra ningún ejemplar en red [a 21 de enero de 2019].

[24] Stokes (1993): pp. 93-95.

[25] Socor (1987).

[26] «Los húngaros se lanzan a la calle contra Ceuşescu», *El País*, 28 de junio de 1988 [consultable en red].

CAPÍTULO 2

MILAGROS NACIONALES

IMPACTO DEL DESAFÍO POLACO EN LA EUROPA SOCIALISTA

Solidaridad vive porque Popieluszko derramó su sangre por ella.

LECH WAŁĘSA, tras encontrarse el cadáver del asesinado padre Jerzy Popieluszko, 3 de noviembre de 1984

Si no hubiera sido por la primera peregrinación de Juan Pablo II a Polonia en 1979, no habría habido Solidaridad. La peregrinación fue un evento innovador, sociológicamente poderoso, ya que toda una generación de polacos se dieron cuenta de su poder y sintieron una oleada de coraje para actuar. La gente creía que era posible mantenerse fiel a la verdad a pesar del régimen brutal y poderoso. La solidaridad se convirtió en un movimiento nacional que se identificó claramente con Juan Pablo II. No fue una coincidencia que la puerta de entrada del Astillero Gdańsk, con su retrato de Juan Pablo II, se convirtiera en el símbolo del movimiento. En este sentido, el papa participó en el derrocamiento del comunismo, aunque no como actor político, sino como iniciador de un movimiento ético.

Durante su peregrinación a Polonia en 1979, Juan Pablo II dijo las famosas palabras: «Que el Espíritu descienda y renueve la faz de la tierra. Esta tierra».

Dijo estas palabras en un momento especial: durante el primer discurso como papa polaco a sus compatriotas en tierras polacas.

PAWEŁ SKIBIŃSKI, historiador polaco, politólogo, exdirector del Museo de Juan Pablo II y Primado Wyszyński

Cristo nuestro Señor, crucificado y santo,
La tierra serbia vuela entre las nubes

Vuela sobre las alturas celestiales
Sus alas son el Morava y el Drina.

Adiós mi primogénito aún no nacido
Adiós rosas, adiós romero
Adiós veranos, otoños e inviernos

Nos vamos y no volveremos

> En la Santa Trinidad unificada
> Vamos hacia el campo de batalla de Kosovo
> Vamos a nuestro lugar en el destino
> Adiós madre mía, hermana y novia.
>
> Himno serbio a los héroes de Kosovo (tradicional)

Parece bastante claro que a medidados de los años ochenta del siglo pasado se produjo un rebrote del nacionalismo en varios países de la órbita soviética que, incluso en algunos casos, derivó con rapidez hacia el ultranacionalismo y el neofascismo. Esto constituía un fenómeno llamativo teniendo en cuenta que los regímenes comunistas seguían en el poder y, por entonces, no se sabía cuánto tiempo más podrían seguir detentándolo.

Sin embargo, es sabido que con anterioridad a la década de los ochenta, lo que parecían fenómenos de raíz nacionalista habían atravesado la geografía del Bloque soviético de tanto en tanto. Por ello es fácil caer en la conclusión de que el nacionalismo nunca había desaparecido en ese ámbito político, e incluso que la raíz profunda de algunos regímenes pretendidamente socialistas era precisamente esa: nacionalista. El origen de estas tensiones se inscribía en el largo periodo de dos décadas que va desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los sesenta y un poco más allá. Según esta versión, la sovietización de Europa oriental no se había llevado a cabo de una manera uniforme, por lo cual no había logrado evitar las tensiones nacionales subyacentes. Estas serían las históricas, producto de décadas de conflictos, contradicciones y crisis.

Criptonacionalismo en el Bloque soviético

Comenzando por los cambios de fronteras que trajo la victoria soviética y que supusieron el final de las ilusiones expansionistas de los aliados del Eje. Comportaron limpiezas étnicas a gran escala de población alemana, que hubo de abandonar los Sudetes, Pomerania y Silesia, además de otras regiones más alejadas de sus fronteras históricas, como la Vojvodina yugoslava, por ejemplo. Eso llevó a cambios poblacionales y territoriales a costa de los vencidos en la Segunda Guerra Mundial, nuevas tensiones entre nuevos vecinos y un poso de amargura que todavía permanece en nuestros días y se manifiesta en el turismo nostálgico de los que acuden a visitar las posesiones que fueron de sus familiares. Con todo, esos cambios quedaron garantizados por Moscú a partir de 1945, y la condición fue que no habría polémicas ni discusiones sobre lo restaurado; porque, de hecho, las fronteras de 1945 venían a ser las de 1919.

Sin embargo, soterradamente, las hubo. El cisma entre Tito y Stalin, ya en 1949, tuvo como trasfondo la implicación yugoslava en la guerra civil griega y los intentos titoistas de hegemonizar una confederación socialista balcánica con capital en Belgrado y no en Sofía. Precisamente, la creación del hoy deprimido barrio de Novi Beograd (Nuevo Belgrado) estaba destinado a ser una nueva capital interbalcánica[27].

Los intentos soviéticos de reorganizar zonas productivas y mercados agravaron aún más la situación. Suponían que la República Democrática Alemana poseería una posición hegemónica como potencia industrial, en aquel antecedente del Mercado Común Europeo que fue el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME). El denominado Plan Valev «para la división internacional socialista del trabajo», que se empezó a fraguar en 1955 y fue anunciado por Jruschov en 1961, terminó generando un

serio agravio comparativo para los países más agrícolas del Bloque del Este. El Plan Valev preveía que Rumania sufriría una especie de partición en regiones de interés productivo: Moldavia debería entrar en un conglomerado económico con Ucrania; Transilvania, en otro relacionado con Europa centro-oriental; y el resto, abandonando la siderometalurgia, quedaría destinado a producir cereales y ganado. Por fin, en febrero de 1963 Jruschov planteó a los rumanos que debían dejar de lado sus esfuerzos por industrializar el país; en julio, durante la 18.a sesión del CAME, Bucarest amenazó con abandonar este mercado común socialista. Y en 1964 se publicó la denominada «declaración de abril» en la que se denunciaban los «manejos» soviéticos[28].

El enfrentamiento entre Bucarest y Moscú, sin llegar a ser tan frontal como el vivido entre Moscú y Belgrado, tuvo también un componente nacionalista de fondo. Los comunistas rumanos estaban defendiendo una opción puramente estaliniana (el desarrollo de una industria pesada autóctona) frente a los planteamientos más regionalistas de Jruschov. Los colosos siderometalúrgicos traerían autonomía económica y desarrollo para el país, pero también —y la decisión era, a la postre, más política que económica— serían la forja de un «genuino» proletariado rumano, soporte de una revolución que, *noles volens,* comportaba un componente nacional. Paradoja dentro de la paradoja, en el origen de las propuestas estalinistas estaba implícita la consigna nacionalista. Basándose en ella, el dirigente rumano acabó recurriendo a una política tibiamente independiente que llevó a pedir créditos occidentales para construir gigantescas acerías, a un cierto acercamiento a China y, sobre todo, al soporte y la reconciliación con el sentimiento nacional rumano. Ello se tradujo en un distanciamiento del Pacto de Varsovia, un

acercamiento a Yugoslavia, la apertura al turismo occidental, la relegación del ruso como lengua prioritaria en la enseñanza y el cambio de denominaciones de calles e instituciones, de rusas a rumanas.

Pero las explosiones más espectaculares de lo que podría ser considerado criptonacionalismo del periodo 1948-1968 tuvieron lugar en Yugoslavia precisamente a partir de ese último año, cuando en Kosovo y en la vecina Macedonia estallaron violentas manifestaciones protagonizadas por los albaneses, destinadas a conseguir el estatuto de república y la creación de una universidad autóctona. Como respuesta, Tito dio una de cal y otra de arena. Hubo represión, pero una vez encauzadas las aguas se accedió a algunas peticiones de los revoltosos. Kosovo adquirió la categoría de provincia autónoma: se promulgó una especie de carta constitucional, se le concedió un tribunal supremo, una Academia de Ciencias, así como una televisión nacional y se le permitió a los albaneses utilizar su bandera junto a la yugoslava. La Universidad de Kosovo en Pristina se convirtió en una realidad. Tito había ejercido su característica política de balance; en este caso, cediendo ante el temprano y violento brote de nacionalismo albanés y marginando la respuesta del todavía muy débil nacionalismo serbio, personificado en Ćosić y un puñado de intelectuales, por entonces jóvenes y desconocidos.

No fue el único caso de estallido nacionalista en Yugoslavia. Sólo tres años más tarde, y esta vez en Croacia, surgió el denominado Maspok, apócope de *Masovni pokret* o «movimiento de masas», tan grave o más que el acaecido en Kosovo. En 1971 la marea nacionalista croata estaba en su punto de ebullición. La asociación cultural Matica hrvatska había terminado por convertirse en un foro nacionalista radical, con sus propios y agresivos órganos de prensa y 41.000 afiliados. Durante el verano comenzó a

movilizar a los nacionalistas croatas en Bosnia y Vojvodina para presionar por la ampliación del territorio controlado por la República de Croacia. Algunas de sus publicaciones se pronunciaron explícitamente por la independencia total. Parte de la directiva comunista en el poder en Zagreb se identificó con Matica hrvatska y presionó decididamente en demandas como la retención de una mayor cuota de ingresos de su producto interior, la posibilidad de negociar préstamos en el extranjero por iniciativa propia, o incluso la fundación de un banco nacional o una moneda nacionales. Se pedía la creación de un Ejército croata a partir de las unidades del Ejército yugoslavo estacionadas en la república o el traslado del almirantazgo a Split. El Sabor o (parlamento tradicional) debería convertirse en la instancia de poder más elevada de la república, lo cual implicaba dejar en un segundo plano a la Liga de Comunistas de Croacia. Representación en la ONU, sellos de correos, código legal: las reclamaciones saltaban una tras otra y la tendencia final, claramente expresada por Matica hrvatska, era la secesión con respecto a Yugoslavia. E incluso más: algunos intelectuales de esa sociedad patriótica revivieron la vieja idea de partir Bosnia entre croatas y serbios. Para espanto de Tito, la réplica serbia de esta organización, Matica srpska, dio señales de estar preparada para negociar la partición.

Ya habían pasado tres años desde el aplastamiento de la Primavera de Praga por los tanques soviéticos. Pero en diciembre de 1970 el Ejército polaco había acallado a tiros las protestas obreras en las fábricas y astilleros del Báltico causando un gran número de víctimas. ¿Se atrevería a hacer Tito lo mismo con los croatas? La delicada situación política internacional hacía imposible que desde Belgrado se tomasen medidas brutales que podían desembocar en situaciones incontroladas. Sin ir más lejos, un conflicto

serio en el interior de la confederación podía proporcionar a los soviéticos la excusa perfecta para intervenir. Parecía que el conflicto no pasaría de debate bizantinos como las protestas por los rótulos que ostentaban los autobuses del aeropuerto de Zagreb, los cuales en vez de *Jugoslovenski Aerotransport* (en serbio) deberían lucir el más apropiado *Jugoslavenski Aerotransport* (en croata)[29].

Pero finalmente, en noviembre, la situación reventó cuando tres mil estudiantes organizaron una huelga en apoyo de los elementos más reformistas de la Liga de Comunistas croata y en contra de los conservadores. El movimiento se expandió con rapidez a través de Croacia: tres días después, 30.000 estudiantes se habían unido a la huelga en Split, Dubrovnik y Rijeka. El ambiente recordaba tanto al de la Primavera de Praga que comenzó a hablarse de la Primavera Croata (en Yugoslavia siempre se le conoció como *Masovni pokret* —movimiento de masas— o coloquialmente, Maspok)[30]. Pero también tenía mucho del Mayo francés. De hecho, lo que ocurría en Croacia no fue visto con rechazo desde Belgrado, sino incluso, a veces, al contrario. Estudiantes croatas viajaban por Yugoslavia para ponerse en contacto con los obreros de aquí y allá y los intelectuales serbios seguían con excitación aquella explosión que, supuestamente, podía terminar trayendo un mayor grado de libertad y democracia para toda Yugoslavia. En palabras de una periodista serbia que vivió aquella época, el ambiente en Croacia no tenía que ver con el que se desarrolló casi veinte años más tarde[31]. En realidad, parte de las reivindicaciones planteadas parecían responder a un intento consciente de hostigar a Tito y las autoridades del régimen con aquello que más los irritaba íntimamente: el nacionalismo. Una provocativa manera de pensar afín a la de aquellos estudiantes e intelectuales que habían protagonizado el Mayo de 1968 en París.

En los Balcanes los resultados fueron menos lúdicos. Tito afrontó el problema con firmeza. Convocó una sesión de la Liga de Comunistas de Yugoslavia, en la que quedó patente el aislamiento de los liberales y nacionalistas croatas, condenados por los conservadores de su propia república, pero también por sus camaradas de Bosnia, Eslovenia e incluso Kosovo. Mientras tanto, la policía antidisturbios tomaba Zagreb, sin que el Ejército federal llegara a intervenir. Los dirigentes comunistas croatas más liberales se vieron obligados a dimitir, y pocos días más tarde, miles de miembros de la Liga de Comunistas de Croacia fueron expulsados del partido, la mayor parte bajo acusaciones de pusilanimidad. Sólo en los escalones más elevados de la Liga cayeron 741 autoridades y 11.800 personas fueron condenadas a penas diversas de prisión. Entre ellas, un destacado nacionalista llamado Franjo Tudjman, antiguo combatiente partisano bajo Tito y después general del Ejército, por entonces ya retirado. La purga en los cuadros del partido y los juicios contra los nacionalistas fueron seguidos por el procesamiento de los intelectuales, que alcanzó su punto culminante en el otoño de 1973.

Yugoslavos y rumanos no fueron los únicos desobedientes a Moscú. Exceptuando a los alemanes del Este y los búlgaros —que eran los bastiones defensores del Bloque por el Oeste y el Sur— el resto de los países terminaron por rebelarse en un momento u otro: albaneses, húngaros, checoslovacos y, por supuesto, los polacos.

Sin embargo, el primer bloque de desafecciones y hasta insurrecciones de 1948 a 1968 fue cualitativamente diferente al que tuvo lugar entre 1969 y 1989. En general, la primera cosecha de choques específicamente nacional-marxistas se desarrolló con el trasfondo de los grandes cismas ideológicos, y más especialmente el chino-soviético, que casi desembocó en una guerra generalizada en 1969, a

partir de los combates por el control del islote fronterizo de Zhenbao/Demanski en el río Ussuri. Cierto que las desavenencias arrancaban de una concepción propia del legado marxista-leninista, con un trasfondo de desarrollo nacional-cultural diferente. Pero sobre todo se hablaba de experiencias socioeconómicas dispares y de cómo se podían hacer extensivas a otros procesos revolucionarios en África, Asia o Latinoamérica.

Lo que se vivió en Croacia, Eslovenia, Hungría, Polonia o los Países Bálticos en los veinte años finales del Bloque del Este fueron fenómenos con otras raíces. El Maspok croata aún pretendía una regeneración política de la revolución, ya burocratizada o demasiado centrada en la figura de Tito, mediante la provocación nacionalista. Era la adaptación balcánica de la iconoclasia practicada por los estudiantes e intelectuales parisinos o estadounidenses en 1967-1968. Pero si realmente fue así, se estaba jugando con fuego, puesto que los intelectuales albaneses, eslovenos, serbios o musulmanes bosnios no iban a recurrir a tantas sutilezas.

«Nacionalismo milagrero»: el precedente polaco

En Europa del Este, los brotes nacionalistas de los años ochenta del siglo XX tenían que ver con el intento de reactivar las bases de apoyo a los partidos comunistas mediante inyecciones de nacionalismo puro y duro, en unos momentos en que los diversos regímenes de la zona empezaban a tener serios problemas estructurales de tipo económico. Eso sucedió una y otra vez con diversas intensidades o de forma más o menos evidente según los países. Hasta concluir en las «uniones nacionales» que llevaron a las secesiones en los Países Bálticos y Yugoslavia y a las guerras que siguieron a continuación en los Balcanes occidentales; o al «suicidio colectivo» del Partido

Socialista Obrero Húngaro magiar en febrero de 1989, cuando un pleno del Comité Central respaldó en principio el sistema político multipartidario.

Aparte del precedente del Maspok croata, que vino a ser como un paréntesis de transición entre las dos grandes tendencias señaladas, el origen explosivo de este fenómeno parece haber estado en el impacto del movimiento sindical *Solidarność* (Solidaridad) en Polonia, entre 1980 y 1981. Por supuesto que se trataba de una iniciativa entre libertaria y social-católica de base nacionalista, pero espantó a los comunistas polacos porque, como bien afirma Mark Mazower, el asalto de los sindicalistas hizo que el Partido Comunista polaco (POUP) «dejara de representar una guía convincente hacia el socialismo»[32]. Sin esperar a quedar tan arrinconados como los camaradas polacos, los diversos regímenes comunistas de Europa del Este decidieron adelantarse a los acontecimientos como mejor supieron; aunque, como demostrarían los acontecimientos, los precarios remedios resultaron ser peores que la enfermedad.

Para entender la fuerza de la onda expansiva que generó *Solidarność,* debe recordarse que el 16 de octubre de 1978 el arzobispo de Cracovia (Kraków), monseñor Karol Wojtyła, fue nombrado papa como Juan Pablo II. El acontecimiento generó una oleada de nacionalismo, religiosismo, autoconfianza y euforia en toda la sociedad polaca, parte de la cual estaba enfrentada con el régimen comunista, en una creciente desorganización, aislamiento, indecisión e indefensión. El origen de esa ruptura estaba en la desastrosa gestión de la economía por Edward Gierek, primer secretario del Partido Obrero Unificado Polaco (POUP), denominación específica que recibía el Partido Comunista polaco desde 1948. Con él, que ejerció el cargo entre 1970 y 1980, la frugalidad puritana de los tiempos de

su antecesor, Władysław Gomułka, dio paso a una desdeñosa extravangancia en la gestión del gasto público. El gobierno se endeudó con todos, al Este y al Oeste: con Moscú, entusiasmado con la idea de estabilizar Polonia en la era de la distensión; y con los occidentales, que concedieron créditos sin trabas. Las masivas inversiones occidentales que fluyeron hacia Polonia —y otros países de Este— en la década de los setenta fueron empleadas en subvencionar una orgía de consumo y corrupción, así como toda una serie de inversiones optimistas, grandiosas, descoordinadas y carentes de sentido, pero sin modernizar la base tecnológica de la economía[33]. El descontrol llevó a un fracasado y muy impopular intento de corregir las distorsiones presupuestarias, en el verano de 1976. El escándalo que generó fue de tal magnitud, que Gierek se vio obligado a dar marcha atrás. Pero su autoridad quedó muy erosionada, y con ello se deterioró también la credibilidad de la sociedad en el régimen.

En el contexto de la cultura polaca, eso quería decir que se rompía la tregua acomodaticia entre el nacionalismo social polaco, muy fundado en su identidad religiosa, y un régimen que sólo podía justificarse, en ese ámbito, como un gestor racional y eficaz de los recursos. De ahí que el advenimiento de un papa polaco, por primera vez en la historia, generara un entusiasmo eruptivo en su país de origen, a sólo dos años del fracaso de Gierek. Su visita a Polonia, en junio del año siguiente —primer viaje de los nueve que hizo a su tierra—, terminó de realzar aún más el contraste entre un pueblo vibrante y un sistema político esclerotizado. Y es que, además, el viaje coincidía con una batería de efemérides torturadas de gran impacto para los nacionalistas: el aniversario de la independencia polaca (1918), el de la victoriosa guerra ruso-polaca de 1920, el

del reparto germano-soviético de Polonia (1939) y el nefasto de la fundación del Estado comunista (1944).

El entusiasmo generado por la elevación al solio pontificio de Karol Józef Wojtyła fue de tal envergadura que se puede hablar de la aparición, al menos en Europa del Este, del «nacionalismo milagrero»; esto es, un estado de histeria colectiva de la cual surge el convencimiento de que el nacionalismo puede obrar milagros —en este caso la derrota del comunismo y el comienzo del fin del bloque soviético— por su categoría de pueblo elegido. Su pasado estaba libre de instituciones «razonadas». El *liberum veto* que gobernaba la Polonia medieval «era percibido como la expresión de la fe en que las decisiones políticas importantes debían ser tomadas por aclamación porque esta era el resultado de un milagro —la inspiración proveniente del Santo Espíritu»[34].

Ante este fenómeno, Gierek intentó un último esfuerzo por enderezar la situación económica recurriendo, una vez más, a los créditos occidentales, lo que redundó en un aumento espectacular de la deuda soberana, todo ello en el contexto del final de la era de la distensión y la reactivación de la Guerra Fría tras la invasión soviética de Afganistán, en diciembre de 1979. Como consecuencia, el 1 de julio de 1980 se volvieron a anunciar incrementos de precio en alimentación y, además, por sorpresa; lo que fue respondido por huelgas en dieciocho ciudades polacas. Pero en esta ocasión todos los contestatarios se unieron en un frente único de protestas, teniendo como punta de lanza a los trabajadores de los astilleros de Gdansk.

En esta ocasión los huelguistas estaban mejor preparados. Contaban, por ejemplo, con el apoyo del KOR (*Komitet Obrony Robotników*) o Comité para la Defensa de los Trabajadores, organizado ya en 1976 por intelectuales disidentes y profesionales, para dar asistencia legal a los

trabajadores que estaban siendo perseguidos por su participación en las protestas. Los fundadores habían sido catorce intelectuales que con el tiempo se harían célebres, entre ellos el antiguo comunista y reformista Jacek Kuroń; el anciano economista Edward Lipiński, que por entonces contaba 90 años; y Jerzy Andrzejewski, escritor, autor de la célebre novela *Cenizas y diamantes*, llevada a la pantalla por Andrzej Wajda en 1958. El *Komitet Obrony Robotników* pudo ampararse en las circunstancias: en plena era de la distensión y dado que Gierek necesitaba de benevolencia occidental para drenar más y más créditos, intentó guardar la imagen de político tolerante, y por ello *Robotnik,* el periódico del KOR, llegó a tener una tirada de 12.000 ejemplares en 1979[35].

En poco tiempo el KOR se convirtió en un movimiento multigeneracional, transversal, pero que agrupaba principalmente a socialistas democráticos, patriotas y libertarios civiles: este proceso pasó a conocerse como «autoorganización de la sociedad polaca». En conjunto, las reivindicaciones eran de tipo sindical, ampliándose hacia determinados derechos sociales.

Ya en 1979 se había publicado una *Carta de los derechos de los trabajadores*, en la que se exigía «el derecho de los trabajadores a formar asociaciones» y el «derecho a la huelga». Ese documento llevaba la firma de 22 ciudades. En agosto de 1980, los astilleros Lenin, de Gdansk, también entró en huelga, con el objetivo de obtener mejoras salariales, una prima por carestía de vida, la readmisión de la despedida gruista Anna Walentynowicz y hasta un monumento a las víctimas de 1970.

Las huelgas fueron desde el principio no violentas. Como la respuesta de las fuerzas del orden público fue muy suave, los paros se reprodujeron a lo largo de julio y luego en agosto de 1980. El 14 de ese mes la huelga se extendía

por la costa del Báltico. Ello daría lugar al movimiento Solidarność cuya importancia política sobrepasaría pronto el ámbito sindical.

Esto empezó a suceder el día 16, cuando los astilleros Lenin, en Gdansk, la empresa más importante en huelga, consideró que la negociación con el gobierno había sido ventajosa y se dispuso a terminar los paros. Fue entonces cuando otras empresas se quejaron de que habían quedado en la estacada y bajo la dirección del carismático líder sindical Lech Wałęsa se reactivó el conflicto, pero ya en una línea decididamente política. Al suceder eso emergió de forma cada vez más visible la Iglesia polaca. Esta bajo la astuta dirección del cardenal Stefan Wyszyński pretendió erigirse como realidad política, no como un actor político de primera línea. Sin embargo, siempre estaba presente, como actor y como símbolo, como aglutinador y como combustible, y en todas las filas a la vez. Impregnó el activismo obrero de aquellos años de manera constante: en las «misas patrióticas» celebradas al aire libre en los astilleros Lenin, precedidas por confesiones en público; en las procesiones; en los omnipresentes símbolos religiosos, desde el pin con la Virgen de Częstochowa de Wałęsa hasta el monumento de las tres grandes cruces erigidas en Gdansk a la memoria de los trabajadores muertos en las protestas de 1970.

Las manifestaciones de fervor religioso y patriótico que acompañaron el surgimiento de Solidarność, el primer sindicato independiente en un país del bloque soviético, fueron persistentes y espectaculares. Desde la invocación a Juan Pablo II, al masivo entierro del padre Jerzy Popiełuszko, asesinado por la policía política del régimen en 1984 y declarado beato en 2010. Decisiva fue la intervención del episcopado polaco, que el 27 de agosto de 1980 anunció una serie de puntos como «derechos

intocables» de la nación, que aunque no recogían el derecho a la huelga, constituían una base de apoyo a los obreros en paro. De ahí surgió el respaldo moral a los acuerdos negociados entre el comité de huelguistas y los representantes del gobierno el 31 de agosto de 1980, que significaba lograr el derecho a la huelga y a organizar sindicatos independientes. Pero también, entre otros muchos logros, la libre retransmisión de la misa del domingo por la cadena de radio del régimen. Aunque el dato que realmente era estremecedor para la época eran los diez millones de seguidores que tenía Solidarność a comienzos de 1981, de los cuales, un millón eran desertores del POUP. Eso significaba que el sindicato católico aglutinaba de hecho a toda la masa laboral de Polonia.

El desbordamiento del régimen comunista polaco por el sindicalismo nacional-católico puso los pelos de punta a los regímenes del Bloque soviético, que reaccionaron de tres maneras diferentes. En Rumania, también en una situación económica apurada ante la imposibilidad de devolver los préstamos occidentales, se optó por el control y represión de cualquier posible brote de disidencia, real o imaginaria. Eso se tradujo en purgas indiscriminadas, aún dentro del aparato del partido, dejando cada vez más sola a la familia Ceauşescu en el poder. Incluso se recurrió a contrapuntos extravagantes, como el proyecto de instruir a los obreros en técnicas de meditación para conseguir mayor rendimiento en el trabajo, un experimento que no pasó de la mesa de proyectos y que dirigió Elena Ceauşescu en persona[36]. Por supuesto, en este despliegue de control la minoría húngara recibió una atención especial.

La segunda reacción consistió en canalizar los sentimientos nacionales para domesticarlos o evitar que llegado el caso se desbordaran. Un ejemplo de ello lo

constituía la misma Unión Soviética, porque en esa práctica llevaba ventaja a los estados satélites, dado que arrancaba de la defensa de la Madre Patria en la Segunda Guerra Mundial. En tercer lugar, el uso del nacionalismo para sazonar o incluso potenciar al Partido Comunista propio fue el camino escogido en países como Hungría o Serbia, entre otros.

Mientras tanto, en la misma Polonia el régimen ya había empezado a reaccionar por su cuenta, echando mano de recursos propios. Ejemplo de ello fue el golpe del general Wojciech Jaruzelski, en diciembre de 1981, que introdujo el régimen de ley marcial *(Stan Wojenny)* en Polonia durante un año y medio. Le iniciativa era una respuesta al imprudente mensaje de Solidarność, que en el congreso del 8 de septiembre de 1981 se dirigió «a los compañeros trabajadores del bloque oriental y la URSS que hubieran decidido emprender la dura lucha por un movimiento sindical libre e independiente». A esas alturas, Moscú había comenzado a criticar la «bacanal antisocialista y antisoviética» y se temía una intervención exterior como las de Hungría en 1956 o Checoslovaquia en 1968. Pero esta vez la inciativa fue exclusivamente polaca e innegablemente patriótica; una salida paradójica porque intentaba evitar el desmoronamiento del régimen ante la extrema debilidad de la base del POUP[37].

Aunque miembro del Politburó a lo largo de los setenta, Jaruzelski era también un militar de carrera; y llegó desempeñar el cargo de secretario general del POUP (PZPR) durante esos meses. Lo hizo en calidad de algo parecido a un dictador militar, puesto que concentró en su persona los cargos de primer ministro (1981-1985), presidente (1985-1990) y comandante en jefe de las fuerzas armadas. De hecho, el golpe estableció un Consejo Militar de Salvación Nacional (WRON) —15 generales y 5

coroneles— para administrar el país, sin establecer un papel específico para el Partido. Ello resaltaba la incapacidad de los políticos y administradores del POUP; y era, a la postre, una situación embarazosa ante la herencia ideológica del leninismo, tan atenta a conjurar siempre los peligros del «bonapartismo» en su misma raíz.

Ya en la época, el golpe se vivió como el «recurso al soldado», una solución ante el bloqueo político que parecía inspirada en la que se había aplicado en la misma Polonia en el periodo de entreguerras, poniendo Jaruzelski su autoridad militar sobre la supremacía del Partido, por entonces muy erosionado. Se recordaba la negativa del general a enviar a las tropas contra los manifestantes tanto en 1970 como en 1976 y también sus orígenes nobles, que se remontaban al siglo XIII. Y aunque el golpe no fue blando en absoluto (suspendió a Solidarność e internó a más de 10.000 activistas del sindicato), el general, ya en funciones de presidente, desempeñó un papel decisivo como árbitro de la transición hacia el capitalismo, al poner los medios para lanzar el diálogo entre los sindicalistas y el régimen. Por lo tanto, el nacionalismo castrense se impuso, temporalmente, al nacional-catolicismo, pero también, en parte, al propio régimen comunista, contribuyendo a diluirlo. O quizá se podría hablar de una forma de complementariedad a tres bandas, sin destruir ninguna de ellas, evitando la guerra civil y propiciando la negociación que llevó a la transición. Porque el hecho era que la economía siguió deteriorándose y hacia finales de los ochenta, la oleada de huelgas amenazaba con escaparse del control del gobierno y de la antigua dirección de Solidarność[38].

De hecho, a partir del golpe, Jaruzelski logró convencer a algunos de sus camaradas más duros a iniciar una negociación con la oposición a fin de pactar un marco de

acuerdos y consensos a partir de los cuales volver a la normalidad institucional. Y precisamente ese fue el camino por el cual se abrieron las puertas a una lenta y cauta transición hacia el capitalismo que terminó incorporando al proceso de liberalización a muchos nomenklaturistas del régimen, así como a elementos de la oposición[39]. Dicho de otra forma, los cantos de sirena liberales acallaron temporalmente al nacionalismo rugiente en Polonia; regresaría como indignación nacional ante la segunda gran desilusión histórica en tan sólo un cuarto de siglo.

La filtración del virus neoliberal en el Este

Llegados a este punto, conviene completar otro rasgo que diferencia los reflejos leninistas-nacionales de los años 1948-1968, de las líneas políticas nacionalistas dentro de los Estados del bloque soviético entre 1968 (o comienzos de los años setenta) y 1989. Se trata de la respuesta a la atención de las potencias occidentales, en el primer caso, inmersas en plena Guerra Fría.

El caso más conocido es ilustrativo: tras la ruptura Tito-Stalin, transcurridos los primeros meses de desconcierto, Washington intentó atraerse a Yugoslavia al campo occidental. Se produjeron discretos contactos y conversaciones ya desde la primavera de 1949, y los estadounidenses hicieron atractivas ofertas, que en algunos casos, llegaron a materializarse: desbloquearon reservas de oro depositadas por el gobierno real durante la guerra equivalentes a 30 millones de dólares de la época, y a los largo de la década de los años cincuenta ayudaron material y financieramente a Yugoslavia por valor de dos mil millones de dólares. Washington también aportó material militar suficiente para reequipar 8 de las 27 divisiones del Ejército yugoslavo, así como de su marina y fuerza aérea.

Paradójicamente, parte de ese armamento se rescató de los almacenes cuarenta y dos años más tarde para ser utilizado en las guerras de secesión yugoslavas. Washington supeditó su ayuda a que Yugoslavia dejara de apoyar a los comunistas griegos, lo que se materializó durante el verano siguiente, aunque en abril ya habían tenido lugar contactos confidenciales entre Belgrado y el gobierno derechista griego del general Plastiras. Más aún: americanos y soviéticos consideraron enfrentarse por las armas en torno a Yugoslavia.

Durante el verano de 1950, los soviéticos estaban preparando ya un plan de invasión del rebelde Estado balcánico, pero se abstuvieron de llevarlo a cabo tras comprobar la decisión con la que los estadounidenses se habían implicado en la recién comenzada guerra de Corea, desbaratando el ataque de Corea del Norte en septiembre. Moscú temió que Washington decidiera mostrarse firme y que, tal como habían hecho en Asia, interviniera en favor de los yugoslavos. En enero de 1951 Stalin volvió a la carga con el proyecto, vistos los éxitos de los comunistas chinos en Corea. La invasión de Yugoslavia sería llevada a cabo, al menos inicialmente, por los aliados del bloque oriental. Durante los primeros meses de ese mismo año, estadounidenses y británicos discutieron la posibilidad de lanzar bombas atómicas sobre blancos en Checoslovaquia y Rumania si se llevaba a cabo la invasión. Los altos mandos yugoslavos nunca supieron de estos planes[40].

Pero Tito no cedió en lo esencial: Yugoslavia no se pasaría al bando occidental, porque eso hubiera sido el final del régimen. Y aunque enfrentado a Stalin, el líder guerrillero seguía siendo un comunista convencido. Las convicciones políticas profundas no se cambian de la noche a la mañana, sobre todo si se ha hecho una guerra en su nombre.

Lo cierto era que, en 1948, expulsada del bloque comunista y no integrada en el occidental, Yugoslavia estaba en tierra de nadie. Esto planteaba muy serias contradicciones a la directiva política yugoslava, no sólo debido a que no deseaban abandonar el poder o cambiar el sistema, sino porque de hecho continuaban siendo básicamente estalinistas. La Constitución de 1946 era un calco de la soviética de 1936, impulsada por Stalin, y el programa de recuperación económica se basaba en planes quinquenales, también en imitación del modelo soviético. Esto planteaba serias contradicciones a la directiva comunista yugoslava en general y a Tito en particular, que tanto en sus tendencias ideológicas como en su estilo de actuación política eran claramente estalinistas. Centralización y programación fueron los ejes sobre los que asentó su acción el nuevo Estado socialista yugoslavo, sólo federal sobre el papel.

Así que para poder mantenerse en los márgenes del bloque soviético y en los de Europa occidental, se comenzó a elaborar el modelo autogestionario yugoslavo. En 1948 la realidad estaba ahí: Yugoslavia había perdido sus mercados, abastecedores y créditos en el bloque comunista. Tenía que buscar nuevas relaciones en el Oeste o en el Tercer Mundo y transformar incluso las formas de producción para poder moverse en ese nuevo ámbito. Dicho de otra manera, se imponía el aperturismo económico e inevitablemente, también el social.

En junio de 1950 se aprobó una ley que dejaba en manos de los trabajadores la dirección de todas las empresas, a partir de Consejos que debían elegirse cada dos años. También desaparecía el control centralizado de algunos precios, que podían ajustarse por sí mismos, hasta cierto grado, a través de la ley de la oferta y la demanda. Estos cambios fueron consagrados en la nueva Constitución

promulgada en 1953, en los que se preveía, además, un Consejo de Productores que debía actuar como segunda Cámara junto al Consejo Federal. Para evitar la impresión de que se estaba claudicando y Yugoslavia se encaminaba hacia alguna forma suave de capitalismo, se recurrió a Lenin: en realidad, según se explicó en círculos oficiales, las nuevas medidas no eran sino una versión de la Nueva Política Económica ensayada en la Unión Soviética durante los años veinte. Dichas las cosas así, se dejaba en el aire la posibilidad de que todo aquello no fuera sino una experiencia temporal y en cualquier momento se pudiera volver a la ortodoxia marxista.

El modelo yugoslavo fue especialmente aparatoso y, en algún momento, de incierta deriva. Pero, desde luego, no hubo la menor duda en lo relativo a los otros casos de desafío a Moscú: ni el albanés Enver Hoxha ni el rumano Gheorghiu-Dej hicieron el menor intento de acercarse a Occidente ni fueron cortejados desde allí para que abandonaran el Bloque del Este o mudaran de sistema político y económico.

Las cosas cambiaron mucho en los años ochenta. La administración estadounidense alegó años más tarde que lo sucedido en Polonia con Solidarność le pilló con la guardia baja, aunque pronto se dedicó a estudiar y sacar provecho de aquella «revolución pacífica», en palabras del secretario de Estado Alexander Haig, en tiempos de Ronald Reagan[41]. La organización de ayuda a los huelguistas polacos a cargo de los sindicalistas de la AFL-CIO (American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations), la mayor central obrera de Estados Unidos y Canadá, parece que fue utilizada por la CIA para intentar manipular a Solidarność[42]. Pero no cabe duda de que, ante todo, fue estudiada a fondo por los servicios de inteligencia estadounidenses, tomando conciencia de que, para

entonces, el fomento de protestas pacíficas respaldadas públicamente por ayuda y asesoramiento occidentales, era más eficaz que las operaciones clásicas de la CIA. Al menos en lo que se refería al bloque del Este había terminado la era de las acciones de sabotaje o el fomento de grupos armados de oposición.

Esta nueva actitud cobró forma plenamente en septiembre de 1982, cuando Ronald Reagan firmó la Directiva 54 del Consejo de Seguridad para propiciar al acercamiento a los países del bloque del Este a través de las políticas liberales[43]. Al año siguiente se fundó la NED (New Endowment for Democracy) que a su vez dependía de los fondos de la USAID y, a través de ella, quedaba vinculada al departamento de Estado. La NED estaba destinada a impulsar el *soft power,* financiando programas de ayuda para el fomento de la democracia en el exterior de Estados Unidos. Estas acciones se llevarían a cabo mediante toda una serie de instituciones y programas específicos: International Republican Institute, Human Rights Training Center, Institute of World Affairs, y otras muchas creadas *ad hoc* en los diversos países donde se organizaban las campañas, junto con *think tanks* y ONGs.

Tal actividad entroncaba, a su vez, con la nueva mentalidad que había traído el neoliberalismo de finales de los años setenta y la «revolución conservadora» de Reagan. En su versión más agresiva, la relativa a la política hacia los países del bloque del Este, no difería demasiado de la expuesta ya treinta años antes en el contexto de la política de contención, que se basaba en el convencimiento de que la eficiencia del sistema capitalista no podía ser igualada por las economías planificadas del sistema soviético. Esa situación se hizo realidad a lo largo de la primera mitad de los años ochenta, cuando los países del Este y también la Unión Soviética demostraron ser incapaces de salir —como

lo hacía Occidente— de la crisis propiciada por la subida de los precios del petróleo generada por el segundo choque petrolífero, el de 1979-1981, provocado a su vez por la revolución iraní y el estallido de la subsiguiente guerra con los iraquíes. Pero la esencia del problema residía en que, por entonces, las economías socialistas del Este se habían imbricado en un nivel peligroso con las del capitalismo al otro lado del Telón. El endeudamiento con el crédito occidental, tan generoso en los años setenta, fue decisivo en la década siguiente. La Unión Soviética también se estaba arruinando, víctima ahora de los gastos generados por la carrera de armamentos con Estados Unidos, la guerra de Afganistán y la caída de los precios del petróleo. A partir de 1986 la situación se hizo insostenible, pero las reformas emprendidas por Gorbachov no dieron resultado. Ese año marcó un cambio de paradigma: el régimen soviético estaba exhausto y apenas tenía ya recorrido.

Se trataba de un tema relacionado directamente con el neoliberalismo, que en los años ochenta del siglo XX se había consolidado como la solución a los problemas estructurales de la década anterior. Al mismo tiempo, se erigió en una alternativa para el rearme ideológico frente a un sistema socialista en franca decadencia. Así, al tiempo que en Polonia se desarrollaba un importante movimiento opositor a través del sindicato Solidarność, en Occidente, figuras como Margaret Thatcher, Helmuth Kohl o Ronald Reagan impulsaban la opción neoliberal. Su vigoroso empuje fue fundamental para que, a mediados de los años ochenta, Mijaíl Gorbachov hiciera que la Unión Soviética abandonara la carrera armamentística y la competencia con el sistema capitalista. A ello contribuyó también el hecho de que la URSS hubiera picado en el anzuelo de la llamada Iniciativa de Defensa Estratégica, conocida popularmente como «Guerra de las Galaxias».

Al mismo tiempo, se daba forma a la estrategia neoliberal, descrita por la canadiense Naomi Klein en su libro *La doctrina del shock*[44] a partir del aprovechamiento que desde ese planteamiento se hizo de las crisis políticas y sociales que dieron fin al campo socialista. Para ello, resalta la experiencia de Jeffrey Sachs, que empezó a trabajar como asesor de Solidarność en 1988, cuando el sindicato se preparaba para participar en las primeras elecciones pluripartidistas, en las cuales irrumpieron en el Sejm con un 35% de los votos. Qué hacer con la economía era una cuestión sobre la cual en el nuevo partido no había consenso.

Para los estadounidenses, en consonancia con la Escuela de Economía de Chicago, Polonia era un laboratorio perfecto en Europa del Este para aplicar la terapia de shock, que ya había sido puesta en práctica en países latinoamericanos como Bolivia. De hecho, el experimento se había iniciado previamente, a petición de los propios comunistas. Sachs y el húngaro George Soros habían viajado a Varsovia, donde el economista estadounidense impartió un breve seminario. Soros se había encargado de la financiación de una misión permanente de Sachs y David Lipton, un destacado teórico de las fórmulas de libre mercado que más adelante ocuparía importantes posiciones en la Casa Blanca y el Fondo Monetario Internacional. De este modo, cuando Solidarność se hizo con el poder, ya estaban puestos los cimientos del neoliberalismo en el país, incorporando incluso a muchos responsables del régimen comunista[45]. Por ello, no faltaron cuantiosas ayudas del gobierno de Estados Unidos y el FMI. Los doctrinarios Sachs y Lipton redactaron el informe final —una pieza de quince páginas— en una sola noche, pero fue la primera vez que se dejó por escrito una hoja de ruta para la transformación de una economía socialista en otra de

mercado, como reconoció Sachs[46]. En aquel momento existía el bloque del Este y faltaban más de dos años para que se desintegrara la URSS.

Polonia fue el modelo de aquella ofensiva neoliberal que pretendía reventar desde dentro el campo socialista. El otro objetivo era Hungría, un país que ya había experimentado con la idea de «socialismo de mercado». Ambos países terminaron siendo la vanguardia del derrumbe del Telón de Acero. De hecho, para cuando cayó el Muro de Berlín la noche del 9 de noviembre de 1989, los polacos y los húngaros ya podían cruzar sus fronteras con Occidente.

Otro lugar que fue objeto de los neoliberales fue Yugoslavia, país visitado por Sachs tan pronto como 1989 para echar una mano al primer ministro federal, Ante Marković. George Soros lo hizo, al menos en parte, a través de Lawrence Eagleburger, antiguo embajador estadounidense en Yugoslavia, en los años sesenta, y asesor de la administración Bush para ese país entre 1989 y 1992. A ello contribuyó el hecho de que hacía décadas que ese país tenía unas relaciones privilegiadas con Estados Unidos debido a las problemáticas relaciones entre Tito y los sucesivos líderes soviéticos. En ese marco, Yugoslavia desarrolló un modelo político y económico propio, el de la autogestión, el cual pretendía sobrellevar la división entre el Este y el Oeste.

Precisamente por ese distanciamiento con respecto al campo socialista liderado por la URSS, Polonia y Hungría eran mucho más apetecibles para los norteamericanos. Sus cambios económicos y políticos supusieron un profundo golpe, mucho mayor que el de una hipotética transformación de Yugoslavia, que, en cualquier caso, seguía en la lista de Sachs, a diferencia de países como Albania, Bulgaria o Rumania.

A finales de los ochenta, los yugoslavos eran conscientes de la necesidad de reformas, tras toda una década de intentos fallidos de resolver las crisis de la deuda, de la profundización de las diferencias económicas regionales y de la creciente inflación. Pero para entonces, el momento internacional lo condicionaba todo. Al menos desde la retirada de Afganistán, los soviéticos ya no suponían un peligro. Por ese motivo, Yugoslavia había perdido su importancia geopolítica a ojos de Estados Unidos.

El intento de transición yugoslava pasaba por la prioridad de las reformas económicas como condición para restaurar la convivencia entre los grupos étnicos que conformaban la federación. Entre 1988 y 1989 se plantearon dos alternativas a nivel federal. La primera era una respuesta centralista al fracaso de la autogestión y la autonomía. Se trataba del desarrollo de argumentos planteados ya en los años sesenta en el seno de la Liga de Comunistas de Serbia, y que en el contexto de las tensiones de finales de los años ochenta no cuajó, precisamente por provenir íntegramente de una de las partes. Su aceptación por las repúblicas implicaba el humillante reconocimiento de que no se hacían distinciones y no se daba una segunda oportunidad a nadie, excepto a la capital: todas las variedades locales de la autogestión habían sido un fracaso, y las élites políticas locales y su clientela debían ceder la mayor parte de su poder. Eso era, ya por entonces, inadmisible para todas y cada una de las repúblicas.

La segunda alternativa partía de que, debido a que la autogestión se podía plantear como una vía intermedia entre capitalismo y socialismo, o al menos como un socialismo con elementos de mercado, cabía la posibilidad de potenciar algunos de esos elementos. Se trataba de un ejercicio que se podía comparar lo que Deng Xiaoping

empezaba a poner en marcha para China y terminaría por ser un éxito veinte años más tarde.

El autor del intento más consecuente desde diciembre de 1989 fue el nuevo primer ministro federal, Ante Marković, antiguo director de la potente empresa de equipamiento eléctrico Rade Končar, lo cual le dio fama de buen gestor en Croacia, república de la cual llegó a ser primer ministro y presidente. Contaba también con el apoyo de Jeffrey Sachs y otros asesores económicos occidentales, uno de los cuales le comentó que, si lograba poner el cambio del marco alemán con respecto al dinar en 7 a 1, las tensiones étnicas se resolverían por sí solas[47].

La realidad de la situación demostró ser mucho más compleja y frustrante. Los eslovenos torpedearon las reformas de Ante Marković mostrando, de paso, un despectivo escepticismo[48]. Los serbios tampoco tenían interés en que ni el primer ministro ni nadie rescatara el conjunto de la economía yugoslava y menos en un sentido liberal, para lo cual había que imponer un mercado único mediante un poder federal capaz de centralizar la política monetaria, la fiscalidad, controlar los precios o hacerse reponsable de la devolución de la deuda. Pero el «egoísmo nacional», esto es, los intereses de las directivas nacionalistas en las repúblicas, lo que pretendían era repartirse los despojos de la federación e imponer sus propios modelos locales, que no eran sino esquemas autárquicos[49].

A pesar de todo, inicialmente Marković obtuvo excelentes resultados, presentando a Yugoslavia como candidata a la Comunidad Europea, la EFTA y la OCDE con el apoyo —aunque no financiado— del FMI y el Banco Mundial. Y entonces quien se convirtió en un freno fueron Estados Unidos y las grandes instituciones financieras transnacionales. Las razones de ello eran diversas y todas

de peso. Primero, que para 1990 la estrategia de disolución y demolición de las economías socialistas del Bloque del Este, impulsada a partir de la Directiva 54 del Consejo de Seguridad y basada en la introducción de políticas neoliberales, ya estaba dando sus frutos en Polonia y Hungría. La opción yugoslava, a pesar de que inicialmente también se había incluido en el paquete, estaba ya quemada. Las potencias occidentales habían vencido en la Guerra Fría, el Muro se había hundido, y con él, el Bloque del Este. Marković llegaba tarde.

En segundo lugar, y ante lo dicho, nadie entre los vencedores quería extender una sombra sobre su prestigio arriesgándose a ayudar a un perdedor como Yugoslavia, que se precipitaba hacia el desastre. Ninguno de los triunfantes magos del neoliberalismo de la Escuela de Chicago que habían dado la puntilla al Bloque del Este estaba dispuesto a asumir un proyecto tan ruinoso como el yugoslavo a la altura de 1990. Muy significativamente, en su célebre manual *El fin de la pobreza*, Jeffrey Sachs explicaba sus experiencias en Bolivia, Polonia y Rusia, pero no aludía a Yugoslavia[50].

El resultado de ese cálculo fue letal para la política de Ante Marković y el destino de Yugoslavia. En octubre de 1989 viajó a Washington, donde se le dedicó una discreta atención[51]. Un año y medio más tarde, la denominada enmienda Nickles aprobada en el Senado, retiraba todo tipo de ayuda económica a Yugoslavia mientras no cesaran las violaciones a los derechos humanos en Kosovo. A partir de ese momento, al gobierno federal yugoslavo se le cerraron las puertas del Banco Mundial o el FMI.

La conclusión final que puede extraerse de todo ello es importante para entender el viraje hacia el ultranacionalismo en algunos gobiernos de Europa del Este un cuarto de siglo más tarde, basado en el mantenimiento

del culto a una épica liberadora que en realidad no tuvo exactamente el protagonismo real a largo plazo que se le atribuyó.

Lo que hizo posible el derrumbe del sistema comunista en Polonia —y en Hungría— fue un proyecto de transformación económica y social diseñado en Estados Unidos, basado en las enseñanzas de la denominada Escuela de Chicago, que prometía ser la panacea a los problemas estructurales del bloque soviético a partir de fórmulas sencillas en las que prácticamente cualquier ciudadano podría salir directamente beneficiado. Si la economía en la que se implantaba el experimento estaba lo suficientemente madura para sacarlo adelante, el sistema caería por sí mismo, como sucedió en 1989 cuando el régimen comunista húngaro se autoliquidó con la mayor naturalidad después de una suave evolución progresiva.

Pero si no era así, si las condiciones económicas no se cumplían, se hacía necesaria una movilización de masas en la calle que aportara emocionalidad como fuerza de choque para impulsar el cambio. En Polonia, el sindicato Solidarność hacía honor a su nombre desde sus raíces. Había nacido como una plataforma solidaria, con una base política entre autogestionaria-libertaria y social-cristiana, además de netamente nacionalista[52], que a largo plazo no cuadraba mucho en el experimento neoliberal de alcance globalizador[53]. Seguramente las cosas no habrían ido tan lejos de no haber llegado al Vaticano el papa polaco Juan Pablo II —tras el temprano fallecimiento de su antecesor— que le confirió a la rebelión de Solidarność una dimensión casi milagrosa; y al binomio pontífice más sindicato católico polaco, la categoría de ariete del comunismo.

Pero en realidad la clave del fracaso del régimen comunista polaco estuvo en sí mismo, en su inoperancia, en el impacto negativo de la crisis económica de los años

ochenta y las políticas de despilfarro del periodo Gierek. Y tras la explosión rebelde de Solidarność, en el discreto pero profundo cambio que trajo el año y medio de Ley Marcial en Polonia (13 de diciembre de 1981 a 22 de julio de 1983) que desembocó en los Acuerdos de la Mesa Redonda en 1989. De ahí surgió la verdadera transformación callada pero profunda de Polonia, ahí se gestó el nuevo sistema socioeconómico.

La épica sobre la supuesta autoría de Solidarność en el cambio de sistema político que experimentó Polonia en la década de los años ochenta, convivió con el fulgurante paso del país a la economía liberal bajo la «terapia de choque» (Plan Balcerowicz, 1989-1992) y la exitosa integración en la Union Europea, en 2004. Polonia aprobó todos los pasos con las mejores notas, incluso encajó bien los efectos de los primeros años de la Gran Recesión de 2008 cuando mantuvo una de las mayores tasas de crecimiento de la UE[54]. Pero cuando los problemas terminaron por aparecer, muchos ciudadanos, sobre todo en el campo y en las capitales provinciales, comenzaron a echar la culpa de todo lo malo a la corrupción del sistema y la pervivencia de los comunistas en el poder. Así, en el éxito de los partidos de la derecha y la ultraderecha, en la consolidación de un nuevo régimen cada vez más iliberal, se manifestó el vacío existente entre una transición socioeconómica basada en el pragmatismo y el consenso político y la vieja e incuestionada épica política de la sociedad civil polaca reunida en torno a Solidarność en 1980-1981; eso incluso cuando la estrella del mismo Lech Wałęsa había declinado ostensiblemente tras pasar por la presidencia y quedar en el aire la sospecha de que en el fondo había sido siempre un formidable superviviente oportunista dispuesto a aprovechar lo mejor de cada sistema: desde los chivatazos a la policía secreta a su enrolamiento en los astilleros de la

costa del Báltico y el liderazgo de las huelgas. En cierta manera, muchos polacos de hoy en día ven los años pasados como una transición traicionada, algo que en algunos países también ha dado alas a los posicionamientos políticos ultras.

Parte del problema de Polonia consistió en que desde Occidente apenas se entró a un debate reconstituyente. Y a ello contribuyó el descomunal impacto de Solidarność en el bloque soviético, un valor añadido a los réditos que en su momento supuso la agitación de los sindicalistas polacos. Porque pocas dudas caben de que, como ya se escribió aquí, fue la causa del cambio político de los partidos comunistas en sentido nacionalista en el Bloque del Este: en Yugoslavia, en Hungría, en Bulgaria y en la misma URSS. E incluso de la temprana exaltación de las que hasta entonces eran estigmatizadas como fuerzas reaccionarias y fascistas: Pamyat fue el equivalente del nuevo culto a los chetniks en Serbia o de los ustachas en Croacia. De hecho, el impacto del nacionalismo social-cristiano en el régimen comunista polaco (1980-1981) fue uno de los factores que en España explicaron la crisis del PCE[55] y del PSUC (1982-1985) incluyendo el viraje nacionalista posterior de muchos de los exmilitantes comunistas en Cataluña[56].

En cualquier caso, si bien el movimiento puesto en marcha por Solidarność poseía algunos aspectos inquietantes, estos no fueron detectados o destacados desde Occidente, ni siquiera por estudiosos especializados[57]. Normalmente sólo se trata la decadencia del movimiento durante y tras la ley marcial porque se consideraba que el sindicato no se había preparado para pasar a la clandestinidad, lo cual repercutía en que sus propuestas de acción se quedaban en meros símbolos o resultaban en exceso peligrosas. Eso abrió la puerta a la disgregación del legado de Solidarność en facciones y

grupos que incluían la derecha ultra, la cual incluso ya después de las elecciones de 1991 denunciaba a los comunistas y al mismo sindicato católico, conjuntamente, por las pérdidas causadas en aplicación del Plan Balcerowicz, eso es la «terapia de choque» neoliberal, todo ello a base de retórica nacionalista y ultracatólica[58]. Durante un tiempo, la socialdemocracia y el centro mantuvieron la estabilidad y el progreso económico en el país. Pero en 2005 llegó un primer aviso de la ultraderecha cuando Lech Kaczyński, líder del partido Ley y Justicia (*Prawo i Sprawiedliwość* o PiS) ganó las presidenciales. En las elecciones parlamentarias que siguieron, el PiS logró mayoría con el apoyo de dos partidos ultras: Autodefensa y Liga de las Familias Polacas. El presidente llamó a su hermano gemelo Jarosław a formar gobierno, logrando que por primera vez una democracia occidendal contara con dos hermanos ocupando simultáneamente el gobierno y la presidencia. Defendieron su posición a capa y espada, acusando de comunista o antiguo colaborador de la policía secreta del régimen a cualquiera que se les opusiera[59].

La caída del gobierno de Jarosław Kaczyński en 2007, la muerte de su hermano en 2010 —por accidente de aviación cuando volaba a Rusia para participar en la conmemoración por las víctimas de Katyn— y el protagonismo del centrista Donald Tusk en la política polaca parecieron contener la ofensiva de la ultraderecha polaca. Pero en 2015 la situación volvió a cambiar: la dimisión de Donald Tusk como primer ministro para ocupar el cargo del Consejo Europeo y la fragmentación de las izquierdas contribuyeron a la nueva victoria de la ultraderecha. Pero fue la desafección de las provincias y el campo, argumentando que no les alcanzaban los beneficios de la economía en los tiempos de las vacas gordas y sí los efectos de los periodos de vacas flacas las que realmente

llevaron a Andrzej Duda, el candidato del PiS, a la presidencia[60]. Polonia anticipaba así un fenómeno sociopolítico que protagonizaría en los dos años siguientes el auge de la ultraderecha en Estados Unidos, con la victoria de Trump, y del Brexit en el Reino Unido o el auge del neofascismo québécois[61] entre otros países: la desafección de las comarcas y provincias contra las capitales. También una de las causas de la radicalización de Solidarność, cuando en 1981 creó su filial agraria; o una forma de ver el asedio de la ciudad de Sarajevo por parte de las milicias serbias de Bosnia, entre 1992 y 1995.

Una vez llegado al poder, el PiS, que hasta entonces se había presentado como «centrista», descubrió su auténtico rostro organizando un verdadero «golpe posmoderno»: primero intentó poner el Tribunal Constitucional bajo su control negándose a reconocer los nombramientos de jueces y juristas designados por el anterior gabinete; ante su resistencia, rechazó sus sentencias; a continuación, intentó echar mano de los tribunales a todos los niveles, y también de la Fiscalía, poniéndolos directamente bajo el control del Ministerio de Justicia. En Educación se incrementó la enseñanza patriótica a base de modificar los libros de texto de Historia y Literatura, a la vez que se insistía en la asignatura de polaco en detrimento de lenguas extranjeras. La reforma incluyó una mayor facilidad para purgar a maestros y profesores desafectos. Un control estrecho de la radio y la televisión de Estado en orden a convertirlas en altavoces de la propaganda del PiS, se reforzó con leyes aprobadas al efecto en 2016. Sólo en última instancia se organizó una masiva manifestación de mujeres contra la tramitación parlamentaria de una ley antiabortista, en el denominado Lunes Negro (3 de octubre de 2016).

Frente al caso polaco se encuentra el de la descomposición de Yugoslavia en la década de los noventa, que apenas pudo ser aprovechada por el neoliberalismo triunfante en los momentos iniciales de su expansión hacia el Este. De esa forma, el nacionalismo de las repúblicas surbalcánicas quedó, en líneas generales, maldito; todo y tener unas raíces similares al del polaco. Pero la cuestión central es que ambos casos fueron trascendentales porque marcaron la reaparición del nacionalismo combativo en el Este, capaz de operar en sí mismo la síntesis izquierda-derecha, bien postulándose como movimientos apolíticos, bien absorbiendo en la misma dinámica a la izquerda y la derecha. Léase: la transición pacífica que unió a rebeldes nacionalistas católicos y el *establishment* comunista en Polonia y las guerras que reclutaron a los herederos socialistas y tránsfugas de las Ligas Comunistas republicanas junto con los ultranacionalistas y neofascistas en la violenta descomposición de Yugoslavia.

---

[27] Prokopljević (2006).

[28] Petcu (1994): pp. 147-151.

[29] Ramet (1984): p. 117.

[30] Petričušić y Žagar (2007): p. 5; en detalle, pero en croata, Tripalo (1989).

[31] Testimonio de Nada Djermanović, Barcelona, 10 de mayo de 1993. Entrevista con Latinka Perović, una de las prominentes intelectuales comunistas serbias purgada en octubre de 1972 a raíz del Maspok. Belgrado, 15 de mayo de 1993.

[32] Mazower (2001): p. 412.

[33] Ibídem, p. 409.

[34] Jacorzynski (1999): p. 176.

[35] Comas (1985): p. 38.

[36] Lavinia Betea, «Revolutia culturala» - Afacerea «Meditatia transcendentala», *Jurnalul.ro*, 19 de agosto de 2005 [consultable en red].

[37] Mazower (2001): pp. 412-413.

[38] Mazower (2001): pp. 424-425.

[39] Hay ya algunas obras que explican con detenimiento este proceso. Quizás la más detallada es la de Kowalik (2011), aunque los trabajos de Rychard (1993) y (2014) son los más técnicos como estudios sociológicos.

[40] Ridley (1997): pp. 278-281. Véase, asimismo, Beloff (1985): p. 148.

[41] MacEachin (2002): posición 2417. Haigh se refería, sobre todo, al golpe de Estado de Jaruzelski, organizado con gran habilidad para engañar la vigilancia por satélite. Pero la CIA tampoco logró anticipar la creación del sindicato Solidaridad ni evaluar las consecuencias de finales de sus protestas, en Polonia o el resto de los países del Pacto de Varsovia. Esta perplejidad ya se hizo pública a través de un artículo del *New York Times* publicado el 18 de diciembre de 1981: «High Officials Make No Secret They Were Caught Off Guard».

[42] Furr (1982).

[43] Se puede consultar el documento original en Federation of American Scientists - National Security Decision / Reagan Administration Directives NSDD 54, 2 de septiembre de 1982: https://fas.org/irp/offdocs/nsdd/index.html

[44] Klein (2010).

[45] Existen algunos buenos estudios sobre este fenómeno: Kowalik (2011) o Rychard (1993).

[46] Klein (2010): pp. 237-240.

[47] Almond (1994): p. 17.

[48] Hayden (1992): p. 2.

[49] Para algunos datos complementarios, véase Mirjana Tomic, «Yugoslavia, la agonía nacionalista», en Ruiz de Elvira y Pelanda (1991): pp. 240-241. También, referido a la renuente privatización de las empresas estatales croatas con respecto a las serbias, Glenny (1992): p. 63.

[50] Sachs (2007).

[51] Para un relato que une la directiva de Reagan en 1984 con el experimento de Marković (aunque sin mencionar a Sachs), véase: Sean Gervasi (1991-1992).

Se puede consultar en internet vía «*TM Crew infozone*»: http://www.tmcrew.org/news/nato/germany_usa.htm

[52] Touraine (2014).

[53] Barlinska (2006): pp. 114 y 116.

[54] Curry (2018): posiciones 5790 a 5795.

[55] Roberto Prado, «La crisis del PCE», *El País*, 13 de noviembre de 1981 [consultable en red].

[56] Andreu Claret, «El fondo político de la crisis del PSUC», *El País*, 12 de enero de 1982 [consultable en red].

[57] Touraine *et al.* (2014).

[58] Curry (2018): posición 6094.

[59] Ibíd., posición 6007.

[60] Ibíd., posición 6049.

[61] Jonathan Montpetit, «Did Quebec City police help legitimize province’s far right?», *CBC news*, 26 de noviembre de 2017 [consultable en red].

CAPÍTULO 3

ALIANZAS NACIONALES DE CLASES

SIMBIOSIS DE ULTRADERECHA E IZQUIERDA RADICAL

Ante ustedes, una basura reaccionaria.

Coronel VIKTOR ALKSNIS ante el Congreso del Soviet Supremo, en torno a 1989

Sin Vadim, el PeReMé [Partido Gran Rumania] es como un carnívoro sin dientes. Retomando una famosa formulación de Cioran sobre los tiranos, la vida política rumana sin Vadim sería como un zoológico sin hienas (...) Escandalizador incurable, escándalo insustituible y gramófono incontinente, Vadim Tudor fue el arquitecto, inspirador y organizador de todas las campañas *peremistas*. Los artículos firmados por Alcibiade permanecerán en la historia universal de la abyección. El populismo poscomunista ha encontrado una introducción paradigmática en él. Como el peronismo, sobre el *peremismo*, podemos decir, citando a Borges: «No es ni la derecha ni la izquierda, es incorregible».

Prof. VLADÍMIR TISMĂNEANU, Universidad de Maryland, 2013

Si estamos de acuerdo en que los símbolos de las épocas anteriores, incluida la época soviética, no deben ser utilizados tendremos que admitir que las vidas de nuestras madres y padres fueron inútiles y sin sentido, que sus vidas fueron en vano. Ni en mi cabeza ni en mi corazón puedo estar de acuerdo con esto.

VLADÍMIR PUTIN (diciembre de 2000) en el acto de recuperación del *Himno nacional de la Unión Soviética*, de 1944, en sustitución de la *Canción patriótica de Glinka* (1833) utilizada como himno en la era de Yeltsin

En 1981 el sindicato polaco Solidarność contaba con diez millones de seguidores. De ellos, un millón de militantes procedían del POUP habiendo cambiado su chaqueta. En años sucesivos, primero en Europa del Este y después en el resto del continente, se iban a producir más desplazamientos de fuerzas, absorciones y fagocitaciones, manipulaciones y alianzas extravagantes, normalmente desde la izquierda a la ultraderecha.

De hecho, en la postura de dejar hacer o mirar hacia otro lado de los régimenes comunistas hacia las nuevas fuerzas nacionalistas, o incluso en su manipulación interesada, ya estaba implícita la voluntad de unir fuerzas. Pero tras el final de la Guerra Fría, la tendencia pasó a invertirse: las fuerzas de la ultraderecha crecieron, instrumentalizaron y absorbieron a la izquierda. Con en el tiempo, algunos grupos y partidos, convertidos en meras sombras devinieron una verdadera «izquierda ortopédica». Aunque, en ocasiones, este papel lo cumplieron las formaciones y líderes de la nueva ultraderecha. En líneas generales, allí donde se produjo un desplome más contundente o violento del antiguo régimen socialista, surgieron con más brío las fuerzas de la nueva derecha radical nacionalista, llegando a asumir incluso características de neofascismo o neonazismo. Eso se hizo muy visible en algunos países balcánicos y en Rusia.

Eclosión de los paramilitares ultranacionalistas en Yugoslavia

En las diversas repúblicas yugoslavas, los inminentes procesos de independencia pusieron en primer plano el nacionalismo, que se radicalizó con rapidez al acentuar los rasgos presuntamente distintivos de cada nación. Ello supuso insistir en peculiaridades culturales poco

consistentes, previamente inexistentes o rescatadas de pasados muy lejanos. Pero el ejercicio más peligroso fue el de croatas y serbios, que cincuenta años antes, de forma precisa, habían protagonizado una muy sangrienta guerra civil y conservaban muy viva la memoria histórica de las carnicerías mutuamente infligidas y de sus protagonistas políticos.

En Croacia, el origen del moderno nacionalismo personificado por Franjo Tudjman, era doble. Por un lado, estaba protagonizado por antiguos miembros de la Liga de Comunistas reconvertidos. Por el otro, empezaron a cobrar importancia militantes del exilio, generalmente relacionados con la extrema derecha. La derechista y nacionalista Unión Democrática Croata (HDZ, *Hrvatska Demokratska Zajednica*) de Tudjman se hizo con el poder tras las elecciones de primavera de 1990 al conseguir un 41,5% de los votos. El sesgo mayoritario del sistema le permitió quedarse con una amplia mayoría en la cámara legislativa, o Sabor, y controlar todos los resortes institucionales, a la par que sociales y propagandísticos de la república. Las cosas habrían sido muy diferentes si los partidos liberales y los sucesores de la Liga de Comunistas hubieran ganado las elecciones. Se trataba de organizaciones cuyos líderes asumían que la república tenía una realidad nacional compleja y estaban dispuestos a asumir los derechos de la minoría serbia. Sin embargo, el sistema electoral mayoritario diseñado por los excomunistas bajo la creencia de que ellos ganarían siempre las elecciones, terminó beneficiando a los nacionalistas del HDZ, que obtuvo un apoyo considerable de la población.

La biografía de Tudjman tiene una parte importante de mito. Nacido en 1922, había pasado por diversas experiencias profesionales y políticas: tuvo una carrera

militar que discurrió desde la lucha con los partisanos durante la Segunda Guerra Mundial, pasando a ocupar cargos en el Ministerio de Defensa tras la guerra y el generalato en el Ejército Popular Yugoslavo, en 1960, sólo con 38 años de edad —de hecho, fue el general más joven del EPY—. Tres años más tarde, ya en su carrera académica, pasó a impartir clases en la Facultad de Ciencias Políticas en la Universidad de Zagreb. Mientras tanto, investigaba en el Instituto de Historia del Movimiento Obrero Croata, del cual fue nombrado director. Desde aquí derivó hacia posiciones nacionalistas, excluidas por entonces del debate público en la Yugoslavia socialista, que le costaron el cargo de director del Instituto en 1967. En noviembre 1971 se implicó en la Primavera Croata o *Maspok,* que incluía reivindicaciones generacionales dentro de la Liga de Comunistas, que terminaron combinándose con un trasfondo nacionalista. Cuando llegó la represión, a Tudjman, quien gustaba decir que era amigo de Tito[62], se le rebajó significativamente la sentencia de cárcel. Posteriormente, en 1977 viajó a Suecia, donde se puso en contacto con emigrados croatas; a raíz de unas declaraciones a una radio local fue procesado en Yugoslavia en 1981.

Sin embargo, el ascenso de Tudjman como actor determinante de la política croata no llegó sino hacia el final de Yugoslavia. En ese momento, sus posiciones ya estaban ubicadas en un nacionalismo excluyente, muy en consonancia con el exilio croata, que destacaba por sus consignas extremistas. En 1987, con la crisis yugoslava quemando etapas, visitó Canadá para reunirse con algunas de sus figuras, empezando por Gojko Šušak, un hombre de negocios que, a través de la centralización de las aportaciones de los croatas en América, desempeñó un papel fundamental en el éxito electoral obtenido en 1990

por la Unión Democrática Croata o HDZ *(Hrvatska Demokratska Zajednica),* partido de derecha nacionalista fundado por el mismo Tudjman el año anterior. Otra figura que cobró relevancia fue la de Ivo Sanader, eventual líder tras la muerte de Tudjman (detenido en 2010 bajo acusaciones de corrupción), a quien había conocido en Viena en 1989. El hombre fuerte croata también contó con antiguos comunistas, como Stipe Mesić o el antiguo oficial de inteligencia Josip Manolić, quienes, como él, habían sido represaliados tras su participación en el Maspok.

El liderazgo de Tudjman se caracterizó por sus inclinaciones neofascistas, mostradas sin complejos. Así, en una intervención realizada en el barrio de Dubrava, en Zagreb, en mayo de 1990, proclamó que «gracias a Dios, mi esposa no es judía ni serbia». El hecho de que el candidato se desplazara rodeado de escoltas y fuera *vox populi* la influencia que estaban teniendo en la campaña la emigración croata, trufada de viejos ustachas o militantes fascistas de la Segunda Guerra Mundial, reforzaban ese perfil. Más adelante transcendió que sus inclinaciones políticas ya habían aflorado en su trabajo como historiador. En su estudio sobre el Estado independiente de Croacia —aliado de la Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial—, titulado *El yermo de la realidad histórica*[63], disminuyó la importancia del genocidio cometido por las milicias ustachas contra la población serbia y judía, a la que llegó a culpabilizar de las persecuciones[64]. A pesar de que sus partidarios le llamaban «doctor», y se enorgullecían de que hubiera impartido docencia en la universidad, Tudjman no era un historiador ni un académico riguroso, sino más bien un político que necesitaba recurrir a un tema tan delicado para conseguir partidarios[65]. Su obra, publicada en 1989, fue aclamada en los círculos historiográficos revisionistas y neonazis

occidentales, lo que le costó la reprobación de su presencia en la inauguración del Museo del Holocausto en Washington (abril, 1993) por parte de Elie Wiesel[66]. A día de hoy, Franjo Tudjman sigue siendo jaleado en foros neonazis como un «libertador» que «limpió Croacia de comunistas y turcos»[67].

Sin embargo, la Croacia de Tudjman no podía considerarse un Estado fascista como tal: se estaba instalando el pluripartidismo, con organizaciones representativas de diferentes tendencias políticas. Existía una reacción pendular, y de ahí que las tendencias neofascistas irrumpieran con fuerza, lo cual Tudjman no tuvo demasiado interés en contener. Así, aparecieron formaciones herederas de los ustachas, haciendo visible la simbología de aquel régimen en la céntrica plaza Ban Jelačić de Zagreb, parafernalia nostálgica sobre Ante Pavelić, prensa de esa tendencia, recuperación de la épica histórica ustacha y muestras musicales, desde rock ultra (como la popular banda Thompson de «Christian metal») a marchas fascistas de los años treinta. Tudjman contribuyó activamente al florecimiento de esa escena, con su pasión por la pompa y los uniformes, con los que gustaba de posar. Además, todo iba muy rápido. Pronto llegó la guerra y el ambiente de violencia civil y represalias no sólo hizo florecer al fascismo local, sino que atrajo al de toda Europa, y más allá.

Las HOS *(Hrvatske Obrambene Snage* o Fuerzas Croatas de Defensa), brazo paramilitar del ultranacionalista Partido Croata del Derecho[68], fueron un buen ejemplo de estos desarrollos. Se trataba del ala militar del partido neoustacha, el HSP (*Hrvatska Stranka Prava* o Partido Croata del Derecho) de Dobroslav Paraga, que cultivaba una agresiva imagen paramilitar, con sus boinas terciadas y sus uniformes negros.

Ya durante la guerra, el HOS fue capaz de movilizar varios batallones, una fuerza que llegó a inquietar al mismo presidente Tudjman. Ello probablemente estuvo relacionado con la muerte, en extrañas circunstancias, de dos de sus jefes más prominentes. En esas milicias terminaron implicándose voluntarios internacionales de extrema derecha, tal y como figura en la publicación estadounidense, *The New Order*, editada en Estados Unidos. En ella se difundió un entusiasta reportaje sobre los voluntarios neofascistas llegados de Francia, Alemania, Austria, Inglaterra, Bélgica, Hungría y Australia que luchaban en Croacia[69].

Aunque una parte de los voluntarios extranjeros eran de origen croata y regresaron a su país por motivos patrióticos, es innegable, además, la afluencia de voluntarios neofascistas en ese bando, que superó a la de cualquier otra en Europa desde 1945 y hasta la guerra del Donbass (Ucrania) en 2014, y no tuvo parangón en ninguna de las que acontecieron en las repúblicas de la ex Yugoslavia entre 1991 y 1995. Asimismo, el gobierno croata se esforzó en disimular esa presencia y la visibilidad de la simbología neofascista en la medida de lo posible. Así, por ejemplo, el damero croata que exhibía el HOS en sus uniformes comenzaba con un cuadrado blanco, en vez del rojo que se observa en el escudo oficial. Con ello colaboraron los medios occidentales, que preferían no prestar atención a ese fenómeno.

En cualquier caso, todo ese ambiente mostraba que, desde el comienzo, Tudjman no pretendía generar un contexto de auténtica convivencia interétnica, lo cual pasaba por garantizar los derechos de la minoría serbia. Él mismo no disimulaba al respecto: tras su victoria en las elecciones de 1990, el líder croata se quejó públicamente del excesivo número de serbios en los medios de

comunicación, la policía y el funcionariado de Croacia. Con respecto a los partidos de la oposición, liberales y socialdemócratas, no se esforzaron por contrarrestar este ambiente por el contexto de «unión sagrada» de todas las fuerzas políticas del pequeño país balcánico ante la situación de guerra y emergencia nacional. Todo ello atenuaba el debate e impedía que la oposición se perfilara como una alternativa clara al HDZ de Tudjman. Sólo en el año 2000 hubo un cambio de orientación, que se materializó con la victoria de los socialdemócratas de Ivica Račan, el hasta entonces tenaz opositor del nuevo padre de la patria.

Así, mientras en Croacia gobernaba la derecha nacionalista dura, sojuzgando a la izquierda heredera del antiguo Partido Comunista, en la enemiga Serbia el panorama era justo el contrario: dominaba el Partido Socialista de Serbia (SPS), surgido en julio de1990 de la extinta Liga de Comunistas de Serbia, liderado por un Slobodan Milošević que siempre se consideró comunista. Ahora bien, el nuevo partido hegemónico poseía rasgos claramente socialistas-nacionales, y aquí sí que puede decirse que buscó alianzas instrumentalizadoras con partidos de ultraderecha nacionalista. Comenzó apoyándose en el SDS *(Srpska Demokratska Stranka),* el Partido Democrático Serbio en Knin, capital de la Krajina. En esa pequeña y remota región de Croacia, los nacionalistas serbios liderados por hombres como el psiquiatra Jovan Rašković o el dentista Milan Babić habían logrado hacerse con el control territorial a partir de unas milicias propias y de la Asociación de Municipios Serbios, dispuestos a resistir al nuevo gobierno de Zagreb[70].

En julio de 1990, poco después de las elecciones en las que resultó electo Tudjman, los líderes de la minoría serbia en Croacia enviaron una delegación a Belgrado para pedir

ayuda a la máxima autoridad de la patria serbia: Slobodan Milošević. En realidad, este no llegó a recibirlos en persona, y los derivó a su aliado y, a la sazón, presidente federal de turno: Borisav Jović. En esa oportunidad se encontraron también con el general Petar Gračanin, entonces ministro del Interior federal, también nacionalista serbio y que no dudó en secundar la actitud levantisca de los serbios de Croacia. Su consejo fue que se armaran con lo que fuera, que instalaran barricadas y controles en las carreteras y que defendieran su territorio. La delegación regresó a Knin soliviantada.

Mientras el líder serbio no mostró en un principio mayor entusiasmo en apoyar a los serbios de Krajina, en Bosnia el SDS no tuvo más remedio que relacionarse directamente con Milošević, su gobierno y el recién fundado Partido Socialista. No era momento para buscar apoyos entre la oposición derechista y anticomunista, duramente enfrentada al presidente. Al mismo tiempo, para los opositores a este último dentro de Serbia la prioridad era la lucha interna, que pasaba por la aniquilación de la herencia comunista simbolizada por Milošević y su Partido Socialista.

Para Milošević, toda aquella situación sólo tenía utilidad para cumplir con sus objetivos internos. Así, apoyar a los serbios de Croacia y Bosnia le reportaba réditos frente a los nacionalistas del SDS que operaban en la propia Serbia, un partido poco importante pero que le proporcionaba un cierto pedigrí nacionalista, en consonancia con los nuevos tiempos. Milošević había tomado nota de la experiencia de los dirigentes más ortodoxos de la Liga de Comunistas, que cayeron al pasar por alto la cuestión nacional. En aquel momento, en el contexto exyugoslavo, el poder sólo era ostentado por aquellos comunistas que habían asumido los postulados nacionalistas. Pero en Serbia la competencia era

especialmente dura, puesto que la oposición a Milošević era rabiosamente nacionalista, reivindicando el pasado chetnik y su simbología. Así, se las ingenió para identificarse al mismo tiempo con las águilas blancas de la vieja Serbia monárquica y las estrellas rojas del reciente pasado socialista, que muchos seguían reivindicando, ya fuera por orgullo o miedo al futuro. Sin el apoyo del SDS, Milošević no hubiera conseguido el concurso de los chetniks radicales de Šešelj, violentos pero fanáticos patriotas fuera de toda duda. Y con esa coartada, los «chetniks buenos» de Drašković o los jóvenes estudiantes nacionalistas quedaban fuera de juego.

Al mismo tiempo, tal y como había ocurrido con otros partidos socialistas reciclados al nacionalismo en la Europa postsocialista, el nuevo Partido Socialista de Serbia incorporó como cuadros a antiguos disidentes marxistas, pero también a figuras como el escritor y miembro de la Academia Serbia de las Ciencias y las Artes (SANU) Dobrica Ćosić, el cual, aunque no era un militante propiamente dicho, se convirtió en todo un referente ideológico del nuevo nacionalismo serbio. En el partido también aterrizaron veteranos de las llamadas «manifestaciones de la verdad» y las «revoluciones antiburocráticas».

La coincidencia entre excomunistas reconvertidos y el nuevo nacionalismo se aceleró por el imperativo de la guerra con Croacia, que incluyó la descomposición del Ejército Popular Yugoslavo (todavía conformado por reclutas) en medio del terrible asedio y asalto a Vukovar en el otoño de 1991. Ello dio protagonismo a todo un elenco de grupos paramilitares dispuestos para el combate callejero que habían ido proliferando desde finales de 1990[71]. Aquellas organizaciones estaban dirigidas por personajes inquietantes, como el director de cine y escritor

Dragoslav Bokan, un individuo con aspecto de frágil intelectual que en realidad recordaba a Heinrich Himmler. Bokan, bautizado en algunos medios de comunicación serbios como «el Führer de tierno corazón», contaba con seguidores que asaltaban los locales de los partidos de oposición, especialmente los más yugoslavistas, como la Alianza de las Fuerzas Reformistas de Ante Marković, y con instituciones como Yutel, la cadena de televisión federal fundada por este último.

Otro de estos voluntarios fue Milorad Ulemek-Luković, diplomado en el conservatorio de música y veterano de la Legión Extranjera francesa. De ahí su apodo, Legija, es decir, 'Legión'. Finalmente, Ulemek-Luković llegaría a liderar al grupo conocido como «boinas rojas», la unidad de operaciones especiales de la policía serbia conformada, a su vez, por el exmercenario, combatiente en lugares como Angola y Tanzania, Dragan Vasiljković, más conocido como «Capitán Dragan». Este, al mismo tiempo, era leal a Franko Simatović, «Frenki», especializado en el reclutamiento y organización de unidades paramilitares, dependiente de Jovica Stanišić, de los servicios de inteligencia y contacto directo con Milošević como hombre clave de la Vojna Linija. De este modo se cerraba el círculo de los hombres de máxima confianza para las misiones militares más delicadas[72].

Por lo tanto, se trataba de un esquema en el que un grupo de profesionales no necesariamente nacionalistas organizaba y mantenía a los grupos paramilitares ultrapatriotas. Al principio, los mayores esfuerzos en este sentido fueron realizados dentro de Serbia con la intención de que, con ello, se apuntalara a Milošević. Uno de los perfiles más señalados de esa «línea militar» fue Željko Ražnatović, mundialmente conocido como «Arkan». Su Guardia Voluntaria Serbia[73], unidad paramilitar conocida

como los «Tigres», inició sus actividades en la guerra con Croacia. El grupo no era muy numeroso inicialmente (contaba con poco más de mil efectivos), pero dio cumplidas muestras de su capacidad sanguinaria. Sobre la base del ultranacionalismo, la organización terminaría teniendo un brazo político, el Partido de la Unidad Serbia.

Estos ejemplos contribuyeron a que el comunista Slobodan Milošević acabara recibiendo el apoyo de Vojislav Šešelj, líder del Partido Radical y del Movimiento Chetnik Serbio, con delegaciones en todo el país y capacidad de movilización social. Šešelj desplegaba un estilo político populista, gracias al cual consiguió representación institucional con una parte del voto obrero. Sus milicianos chetnik cultivaban una estética desaliñada, con barbas y melenas descuidadas, todo ello acompañado de una simbología tradicionalista heredada de otras épocas. Ocasionalmente, Šešelj aparecía él mismo luciendo el típico gorro lanudo utilizado por los chetniks durante la Segunda Guerra Mundial.

Las alianzas rojo-pardas en los años noventa

Junto con la simbiosis de la izquierda con la ultraderecha en las repúblicas exyugoslavas, basada en la «unión sagrada» frente al enemigo nacional en la lucha por la independencia o por las nuevas fronteras, en Rumania funcionó durante casi cuatro años una «Cuadrilateral Roja», a veces conocida también como «Rojo-Parda», bajo el gobierno de Nicolae Văcăroiu (1992-1996). Técnico destacado del Partido Comunista Rumano, ilegalizado tras la revolución de 1989, había sido uno de los responsables del Comité de Planificación Estatal. Su talante reformista le llevó a fundar con Ion Iliescu, uno de los protagonistas relevantes de la revolución, el Partido de la Democracia

Social de Rumania (*Partidul Democrației Sociale din România,* PDSR), en 1992, tras la ruptura interna del Frente de Salvación Nacional. En ese mismo año Văcăroiu encabezaba el nuevo gobierno que se apoyaba en su mismo partido, además del Partido de la Unión Nacional Rumana (*Partidul Unităţii Naţionale a Românilor,* PUNR), nacionalista; Partido Socialista del Trabajo (*Partidul Socialist al Muncii,* PSM), de izquierdas; y el Partido de la Gran Rumania (*Partidul România Mare,* PRM), ultranacionalista. Inicialmente, aparte del papel central que ocupaba el PDSR, los partidos restantes estaban representados en el gobierno con tres secretarios de Estado y un prefecto (caso del PRM), los ministerios de Agricultura, Justicia y Transportes y Comunicaciones (a partir de 1994, en el caso del PUNR).

El adjetivo que definía la alianza se quedaba en «rojo» por el empeño en definir al Partido de la Gran Rumania como de centro izquierda. Nada más lejos de ello: su órgano de prensa, *România Mare*, desbordaba en ataques racistas, especialmente antigitanos, que se dirigían contra los personajes públicos más variados. Precisamente una campaña de ataques contra Ion Iliescu, que incluían una supuesta ascendencia gitana, tuvieron que ver con la ruptura de la Cuadrilateral a finales de 1995. Los artículos publicados en *România Mare* eran largos, densos, cargados de insidias o inventos, también incluían ataques homófobos o antisemitas, revelaban supuestos escándalos o pedían la pena de muerte.

Los fundadores, Corneliu Vadim Tudor y Eugen Barbu, habían contribuido a imprimir ese estilo vitriólico y despiadado a la publicación y al partido. El primero era un verdadero vividor, que en un libro sobre su pensamiento político se presentaba a sí mismo como «árbitro de la elegancia en la política rumana»[74] o aseguraba, sin

ambages: «El partido soy yo»[75]. Periodista y poeta, vivió y estudió a la sombra de su benefactor Eugen Barbu, un hombre de mucho más calado en el periodismo rumano del período comunista, diputado en la Gran Asamblea Nacional, ganador de un premio Herder y personaje muy polémico y conflictivo en el mundo periodístico e intelectual de la época.

En Rumania la confluencia entre izquierda y ultraderecha se explicaba por la prohibición del Partido Comunista Rumano durante la revolución de 1989 y la escasa entidad del socialismo y la socialdemocracia históricos en el país. El nacionalismo, ya presente en el estalinismo nacional de Gheorgiu-Dej, había calado de forma apreciable en el régimen de comunismo dinástico de Ceauşescu. Por ello, el ultranacionalismo, liderado por personalidades que habían sido afines al Partido Comunista, fue percibido por una parte de los rumanos como una continuidad natural del estilo histriónico de Ceauşescu[76]. A ello contribuía que en el país no se calificara al PRM como ultranacionalista o neofascista, sino como de centro-izquierda. Y para todos aquellos que ya no querían identificarse abiertamente como comunistas, apoyar o votar a Gran Rumania era optar por una opción en principio irreprochable, basándose en su nacionalismo de base[77]. Lo mismo se podía decir con respecto al PUNR. Otros sectores encontraban que en ausencia de un partido de izquierda radical claramente identificable como tal —y el PSM no tenía mucha pegada electoral por entonces—, el nacionalismo ultra suponía algo así como un «socialismo natural» que además podría poner las bases de una sociedad «sana»[78].

Sin embargo, la forma más depurada de confluencia ultraderecha-izquierda radical o «alianza rojo-parda» se desarrolló en Rusia, y ello como consecuencia de la crisis y

desmoronamiento del sistema soviético. Esto se debió a una serie de factores estructurales, y entre ellos el avance del nacionalismo en buena parte de las repúblicas. Tal fenómeno, como se sabe, arrancaba de los años ochenta, cuando ya habían hecho su aparición grupos de ultraderecha nacionalista, en parte como reacción y contagio del éxito de Solidarność en Polonia. El «estímulo» nacionalista del régimen soviético fue subiendo de tono en casi todas las repúblicas, sobre todo bajo el liderazgo de Gorbachov. En algunos casos, como consecuencia de la quiebra de pactos de gobernabilidad y equilibrios de fuerzas específicos en el sistema soviético.

Rusia: el Frente de Salvación Nacional

Resulta paradójico que si bien la ultraderecha había hecho su aparición a mediados de los ochenta, el nacionalismo ruso de derechas tardara algo más en resurgir; y lo hizo en buena medida como reacción contra el nacionalismo liberal propugnado por Yeltsin en la primavera de 1990, cuando hacía campaña para el Parlamento ruso. De hecho, esta oposición se acabó transformando en una especie de cruzada contra la «invasión» de políticas económicas extranjeras o contra la traición de Boris Yeltsin, que pronto sería nuevo presidente y que pactó con las otras repúblicas para desmontar la URSS y cortar la hierba bajo los pies a Gorbachov. Por lo tanto, el final del Estado soviético se pactó en nombre del alumbramiento de una nueva Rusia liberal, mientras que el nacionalismo ruso se expandía y reforzaba contra ese modelo. Lo paradójico e interesante de esta situación era que surgía en dos tendencias políticas teóricamente opuestas: por supuesto, lo hacía en el seno de la derecha y la ultraderecha, de matriz tradicionalista o incluso neofascista. Pero también como parte de la nueva

izquierda. A principios de 1990 se impuso el proyecto de crear el Partido Comunista de la Federación Rusa (Коммунистическая партия Российской Федерации, КПРФ-KPRF), algo que era muy novedoso porque en la extinta Unión Soviética, la República Socialista Soviética de Rusia no había tenido Partido Comunista propio, como el resto de las repúblicas. Los rusos militaban en la sección rusa del PCUS, el Partido Comunista de la Unión Soviética. Gorbachev se oponía a la fundación del proyectado KPRF porque en ese caso el resto de las repúblicas no verían necesario al PCUS[79].

El nacionalismo se estaba infiltrando en toda la Unión Soviética en general y en Rusia en particular, afectando a la vez a la recién nacida derecha y a la antigua izquierda. En las nuevas repúblicas independientes, todas las instituciones políticas se nacionalizaban. Los efectos de la desintegración crecieron a lo largo de1991, y en vísperas del fallido golpe de agosto, el PCUS estalló en una miríada de partidos y movimientos comunistas, socialistas, democráticos y nacionalistas. Parte de esas formaciones unieron fuerzas ante los difíciles momentos que vivía el país. El 8 y 9 de febrero de 1992 tuvo lugar el primer congreso del Consejo de Fuerzas Nacional-Patrióticas, liderado por el comunista Guennadi Ziuganov, antiguo miembro del Politburó de la República Socialista Federativa Rusa y secretario de ideología. Allí se puso la primera piedra de lo que se conocería popularmente como la alianza rojo-parda, colores simbólicos de los comunistas y los neonazis.

Se formó un Frente de Salvación Nacional (FSN): contra Yeltsin, contra las políticas liberales y la doctrina del shock que intentaba imponer. Todo ello se presentaba como una invasión extranjera. De ahí que derechas e izquierdas se unieran en una suerte de «unión sagrada». Ziuganov era

uno de los más contundentes impulsores de este discurso y resultaba evidente que cuando se fundara el nuevo Partido Comunista de la Federación Rusa, incluiría un importante componente nacionalista, como así fue.

El FSN no fue la única plataforma sobre la cual se edificaría la alianza rojo-parda. La Oposición Unida y el Movimiento Patriótico Panruso «Patria» (*Otechetsvo*-Отечетсво) venían a ser parecidos aglutinadores. En este último se unieron los líderes de todos los partidos comunistas existentes en Rusia por entonces, así como altos exjerarcas del PCUS, aunque quien dominaba el movimiento era el Partido de los Comunistas Rusos, de tendencia estalinista. Como líder se eligió al teniente general Mijaíl Titov, quien a su vez era militante del mencionado partido y diputado. La presencia de militares de alta graduación era notable y entre ellos destacaba el coronel general Albert Makashov, excandidato presidencial y excomandante del distrito militar Ural-Volga. En consecuencia, toda una serie de acciones callejeras tuvieron que ver con conmemoraciones castrenses, como el Día de las Fuerzas Armadas soviéticas, que terminó con violentas confrontaciones en las calles de Moscú, entre los comunistas y neofascistas contra los temibles antidisturbios OMON, que intentaban impedir el acceso de los manifestantes a la tumba del Soldado Desconocido, en el Kremlin[80].

Militares como los generales Albert Makashov y Mijaíl Titov o el coronel de Aviación Viktor Alksnis, resumían en su persona el papel aglutinador y transversal que puede aportar, ni siquiera simbólicamente o como plataforma política, un Ejército situado en una tesitura tan extrema como el soviético, reconvertido en ruso. Todavía hoy en día, de forma significativa, el Ejército nacional ruso conserva enseñas y distintivos del periodo soviético. Makashov y

Alksnis, por su parte, tenían en común el haber participado en el golpe involucionista y tardo soviético de agosto de 1991. Previamente a ello, Makashov, como candidato nacionalista, había concurrido en las elecciones presidenciales rusas de junio, que había ganado Yeltsin. Por su parte, Alksnis era un coronel de aviación nacido en Letonia, de la tradición soviética letona y asimismo uno de los primeros teóricos del golpe para eliminar a Gorbachov y detener la *Perestroika.* Como miembro del Soviet Supremo que era, se le conocía por el sobrenombre del «Coronel Negro», tanto por su aspecto a lo Darth Vader —chaquetón negro y pelo entrecano sobrealzado en tupé— como por alusión a los que en la Union Soviética se denominaban «coroneles negros» de la junta militar dictatorial griega, entre 1967 y 1974[81]. Gorbachov llamaba a los coroneles diputados «niñatos con hombreras de coronel».

Junto con los militares, descollaban en esta *pepiniére* toda una serie de intelectuales reconvertidos en ideólogos, como Valentin Rasputin, Aleksandr Projanov o Igor Safarevich. Tenían en común servir de puente entre las universidades, la Unión de Escritores y el Soviet Supremo con el magma soviético-patriótico de estos primeros años.

Safarevich era un reputado matemático que había trabajado en la teoría algebraica de los números, afín a los círculos disidentes que giraban en torno al *Pochvennichestvo*, un movimiento entroncado con el populismo ruso y la eslavofilia decimonónicos. Era, de hecho, una corriente que rechazaba con energía la europeización, el marxismo, el liberalismo; incluso, asociado a todo ello, el catolicismo y el protestantismo, con tendencias antisemitas. Safarevich ponía a la ortodoxia como centro incluso de una supuesta relación entre matemáticas y religión. Políticamente se hizo célebre por su libro *El fenómeno socialista* (publicado en Estados

Unidos en 1980) cuyos orígenes situaba en la antigua Grecia, especialmente en Platón.

Safarevich pertenecía, por lo tanto, a la órbita de los disidentes del periodo soviético, un hombre afín, por ejemplo, a Aleksandr Solzhenitsyn. Pero cuando se desintegró la URSS se convirtió en un activo militante de primera fila, como miembro del comité fundacional del Frente de Salvación Nacional y fue marcando su perfil ultraderechista, con acusaciones de antisemitismo. A principios de 1990 ya estaba bien identificado desde Occidente por Walter Laqueur como uno de los pensadores más inquietos de la nueva derecha nacionalista y tradicionalista rusa[82].

Valentin Rasputin, otra de las figuras señeras de la nueva intelectualidad nacionalista, era conocido por su actividad literaria como autor de una veintena de novelas de ambiente naturalista integradas en la escuela de la «prosa de la aldea». Había sido elegido diputado al Soviet Supremo de la URSS en los años ochenta, y fue también el primer diputado que presentó una propuesta para que Rusia se separara de la Unión Soviética en 1991.

Uno de los intelectuales más decisivos de esa época fue Aleksandr Projanov. Nacido en Georgia, era descendiente de una familia georgiana de creyentes molokan, un conjunto de sectas agrupadas bajo el nombre de Cristianos Espirituales, consideradas heréticas por la Iglesia ortodoxa, pero de probada raigambre en la larga tradición de las Iglesias orientales. Aparte de ello, Projanov fue un muy activo y conocido reportero de prensa especializado en actualidad internacional, presente en diversos conflictos de los años setenta, trabajando para *Pravda* y *Literaturnaya Gazeta*. En el intenso debate político de los momentos finales de la URSS fundó el diario *Den* (Día) que pronto se convirtió en punta de lanza de la oposición contra Yeltsin.

Allí se reunieron todos los que rechazaban las medidas liberales de choque promovidas por el nuevo presidente, pero también los diversos puntos de vista críticos con el sistema soviético y el comunismo. Y entre ellos terminaron colaborando en el diario firmas ultranacionalistas que, muy en el ambiente de la época, derivaron hacia discursos denunciados como antisemitas[83].

Pero la aportación más contundente de Projanov en esa época fue su celebrado manifiesto en forma de carta abierta: «Una palabra para la gente», publicada en el periódico *Sovetskaya Rossiya* el 23 de julio de 1991 y firmada por intelectuales, viejos líderes del PCUS y héroes de guerra; entre otros, los ya mencionados Valentin Rasputin, Genadi Zyuganov, Yuri Bondarev (héroe de guerra y célebre escritor de novelas bélicas), el general Valentin Varennikov y Vasily Starodubtsev, presidente del Sindicato de Campesinos de la URSS y, en breve, miembro del comité estatal para el estado de emergencia o junta golpista, pocos días más tarde, junto con el general Varennikov y otro firmante, Aleksandr Tizyakov. La carta-manifiesto era un lamento y una llamada a la insurrección que se hizo realidad con el golpe del 19 al 21 de agosto. En cualquier caso, era un texto netamente patriótico, que dejaba atrás el lenguaje de madera marxista-leninista, que renunciaba a la lucha de clase y que apelaba a todos los ciudadanos patriotas porque la Madre Patria era lo primero, sobre cualquier ideología. A pesar de estar firmado por algunos teóricos del marxismo-leninismo o miembros prominentes del PCUS, el documento no contenía alusiones a esa ideología que era todavía la oficial de la URSS[84]. En cambio, resultaba bien evidente un lenguaje nacionalista desgarrado:

> Se ha producido una enorme e imprevista calamidad. La patria, nuestra tierra, un gran poder, que se nos ha dado para protegernos de la naturaleza,

gloriosos antepasados, está pereciendo, rompiéndose, cayendo en la oscuridad y en el no ser. Y este colapso tiene lugar con nuestro silencio, tolerancia y acuerdo.

(…)

Hermanos, demasiado tarde nos estamos despertando, estamos observando la miseria cuando nuestra casa ya está ardiendo por los cuatro costados, cuando la extinción ya tiene que hacerse no por agua, sino con nuestras propias lágrimas y sangre. ¿Permitimos por segunda vez durante este siglo la discordia civil y la guerra, otra vez arrojarnos en piedras de molino despiadadas, iniciadas no por nosotros, que estarán moliendo los huesos de la gente, rompiendo en dos la espina dorsal de Rusia?

(…)

Unámonos, para detener la reacción en cadena del desastroso colapso del Estado, la economía, la personalidad humana; para contribuir al fortalecimiento del poder soviético, a la transformación de él en un poder genuinamente popular, y no a un pesebre para los nuevos ricos hambrientos, que están dispuestos a vender todo por el bien de su apetito insaciable.

(…)

¡Unión Soviética, este es nuestro hogar y fortaleza, construida con enormes esfuerzos de todos los pueblos y naciones, que nos ha salvado de la desgracia y la esclavitud en tiempos de horribles invasiones! Rusia: ¡única, amada! —Ella está llorando por ayuda[85].

Al final, el golpe de agosto fracasó en parte por una deficiente planificación. Fue, en cierta medida, un «golpe emocional» en la línea de la apelación de «Una palabra para la gente». Y también, y sobre todo, buscó detener la firma y aplicación del Nuevo Tratado de la Unión (también conocido como «9+1») previsto para el 20 de agosto. En buena medida, el golpe iba dirigido contra Gorbachov, el impulsor del acuerdo que hubiera dado lugar a una Unión de Estados Soberanos, sin prestar atención a Yeltsin, que era el verdadero protagonista del momento y logró controlar la situación con ayuda activa del espionaje estadounidense: la NSA había conseguido pinchar las comunicaciones entre dos miembros de la junta y, en conjunto, buena parte de los sistemas de comunicaciones militares soviéticas. De hecho, el mismo presidente Bush tomó la decisión de apoyar a Yeltsin adjudicándole un agente de la NSA sobre el terreno. Una injerencia que

seguramente el presidente Putin no olvidó veinticinco años más tarde, durante las elecciones que llevaron a Trump a la presidencia de Estados Unidos.

En cualquier caso, el golpe de 1991 fue tan aparatoso como innecesario, dado que su descalabro sólo sirvió para acelerar la desintegración de la Unión Soviética, dando lugar a un engendro aún más laxo que la proyectada Unión de Estados Soberanos: la Comunidad de Estados Independientes.

Por otra parte, el fracaso y la detención de los organizadores del golpe no diluyó el plancton ultranacional-sovietista. Muy al contrario, aceleró su densidad y determinación. Primero, porque permitió que Yeltsin lanzara las reformas económicas liberales basadas en la doctrina del shock, con un más que evidente apoyo estadounidense. Entró como un toro en una chacharrería ya desde enero de 1992, lo que disparó enseguida los precios de los artículos de primera necesidad, recortándose bruscamente los gastos sociales del gobierno. Después, porque al desintegrarse la URSS, sobre la base de reafirmar la centralidad de la nueva Rusia, se potenció el nacionalismo ruso y la fuerza de los nostálgicos comunistas. Y no tardó en sumarse el apoyo de aquellos decepcionados que habían apoyado a Yeltsin. La alarma continuó creciendo cuando varias regiones y repúblicas de la nueva Federación rusa comenzaron a reividincar más autonomía e incluso independencia. Esta se llegó a proclamar en Tartaristán (marzo de 1992) y Bashkiria (abril de 1993), que además contaban con producción propia de petróleo.

En los meses siguientes, el duelo entre el presidente Yeltsin y el Congreso de los Diputados del Pueblo y el Soviet Supremo —esto es, el poder legislativo en pleno— fue creciendo en intensidad y dramatismo. La clave era la

necesidad que tenía Yeltsin de prolongar a toda costa su capacidad de emitir decretos con la mínima interferencia parlamentaria, a fin de completar las reformas económicas, centradas en la privatización acelerada y masiva. Para ello, teniendo en cuenta que Yeltsin no tenía un partido propio que lo apoyara, lo ideal era votar una reforma constitucional que ampliara el poder del presidente para seguir emitiendo decretos. Campos de batalla colaterales eran el control del Banco Central y de las fuerzas armadas.

Este era el *background* sobre el que se organizó el Frente de Salvación Nacional, con toda su fuerza de nacionalismo reactivo. Para entonces, aparte de las grandes figuras del panteón rojo-pardo, se había conformado un plancton de partidos muy complejo, tanto por el número como por la intrincada complejidad de sus tendencias, que Gordon M. Hahn desentrañó en un artículo ya devenido clásico[86]. A partir de un espectro de unos veinte partidos, movimientos y organizaciones de diversas tendencias extremistas agrupados en el FSN, ese autor establecía una derecha del FSN compuesta, principalmente por la Unión Nacional Rusa (Росси́йский общенаро́дный сою́з o ROS), el Partido de los Comunistas Rusos (RPK), el movimiento Ruskii Sobor, el Partido Liberal Democrático de la Unión Soviética (luego de Rusia) de Vladímir Zhirinovski, el grupo Nashi (Nuestro), el Partido Kadete, el Partido Nacional-Republicano de Rusia (NRPR) y el Movimiento Cristiano-Demócrata de Rusia.

En su ala izquierda, el Frente de Salvación Nacional incluía al Partido de los Trabajadores Comunistas Rusos (Российская Коммунистическая Рабочая Партия, RKRP), el más importante de esa tendencia en la coalición, uno de los núcleos activos del FSN y que a su vez reunía a otros grupos, como el movimiento Iniciativa Comunista, el Congreso Iniciativa de Leningrado y el Frente del Pueblo

Trabajador Unido, de Moscú. Además se contaban *Trudovaya Rossiya* (Rusia Trabajadora), el *Soyuz Kommunistov* (SK, Unión de los Comunistas), el Partido del Trabajo (PT) y el Partido de los Comunistas Rusos. Caso aparte era la poderosa *Grazhdanskii Soyuz* o Unión Civil, constituida a partir de tres partidos grandes e influyentes que reunían entre 104 y 176 diputados: el Partido Nacional de la Rusia Libre, el Partido Democrático de Rusia y la Unión Rusa «Renovación». De ellos, el primero agrupaba a muchos militares y hombres del aparato del régimen *(apparatchiki),* mientras que el segundo aportaba trabajadores de cuello blanco y azul[87].

El perfil ideológico de todo ese magma de partidos, grupos y movimientos era notablemente variado dentro de la adscripción genérica nacional-sovietista. Las tendencias iban desde el rechazo de la influencia cultural occidental, el panrusismo y el nacional-capitalismo de German Sterligov, líder de Ruskii Sobor, en el ala derecha, hasta la misteriosa y ubicua *Trudovaya Russia*, sobre la cual no se disponía apenas de información; ni sobre sus líderes, militancia, estructuras y actividad organizativa. Se sabía que su líder era el comunista y sindicalista Viktor Anpilov, que a su vez estaba al frente del Partido de los Trabajadores Comunistas Rusos (RKRP). *Trudovaya Russia* funcionaba a su vez como *plaque tournante* entre los sectores rojos y pardos del FSN, de forma que desde los neonazis de Pamyat a los comunistas de SK solían participar conjuntamente, entre otros, en las acciones de esa organización que a veces parecían salidas de la nada[88]. Por otra parte, los líderes a veces surgían de las antiguas estructuras del Estado soviético o el PCUS, en otras ocasiones de medios de comunicación como era el caso del chovinista Aleksandr Nevzorod, dirigente de Nashi; y en otras ni siquiera se sabía muy bien de dónde procedían, como era el caso del

conocido ultranacionalista Vladímir Zhirinovski, líder y cofundador del Partido Liberal Democrático, que en 1990 fue presentado como primer partido de la oposición. Pero muchos otros vivían espectaculares transformaciones, como fue el caso de German Stergilov, que compaginó su actividad política con la fundación de una empresa, ya a los 24 años, que lo convirtió en el primer millonario legal de Rusia desde 1917. Y, sorprendentemente, ya entrado el siglo XXI y con 42 años, tras haber intentado presentarse como candidato a presidente de Rusia, renunció a su inmensa fortuna y se fue a vivir con su familia una vida humilde y tolstoiana, en una dacha construida por él mismo, sin electricidad, a un centenar de kilómetros de Moscú. Vendió su mansión de cuatro pisos y veinte habitaciones en Rublyovka, el barrio más exclusivo de Moscú, conocido como Millionaire's Row. Y también se despidió de su ático de Nueva York con vistas a la Estatua de la Libertad, oficinas en Wall Street y el centro de Londres, un retiro en Ginebra, un castillo en Borgoña y su sede en la Plaza Roja, Moscú[89].

Y continuaron las mutaciones: en diciembre de 2010 envió una carta abierta a Vladímir Putin y Dimitri Medvédev proponiendo vender Siberia y el Extremo Oriente ruso a otros países una vez transferida la población étnica rusa más acá de los Urales[90]. Cinco años más tarde, Stergilov y familia se mudaban de nuevo a un territorio teóricamente más seguro: la autoproclamada República armenia de Nagorno-Karabaj. Esta nueva mudanza generó la protesta del gobierno de Azerbaiyán, que emprendió acciones legales contra lo que veía como una operación política encubierta del gobierno ruso para apoyar internacionalmente a la nueva y minúscula república. La presión de Bakú a través de Interpol fue tan intensa, que

pocos meses más tarde la familia Stergilov volvía de nuevo a Rusia.

Historias como la de Stergilov, junto con la de los partidos de la coalición rojo-parda que integraron el FSN no eran sino un síntoma de la peculiar transformación que generó la quiebra del sistema soviético en 1991. Las claves de esa situación eran básicamente dos y quedaron bien tipificadas en un ensayo de Anthony James Gregor, uno de los grandes expertos en estudios comparativos entre marxismo y fascismo. En su libro *Phoenix. Fascism in Our Time* (primera edición, 1999) establecía que el neofascismo que había surgido en Rusia no era un fenómeno de imitación, sino que los ideólogos que lo impulsaban no hacían sino responder a problemas específicamente rusos, no a aquellos ante los que habían reaccionado los teóricos fascistas italianos y nazis alemanes tras la Primera Guerra Mundial. Esa es la primera premisa: el ultranacionalismo y el neofascismo rusos surgen eruptivamente a partir de 1991 como respuesta ante la crisis estructural del sistema soviético; de la misma manera que en Europa occidental y América las nuevas ultraderechas, neofascismos y posfascismos se multiplicarían y crecerían ante las diversas fases de la Gran Recesión, que no fue una crisis más del capitalismo, sino que marcó el final de la Posguerra Fría con todas sus promesas de progreso material generalizado que socialmente hubieran supuesto la aparición de una boyante clase media universal.

En segundo lugar, esas fuerzas se generan en Rusia, los Balcanes y en general en todo el antiguo Bloque del Este, sobre los restos de los partidos comunistas locales y en buena medida como una continuación natural de los mismos. Aleksandr Projanov y Guennadi Ziuganov, autores del manifiesto «Una palabra para la gente» ejemplificaban perfectamente esa transformación: ante la emergencia

nacional se impone un toque a rebato desde el centro del sistema soviético herido de muerte[91]. Pero esa llamada, incluso para el que será líder del Partido Comunista de Rusia, tiene que ir más allá del marxismo, ha de sustituir el concepto de «clase» por el de «nación», ha de agrupar a todos los rusos en una unión sagrada[92]. Dicho de otra manera, el particularismo nacional tomaba el lugar del dogma internacionalista del partido. A partir de ahí comenzaron a construirse los nuevos símbolos y mitos: la recuperación del Stalin nacionalista, ya reivindicado por Ziuganov, que de haber vivido unos años más supuestamente habría renovado el marxismo soviético con un nuevo componente ideológico patriótico[93]. O la teoría[94] de la etnogénesis del antropólogo eurasianista Lev Gumilev[95], que enlazaba con las tendencias culturalistas de la *Nouvelle Droite* del francés Alain de Benoist, el cual trasladaba el protagonismo del debate desde la raza a la cutura. La aportación de Gumilev le daba al nuevo ultranacionalismo ruso una base pretendidamente cientítica sin pasar por el biologismo, que era muy poco aceptable porque se asimilaba al nacional-socialismo alemán.

Pero el pueblo seguía siendo el soporte del partido o del régimen frente a un enemigo exterior que humillaba a la nación o la ponía en peligro. Tanto Serbia como Rusia podían apelar a ese mito para la fundación del nuevo Estado nacional sin renegar del pasado socialista. De esa forma, la alianza roja-parda fue una continuidad o una reconstrucción de las mitades nacional y sovietista del régimen que aparentemente se habían escindido en 1991. La diferencia estribaba en que la alianza rojo-parda suponía una continuidad integral en Serbia en tanto que estaba impulsada desde el poder —a partir de un Milošević «rojo» que se apoyaba en las fuerzas nacionales ultras—,

mientras que en Croacia, Rumania o en la Rusia de Yeltsin el nuevo poder se orientaba en un sentido liberal, esto es, de ruptura hacia la resituación en el nuevo orden global. De ahí surgiría el cisma entre los «dos fascismos» del siglo XXI: la variante que se apoyaba en la OTAN y la que se situaba enfrente defendiendo la liga de los Estados socialista-nacionales. Tras el fracaso de la «doctrina del shock» en Rusia y la retirada de Yeltsin, el nuevo líder Vladímir Putin intentaría acaudillar y aglutinar las fuerzas de la gran alianza rojo-parda; y, en el contraataque que siguió a la guerra de Georgia, en 2008, intentaría influenciar en ese mismo sentido a sus aliados en Occidente.

---

[62] Según Brian Hall (1995), que lo entrevistó, el mismo Tudjman admitió haber visto a Tito tres o cuatro veces en su vida. Véase: Hall (1995): p. 53.

[63] La obra de Franjo Tudjman fue editada en croata bajo el título de *Bespuća povijesne zbiljnosti*, Nadkladni zavod Matice hrvatske (Biblioteka Hrvatske povijesnice), Zagreb, 1989. Existe traducción al inglés. No se conoce una obra biográfica completa sobre Tudjman o, al menos, que no sea una pura hagiografía. En la red vale la pena consultar la que se elaboró en Wikipedia (en inglés), bastante completa y con numerosos enlaces, aunque tirando a tendenciosa.

[64] «An apologist for Hitler: Richard West on how Jews are responding to the Croatian president's anti-Semitism», en *The Guardian*, 18 de octubre de 1991.

[65] Según Brian Hall (1995): p. 30, «era público y notorio que había conseguido el título robándole la tesis a otro». Ese otro era el profesor Ljubo Boban, de la Universidad de Zagreb, quien denunció activamente a Tudjman por haber plagiado cuatro quintas partes de su tesis doctoral, publicando trozos de ambas obras en la revista *Forum*.

[66] Para la figura de Tudjman encuadrada en el movimiento de historia revisionista, que niega la «solución final», véase Mark Weber, «President Tudjman Refuses to Recant. Croatia's Leader Denounced as Holocaust Revisionist», *The Journal of Historical Review*, volumen 13, julio/agosto de 1993, pp. 19-20.

[67] Por ejemplo, en el foro de Stormfront.org, discusión: «Who are your favorite White European leaders of histories past?», entrada del 17 de noviembre de 2009. Véase: http://www.stormfront.org/forum/t120061-6/

[68] Reivindicaba sus orígenes en el histórico Partido del Derecho, fundado en 1861 por los nacionalistas Ante Starčević y Eugen Kvaternik, que desarrollaron diversas estrategias y propuestas para obtener la independencia de Craocia, por entonces formando parte del Imperio austro-húngaro.

[69] «National Socialists fight in Croatia!», en *The New Order*, núm. 102, enero-febrero de 1993 (104), pp. 1 y 2. Véase, asimismo, Clotet (2012), donde se mencionan hasta medio centenar de voluntarios catalanes, aunque no parece que ni mucho menos fueran todos combatientes, incluyéndose en el relato a simpatizantes. La USDDR (Udruga Stranih Dragovoljaca Domovinskog Rata, 1991-1995 / Hrvatska-Bosna) o Asociación de Voluntarios de la guerra patriótica de 1991 a 1995 (incluye Croacia y Bosnia) contabiliza un total de 447 voluntarios extranjeros con un total de 63 muertos en acción —una proporción elevada— y 74 heridos. Sólo cuenta cuatro españoles en total, de los cuales dos fueron heridos. Véase: Croatia.org — Crown (Croatia World Network): «481 foreign volunteers from 35 countries defended Croatia in 1991-1995», por el Prof. Dr. Darko Zubrinic, 24 de julio de 2010. http://www.croatia.org/crown/articles/9991/1/481-foreign-volunteers-from-35-countries-defended-croatia-in-1991-1995.html

[70] Para la historia de Babić y la importancia del SDS, véase: Glenny (1992): pp. 16-19. También, The International Criminal Tribunal for the Former Yugoslavia, Case No. IT-03-72-I. The Prosecutor vs. Milan Babic [consultable en: http://www.icty.org/x/cases/babic/custom4/en/plea_fact.pdf].

[71] Glenny (1993): pp. 124-125.

[72] Robert Thomas sigue siendo un buen referente para un relato detallado sobre la «dimensión paramilitar de la política serbia» a lo largo de 1991. Véase: Thomas (1999): pp. 93-94.

[73] Thomas (1999): pp. 94-95, para las actividades de «Arkan» y sus hombres. La Guardia Voluntaria Serbia se fundó el 11 de octubre de 1990 en el monasterio de Pojaknica. Su cuartel general era un llamativo edificio situado enfrente del estadio del Estrella Roja, en Belgrado.

[74] Tudor (1999): pie de fotografía en portada.

[75] Mihnea-Simion Stoica, «The Turning Fortunes of Romania’s Far Right», pos. 891 en Fielitz y Laloire (2016).

[76] «Cultura romana între comunism si nationalism (VI)», por Mircea Martin, en *Revista 22*, Año XIV (678), 4-10 de marzo de 2003. El autor argumenta que

Eugen Barbu había colaborado con Ceauşescu y después se había pasado al ultranacionalismo porque ambos eran, de hecho, nacional-comunistas (nota 7).

[77] Para la decadencia posterior del PRM, véase: Mihnea-Simion Stoica, cap. cit., posiciones 885 a 1020, en Fielitz y Laloire (2016).

[78] Cabe decir que el gobierno Văcăroiu es recordado por haber estabilizado la economía y comenzado la campaña de privatizaciones con éxito. Al fin y al cabo, las diferencias políticas entre los ministros eran muy recientes, tenían sólo tres años. Antes de 1989 todos habían pertenecido de una manera u otra al *establishment* de la Rumania comunista bajo Ceauşescu. Véase: «1992-1996 - Epoca liniştii şi a stagnării cu Iliescu şi Văcăroiu», en *Adevărul*, 20 de junio de 2010 [consultable en red].

[79] Plokhy (2015): p. 61.

[80] Ibíd., p. 306.

[81] Remnick (1994): p. 385.

[82] Laqueur (1990).

[83] Hahn (1994): p. 306.

[84] Para un análisis sobre el contenido del este documento como un llamamiento a todos los rusos de cualquier ideología y condición social, Gregor (2009): pp. 152-153.

[85] Wikipedia, entrada: «A Word to the People». Consultada el 12 de noviembre de 2017.

[86] Hahn (1994).

[87] Hahn (1994): p. 314.

[88] Hahn (1994): p. 313.

[89] En la red se encuentra con facilidad esta carta: «It’s miserable being an oligarch — I’m happier as a peasant, says man who once challenged Putin», por Will Stewart, *Mail Online*, 4 de enero de 2009; «The oligarch who gave it all up», BBC News, 27 de julio de 2006 [consultable en red].

[90] En la red se encuentra con facilidad esta carta, republicada por diversos medios rusos online. Por ejemplo: «Открытое письмо Президенту и Премьеру от овцевода Стерлигова» (Una carta abierta al presidente Medvédev y al primer ministro Putin del criador de ovejas Sterligov), en Ридус, 31 марта 2012. Incluye un mapa de Siberia con los posibles compradores de las diversas regiones: India, Armenia, Estados Unidos, China y Japón.

[91] Gregor (2017): p. 145.

[92] En realidad, la creación de un Partido Comunista específicamente ruso cumplía en sí misma la función de reserva política de los conservadores nacionalistas. Vujačić (2015): p. 19.

[93] Gregor (2017): pp. 153-154, 162-163.

[94] Íbid (2017): pp. 157-160.

[95] Íbid (2017): p.164. Según Vujačić (2015): pp. 193-194, Stalin desconfiaba de las consecuencias de abusar del discurso patriótico. La mayor parte de las consideraciones políticas sobre la «nación soviética» que se expresaban en la cúpula de poder no llegaban a la población; y en 1947 el mismo Stalin abolió la celebración del Día de la Victoria, el 9 de mayo. Sólo volvería a reinstaurarse en 1964.

CAPÍTULO 4

EL EJE RUSO

CONFORMACIÓN Y DIFUSIÓN DEL NUEVO CONCEPTO DE ULTRANACIONALISMO

Si el emigrado tiene tiempo de asueto lo dedica a formar proyectos para liberar a Rusia. Casi todos los emigrados tienen en este punto su propia receta (…) Así, un general y honorable jefe de la Ojrana zarista hizo público un proyecto según el cual Rusia en el porvenir sólo habría de regirse por la Policía. Según él, un ruso de cada diez había de ser policía y gobernar la vida del resto de los rusos. (…) Se prohibirá hablar idiomas extranjeros. Todas las semanas y todas las noches, bajo la dirección de la Policía, se cantaría el himno del zar, y todos los habitantes llevarían una tarjeta de la iglesia, en la que se anotarían las veces que iban al templo.

ESSAD BEY, *La Rusia blanca* (1932)

A nivel cultural, el objetivo principal del Proyecto Eurasianista de Rusia es la afirmación de un modelo pluralista, diferenciado, a múltiples niveles, y alternativo respecto a esquemas de unificación unidimensional ofrecidos por los partidarios del «globalismo bajo la influencia de Occidente». La uniformidad de la sociedad de consumo, formada bajo la impronta americana y fundada sobre el individualismo, fluye de forma inevitable hacia el desarraigo de una amplia variedad de elementos culturales, sociales, religiosos y étnicos. Rusia debe proclamar a escala mundial su propia misión de garante de la floreciente complejidad, como centinela de las relaciones entre los naturales y variados conjuntos humanos civilizados. La afirmación y conservación de esta variedad histórica de la vida cultural de los pueblos y de los Estados, como el fin supremo del Proyecto Eurasianista, de Rusia y a nivel de civilización.

ALEKSANDR DUGIN, Proyecto Eurasia, (2016)

En el desarrollo de la nueva ultraderecha a escala mundial, Rusia tuvo un papel central. Su situación como potencia derrotada, desposeída y humillada al final de la Guerra Fría, la colocaba en unas condiciones sociopolíticas similares a las de la Alemania en 1918, con parecidas percepciones por parte del común de los rusos. De nuevo una potencia europea derrotada sin que ni un soldado enemigo hubiera pisado el territorio nacional, otra vez la sospecha de la traición, de la «puñalada por la espalda», y también con resultado de un cambio de régimen radical. Con el agravante de que en el caso ruso ni siquiera existió una contienda previa con el nivel de violencia como la Primera Guerra Mundial. La Unión Soviética reventó desde dentro, fruto de un colapso institucional y político, y de esa debacle surgió un nuevo Estado ruso basado en un régimen nacionalista que puso sus esperanzas de supervivencia en una transformación socioeconómica radical, desde el socialismo de corte soviético al neoliberalismo de inspiración americana, y eso a partir de un doloroso ejercicio de prueba-error[96].

En segundo lugar, la nueva Rusia sufrió un acoso internacional a cuenta de las hipotecas que había dejado su pasado soviético, asimiladas en ocasiones a la historia de la Rusia imperial. Primero fue el temor a una involución política que restituyera a la Unión Soviética o que llevara a un resultado similar, igualmente peligroso: por ejemplo, una dictadura militar. Después fue la neutralización de supuestos aliados o zonas de influencia rusa. La acción más contundente tuvo lugar durante las guerras de secesión en los Balcanes occidentales, cuando la OTAN intervino en Kosovo tratando a Serbia no sólo como un país enemigo, sino también como un firme aliado «histórico» de Rusia, instalando Camp Bondsteel en el nuevo protoestado kosovar; esto es, la mayor y más cara base militar

permanente erigida por Estados Unidos desde la guerra del Vietnam, que albergaba a más de 6.000 soldados. Además de su función inmediata para ejercer un control militar directo sobre los Balcanes occidentales, Bondsteel también vigilaba el corredor mar Negro-Adriático, importante a comienzos del siglo XXI para el tendido de oleoductos y gasoductos procedentes de Asia Central[97].

La ofensiva en los Balcanes occidentales continuó con el derrocamiento del presidente serbio Slobodan Milošević en octubre de 2000, mediante la primera de las «revoluciones inducidas» de nueva generación («Revolución del Bulldozer») que llevarían después a las denominadas «revoluciones de colores» en las exrepúblicas soviéticas entre 2003 y 2005 (Georgia, Ucrania y Kirguizistán, triunfantes; Kazajistán y Bielorrusia, fallidas). A partir de ahí, el proyecto de integrar a algunos de esos países en la OTAN (Georgia y Ucrania) terminó desembocando en una guerra en Georgia (2008), una nueva revuelta en Ucrania (Revolución del Maidán) y un enfrentamiento armado en los conflictos orientales de esa república: la guerra del Donbass (2014-2015). El crecimiento de las tensiones en torno a esos conflictos se sumaba al malestar ruso por la integración en la Alianza Atlántica de aquellos países que habían pertenecido al Pacto de Varsovia (Polonia, Hungría, Chequia, Eslovaquia, Rumania, Bulgaria) e incluso algunas exrepúblicas soviéticas (Estonia, Letonia y Lituania), violando de forma flagrante las seguridades dadas a Moscú en 1991 de que la OTAN nunca intentaría sobrepasar ese límite para incluir antiguos miembros de Pacto de Varsovia o incluso exrepúblicas soviéticas[98].

A esa presión directa se sumó la indirecta hacia todos aquellos regímenes que se consideraban tributarios del antiguo Bloque del Este, comenzando por la ofensiva contra el Irak de Sadam Hussein, que se inció con la guerra del

Golfo, en 1990-1991; continuó con el embargo decretado por la ONU —trufado de ataques aéreos selectivos por parte de las fuerzas de la coalición— y concluyó con la invasión del país en 2003. La intervención de la OTAN en Libia (2011) y la implicación occidental en la guerra de Siria tuvieron también que ver con el desarrollo de la estrategia «postsoviética» de Estados Unidos y la OTAN en el periodo 1991-2008.

Por lo tanto, la frustración y el resentimiento se difundieron e instalaron entre amplias capas de la población rusa, que también se vio muy afectada por el fracaso en la introducción del liberalismo en el país, bajo la presidencia de Boris Yeltsin: un estadista que no sólo avergonzaba a su propia población por su comportamiento público, sino que además deterioró la imagen internacional de Rusia con su posición pusilánime durante la intervención de la OTAN en Kosovo, gestionó rematadamente mal la primera guerra de Chechenia (1995-1996) y todo ello para terminar hundiendo la economía rusa en la crisis de 1998.

Es importante recordar todo ello para entender cómo se expandió un ambiente de nacionalismo revanchista que Putin supo canalizar en beneficio propio, pero que en modo alguno surgió con su llegada al poder en mayo de 2000. Esa primera cosecha de nacionalismo indignado siguió los patrones de la primera generación, acaparada por temáticas tradicionales de la tradición rusa pero también europea en general: nostalgia imperial, antisemitismo, neonazismo de factura germánica, pero además variantes rusas, producto de la desintegracion del Estado sovietista-nacional en que se había convertido la Unión Soviética en los últimos años.

Al menos en sus comienzos, lo más original de ese fenómeno no eran tanto las variantes doctrinarias o de

discurso como el hecho de que el ultranacionalismo y el neofascismo en Rusia se estaban convirtiendo en movimientos de masas que en parte se habían ido desarrollando como ajenos al poder, e incluso enfrentados a él, como sucedió durante la era Yeltsin. Esto era bastante novedoso en la historia rusa, puesto que los grupos ultras o antisemitas, ya desde sus primeras manifestaciones a comienzos del siglo XX, habían medrado protegidos por el gobierno, las autoridades policiales o incluso la misma corte (en el caso harto conocido de las Centurias Negras) o, al menos, no se habían posicionado abiertamente en su contra. Esta actitud llegaba hasta los tiempos de Pamyat, aún bajo el régimen soviético.

Sin embargo, históricamente, la mayoría de esos grupos habían sido también minoritarios, elitistas, extravagantes incluso, compuestos o impulsados por grupos de intelectuales muchas veces al margen del sistema[99]. Las Centurias Negras o la Unión del Pueblo Ruso eran una excepción. En cambio, Asamblea Rusa, del príncipe Dmitri Golitsyn (fundada en 1900-1901), la Unión de la Gente Rusa de Sergei Sharapov o el Partido Monárquico Ruso, tenían a un porcentaje remarcable de aristócratas y profesores universitarios en sus filas. Durante el periodo soviético, los nacionalistas, arianistas o antisemitas se habían reunido en grupos clandestinos, integrados por escritores, académicos o disidentes. Como contraste, los nuevos y variopintos grupos surgidos del naufragio de la Unión Soviética tenían una nueva calidad espontánea y hasta salvaje. Sus militantes ocupaban las calles y se enfrentaban a la policía o aun a las fuerzas armadas; pero entre ellos se contaban incluso militares o militantes de ideología confusa, a veces difíciles de distinguir de la izquierda radical o neonazis de importación.

Dugin, el alquimista ideológico

En ese nuevo panorama turbulento y confuso, Aleksandr Dugin tuvo el mérito de erigirse como el alquimista ideológico que sintetizó la nueva fórmula predominante del ultranacionalismo (en un sentido neofascista) ruso. Presentado a menudo con titulares sensacionalistas como «el Rasputín del zar Putin», a lo que contribuía su aspecto desaliñado y su pose de visionario, Dugin tuvo en realidad un papel práctico a partir de unas formulaciones políticas o filosóficas no siempre sofisticadas.

Hijo de un alto oficial de la inteligencia militar soviética (GRU)[100], Dugin parecía destinado a seguir la carrera científica, y para ello ingresó en el prestigioso Instituto de la Aviación de Moscú (el MAI, en sus siglas orignales en ruso). Sin embargo, sus preferencias eran muy otras: devoraba todo tipo de literatura sobre estudios orientalistas, Historia de la Edad Media, hermetismo, ocultismo, teología, tradicionalismo religioso y todos aquellos autores de filosofía política que habían trabajado esos campos, muy en especial el belga René Guénon y el italiano Julius Évola, padres del neofascismo culturalista y místico en los años sesenta y setenta del siglo XX.

El hecho de que fuera hijo de un alto mando de la inteligencia militar (y nieto y bisnieto de militares) tiene relevancia porque explica su acceso a un tipo de literatura muy difícil de conseguir en la Unión Sovietica de la época, y el castigo relativamente leve que le supuso el trato con los protoideólogos o pensadores del denominado tradicionalismo ruso: Geydar Dzhemal [metafísica del Islam], Evgeniy Golovín [literatura mística medieval], Yuri Mamleev [filósofo cristiano], Vladimir Stepanov y Sergey Jigalkin, es decir, los miembros principales del denominado Círculo Yuzhinsky, un grupo de intelectuales disidentes que

ya databa de los años cincuenta. Fue detenido, expulsado del MAI, y al final cursó Economía en la Academia Estatal de Recuperación de Tierras de Novocherkassk (NGMA), de segunda categoría. Pero por faltas similares penaron en la cárcel otros «rescatadores» y diletantes del ultranacionalismo en el Este, como fueron, por ejemplo, Vojislav Šešelj o Alija Izetbegović en la Yugoslavia titoísta.

Dugin era tributario de su época: los años setenta. De ahí la atracción que sentía por pensadores como Julius Évola o René Guénon, que se situaban en el centro de lo que se denominaba la Nueva Derecha *(Nouvelle Droite),* el tercer hito en la evolución de la ultraderecha europea con posterioridad a 1945[101]. Tras la generación surgida en la inmediata posguerra y la que cristalizó en Francia y Bélgica en torno a la descolonización, que empezó a reivindicar una Europa unida que rechazara la hegemonía soviética o estadounidense, Mayo del 68 aportó también para la ultraderecha una propuesta ideológica y de estilo. Dado que toda revolución genera su propia contrarrevolución o versiones opuestas de la misma, en el denominado «Mayo francés», rojo y negro, hubo lugar también para un «mayo blanco»: una nueva hornada de ultraderechistas y neofascistas que salieron a la calle asumiendo sin complejos el estilo de la izquierda radical, hasta el punto de dar lugar a una cierta «ultraderecha antisistema», que incluía sincretismos como el «anarcofascismo» o el «nazimaoísmo» y rechazaba el hegemonismo de las corrientes tradicionales.

La segunda generación de la nueva ultraderecha y la que surgió del vuelco vivido en el 68, afianzaron la Nueva Derecha, que eclosionó a lo largo de los años setenta y tuvo mucho de fenómeno generacional, en palabras de su máximo adalid, el académico y teórico francés Alain de Benoist. La *Nouvelle Droite,* que surgió como un *think tank*

para el debate regeneracionista de la derecha radical superando el pasado del fascismo, el nazismo y la ultraderecha posbélica en general, abrió toda una constelación de formulaciones, propuestas y revisiones que serían de las que bebería el joven Dugin.

Esas ideas no siempre eran tan novedosas, pero ocupaban ahora un nuevo lugar preeminente. Y esa nueva arquitectura estaba orientada hacia una realidad europea que dejaba muy atrás la situación histórica de los años de entreguerras, incluso de la posibilidad de una Tercera Guerra Mundial, y se insertaba en una nueva realidad de la *détente* —con la posibilidad de una salida pactada a la Guerra Fría, que fue la que finalmente triunfó—. Eso implicaba síntesis, una tercera vía construida sobre la superación de la dicotomía izquierda-derecha (o de convergencia izquierda-derecha), rechazo del sovietismo y del liberalismo y repudio de la globalización que ya se percibía como inminente. Por ello, del laboratorio de la Nueva Derecha surgieron propuestas que hoy en día siguen en vigor y, precisamente, han contribuido, y no poco, a la confusión reinante entre los límites y consistencia de las ideologías de izquierda y derecha, cincuenta años más tarde.

En esencia, la Nueva Derecha recuperaba la propuesta de la «revolución conservadora», ya formulada en la Alemania de los años de entreguerras, más precisamente por Hugo von Hofmannsthal en 1927, pero también, de formas variadas por Ernst Jünger —uno de los autores preferidos de Dugin— en la revolución nacional, y el «nacional-bolchevismo» o «fascismo rojo» de Ernst Niekisch o Karl Otto Paetel[102]. Todo ello como una forma de reaccionar ante la decadencia de Occidente, *leit motiv* recurrente a lo largo del siglo XX, presente en las conocidas

obras de Spengler, Thomas Mann, Ernst von Salomon, Carl Schmitt, Theodor Fritsch, Ernst Jünger y otros.

Es comprensible que a lo largo de los años ochenta, en el perceptible agotamiento de la civilización soviética, Dugin encontrara tan atractivas las propuestas de Jünger para la «movilización total» de la sociedad. Pero sobre todo, al menos inicialmente, se interesó vivamente por la obra de Julius Évola, como pensador esencial del fascismo y los autores denominados tradicionalistas basados en la filosofía perenne y cuyo máximo exponente era René Guénon, otro de los autores favoritos de Dugin.

Este dato es significativo por cuanto desvela uno de los circuitos en la dinámica generativa del protoneofascismo en la Unión Sovietica. Los pensadores del Círculo Yuzhinsky en el cual se había alojado Dugin en su juventud, creían haber encontrado una respuesta al régimen soviético, que desbordaba las líneas de oposición ideológica tradicionales: la metafísica; es decir, otro nivel de realidad. Este planteamiento podía parecer extravagante, pero no lo era tanto si se considera que en el corazón de ese mismo régimen soviético se habían estado tanteando hipótesis ideológicas que incluían la religión, y eso ya desde los tiempos de Stalin. A partir del estudio de las antigüedad eslava, él mismo había mostrado interés en la posible confirmación de que los rusos primitivos habrían desarrollado formas elementales de comunismo. Según el arqueólogo Boris Rybakov, determinadas religiones precristianas habrían favorecido una concepción comunitarista de la sociedad frente al cristianismo, cómplice de las divisiones de clase. De hecho, a través de sus estudios, Rybakov —condecorado por Stalin en 1949— jugó un papel importante en la rehabilitación del antiguo paganismo ruso[103]. A partir de ahí, los estudios sobre esa cuestión continuaron en tiempos de Jruschov, a lo largo de

los años sesenta, y paradójicamente, en 1973 se publicó en la Unión Soviética el primer manifiesto del Neopaganismo ruso, a cargo de Valerii Emelianov, un experto en Oriente Medio, que había sido un hombre cercano a Jruschov. Argumentaba que el cristianismo no era sino la expresión de la dominación judía, lo cual servía a los intereses del sionismo. Eran los tiempos de la guerra del Yom Kippur, y de ahí que el posicionamiento soviético a favor de los países árabes en su primera victoria frente a Israel terminara alumbrando un mito que con el tiempo formaría parte de la parafernalia ideológica de la moderna ultraderecha rusa. Y no paró ahí la cosa, por cuanto sólo cinco años más tarde, Valerii Skurlatov, investigador en el Instituto de Información Cientifica de Ciencias Humanas de Moscú (INION), publicó un artículo sobre la identidad aria de los rusos.

Estas tendencias enlazaban de forma directa con las modas de la época en buena parte del mundo: el entusiasmo por las religiones orientales y el misticismo, la mitología, la ufología y los tópicos de interés que enlazaron el hippismo, la sicodelia y la New Age. Todo lo cual tuvo su reflejo en los debates de la Nueva Derecha, que incluían el neopaganismo, las religiones étnicas y el reconstruccionismo; pero sobre todo, la crítica a la cristianización de Europa, definida por Alain de Benoist como «uno de los acontecimientos más desastrosos de la historia hasta nuestros días»[104].

Dugin, el Ulises de la ultraderecha rusa

Tras el colapso del régimen soviético, y en paralelo al desarrollo galopante de la nueva ultraderecha rusa, Dugin hizo dos viajes (1989-1990, y luego en 1994) por Francia, Italia y España y entró en contacto con los círculos de la

ultraderecha europea. Al hacerlo, desplegó su habilidad para generar un esquema comprehensivo que encajaba en la realidad de la ultraderecha rusa y le confería una personalidad propia. Durante ese periodo completó su conocimiento de la Nueva Derecha a través de sus autores y trabajos, incluyendo al mismo Alain de Benoist. Otro de sus importantes interlocutores fue Jean-François Thiriart, así como el belga Robert Steuckers, un disidente que en 1994 fundaría Sinergias Europeas. Los contactos de Dugin no se limitaron a los ideólogos de la Nueva Derecha, sino que también abarcaron a neonazis, incluyendo a León Degrelle, fundador del Partido Rexista, a quien tuvo tiempo de conocer antes de su fallecimiento en Málaga, en 1994. Asimismo, fue importante su encuentro con Claudio Mutti, heredero intelectual directo de Julius Évola, y ligado a Ordine Nuovo y Avanguardia Nazionale.

Lo destacable de la gira de contactos de Dugin consistió en que el ruso adquirió todo un arsenal de ideas y planteamientos que barajó, desarrolló y aplicó como una cataplasma sobre la desestructurada ultraderecha rusa. Es decir, no se trató de un intercambio sino de una importación, casi se podría decir masiva, de influencias occidentales. El discurso de Dugin, que muchas veces se ha descrito como un compendio extravagante de ocurrencias autóctonas, es más bien un camaleónico monstruo de Frankenstein, hecho de retazos procedentes de aquí y allá, y pocas veces genuinamente rusos. Eso, al menos, al principio, en el arranque y primeras fases del proceso de articulación ideológico de la nueva ultraderecha en ese país.

Así, fue el belga Jean Thiriart quien concibió la idea de un Imperio Euro-Soviético a raíz del acercamiento de Nixon a Mao en 1972. Ya por entonces sugirió una alianza transcontinental, en orden a resistir al nuevo eje chino-

americano, la nueva Cartago americana más la superpotencia demográfica china. En 1984 escribió: «Si Moscú quiere hacer una Europa europea, por mi parte predico una total colaboración con la empresa soviética. Seré el primero en colocarme una estrella roja en mi gorro. Europa soviética, sí, sin reservas»[105]. Una enorme entidad que abarcaría desde Reykjavik a Vladivostok. En ese proyecto, Siberia poseería un papel relevante, como la gran reserva estratégica y energética. Y el conjunto, la nueva Eurosiberia que reuniría a 800 millones de ciudadanos, se conformaría como «un hiper-estado-nación bajo un hiper-comunismo desmarxistizado»[106]. Thiriart trabajó en un libro titulado *El Imperio Euro-soviético, de Vladivostok a Dublín: Después de Yalta;* en 1991 salió de su exilio político para contribuir en la fundación del Frente Europeo de Liberación, en cuya delegación viajó a Moscú en 1992. Allí se reunió con Dugin y de esa semilla brotaría el proyecto Eurosiberia, continuado por Guillaume Faye, y el eurasianismo desarrollado por el ideólogo ruso. Thiriart murió poco después de su regreso a Bélgica, por un ataque cardiaco.

Otro inspirador del eurasianismo de Dugin fue Claudio Mutti. Heredero intelectual de Julius Évola, militante del movimiento Joven Europa de Jean Thiriart, el italiano poseía una amplitud de miras que le interesaba vivamente al ideólogo ruso. Aparte de su interés por el esoterismo, el simbolismo y las religiones, Mutti estudiaba las culturas eurasiáticas, incluido el mundo islámico. Conocía las lenguas fino-úgricas desde la Universidad de Bolonia, y en 1979 obtuvo una cátedra en el prestigioso Instituto de Cultura Italiana de Bucarest, donde investigó sobre el Movimiento Legionario rumano y su carismático líder Corneliu Codreanu[107]. El apego de Mutti por el Este, que influyó en los movimientos ultranacionalistas occidentales,

se completaba con su atracción por el islam; en sí mismo, como opción personal —se convirtió a la religión musulmana— y como fenómeno político. Fruto de ello fue la presidencia que ejerció en la asociación Italia-Libia (con lo que por entonces suponía: mantener contacto con Muamar al Gadafi) en 1973 y la fundación de la Asociación Europa-Islam, en Venecia, seis años más tarde. Como se puede comprobar, existía una corriente de la Nueva Derecha —y de grupos neofascistas más clásicos— que apuntaba hacia Europa del Este y Rusia, hacia la idea eurasiática, lo cual le abrió horizontes a Dugin, antes incluso de que terminara por descubrirlos y explotarlos en su propio país.

Pero lo que le dio transcendencia política a la primera gira de Dugin por Europa fue la forma en cómo contribuyó a la configuración de una plataforma integradora de la diversidad, a veces aparentemente irresoluble, de la ultraderecha rusa en los años noventa. Es de notar que este personaje se centró en contactar con ideológicos franceses, belgas o italianos de la Nueva Derecha, de la ultraderecha francesa o del neofascismo, incluyendo algunos españoles, excluyendo a los alemanes, austriacos o escandinavos[108]. Esto tenía su lógica si consideramos que apostar a fondo por los neonazis o ideologías ultras emparentadas con el mundo germánico tendría corto recorrido en una Rusia que entre 1941 y 1945 había luchando a muerte contra el Tercer Reich. Aun considerando la existencia de los 113 batallones del Ejército Ruso de Liberación que sirvieron en el bando alemán durante los meses finales de la Segunda Guerra Mundial, lo cierto fue que perecieron o desaparecieron en combate contra el invasor unos nueve millones de soldados soviéticos, de un total de 24 millones de muertos, sumando civiles y militares; y para los nazis alemanes, los eslavos en general eran racialmente inferiores, «*Untermenschen*»[109]. El surgimiento de Unidad

Nacional Rusa, y otros grupos menores (Unidad Eslava, Sociedad Nacional-Socialista, Partido Nacional-Socialista Ruso, Format 18), además de numerosos grupúsculos que se hacían y se deshacían, eran el sarpullido habitual en cualquier transición desde la dictadura, producto de la atracción morbosa por lo más tabú de cada sociedad de origen, y eso durante varias décadas. Aún así, Dugin buscó información de primera mano sobre el nacional-socialismo europeo en lugares —como España— donde ese interés llamaría poco la atención[110].

De ese primer viaje por Europa, Dugin extrajo una primera síntesis sobre las nuevas variantes ideológicas del nacionalismo duro europeo, que encajaba más o menos en el multiforme panorama de la ultraderecha rusa, pero dotándola de uniformidad, modernidad y capacidad adaptativa y de integración. No iba a dejar de trabajar en este sentido en años sucesivos: Dugin sería un personaje que estaría presente en casi todos los escenarios y experimentos de ese nuevo nacionalismo radical ruso. También se trajo consigo de Europa una mayor profundidad intelectual que aquella demostrada por la nueva ultraderecha de su país, que en muchos casos se reducía a la simple nostalgia. De esa forma fue llenando huecos y salvando contradicciones de todo tipo.

Eurasianismo de importación

De esa forma, Dugin tuvo un papel destacado en la resurrección de la ideología eurasianista, rescatada del viejo mundo de los exiliados blancos en el periodo de entreguerras. Estos habían sido un grupo de intelectuales resignados a su suerte de perdedores, diseminados en la Europa de los años veinte. De entre ellos, el núcleo radicado en Sofía publicó una seire de artículos que

planteaban una «salida» o «solución» en el Este[111], conectando pero replanteando la herencia intelectual de algunos paneslavistas del siglo XIX como Vladímir Lamanski o Konstantin Leontev. Estos, en su día, habían abogado por una necesaria expansión rusa hacia Oriente, donde supuestamente estaba el destino del Imperio ruso, tanto por su posición geográfica como por la necesidad de superar y desafiar la centralidad del mundo occidental.

Ahora, desde su exilio en Europa, los que empezaban a llamarse «eurasianistas» rescataban aquella propuesta para argumentar que la nueva Rusia soviética no era sino una continuación del extinto Imperio en tanto en cuanto el nuevo Estado seguía controlando el mismo territorio. Y bajo la tarea de extender la revolución por Asia, los eurasianistas veían la continuación de la vieja misión histórica rusa. Esta forma de ver las cosas expresaba más resignación que esperanza, y por ello daba argumentos morales para que aquellos que desearan volver a la madre patria lo hicieran aunque el color de sus banderas fuera ahora rojo. Daba igual, porque algún día quedaría patente que se trataba de una circunstancia política transitoria, una forma de cumplir el viejo destino con nuevos medios. Según parece, la nueva policía política se había infiltrado en alguno de los núcleos eurasianistas y fomentaba la provocación. Incluso los de París y Bruselas se acercaron al marxismo. Pero básicamente, la idea reivindicaba las herencias culturales de los pueblos de las estepas en el destino de una Rusia que era la encarnación de Eurasia.

La llama intelectual de la primera generación eurasianista no ardió más allá de los años veinte y el nombre de sus fundadores quedó definitivamente sepultado y olvidado bajo los escombros de la Segunda Guerra Mundial. Ni siquiera rebrotó la última brasa enterrada entre las cenizas, que fue la de Peter Savitski, detenido e

internado en la Unión Soviética hasta su muerte. Pero en los años finales, durante el periodo de la Perestroika, comenzó a publicarse la obra del profesor Lev Gumilev, un historiador y etnógrado que, según se decía, se había llegado a cartear con Savitski. Marginado y perseguido, fue un maldito casi toda su vida, tanto por su obra como por ser hijo de dos grandes poetas rusos del siglo XX: Nikolái Gumilev y Anna Ajmátova. Su obra era abstrusa y no siempre parecía claro el fundamento científico que la sustentaba pero, en palabras de Putin, sus ideas sobre la unidad de Eurasia «fueron lo primero en mover a las masas»[112].

Tras el hundimiento de la Unión Soviética, el resurgir del eurasianismo parecía cumplir la vieja profecía que lo había alumbrado: algún día quedaría claro que el régimen comunista no había sido sino un periodo transitorio pero de continuidad en el destino ruso. Sin embargo, aún tuvo que agotarse la alternativa neoliberal que ofrecía Yeltsin, contemplada como un espejismo de corta duración pero que dejó a la población rusa arruinada y desencantada. De ahí el éxito del neoeurasianismo de Gumilev, cuyas obras son hoy difíciles de encontrar y más especialmente la seminal *Etnogénesis y Bioesfera* (1978). Fallecido en 1992, forma parte de la leyenda política que Putin acudía a sus conferencias durante el periodo en que fue un joven oficial de la KGB en Leningrado. Después, Dugin recogió la llama y la transformó en base de su filosofía política, madre de la nueva ultraderecha rusa identitaria, e incluso en un Partido Eurasia, fundado en 2002, y que propugna la necesidad de crear un eje Moscú-Berlín-París, en un impulso civilizador común capaz de enfrenarse el atlanticismo hegemonista de Estados Unidos.

En cualquier caso, el discurso eurasianista que surgía en Rusia en aquella década de los noventa, prestaba un

indudable servicio como mito histórico integrador del molesto significado original de la Revolución rusa. Y más precisamente, de la de octubre, sobre la base de su raíz tradicionalista pero comunista, al recoger las tradiciones y valores bolcheviques presentes en las confesiones y culturas que integran la diversidad rusa. Y de esa forma cerraba la brecha histórica que había supuesto la traumática desaparición de la Unión Soviética en 1991. El mensaje buscado era, como en los años veinte del siglo anterior, el restablecimiento del contacto con la línea histórica de Rusia, eliminando ruptura y frustración: la nueva Rusia bolchevique no tenía por qué estar en contradicción con la senda del destino nacional. Era posible una síntesis entre nacionalismo y bolchevismo, y eso hacía factible el regreso a la madre patria. Paradójicamente, el destino de Nikolay Ustryalov, padre del nacional-bolchevismo ruso, pareció contradecir ese mensaje: logró volver a la Unión Soviética en 1935 y establecerse legalmente como ciudadano soviético; pero pronto fue detenido y dos años más tarde, ejecutado en el curso de las purgas estalinistas, bajo cargos de traición y espionaje.

De esa forma, a finales del siglo XX, la nueva ultraderecha rusa pareció cumplir con la función de acuñar nacionalismo y socialismo, bolchevismo y eurasianismo, en una misma moneda. Pero ese discurso, además de muy ruso, era a la vez muy europeo. Era Ustryalov pero también Niekisch; era Savitski o Gumilev, pero también Mutti o Thiriart; era Limonov pero, sobre todo, el belga Steuckers, quien puso al día a Dugin sobre el nacional-bolchevismo. Dugin, el gran sintetizador, no sólo había logrado articular el variopinto panorama de la ultraderecha rusa sobre bases uniformes y con un cierto objetivo estratégico; también había tejido la alfombra mágica que pondría en contacto a esa renovada ultraderecha rusa con la occidental,

generando toda una serie de provechosas interacciones mutuas. Incluyendo de paso a los turbulentas variantes de Europa oriental. El segundo grupo de viajes que hizo Dugin incluyó algunos países de esa zona y especialmente Hungría y Turquía, ambos de cultura no indoeuropea y orígenes en Asia Central.

Y fue precisamente en esa segunda incursión donde Dugin jugó con ventaja al explotar las ambigüedades que ofrecía la posibilidad de manejar la propuesta más original pero polivalente que era el eurasianismo: que transformaba a Rusia en gigantesca puerta europea hacia Asia; que le permitía integrar a los pueblos musulmanes sin mayor esfuerzo, por el papel que había desempeñado esa religión, amasada con el animismo del Asia Central; que convertía al mayor país del mundo en la última mayor potencia iliberal[113].

Este diálogo fue especialmente fructífero con Jobbik[114], el partido del neofascismo húngaro, fundado en 2003. Siete años después adoptó como emblema ideológico el turanianismo, esto es un pan-magiarismo que aboga por la unificación de los pueblos turco-mongoles (Turan significaba Asia Central, en los más viejos textos conservados). Esto incluía la reivindicación del parentesco con los pueblos escitas y hunos, Atila, la lengua fino-úgrica. Al final, la idea romántica de que la Europa aria en decadencia necesitaba de una transferencia cultural —e incluso espiritual— de los pueblos de las estepas no encajaba en las propuestas de Dugin. De hecho, no fue fácil conjugar ese tipo de argumentarios pannacionalistas en una teoría general eurasianista que le fuera bien a Moscú; el éxito varió según los periodos y los países. Por ejemplo, Dugin obtuvo una afinidad prometedora con Mateusz Piskorski, antiguo neonazi polaco del Partido *Samoobrona* (Autodefensa) y director del pequeño *think tank* Centro

Europeo para el Análisis Geopolítico, interesados en las propuestas eurasianistas. Dugin también atrajo cierto interés en un país de «interés eurasiático», como Grecia, y eso por parte del ministro de Defensa en el gobierno de Syriza, Nikos Kotzias —procedente del partido progresista Pratto— y sobre todo del Partido neonazi Amanecer Dorado y su líder Nikos Michaloliakos.

En cuanto a Turquía, Dugin obtuvo inicialmente unos resultados poco concluyentes. Los primeros intentos de hacerse un nombre en ese país datan de 2003, a partir de que el año anterior una editorial turca se mostrara interesada en publicar su obra *Fundamentos de geopolítica*[115]. Las perspectivas eran buenas a priori. Desde 1991, con la desintegración de la URSS, al nacionalismo turco se le había abierto la puerta a ejercer la política irredentista en los territorios de Asia Central. En tal sentido, el eurasianismo era un concepto en boga para los *ulusalcı* o nacionalistas de corte kemalista o de izquierdas; los panturquistas de ultraderecha —por ejemplo, cercanos al MHP (o *Milliyetçi Hareket Partisi*, Partido del Movimiento Nacionalista—; los islamistas moderados del movimiento Gülen, impulsores de la plataforma Diálogo Eurasia, para el debate intelectual internacional; e incluso los neotomanistas —antiliberales, anticapitalistas, conservadores y terceristas—, es decir, islamistas duros pero panturquistas[116].

Además de este terreno abonado por el interés hacia el eurasianismo, en 2003 Turquía estaba viviendo el principio de un viraje político histórico con la reciente victoria electoral del islamista Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP o *Adalet ve Kalkınma Partisi*) y además se vivía una fuerte inflamación nacionalista contra la invasión de Irak liderada por Estados Unidos, que podía suponer la

independencia —o al menos autonomía federal— de un protestado kurdo en sus mismas fronteras.

A pesar de todo ello, Dugin experimentó fuertes dificultades para ser aceptado como *influencer* en Turquía. Aparte de cometer errores como el de posicionarse demasiado claramente hacia los militares, muchos de los cuales aparecieron después implicados en la red Ergenekon. Por otra parte, para muchos intelectuales turcos Dugin sostenía unos planteamientos neofascistas que eran vistos con recelo; de la misma manera, para muchos rusos los panturquistas estaban maniobrando en el Cáucaso norte, y más especialmente en Chechenia, y su concepción del eurasianismo era demasiado pantúrquica. Por todo ello y a pesar de los esfuerzos de Dugin en apoyar a Ankara en sus zozobras sobre la candidatura a la UE o en el respaldo a la República Turca del Norte de Chipre, de sus viajes a Turquía en 2003 y 2004 y de recibir a delegaciones turcas en Moscú, se puede decir que su penetración y consolidación en ese país le debió bastante a la política de Estado promovida por el Kremlin, de acercamiento a Ankara (y Teherán) en torno a la guerra de Siria y después del fallido golpe de Estado de 2016.

Con todo, el resultado de la red de contactos políticos tejida por Dugin en Turquía se reveló especialmente útil en momentos delicados en las relaciones entre ambas potencias, y más en concreto cuando en noviembre de 2015 un avión de combate ruso Sukhoi Su-24, que participaba en operaciones sobre territorio sirio, fue derribado por cazas turcos, lo que generó una gran alarma internacional ante el peligro de guerra inminente entre ambas potencias[117]. No mucho tiempo después, tras el fallido golpe del verano de 2016, las mismas publicaciones en la órbita del líder ruso enfatizaron su viraje eurasiático, «en la línea de su destino»[118], a lo que ayudó el cambio hacia el nacionalismo

duro del régimen islamista turco. De paso, el desarrollo de los planteamientos eurasiáticos de Dugin ayudó a impulsar el acercamiento de Ankara a Teherán en el esquema de un «Pacto ruso-islámico» que apartara a Turquía de la OTAN. A su vez, todo ello contribuiría, según los eurasianistas, a concluir un siglo de dominación occidental sobre Oriente Medio[119].

Por último, el planteamiento eurasiano como caballo de batalla de la nueva ultraderecha rusa ofrecía un nuevo marco general para la ultraderecha europea en general. El ascendiente de Moscú sobre partidos como la Liga o el Frente Nacional en los últimos años no sólo tenía que ver con apoyo financiero o respaldo estratégico: el eurasianismo ofrecía un ámbito común para la construcción de una entidad superadora de la Unión Europea (la «Europa de los mercaderes») a partir de un nivel superior que sin ser la globalización neoliberal, era un macrocontinente que conectaba Lisboa con Vladivostok, muy capaz de enfrentarse a Estados Unidos, en pie de igualdad, y teniendo además a China de su lado; eso venía a ser la vieja idea de Thiriart. Y superaba ideológicamente la unión basándose en el mero interés comercial o el excepcionalismo racial alemán del siglo pasado[120]. En la nueva Eurasia tendrían cabida todos los pueblos y culturas europeos en base a su identidad, y de esa manera, la propuesta del eurasianismo, científicamente respadada por Gumilev, conectaba a su vez con la *Nouvelle Droite* de Alain de Benoist.

La ultraderecha como política de Estado

Queda ahora por abordar otro aspecto fundamental sobre la figura y significado de Aleksandr Dugin en la Rusia postsoviética: su ascenso a los círculos del poder hasta

convertirse en una de las personalidades de mayor influencia en el Kremlin como inspirador de la nueva política exterior rusa. A menudo, los medios de comunicación occidentales han sugerido paralelismos caricaturescos entre Rasputín y Dugin, basándose más en lejanos parecidos entre barbas y melenas o en supuestas oscuras influencias que en comparaciones documentadas. Rasputín nunca fue un asesor del zar Nicolás II en política exterior, comenzando porque su influencia en la corte la ejercía a partir de la zarina y sus tendencias pacifistas no tuvieron la suficiente influencia, de lo cual es buena prueba la participación rusa en la Primera Guerra Mundial. Por contraste, Dugin no era el casi analfabeto monje siberiano con estrafalarias ideas místicas sobre el poder, sino un documentado *influencer*, versado en ciencia política y relaciones internacionales, capaz de expresarse con notable fluidez en varias lenguas extranjeras. La razón básica que explica la influencia de Dugin sobre Putin es bien lógica: su éxito en homegeneizar y modernizar las ideas de la ultraderecha rusa hasta darle cierto aspecto de doctrina nacional «dura». Por otra parte, presentadas como genuinamente rusas (o más bien «eurasiáticas») sus ideas no estaban en contradicción con las de la nueva ultraderecha europea de la cual, como se ha visto, bebían generosamente.

Pero todo ello tenía unas claras limitaciones. El programa de Dugin en su conjunto resultaba demasiado radical y esotérico para un estadista como Putin cuyo mandato se movía entre el nacionalismo y el pragmatismo. Cierto era que al presidente le venían bien las propuestas de Dugin como solucionador de cuadraturas del círculo y sugeridor de ideas y bazas políticas que podían dar juego en las nuevas estrategias o para justificar algunas ocasionales acciones políticas internacionales más

ambiciosas o belicosas con Occidente. Pero en 2014, la gestualización extremista de Dugin durante la crisis del Donbass —quizá intentando desempeñar el papel de un Ilya Ehrenburg durante la Segunda Guerra Mundial— incitando a los rusos a matar ucranianos e incluso ir a la guerra contra Estados Unidos, le costó su preciado puesto en el Departamento de Sociología de la Universidad Estatal de Moscú. Fue un golpe duro, tras años de labrarse una respetable imagen como académico de prestigio. Pero fue también una palpable demostración de que el Kremlin era muy capaz de determinar qué era y qué no era aceptable en términos de narrativa nacionalista[121].

Previamente a todo ello, cabe recordar que Dugin se reveló como hombre influyente durante la etapa final del presidente Yeltsin, ya desde antes de la llegada de Putin al poder. Ocurrió en 1997, con la publicación de su obra *Fundamentos de geopolítica: el futuro geopolítico de Rusia,* que se convirtió en un gran éxito con cuatro ediciones agotadas en poco tiempo[122]. Pero sobre todo, fue uno de los caballos de batalla políticos de la generación de halcones militares que intentaban reconstruir la capacidad estratégica rusa tras los desastres de la era Yeltsin. Ello explica correctamente el ascenso político de Dugin en los círculos de poder de la nueva Rusia postsoviética y nacionalista: no como un oscuro monje místico al estilo de Rasputín y en el entorno de Putin. La carrera del ideólogo de la nueva ultraderecha rusa se sitúa en el impulso de los sectores militaristas y ultranacionalistas que se organizaban por su cuenta ya en época de Yeltsin y como reacción a sus fracasos políticos. Y que, por supuesto, terminaron llevando a Putin al poder, pero también a Dugin. Eran personajes como, por ejemplo, Igor Rodionov, ministro de Defensa en 1996 y 1997, que previamente había sido director de la Academia de Estado Mayor (1989-

1996); situado al frente de algunas de las unidades militares soviéticas más duras y elitistas, así como en las regiones más comprometidas. Todo ello para concluir como diputado en la Duma Estatal entre 2000 y 2007 en el bloque electoral Patria, reconvertido en el partido Rusia Justa que en su momento apoyó el ascenso de Vladímir Putin a la presidencia. En la redacción del texto había colaborado el coronel-general Leonid Ivashov, jefe del Departamento de Asuntos Internacionales del Ministerio de Defensa y uno de los cerebros más activos de la doctrina geoestratégica rusa. Además de ser también un halcón en tiempos de Yeltsin: fue él quien diseñó y organizó la marcha de los paracaidistas rusos sobre el aeropuerto de Pristina, en junio 1999, que puso en un brete a las victoriosas fuerzas de la OTAN que entraban por entonces en Kosovo tras haber puesto de rodillas a Serbia con una campaña de bombardeo de setenta y ocho días.

Y Dugin conectaba y se movía por ese mundo con total naturalidad a partir del hecho de que, como ya se ha mencionado, su padre, Geliy Alexandrovich Dugin, era coronel-general en el GRU, el servicio de inteligencia militar; y no fue el único miembro de su familia en pertenecer a esos círculos.

Al margen de su encaje social e institucional, resulta evidente que el ensayo de Dugin fue providencial para su tiempo. Gustó en las Fuerzas Armadas hasta el punto de que se convirtió en libro de texto en la Academia de Estado Mayor. Y realmente marcó un momento estelar en la recuperación de las ambiciones rusas de volver a desempeñarse como gran potencia, tendiendo un puente entre la nostalgia de la era soviética y las ilusiones de la nueva Rusia nacionalista y eurasiática.

Pero sobre todo, él mismo devino una figura intelectual única, al margen de las ideas que defendía. Lleva razón

Vadim Rossman al escribir que «comparado con los mediocres antiguos ideólogos soviéticos, Dugin parece un gigante intelectual. Su capacidad para cruzar los límites interdisciplinarios, para acuñar e introducir términos y nuevas categorías, y para presentar sus posiciones ideológicas como descubrimientos y conclusiones a partir de conceptos avanzados de ciencias sociales, resulta especialmente alarmante e inquietante en la atmósfera actual de una caza de brujas antiliberal»[123].

Por el camino, su libro *Fundamentos de geopolítica* se convirtió en la respuesta a la por entonces celebrada obra del geostratega estadounidense Zbigniew Brzezinski: *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperios geoestratégicos*, que había sido publicada precisamente en 1997[124]. Por entonces, Estados Unidos era la única superpotencia con una capacidad militar y económica a escala global, y en su libro, el antiguo Consejero de Seguridad del expresidente Jimmy Carter explicaba cuál debería ser la estrategia global que permitiera mantener su predominancia planetaria. Y, precisamente, el gran tablero de ajedrez en el cual se debería jugar la gran partida era el continente eurasiático, a caballo de Asia, Europa y Oriente Próximo, donde Washington debería evitar a todo costa el resurgimiento de una gran superpotencia rival, fuera esta Rusia o China. Paradójicamente, un año antes de fallecer, Brzezinski hacía un llamamiento a revisar la estrategia que él mismo había propuesto veinte años antes. Estados Unidos seguía siendo la mayor potencia global, pero a causa de los cambios geopolíticos complejos en los equilibrios regionales, ya no era el poder imperial mundial que buscaba ser en 1997. Influían en ello el surgimiento de Rusia y China como grandes potencias y la debilidad de Europa. El mundo musulmán, por su parte, también experimantaba un

despertar violento, pero en términos de un proceso poscolonial y de agravios históricos[125].

Por lo tanto, en cierto modo, el ruso Dugin le había ganado la partida al polaco Brzezinski. Sus *Fundamentos de geopolítica* fue un libro mucho menos conocido y distribuido que *El gran tablero de ajedrez mundial*, pero, a la larga, una parte de sus recomendaciones se fueron imponiendo. A toda la insistencia que ponía Brzezinski en anular el poder de Rusia, le oponía Dugin la crítica al triunfante liberalismo americano. El enemigo común de Rusia y sus aliados debería ser el atlantismo, los valores liberales y el control estratégico de Estados Unidos. Para ello, Rusia debería tender dos ejes: el de Moscú-Berlín, incluyendo también París; y el de Moscú-Teherán, siendo Irán definido como un aliado clave. El Cáucaso sería reorganizado en sus fronteras y reintegrado a control ruso, así como Ucrania. El eje con Berlín y París se justificaría por el hecho de que ambos países eran de «firme tradición antiatlántica». El Reino Unido debería mantenerse al margen de Europa continental, y la estabilidad sociopolítica interna de Estados Unidos habría de ser minada fomentando el separatismo, los conflictos étnicos, sociales y raciales. Es interesante considerar que para Dugin no debería recurrirse a la fuerza militar a menudo, sino a la presión a partir de los suministros rusos de gas y petróleo —u otros recursos naturales— a terceros países, así como a la acción conspirativa y hasta subversiva a partir de los servicios especiales.

Explicado así, puede dar la impresión de que Dugin fue el diseñador en exclusiva de la nueva estrategia rusa hegemonista de la era Putin, hasta extremos que dejan al presidente poco menos que en el papel de una mera marioneta, muy en la imagen —tan querida por periodistas y detractores de Putin en general— de Rasputín

manipulando a Nicolás II. En realidad, Dugin no era el único personaje de ideas ultranacionalistas que durante el periodo Yeltsin pululaba en torno a la oposición de línea dura que terminaría llevándolo al retiro. Sergey Kurginyan, Sergey Naryshkin, Gennadiy Seleznyov —siendo el mismo Dugin asesor de estos últimos— formaban parte de un extenso panteón de ideológicos y estrategas que irían a integrarse en Rusia Unida u orbitarían en torno a la ultraderecha y que de una forma u otra aconsejaban y trazaban planes buscando una salida —«su» salida— a la deriva del experimento neoliberal de Yelstin. Sin embargo, en 1997 ni siquiera había acontecido el desastre: la victoria de la OTAN en la guerra de Kosovo —con la consiguiente humillación de la diplomacia rusa— y el colapso del rublo en la crisis de 1998. En esos años Rusia todavía no había tocado fondo y las elucubraciones y propuestas de Dugin y otros como él no eran sino brindis al sol.

Especular con un solo inspirador de la nueva política ultra rusa resulta bastante insuficiente, y cuando algún autor insiste en ello suele ser para resaltar la imagen de fanatismo oscurantista de Putin. Timothy Snyder, por ejemplo, escoge al aristócrata emigrado blanco Ivan Ilyin, filósofo y teórico de la Unión Militar Rusa (ROVS, por sus siglas en ruso) como inspirador del nuevo fascismo ruso en el entorno de Putin[126]. Aunque, en efecto, Ilyin fue uno de los teóricos de los rusos blancos en el exilio, ello no es decir mucho para la época, dado que fue un movimiento crónicamente débil y disperso. Por lo demás, continuó militando como monárquico convencido —opción que tras la abdicación de Nicolás II nunca volvió a tener apoyo entre la gran mayoría de los rusos— y si bien son innegables sus simpatías hacia el fascismo italiano, no está claro que las tuviera hacia el nazismo alemán, demasiado biologista y plebeyo para un filósofo y teólogo aristócrata.

Grandes estrategias y objetivos de la ultraderecha rusa: la acción exterior

De forma genérica, la consolidación de una nueva ultraderecha rusa —antes y durante la era Putin— tuvo tres objetivos: a) articular —desde el Kremlin— una política exterior de defensa y contraofensiva con respecto a la presión de las potencias vencedoras en la Guerra Fría y la OTAN; c) también como política de Estado, superar y aglutinar para el nuevo régimen la herencia histórica que supone la Revolución bolchevique y el Estado soviético, a fin de crear una base ideológica para el nuevo régimen nacionalista ruso; c) conformar una constelación de aliados y simpatizantes en el exterior. Por supuesto, estas metas no se ejecutaron en un orden determinado, y en realidad interactuaron entre sí.

De esa forma, en la estrategia de contención frente a las potencias occidentales, aparte de la recuperación del poderío militar ruso, tuvo una gran importancia el fomento de partidos y líderes de ultraderecha en Europa y América. En ello, Dugin fue un pionero, aunque de hecho intervinieron otros ideólogos y estrategas, sin dejar de lado a Vladímir Putin en persona. En tal sentido, la búsqueda de cómplices y aliados políticos en el exterior era novedosa porque desde el Kremlin se apoyaba sin disimulo a partidos ultraderechistas europeos, partidos antisistema, «caudillos» y hombres fuertes a varios niveles, así como sectores conservadores. Hay una descripción bastante sistemática de esta ofensiva en el libro editado por Anton Shekhovtsov[127], aunque mantenga el tono de exageraciones y parcialidades características de los autores occidentales —estadounidenses en especial— cuando tratan esta cuestión, y eso lleva a que el autor cometa errores de bulto. Por ejemplo, Shekhovtsov abre el

capítulo 2 de su obra afirmando que «los contactos entre la Unión Soviética y la ultraderecha occidental eran oficialmente inimaginables antes del final de la Segunda Guerra Mundial»[128], obviando nada menos que la firma del Tratado Ribentropp-Molotov entre la Unión Soviética y la Alemania nazi en agosto de 1939. Previamente, la implementación del Tratado de Rapallo (1922) implicó forzosamente años de contactos oficiales entre las autoridades y militares soviéticos y su contrapartida en la Alemania de Weimar, con importantes representaciones de sectores reaccionarios y ultraderechistas en el Ejército alemán.

Sí es cierto, en cambio, que la campaña rusa entre los partidos y movimientos neofascistas y ultraderechistas en la Europa de comienzos del siglo XXI se llevó a cabo recurriendo al modelo de propaganda y captación utilizado previamente por la Unión Soviética cerca de los partidos comunistas extranjeros o partidos afines, los entonces denominados «compañeros de viaje». Pero no solamente fue eso.

En líneas generales, las campañas rusas de alianza y supremacía estratégica en Europa —el *soft power* ruso— se basaron en dos parámetros: el control de recursos energéticos o de sectores económicos y la captación de simpatías políticas. Esta ofensiva rusa (o contraofensiva, según quiera verse) arranca de los años 2003-2005, como reacción a las revoluciones de colores secundadas desde Occidente en las repúblicas exsoviéticas[129], incrementándose en intensidad y potencia en función de la respuesta occidental a determinadas crisis, algunas bien conocidas (como las guerras de Georgia-Osetia del Sur y Ucrania-Donbass) o menos evidentes. La culminación de esta larga campaña de contrasupremacía que algunos califican de «guerra híbrida»[130] alcanza un punto de

ebullición en 2016 con la supuesta intromisión rusa en la campaña por el Brexit en Gran Bretaña y, sobre todo, las acusaciones de injerencia rusa en las elecciones presidenciales de Estados Unidos en ese mismo año.

Con respecto a los Balcanes y Europa central, el Kremlin disponía de dos palancas poderosas: los suministros de energía —Serbia, Bulgaria, Hungría, Chequia y Eslovaquia, principalmente— y las tradicionales relaciones históricas o culturales. En el caso de Hungría, el reciente pasado de ese país en el Bloque del Este y la intervención soviética de 1956 parecían pesar muy en contra. Sin embargo, a partir de 2008, la desilusión que trajo con respecto a Occidente el impacto de la Gran Recesión contrarrestó los recuerdos amargos; sobre todo cuando Viktor Orbán llegó al poder como consecuencia de la crisis (2010) y Jobbik obtuvo el 20% en las elecciones de 2014. El mismo Orbán, que visitó Moscú en 2015, llegó a decir que el modelo europeo carecía de futuro, mientras que «el viento del Este silva en la economía mundial»[131]. En realidad, los países del Este de Europa en los que triunfaba la ultraderecha a la altura de 2017-2018 eran los mismos que habían accedido llenos de ilusión a la Union Europea en 2004 y con el prestigio de ser la avanzadilla más democrática de la *Mitteleurope.* El desencanto sólo tardaría en llegar cuatro años, con el impacto de la recesión mundial. La Revolución del Maidán en Ucrania y la guerra del Donbass todavía acercaron más a Rusia y Hungría —esta con reclamaciones irredentistas en la Transcarpatia ucraniana— e incluso a la Polonia orgullosamente antirrusa a Moscú, y por el mismo motivo a Ucrania.

Grecia también entraría en este cupo y allí tanto Syriza como la ultraderecha mostrarían sus simpatías por Rusia. En el primer caso, por las posibilidades de inversiones millonarias que podía generar la gran potencia —a través

del omnipresente agente ruso y hombre de negocios Konstantin Maloféyev—. En el segundo, por las afinidades ideológicas con ANEL (Griegos Independientes) y especialmente con el ministro de Defensa —líder a la vez de ese partido de ultraderecha— a partir de 2015: Panos Kamenos. De hecho, ANEL poseía una reconocida política oficial de acercamiento a Rusia.

En segundo lugar, Italia y Francia fueron también terreno abonado para el acercamiento con Rusia. Ambos compartían un rasgo común: habían sido los países de Europa occidental con los Partidos Comunistas nacionales más poderosos —tras la Segunda Guerra Mundial—, tanto por número de militantes como por influencia política y hasta cultural. Por lo tanto, el hundimiento de la Unión Soviética generó un vacío político que se llenó como en Rusia, a partir de partidos de ultraderecha y antisistema o de líderes políticos populistas-caudillistas. Por otra parte, eran países lejanos y en los que no existía un historial de conflictos directos a gran escala —al menos desde la guerra de Crimea, en el caso de Francia.

En Italia, el Kremlin contó con aliados de talla, como no tuvo en ningún otro país de Europa[132]. Comenzando por el mismo presidente de gobierno Silvio Berlusconi, que llegó a cultivar relaciones estrechas con Vladímir Putin, de las que se beneficiaron financieramente ambas partes a través de los negocios de las compañías energéticas italianas con Gazprom. La ultraderecha italiana, comenzando con la Liga Norte y continuando por pequeños partidos neofascistas, se implicaron asimismo con el apoyo ruso. También fundaciones o instituciones en defensa de la familia tradicional —o contra las uniones homosexuales y el aborto — tuvieron apoyo activo desde Moscú, encuadradas en la WCF, el Congreso Mundial de las Familias, que es la mayor unión de grupos conservadores pro familia del mundo,

creado en Moscú en 1995 por activistas estadounidenses y profesores rusos, y cuyo representante ante la ONU es el también ruso Alexy Komov, quien a su vez fue contacto con la Liga Norte, a cuyo congreso de 2013 acudió.

El Kremlin no tuvo en Francia los apoyos y facilidades de que gozó en Italia, pero sí un valioso aliado en el Frente Nacional (FN), sobre todo bajo el liderazgo de Marine Le Pen o la intermediación de algunas figuras de influencia en el partido, como Philippe de Villiers, Aymeric Chauprade o Xavier Moreu, director de una firma de *consulting* en Moscú. El FN envió diversas delegaciones de alto nivel a Moscú desde 2012, estableciendo importantes contactos, como el empresario y agente para operaciones de *soft power,* Konstantin Maloféyev; o el presidente de la Duma, Sergeyi Narishkyn, posteriormenete devenido jefe del servicio de inteligencia exterior ruso, el SVR. Por lo tanto, además de simpatías ideológicas también hay de por medio negocios y defensa de valores tradicionales en el fundamentalismo católico-ortodoxo, vehiculado a través de la Fundación France-Europe Russie Alliance[133].

En el resto de Europa, las conexiones prioritarias del Kremlin se produjeron con la ultraderecha austriaca del FPÖ o los flamencos belgas de Vlaams Belang. En Alemania, en cambio, se encontraba la excepción: los contactos preferentes eran con el grupo poscomunista y antisistema Die Linke.

Pero no todas las relaciones eran oficiales y escogidas por el Kremlin. Más bien al contrario, los partidos ultras rusos poseían su propia capacidad de influencia y sus perfiles emulables. De hecho, en Rusia no solía manifestarse una estructura vertical rígida manejada por una sola persona. Lo habitual era la existencia de un conglomerado de clanes y grupos que competían entre sí por los recursos. En algunos casos, los contactos en el

extranjero eran «presentados» en las altas esferas como modo de abrir puertas y conseguir posicionamientos favorables en los círculos de poder. Y el papel de Vladímir Putin en este sistema era el de árbitro y moderador[134].

Fagocitando la memoria histórica de la Revolución y el Estado soviético

El rescate de la figura de Stalin como héroe a la vez soviético y nacionalista[135] en el panteón del nuevo nacionalismo ruso ha facilitado en muchos casos la tarea de diluir las campañas de influencia en una nebulosa neosoviética que ha captado a ingenuos entusiastas empeñados en seguir imaginando que la Rusia de Putin continúa siendo una variante «modernizada» de la Unión Soviética; o que, en el peor de los casos, algo consustancial queda de ello en la cultura rusa. A esta percepción ha contribuido, paradójicamente, la propaganda «anti Putin» desde Occidente, que tendió a utilizar este fenómeno como demostración de que el presidente Putin posee una faceta criptocomunista o busca revivir la figura de Stalin como medio de apoyarse en la reactivación del Partido Comunista, especialmente tras las dificultades sufridas por el régimen a raíz del enfrentamiento con las potencias occidentales por la guerra del Donetsk y la anexión de Crimea[136].

En realidad, tanto Yeltsin como Putin llevaron a cabo una política sistemática y explícita de superación del pasado soviético de Rusia y de la huella de la Revolución de octubre. Esto fue y sigue siendo a día de hoy una tarea difícil y delicada, tras décadas de propaganda soviética. ¿Cómo recoger los fragmentos de la gesta rota y recomponer el mosaico? Las declaraciones de Putin sobre

Lenin en enero de 2016, se repitieron dos años más tarde, referidas esta vez a la momia del líder bolchevique. ¿Había que trasladarla desde el Mausoleo de la Plaza Roja a un cementerio civil? El presidente ruso zanjó la cuestión comparando la veneración del cadáver de Lenin con la que practican los cristianos con sus restos sagrados. Putin intervenía en la grabación de un documental sobre el monasterio de Valaan, y relató cómo durante los años 1939-1940, en pleno auge de las campañas antirreligiosas, las fuerzas de seguridad soviéticas facilitaron el traslado de los religiosos de ese centro a Finlandia. «El hecho de que los oficiales en aquel tiempo permitieran a los monjes irse y sacar del país todas sus reliquias muestra mejor que nada que las semillas de la unión, de la unidad siempre estuvieron presentes», resumió el presidente volviendo sobre uno de los argumentos del eurasianismo clásico: la Unión Soviética no hizo sino continuar la sagrada misión histórica de Rusia[137].

Estas declaraciones —con las que, por cierto estuvo de acuerdo el número dos del KPRF, Ivan Mélnikov[138]— no eran un acontecimiento tan inesperado y fuera de contexto; y sobre todo, no eran la ocurrencia caprichosa de un líder populista estrafalario. En realidad, condensaban la imagen de la Revolución que se había ido destilando a lo largo de los años transcurridos desde la desaparición de la Unión Soviética. Lo puede comprobar cualquier visitante del Museo de Historia Política de Rusia, sito en la lujosa mansión modernista de la bailarina Matilda Kshesínskaya, que fue cuartel general de los bolcheviques hasta julio de 1917. Allí se puede contemplar en vivo —por ejemplo, a partir de la colección de caricaturas de prensa durante el periodo de la Revolución de febrero— cómo evolucionó realmente la figura de Lenin antes de la toma del poder en octubre: era un personaje poco conocido en medio de la

confusión revolucionaria. Lo cual, a su vez, forma parte del trato que recibió la imagen del líder bolchevique tras la desintegración de la Unión Soviética con la publicación en Rusia de las obras de Aleksandr Solzhenitsyn y Vasily Grossman, censuradas hasta entonces, o piezas como el ensayo sobre Lenin del dramaturgo y poeta Vladímir Soloukhin[139], donde lo acusa abiertamente de genocidio.

Con todo, las primeras denuncias provenían de ámbitos no historiográficos: poetas, escritores, periodistas. El cambio cualitativo comenzó a producirse en 1993, cuando se publicaron los primeros libros de texto postsoviéticos de Historia de Rusia, siendo Boris Yeltsin presidente y en pleno periodo de conflicto con la oposición del Frente de Salvación Nacional. En esos libros, la Revolución de octubre, glorificada durante setenta y cinco años de régimen soviético, empezó a ser mostrada como un mero golpe de Estado planificado y ejecutado por un pequeño grupo de conspiradores. De hecho, se establecía una continuidad entre los revolucionarios bolcheviques y el resto de los del siglo XIX, comenzando con los Decembristas y retratándolos a todos como unos elementos nefastos y básicamente antipatriotas: individuos que no mostraban interés por la historia y la cultura rusas, y en cambio sí se sentían atraídos por las tendencias y países occidentales. El mismo Lenin era presentado bajo esa óptica: no creía en Dios ni se interesaba por la historia de Rusia, que le resultaba aburrida[140]. En ese contexto, el conjunto de la Revolución de 1917 venía a ser un cortocircuito en la natural evolución de Rusia hacia la modernización social, política y económica. Y una avería histórica inducida desde el exterior o por fuerzas conectadas con el extranjero.

La denuncia de la figura de Lenin como un personaje que en realidad desprecia a los rusos alcanzó un primer hito importante con la biografía que le dedicó Dmitri

Volkogonov en 2013[141]. En ella se insistía en diversas ocasiones sobre la importancia del origen judío de Lenin (además de kalmuko, alemán, sueco, «y posiblemente otros más»), en orden a sugerir reiteradamente que la estrategia internacionalista de la Revolución de octubre era en realidad un subterfugio para mantener el poder, incluso a costa de aliarse con Alemania en contra de los antiguos aliados de la Entente, y a cambio de que Berlín no ayudara al movimiento blanco. En definitiva, un regreso a los argumentos en boga entre los vencedores de la Primera Guerra Mundial, que impulsaron la intervención internacional en Rusia[142]. Y también una recuperación de la nostalgia por la Rusia imperial o por el movimiento blanco, en general, que no sólo se encuentra en esa obra sino en piezas de gran impacto popular, como las películas *The Russia That We've Lost*, de Stanislav Govorukhin (1992), o *Almirante* (2008), de Andrei Kravchuk, que fue un éxito de taquilla sin precedentes en la filmografía rusa y que narra los avatares del almirante Aleksandr Kolchak, quien llegó a ser proclamado gobernante supremo de Rusia durante la guerra civil, en 1918. Debe contarse también con el éxito de pintores como Pavel Ryzenko, cuyos cuadros se centran en la historia del Imperio ruso y muy en especial en los momentos crepusculares del zarismo, obras cargadas de romanticismo y melancolía.

En líneas generales, en la Rusia de Putin era de notar la tendencia a enaltecer a los personajes autoritarios como positivos: Iván el Terrible, los zares en general, el almirante Kolchak —históricamente el primer dictador en la historia de Rusia— o Stalin, cuya figura, como ya se ha mencionado, cubre frentes diversos en la épica del nuevo régimen ruso y, especialmente, en la propaganda de la nueva ultraderecha nacional-bolchevique. El resultado es un retablo que sitúa codo con codo a todas las figuras del

nacionalismo histórico ruso, integrando en él a los personajes de la era soviética directamente relacionados con la defensa militar de la Madre Patria y al conjunto del Ejército, sea cual fuera el color de su bandera. Un cuadro de autor desconocido, pintado en torno a 2015, que se convirtió en viral en internet, resume bien el resultado final: un miliciano prorruso en el Donetsk (conflicto del Donbass, en Ucrania), compartía la defensa de su posición con un guardia blanco de la guerra civil rusa. Entre ambos, el pan y la sal. Por lo tanto, no sería de extrañar que en el futuro la Revolución de 1917 se terminara convirtiendo en inspiración para la futura ultraderecha rusa, una vez enviados al «basurero de la historia» las figuras de aquellos que le dotaron de sentido revolucionario real en octubre.

Los protagonistas: pequeños y grandes partidos de la ultraderecha rusa

Por último, cabe hablar de la conformación de los partidos y grupos de la propia ultraderecha rusa, en sí mismos. Algunos al servicio de las estrategias concretas del régimen; otros en función de sus propias ambiciones y planes, pero que de una forma u otra terminan coincidiendo con el papel jugado por Rusia durante la Posguerra Fría. En efecto, si bien es cierto que los partidos de esa tendencia han experimentado una clara y lógica decadencia a favor de la acción del régimen, la evolución histórica del proceso de fascistización en Rusia ha seguido caminos coincidentes. Marlène Laruelle, reconocida experta en nacionalismo ruso, ha elaborado un esquema repetido en varios de sus libros y puesto al día en el último de ellos, según el cual, los partidos ultranacionalistas y neofascistas se organizarían en varios círculos con relación al central, que es el del poder del Estado[143]. En el seno de

este núcleo, se agruparía el oficialismo, representado por personalidades que actuarían como *brokers* entre los partidos de base y las instituciones estatales: el viceprimer ministro, el asesor del presidente y toda una serie de altos cargos y funcionarios. En un segundo círculo se situarían las personalidades nacionalistas cooptadas, favorables al régimen aunque ejercieran una suave crítica ocasional: Aleksandr Dugin, Aleksandr Projanov, Vladímir Zhirinovski, Nikolai Starikov, Egor Jolmogorov, etc., e incluso Guennadi Ziuganov, líder del Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF).

En los más de diez años que separan la última obra de Laruelle de otra anterior dedicada a los partidos de ultraderecha[144], se puede constatar cómo ha ido variando la composición de esos círculos, dado que tras la llegada de Putin al poder todavía se encontraba en el segundo de ellos a los principales partidos nacionalistas o afines, representativos en el plano electoral: el Partido Liberal Democrático de Rusia (LDPR, en sus siglas rusas), de Vladímir Zhirinovski; el bloque Rodina (es decir, Patria), compuesto por todo un conglomerado de diversos grupos nacionalistas de izquierdas e incluso el Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF). Laruelle explica su presencia en este segundo círculo por el hecho de que desde el final de la Unión Soviética los comunistas internacionalistas han desaparecido prácticamente de la escena política rusa. A partir de 1993, en el gran congreso de renacimiento del Partido Comunista se impone el KPRF de Guennadi Ziuganov, con una retórica nacionalista inspirada en la Liga de Comunistas de Serbia, reconvertida por Slobodan Milošević (1990) en Partido Socialista de Serbia (SPS)[145]. Esa tendencia todavía se marcó más cuando a mediados de los noventa Ziuganov se acercó a Alexey Podberezkin, fundador de Herencia Espiritual y

partidario del retorno de Rusia a la política de gran potencia. En cualquier caso, el KPRF colabora con el poder desde los escaños parlamentarios aunque fuera de ahí se muestre como oposición patriótica.

Con el tiempo, el tercer círculo se ha dividido en dos, siempre según la clasificación elaborada por Laruelle. En 2007 sólo integraba a la derecha nacionalista radical sin representación parlamentaria; más recientemente agrupa a los nacionalistas pro-Novorossiya. En efecto, la guerra del Donbass, a lo largo de 2014, generó un importante debate político en Rusia entre las diversas familias de partidos nacionalistas: los «rojos», los «blancos» y los «pardos», esto es, los nacionalistas izquierdistas; los tradicionalistas —asociados a la Iglesia ortodoxa—; y los neonazis y neofascistas.

Por Novorossiya se entiende un territorio que en el siglo XVIII las tropas imperiales rusas arrebataron a los tártaros y al Imperio otomano y que se repobló con colonos en décadas sucesivas. Supuestamente, para el moderno nacionalismo ruso, Novorossiya es un *leit motiv* en la confrontación con Ucrania, una franja de tierra que abarca el sur de esa república, supuestamente de titularidad histórica rusa, como Crimea. El debate radica en el significado que tiene ese neotoponímico, recuperado por Putin en abril de 2014: qué hacer con ese objetivo geoestratégico, cómo considerarlo políticamente, hasta dónde llegar. Si esa discusión ha marcado tanto a la política rusa se debe a que los actores han participado en la guerra del Donbass, con las armas en la mano, en una u otra forma. Precisamente por ello, formaciones o grupos políticos, grandes y pequeños, se redimensionaron más allá de su significación electoral o cobraron una doble naturaleza política: opiniones en el campo de batalla o en Moscú. Por esa vía, partidos o personalidades que estaban

controlados por el Kremlin adquirieron casi de golpe una nueva personalidad ambivalente o incluso jugaron a la crítica de Putin.

Para los «rojos», el conflicto en Ucrania oriental y lo que había que hacer con Novorossiya era una oportunidad para que Rusia continuara recuperando bazas como gran potencia, se enfrentara a los adversarios históricos en Occidente y añadiera un componente social a la reintegración de la región a la Madre Patria: una nueva capacidad industrial para Novorossiya, la expulsión de los grandes propietarios, la resovietización de la zona en un sentido de destino nacional. Para los «blancos», la campaña en el Donbass tenía algo de misión religiosa o de recuperación imperial en un sentido nostálgico. Eso incluía la participación de las *sotnias* cosacas bajo el mando del atamán Nikolai Kozitsyn, el enaltecimiento de las Centurias Negras y el surgimiento de aventureros como el empresario Konstantin Maloféyev, que en junio de 2014 financió un encuentro secreto en Viena para conmemorar el aniversario de la Santa Alianza de Metternich. Congreso al que acudieron, entre otras personalidades del mundo aristocrático y reaccionario, el líder carlista español Sixto Enrique de Borbón-Parma, líder de la Comunión Tradicionalista[146].

Por último, el sector abiertamente neofascista y neonazi, etiquetado como «pardo» por Laruelle, implicó la reactivación de grupúsculos y partidos rusos ya desmantelados y hasta olvidados —Unidad Nacional Rusa —, o la presencia en el frente del Donbass de voluntarios de los más diversos países, que en algunos casos representaban a partidos o movimientos nazis y fascistas ajenos al mundo político ruso —caso específico del Movimiento Identitario—. Pero sobre todo, ese sector, que presentó la guerra del Donbass como una verdadera

Primavera rusa, denunció como una amenaza la supuesta presencia en el Kremlin de una «sexta columna» de infiltrados: los modernizadores, dispuestos a integrar a Rusia en el mundo occidental y en la globalización[147]. Lo de menos era que la teoría conspirativa tuviera o no visos de realidad: lo importante era que traslucía el espíritu de revuelta de los neonazis y neofascistas contra un poder que precisamente tendía a absorber, homogeneizar y oficializar a todos las fuerzas ultras presentes en Rusia. Por último, no deja de tener su interés que Dugin haya estado presente en los tres núcleos, incluso en este último, intentando, a todas luces, reconducir desde dentro la actitud rebelde hacia el Kremlin de los «pardos».

De esa forma, el mundo político ruso postsoviético alumbró un universo político desconcertante que antecedía por unos pocos años al que iba a eclosionar en Occidente a partir de la Gran Recesión. El denominado «populismo» en su acepción de tendencia gestual o demagógica de un líder político en torno al cual se construye un partido sin rasgos doctrinarios definibles, ya se encontraba presente en el histriónico Zhirinovski y su LDPR. Provocador, capaz de asumir y hasta reivindicar sus contradicciones, decía conectar con el pueblo, denunciaba a las élites falsamente nacionales y exigía referéndums; pero su misión final consistía en canalizar los descontentos manteniéndolo todo en el seno del sistema. Por eso, la llegada de Putin al poder, con su virtuosa capacidad de fagocitar a la oposición que no podía disolver, marginalizó a Zhirinovski y su partido.

El caso de Rodina era más chocante: aglutinó a figuras y partidos nacionalistas procedentes de círculos marginales, que terminaron transformando sus discursos antaño radicales en algo más políticamente correcto. La peculiaridad de Rodina consistió en «combinar los movimientos nacionalistas, tanto los radicales como los

moderados, para dar visibilidad a uno u otro según las circunstancias, fundir sus argumentos y presentar una síntesis aceptable en línea con el surgimiento de la temática patriótica en Rusia»[148].

En conjunto, la Rusia postsoviética fue una avanzada en el discurso político calculadamente indefinido, de la gestualidad populista y la anulación del contenido doctrinal; y más específicamente, de la disolución de los perfiles de izquierda y derecha en la política en el caldero del omnipresente discurso nacionalista. El objetivo final de esta tendencia no era otro que el de superar el hundimiento y desintegración de la Unión Soviética reunificando los restos de una sociedad rota y frustrada bajo el manto de una política cada vez más centralizada en el poder y que no era sino una especie de remake falseado del marxismo-sovietista, utilizando el nacionalismo como placebo y edulcorado con notas de socialismo.

La síntesis nazbol

Precisamente, esta maniobra se intentó llevar a cabo ya desde el comienzo de la transición, en 1993, con la fundación del Partido Nacional-Bolchevique. En su momento pareció una iniciativa modernizadora, tanto por la presencia de numerosos jóvenes en sus filas como por la ausencia de antisemitismo —tan habitual en los partidos de la derecha nacionalista rusa— y el perfil transgresor de su líder carismático: Eduard Limonov. Aparte de su borrascoso pasado como poeta y novelista, que había vivido en parte en el extranjero, entre Nueva York y París, Limonov tenía en 1993 un claro perfil de nacionalista que había reencontrado su destino tras regresar a Rusia en 1992. Pero sus pinitos en el mundo político los hizo junto a Zhirinovski, como consejero. Bajo la tormenta que significó

el golpe de Yeltsin en octubre de 1993, la contracultura rusa de derecha e izquierda salió a las calles y se organizó conjuntamente para la resistencia activa. En medio de esa corriente estaban los *nazbol*, esto es, los nacional-bolcheviques, con su característico estilo de protesta violenta y cultura de la agresividad gestual. Su líder era un personaje iconoclasta y narcisista cuyo alias aludía a la granada de mano de fragmentación —la *limonka,* de ahí «Limonov»[149]—, que tenía un pasado escabroso como poeta y novelista, y que con cincuenta años —cuando creó la alternativa nacional-bolchevique en 1993— seguía teniendo un innegable tirón entre la juventud con sus cambios de *look* y un gran talento para la provocación. Además, se alinearon con su partido el rockero psicodélico y *post-punk* Yegor Letov (fallecido en 2008) y grupos como *Grazhdanskaia Oborona* (Defensa Cívica), *Korroziia Metalla* (Corrosión Metálica), Nikolaus Kopernik, y el compositor Serguéi Kuriojin (fallecido en 1996). Por si fuera poco, los nacional-bolcheviques financiaban revistas musicales como *Ruskii rok* (Rock ruso) y *Zheleznyi marsh* (Marcha de Hierro), la mayor parte de ello en la línea del *heavy metal,* muy popular en Rusia y otros países del Este por entonces. También contribuyó mucho a la fama de los nacional-bolcheviques su periódico, *Limonka*, que tiraba entre 12.000 y 15.000 ejemplares.

Pero sobre todo, el éxito del Partido Nacional-Bolchevique, y no sólo en Rusia, radicó en su calculada capacidad de provocación. Reivindicaba a Lenin, Stalin, Beria, la Revolución rusa y la cultura soviética, a los grupos terroristas de ultraderecha e izquierda radical de los años setenta del siglo XX, al anarquismo e incluso a Charles Manson. Exaltaba la violencia como algo necesario y positivo, la culminación de la existencia humana, mientras saludaban como fascistas o comunistas, y su enseña incluía

la hoz y el martillo sobre el fondo de la bandera nazi. En 1995, en *Limonka* se podían leer las siguientes definiciones de fascismo:

> Fascismo es pesimismo activo; fascismo es nacionalismo de izquierdas; fascismo es romanticismo social (…) es impulso futurista (…) es deseo de morir (…) la celebración del estilo heroico (…) es anarquismo más totalitarismo (…) lealtad a las raíces y aspiración de futuro[150].

La alternativa *nazbol* era el colmo de la indefinición, incluso para el camaleónico Dugin. Él había asesorado a Limonov para que dejara el partido de Zhirinovski y fundara el Partido Nacional-Bolchevique. Sin embargo, no tardó en desilusionarse ante la tendencia provocadora de los *nazbols*, que incurrían en problemas con las autoridades cada dos por tres y por ello tenían problemas para legalizar su partido. Porque la exaltación romántica de la acción, el culto a la violencia y a la insurrección —no sólo en Rusia, hubo tentativas en Letonia, Ucrania y Kazajistán— hacían que apareciera en ocasiones como anarquista. Pero los *nazbols* abogaban por la dictadura, eran irredentistas y protagonizaron ataques contra extranjeros y feministas. Se decían anti-Putin pero enviaron voluntarios a varias de las nuevas guerras en las que Moscú aparecía comprometido: Bosnia, Chechenia, Ucrania e incluso muchos años más tarde, no faltaron algunos *limonovtsy* en Siria, aunque el partido había sido disuelto ya en 2005 y prohibido por extremista y violento.

El éxito de los *nazbols* fue siempre muy superior al de su representatividad real, porque esta era difícil de medir. Se basaba en la transgresión a todos los niveles, incluyendo el estético, algo que obtenía réditos dentro y fuera de Rusia, como había sucedido con el grupo esloveno Laibach, etiquetado como de «música industrial» y que había nacido como una asociación cultural en 1980 en Trbovije, un pueblo minero que durante décadas se había considerado

bastión de la vanguardia obrera a escala de todo el Estado yugoslavo. Y por supuesto que declararse seguidor de Laibach o de Yegor Letov no implicaba, a priori, casarse con ninguna tendencia política.

Pero en los años noventa y más tarde, el Partido Nacional-Bolchevique tuvo un impacto simbólico-político superior al que podían rentarle sus 5.000 militantes. Desde luego, el resultado final de toda la receta era un partido claramente neofascista —y no neonazi, por cuanto el antisemitismo no estaba entre su arsenal—. Más allá del postureo y la exhibición de hoces y martillos como efecto escenográfico, o los pósteres de Stalin con la *kolovrat* —rueda mitológica de los eslavos y símbolo del neopaganismo ultranacionalista—, el bolchevismo brillaba por su ausencia. En esencia, los *nazbols* erigían su partido sobre la burla al sovietismo. En realidad era un experimento nacional-antisistema, un producto político que no tardaría en extenderse por Europa aunque con más pretensiones de seriedad.

Por supuesto que se manejaron supuestos orígenes históricos en la «tercera vía», como el profesor Nikolay Vasilyevich Ustryalov y sus seguidores, los *Smenovejovtsy*. El nombre les venía de la revista *Smena Veh* (Cambio de hitos) que se había comenzado a publicar en Praga en 1921. Denominación que, a su vez, enlazaba con el de la colección de ensayos que ostentaban el título común de *Veji* (o *Vehi*), esto es, «Hitos», y que se habían publicado en 1909, editados por el filósofo, politólogo e historiador Mijaíl Gershenzon y por Pyotr Struve, economista y filósofo marxista (luego liberal). Del análisis de diversas problemáticas relacionadas con el desarrollo e inquietudes de la *intelligentsia* se desprendía que Rusia había alcanzado determinados hitos y estaba preparada para pasar a una nueva fase de cambios en su historia.

Pero nada de eso estaba realmente presente en el universo de Limonov casi un siglo más tarde. El nacional-bolchevismo era, simplemente, la manifestación más ruidosa y atrevida —casi a escala de caricatura— del rumbo que estaba tomando la ultraderecha rusa en general como alternativa al enorme legado del marxismo-leninismo de la era soviética. Al final, en la fórmula *nazbol* había vencido la mitad ultranacionalista, pero no sin incorporar una simbología, una gestualidad populista que confundía y ayudaba a atraer apoyos variados, de la izquierda, de la derecha, de los jóvenes rebeldes, y que todo aquel que mirara con nostalgia al pasado soviético pero sintiéndolo irrecuperable optara por una opción más «moderna». Porque, al fin y al cabo, el componente de modernidad unido a la raíz nacionalista es una combinación consustancial del fascismo histórico[151]. De ahí que en 2018, con 75 años de edad, Limonov ya no pudiera representar esa opción en Rusia.

A la vez, la fórmula *nazbol* no era tan densa y teórica como las formulaciones de Putin, los eurasianistas e ideólogos de la nueva ultraderecha rusa en general. Ni tampoco era tan rusa. La música rock, las actitudes punk o hípsters, el histrionismo de Limonov y sus escandalosos textos lo hacían menos ruso —e incomprensible— que el resto de los mamuts eslavistas de la ultraderecha de consumo local. Dugin había tenido que incorporar muchas ideas occidentales a sus formulaciones políticas y aun así resultaba difícil de leer o asimilar en el resto de Europa. No digamos las extravagancias argumentales y seudocientíficas de un Gumilev. En cambio, se notaba que Limonov había vivido diecisiete años en el corazón de Occidente, entre Nueva York y París, y su fórmula nacional-bolchevique no podía ser más sencilla de digerir. ¿Era posible juntar los extremos y generar lo que en apariencia

era un nuevo producto político basado en la fusión de radicalismos, pero que apenas tenía cáscara? ¿Y sobre todo, era posible hacerlo, impunemente, sobre los restos de la enorme civilización soviética? Limonov demostró que sí, y al hacerlo se convirtió en lo que pronto se denominaría un *trending topic* viral.

---

[96] Rose, Mishler y Munro (2006).

[97] Paul Stuart, «Camp Bondsteel and America's plans to control Caspian oil», *World Socialist Website / wsws.org*, 29 de abril de 2002 [consultable en red].

[98] Dave Majumdar, «Newly Declassified Documents: Gorbachev Told NATO Wouldn't Move Past East German Border», *The National Interest*, 12 de diciembre de 2017 [consultable en red]; Svetlana Savranskaya y Tom Blanton, «NATO Expansion: What Gorbachev Heard», *National Security Archive*, 12 de diciembre de 2017 [consultable en red].

[99] En su tesis doctoral Sofia Tipaldou identifica como relevantes los siguientes: Unidad Nacional Rusa (RNE), Partido Nacional-Bolchevique (NBP), Movimiento contra la Inmigración Ilegal (DPNI), Movimiento del Pueblo Ruso (ROD); Tipaldou (2015): p. 67, tabla 1.

[100] Dunlop (2004).

[101] Un buen resumen y categorización de las tres fases en Casals (2003): pp. 8-17.

[102] Simón Gómez (2007), p. 184.

[103] Laruelle (2015), *Eurasianism and the European Far Right* (locations 246-253).

[104] De Benoist (1981): p. 19.

[105] Cit. en Edouard Rix (2011), «Jean Thiriart, el Maquiavelo de la nación europea», en «Elementos de Metapolítica para una Civilización Europea», núm. 12, monográfico dedicado a «Jean Thiriart y el nacional-comunitarismo europeo» (sin fecha), pp. 15-18 [consultable en https://es.calameo.com/read/000127172d6d70ee38888]. Véase. p. 18 en concreto.

[106] Ibíd.

[107] Anton Shekhovtsov, «Alexander Dugin and the West European New Right, 1989-1994», en Laruelle (2015): pos. 1000.

[108] Los contactos en España de Dugin fueron a dos niveles. De un lado, con el periodista José Javier Esparza, uno de los puntales locales de la Nueva Derecha local junto con Jorge Verstrynge. Del otro con el núcleo de CEDADE más comprometido con el nazismo esotérico que a finales de los años ochenta fundaría el grupo Thule.

[109] «Russische Nazis verehren Hitler», *Tageblatt Lëtzebuerg*, 16 de junio de 2011 [consultable en red].

[110] Y no dejaba de considerar que había existido un nazismo no racista, etnicista. Tal era el caso, según él, de la Ahnenerbe, el organismo encargado de elaborar los mitos esotéricos y rituales del nazismo. O de Reinhard Heydrich, que Dugin entendía estaba abierto a pueblos no europeos, a diferencia de Hitler. También estudió e incorporó muchas ideas de filósofos alemanes conservadores como Martin Heidegger, Carl Schmitt o Moeller van den Bruck (2015): pos. 333 a 381.

[111] Laruelle, (2012): pp. 19-20.

[112] Francisco Martínez, «Lev Gumilev, el lobo estepario del eurasianismo», *Rusia Beyond*, 11 de abril de 2012 [consultable en red].

[113] Laruelle (2015): posición 437.

[114] Apócope de *Jobbik Magyarországért Mozgalom* o Movimiento para una Hungría Mejor.

[115] Vügar İmanbeyli, «Failed Exodus», en Laruelle (2015): posición 3802.

[116] Ibíd., posiciones 3664 a 3762.

[117] Henry Meyer y Onur Ant, «Alexander Dugin – The one Russian linking Donald Trump, Vladímir Putin and Recep Tayyip Erdogan», *Independent*, 3 de febrero de 2017 [consultable en red]. Una delegación turca compuesta por miembros del Partido del Movimiento Nacionalista (MHP) que a su vez eran antiguos militares u oficiales del servicio de inteligencia (MIT), visitó Crimea apadrinada por Dugin. El viaje poseía una marcada relevancia dado el vínculo emocional de los turcos con los tártaros de esa península, muchos de los cuales se exiliaron al Imperio otomano desde el siglo XVIII. Durante el viaje tuvo lugar una reunión secreta con oficiales de alto nivel rusos, en la cual la delegación turca explicó que el derribo del Su-24 había sido obra de «oficiales descontrolados» dentro de la fuerza aérea turca. Dugin también sirvió de enlace para organizar una reunión con el presidente Vladímir Putin, con la colaboración del financiero Konstantin Maloféyev.

[118] Andrew Korybko, «Post-Coup Turkey will be distinctly Eurasian», *Geopolitica.ru*, 16 de julio de 2016 [consultable en red].

[119] Benyamin Poghosyan, «Turkey and Russia aspire to replace a century of western domination of the Middle East», *New Eastern Politics* (blog), 16 de marzo de 2018 [consultable en red].

[120] Laruelle (2015): pos. 88-96.

[121] Vadim Rossman, «Moscow State University's Department of Sociology and the Climate of Opinion in Post-Soviet Russia», en Laruelle (2015): posición 1815. Véase, asimismo, Robert Beckhusen, «Putin 'Mad Philosopher' Is Out of a Job. Moscow State University fires the mad dog of the Russian far right», en *War is Boring* [blog], 29 de junio de 2014 [consultable en red].

[122] Dunlop (2004).

[123] Grossman, capítulo cit. en Laruelle (2015): pos. 1788.

[124] Brzezinski (1997; 1998).

[125] Zbigniew Bzerzinski, «Toward a Global Realignment», *The American Insterest*, 17 de abril de 2016 [consultable en red].

[126] Snyder (2018): pp. 43-75. El autor recurre a la figura de Ilyin como cuña y justificación de su hilo argumental. Cabe recordar que el comunista Ziuganov ya recurría a Ivan Ilyin antes que Putin. Véase: Gregor (2017): pos. 4292.

[127] Shekhovtsov (2018).

[128] Ibíd., p. 41.

[129] Véase un excelente trabajo para entender, en primera persona, hasta qué punto el Kremlin se tomó muy esn serio las revoluciones de colores como una amenaza directa: Cordesman (2014).

[130] Hay una ingente cantidad de literatura especializada sobre la denominada «guerra híbrida». Véase, por ejemplo, Galeotti (2016); Esteban Ceballos (2018); Cullen y Reichborn-Kjennerud (2017); Thornton (2015 y 2017).

[131] Laruelle (2015): posición 562.

[132] Laruelle (2015): posiciones 569 a 575.

[133] Ibíd., posiciones 575 a 697 para los contactos ruso-franceses.

[134] Shekhovtsov (2018): p. 221.

[135] Korine Amacher, «Héros ou ennemis de la patrie? Les révolutionnaires russes du XIXe siècle dans les manuels d'histoire de la Russie», en Amacher y Heller (2009).

[136] Hannah Thorburn, «For Putin, for Stalin», *Foreign Policy*, 25 de enero de 2016 [consultable en red].

[137] «Putin compara comunismo con cristianismo, y los restos de Lenin con reliquias», *Sputnik* 14 de enero de 2018 [consultable en red].

[138] «Putin: 'El comunismo y el cristianismo se parecen, la tumba de Lenin es como una reliquia religiosa'», *El Español*, 14 de enero de 2018 [consultable en red].

[139] Soloukhin (1989).

[140] Amacher, cap. cit., pp. 234-236.

[141] Volkogonov (1994).

[142] Véase, por ejemplo, Volkogonov (1994): posiciones 637 a 642 y 3979 a 3985.

[143] Laruelle (2019): p. 10, cuadro I.2.

[144] Laruelle (2007): posición 606 a 618.

[145] Ibíd., posición 628.

[146] Laruelle (2019): pp. 203-204.

[147] Ibíd., p. 205.

[148] Laruelle (2007): posición 700.

[149] El verdadero apellido de Limonov es Savenko.

[150] Cit. en Laruelle (2019).

[151] Griffin (2010).

SEGUNDA PARTE

MARASMO EN EL MUNDO FELIZ NEOLIBERAL 2008-2018

CAPÍTULO 5

LA BATALLA DE BRUSELAS

EL AVANCE ULTRA EN LAS INSTITUCIONES EUROPEAS

Bienvenidos a la realidad. Se acabó el fútbol.
Anastasia @nastia_yuriy 2 min
25 de mayo de 2014 (al conocerse primeros resultados de las europeas) Gracias al Ejército español y a Franco, se desbarató el ataque comunista a la España católica. La presencia de figuras como Franco en la política europea aseguró el mantenimiento de los valores tradicionales en Europa, y hoy carecemos de un estadista como él. La Europa cristiana está perdiendo frente a los socialistas ateos, y esto debe cambiar.

MACIEJ GIERTYCH, de la Liga de las Familias polaca, Parlamento Europeo, 2006 (en el 70 aniversario del comienzo de la Guerra Civil española, 1936) Cuando vine aquí hace diecisiete años para liderar una campaña con el objetivo de irnos de la UE, ustedes se reían de mí... ¿Ahora no se rien, verdad?

NIGEL FARAGE, líder del UKIP, junio de 2016

Grosso modo, toda la década de los años noventa del siglo XX fue vivida por los países del Este, incluida Rusia, como un periodo de derrota y decadencia. A veces, incluso de humillación, como fue el caso de Rusia o Serbia, principal implicada y derrotada en las guerras que acompañaron a la progresiva desintegración de Yugoslavia. En ese contexto, lo que sucedía en esos países, las formas más o menos

peculiares de reconstruir sus economías, reestructurar sus sociedades o abrirse a las nuevas maneras de hacer política, eran contempladas desde Occidente con displicencia, cuando no con franco desprecio. Muchas veces ni siquiera se entendía lo que estaba sucediendo allí. Las nuevas repúblicas surgidas de la desintegración del Bloque del Este carecían de la necesaria tradición democrática —se decía— y vivían un periodo de adaptación que se suponía largo. Si alguna mostraba actitudes rebeldes, se consideraba que tarde o temprano pasaría por el redil o pagaría las consecuencias. En cualquier caso, ninguno de esos países resultaba modélico, no tenía nada que enseñar a Occidente; sólo en algunos casos puntuales, como desde el nacionalismo catalán, se entendía que algunos, como los lituanos, eslovenos, croatas, albaneses de Kosovo o eslovacos, se entendía que provenían de un modelo secesionista original y emulable, aunque sin considerar que ninguno de esos países pertenecía a la Unión Europea.

Ya entrado el siglo XXI, las cosas parecían no estar cambiando mucho. Putin llegó al poder con un discurso y una imagen renovadas: por ejemplo, se subrayaba que era abstemio, lo cual conjuraba las bochornosas escenas públicas que había protagonizado el alcohólico Yeltsin. Pero desde Occidente se insistía en las nuevas catástrofes, reales o exageradas, que parecían perpetuar de forma irreversible la decadencia rusa: la tragedia del submarino «Kursk», en agosto de 2000, hermanada al incendio de la torre de comunicaciones de Ostankino, en Moscú, en ese mismo mes, que dejó sin televisión a la capital rusa durante varios días.

El* boomerang *de la Gran Ampliación

Por otra parte, la ofensiva occidental hacia el Este continuaba con renovados bríos. En mayo de 2004 se celebró la Gran Ampliación, o el ingreso de diez nuevos miembros en la Unión Europea, de los cuales ocho eran antiguos miembros de Bloque del Este soviético: Eslovenia, República Checa, Eslovaquia, Hungría, Polonia, Estonia, Letonia y Lituania. En ese mismo año, en la cumbre de la OTAN en Estambul, accedieron formalmente a la OTAN países del Este como Estonia, Letonia, Lituania, Eslovenia, Eslovaquia, Bulgaria y Rumania. La ampliación al Este se percibía desde Moscú como una maniobra en tenaza (UE más OTAN) de lo que en realidad eran las dos caras de una misma estructura. Entre los países del Este se tendía a considerar que la adhesión a la Alianza Atlántica, de una u otra forma, era un camino seguro para terminar en el proceso de integración europeo. Esto era más o menos discutible —como demostró el caso de Albania o Macedonia, que iniciaron su Plan de Acción de Membresía en 1999[1]— pero válido al fin, como había trazado el denominado Grupo de Visegrád (Polonia, Checoslovaquia y Hungría) en 1991. Aunque los apologetas de la OTAN insistían en que la ampliación al Este se debía básicamente a la presión que hicieron esos mismos países, cabe recordar que no todos sus partidos políticos o gobiernos estuvieron por la labor y que la actitud de Bruselas fue ambigua.

En realidad, resultaba evidente que, si europeos y americanos habían ganado la Guerra Fría, buscarían transformar al resto del mundo. Pero a los rusos les sentó muy mal la presión continuada, que continuó con las revoluciones de colores entre 2003 y 2005 —los mismos años de la expasión hacia el Este de la UE y la OTAN— en Georgia, Ucrania y Kirguizistán[2], y que concluiría en las guerras de Georgia (2008) y Donbass (2014).

Sea como fuera, la gran ofensiva hacia el Este de 2003 a 2005, con el agresivo presidente George Bush en el poder, buscaba conjurar el creciente poder y nuevo estilo de Putin, evitar la alianza ruso-iraní, o incluso chino-rusa, y asegurar el control occidental sobre Asia Central, donde la OTAN se estaba afianzando a partir de su intervención en Afganistán desde 2001. Para el gran público occidental, el Este se había pasado con armas y bagajes al bando de los ganadores de la Guerra Fría —el capitalismo neoliberal— y Rusia seguía estando acorralada y, ahora, gobernada por un antiguo oficial del KGB, el antipático Vladímir Putin, al que, incluso, se le acusaba de estar impulsando una nueva Guerra Fría.

Habría que esperar al verano de 2008 para que comenzaran a sucederse las manifestaciones de comprensión, primero, y admiración, después, a raíz de la intervención rusa en la guerra de Georgia contra Osetia del Sur, sobre todo ante la mala imagen del presidente georgiano Mijeíl Saakashvili. Pero mucho antes de eso, antes de que las sugerencias e ideas de la ultraderecha rusa empezaran a ser tenidas públicamente en cuenta, la enfermedad, que tomó la forma de autoinmune, comenzó a generarse en el corazón del proyecto europeo. Como muchas enfermedades infecciosas, el paciente fue víctima de su propia temeridad e inconsciencia.

Hasta la Gran Ampliación de la UE en 2004, la extrema derecha occidental arrojaba pobres resultados; pongamos, por ejemplo, el auge de Los Republicanos alemanes en 1989 y su posterior paso a la marginalidad. En otros casos, cuando conseguían representación, esta no se veía claramente reflejada en la composición de los grupos del Parlamento Europeo. De este modo, el grupo de la Derecha Europea se mantuvo activo durante dos legislaturas consecutivas (1984-1994) gracias al Frente Nacional, el

Movimiento Social Italiano, la Unión Nacional Política griega (precedente de la actual Aurora Dorada), el Bloque Flamenco y Los Republicanos. Pero, mientras ese bloque se difuminaba, otros partidos iban encontrando su propio encaje. Así, la Liga Norte ingresó en el europeísta grupo de los Liberales, Demócratas y Reformistas; tras la ampliación de 1995, el pujante Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), en los años en los que obtenía resultados que rondaban el 25% y gobernaba en su país en coalición con el Partido Popular, se ubicaba en los No Inscritos, junto con los restos del antiguo grupo de la Derecha. A partir de 1994, en paralelo, se fue configurando otra familia de partidos derechistas de perfil euroescéptico, aunque con aristas menos ultras que los anteriores[3]. Aquí se han venido incluyendo partidos daneses, como el Movimiento Popular contra la UE; los gaullistas de Mayoría por Otra Europa, que llegaron a tener 13 eurodiputados en 1994; los reformistas holandeses y, desde 1999, el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP).

La llegada de la extrema derecha del Este de Europa en 2004 al Parlamento Europeo supuso una revolución que, paradójicamente, pilló desprevenidos a sus camaradas occidentales. Los partidos mejor posicionados —como el FPÖ, la Liga Norte o el Bloque Flamenco— incluso habían intentado crear una plataforma común basada en el rechazo a la ampliación y a una mayor integración[4]. Pero los problemas entre esos mismos partidos —la delegación del FPÖ en el Parlamento Europeo mantenía pésimas relaciones con los flamencos— debilitaron más a ese grupo frente al choque contra la realidad que supusieron las elecciones de mayo de 2004.

Cierto es que el Frente Nacional, el Bloque Flamenco, el Partido Popular Danés y los partidos italianos —la Alianza Nacional de Fini, la Liga Norte y los ultras de Alternativa

Social, que lograron su escaño con Alessandra Mussolini— mejoraron sensiblemente sus resultados. Pero más decisiva aún fue la llegada de partidos nacionalistas que estaban ocupando posiciones relevantes en sus países. Así, en Polonia, la suma de los resultados de la Liga de las Familias, el partido Ley y Justicia (PiS) y de Autodefensa de la República de Polonia alcanzaba el 40% y conformaban la coalición de gobierno del país; en Letonia, Por la Patria y la Libertad (actualmente parte de Alianza Nacional) ganó las elecciones con casi un 30% de los votos; en Eslovaquia, el Partido Popular-Movimiento por una Eslovaquia Independiente fue segunda fuerza con el 17%; y en Lituania, la suma del Partido Liberal Democrático (posteriormente, Orden y Justicia) y la Unión de Agricultores y Verdes superó el 14%.

Se trataba de partidos nacionalistas claramente ultras, cuando no neofascistas, que no solían pulir sus modales agrestes o, cuanto menos, políticamente incorrectos. Un ejemplo de ello es el caso de Por la Patria y la Libertad, que, en 1998, como partido de gobierno, impulsó un referéndum sobre la conveniencia de favorecer el acceso a la nacionalidad por parte de los rusos de Letonia e impuso el Día de los Legionarios como festivo oficial[5]. Otros ejemplos de estas actitudes se observaron ya tras el inicio de la legislatura 2004-2009, con intervenciones como la de Maciej Giertych, de la Liga de las Familias polaca, quien recordó el 70 aniversario de la Guerra Civil española lamentando que la «Europa cristiana» careciera de estadistas como Francisco Franco, para defender los valores tradicionales[6].

En 2007, tras el ingreso de Bulgaria y Rumania, organizaciones como Ataka y el Partido de la Gran Rumania hicieron más visibles las posiciones ultranacionalistas y xenófobas en el corazón del proceso de integración

europeo. Los primeros llegaron a la Eurocámara tras una campaña rabiosamente antiturca, en la que se recordaba el papel de Bulgaria en la lucha de la Europa cristiana frente al Imperio otomano a través de anuncios que mostraban monumentos como el Big Ben, la catedral de San Marcos, la Torre Eiffel o la catedral de San Pedro convertidos en mezquitas[7]. El perfil xenófobo y misógino de este partido se pudo observar ya antes de la adhesión oficial de Bulgaria, en 2006, cuando sus representantes eran miembros observadores. En ocasión de un galardón otorgado a Livia Jaroka (representante húngara de etnia romaní), Dimitar Stoyanov señaló en un correo electrónico dirigido a los demás diputados que en su país había «decenas de miles de gitanas más hermosas que esta honorable [...] Usted incluso podría comprarse una esposa amante de 12 o 13 años [...] Las mejores son bastante caras, de hasta 5.000 euros cada una»[8].

Por su parte, el Partido de la Gran Rumania de Corneliu Vadim Tudor (que en las presidenciales de 2000 había quedado segundo, con un 33% de los votos) mostraba sin pudor sus aristas antihúngaras y antirromaníes[9], aunque se distinguía de los demás partidos de esta oleada por carecer de un discurso anticomunista, lo cual bebía directamente de la experiencia nacional-comunista de Ceaușescu y la de la denominada «cuadrilateral roja».

La nueva ultraderecha toma posiciones en el Parlamento Europeo

La Gran Ampliación propició un nuevo impulso a la coordinación de estrategias a través de nuevos grupos parlamentarios. Ataka y el Partido de la Gran Rumania fueron, precisamente, los únicos partidos del Este que se

sumaron al primer intento de consolidar un grupo de marcado carácter filofascista tras la ampliación de 2004, junto con el Frente Nacional, Interés Flamenco[10], el FPÖ, la Alternativa Social de Mussolini y el Movimiento Social-Llama Tricolor. El experimento, denominado Identidad, Tradición, Soberanía, duró menos de un año (de enero a noviembre de 2007) y se disolvió después de que Mussolini identificara a los rumanos residentes en Italia como gitanos y delincuentes y pidiera a su gobierno la expulsión del embajador rumano en su país.

La existencia del grupo, en cualquier caso, pendía de un hilo por razones administrativas. El Partido de la Gran Rumania no revalidó su presencia en las elecciones parciales que se celebraron en Bulgaria y Rumania a finales de 2007, y, sin ellos, el grupo no cumplía con el mínimo de veinte miembros de seis Estados diferentes que exigía el reglamento en aquel momento para constituir grupos parlamentarios. Ese, sin embargo, fue el embrión del actual Europa de las Naciones y la Libertad, en el que se incluyen el Frente Nacional, el Partido de la Libertad de Geert Wilders, la Liga Norte, el FPÖ, Interés Flamenco, los polacos del Congreso de la Nueva Derecha y Marcus Pretzell, de los «azules» de Frauke Petry, escindidos de Alternativa por Alemania.

Tras la ampliación, se fue reconfigurando la familia nacionalista y euroescéptica Independencia/Democracia, encabezada por el UKIP. Esta recibió un impulso decisivo gracias a los diez diputados de Liga de las Familias Polacas. Además, participaba el magnate de medios checo Vladímir Železný, que posteriormente lanzaría el movimiento euroescéptico Libertas en su país. A ellos se sumaban la Liga Norte, la Concentración Popular Ortodoxa griega, la Unión Cristiana de los Países Bajos y los diputados daneses

y suecos del Movimiento de Junio, que criticaba el Tratado de Maastricht desde el centro-izquierda.

El perfil xenófobo del grupo era claro gracias a la hegemonía del UKIP. La oposición de ese partido a la ampliación no les impidió seguir colaborando con partidos del Este a partir de 2009, con el nuevo grupo de Europa de la Libertad y la Democracia, que incluía a los extremistas del Frente Nacional de Salvación de Bulgaria, Orden y Justicia, Polonia Unida y el Partido Nacional Eslovaco. Posteriormente, el grupo, denominado Europa de la Libertad y la Democracia Directa, se sostuvo gracias a la alianza entre el UKIP y el Movimiento 5 Estrellas, acompañados de una diputada de Alternativa por Alemania, Orden y Justicia, el Partido de los Ciudadanos Libres (de la República Checa) y, entre otros, el diputado polaco Robert Iwaszkiewicz, de la Coalición para la Renovación de la República-Libertad y Esperanza, cuyo acrónimo en polaco coincide con el apellido de su fundador, Janusz Korwin-Mikke, también eurodiputado, aunque ubicado en el grupo de los No Inscritos. Este último se ha destacado a lo largo de la legislatura por haber realizado el saludo nazi en la cámara y por justificar la desigualdad salarial entre hombres y mujeres por ser estas «más débiles, más pequeñas y menos inteligentes»[11].

En la bancada de los No Inscritos acompañan a Korwin-Mikke los partidos de perfil claramente neofascista, frecuentemente apoyados en sus países por bandas paramilitares uniformadas. Es el caso de los húngaros de Jobbik o los griegos de Amanecer Dorado. A ellos se sumaban el diputado del Partido Nacionaldemócrata de Alemania o el Partido Unionista Democrático.

Así, las tendencias ultras representadas en el Parlamento Europeo recibieron un doble impulso a partir de 2004. De un lado, por la concurrencia de los recién llegados partidos

ultras del Este, que en Bruselas continuaron manteniendo un lenguaje y unos argumentos políticos que no adaptaron o suavizaron ni siquiera en el corazón de la Unión Europea. De hecho, esa actitud terminó por desacomplejar a ultras y neofascistas europeos que empezaron a recuperar modos y argumentos que hubieran sido inaceptables medio siglo antes. Uno de los ejemplos más espectaculares de ese cambio de actitud podría ser la bronca descomunal que Nigel Farage, el tormentoso líder del UKIP, le dedicó a Herman van Rompuy, el entonces presidente del Consejo Europeo, en febrero de 2010. Sin dudarlo ni un momento le espetó que tenía «el carisma de un trapo húmedo y la apariencia de un banquero de bajo rango», para preguntarle a continuación: «¿Quién es usted? Nunca oí hablar de usted, ni en Europa nadie sabe nada de usted [...] No tengo dudas de que su intención es ser el tranquilo asesino de la democracia europea y de los Estados-nación europeos», lo cual era atribuible al hecho de que, según Farage, el presidente del Consejo procedía de un «no país», como era Bélgica[12].

Por otro lado, los partidos ultras representados en el Parlamento Europeo constituían un bloque euroescéptico subvencionado y, por ello, respetable dentro de un foro político crecientemente revaluado. Ello era producto del papel reservado a ese ente ya desde la formulación del fallido Tratado Constitucional de 2004, que mejoraba sustancialmente sus atribuciones. Entre las nuevas prerrogativas allí incluidas, que posteriormente fueron plasmadas en el Tratado de Lisboa, destacaba su papel como cámara legislativa al mismo nivel que el Consejo de la UE en la mayor parte de las áreas de la política europea, el aumento de su capacidad de influir en la Comisión para promover iniciativas legislativas y la vinculación de la

elección del presidente de la Comisión al resultado de las elecciones.

En ese contexto, los recursos económicos a disposición de los actores políticos a nivel comunitario habían ido creciendo progresivamente[13]. Una parte de esos gastos se dirigían al apoyo de la actividad de los diputados, que, al margen de su salario, disponían de importantes recursos para gastos de personal[14], tanto en las sedes de la UE como en su demarcación; más de 4.000 euros mensuales para el mantenimiento de sus oficinas en su Estado miembro; y una cantidad de recursos para viajes dentro de su circunscripción que les permitían tener una agenda cargada a nivel semanal. A todo ello hay que sumar los gastos de los grupos parlamentarios, a cargo del presupuesto del secretariado del Parlamento.

Paradójicamente, se trataba de cifras que habían contribuido a alimentar el discurso euroescéptico, un campo en el que se especializó el UKIP, sin ir más lejos[15]. Sin embargo, la extrema derecha también ha aprendido a hacer un uso intensivo de estos fondos[16]. La Europa de la Libertad y la Democracia Directa, un grupo de 45 diputados formado en 2014 gracias al acuerdo entre el UKIP y el Movimiento 5 Estrellas, disponía de un presupuesto anual de unos 5 millones de euros. En 2015, tras la conformación del grupo parlamentario Europa de las Naciones y la Libertad, compuesto por 37 miembros, se le asignó una subvención anual de unos 3 millones de euros[17], gracias a los cuales se financiaron iniciativas como el acto de Coblenza a principios de 2017, año en que sus miembros se enfrentaban a importantes citas electorales en Alemania, Austria, Francia y los Países Bajos[18].

El nacimiento de un grupo parlamentario normalmente venía asociado a la creación de partidos políticos europeos y fundaciones afines, dotados también de generosos fondos

para la celebración de eventos, confección de publicaciones, apoyo para viajes y financiación de campañas electorales de alcance europeo[19]. Una característica de la subvención de estas organizaciones consistía en que un 15% del presupuesto total para su financiación se distribuía a partes iguales entre todas ellas, sin importar su representatividad en el Parlamento Europeo ni su orientación ideológica. Gracias a ello, a organizaciones como la Alianza para la Paz y la Libertad —conformada por partidos como Democracia Nacional (España), Amanecer Dorado, el Partido Popular-Nuestra Eslovaquia, el Partido Nacionaldemócrata de Alemania y el Partido de la Unidad Británica, de Nick Griffin— y a su fundación, Europa Terra Nostra, se les asignó en 2017 una subvención total de 682.000 euros. La Alianza de Movimientos Nacionales Europeos, compuesta actualmente por partidos testimoniales[20], obtuvo en 2017 casi 700.000, junto con su fundación, Identidades y Tradiciones Europeas. La Coalición por la Vida y la Familia, liderada por la organización ultracatólica francesa Civitas, junto con su fundación, Pegasus, se llevó unos 390.000 euros en ese periodo. Los referentes del Frente Nacional, el Movimiento por una Europa de Naciones y Libertades y su fundación homónima, tuvieron a su disposición alrededor de 2.700.000 euros el último año. La Alianza por la Democracia Directa en Europa y su fundación obtuvieron aproximadamente 1.700.000 euros[21]. Finalmente, la Alianza de Conservadores y Reformistas, liderada por el partido Ley y Justicia polaco y el Partido Conservador británico, obtuvo casi 4.000.000 millones de euros.

Las tendencias derechistas del largo periodo que siguió a la ampliación no sólo conllevaron cambios en el campo ultra, sino que se fue manifestando en todo el arco parlamentario. Así, la Eurocámara se fue escorando cada

vez más a la derecha a partir de las elecciones de 2004, tomando en cuenta que el porcentaje de diputados que se situaban dentro del segmento 8-10 del espectro ideológico era de menos del 10% en 2000, en 2006 superaba el 15% y en 2010 ya se acercaba al 30%[22].

La tendencia se mantuvo en 2015, aunque la proporción de diputados que se colocaban a sí mismos en el 10 e incluso en el 11 de la escala ideológica se incrementó sensiblemente. Esas estadísticas no respondían únicamente a la existencia de partidos de perfil claramente ultra, sino que estaban vinculadas al crecimiento progresivo del conjunto de fuerzas conservadoras, que arrasaron en las elecciones de mayo de 2009. En la parte occidental se impusieron con claridad las derechas en Alemania, Francia, Italia, España y Portugal, donde los partidos socialdemócratas fueron duramente castigados[23]. En el Este también prevalecieron claramente los partidos conservadores. En Eslovenia, el Partido Democrático de Janez Janša y sus socios democristianos empezaban a recuperarse después de haber cedido el gobierno nacional a una coalición social-liberal. En Letonia vencieron los predecesores de la actual Unidad, que en aquel momento conformaban el gobierno de Valdis Dombrovskis[24], actual miembro de la Comisión Europea, que llegó a calificar de «patriotas» a los voluntarios de las SS que conmemoraban el Día de los Legionarios[25].

El impacto de la crisis griega

La Gran Recesión de 2008 aportó una nueva dinámica que complicó más las tendencias mencionadas, sobre todo dos años más tarde, cuando estalló la crisis de la deuda soberana griega, que, al igual que la bancarrota del banco

austriaco Creditanstalt en 1931, tuvo consecuencias políticas de calado. En este caso, las instituciones europeas tuvieron un papel protagónico en los sucesivos rescates de los países periféricos, por lo que se convirtieron en blanco de las iras de diversos partidos, tanto desde el Norte, en el caso de los actores opuestos a enviar dinero a fondo perdido hacia el Sur a través de los programas de rescate a Grecia[26], como desde ese mismo Sur, donde la oposición a las políticas promovidas por la Comisión Europea proporcionó importantes réditos electorales a los ultras[27].

La crisis, tanto la económica como la política de los griegos, disparó las actitudes euroescépticas a escala europea, y sobre todo en los países socios del ámbito mediterráneo. Fue una verdadera carga de profundidad para la UE, que actuó en varias direcciones. Originariamente se trató de un rechazo de la nueva izquierda denominada «populista» hacia las denominadas políticas del «austericidio». Pero lo cierto es que esa actitud, personificada en la coalición Syriza, se apoyó también en un discurso antialemán de raíz nacionalista, en el cual el gobierno de Angela Merkel era continuamente comparado con el Tercer Reich, y a ella misma con Hitler; discurso que, por supuesto, asumía también la ultraderecha. El broche final de esa campaña fueron los dos gobiernos Tsipras (enero y septiembre de 2015), mayoritariamente de Syriza, pero cuya cartera de Defensa le fue concedida a Panos Kamenos, referenciado en Vladímir Putin y líder del nacional-conservador Griegos Independientes (ANEL), un partido que, según una observadora, «es la fuerza que más se acerca a sus tesis en lo tocante a la deuda o al diálogo con la troika»[28]. En septiembre de 2015, sus líderes consideraban que en pocos años gobernarían Grecia[29]. Y, como ya se explicó, durante el referéndum del 5 de julio de 2015 para aceptar o

rechazar las condiciones del rescate financiero propuesto por la UE, tanto Syriza como ANEL y Amanecer Dorado hicieron campaña por el NO. En cualquier caso, la inclusión de Kammenos en los gobiernos Tsipras constituyó el primer caso significativo de alianza rojo-parda en la Europa occidental, y eso por parte de un país que, siendo miembro de la UE y de la OTAN, mantenía relaciones más estrechas con Rusia que otros socios.

De hecho, Alexis Tsipras intentó apoyarse en Vladímir Putin en 2015, en los momentos más críticos de las negociaciones con Bruselas sobre la deuda griega. Durante los viajes del mandatario griego a Rusia, en abril y junio de 2015, se firmó un Plan de Acción Conjunta de ámbito comercial, al tiempo que Putin ofrecía a Grecia la conexión al TurkStream, o gasoducto ruso-turco. Al año siguiente, el mandatario ruso viajó hasta Atenas acompañado de una delegación de empresarios y prelados de la Iglesia ortodoxa —además de Dugin—, con los cuales se desplazó hasta el Monte Athos y buscó relanzar proyectos conjuntos[30]. Sin embargo, la situación internacional había evolucionado en contra en tan sólo un año y TurkStream había quedado paralizado por el derribo del cazabombardero ruso SU-24 en la frontera siria (noviembre de 2015). Grecia, por otro lado, seguía formando parte de la UE y estaba obligada a mantener las sanciones comunitarias contra Rusia por la anexión de Crimea.

Por otra parte, en torno a la crisis griega se desató el supremacismo de toda una serie de países europeos, que desde el rechazo a pagar el rescate de los griegos pasaron al insulto directo contra los PIGS, los países mediterráneos más afectados por la crisis: Portugal, Italia, Grecia y España, escaqueando en la medida de lo posible que la «I» correspondía también a Irlanda (país, al fin y al cabo,

católico). En realidad, la misma crisis islandesa, por ejemplo, tenía que haber hecho reconsiderar unas posiciones tan simplistas[31], pero el mal estaba ya hecho. En estas actitudes destacaron Finlandia, Holanda y Austria. En el primer país, la ministra de Finanzas, Jutta Urpilainen, declaró en 2012 que Finlandia podría abandonar el euro antes que pagar las deudas de otros países, una advertencia que no sólo iba dirigida contra Grecia, sino también contra España. Así, en julio de 2012, Helsinki insistió en solicitar garantías a cambio de los préstamos que la Unión Europea canalizaría a la banca a través del fondo de rescate permanente[32].

Los efectos de la crisis griega convirtieron en euroescépticos a países enteros, entre los que destacan los del denominado Grupo de Visegrád —Hungría, Polonia, la República Checa y Eslovaquia—, que encabezaron este fenómeno, precisamente, porque en el bloque del Este habían sido los pioneros en la transformación de la economía neoliberal desde el mismo momento en que se hundían los regímenes comunistas, en 1989-1990. Veinte años más tarde, las promesas doradas de la prosperidad aparecían amenazadas y la víctima principal era la clase media, reconstruida y ampliada tras la caída el Muro.

Las ofensivas húngara y polaca

En Hungría, el proceso se impuso en tromba: el hundimiento de los desprestigiados socialistas propició que Fidesz obtuviera una abrumadora mayoría en las europeas de 2009, que fue sólo un vaticinio de la victoria en las elecciones nacionales de 2010, cuyos resultados dieron a Viktor Orbán una mayoría de dos tercios en la Asamblea Nacional. Inmediatamente después de la toma del poder, el

nuevo gobierno emprendió una agenda de reformas institucionales que cambiaron la forma del Estado[33].

La nueva Constitución incluyó en su preámbulo referencias a la monarquía y al cristianismo como valor que articula a la nación y que la vincula a Europa. Además, incluyó una declaración simbólica de no reconocimiento de la República Popular de Hungría (de 1949) y una provisión dispositiva que responsabiliza al Partido Socialista de los Trabajadores y las organizaciones consideradas como sus sucesoras como responsables de hasta nueve delitos sin prescripción[34]. Para dar operatividad a esta parte, la Constitución recogían medidas de memoria histórica que, en cualquier caso, omitían el papel del régimen de la Cruz Flechada. El texto estableció límites a la propaganda electoral a los medios públicos —monopolizados por Fidesz —, blindó legalmente a la familia tradicional y omitió cuestiones de derechos fundamentales, como la prohibición de la pena de muerte y los trabajos forzados. Los cambios, además, vinieron acompañados de nombramientos en posiciones clave —como el Banco Nacional y el Consejo de Medios— y, sobre todo, de una gran ofensiva contra la independencia del poder judicial, que incluyó el relevo de los magistrados no afines y la reducción de la jurisdicción del Tribunal Constitucional.

Después de la entrada en vigor de la nueva Carta Magna, en enero de 2012, las instituciones europeas hicieron amagos de tomar cartas en el asunto. Pocas semanas después, el Parlamento Europeo aprobaba una resolución[35] que hacía un llamamiento al país a respetar los estándares democráticos de la UE y abría la puerta a la aplicación del artículo 7 del Tratado de Lisboa, lo que suponía la imposición de sanciones y la limitación del derecho de voto del país implicado en el Consejo.

Pero las advertencias no fueron a más, lo cual permitió asentar las bases del nuevo régimen y abrir la puerta a actuaciones similares en otros países, como la vecina Polonia. Allí, el crecimiento del partido Ley y Justicia (PiS)[36], junto a la deriva euroescéptica del Partido Conservador británico, habían facilitado en 2009 la creación de una nueva fracción parlamentaria a la derecha del Partido Popular Europeo, denominada Grupo de los Conservadores y Reformistas Europeos (ECR), a la que se unió desde el comienzo el Partido Democrático Cívico del euroescéptico checo Václav Klaus. Este grupo se convertiría en el tercero de la cámara —tras los populares y socialdemócratas—, gracias a la participación de organizaciones como la Nueva Alianza Flamenca, el Partido Popular Danés y los neerlandeses de la Unión Cristiana y el Partido Reformado. Además, ECR contaba con una importante proporción de partidos del este de Europa, como La Derecha de la República (Polonia), la Alianza Nacional de Letonia, los eslovacos de Libertad y Solidaridad y Nueva Mayoría, el M10 rumano y el Partido Conservador Croata, una escisión del ultraderechista Partido Croata del Derecho. La mayoría de los partidos de ECR forman parte del partido político homónimo, que cuenta entre sus miembros con el Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP) de Turquía.

El retorno del PiS al gobierno en 2015 fue contundente, ya que se apoyó en la primera mayoría absoluta desde la transición de 1989. Ello se produjo en medio de una batalla institucional provocada por la decisión del partido saliente, la Plataforma Cívica de Donald Tusk, de relevar a cinco miembros del Tribunal Constitucional, dos de los cuales no habían culminado su mandato. La contraofensiva del PiS desde el gobierno y la jefatura del Estado fue contundente: el presidente de la República no juramentó a los nuevos

jueces, pero sí lo hizo con los nombramientos realizados por el nuevo gobierno. Además, se reformó la legislación con el fin de que las decisiones de esa corte sólo pudieran tomarse por una mayoría cualificada y con la presencia de al menos 13 de los 15 magistrados. El refuerzo del gobierno en el ámbito de la justicia también incluyó la fusión de las figuras del ministro de ese ramo con el fiscal general.

Las similitudes entre el camino emprendido por los polacos y la experiencia húngara no son una casualidad. Igor Janke, biógrafo polaco de Viktor Orbán, señala que en el PiS existe una auténtica fascinación por lo resolutivos que fueron los húngaros tras su llegada al poder[37]. Es así como debe entenderse el hecho de que, pocas semanas después de que se instalara el nuevo gobierno polaco, Viktor Orbán viajara a Niedzica, al sur de Polonia, para reunirse en privado con Jaroslaw Kaczyński, hombre fuerte del PiS, a pesar de los recelos que provocaba en Varsovia el acercamiento del líder húngaro a Rusia. En aquella reunión se empezaron a coordinar posiciones para reforzar el perfil del Grupo de Visegrád frente a la amenaza del artículo 7 y la llegada de refugiados[38]. Pero más allá de los espacios concretos de coordinación, existió una influencia directa de la experiencia húngara en la acción de gobierno en Polonia. Ello se manifestó en el ámbito señalado de la justicia, aunque con un nivel de éxito menor. En particular, el gobierno del PiS no consiguió el deseado relevo generacional de la judicatura ni la completa subordinación de esta al Ministerio de Justicia. A diferencia de Fidesz, el PiS no contaba con unos expertos administrativos sólidos y confió los intentos de reforma en cuadros del partido que no contaban con la experiencia administrativa necesaria[39].

El PiS sí tuvo realizaciones más claras en otros niveles. En 2016 el gobierno consiguió aprobar una nueva

legislación que ponía a los medios del Estado bajo control de la mayoría parlamentaria, todo bajo la retórica de que la comunicación pública debía ser consciente con el interés nacional polaco[40]. Por otro lado, la nueva Ley Antiterrorista, también de 2016, inspirada en la creación de la Fuerza Especial Antiterrorista húngara[41], otorgaba mayores prerrogativas a los cuerpos de seguridad para registrar las comunicaciones de los ciudadanos, haciendo permanentes medidas típicas de los estados de excepción, como la ampliación del periodo de detención antes de la presencia de un juez hasta 14 días para sospechosos de «delitos de terrorismo». Según Amnistía Internacional, algunas de las prerrogativas de la Agencia de Seguridad Interna polaca, como la posibilidad de acceder a datos provenientes de varias agencias del Estado y de instalar circuitos cerrados de televisión en lugares públicos sin autorización judicial, se contaban entre las más draconianas de Europa[42].

Otro ámbito en el que Hungría influyó en Polonia fue el de la política económica. Desde su llegada al poder, en medio del ciclo de austeridad en Europa, Orbán impulsó una agenda contraria a la respaldada por Berlín y Bruselas que fue calificada de «populista» y recibió el nombre de *«orbanomics»*[43]. Lo cierto es que la combinación de nacionalizaciones en el sector de la energía y de planes de pensiones, regulación de precios de servicios básicos, medidas de estímulo como la entrega de créditos a pequeñas y medianas empresas, y el incremento de los impuestos a la banca, las empresas de telecomunicaciones, la energía y venta al por menor (sectores dominados por capital extranjero) ayudaron a la economía húngara a sortear la crisis económica y conseguir tasas de crecimiento excepcionales. Todo ello acompañado de políticas de apoyo a los *nacionales*, como la congelación de

los impuestos directos, el apoyo para pagar las hipotecas denominadas en francos suizos, la extensión de los comedores escolares y la gratuidad de los libros de texto. En términos estructurales, la Hungría de Orbán se fue configurando alrededor de una coalición entre las clases trabajadoras nacionalizadas y una emergente burguesía nacional[44], apoyada por medidas como la introducción de un impuesto plano de un 15% o las restricciones a las multinacionales, con las que el gobierno alcanzó acuerdos sobre ventajas fiscales a cambio de inversiones en el país[45].

A su llegada al poder en 2015, el PiS estaba preparado para implementar medidas económicas similares, después de haberse deshecho de los sectores del partido más liberales en lo económico. No podía ser de otra manera, teniendo en cuenta la extracción social de la que provenían los apoyos del partido: los sectores más desfavorecidos por décadas de progresiva desregulación de la economía[46]. Son multitud sus votantes vinculados al sector de la minería y los astilleros. Por otro lado, buena parte de los militantes del PiS se habían formado como cuadros en Solidarność. Para muchos de ellos, las medidas implementadas por el gobierno desde 2015 son una proyección de aquellas que debía haber defendido el sindicato traicionado por los liberales; entre ellas, la asignación mensual familiar por cada hijo de 500 zlotys (115 euros), la reversión del incremento en la edad de jubilación que había impulsado Plataforma Cívica y la implementación de un salario mínimo por horas. Se trataba de medidas que, además, expandían la base social a los jóvenes que todavía no habían emigrado. Al mismo tiempo, el PiS emprendió la colonización de las empresas públicas con el fin de reducir el peso del capital extranjero en la economía de manera paulatina[47]. Al igual que en Hungría, planes de estas características chocaban de manera frontal con los

planteamientos de la UE sobre la competencia en el mercado interior. En ambos casos, además, fue quedando clara la tendencia hacia la instauración de un mercado basado en coaliciones de clase nacionales.

Ello fue posible ya que, además de atender necesidades materiales directas, el PiS estaba afianzando su hegemonía a través de una articulación ideológica que contaba con elementos tradicionales, como la religión y la historia del país, pero integraba nuevos desarrollos, relacionados con el rechazo del multiculturalismo, que, en esa nueva síntesis, se vinculaba directamente con el comunismo. En un momento en el que las élites liberales eran identificadas como las únicas que se habían beneficiado de las décadas neoliberales, esa ideología consiguió conectar con una gran parte de la población. Así, el ministro de Asuntos Exteriores Witold Waszczykowski, en el gobierno de Beata Szydło (2015-2017), sintetizaba la lucha de su partido contra la deriva de la Europa liberal: Como si el mundo tuviera que evolucionar, según un modelo marxista, en una única dirección: hacia una mezcla de culturas y de razas; un mundo de ciclistas y de vegetarianos que sólo recurriría a energías renovables y que lucharía contra cualquier forma de religión. Todo eso no tiene nada en común con los valores tradicionales polacos. Va en contra de lo que la mayoría de los polacos valora: tradición, conciencia histórica, amor por su país, fe en Dios y vida de familia normal, con un hombre y una mujer[48].

La crisis de los refugiados

Ese razonamiento enlazaba directamente con las consecuencias la crisis de los refugiados del año anterior, a lo largo del cual se registraron hasta 1,8 millones de entradas irregulares en la UE[49]. Si se considera su

procedencia —la mayor parte procedía de Siria, Afganistán, Irak y Kosovo —, la crisis era una consecuencia directa de la errática política occidental en las últimas décadas, y especialmente durante las primaveras árabes, que había generado las condiciones para la proliferación de Estados fallidos y fenómenos como la organización Estado Islámico, que a mediados de 2015 controlaba buena parte de los territorios de Siria e Irak y amenazaba, directamente, a la ciudad de Bagdad.

En ese marco, Alemania adoptó una posición inicial de puertas abiertas y la Comisión Europea propuso la adopción de un plan de relocalización y reasentamiento de los solicitantes de asilo concentrados en Italia, Grecia y Hungría, con el fin de distribuirlos a lo largo del territorio de la UE a través de la asignación de cuotas para cada Estado miembro. El plan, limitado en sí mismo, ya que sólo preveía la reubicación de unos 160.000 solicitantes de asilo (una fracción de las más de 1,3 millones de solicitudes registradas en 2015), tropezó con las políticas implementadas por un grupo de países, entre los que destacaban los cuatro de Visegrád.

En el caso de Polonia, la situación se integró de manera exitosa en una retórica xenófoba que tenía más que ver con la imaginación sobre lo que sucedía en los países vecinos —como Alemania, que se veía como un país próximo a convertirse en una república islámica— que con la realidad. Proclamas como las de Jaroslaw Kaczyński, que llamó «parásitos y protozoos» a los refugiados, deben ser leídas a la luz del hecho de que Polonia sólo recibió poco más de 12.000 solicitudes de asilo en 2015, de las cuales únicamente fueron aceptadas 640[50].

En ese ámbito, una vez más, el PiS tenía referencias claras. En primer lugar, porque el anterior gobierno polaco, de Plataforma Cívica, no había abrazado desde un principio

el plan de la Comisión Europea. Si bien Polonia terminó votando a favor del mismo a finales de septiembre de 2015, la primera ministra, Ewa Kopacz, asumió una declaración del Grupo de Visegrád en la que se tachaba de inaceptable la eventual implementación de cuotas obligatorias y permanentes[51]. Dicho texto se basaba en decisiones previas tomadas por las propias instituciones europeas, como las conclusiones del Consejo Europeo de junio de 2015, en las que se señalan medidas como la activación de puntos de registro para distinguir a aquellos migrantes que requerían protección internacional de los que no, el retorno de los migrantes irregulares y el refuerzo de Frontex.

La Hungría de Orbán fue la que capitaneó la oposición política impulsada por Berlín y Bruselas. Además de declaraciones públicas, rebosantes de chovinismo y xenofobia[52], implementó medidas como el aumento de las competencias de la policía para perseguir a quienes cruzaban la frontera de manera ilegal y, sobre todo, construyendo una valla en sus fronteras con Serbia y Croacia que, con el tiempo, se convirtió en una auténtica fortificación, en cuya protección regular terminaron participando, junto a las húngaras, las fuerzas de seguridad del resto de países del Grupo de Visegrád. Como frontera externa de Schengen en un punto sensible de la «Ruta de los Balcanes», Hungría llegó a registrar más de 400.000 entradas irregulares hasta el cierre de la frontera y la finalización de la construcción de las primeras vallas, en octubre de 2015, y fue uno de los países europeos que más solicitudes de asilo por habitante registró a lo largo de ese año.

Pero durante la crisis de los refugiados de 2015 —la mayor crisis humanitaria en el Viejo Continente desde la Segunda Guerra Mundial— las actitudes contrarias a su asentamiento en Europa no fueron exclusivas ni del

gobierno húngaro ni de las familias políticas conservadoras. La coalición checa, liderada por el socialdemócrata Bohuslav Sobotka, justificó desde un principio su oposición al sistema de cuotas, destacando que, en todo caso, estas debían ser voluntarias. Es así como, en octubre de 2015, anunció la acogida de 152 cristianos procedentes de campos de refugiados en el Kurdistán iraquí. Por el contrario, los refugiados que intentaban llegar a Alemania durante aquellos meses a través de la República Checa sufrieron un trato muy diferente; en algunos casos, la policía llegó a bajarlos de los trenes regulares procedentes de Austria para identificarlos con números escritos con tinta indeleble directamente en sus brazos. Para Sobotka, la crisis era consecuencia directa del discurso de Merkel, que había priorizado los aspectos humanitarios de la crisis sobre aquellos relacionados con la seguridad, lanzando así un mensaje «que pudo ser oído y visto en grandes áreas del Próximo Oriente y el Norte de África»[53]. Su posición, además, contaba con el apoyo del presidente de la república, Miloš Zeman, un antiguo miembro del Partido Comunista expulsado tras la invasión del Pacto de Varsovia que vigorizó a la socialdemocracia checa tras la caída del socialismo. Zeman también se refirió a las consecuencias de las decisiones de Alemania, y mencionó, en concreto, las agresiones sexuales de Año Nuevo en Colonia, algunas de las cuales habían sido cometidas por demandantes de asilo, vinculándolas con las características culturales de los recién llegados. Además, para oponerse a su llegada, aseguraba tener en mente «la experiencia de los países occidentales, con sus guetos y comunidades excluidas», que mostraban hasta qué punto la integración de la comunidad musulmana era imposible. En su alegato, también se incluían teorías conspirativas, según las cuales la crisis era producto de un plan ejecutado por

los Hermanos Musulmanes egipcios para controlar Europa de forma gradual[54]. Ello se vinculaba intelectualmente con la idea de Eurabia, o la silenciosa transformación de Europa en un apéndice político y cultural del mundo árabe como consecuencia de la inmigración[55].

Las declaraciones de Zeman conectaban con un ambiente social predispuesto no sólo por las posiciones de la población (un 50% ya estaba contra la acogida de refugiados en septiembre de 2015)[56], sino también por las estrechas relaciones entre el poder político y mediático. En este escenario destacaba la figura de Andrej Babiš, un oligarca de origen eslovaco que poseía la segunda fortuna del país y, desde diciembre de 2017, la jefatura del gobierno, tras vencer en las elecciones de octubre de ese año con su partido, ANO (acrónimo de Acción de Ciudadanos Insatisfechos, que significa 'Sí' en checo), que pertenecía a la europeísta Alianza de Demócratas y Liberales por Europa. La fragmentación parlamentaria obligó al establecimiento de una alianza transideológica, en la que ANO y la socialdemocracia ocupaban el gobierno, al tiempo que el Partido Comunista de Bohemia y Moravia proporcionaba en el Parlamento checo los votos necesarios para tener una mayoría sólida. La alianza se entiende mejor si se considera que, tras el inicio de la crisis de los refugiados, los comunistas asumieron posiciones cercanas a las de Zeman y Babiš y se opusieron al sistema de cuotas propuesto por la Comisión. Se trataba de una organización acostumbrada a experimentos transversales, tanto a nivel nacional como europeo. Así, en 2015, uno de sus diputados en el Parlamento Europeo impulsó una plataforma de apoyo a los Acuerdos de Minsk para la resolución del conflicto en Ucrania junto al Frente Nacional francés.

El Grupo de Visegrád, de héroes a villanos

En el caso checo, el perfil del personaje se alejaba de las experiencias húngara y polaca. También conocido como *Babisconi,* por alusión al expresidente italiano Silvio Berlusconi, Babiš encarnaba una síntesis perfecta de la crisis de la democracia liberal, en la que se cruzaban rasgos populistas con elementos de la tecnocracia. Se trataba de un empresario que daba empleo a más de 30.000 personas: como propietario de alguno de los periódicos más influyentes de la República Checa —*Lidové noviny, Mladá fronta dnes* y el gratuito *Metro*—, así como de la principal cadena de radio —Impuls— y empresas en diversos sectores, aseguraba querer dirigir al país como si de un negocio familiar se tratara. Esa traslación del estilo de los negocios a la política, que también puede verse en el caso de Donald Trump, con el que a menudo es comparado, le ha permitido presentarse como un candidato *antiestablishment* y como el político más idóneo para luchar contra la corrupción, a pesar de que la Oficina Europea de Lucha Contra el Fraude y la policía checa encontraron irregularidades en la recepción de subsidios de la UE para sus empresas, motivo por el cual fue despojado de su inmunidad parlamentaria en septiembre de 2017. Las elecciones del mes siguiente le hicieron recuperar la protección. En estos casos, como acostumbraba a hacer *il Cavaliere,* terminaba acusando a la justicia de actuar por motivos políticos.

En el estilo de la Europa postsocialista, hizo su fortuna gracias a su posición en el régimen anterior como gestor de importantes empresas del Estado en el sector agropecuario. De manera aún más clara que en los casos de Hungría y Polonia, la toma del poder de Babiš supuso la coalición entre una emergente burguesía nacional con unas

clases bajas que, al menos en apariencia, recibían una cierta protección frente a los poderosos, ya fueran estos los políticos corruptos, un sistema político ineficiente (pretendía eliminar la cámara alta y reducir el número de diputados) o los burócratas de Bruselas. Por su procedencia eslovaca, el estilo de Babiš carecía de las aristas chovinistas más estridentes, presentes en los dirigentes húngaros y polacos. En cualquier caso, sí compartía el rechazo al asentamiento de los refugiados en Europa, a quienes identificó desde un principio como un riesgo para la seguridad del país.

En Eslovaquia, el caso de Robert Fico, líder del partido Smer y primer ministro entre 2012 y 2018, también demostraba hasta qué punto la xenofobia podía infiltrarse en la socialdemocracia. Esa actitud tenía una dimensión institucional concreta desde la formación del tercer gabinete de Fico, en marzo de 2016, en el cual participan tres ministros independientes propuestos por el Partido Nacional Eslovaco (SNS), un partido de claro perfil eurófobo y racista, rabiosamente antihúngaro y con muestras de xenofobia contra la población romaní. La coalición de Smer y el SNS, junto al partido de la minoría húngara[57] y el apoyo parlamentario del partido conservador Siet, parecía recrear en Bratislava la «cuadrilateral roja» rumana de los noventa. En la oposición quedaron los socios del PiS polaco en la eurocámara y los neofascistas de Marian Kotleba, que cosecharon un 8%.

La coalición no era una novedad en Eslovaquia, considerando que Fico ya había incluido al SNS en su primer gabinete (2006-2010). Aquella experiencia significó la proyección institucional del impacto que iba teniendo el discurso xenófobo del SNS en la población eslovaca, más allá de sus resultados electorales[58]. Tras aquel trance, el Partido Socialista Europeo reaccionó de manera fulminante

suspendiendo a Smer, sólo para readmitirlo a los dos años, después de que Fico y Jan Slota, líder del SNS, firmaran una declaración comprometiéndose a respetar los valores europeos, los derechos humanos y los de todas las minorías.

En marzo de 2016, sin embargo, la coalición se reeditó, poco antes de que Eslovaquia asumiera la presidencia del Consejo, en un momento en el que el nivel de tolerancia con respecto a las tendencias ultra en la Unión Europea era sensiblemente mayor. Así, de nada sirvieron las advertencias del presidente de la Alianza de los Socialistas y Demócratas en el Parlamento Europeo, el italiano Gianni Pitella, en plenas negociaciones de gobierno[59], como de nada había servido un apercibimiento previo del mismo Pitella, en octubre de 2015, y de la vicepresidenta del grupo, la eslovena Tanja Fajon, tras la aprobación del sistema de cuotas de la Comisión[60]. En aquella ocasión, Fico puso en duda la capacidad de su país para recibir a los refugiados, afirmando que, «después de todo, seamos honestos, ni siquiera hemos sido capaces de integrar a nuestros propios conciudadanos romaníes, de los cuales tenemos cientos de miles. ¿Cómo podemos integrar personas que provienen de un lugar completamente diferente en términos de estilo de vida y religión?». En ese contexto, Eslovaquia y Hungría acudieron al Tribunal de Justicia de la UE con el argumento de que el plan requería ser aprobado por unanimidad y no por la mayoría cualificada del Consejo. En su decisión, anunciada el 6 septiembre de 2017, la corte señalaba que ambos países estaban obligados a cumplir con sus obligaciones y que, de no hacerlo, serían multados. Fico asumió la decisión, pero, en realidad, no tenía motivos para alterarse: sólo tres semanas después caducaba el plazo de dos años que la Unión Europea se había dado en 2015 para reubicar a

160.000 refugiados, de los cuales sólo había conseguido trasladar a 28.000[61].

En aquel momento, poco importaba lo que dijera el Tribunal. Se habían impuesto los hechos consumados, en forma de vallas y controles que, en algunos casos, como el de la frontera de Austria con Eslovenia, se instalaban ya dentro del espacio Schengen. Otras vallas, como las de Eslovenia y Hungría en sus fronteras con Croacia, dejaban en suspenso el ingreso de ese país al área de libre movimiento. Pero a finales de 2017, nada de esto era ya un escándalo. Como recogía la edición europea de *Politico*, muchos funcionarios de la UE admitían que los planteamientos de Orbán sobre inmigración y refugiados eran ya hegemónicos en Europa[62]. Así, del Juncker que propuso el sistema de reubicación y relocalización en 2015 al borde de las lágrimas, se pasó al Juncker que, en el discurso sobre el Estado de la Unión de septiembre de 2017, subrayó la necesidad de incrementar las devoluciones y de mejorar la cooperación con los países africanos. Eso era lo que venía haciendo en la práctica el gobierno italiano con Libia, otro Estado fallido como consecuencia de la política occidental, desde donde llegaban imágenes de migrantes subsaharianos, algunos de los cuales habían sido vendidos como esclavos. Emmanuel Macron, por su parte, propuso la creación de centros migratorios en Níger y Chad, asumiendo así el planteamiento del líder húngaro de que sólo se debe considerar dar protección a aquellas personas que lo soliciten desde fuera de la UE. En ese ambiente, Orbán se permitió iniciar una auténtica campaña de troleo a las instituciones europeas, con la instalación de vallas publicitarias con mensajes contra las instituciones europeas por todo el país. Incluso, se permitió ir un paso más allá solicitando a la UE que se hiciera cargo de la

mitad del coste de su valla y del sistema de 3.000 «cazadores» que la protegían[63].

El trilema de Rodrik

La aparición de los partidos ultra y la emulación de algunas de sus posiciones y actitudes por parte de las familias políticas mayoritarias eran fenómenos sintomáticos de una crisis que, en realidad, afectaba al conjunto del sistema. En concreto, estas organizaciones eran proyecciones extremas del agotamiento de un periodo histórico en el que la democracia liberal se presentaba como el método infalible para resolver las tensiones producidas por los cambios sociales y económicos. Sin embargo, los problemas propiciados por la deriva del proyecto europeo tras el final de la Guerra Fría —entre los que destacaban la creciente brecha entre las economías del sur y del norte y la precarización del trabajo en todo el continente[64]— encontraban difícil solución en una estructura caracterizada por una multiplicidad de burocracias supranacionales y Estados, cada uno de ellos con sus propios intereses y contradicciones internas.

El auge de la extrema derecha parlamentaria, sin embargo, no era la única manifestación de la erosión de la democracia en Europa. Desde el inicio de la crisis del euro, las políticas impulsadas por la Unión Europea incluyeron intervenciones directas en las dinámicas de los sistemas políticos del sur de Europa, como la aplicación de los memorándums de entendimiento que acompañaron a los planes de rescate y los cambios de gobierno en Grecia e Italia en 2011, que respondían a la escasa eficiencia de los poderes legítimos a la hora de satisfacer las demandas de los mercados financieros internacionales. Lejos de haberse quedado en una anécdota pasajera, ese ciclo de

intervenciones se fue institucionalizando progresivamente, y lo que en su momento eran medidas de excepción, con el tiempo conformaron un sistema de control estricto sobre las decisiones más importantes que se toman a nivel estatal a lo largo y ancho del continente. Desde esta perspectiva, la extrema derecha y su infiltración en los partidos mayoritarios, por un lado, y las políticas europeas, por el otro, bien pueden ser observadas como las dos tendencias predominantes en una lectura europea del trilema de Dani Rodrik. De acuerdo con el economista turco, la globalización presentaba un trilema sin solución, en el que, en el estadio actual del capitalismo, sólo podían convivir dos de los siguientes tres elementos: la presencia del Estado-nación, la tendencia hacia una mayor integración económica a nivel global y la democracia[65]. Las combinaciones existentes —la aparentemente irresistible tendencia hacia una mayor integración económica y la reafirmación del papel ideológico y administrativo de los Estados en la implementación de las políticas europeas— excluían la participación de los ciudadanos para decidir sobre las cuestiones económicas fundamentales.

Dentro del entramado de la Unión Europea, la institución que mejor sintetizaba la pérdida de contenido de la democracia representativa con la infiltración de ideas y prácticas de extrema derecha en los Estados miembros era la Comisión. Se trataba de un órgano colegiado compuesto por un comisario nominado por cada uno de los gobiernos de los Estados miembros. Aunque los tratados les exigían independencia con respecto a los gobiernos que los propusieron y a cualquier otra institución, el nombramiento de los comisarios y las funciones que llevaban a cabo tenían una evidente carga política. Por un lado, porque existía una lealtad política de origen hacia los gobiernos y partidos que los habían nombrado; por el otro, su designación dependía

de la aprobación del Parlamento Europeo, y su actividad estaba controlada por esa institución. Todo ello fue asumido en el Código de Conducta Para los Miembros de la Comisión, según el cual los comisarios podían participar en las actividades de la política de sus Estados —por ejemplo, en campañas electorales— a través de sus partidos políticos y también ser candidatos en las elecciones al Parlamento Europeo. Además, la composición de la Comisión hacían que la institución terminara respondiendo ante los desarrollos políticos en los Estados, si se considera que la independencia de esa institución sólo podía ser leída a la luz del mandato establecido por esos mismos Estados. En este sentido, cabe tener en cuenta la presencia de personajes controvertidos como Valdis Dombrovskis, vicepresidente de la Comisión, que como primer ministro de Letonia (2009-2014) dio amparo a las celebraciones del Día de los Legionarios; o Tibor Navracsics, comisario de Educación, Cultura, Juventud y Deportes, que fue mano derecha de Orbán en el gobierno húngaro entre 2010 y 2014. La nominación de este último, de hecho, fue rechazada en una primera instancia por la Comisión de Cultura del Parlamento Europeo, lo cual forzó al presidente Juncker a retirarle la cartera de asuntos de Ciudadanía.

Uno de los mandatos de la Comisión es el de ejecutar y supervisar la aplicación de los tratados y de las políticas comunitarias y una de las áreas políticas en las que el poder de la Comisión se ha reforzado en la última década es la de la vigilancia de los presupuestos nacionales. En este ámbito, la democracia representativa en los Estados ha devenido en un método de toma de decisiones residual frente a la administración directa de la UE[66], especialmente tras la actualización del Pacto Fiscal y la puesta en marcha del Mecanismo Europeo de Estabilidad en 2012. Ambas reformas institucionalizaron las soluciones

ad hoc que fueron surgiendo en las diferentes etapas de la crisis, y, en esencia, centralizaron la capacidad presupuestaria de los Estados en la Comisión, que desde entonces tiene el poder de valorar, sancionar y disciplinar a los Estados cuya deuda pública esté por encima del 60% del PIB o cuyas cuentas tengan un déficit estructural superior al 0,5% del PIB.

Como garante de los tratados, la Comisión está obligada a supervisar y ejecutar sus políticas a través de los principios explicitados en el artículo 2 del Tratado de la Unión Europea, según el cual «la Unión se fundamenta en los valores de respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de Derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de las personas pertenecientes a minorías». Esa provisión, además, señala que se trata de valores comunes a todos los Estados miembros. Constituye una referencia relevante para leer las acciones y omisiones de la Comisión en casos concretos. En unos casos, se trata de decisiones sobre la deriva de los Estados miembros, como las advertencias realizadas a Hungría y Polonia, ninguna de las cuales se ha materializado en la activación del mecanismo sancionador del artículo 7 del (TUE), que puede llegar a implicar la pérdida de los derechos de voto de esos países en el Consejo. Una de las últimas advertencias, dirigida en concreto hacia Polonia en julio de 2017, cayó en saco roto, y sólo fue rescatada en un debate del Parlamento Europeo en noviembre de ese año, en el que el vicepresidente de la Comisión, Frans Timmermans, volvió a recordar a ese país sus obligaciones con relación al artículo 2. En esa misma línea, en junio de 2017 se apercibió a los gobiernos de Hungría, Polonia y la República Checa por no asumir su parte de la cuota de refugiados del plan de reasentamiento y relocalización. Los hechos, una vez más, pasaron por

encima de la institución, que no llegó a concretar el modo en que se debía aplicar el procedimiento de infracción.

La persistente estrategia catalana

A lo largo de esos años, la capacidad de resistencia de la Comisión también fue puesta a prueba a través de la ofensiva soberanista catalana. Para los nacionalistas radicales, la clave consistía en obtener la independencia para Cataluña sin que el nuevo Estado se viera obligado a dejar la UE. Sin embargo, esa posibilidad había sido desestimada públicamente en varias ocasiones por el presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, e ignoraba un sencillo silogismo: independizarse de España era hacerlo de la UE, dado que España era un socio de pleno derecho la Unión.

Desde la perspectiva secesionista, las únicas formas de sortear ese callejón sin salida pasaban por forzar a Bruselas a adoptar un cambio de actitud que suponía obligatoriamente violentar de alguna forma los Tratados de la Unión. Paradójicamente, el método más publicitado era el que peor considerarían las autoridades comunitarias: demostrar de alguna forma que España era una autocracia encubierta, que tenía un «serio déficit democrático» o que era «sociológicamente franquista», como alegaron en incontables ocasiones, a lo largo de varios años, muchos de los responsables políticos independentistas.

Sin embargo, insistir en ese argumento con el objeto de que Bruselas interviniera para asegurar la celebración de un referéndum de independencia o incluso para expulsar a España de la UE[67], implicaba que Bruselas no se había percatado de nada de ello en más de treinta años. O peor aún: no había querido saberlo. Así, meter bajo la alfombra el hecho de que los tantas veces invocados modelos de

Eslovenia, Croacia, Kosovo, Chequia, Eslovaquia o los Países Bálticos no formaban parte de la CE/UE cuando se independizaron fue de una ingenuidad inexcusable por parte del nuevo nacionalismo radical catalán.

Con todo y ello, se insistió de formas diversas en la presión provocadora, que en principio iba dirigida contra Madrid, pero que, al ser la capital de un miembro de pleno derecho de la Unión Europea, iba también contra Bruselas. Uno de los ejemplos más flagrantes consistió en la amenaza proferida por Oriol Junqueras en el Parlamento Europeo, en noviembre de 2013: los independentistas podrían forzar una huelga general a fin de paralizar la economía catalana toda una semana. Los efectos de un parón de ese estilo se notarían en el conjunto del Estado, sobre el PIB, los acreedores de la deuda española y la prima de riesgo, e incluso los mercados financieros en general[68]. Balandronadas de este tipo demostraban que la presión iba dirigida en paralelo contra Madrid y Bruselas, lo cual no podía ser bien recibido por las autoridades comunitarias, ya predispuestas a considerar con sospecha a un posible nuevo socio cuya actitud pasaba por forzar los marcos políticos que se resistieran a sus planes. Más de cinco años más tarde, la acción exterior del tándem Puigdemont-Torra en Bruselas no se había refinado y continuaba apostando por la presión directa contra las autoridades comunitarias[69] para obligar a una mediación a favor de la causa independentista catalana, lo que mostraba cada vez más a las claras su euroescepticismo de base, reforzado por entonces con el apoyo explícito de los ultranacionalistas flamencos y de la acción exterior rusa[70].

Aparte de la estrategia de «asalto frontal» a las instituciones, los independentistas parecían tener otro proyecto, más silente y basado en los hechos consumados, y que, por ello, buscaba una vez más desbordar las

instituciones comunitarias. Se pudo entrever en el debate entre Oriol Junqueras y el entonces ministro de Asuntos Exteriores del gobierno español, José Manuel García-Margallo, el 24 de septiembre de 2015[71]; aunque también surgía por aquí y por allá en los medios de comunicación, en retazos de entrevistas y al final, ya en 2017, como un recurso para infundir moral cuando parecía avecinarse la incierta proclamación de la república catalana. En esencia, la estrategia pasaba por generar una situación diplomática nueva ante la cual la Comisión Europea no pudiera reaccionar por no existir precedente. Junqueras argumentaba que ningún catalán perdería la nacionalidad española en una Cataluña independiente, a menos que renunciasen a ella «explícitamente», y que, de esa forma, mantendrían su ciudadanía europea. Ello sucedería, en opinión de los planificadores, si, como era previsible, Madrid no reconocía la proclamación unilateral de independencia del gobierno de la Generalitat, como explicaba un empresario catalán comprometido con la causa[72]. Si algún país reconocía esa nueva soberanía autoproclamada, no hubiera habido ningún inconveniente en utilizar pasaporte catalán y otros atributos diplomáticos con él, sin menoscabo de recurrir al español en otros casos. Mientras tanto, Madrid se vería obligada a pagar la deuda externa catalana o cumplir con los tratados firmados con España en vigor en territorio catalán, como explicaba un analista económico en un diario nacionalista: El temor de que Cataluña deje de ser territorio de la UE y de la eurozona es lógico, pero infundado. Es sencillamente imposible que esto se produzca, al menos en el corto plazo. El motivo es tan sencillo como sorprendentemente obvio: Cataluña no puede dejar de ser territorio de la UE mientras España no la reconozca como estado independiente. Si España no reconoce Cataluña como territorio extranjero,

Cataluña sigue siendo (a ojos de España y, por tanto, de la misma UE) un territorio europeo. Esta es una realidad que los altos cargos de la Comisión Europea admiten cuando se les plantea la pregunta de manera directa, y todo el que quiera lo puede comprobar. Sólo hay que estar atento[73].

Un hecho que perjudicó a los secesionistas en su labor exterior fue la exhibición de lecciones y sugerencias al resto de los movimientos afines en Europa sobre cómo torcer el brazo institucional comunitario. Se trataba de un asunto que podía afectar negativamente, a corto o medio plazo, a casi cualquiera de los 28 países miembros. No es de extrañar que ninguno de ellos reconociera la proclamación de la independencia del día 27 de octubre de 2017 al margen de que quedara suspendida inmediatamente.

---

[1] Cabe recordar que por entonces no había estallado la guerra de Macedonia (enero-noviembre de 2001), último capítulo del rosario de conflictos que acompañaron a la desintegración de Yugoslavia, en el cual unidades del UÇK albanés de Kosovo intervinieron en al república vecina y se enfrentaron con fuerzas del Ejército macedonio. Al estar implicados en un conflicto militar, Albania y Macedonia no podían acceder a la OTAN. La primera lo hizo en 2009. La segunda continuó a la espera de una solución definitiva de su contencioso con Grecia por la denominación oficial del país.

[2] Y los intentos fallidos en lugares como Kazajistán, Bielorrusia y Uzbekistán.

[3] Entre 1994 y 2004 se denominó, consecutivamente, Europa de las Naciones, Independientes por una Europa de las Naciones y Europa de las Democracias y las Diferencias. Hoy es la Europa de la Libertad y la Democracia Directa.

[4] Peter Karlsen, «European far right prepares for 2004 EU elections», *euobserver*, 29 de julio de 2002 [consultable en red].

[5] Hasta su derogación en 2000, tras el cambio de gobierno. El Día de los Legionarios, celebrado cada 16 de marzo en Riga, sigue conmemorando la integración voluntaria de más de 150.000 soldados letones en las SS en 1943. Las actividades de la jornada incluyen el homenaje a la unidad Sonderkommando Arajs, responsable del exterminio judío en Letonia. Roger Suso (2014): p. 202.

[6] «Europe diary: Franco and Finland», *BBC,* 6 de julio de 2006 [consultable en red].

[7] Lyubka Savkova (2007).

[8] Daniel McLaughlin, «Bulgaria's EU joy tainted by MP's racist jobe», *The Guardian*, 4 de octubre de 2006 [consultable en red].

[9] Un ejemplo de la retórica de su líder, a propósito de la deportación de romaníes de Francia en 2009, es la pregunta que elevó al plenario del Parlamento Europeo: «¿Por qué el Gobierno de París no los expulsa directamente a la India, que es un país de origen?», Parlamento Europeo, Debates — 11. Situación de la población romaní en Europa, 7 de septiembre de 2010. [Disponible en: http://www.europarl.europa.eu/sides/getDoc.do?pubRef=-//EP//TEXT+CRE+20100907+ITEM-011+DOC+XML+V0//ES&query=INTERV&detail=2-362].

[10] Partido sucesor del Bloque Flamenco, disuelto en 2004 tras una condena en virtud de la legislación antirracista belga.

[11] El diputado fue sancionado con la retirada de sus dietas durante treinta días (alrededor de 9.000 euros): «Polish MEP punished for saying women are less intelligent than men», *The Guardian,* 14 de marzo de 2017 [consultable en red].

[12] «Ukip's Nigel Farage tells Van Rompuy: You have the charisma of a damp rag», *The Guardian,* 25 de febrero de 2010 [consultable en red].

[13] Hoy alcanzan los 530 millones de euros: el 28% del presupuesto anual del Parlamento, que asciende hasta casi los 2.000 millones de euros. Esos gastos no incluyen el presupuesto del personal de los grupos políticos.

[14] Que hoy ascienden a 24.000 euros mensuales por diputado.

[15] Un ejemplo es el panfleto del dirigente Paul Nuttall: «Big Spenders: Extravagance, Waste and Propaganda», en el que denunciaba, entre otras cosas, el gasto que suponía el traslado mensual a la sede de Estrasburgo y el mantenimiento de la sede de Luxemburgo. El texto pasaba por encima de los fondos disponibles para gastos de personal, de oficina y para la actividad política de los miembros.

[16] Y, en ocasiones, mal uso. Así, el Frente Nacional fue acusado de defraudar hasta 5 millones de euros por uso indebido de fondos del Parlamento Europeo para sufragar la actividad regular de su partido: «Marine Le Pen charged over European parliament expenses scandal, say a lawyer», *Independent,* 30 de junio de 2017 [consultable en red].

[17] «Le Pen's €3 million pot», *Politico*, 7 de agosto de 2015 [consultable en red].

[18] Al acto asistieron Marine Le Pen (Frente Nacional), Geert Wilders (Partido de la Libertad, de Países Bajos), Harald Vilimsky (Partido de la Libertad, de Austria), Mateo Salvini (Lega Nord) y los anfitriones de Alternativa por Alemania, Frauke Petry y Marcus Pretzell.

[19] «Political parties at the European level», en la página web del Parlamento Europeo.

[20] Como el Movimiento Nacional Republicano, el Partido Nacional Renovador de Portugal o Llama Tricolor de Italia.

[21] Aunque pertenece al grupo parlamentario, el Movimiento 5 Estrellas no forma parte del partido.

[22] Whitaker, Richard, Simon Hix y Philipp Dreyer, «MEP's attitudes in the 2014-19 European Parliament: Key Findings from the European Parliament Research Group's Survey», MEP Survey Data, 22 de febrero de 2017 [consultable en red].

[23] La única victoria de los socialdemócratas en la parte occidental se produjo en Dinamarca.

[24] Gobierno apoyado por Por la Patria y la Libertad y Todo por Letonia, que más adelante conformarían la Alianza Nacional.

[25] Roger Suso (2014): pp. 202-203.

[26] El PVV de Geert Wilders, entonces socio parlamentario del gobierno de centro-derecha, aprovechó el rechazo mayoritario de la población al rescate griego para ampliar su base social: «Greek crisis puts strain on Dutch coalition», *Financial Times,* 20 de mayo de 2011 [consultable en red].

[27] El caso más claro es el de Amanecer Dorado, cuyos resultados en las elecciones de mayo de 2012 supusieron un incremento de más de un 2.000% con respecto a los de 2009.

[28] «Tsipras toma posesión tras pactar con ANEL el apoyo para su gobierno», por María Antonia Sáncez-Vallejo, *El País*, 26 de enero de 2015 [consultable en red].

[29] Irene Hernández Velasco, «Gracias Merkel, Amanecer Dorado será el único ganador de los comicios griegos», entrevista al diputado Artemis Mattheòpoulos, *El Mundo*, 17 de septiembre de 2015 [consultable en red].

[30] Simon Shuster, «Russia's President Putin Casts Himself as Protector of the Faith», *Time World*, 12 de septiembre de 2016 [consultable en red].

[31] En un reportaje de *The Economist,* el colapso bancario de Islandia fue definido como «el mayor sufrido por cualquier país en la historia económica mundial» si se toma en consideración el tamaño de su economía: «Cracks in the crust», *The Economist,* 11 de diciembre de 2008 [consultable en red].

[32] «Finlandia insiste en solicitar colaterales por los préstamos de la banca española», *elEconomista*, 3 de julio de 2012 [consultable en red].

[33] No en vano se retiró la referencia a la república del nombre oficial del país.

[34] Entre ellos, se incluía la «devastación sistemática de los valores tradicionales de la civilización europea».

[35] La aprobación fue posible gracias al apoyo de algunos diputados del Partido Popular Europeo, que se unieron a la propuesta de resolución de los socialistas, liberales, verdes y la izquierda.

[36] De 7 eurodiputados en 2004 a 15 en 2009.

[37] Tampoco olvida que las buenas relaciones preceden a la llegada del PiS. De hecho, uno de los principales defensores de Orbán a partir de 2010 fue Donald Tusk, primer ministro polaco hasta su nombramiento como presidente del Consejo Europeo en 2014. Annabelle Chapman, «Poland and Hungary's Defiant Friendship», *Politico,* 1 de junio de 2016 [consultable en red].

[38] Giuseppe Sedia, «PiS leader Kaczynski meets with Hungarian PM Viktor Orban: What does it mean?», *The Krakow Post,* 11 de enero de 2016 [consultable en red].

[39] Anna Grzymala-Busse, «A Tale of Two Illiberalisms: Why is Poland Failing Where Hungary Succeded?», *IPI Global Observatory,* 2 de agosto de 2017 [consultable en red].

[40] Jan Cienski, «New media law gives Polish government fuller control», *Politico*, 30 de diciembre de 2015 [consultable en red].

[41] Un grupo establecido en 2011 con capacidad de vigilar la correspondencia física y electrónica si así lo requiere el ministro de Justicia. El trabajo de ese grupo no requería autorización judicial y se justificaba en consideraciones vagas sobre la seguridad nacional. La última iniciativa del gobierno húngaro en este área fue la aprobación en 2016 de la sexta enmienda a la Constitución, según la cual, en caso de declaración de «situación de amenaza de terror», otorgaba al gobierno prerrogativas legislativas especiales, la movilización del Ejército para el mantenimiento del orden público y la prohibición de manifestaciones públicas, entre otras medidas: Amnistía Internacional (2017): p. 17.

[42] La vigilancia sobre extranjeros podía incluir escuchas, seguimiento de comunicaciones electrónicas y vigilancia de dispositivos electrónicos sin tutela judicial durante los primeros tres meses: Amnistía Internacional (2017): p. 34.

[43] Andrew Byrne, «Hungary's 'Orbanomics' hits hurdle with first-quarter contraction», *Financial Times,* 9 de junio de 2016 [consultable en red].

[44] «We need competitive Hungarian-owned industrial companies», Ministerio de Asuntos Exteriores y Comercio de Hungría, 27 de octubre de 2017 [consultable en red].

[45] Balász Pivarnyik, «Hungary granted multinational companies $308 million in tax allowances over two-year period», *The Budapest Beacon,* 15 de agosto de 2017 [consultable en red].

[46] «El carburante social de la derecha polaca», *Le Monde Diplomatique en español,* marzo de 2016, 6-7.

[47] Paulina Pacula, «Poland seeks to boost state control of economy», *euobserver,* 24 de febrero de 2016 [consultable en red]; Marcin Goclowski, «Poland's ruling party tightens gripo on big state firms», *Reuters*, 10 de octubre de 2017 [consultable en red].

[48] Declaraciones al diario *Bild* en enero de 2016, recogidas en «El carburante social de la derecha polaca», *Le Monde Diplomatique en español,* marzo de 2016, 6-7.

[49] De acuerdo con datos de Frontex, disponibles en FRAN Quarterly, Q4, octubre-diciembre de 2015 [consultable en red].

[50] Las cifras son similares en 2017, de acuerdo con los datos de Eurostat, disponibles en: Eurostat. Statistics Explained-Asylum Statistics / Asylum applications (non-EU) in the EU-28 Member States, 2006-2017 (consulta del 16 de marzo de 2018 y el 18 de abril de 2018: http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Asylum_statistics#Data_sources_and_availability).

[51] «Joint Statement of the Heads of Government of the Visegrad Group», Visegrad Group, 4 de septiembre de 2015 [consultable en red].

[52] «Refugees 'look like an army', says Hungarian PM Viktor Orban», *The Guardian,* 23 de octubre de 2015 [consultable en red].

[53] «Czech PM says Germany encouraged illegal immigration, his Twitter account hacked», *Reuters,* 23 de diciembre de 2015 [consultable en red].

[54] «Integrating Muslims into Europe is 'impossible', says Czech president», *The Guardian,* 18 de enero de 2016.

[55] Ye’or, Bat (2005).

[56] «How a media mogul helped turn Czechs against refugees», *The Economist,* 13 de septiembre de 2016 [consultable en red].

[57] Most-Híd, perteneciente al Partido Popular Europeo.

[58] De hecho, el SNS quedó como partido extraparlamentario entre 2012 y 2016: Olga Gyárfášová y Grigorij Mesežnikov, «Actors, agenda, and appeal of the radical nationalist right in Slovakia», en Minkenberg (2015): pp. 234-235.

[59] «Socialists and democrats Alliance warns Fico about coalition with SNS», *Spectator,* 17 de marzo de 2016 [consultable en red].

[60] «SocDems in EP may suspend Slovak ruling party for a second time over refugee crisis», *Romea*, 18 de octubre de 2015 [consultable en red].

[61] Gabriela Sánchez y Raúl Sánchez, «España, entre los Estados que más han incumplido su cuota de refugiados junto a los países del Este», *eldiario.es,* 26 de septiembre de 2017 [consultable en red].

[62] Jacopo Barigazzi, «Orbán wins the migration argument», *Politico,* 15 de septiembre de 2017 [consultable en red].

[63] Cuyo total ascendía a unos 440 millones de euros: Pablo Gorondi, «Hungary requests EU funding for border fence», *The Christian Science Monitor,* 1 de septiembre de 2017 [consultable en red].

[64] Napoleoni (2013).

[65] Rodrik (2012).

[66] Rastko Močnik (2017): p. 161.

[67] «Castellá: ‘La UE puede echar a España si usa la fuerza para frenar referéndum’», *El Mundo,* 30 de diciembre de 2016 [consultable en red].

[68] Beatriz Navarro, «Junqueras amenaza con ‘parar la economía catalana’ una semana para presionar a España», *La Vanguardia*, 13 de noviembre de 2013 [consultable en red].

[69] Jaume Masdeu, «Torra acusa a Tajani de convertir el Parlamento Europeo en una marioneta de la derecha española», *La Vanguardia*, 18 de febrero de 2019 [consultable en red]. Puigdemont añadió el calificativo «demofóbico» dedicado al presidente del Parlamento Europeo.

[70] «России есть что предложить миру, кроме нефти», ЭДвард Чесноkob (editor adjunto de política internacional), Комсомо́льская Пра́вда*,* 10 de

febrero de 2019 [consultable en red]. Tom Cochez, «Puigdemont en de deep pockets van extreemrechts», *Apache*, 28 diciembre de 2017 [consultable en red].

[71] «García-Margallo, a Junqueras: 'Oriol, se os quiere mucho en España'», *La Sexta*, sin fecha. Incluye vídeo resumen [consultable en red].

[72] Juan Soto Ivars, «Mientras España no acepte la independencia de Cataluña, la deuda se la come con patatas», entrevista con Albert Pont, del Cercle Català de Negocis, *El Confidencial*, 18 de agosto de 2015 [consultable en red].

[73] Àlex Font Manté, «Per què Catalunya no deixarà la UE en cas de DUI», *Ara.cat*, 9 de octubre de 2017 [consultable en red].

CAPÍTULO 6

CONSULTAS DE COMBATE

LA POLÍTICA REFERENDISTA COMO ESTRATEGIA, 1972-2017

La democracia directa no siempre le da poder a la gente. A veces, puede «dar gente a los poderosos» (...) Gobernantes de mano dura continúan haciendo propia la costumbre de la democracia directa para acallar el descontento o para burlar las limitaciones parlamentarias a su poder.

DAVID ALTMAN, 2011

En otras palabras, la nación húngara no es simplemente un grupo de individuos sino una comunidad que debe organizarse, reforzarse y, de hecho, construirse. Y así, en este sentido, el nuevo estado que estamos construyendo en Hungría es un estado iliberal, un estado no liberal. No rechaza los principios fundamentales del liberalismo, como la libertad, y podría enumerar algunos más, pero no convierte a esta ideología en el elemento central de la organización estatal, sino que incluye un enfoque nacional diferente, especial.

VIKTOR ORBÁN, 2014

Desde 1972 han tenido lugar en la CEE-UE un total de 48 referéndums. En líneas generales se trató de consultas a la ciudadanía sobre la conveniencia de convertirse en miembros de la Unión Europea, adopción del euro u otras acciones políticas desarrolladas en el marco del proceso de integración europeo. Cabe recordar que estos referéndums se llevaban a cabo en aplicación de políticas de los diversos

Estados miembros de la UE, aunque en el marco del consenso común para este tipo de consultas.

Algunos de estos referéndums, celebrados en tiempos de la Guerra Fría, aportaron su carga de tensión al proceso de integración. Así, en 1972 los noruegos, convocados por el gobierno laborista de Trygve Bratteli, rechazaron la integración en la CEE; por el contrario, los británicos decidieron permanecer en ella a partir del plebiscito de 1975.

La dinámica referendista en Europa dio un vuelco tras el final de la Guerra Fría. A partir de entonces, las dos líneas principales fueron: consultas relacionadas con la Constitución de la Unión Europea a partir del Tratado de Maastricht (1993), construcción institucional y consiguiente ampliación hacia el Este y Sur; y referéndums relacionados con los procesos de secesión en Europa oriental y espacio exsoviético. Las circunstancias históricas, muy cambiantes, propiciaron que algunas de esas consultas arrojaran resultados a veces dramáticos, iniciándose un periodo en el cual los referéndums no se convocaban para ratificar una solución política que se sabía ampliamente aceptada.

El apoyo occidental a las consultas en el Este

La base de los nuevos referéndums comprometidos eran el nacionalismo o las conveniencias nacionales. Esto se constató en el rechazo a la Constitución Europea en 2005 por causa del referéndum francés del 29 de mayo y el holandés dos días más tarde. Pero sobre todo, una vez más, el nuevo estilo más agresivo procedía del Este y se materializó en la cascada de consultas que acompañaron a los procesos de independencia de las diversas repúblicas yugoslavas y soviéticas, arrancando de diciembre de 1990

en Eslovenia y sucediéndose a lo largo del siguiente año por Lituania (febrero), Estonia y Letonia (marzo), Croacia (mayo), Macedonia (septiembre), Ucrania (diciembre), concluyendo en Bosnia-Herzegovina, en febrero y marzo de 1992. Estos plebiscitos tenían, al menos, dos características en común: solían contar con muy altas participaciones y arrojar consensos positivos igualmente elevados (más del 90% para participaciones de entre el 75 y el 93%)[74]. En segundo lugar, desde Occidente eran presentados como la clave democrática real y universal del proceso político; algo que, de hecho, no se aplicaba en los países miembros de la UE, donde los acuerdos comunitarios se respaldaban o no mediante referéndums en base a las reglas marcadas por las constituciones de esos países. Entre 1990 y 1992, las cancillerías occidentales, empezando por el Departamento de Estado, observaban las consultas y la conformación de nuevos sistemas pluripartidistas como mecanismos que, por sí mismos, afianzarían a las jóvenes democracias de Europa del Este.

El resultado de ello fue doble. Por un lado, la independencia referendada se convirtió en algo parecido a una patente de corso, tras la cual el nuevo régimen podía considerar que cualquier disposición posterior era automáticamente democrática. En casi ninguna nueva república del Este de Europa se cumplió eso a rajatable. Incluso en Eslovenia, más de 18.000 personas que hasta entonces habían ostentado la nacionalidad yugoslava, desaparecieron de los registros del nuevo Estado. Fueron los «borrados», personas que no se habían registrado legalmente hasta la fecha límite del 26 de junio de 1991 impuesta por el nuevo gobierno esloveno, tras lo cual fueron sistemáticamente eliminados como sujeto legal, quedando como personas sin nacionalidad alguna y sin derechos sociales. Fue una limpieza étnica legal. Esta

situación literalmente kafkiana tardó mucho en ser revertida, debido a la resistencia de los sucesivos gobiernos de Ljubljana respaldados por una amplia mayoría de la ciudadanía. Pasada más de una década, los tímidos esfuerzos de los social-liberales para corregir la situación fueron respondidos por la oposición derechista de Janez Janša, que consiguió convocar un referéndum en abril de 2004 con el objetivo de evitar la restitución de los derechos de los borrados. En aquella ocasión, en la que tan sólo participó el 31% del censo, el 94% de los votantes rechazó esa iniciativa, aún y cuando el número oficial de «borrados» se había reducido de 12.000 a tan sólo 3.800. Frente a esa postura, dos sentencias del propio Tribunal Constitucional esloveno y un informe del comisario de derechos humanos del Consejo de Europa daban la razón a las víctimas de la arbitrariedad nacionalista, los denominados despectivamente *čefur*.

Mucho más grave fue el conflicto civil acaecido en Letonia con los más de 800.000 «no ciudadanos» desposeídos de toda una serie de derechos civiles ya desde la misma proclamación de la independencia en 1991: sin derecho a sufragio ni a ser electos en comicios generales o locales, vetados para ejercer una serie de profesiones y marcados por la posesión de un pasaporte específico para extranjeros. Gran parte de esa minoría de excluidos eran personas de origen ruso, pero también ucraniano, lituano, polaco, bielorruso o judío. El porcentaje con respecto a la población total del país (poco más de dos millones de habitantes) se ha venido situando en un nada desdeñable 36%. El mantenimiento de tal estado de marginación civil ha sido apuntalado por dos referéndums impulsados para mejorar la situación de las minorías, pero bloqueados por el voto negativo del 62% de letones étnicos. Esas consultas tuvieron lugar en 1998 y 2012. La primera, tenía por objeto

enmendar la Ley de Ciudadanía a fin de facilitar la naturalización de los minoritarios, inmigrantes y extranjeros, que fue rechazada por eun 53,9% de los votos. El segundo referéndum, en 2012, que proponía una enmienda constitucional para conceder al ruso el estatus de segunda lengua oficial, obtuvo un 74,80% de votos negativos.

Algo similar, aunque no tan agudo, sucedió en la vecina Estonia, país puntero en el desarrollo de la revolución digital a escala de toda la UE, pero donde buena parte de los 320.000 ciudadanos de la minoría rusa (el 25% de la población) encabezan las listas de problemas de inadaptación. Incluso una parte de ellos sin posesión de pasaporte ni derechos de ciudadanía.

Esto sucedía en las repúblicas social y políticamente más estables y avanzadas. A partir de aquí, las disfunciones de los nuevos estados nacionales referendados incluían desde la rebelión armada de minorías nacionales en sus fronteras (Croacia, Macedonia, Kosovo, Ucrania) a la implosión interna (Bosnia-Herzegovina). Cuando la catástrofe acaecía, desde Occidente nadie quería debatir ya cuál había sido el valor real de aquel referéndum que en su día había justificado el nacimiento de una nueva y defectuosa arquitectura estatal. Entonces, la «comunidad internacional» recurría a otros medios para respaldar las correspondientes correcciones institucionales y políticas.

Existen desarrollos concretos que ilustran esta dinámica. Un caso llamativo fue el blindaje reclamado a Bruselas por el presidente checo Vačlav Klaus en 2009 como condición para ratificar el Tratado de Lisboa. La condición consistió en que el Consejo Europeo eximiera a su país de la Carta de Derechos Fundamentales de la UE a fin y efecto de evitar las posibles reclamaciones de indemnizaciones de las minorías nacionales.

Dicho de otra forma más explítica, lo que intentaba evitar el gobierno checo era que los descendientes de la minoría alemana expulsada de los Sudetes en 1945 pudieran recuperar propiedades u obtener compensaciones por esas pérdidas. La Carta de Derechos Fundamentales que se incluía en el Tratado de Lisboa, ya ratificado por la mayoría de los socios de la UE, posibilitaba esas acciones. La presidencia checa fue bastante explícita: «Tenemos los análisis de expertos de los que se infiere que será posible reavivar las reivindicaciones de propiedad (…) No podemos permitir que algún juez de Malta o España en un Tribunal Europeo, y que no conocen la historia de nuestra región, decida si los alemanes tienen derecho a recuperar su patrimonio»[75].

La expulsión de la minoría alemana de los Sudetes formó parte de una gran operación de limpieza étnica en Europa central y oriental una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial y recibió el apoyo de los tres grandes vencedores en la Conferencia de Potsdam, en julio de 1945. Aunque quizá sea exagerado referirse a estas expulsiones masivas como las más grandes de la historia, afectaron a un número de entre 12 y 14 millones de personas, en Checoslovaquia, Polonia, Yugoslavia y Rumania; y la limpieza de los Sudetes supuso deportar a cerca de tres millones de personas, operación que corrió a cargo de milicias, con el ocasional apoyo del Ejército checoslovaco y se saldó con un número indeterminado de muertes, a partir de un mínimo consensuado de 20.000 y un máximo de 200.000[76].

Al final, ante la disyuntiva de que el Tratado de Lisboa fracasara debido al último obstáculo que suponía la actitud de los checos, y en un contexto marcado por los sucesivos referéndums de ratificación en Irlanda, Bruselas cedió de mala gana a las pretensiones de Klaus. De esa forma, la Unión Europea volvía a mirar hacia otro lado o aquiescía

ante un abuso cometido por los nuevos socios o candidatos del Este. Y como los demás, era rápidamente escondido bajo la alfombra.

Estas actitudes, que han terminado por interactuar en el Parlamento Europeo y el corazón de la UE, también han contribuido a generar potentes partidos de ultraderecha. Ocho años después de que Vačlav Klaus consiguiera las concesiones sobre la Carta de Derechos Fundamentales del Tratado de Lisboa, la ultraderecha checa obtuvo un triunfo sorprendente en las elecciones de octubre de 2017, al quedar en segundo lugar el partido Libertad y Democracia Directa (*Svoboda a přímá demokraci,* SPD) con un 11,5% de los votos. Dos de los objetivos de esta formación fundada dos años antes por el checo de origen japonés Tomio Okamura eran: detener la presunta islamización de la República Checa debida a la inmigración, contra la que se pedía tolerancia cero; y el abandono de la Unión Europea, que, obviamente, no parecía capaz de defender los intereses de Chequia. El instrumento para obtener tales objetivos venía explícitamente recogido en el mismo nombre del partido: la «democracia directa», esto es, la política referendista. Una conclusión política paradójica si se tiene en cuenta que el divorcio entre Chequia y Eslovaquia se llevó a cabo en 1993 sin recurrir a ningún tipo de referéndum, precisamente porque los sondeos indicaban que una mayoría de ciudadanos hubiera sido contraria a tal decisión.

La variante rusa: autoritarios contra autoritarios

Justo en ese mismo año tenía lugar el último referéndum que los vencedores de la Guerra Fría respaldaron activamente como capítulo final de la contienda. Por entonces, a lo largo de 1992 y 1993, el presidente Yeltsin

echaba un duro pulso con la oposición parlamentaria nacional-comunista, agrupada en el Frente de Salvación Nacional; la denominada «pelea constitucional». La clave para entender esa enrevesada lucha radicaba en el hecho de que ninguno de los bandos podía ser calificado propiamente como «demócrata». Aun así, la oposición se atenía a la legalidad constitucional vigente, mientras que Yeltsin —sin partido político propio— y sus seguidores planificaban un nuevo sistema político que facilitara la tarea de llevar a cabo la transformación de los últimos restos del Estado soviético en otro decididamente liberal. Las propuestas de la ingeniería institucional eran alambicadas pero según el viceprimer ministro Sergei Shajrai, uno de los estrategas presidenciales, la alternativa era «o una república presidencial autoritaria o un fascismo que reinstaurará el orden de cosas anterior»[77].

La clave de la estrategia de Yeltsin consistía en doblegar o anular al Congreso de los diputados, de 1.040 parlamentarios, definido en la Constitución rusa de 1989 como el máximo órgano del poder del Estado. En noviembre de 1991, ese mismo Congreso le había concedido a Yeltsin poderes extraordinarios para aplicar la reforma económica liberal, gobernando y legislando a golpe de decreto. Pero esa concesión sólo se extendía por un año, periodo que se había revelado insuficiente. Por otra parte, el duro resultado de las medidas económicas había arruinado a buena parte de la sociedad rusa, esto es, clases medias y trabajadores, llegando a descender espectacularmente la esperanza de vida. El 30% de la población se encontraba por debajo del umbral de pobreza[78]. En consecuencia, muchos de los apoyos políticos de Yeltsin lo habían abandonado, pasándose al bando de la turbulenta oposición.

En esa carrera contra reloj, el equipo de Yeltsin ya comenzó a diseñar alternativas políticas para instaurar un nuevo régimen que apuntaba al presidencialismo y contaba con disolver el Congreso, decretar un periodo de transición, convocar un reférendum y a continuación una asamblea constituyente con diputados fieles.

En diciembre estalló la tormenta, cuando se reunió el Congreso de los diputados en su tercera sesión anual reglamentaria. Allí se pudo constatar cuán explosiva era la situación, y hasta qué punto se había producido un deslizamiento de los partidarios de Yeltsin hacia el turbulento bando de la oposición. Ese fenómeno afectaba incluso a los diputados centristas; el rigor de la terapia de choque económica que aplicaba el presidente le estaba pasando una elevada factura. Y se hizo efectiva de golpe cuando el Congreso le anuló los poderes extraordinarios concedidos a Yeltsin en noviembre del año anterior, a la vez que canceló la reelección del primer ministro Yegor Gaidar, el ejecutor de las políticas neoliberales recomendadas por el asesor Jeffrey Sachs, y que sólo llevaba en el poder desde junio. Fue entonces, el día 10 de ese mismo mes, cuando Yeltsin lanzó el guante amenazando con recurrir a la voluntad popular mediante un referéndum a fin de imponer sus opciones y frenar lo que él denunciaba como la amenaza de una involución al comunismo. Pero los primeros intentos para movilizar a las masas en la calle y provocar la paralización del Congreso fracasaron en aquella ocasión.

Al final se llegó a un pacto por el cual el presidente renunciaba al referéndum a cambio de que el Congreso accediera a prolongar los poderes extraordinarios; pero tuvo una corta duración, puesto que el mismo Yeltsin se dedicó a violentarlo ya al poco tiempo. Sus asesores comenzaron a preparar acciones más diseñadas, cada vez

con mayor apoyo extranjero. Para ello, el mismo Yeltsin sondeó a sus aliados occidentales. Y siguió preparando un referéndum «de combate» a fin de disolver el Congreso, dar paso a un régimen presidencialista y machacar a la oposición.

En marzo de 1993 se produjo un nuevo encontronazo entre Yeltsin y la oposición parlamentaria, cuando el presidente anunció la convocatoria de un referéndum para disolver el Congreso. Por entonces, Washington había tomado claramente partido y justificó la previsible acción del presidente ruso: si anulaba el Congreso, ello no tendría por qué significar «necesariamente un acto antidemocrático»[79]. Pocos días después, el Congreso aprobó un nuevo artículo en la Constitución, el 121/6, que prevenía la posibilidad de un golpe. En virtud de esta disposición, aunque el Parlamento no tuviera tiempo de reunirse, el golpe de Estado supondría automáticamente la deslegitimación de su autor. Además, se le retiraban al presidente los poderes extraordinarios y se otorgaba al gobierno cierta capacidad legislativa.

El pulso ya era frenético. El 20 de ese mes de marzo, sólo trece días después de que Yeltsin anunciara su intención de convocar el referéndum, anunció por televisión un nuevo decreto por el cual colocaba su autoridad sobre cualquier otro poder constitucional, volvieron sobre el anuncio del referéndum, convocado para el 25 de abril; el Tribunal Constitucional respondió descalificando al presidente, y el 28 de marzo el Congreso procedió a votar la destitución del Yeltsin. Fracasó por 72 votos. En una manifestación de sus partidarios, celebrada en la Plaza Roja, el presidente juró que no se sometería a la mayoría del Congreso, «sólo al pueblo»[80].

Así, al haber fallado el voto de censura, el Congreso tuvo que aceptar la convocatoria del referéndum, que se celebró

el 25 de abril. Fue una consulta compleja, con una papeleta que incluía cuatro preguntas: «Confía en el presidente Yeltsin? ¿Aprueba la política socioeconómica llevada a cabo por el presidente del gobierno en 1992? ¿Considera necesario realizar elecciones presidenciales anticipadas? ¿Considera necesario realizar elecciones parlamentarias anticipadas?». Yeltsin ganó la consulta, aunque con resultados variables según la pregunta: 58,7% en la primera; 53% en la segunda; 31,7% en la tercera; 43,1% en la cuarta. La participación fue de un 58,7%.

Yeltsin había impulsado la campaña por el referéndum con toda la contundencia posible. La oposición se vio privada del acceso a la televisión, dentro de una campaña de estilo occidental, diseñada en buena medida con la colaboración de agencias de publicidad y empresas americanas. Por primera vez, en Rusia hubo promesas y concesiones electoralistas —como por ejemplo, 188 ascensos al generalato en tan sólo un mes, duplicación de becas para los estudiantes o congelación de precios—, así como intensos ataques, muy agresivos, contra la oposición y sus líderes. Según el periodista Rafael Poch, testigo directo de aquella campaña, lo decisivo fue la propuesta subyacente de que Yeltsin era un nuevo líder supremo, la adaptación a los tiempos neoliberales de las extintas figuras del zar o dirigente soviético[81]. Quizá por ello el hecho de que el presidente no tuviera un partido propio jugaba a su favor. Sin embargo, en la misma línea estaban las apelaciones a aquellos autócratas apoyados en su día desde el Occidente capitalista: Pinochet o Fujimori. Durante la campaña por el Sí en el referédum, un intelectual exaltado, partidario del presidente, gritó enfervorecido en una asamblea multitudinaria en el Cine Octubre: «¿Es que acaso faltan estadios en Moscú?» —en referencia al Estadio Nacional de Santiago de Chile

utilizado como centro de detención tras el golpe militar de 1973.

Esta anécdota pone de relieve que uno de los factores de crecimiento de la ultraderecha en Occidente durante la primera década del siglo XXI tuvo que ver, entre otras razones, con la confusión creada por el apoyo concedido, por las potencias vencedoras de la Guerra Fría, a causas o manifestaciones con un trasfondo escasamente o nada democrático. En tal sentido, la consideración de que Yeltsin era un demócrata mientras que sus adversarios políticos en la oposición eran todo lo contrario —simples partidarios de la involución— pecaba de una simplicidad instrumental que pronto se revelaría falsa. Pero el quid de la cuesitón no era que puntualmente se tuviera que desplegar ese doble rasero cínico para solventar una situación que objetivamente no tenía salida por el mero hecho de apoyar a cualquiera de los dos bandos —dado que ambos eran autoritarios—. El problema residía en que a fuerza de insistir en ese esquema, se ganaban batallas tácticas pero se terminaba por extender una confusión ideológica sistemática que favorecía lo que más adelante se dio en llamar «transversalidad» y que fue uno de los caldos de cultivo de la ultraderecha.

En abril de 1993, la victoria de Yeltsin en el referéndum no podía ser entendida desde Occidente, ni por el mismo Yeltsin, como un cheque en blanco que justificara cualquier medio para obtener un fin. En realidad, uno de los efectos del referéndum fue que dividió a los rusos en dos campos (sin contar con el de los abstencionistas, grosso modo, un tercio del total del censo), reacción nada extraña a cualquier otra consulta política de ese estilo en muchos países del mundo. Territorialmente sucedió lo mismo: sobre un total de 88 regiones, 40 desaprobaron la política presidencial y 45 la aprobaron[82].

La victoria en el referéndum desencadenó los preparativos para dar el golpe definitivo a la oposición, cinco meses más tarde, tras pasar el verano. El 21 de septiembre, Yeltsin desencadenó un golpe de Estado al declarar disueltos los poderes legislativo y judicial. Inmediatamente después de dar su declaración televisiva, las líneas telefónicas de la Casa Blanca, el parlamento ruso, fueron desconectadas.

Aunque teóricamente bien preparado, y tal como había sucedido con el de 1991, el golpe de 1993 derivó pronto en el caos y el bloqueo, lo que hizo que doce días más tarde representantes del Congreso y del Kremlin negociaran en secreto una salida en el monasterio de San Daniel, por mediación de la Iglesia. Una parte de las regiones de Rusia opuestas al presidente se habían mantenido firmes, y los diputados encerrados en la Casa Blanca habían logrado movilizar a partidarios en la calle que defendían el edificio y se enfrentaban a la policía en duros choques.

Lo que sucedió a continuación es bien conocido. El 3 de octubre, los manifestantes de la oposición lograron romper el cordón policial que cercaba el Parlamento y a continuación marcharon sobre el ayuntamiento, donde hubo un intercambio de disparos. El tercer objetivo eran los estudios de televisión en Ostánkino, donde se encontraron con resistencia. Al caer la noche los tiradores de la policía y algunos vehículos blindados abrieron fuego contra la multitud provocando la muerte de 42 manifestantes y 114 heridos. Al día siguiente, Yeltsin, que había declarado el estado de excepción, envió a la división Taman, que ya había jugado un papel central en el golpe de 1991, cambiando de bando a favor del presidente ruso. Los carros de combate, que dispararon contra la Casa Blanca con munición guiada por láser que entraba por las ventanas, iban triupulados por miembros de la Asociación

de Veteranos de Afganistán, ya por entonces de un perfil político dudoso y que con el tiempo acabaron implicados en todo tipo de negocios irregulares. Los tiroteos sobre y desde el edificio y alrededores provocaron 103 muertos. Hubo también escenas de abusos y violencia policial contra los diputados cercados cuando se rindieron; e incluso algunos fusilamientos espontáneos de «sospechosos».

De esa forma concluyó el cañoneo del «primer Parlamento plenamente elegido por sufragio universal de la historia rusa»[83]. Fue, en efecto, un golpe en toda regla, bendecido por la «comunidad internacional» de los países aliados de Estados Unidos, que respiraron aliviados ante lo que creyeron aplastamiento de la posibilidad de una involución política en Rusia.

El apoyo occidental al referéndum de Yeltsin —por el uso que este hizo de él— señaló un precedente porque, con el tiempo, la política referendista unilateral pasó a ser marca de aquellos que se oponían a la línea política dictada por los vencedores de la Guerra Fría, tanto por parte de la izquierda radical como de la ultraderecha.

Infiernos pavimentados de buenas intenciones

En parte, la excepción fueron los dos referéndums promovidos por los soberanistas quebequeses, en 1980 y en 1995, aunque en los resultados de este último y las agresivas respuestas de los independentistas ya se notó la influencia del respaldo internacional concedido por las potencias occidentales —y Canadá entre ellos— a las consultas de las repúblicas exyugoslavas y de la ex URSS. Esto cobró forma en las afirmaciones del primer ministro quebequés Lucien Bouchard, en las que afirmaba que una declaración unilateral de independencia sería compatible con el derecho internacional, que una mayoría del «50%

más uno» sería un umbral suficiente para la secesión y que el derecho internacional protegería la integridad territorial de Quebec después de la secesión. La respuesta del ministro de Asuntos Intergubernamentale Stéphane Dion en 1997, puso las bases de la denominada Ley de Claridad, aprobada en el año 2000 por la Cámara de los Comunes y el Senado como iniciativa para atajar la nueva agresividad de los nacionalistas quebequeses.

La consulta para la independencia de Escocia, ya en 2014, constituyó la otra excepción a los referéndums de combate, dado que fue cuidadosamente pactado con el gobierno de Londres. Si bien parece evidente que la oleada independentista estuvo a su vez basada en la restauración del Parlamento escocés en 1999, que otorgó al país un significativo grado de autonomía en cuestiones muy importantes para la sociedad como la educación o la sanidad.

En tercer lugar, los reférendums francés y holandés que supusieron el rechazo a la propuesta de Constitución Europea, en mayo y junio de 2005, respectivamente, entran en este mismo catálogo, aunque con salvedades. El No a la Constitución europea provino de la campaña organizada tanto desde la extrema izquierda como desde la ultraderecha, especialmente en Francia. Y el resultado consechado en ese país fue importante porque tuvo su influencia en el referéndum que pocos días más tarde se llevó a cabo en Holanda. El No de la izquierda radical fue anticapitalista, pero Europa siguió siendo liberal y el texto que sustituyó a la torpedeada Constitución Europea fue el Tratado de Lisboa, que la empeoraba; y sin embargo, levantó poco ruido[84].

Con todo, la principal beneficiaria del rechazo generado por el veto referendario fue la ultraderecha francesa. Para ello atizaron el miedo a la inmigración laboral dentro del

territorio de la UE (cabe recordar la campaña contra el «fontanero polaco»), un *leit motiv* que iba a cobrar mucha más fuerza en años venideros. De todas formas, en 2005 el Frente Nacional francés exhibió su fuerza en dos direcciones, para entonces, novedosas. Por un lado, la explotación del referéndum como herramienta política; y por otro, ligada a la política referendista, el recurso a la estrategia negativa: señalar a los culpables, desacreditar a los oponentes. En definitiva, aprovechar a fondo el hecho de que a corto plazo la ira motiva más que la reflexión[85]. El resultado fue que en años venideros la ultraderecha pudo afianzarse y crecer sobre el frenazo dado al proceso de integración europeo. Sin aquellos referéndums y el aparcamiento de la Constitución Europea, ya bajo la Gran Recesión, el debate en el Viejo Continente no habría sido entre Unión Europea y euro, sí o no. Sería entre austeridad-liberalismo o modelo social-solidaridad[86].

Con todo, los referéndums de 2005 sobre la Contitución Europea aún pueden ser englobados en el grupo de las consultas «normativas» o regulares en el seno de la Unión Europea. Frente a ellos, toda una serie de consultas rupturistas o «rebeldes» han venido muy asociadas al auge del populismo en general y del ultrapatriotismo en particular. Forman parte de la nueva generación de política referendaria, claramente de combate (las «urnas de la ira», como las define Victor Lapuente)[87].

Con la excepción de la consulta catalana de 2009, sin respaldo oficial[88], esta oleada arranca de 2014 y engloba las de Crimea y Cataluña (el 9-N), así como el referéndum no oficial para la independencia del Véneto; el referéndum griego de 2015; la consulta sobre el Brexit de 2016 y la llevada a cabo en Hungría contra los refugiados.

No posee mayor importancia el hecho de que esas consultas fueran organizadas desde el poder o desde la

oposición, sino su intención rupturista. Y su ambición de influir en la coyuntura internacional o recibir su apoyo. El reférendum en Crimea que supuso la integración de la península en la Federación de Rusia, se celebró el 16 de marzo de 2014, una vez que unidades del Ejército ruso de guarnición en Sebastopol tomaran el control de la península quince días antes. Esta acción, a su vez, había sido una respuesta por parte de la población rusa de la península —y de otras nacionalidades pero rusófonas— a la toma del poder por los contestatarios del denominado Euromaidán de Kiev, que provocó la caída y huida del presidente pro-ruso Viktor Yanukovich, el 22 de febrero. A su vez, en paralelo a la toma del control militar de Crimea, se iniciaba la denominada guerra del Donbass, tras la autoproclamación de la República Popular del Donetsk por separatistas pro-rusos, el 7 de abril, y la consiguiente respuesta armada del nuevo gobierno de Kiev, que puso en marcha un operativo militar para sofocar la rebelión el 13 de abril.

En torno a este tira y afloja, en Ucrania las potencias occidentales habían reactivado un mecanismo que por entonces ya tenía unos veinticinco años de antigüedad. Se había estrenado en el hundimiento de las repúblicas del Bloque del Este tras la caída del Muro, en el otoño-invierno de 1989, había continuado en las disoluciones de Yugoslavia y la URSS, y se había prolongado hasta las denominadas revoluciones de colores acaecidas entre 2003 y 2005. Por lo tanto, en el arranque de la primavera de 2014, el Kremlin comenzó a desplegar una «estrategia de espejo» consistente en replicar contra Occidente todo el argumentario de propuestas políticas y justificaciones que acompañaban a las estrategias intervencionistas del denominado Nuevo Orden Mundial.

Es en ese contexto donde debe situarse el referéndum de Crimea. Ya por entonces el presidente Putin comenzó a comparar el caso de esa península con el de Kosovo, a fin de justificar el referéndum y la posterior anexión, para indignación de los foros mediáticos y políticos occidentales[89]. El recurso a legimitar referéndums de socios y aliados que redundaban en beneficio de los intereses geoestrátegicos rusos no fue el único. En septiembre de 2014, por ejemplo, el presidente ruso argumentó que Bosnia, la República federal de facto surgida de los acuerdos de Dayton en 1995 era un modelo para solucionar el conflicto de Ucrania, lo que nuevamente consiguió levantar la indignación de los medios occidentales[90].

Sin embargo, el mensaje era claro: Washington y la Unión Europea habían apoyado las políticas plebiscitarias mientras le habían venido bien y el último capítulo, el del reférendum de Yeltsin, había sido el punto culminante de esa estrategia. La apuesta había salido mal, ya que el presidente ruso no había sido el estadista apropiado para pilotar adecuadamente el cambio de sistema socioeconómico y político en Rusia, y de ese error habían surgido Vladímir Putin como nuevo dirigente y el estallido del nuevo nacionalismo ruso. Ayudado todo ello por la crisis de 1998 y la humillación infligida a Rusia —teórica potencia amiga, por entonces— al respaldar con la fuerza militar de la OTAN la secesión de Kosovo, bombardeando a Serbia, aliada de Moscú.

No es de extrañar, por lo tanto, que Moscú apoyara por activa y por pasiva todos aquellos referéndums y consultas que pudieran hostigar y hasta debilitar al bloque occidental, cuestionando y hasta contribuyendo a disolver el Nuevo Orden Mundial. Esta reacción arrancó de la guerra de Georgia en el verano de 2008 —cuando Moscú se

plantó con firmeza ante la progresión del expansionismo de la OTAN en sus fronteras— pero retornó con fuerza a partir de 2014, ante el desafío nacionalista ucraniano con la crisis del Euromaidán. El entusiasmo apenas disimulado a favor del voto independentista en el referéndum escocés de 2014 fue secundado por, al menos, una denuncia de fraude electoral a cargo de uno de los observadores rusos acreditados[91].

El inservible referéndum griego

Con todo, el gran viraje hacia la nueve generación de referéndums genéricamente presentados por la prensa como «populistas» tuvo lugar con la consulta griega del verano de 2015. Convocado por el gobierno de la coalición Syriza, tuvo por objeto preguntar a la población sobre la conveniencia de aceptar el plan de acuerdo presentado por la Comisión Europea, el Banco Central Europeo y el Fondo Monetario Internacional. El resultado fue un abrumador No (61,31%) con una participación del 62,50%. En conjunto fue un voto abiertamente euroescéptico que, de haber actuado el gobierno en consecuencia, hubiera supuesto la salida de Grecia de la Unión Europea (el Grexit) pero que en cambio tuvo otro efecto: Bruselas ignoró el resultado de la consulta y planteó al ejecutivo griego un ultimátum para continuar con la negociación a fin de aplicar el plan de austeridad con unas condiciones aún más duras.

Las autoridades de la Unión Europea dejaron bien a las claras que no les impresionaban los referéndums ni los movimientos populares[92]. En consecuencia, la política de apoyos a ese tipo de consultas quedó definitivamente cuestionada, sobre todo cuando se planteaba su convocatoria como un pulso de fuerza hacia las políticas comunitarias. En 2015 quedaban ya muy lejos los

referéndums de 1990-1991 en la Europa del Este. Pero, además, la consulta griega definió la nueva era de plebiscitos que dejaron patente la connivencia ultraderecha-izquierda bajo el manto común de la denominación genérica de «populista». Primero porque si bien fue el gobierno Syriza quien convocó la consulta, pidieron el voto negativo partidos como el neofascista Amanecer Dorado y los ultras de ANEL (Griegos Independientes); estos, además formaban parte de la coalición de gobierno a través del ministro de Defensa y líder de ANEL, Panos Kamenos. En contra, y a favor del Sí, militaban los partidos tradicionales del eje centro-derecha, tales como el PASOK, Nueva Democracia o To Potami. Por lo tanto, lo que les unía era el «voto patriótico» evidente en el caso de la ultraderecha, pero aceptado también por Syriza.

El referéndum griego dio paso a una nueva fase, caracterizada por consultas populares aparentemente desconcertantes, pero que se inscribían en una nueva era de la gran política internacional. De entrada, el plebiscito griego había tenido dos utilidades: frente a Bruselas, que había sido nula, y hacia el interior de la política nacional, que era donde realmente los líderes de Syriza habían buscado obtener resultados. Y estos no pasaban por conseguir nada ante la UE, sino por desmontar la escena de la «vieja» política griega, el bipartidismo PASOK-Nueva Democracia, generando una nueva comunión política de los griegos en el «patriotismo revolucionario» que unía, para la ocasión, a la ultraderecha y la izquierda radical en torno a un referéndum que era una acción política en sí misma, no una consulta real. «No se puede votar alegremente como quien va a unos carnavales», comentó el escritor griego Petros Márkaris[93], considerado fuera de Grecia como un observador neutral y sagaz de la política de su país. Pero,

precisamente, el resultado real y buscado de la consulta estuvo en la demostración de hasta qué punto los nuevos partidos radicales eran capaces de movilizar a la mayoría de la población en una aventura desesperada, con unas posibilidades muy escasas de salir adelante y sin tener un plan alternativo para el caso de que la desafiada Bruselas no se dejara impresionar. La campaña por el No coincidió en parte con el «corralito» que cerró todos los bancos del país permitiendo a los ciudadanos retirar apenas sesenta euros por persona y día.

De otra parte, la campaña del gobierno heleno contra las políticas de austeridad y las autoridades financieras comunitarias vino acompañada del coqueteo político ante Moscú —adonde había viajado el mandatario griego en abril[94]— y Pekín —con promesas de vender el puerto de El Pireo a una naviera china—[95]. Pero también hubo apoyo de Washington, en cierta manera más útil que el ruso o el chino. Fue muy sonada la noticia de que los Premios Nobel de Economía Paul Krugman[96] y Joseph Stiglitz[97] apoyaran públicamente el No en el referéndum griego. Su posición era coincidente con la campaña anti-euro de muchos economistas neoliberales anglosajones que ya habían abogado por la salida de España de la moneda común en 2012 y 2013, cuando España debió enfrentarse al dilema del rescate[98] y que volvieron a posicionarse en el mismo sentido ante una hipotética salida de Cataluña de la Unión Europea, en 2016 y 2017[99]: literalmente, no perdían oportunidad de atacar machaconamente el euro[100]. El presidente Obama no intervino en la misma medida y abiertamente a favor del No en el referéndum o el Grexit, pero sí que actuó como intermediario discreto entre Atenas y Bruselas a fin de evitar que Grecia saliera de la zona euro[101].

El fantasma de la injerencia rusa

En conjunto, recurriendo a abogados y padrinos para salir de una crisis que la enfrentaba con una potencia exterior, Atenas apelaba a un mecanismo histórico de las naciones balcánicas. Pero, a la vez, la interacción que esa maniobra generaba solía tener un efecto amplificador del problema, hasta el punto de convertirlo en paradigmático. Eso volvió a suceder en 2015, cuando Grecia se convirtió en símbolo de la resistencia al denominado «austericidio» (las políticas de austeridad impulsadas en Europa por la Troika del FMI, el BCE y la UE), pero también, de forma más inadvertida, como modelo de una estrategia que, dejando de lado las categorizaciones ideológicas precisas, tenía como resultado una sociedad fracturada en dos grandes bloques, a veces de muy similar magnitud, y sin tradición política de consenso, sino de confrontación[102].

La maniobra ultranacionalista de fracturar en dos bloques el voto se volvió a poner en marcha en los dos años siguientes: en Gran Bretaña con la consulta sobre el Brexit y en Estados Unidos con la victoria de Donald Trump en las elecciones presidenciales, ambos en 2016; y en Cataluña con el referéndum unilateral de 2017, seguido de las elecciones del 21 de diciembre. En todos los casos, las consultas y procesos electorales referendistas no se plantearon tanto como una consulta para decidir una medida a tomar, bien planeada y discutida y previsiblemente aceptada por un porcentaje significativo de la sociedad (sentido real de «refrendar» algo). Las convocatorias y consignas iban dirigidas contra un adversario convertido casi en enemigo, eran «referéndums de combate» o procesos electorales, cargados todos ellos de consideraciones nacionalistas y hasta ultranacionalistas, más que sociales, y destinados a «reunir fuerzas» o incluso

combatir y vencer al otro, como parte de una campaña con objetivos de suma cero.

Este esquema encajaba bien en la contraofensiva rusa contra el Nuevo Orden Mundial, de ahí que sea más adecuado afirmar que Moscú aprovechó el escenario político que se estaba desplegando en Occidente y no que lo desencadenó o planeó. Lo cual explicaría que entrara de lleno en el juego, de forma un tanto apresurada, sólo a partir de 2016, aprovechando las brechas que los occidentales se estaban abriendo a sí mismos. Sobre la presunta intervención rusa en el Brexit hay un abultado dosier que incluye distribución activa de *fake news* en redes sociales y un entramado que incorpora personalidades de la ultraderecha, como Nigel Farage, por entonces líder de UKIP e impulsor de la campaña a favor del Brexit, o millonarios y financiadores de la derecha y la ultraderecha, como Arron Banks, Bill Browder y aún, figuras académicas ligadas a instituciones de amistad con Rusia (Marcus Papadoppoulos, Matthew Elliott, Joseph Midsuf)[103]. Todos ellos dieron lugar a lo que se dio en denominar el «Russiagate» en el Reino Unido.

Alguno de estos personajes apareció posteriormente mezclado en el escándalo que rodeó la supuesta intromisión rusa en las elecciones que llevaron a Donald Trump a la Casa Blanca. No cabe duda de que el interesado protagonismo ruso en las elecciones superó con mucho lo visto en Reino Unido durante la campaña por el Brexit. De hecho, las versiones de lo sucedido basculan entre una presunta conspiración urdida por el Kremlin para que Trump ganara las elecciones[104] y las torpezas cometidas por el entorno del candidato presidencial, que abrieron la puerta a la intromisión rusa, quizá más oportunista que planificada[105]. En cualquier caso, lo vivido en estas dos potencias tenía que marcar forzosamente lo sucedido con el

tercer referéndum catalán en 2017 y la efímera proclamación de la República. La posible injerencia rusa en el proceso independentista de Cataluña[106] fue denunciada desde el servicio de inteligencia interior alemán, la BfV u Oficina Federal para la Protección de la Constitución[107]; la East Stratcom Task Force del Servicio Europeo de Acción Exterior en Bruselas[108]; y el Senado de Estados Unidos[109].

Todo ello corroboraba los indicios de que el Kremlin había subido un escalón más en una buscada «estrategia de espejo» o contraataque en Occidente. Sin embargo, a efectos de entender el auge de la nueva ultraderecha, esos datos no son tan significativos como la reconsideración que habían experimentado las cancillerías occidentales hacia la política referendista a lo largo de los casi treinta últimos años. Parecía claro que la sencilla función consultiva y «certificativa» de los referéndums de comienzos de los noventa en Europa del Este había dado paso a algo sustancialmente diferente, en lo cual se imbricaban intenciones políticas complejas, que iban más allá del «derecho a decidir» en contextos nacionales y sociales cada vez más desdibujados por efecto de la globalización.

Ligado a todo ello, el debate sobre el «cansancio» o «desgaste» de las democracias, experimentado a fuer de movilizaciones masivas para luchar contra los totalitarismos en la Segunda Guerra Mundial; o el titánico esfuerzo de tensión prebélica que significaron los cuarenta años de Guerra Fría; seguidos a partir de 2001 por la «guerra mundial contra el terrorismo» y los efectos devastadores de la Gran Recesión a partir de 2008. En el debate politológico se barajaban nuevos conceptos, como la «democracia totalitaria» de J. L. Talmon (1952); el «totalitarismo invertido» de Sheldon Wolin (2003); o la «democracia iliberal» de Fareed Zakaria (1997). Estas ideas han calado, de forma más o menos subrepticia,

mientras los medios de comunicación, la inmensa masa de la ciudadanía e incluso muchos políticos continúan utilizando referentes más icónicos que operativos, muchos de los cuales databan de la década de los setenta del siglo pasado, e incluso de los años de entreguerras. Entre tanto, el presidente húngaro Viktor Orbán no sólo reivindicaba orgullosamente la iniciativa de hacer de Hungría un genuino Estado iliberal en el centro de la Unión Europea[110], sino que citaba como referencias a Rusia, la República Popular China, la Turquía de Erdoğan —una democracia iliberal de manual, según Zakaria— y, sobre todo, Singapur. El exitoso y tentador modelo de un régimen liberal autoritario que ha sabido poner en marcha fórmulas novedosas para afrontar problemas públicos, incluyendo un avanzado sistema educativo, impulsando el emprendimiento y erigiendo una administración eficaz e insobornable[111].

Todo ello ayudaba a entender el relativismo de las denominaciones políticas, cada vez más vacío de significado, que ya quedaba bien reflejado, a la altura de 2014 por la composición del denominado Grupo Europa de la Libertad y la Democracia Directa en el Parlamento Europeo, compuesto mayoritariamente por partidos de la derecha euroescéptica y la ultradrecha: Alternativa por Alemania (AfD); Partido de los Ciudadanos Libres de la República Checa; Demócratas de Suecia; UKIP británico (Nigel Farage era el vicepresidente del grupo); y los paleolibertarios polacos (y euroescépticos) de KORWIN, esto es, la Coalición para la Renovación de la República-Libertad y Esperanza.

En ese nuevo ámbito de propuestas políticas convivían los partidarios de formas particularmente abiertas de sufragio, tales como la Wikidemocracia, Democracia 4.0 o

Democracia directa digital, con variantes más restrictivas, que permitirían paliar los problemas —ya probados en California o Suiza— de la democracia directa. Una de ellas sería la demarquía o democracia aleatoria —esto es, por sorteo— o, por el contrario, la epistocracia, según la cual sólo aquellos con un grado suficiente de información, de educación y de conciencia política deberían tener en sus manos la poderosa arma del voto[112]. Aunque puedan parecer propuestas muy osadas, en esencia eran muy antiguas; algunas incluso ya se planteaban en tiempos de la democracia ateniense. De hecho, la demarquía se practricaba mediante un curioso artefacto denominado *cleroterion* que no era sino un trasunto de los modernos bombos de sorteo. Si terminaron por volver a levantar pasiones fue debido a la conjunción de las posibilidades que suscitaba la informática e internet, combinadas con lo que parecían fallos garrafales del sistema democrático, como el desenlace del Brexit.

Ahora bien, los resultados del debate, a la luz de los efectos históricos de su aplicación en los últimos años, parecen arrojar conclusiones inquietantes cuando la política plebiscitaria se ha utilizado para institucionalizar la discriminación y el racismo en campañas contra los derechos de las minorías. Y ha sido en Suiza, modelo obligado de los que abogan por el sistema plebiscitario a ultranza, donde se han generado ejemplos concretos de ello:

> La prohibición de la Construcción de minaretes como consecuencia del referéndum de noviembre de 2009 muestra con crudeza los peligros evidentes. Como resultado del referéndum [ganado por un 57,5% de los votos[113]] el artículo 72 de la Constitución Federal Suiza, que regula las relaciones entre el Estado y la religión, fue enmendado para incluir la declaración: «Se prohibirá la construcción de minaretes». Muchos en Suiza se preguntan por qué el gobierno permitió una iniciativa popular que era contraria a los valores de la Constitución suiza y las leyes internacionales que poseen prioridad. El referéndum podría haber sido evitado si el gobierno

> hubiera hecho uso de un instrumento legal que le hubiera permitido declarar inválida una iniciativa popular, antes de que se lleve a cabo una votación, caso de atentar contra «Normas perentorias» (es decir, normas que son obligatorias conforme al derecho internacional)[114].

El problema real es que este tipo de propuestas no son tan recientes y es el mecanismo legal preexistente el que las facilita. En 1970 un neofascista suizo llamado James Schwarzenbach —autor de panfletos racistas y antisemitas — formó un denominado Comité de Acción contra la Dominación extranjera de los pueblos y de la patria contra lo que el denominó *Überfremdung* (exceso de extranjeros) que, de haber tenido éxito, habría llevado a la deportación de 300.000 trabajadores extranjeros (en su mayoría italianos) a lo largo de un periodo de cuatro años. Con una de las mayores participaciones de votantes durante décadas (75% del electorado), la «iniciativa popular» de Schwarzenbach fue derrotada, pero sólo por un margen muy estrecho (un 45% de los votantes la secundaban). La secretaria de Schwarzenbach en aquellos días, Ulrich Schlüer, era en 2009 figura destacada en el Partido Popular Suizo (SVP) y copresidenta del movimiento «Alto a los minaretes»[115].

---

[74] Excepción relativa fue el referéndum para la independencia de Bosnia-Herzegovina, que concitó al 63,4% del censo electoral debido al boicot de la comunidad serbia. El Sí a la independencia, abogado por musulmanes y croatas, superó el 99% de los votos.

[75] «Los Sudetes, fuente del bloqueo de los checos y eslovacos a Lisboa», Efe/Praga, *El Mundo*, 22 de octubre de 2009 [consultable online].

[76] Douglas (2012): Véase, cap. 7: The Numbers Game; asimismo: R. M. Douglas, «The Expulsion of the Germans: The Largest Forced Migration In History», *HuffPost*, 25 de agosto de 2012 [consultable en red].

[77] Poch-de-Feliu (2003): p. 268.

[78] Poch-de-Feliu (2004): p. 265.

[79] Ibídem, p. 271.

[80] Ibídem, p. 272.

[81] Ibídem, pp. 274-275.

[82] Ibídem, p. 275.

[83] Ibídem, p. 283.

[84] Juan Moreno, «30 años de Schengen y 10 del rechazo a la Constitución Europea», nuevatribuna.es, 25 de junio de 2015 [consultable en red].

[85] Lapuente (2015), p. 68.

[86] Juan Moreno, art. cit.

[87] Lapuente (2015): título del capítulo 2, p. 45.

[88] El referéndum del 13 de septiembre de 2009 comenzó en Arenys de Munt y se extendió a otros 166 municipios catalanes el 13 de diciembre. En meses sucesivos se sucedieron nuevas consultas. En 2010: 28 de febrero, 80 municipios; 24 y 25 de abril, 211 municipios; 30 de mayo: Sabadell; 10 de abril de 2011: Barcelona.

[89] Daniel W. Dreznert, «Putin's excuse for a referéndum is wrong: Crimea isn't Kosovo – at all», *The Guardian*, 17 de marzo de 2014 [consultable en red].

[90] Charles Recknagel, «For Russia, Ideal Scenario In Ukraine Might Just Be The Bosnian Model», *Radio Free Europe / Radio Liberty*, 5 de septiembre de 2014 [consultable en red].

[91] Stephanie Linning, «Russia joins online conspiracy theorists in claiming Scottish referendum was rigged… because vote-counting room was too big», *Daily Mail On Line*, 19 de septiembre de 2014 [consultable en red].

[92] Rafael Poch, «Europa nos salvará», *La Vanguardia*, 21 de septiembre de 2017 [consultable en red].

[93] «Petros Márkaris: "El referéndum sólo buscaba fortalecer a Tsipras en Grecia"», entrevista de María Antonia Sánchez-Vallejo, *El País*, 9 de julio de 2015.

[94] La visita de Tsipras abre la caja de Pandora en las relaciones de la UE y Rusia, cree un experto», *Sputnik*, 9 de abril de 2015 [consultable en red].

[95] «Tsipras y Li ven El Pireo como entrada para más inversión china en Europa», EFE, Pekín, 4 de julio de 2016 [consultable en red].

[96] Paul Krugman, «Greece Over the Brink», *New York Times*, 29 de junio de 2015 [consultable en red].

[97] Joseph Stiglitz, «Joseph Stiglitz: how I would vote in the Greek referéndum», *The Guardian*, 29 de junio de 2015 [consultable en red].

[98] Juanma Lamet, «Los cinco Nobel de Economía que contemplan la salida de España del euro», *Expansión.com*, 7 de mayo de 2013 [consultable en red].

[99] Stiglitz: «Una Cataluña independiente y fuera del euro sería muy viable», *elEconomista.es*, 7 de octubre de 2016 [consultable en red].

[100] Stiglitz (2016).

[101] «Obama llama a Merkel para recordarle la importancia de que Grecia siga en el euro», *El Confidencial*, 28 de junio de 2015 [consultable en red].

[102] «Petros Márkaris: "El referéndum sólo buscaba fortalecer a Tsipras en Grecia"», art. cit.

[103] Carlos Fresneda, «La trama rusa del Brexit», *El Mundo*, 17 de noviembre de 2017 [consultable en red]; Carole Cadwalladr, «Brexit, the ministers, the professorand the spy: how Russia pulls strings in UK», *The Guardian*, 4 de noviembre de 2017 [consultable en red].

[104] Harding (2017).

[105] Wolff (2018).

[106] Yolanda Quintana, «Hackers rusos, ciberguerra y el conflicto en Cataluña», *ctxt*, núm. 144, 22 de noviembre de 2017 [consultable en red].

[107] «Russia meddled in Catalonia independence referendum, says German intelligence boss», *The Sunday Times*, 15 de mayo de 2018 [consultable en red].

[108] James Badcock, «EU cyber team raises alarm over Russian role in Catalonia independence bid», *The Telegraph*, 9 de noviembre de 2017 [consultable en red].

[109] U.S. Department of State, «Report to Congress on Efforts by the Russian Federation to Undermine Elections in Europe and Eurasia», Pursuant to the Countering America's Adversaries through Sanctions Act of 2017 (P.L. 115-44), 7 de noviembre de 2017.

[110] «Prime Minister Viktor Orbán’s Speech at the 25th Bálványos Summer Free University and Student Camp», en Website of the Hungarian Government – The Primer Minister’s speeches: 26 de julio de 2014. Tusnádfürdő (Băile Tuşnad), Romania [http://www.kormany.hu/en/the-prime-minister/the-prime-minister-s-speeches/prime-minister-viktor-orban-s-speech-at-the-25th-balvanyos-summer-free-university-and-student-camp].

[111] Lapuente (2015): pp. 120-121; Graham Allison, «Singapore Challenges the Idea That Democracy Is the Best Form of Governance», *Huffington Post – The Blog*, 08 de mayo de 2015.

[112] Brenan (2017): p. 27.

[113] «Minaret result seen as `turning point’» by Thomas Stephens, SWI - swissinfoc.ch, 29 de noviembre de 2009 [consultable en red]

[114] «Direct democracy, racism and the extreme Right», en «European Race Audit» (Institute of Race Relation), Briefing paper No. 2 - ferbrero de 2010 [consultable en red].

[115] Ibídem.

CAPÍTULO 7

FASCISMO ANTIFASCISTA

CONTRADICCIONES DEL AUGE ULTRANACIONALISTA

Dsfargeg

29-ago-2014, 13:09

La derecha social y nacionalista europea no se pone de acuerdo sobre qué posición tomar respecto al conflicto de Ucrania. Están los que ven a Rusia y sobre todo al gobierno de Putin como un modelo político y de sociedad alternativo al de la actual Unión Europea o incluso como la esperanza de la raza blanca, sobre todo en Europa occidental, y los que la ven como un país semiasiático con una política exterior neosoviética y que su influencia sería tan nefasta como la de Estados Unidos, sobre todo en Europa oriental.

(…)

Sorprende ver a Amanecer Dorado apoyando a Rusia y al Frente Popular Nacional de Chipre (nacionalismo griego en Chipre) a Ucrania, ya que son partidos hermanos.

------------ Post added 29-ago-2014 at 14:11 ----------

A mí toda esta campaña de presentar a Rusia como sociedad conservadora en contraste con el Occidente liberal, esta presencia de *Russia Today* hasta la sopa en Internet, presentándose como información alternativa a la de los medios occidentales, siendo que Svoboda hasta hace poco tenía buenas relaciones con todos los partidos nacionalistas de Europa occidental y los manifestantes ucranianos van con la Totenkopf y el Sol Negro… Ahora me huele a una estrategia «divide et impera» de cajón.

Debate en el foro Burbuja, agosto-octubre de 2014

Skinhead, ahí sentado con la nariz a tope de *speed*,

luego aullando sobre Nación y *Volk*, hay que joderse.
Vas a la ciudad y hay pelea, es la violencia.
Con suficiente licor y cerveza barata hasta puedes apedrear a un comunista.
Entonces, vas a casa y como buen germánico revientas a tu novia.
Quizás no sea sólo por culpa del judío que tu vida apesta.

«Tu propia culpa» («Ditt eget fel»), rap del identitario sueco Zyklon Boom [bloguero «Solguru»] contra los skins nazis (2012 aprox.)

Como ya se describió, las guerras de secesión yugoslavas trajeron consigo la eclosión de fuerzas paramilitares de indudable ideología ultranacionalista. Desde la Guardia Voluntaria Serbia de «Arkan» a las Fuerzas Croatas de Defensa (HOS), de Dobroslav Paraga y Ante Paradžik, pasando por las Águilas Blancas o el UÇK albanés en Kosovo, estas unidades se presentaban en sus respectivos países como fuerzas «protectoras» de las comunidades nacionales, aunque normalmente su utilidad era precisamente la contraria: actuar como punta de lanza frente al enemigo. Esto no sólo incluía combatir a fuerzas regulares u otros paramilitares, sino también llevar a cabo acciones armadas contra población civil, de ahí las frecuentes acusaciones de crímenes de guerra.

La aparición de estas unidades exaltó a los más diversos movimientos y partidos de la ultraderecha europea y americana. El neofascismo italiano se alineó con los chetnik serbios, mientras que el resto de la ultraderecha europea tendió a hacerlo con los neoustachas croatas. Resultaba muy estimulante revivir en suelo yugoslavo las viejas batallas de la Segunda Guerra Mundial, pero en clave de revancha histórica: esta vez, los perdedores de entonces ganaban la guerra. La culminación de tal entusiasmo fue tomar las armas e ir a combatir a Croacia o Bosnia «por la religión cristiana», o contra el comunismo. Mientras tanto,

los ultras italianos soñaban con la posibilidad de que a partir de una hipotética Gran Serbia victoriosa, su país pudiera hacerse con el botín hurtado tras el final de la Primera Guerra Mundial: las promesas hechas a Roma por franceses e ingleses en el Tratado de Londres, en 1915: los territorios de Dalmacia que incluían Zara (Zadar) y unas cuantas islas croatas en el Adriático.

«Luchadores por la libertad»

Con todo, el trauma principal no radicó en el hecho de que eclosionara toda esa parafernalia neofascista violenta, que hubiera resultado un espectáculo intolerable en la Europa de los años de la Guerra Fría. Por entonces, la ultraderecha armada actuaba desde el terrorismo, en pequeños y discretos grupos que, aunque muy violentos, parecían ser la excepción que confirmaba la regla. Pero a partir de 1991, el nuevo ultranacionalista, en el Este, no escondía su filiación, aireaba sus hazañas y hasta sus crueldades. Mientras tanto, desde Occidente se disimulaba o ninguneaba la bandera política de muchas de las formaciones paramilitares en liza; sobre todo, aquellas de los nuevos gobiernos, cuando estos eran amigos o protegidos. Y ese fue, precisamente, el gran pecado de las cancillerías y medios de comunicación occidentales. Unidades paramilitares ultranacionalistas, reos en más de un caso de abusos contra la población civil o crímenes de guerra, eran percibidos y globalmente identificados como *freedom fighters,* luchadores antifascistas (pues tal cosa eran sus enemigos), resistentes a Moscú (aunque fuera el de Yeltsin), anticomunistas o simples defensores de la lucha de un pueblo autodeterminado.

El estallido de las denominadas revoluciones de colores, que empezaron realmente con la caída de Slobodan

Milošević, en el año 2000, reforzó indirectamente esta imagen, al ser presentadas como revoluciones democratizadoras y profundamente pacíficas. Esta característica se enfatizaba por el supuesto origen «científico» de tales movimientos, que además eran una respuesta liberal a las revueltas de filiación izquierdista radical en Europa y Estados Unidos, en los años sesenta y setenta. En principio, desde la defenestración de Milošević a la Primavera Árabe, pasando por las revoluciones de colores, todas estaban emparentadas, de una forma u otra con el manual del politólogo estadounidense Gene Sharp, «diseñador de revoluciones» pacíficas y anticomunistas, y director de la Albert Einstein Institution con sede en Massachusetts: *From Dictatorship to Democracy: A Conceptual Framework for Liberation* (Boston, 1993), obra que se podía descargar gatuitamente en la red, y que desarrollaba cerca de doscientas variedades de acciones no violentas aplicables al derrocamiento del régimen Milošević.

En la mayor parte de los casos, las acciones propuestas en los manuales contaban con el apoyo de expertos estadounidenses, y muchos medios procedentes de ese país, o aliados. El gran modelo inicial fue el acoso y derribo de Milošević, en Serbia. No cabe duda de que se trató de una expresión popular; pero tampoco de que fue preparada durante meses por un importante operativo de inteligencia que diseñó una intervención en clave de ingeniería social, destinada a recuperar el arquetipo de las revueltas que en 1989 habían echado abajo el Muro. Diez años más tarde, la guerra de Kosovo, con el consiguiente bombardeo de Serbia por parte de la OTAN no llevó a la caída de Milošević, aunque sí potenció una creciente tensión social, con un importante componente de frustración nacionalista. Tras casi una década de conflictos y guerras en los

Balcanes occidentales, el hecho de que Slobodan Milošević siguiera detentando el poder en Belgrado ponía en entredicho la autoridad de las potencias occidentales implicadas en la implatación del *New World Order.*

En consecuencia, se tejió una red de expertos, instituciones financiadoras e instituciones de partidos, un tinglado externo a la administración estadounidense, aunque al final de la cadena estuviera Madeleine Albright, la entonces secretaria de Estado. Instalado en Budapest, a pocas horas en automóvil de Belgrado, el entramado se concretó, finalmente, en la denominada Oficina de Asuntos Yugoslavos (OYA, *Office of Yugoslavian Affairs*), en agosto de 2000.

La campaña que desarrolló la OYA entraba en los parámetros de lo que más tarde pasó a denominarse «guerra híbrida» o guerra de cuarta generación[116] (por entonces se recurría al término «guerra asimétrica») y se centró en utilizar a la juventud urbana serbia como punta de lanza movilizadora. Inquietos, ansiosos por participar de la modernidad y de evitar ser movilizados para nuevas guerras, respondieron con entusiasmo organizándose en una estructura contestataria que en apariencia tenía algo de tribu urbana, de protesta antiglobalización y de lo que años después sería el movimiento de los indignados. Se denominó *Otpor* (Liberación) y su logo era un puño cerrado que si bien se inspiraba en el gesto de rebeldía revolucionaria preopio de la izquierda, con el tiempo devendría un icono político mucho más transversal en revueltas sucesivas que se desencadenaron en otras partes de Eurasia y MENA (*Middle East North Africa*). Otpor había surgido de la Universidad de Belgrado, pero la supervisión americana fue estrecha ya desde los primeros momentos. Abarcó desde cursillos basados en las enseñanzas de Gene Sharp, hasta distribución de teléfonos móviles y *lap tops,*

5.000 envases de espray para grafitis, *t-shirts* y diseño de logos. El célebre eslogan *Gotov je!* (‘Se acabó’) dirigido contra Milošević, fue impreso en dos millones y medio de pegatinas, suministradas por Ronco Consulting Corp. de Washington y pagadas por USAID (Agencia de Estados Unidos para el desarrollo internacional).

Los estadounidenses nunca negaron haber estado detrás de la campaña de insurgencia civil que derrocó a Milošević. Dado que no fue una operación de la CIA, sino un operativo externalizado, llevado a cabo por un combinado de empresas, hombres de negocios, consultorías, partidos políticos y GONGOS (ONG organizadas desde los gobiernos), ni era factible ni necesario ocultarlo. Todo lo contrario: se podía decir que lo mejor de la sociedad civil americana ayudaba a su contrapartida serbia a encontrarse con la democracia y los derechos humanos. Para algunos, incluso, no fue sino una amplia operación de marketing político, destinada a lanzar un nuevo producto en el mercado. Los detalles sobre la operación fueron publicados en la prensa y el gasto total de la misma se estimó en 70 millones de dólares[117].

El principal problema que generó esa campaña fue la confusión ideológica. Aunque tuvieron un papel central en la caída de Milošević, los jóvenes de Otpor no fueron los únicos protagonistas de aquel 5 de octubre. En realidad, líderes políticos de partidos de oposición, desempeñaron un papel crucial, como fue el caso de Zoran Djindjić, el ya veterano líder del Partido Democrático[118]; Nebojša Čović, de Alternativa Democrática y antiguo colaborador de Milošević, y el general Momčilo Perišić, exjefe del Alto Estado Mayor del Ejército y por entonces fundador y líder del Movimiento para una Serbia Democrática. Los tres orquestaron una eficaz conspiración que, como en el caso

de Otpor, estuvo activamente apoyada por servicios de inteligencia occidentales.

Sin embargo, y este es un aspecto que se suele ningunear, la «revolución del bulldozer» fue, básicamente, un levantamiento nacionalista, generado por la frustración causada ante la derrota en Kosovo como consecuencia de los bombardeos de la OTAN. Las columnas de manifestantes que habían marchado sobre Belgrado hacían ondear banderas negras con la calavera, mientras cantaban canciones patrióticas y tras ellas estaba un Šešelj ansioso por cambiar de chaqueta y hacerse perdonar los años de apoyo al régimen de Milošević. Aunque es cierto que también había miles de personas de partidos democráticos, como mínimo, aquello había sido una especie de golpe de derechas, aunque se tratara de un centro-derecha entusiasta, contra un régimen socialista, incluso aunque fuera tildado de corrupto «socialista-nacional».

Por supuesto, los medios de comunicación occidentales apenas mencionaron este aspecto de la movilización ciudadana que desplazó a Milošević del poder. Y lo mismo sucedió en las posteriores revoluciones de colores, tanto aquellas que terminaron con la toma del poder por sus participantes como las que desembocaron en un fracaso. El componente ultranacionalista solía estar presente de una forma u otra, pero desde Occidente todo se presentaba como una revolución democrática que, una vez más, había derribado a un tirano. Sin embargo, el problema no radicaba en si el autócrata lo era en mayor o menor medida, sino en el hecho de que las fuerzas que lo habían derribado tampoco tenían mucho de democráticas y se hacían pasar como tales. Esta manera de escamotear el sentido de lo verdaderamente ocurrido contribuyó a generar una confusión que ayudó considerablemente al avance de la ultraderecha nacionalista en Europa,

disfrazándola posteriormente como «populista», apelativo que en buena medida estaba convenientemente vacío de significado.

Saakashvili, 2004-2013: caudillismo georgiano contra autoritarismo ruso

Un caso bien conocido fue el de la «revolución de las rosas» en Georgia, noviembre de 2003. Explicada de forma serializada como un cambio pacífico del poder, de hecho consistió en un asalto al Parlamento, en Tbilisi. Una vez más, la acción siguió a la denuncia de fraude electoral por parte de la oposición, veinte días antes. El líder de la protesta, quien entró en el hemiciclo con rosas en las manos para interrumpir el discurso de toma de posesión del presidente Edvard Shevardnadze, fue Mijeíl Saakashvili, dirigente del Movimiento Nacional Unido, un partido liberal de derechas, que a su vez agrupaba a otras formaciones de la oposición de derechas en la Alianza del Pueblo Unido.

El golpe se justificó como un impulso popular liberador, el final de un régimen tildado de postsoviético. Ese discurso enlazaba con las maneras propias de las revueltas de 1989. Traían al recuerdo escenas como el de las multitudes búlgaras entrando por la fuerza en el Parlamento, en plena sesión, en el centro de Sofía, allá por 1997, derribando al gobierno socialista. Al año siguiente, manifestantes del derechista Partido Democrático Albanés ocuparon el palacio presidencial, en Tirana. La penúltima de estas acciones tuvo lugar en el Parlamento de Skopje, capital de la República de Macedonia, en el verano de 2001, cuando ciudadanos de la mayoría eslava protestaron pidiendo armas por el acuerdo que había alcanzado el gobierno con la última guerrilla albanesa surgida en la zona, el Ejército

de Liberación Nacional. A comienzos del siglo XXI, las revoluciones de colores seguían estando dirigidas contra supuestos autócratas del espacio exsoviético o, como se decía en el lenguaje de la época, «dinosaurios» neocomunistas. Esta imagen gozaba de una masiva cobertura informativa, que apenas cuestionaba la versión angelical de aquellas revueltas. De esa forma quedaban ocultos los huevos de la serpiente que eclosionarían una década más tarde. Fueron varios. En primer lugar, el hecho de que algunos de aquellos líderes y movimientos no eran tan puramente democráticos y sí acusadamente nacionalistas e intolerantes. El mismo Saakashvili, el «Yeltsin georgiano», hombre cien por cien de los americanos, con estudios en la Universidad de Columbia y en la George Washington, termina presentándose como un líder populista, un nacionalista duro que no tiene ambages en convocar un referéndum, una vez instalado en la presidencia de su país, tras al «parlamentazo» de 2003, para obtener en él un inconcebible 96,7% de votos a favor. Posteriormente, en 2007, el nuevo presidente, firmemente aferrado al poder, hubo de afrontar un intento de revuelta como la que él mismo había capitaneado en su día, haciendo frente a acusaciones de corrupción y fraude, como las que se habían dirigido en 2003 contra Shevardnadze, de quien, por cierto, había sido colaborador y ministro en uno de sus gobiernos. Una vez relegido presidente, tras unas elecciones polémicas, al año siguiente desencadenó una absurda guerra contra Rusia al lanzar una fallida operación relámpago de ocupación de Osetia del Sur, estratégicamente inviable. Mientras tanto, las potencias occidentales apoyaban el ingreso de Georgia en la OTAN.

Salvado *in extremis* de la invasión y mantenido en el poder contra viento y marea por el aliado americano, el

denominado peyorativamente «régimen de Saakashvili» se fue hundiendo en un pantano de corrupción, persecución política y maneras caudillistas. Se sucedieron las protestas de la oposición, reprimidas violentamente; se produjeron encarcelamientos masivos por disidencia política, se recurrió a la tortura —incluso contra oficiales del Ejército acusados de espionaje—, y aún a la brutalidad y las ejecuciones extrajudiciales. Todo ello, junto con acusaciones de malversación de fondos terminaron por sumar toda una serie de cargos que podrían suponerle al expresidente georgiano once años de prisión en su país[119].

De hecho, tras no lograr revalidar por tercera vez su mandato presidencial, Saakashvili viajó en 2013 a Ucrania invitado por el presidente del país, Petró Poroshenko. Les unía una amistad de sus tiempos de estudiantes —ambos habían sido compañeros de universidad en la Unión Soviética— y el apoyo mutuo entre Kiev y Tbilisi en el proyecto Intermarium, la gran barrera defensiva y aislante ante Rusia, entre el Báltico y el mar Negro. Al georgiano le venía bien para escapar a las causas que se iban acumulando en su contra en el país caucásico. Poroshenko le concedió la nacionalidad ucraniana, y en 2015 lo nombró gobernador de la región de Odessa. Se suponía que Saakashvili aportaría su loada experiencia en aplicar reformas modernizadoras —es decir, liberales— en la administración y la economía de la estratégica zona portuaria. Sin embargo, el expresidente georgiano volvió a desempeñar su papel de Yeltsin: terminó acusando a su benefactor de ineficaz y corrupto por su lentitud en aplicar las reformas a escala del país. Al final, fue depuesto y privado de la nacionalidad ucraniana, de la misma forma que anteriormente había perdido la georgiana. No sólo eso: Poroshenko le acusó de estar al servicio del depuesto

presidente Yanukovich, es decir, de Putin, del cual recibía dinero a través del oligarca Serguéi Kurchenko[120].

La esperpéntica trayectoria de Saakashvili, en su momento caudillo aclamado por los medios y cancillerías occidentales como un reformador demócrata a carta cabal, resulta muy reveladora. Como en el caso de las otras revoluciones de colores desarrolladas por operativos «externalizados» —no directamente por servicios de inteligencia profesionales, como en la Guerra Fría—, la propaganda era fundamental; cuanta más, mejor. Esa propaganda se hacía sobre la base de la confusión ideológica, y tal confusión hacía que desde Occidente apoyaran y jalearan las revoluciones de colores tanto las izquierdas como las derechas. Las masas en las calles, el entusiasmo por el cambio que manifestaban, la percepción de que los estadistas derribados eran unos «dinosaurios» de otras épocas, hacían que la evaluación de los sucesos se centrara en la gestualidad, la simbología, la emocionalidad. En consecuencia, se afianzó el recurso a la «voluntad popular» y su infalibilidad: muchas personas reunidas en las calles para apoyar alguna tendencia política deberían tener, necesariamente, la razón de su parte. A partir de ahí, los políticos que hicieran suyas tales demandas disponían del «mandato de la voluntad popular».

Ese tipo de planteamientos abonaron el terreno para el surgimiento de la confusión populista, y a partir de ahí, de una izquierda radical cada vez más fallida y de una ultraderecha crecientemente poderosa. Este doble juego ya se manifestó durante las revoluciones de colores y en su variante posterior de la Primavera Árabe. Conforme las experiencias presuntamente revolucionarias decepcionaban en sus resultados, el entusiasmo inicial procedente de las izquierdas —o de un sentimiento popular de izquierdas— fue siendo sustituido por la decepción y el olvido. Eso

sucedió a dos niveles. Primero, la decepción ante los magros resultados a corto plazo de las revoluciones de colores; y de la Primavera Árabe, después. La deriva autoritaria de líderes como el citado «Misha» Saakasvhili, el presidente ucraniano Viktor Yushchenko o el kirguís Kurmanbek Bakíyev, todas en 2007 trajeron las primeras dudas serias sobre las bondades de las revoluciones de colores.

En agosto de 2008 la guerra de Georgia o guerra de Osetia del Sur[121] marcó un punto de inflexión importante en la deriva de las «revoluciones de colores» al demostrar palmariamente cómo un régimen surgido de esa dinámica se involucraba con facilidad en una confrontación bélica importante, comprometiendo incluso a sus valedores internacionales. La discusión sobre las causas del conflicto, a pesar de que se ha ido imponiendo la responsabilidad georgiana a partir de la planificación del operativo «Campo Limpio», no viene demasiado al caso en este análisis, dado que la violenta reacción rusa estuvo muy relacionada con las avanzadas negociaciones para incluir a Georgia en la OTAN, en las cuales Tbilisi había depositado el mayor interés. Por lo tanto, las revoluciones de colores no llevaban a la resolución pacífica de los conflictos ni a relevos suaves de poder, con lo cual la comparación con la «revolución de tercipelo» checoslovaca —el modelo primigenio— estaba fuera de lugar. Quedaba ya claro que se trataba de maniobras en un esquema de confrontación geoestratégica frente a una serie de adversarios concretos de Washington, tales como Rusia, Irán o Venezuela. Esa impresión venía reforzada por el descubrimiento —más evidente en los intentos fracasados— de que en las revoluciones de colores también habían intervencido los servicios de inteligencia. Por ejemplo, en la fallida revolución Blanca en Bielorrusia contra el autócrata

Aleksandr Lukashenko, se habían visto implicados el embajador norteamericano en Minsk, Michael Kozak, y el alemán Hans-Georg Wieck, jefe del grupo de asesores de la OSCE en Bielorrusia y hombre ligado a los servicios de inteligencia germanos[122].

De hecho, quedaba tan claro ese esquema de fondo, que los rusos pronosticaron el segundo gran enfrentamiento de estas características en Ucrania, con cinco años de antelación, antes incluso de que estallara la guerra en Georgia. Tal fue el mensaje que envió el embajador estadounidense en Moscú, William Burns, en febrero de 2008, filtrado en su día por Wikileaks: Moscú estaba preocupado por las aspiraciones de Georgia y Ucrania para ingresar en la OTAN[123].

Ucrania: guerra civil interfascista (2014-2015)

El conflicto ucraniano comenzó a partir del ya conocido esquema de las revoluciones de colores, previamente ensayado en la misma república con la Revolución naranja de 2004. Grandes movilizaciones populares, ocupación de un espacio público bien conocido —en este caso la Plaza de la Independencia («Maidán Nezalézhnosti», siendo «plaza» el significado de *maidán* en ucraniano) y permanencia de la protesta durante tiempo. Pero en esta ocasión se añadían dos factores novedosos: el recurso a la fuerza y la violencia en forma de desafío permanente a la policía, algo que no se había vivido durante la Revolución naranja de 2004, en clave pacífica[124]; y el destacado protagonismo de grupos de ultraderecha ucraniana en ese pulso, desde Svoboda al Partido Social-Nacional y, sobre todo, *Pravi Sektor,* el Sector de Derechas.

Como había sucedido previamente en las revoluciones de colores las potencias occidentales apenas se molestaron en disimular que apoyaban descaradamente a los insurrectos. Catherine Ashton, la Alta Representante de la UE para Asuntos Exteriores, se personó en Kiev y se dio un baño de masas entre los contestatarios. Todavía más allá fue Victoria Nuland, la vicepresidente de Estado de Estados Unidos, que junto con el embajador Geoffrey R. Pyatt distribuyeron ayudas simbólicas entre los acampados en la plaza. No quedaba duda de que estaban manipulando a su favor al movimiento del Maidán. Una vez que hubo triunfado, consiguiendo el exilio del presidente Viktor Yanukovich, el 22 de febrero de 2014, Nuland contribuyó a que Arseni Yatseniuk, del partido Batkivshchina (Unión de todos los ucranianos, Patria) se convirtiera en el nuevo primer ministro. «Yats» era el hombre de los americanos en Kiev y Nuland no tuvo ambages en mover a su pieza a costa de quien fuera, incluso de sus aliados. En una conversación telefónica interceptada (presumiblemente por los rusos) y filtrada a la prensa internacional, Victoria Nuland no le dejaba dudas al embajador Pyatt: si la opción no le gustaba a los aliados europeos, *«Fuck the EU!».*

Cierto es que los occidentales no apoyaban directamente a los partidos de la ultraderecha ucraniana, limitándose más bien a los democráticos. Pero tampoco les hacían ascos, y lo cierto es que desde las guerras de secesión yugoslavas se habían acostumbrado a mantener un doble rasero cada vez más artificioso, por el cual atacaban a su adversario estratégico acusándolo de fomentar el totalitarismo o el fascismo, mirando para otro lado cuando sus propios aliados demostraban esas mismas tendencias. En Ucrania sucedió exactamente eso. Los medios occidentales pasaron semanas sin admitir claramente que en el Maidán estaban actuando grupos de ultraderecha y

neonazis, armados, organizados como fuerzas paramilitares y muy violentos[125]. Siempre se ponía el acento en la imagen edulcorada del *Euromaidan*, esto es, la juventud ucraniana luchando en la calle por la integración en la UE democrática. Y cuando no había más remedio que admitir la presencia destacada de ultras en el Maidan, se le intentaba quitar hierro argumentando que su peso electoral era escaso frente al conjunto de los partidos democráticos.

Sin embargo, la guerra del Donbass, que estalló en marzo[126], demostró la falacia de ese planteamiento. La presencia del neofascismo en los sistemas políticos suele medirse por el impacto de sus acciones, por el «ruido», más que por su número real de seguidores o sus escaños en los parlamentos; en parte porque los mismos neofascistas puede que desdeñen el juego parlamentario, pero también porque inicialmente suelen considerarse una «vanguardia consciente». Además de ello, el peso real de la ultraderecha en Ucrania no sólo se debía medir por los escaños que ocupaba en la Rada, sino también por ser, al menos inicialmente, la columna vertebral de la guerra civil a partir de las unidades de combate que integraba; y también, y no era un asunto menor, por ser las fuerzas subvencionadas por algunos oligarcas.

El núcleo de la cuestión consistía en que las fuerzas regulares del Ejército ucraniano no estaban preparadas para combatir en una guerra civil o enfrentarse contra unidades entrenadas en Rusia o comandadas por oficiales procedentes de ese país. La formación de los mandos ucranianos y de los combatientes profesionales se había completado en Rusia, o bajo doctrina militar rusa, en colaboración con colegas rusos. En el caso de los mandos superiores, las relaciones eran todavía más antiguas, de los tiempos de la Unión Soviética. Por lo tanto, las tropas regulares se mostraron reticentes o poco capacitadas para

combatir eficazmente en el territorio del Donbass[127]; todo ello se tradujo en reveses militares desde las primeras semanas del conflicto, a mediados del mes de abril. Hubo que poner en pie de guerra a nuevas fuerzas paramilitares y, por lo tanto, fuertemente ideologizadas y adecuadas para la guerra civil; o unidades mercenarias dispuestas a obedecer cualquier orden por dura o inhumana que fuera. En ambos casos, al menos al principio, no contaba tanto la formación militar pura y dura como la disposición belicosa contra el enemigo.

Este fenómeno era una repetición bastante ajustada, aunque a mayor escala, de lo ya vivido durante las guerras de secesión yugoslavas donde, ante la incapacidad del Ejército federal para desempeñarse en operaciones de conflicto civil, se recurrió a formar milicias políticamente motivadas, utilizar a fuerzas de policía en combate, contratar a mercenarios e incluso aprovechar puntualmente redes delincuenciales. De hecho, durante la guerra de Bosnia el Ejército Popular Yugoslavo terminó por desintegrarse, no sólo porque la Federación hubiera dejado de existir, sino por su incapacidad para imponerse en las fases iniciales de las cadenas de conflictos, víctima de su composición plurinacional y de la doctrina sobre la que había sido construido, destinada a repeler a un invasor extranjero, y no a operar contra la propia ciudadanía.

En Ucrania, en 2014, durante la primera ofensiva lanzada por el gobierno de Kiev para recuperar *manu militari* la base aérea de Kramatorsk y la localidad estratégica de Sloviansk, en el óblast de Donetsk, ya se produjo el primer fracaso. De la misma manera que el Ejército Popular Yugoslavo fracasó en Eslovenia o ante Vukovar, en el verano y otoño de 1991, el 16 de abril de 2014, la 25 Brigada Aerotransportada —una importante unidad de choque del Ejército ucraniano—, fue cercada y

aislada por una manifestación pacífica de ciudadanos rebeldes a Kiev que expulsaron las fuerzas del aeropuerto de Kramatorsk, y seis transportes de tropas blindados, con sus respectivas tripulaciones, terminaron en manos de los pro-rusos. El presidente interino de Ucrania, Oleksandr Turchínov, furioso, llegó a pedir la disolución de la unidad[128].

Cabe considerar que ya en esos primeros enfrentamientos intervinieron grupos armados de paramilitares dependientes de partidos ultras[129], y muy en especial combatientes de *Pravi Sektor* (Sector de Derechas). No tardaron en sumarse milicias de otros partidos de ultraderecha, dando lugar a fuerzas muy claramente identificables por su ideología —en ocasiones claramente neonazi— que solían estar costeadas por conocidos oligarcas ucranianos. Las unidades más conocidas fueron el Batallón Azov, el Batallón Donbass y el Cuerpo de Voluntarios Ucranianos, ampliado desde la primera unidad de combatientes de Pravi Sektor y que llegó a integrar a varios batallones; también los batallones Dnipro, Sich, «Kiev-2», el de la OUN, el de la UNSO (brazo armado de la Asamblea Nacional Ucraniana, UNA), el Sokol; todos ellos fueron organizados, integrados o mandados, total o parcialmente por personal de la ultraderecha ucraniana procedente de partidos o formaciones ultranacionalistas y neofascistas bien visibles y conocidas: Pravi Sektor, Svoboda (antiguo Partido Social-Nacional), C14 y UNA-UNSO.

La mayor parte de estas unidades terminaron siendo integradas en la Guardia Nacional, dependiente a su vez del Ministerio del Interior, aunque no todas se mostraron tan dóciles. Con el tiempo, por otra parte, tanto las autoridades ucranianas como los medios de comunicación del país, así como los grandes medios occidentales,

tendieron a minusvalorar de forma interesada[130] la importancia de estas fuerzas en la línea de fuego o en labores de control y seguridad en retaguardia, muy lejos del Donbass. Se argumentaba que el peso de las operaciones las había llevado el Ejército regular o las fuerzas policiales dependientes de Interior. Enunciada de forma genérica esa afirmación es discutible[131], dado que algunas unidades, como el Batallón Azov, estuvieron implicadas en acciones y batallas destacadas (intento de asalto a la ciudad de Donetsk, en agosto; segunda batalla de Mariupol, septiembre), fueron incrementadas en su entidad (el Azov pasó de batallón a regimiento) y terminaron recibiendo armamento pesado, como carros de combate o artillería[132]. En paralelo a ello, algunas de estas unidades, debido precisamente a su vinculación directa con determinados partidos políticos, resistieron con éxito su integración en el Ejército regular ucraniano, en el organigrama del Ministerio del Interior o incluso en la Guardia Nacional. En algunos casos se produjeron curiosas situaciones de coexistencia entre la inclusión de algunas de esas unidades en las fuerzas armadas regulares y su financiación parcial o total por parte del capital privado a través de oligarcas o incluso de donantes opacos[133].

Pero, sobre todo, el fenómeno de las unidades paramilitares de ultraderecha en la guerra del Donbass tuvo importantes repercusiones internacionales. Su adscripción a la ultraderecha o al neonazismo era más que evidente en algunos casos, como el del mencionado Batallón Azov, vinculado ideológicamente a la Asamblea Social-Nacional, y a la organización Patriotas de Ucrania, cuyo símbolo distintivo era la runa Wolfsangel, ampliamente utilizada en la imaginería nazi. Esa misma runa era el distintivo del Batallón/Regimiento Azov y era profusamente exhibida en los uniformes de la tropa. Su

primer líder y fundador fue Andriy Biletsky, notorio agitador ultranacionalista en los orígenes y dirección de diversos grupos neofascistas ucranianos en su ciudad natal de Jarkiv, y más tarde en el núcleo directivo de Patriota de Ucrania y la Asamblea Social-Nacional a escala de todo el país y vinculado a la fundación de Pravi Sektor.

Precisamente, de este último partido, fundado en la explosión de las protestas del Maidán (noviembre de 2013) surgió una de las unidades de combate de la ultraderecha ucraniana más señaladas internacionalmente: el Cuerpo de Voluntarios Ucranianos, coloquialmente asimilados como las tropas de Pravi Sektor. Definido habitualmente como una confederación de organizaciones paramilitares nacionalistas, fue claramente concebido como una fuerza de combate callejera de la ultraderecha neofascista ucraniana; y para sus miembros, una «estructura revolucionaria». Tanto es así que, según los momentos, integraba a formaciones que militaban en otras coaliciones o entraban y salían. Así que en el día de su fundación, Pravi Sektor agrupaba a la formación Tryzub (Tridente), Asamblea Nacional Ucraniana-Autodefensa Nacional Ucraniana (UNA-UNSO), Asamblea Social-Nacional-Patriota de Ucrania, Martillo Blanco y Sich Cárpata. Su líder, Dmytro Yarosh, lo fue también del Cuerpo de Voluntarios Ucranianos; en la prensa occidental ha sido repetidamente calificado de ultraderechista o neofascista.

Los partidos ultras y sus respectivas formaciones de combate fueron motivo de enorme excitación entre los partidos de la ultraderecha y neofascista europeas. Sobre todo algunas unidades favorecieron el reclutamiento de voluntarios internacionales, como fue el caso del Batallón Azov[134]. Esto es, militantes neofascistas y neonazis procedentes de aquellos países en los cuales existían previamente importantes núcleos de ultraderecha o

neofascistas: Francia, Gran Bretaña e Irlanda, Alemania, Italia, España, Grecia, Escandinavia y dentro de esa zona, Suecia en especial[135]; también, por supuesto, acudieron algunos voluntarios de América en general y Estados Unidos en particular[136]. Pero no sólo debemos considerar la intervención directa a partir de un número más o menos amplio de voluntarios que acudieron a Ucrania a tomar las armas, también es importante, en sentido contrario, considerar el impacto de este vendaval en Europa occidental.

Esta repercusión internacional generó a su vez dos tipos de reacciones, concatenadas. En primer lugar, un debate importante en el seno de los sectores más radicales afines al neofascismo y neonazismo europeo y americano, en torno a las nuevas corrientes que había generado la guerra de Ucrania y sus padrinazgos. Es de resaltar que algunos debates saltaron incluso a Stormfront, la página principal del neonazismo estadounidense, aunque en muchos casos esas líneas de debate fueron posteriormente borradas, incluso a los pocos días de publicarse.

En esencia, para los grupos más «históricos» o anclados en las ideas tradicionales, estaba surgiendo una nueva tendencia, sustancialmente diferente y sospechosa de ser el resultado de una mera manipulación a gran escala[137]. En efecto, si bien parecía darse la oportunidad de erigir el primer Estado «verdaderamente nacionalista desde 1945» en Ucrania, las fuerzas «hermanas» que luchaban allí parecían ser, en muchos casos, títeres de los gobiernos occidentales —interesados en una mera expansión imperialista—, peones de la OTAN o, en el peor de los casos, todo ello y además agentes del ZOG, el malévolo Zionist Occupation Government o Gobierno de Ocupación Sionista, esto es, la vieja teoría antisemita del supuesto gobierno judío en la sombra[138]. En tal sentido, el gran

riesgo de ir a combatir a Ucrania consistía en que al final «los blancos fueran a matar blancos» o que los ucranianos ocuparan territorio ruso. La página del Traditionalist Youth Network declaró que el conflicto ucraniano era «ideológicamente ambiguo». Otra web, la de Aryanism.net, apoyaba al Pravi Sektor, pero a la vez proclamaba que «los auténticos nacionalsocialistas no colaboran con un régimen tan corrupto como el de Estados Unidos, que apoya a Israel y está controlado por judíos, y no acepta ser utilizado como un peón geopolítico». Mientras, en Radix (nueva denominación del antiguo Alternative Right.com) se argumentaba incluso en contra de Pravi Sektor, considerado insuficientemente fascista, dado que parecía estar más dedicado a defender un tipo determinado de «nacionalismo cívico en el cual el interés por preservar el estado era más importante que el de preservar la propia raza o incluso el propio grupo étnico»[139].

Los recelos de grupos de la ultraderecha y el neofascismo internacional contra sus camaradas ucranianos tenían cierta responsabilidad en la paradójica situación resultante de que la segunda fortuna de Ucrania fuera el oligarca judío Igor Kolomoisky —con triple nacionalidad: ucraniana, chipriota e israelí—, que además era gobernador del estratégico óblast de Dnipropetrovsk. Aparte de poseer una enorme fortuna basada en negocios variados —desde banca a metal, petróleo y medios de comunicación—, «Benya» Kolomoisky era presidente de la Comunidad Judía Unida de Ucrania; y más allá, en 2010 había sido nombrado presidente del Consejo Europeo de Comunidades Judías. Precisamente, este éxito fue conseguido mediante maniobras poco claras, que en su día incluso fueron denunciadas desde Israel[140]. La anécdota evidenciaba que Kolomoisky gustaba de los golpes de fuerza cuando consideraba que eran necesarios para

ampliar o asentar su poder, y que ya tenía cierta experiencia en el manejo de grupos de presión para descabalgar a sus rivales en los negocios. De ahí que no suene tan extraña su iniciativa de financiar algunas unidades paramilitares en la guerra del Donbass y más en particular el Regimiemto Dnipro-1. Aunque no se puede decir que esta unidad estuviera catalogada como políticamente ultra, sí es cierto que junto con otras (Batallones Donbass y Aidar), hizo lo que pudo para evitar la entrega de ayuda internacional a la población civil pro-rusa del Donbass, por ejemplo[141]. La actitud de Kolomoisky era coherente con la «unión sagrada» de todas las fuerzas vivas ucranianas contra el alzamiento pro-ruso en el Donbass[142], lo que tampoco era incompatible con la defensa de sus propios intereses y negocios armas en mano, recurso al que también acudían otros oligarcas en la Ucrania de esos días.

De otra parte, también es innegable que Israel se inmiscuyó directamente en algunos aspectos de la guerra del Donbass. Lo cual incluía, por ejemplo, la evacuación y atención hospitalaria en sus propios centros, en territorio israelí. Inicialmente fueron acogidos ucranianos de origen judío heridos en las protestas del Maidán, aunque más adelante esa ayuda se hizo extensiva a combatientes de la guerra en el Donbass, incluyendo ocasionales bajas de las unidades afines a Pravi Sektor.

Todo ello no era incompatible con al trayecto político de parte de la ultraderecha y el neofascismo euroamericanos, que ya desde los años setenta habían ido desarrollando un sentimiento de admiración hacia Israel, que se agudizaría conforme el terrorismo musulmán y el problema de los refugiados procedentes de MENA dieran lugar a un antiislamismo que fue desbancando al antisemitismo del imaginario neofascista.

En cualquier caso, la propaganda oficial rusa hizo sangre durante meses denunciando, primero, el auge de los neonazis en las filas ucranianas[143], con el respaldo de Occidente; y además, señalado muchas veces por la propia ultraderecha rusa, apuntando a la connivencia israelí o judía en general[144]. Esta iniciativa tenía un efecto particularmente pernicioso sobre las cancillerías y medios de comunicación de las potencias occidentales, puesto que por un lado ponían de relieve que estaban apoyando cínicamente a fuerzas de la ultraderecha e incluso del neonazismo. Pero de otra parte, dejaban en evidencia que esa maniobra era tan falaz como ineficaz.

Con todo y ello, en Ucrania morían combatientes tatuados con la cruz gamada o que ostentaban runas germánicas en sus uniformes. La ultraderecha de ese país no ocultaba sus actos de homenaje a las unidades de las Waffen SS durante la Segunda Guerra Mundial, y más especialmente a la 14 División «Galizische nr. 1», integrada por ucranianos, mayormente galitzianos; o a los antiguos partisanos de la UPA (Українська Повстанська Армія) o Ejército Insurgente Ucraniano. En ambos casos se trataba de fuerzas colaboracionistas con el Tercer Reich que habían provocado la muerte de miles de polacos y judíos en letales operaciones de limpieza étnica[145]. De otra parte, los voluntarios internacionales que acudían a las filas de las milicias ultranacionalistas y neonazis ucranianas lo hacían convencidos de que luchaban contra el criptocomunismo ruso que buscaba invadir Occidente. Ello supuso que en torno a un centenar de voluntarios rusos, procedentes de Rusia, se integró en las filas ucranianas, en unidades de ideología ultra, bien con Pravi Sektor en el Batallón Donbass o en Batallón/Regimiento Azov[146].

Más aún: desde el bando ruso se abonó la imagen de que apoyar la insurgencia del Donetsk era combatir al fascismo,

un ambiente de retorno a los tiempos de la Guerra Fría, cuando Moscú denunciaba que la OTAN no tendría inconveniente en respaldar la resurrección de la Alemania nazi para lanzarla contra la Unión Soviética. En consecuencia, el bando de los pro-rusos acogió también voluntarios extranjeros dispuestos a luchar contra los ucranianos. Ahora bien, si parte de ellos lo hacían como izquierdistas dispuestos a combatir el fascismo, otros se enrolaron desde la opción ultraderechista, que también estaba abundantemente representada entre los pro-rusos.

En efecto, las fuerzas insurgentes en el Donetsk no eran sino un caldo de la alianza rojo-parda surgida de la desintegración de la Unión Soviética veintitrés años antes. Esto llegaba a tal extremo que algunas unidades acogían indistintamente, sin que fuera fácil discernirlo, a nostálgicos de la era soviética con otros que lo eran del zarismo, neonazis, neofascistas, ultranacionalistas de todo tipo.

Por definición, la inmensa mayoría de los voluntarios pro-rusos del Donetsk eran nacionalistas, bien de esa misma región, cosacos de la hueste del Don, así como instructores y oficiales procedentes de las fuerzas armadas y de seguridad de Rusia, que se habían ofrecido para organizar las unidades insurgentes[147]. Diversos partidos y movimientos rusos organizaron todo un entramado administrativo y logístico[148]. Por supuesto, hubo motivaciones sociales para el levantamiento[149] y hasta una unidad de combate integrada por mineros y metalúrgicos, la División de Mineros (julio de 2014); y previamente había sido formado el Batallón Kalmius, también de mineros. Pero aun así, la unidad exhibía distintivos nacionalistas, nada de hoces y martillos o estrellas rojas[150]. Quizá la excepción más llamativa era la denominada Unidad #404, de comunistas internacionalistas[151]. A todo ello se añadían las

unidades compuestas por nacionalidades del espacio exsoviético, aliadas de los rusos: armenios, abjasos, osetios, bielorrusos y chechenos afines al régimen de Kadírov. Por último, se contaban las unidades explícitamente neofascistas o ultranacionalistas, rusas o conectadas con movimientos afines en el extranjero: las integradas por militantes del partido Unidad Nacional Rusa, la compañía de operaciones especiales Rusich, el Batallón Svarog, el Ejército Ortodoxo Ruso, Amanecer Ortodoxo (búlgaros), Legión de San Stefan (húngaros, mayormente ligados a Jobbik), el Destacamento Jovan Šević (chetniks serbios), los eurasianistas internacionalistas (básicamente franceses) de Unidad Continental, y los nacional-bolcheviques del Batallón Zarya, miembros del partido La Otra Rusia.

Es evidente que la entrada en escena del ultranacionalismo ruso descolocó a los partidos afines en Europa, que si bien inicialmente pudieron sentir simpatía por los grupos que se habían alzado en el Maidán contra Yanukovich, al que se veía como un autócrata títere de Putin, cambiaron de opinión conforme fueron haciendo suya la intepretación de que los camaradas ucranianos, o estaban equivocados o se habían convertido en peones de la Unión Europea y la OTAN.

Hay muchos posibles ejemplos de ello, entre otros el caso de Roberto Fiore, líder de la italiana Forza Nuova, ultracatólica y neofascista, que había mantenido lazos de amistad con los ultras ucranianos desde mediados de la década del 2000. En 2013, en vísperas del Maidán, aparecían en la foto sólidamente aliados con el partido ultranacionalista y neonazi Svoboda de Oleh Tiagnibok. Sin embargo, cuando comenzó la guerra en el Donbass, Fiore cambió de bando y se acercó a la ultraderecha rusa a través de Alexey Komov, por entonces embajador ruso en la ONU como presidente del Congreso Mundial de las

Familias, miembro de la junta directiva de CitizenGo y portavoz del Patriarca de Moscú[152]. Volkov, a su vez, mantenía contactos con Matteo Salvini y la Liga Norte, y hasta había ayudado a construir la asociación cultural Lombardía-Rusia con apoyo del oligarca Konstantin Maloféyev, hombre clave en el tejido de alianzas con la ultraderecha europea y también en el apoyo financiero a los rebeldes del Donbass. De esa forma, a raíz de la guerra en el Este de Ucrania, comenzaron a hacerse evidentes las amplias tramas que unían al conservadurismo y la ultraderecha rusos con toda una serie de socios y aliados en Europa occidental y América.

En todo caso, el viraje de Roberto Fiore obedecía al temor de que Ucrania cayera en manos de los *lobbies* anticristianos y masónicos de la EU, la OTAN y Estados Unidos, lo que expresó en una carta abierta a Oleg Tiahnybok[153]. Este ejemplo, protagonizado por un líder neofascista muy activo y relacionado en los ámbitos ultraderechistas europeos ilustra muy bien los límites de una muy extendida falacia: aquella según la cual la ultraderecha y el fascismo tienden a organizar un frente común contra la izquierda o la democracia. Por el contrario, la historia nos muestra que los enfrentamientos entre los mismos ultras y entre regímenes fascistas han sido frecuentes, sobre todo en el Este de Europa, siendo precisamente la guerra del Donbass una buena muestra de ello, pero no la única.

El descubrimiento de que Alexei Navalny, el más potente y activo opositor a Putin, tenaz denunciante de la corrupción en las altas esferas del poder, era de hecho un *natsdem*, fue algo que desconcertó a sus valedores occidentales. El apócope define a los nacional-demócratas, nacionalistas que defienden la necesidad de alianzas con Occidente, lo cual no implica que, como Navalny, no

puedan tener actitudes xenófobas y antiinmigración, lo cual los convierte a priori en posfascistas. Sin embargo, los *natsdems* abarcan una amplia variedad de tendencias nacionalistas, desde las más liberales —en las que podría haber cabido un Boris Yeltsin, por ejemplo— a las más radicales y hasta neofascistas, como es el caso de Aleksander Belov, el líder del DPNI (Движение против нелегальной иммиграции) o Movimiento contra la Inmigración Ilegal, entre 2008 y 2010. No hay nada de contradictorio en abogar por una gran alianza ruso-europea y hasta americana en defensa del «hombre blanco» contra el «hombre de color», por ejemplo[154]. Navalny, que había comenzado su carrera política en Yábloko (de 2000 a 2007), no tardó en fundar un Movimiento de Liberación Nacional Ruso y aglutinar apoyo social entre una clase media rusa nacionalista que no comulgaba con Putin pero que tampoco se veía en el papel de apoyar a Limonov para oponerse al nuevo caudillo ruso. Populismo, personalismo, oportunismo, hicieron de Navalny un alter ego de Putin, enfrentado a él desde la posición de un nacionalista purificador, pero nacionalista al fin y al cabo, aunque fuera en la línea europea del Frente Nacional francés o del Partido Popular Suizo; o en la de un Trump, pidiendo un control más estricto de las fronteras rusas en Asia Central contra la inmigración ilegal y defendiendo el coraje de los estadounidenses en el mantenimiento y reforzamiento de su frontera con México[155]. Es decir, un Navalny que se sentía afín a unos políticos que son los que su enemigo Putin apoya activamente o, cuanto menos, simpatiza ideológicamente.

Fascistas contra nazis

Yendo más allá de los límites de la Historia actual, cabe recordar la tensión entre Hitler y Mussolini en 1934, con motivo del asesinato del canciller austriaco Engelbert Dollfuss a manos de nazis locales. Como respuesta, Roma despachó cuatro divisiones del Ejército italiano a la frontera austriaca —al estratégico paso del Brennero, concretamente— como aviso ante las ambiciones alemanas de anexionarse Austria[156]. La primera reunión entre ambos dictadores tampoco mejoró las cosas. Mussolini llevaba ya más de una década al frente del Estado italiano, al que estaba transformando en Estado fascista y no veía con buenos ojos las ideas raciales de Hitler, al que describió como un «monje gárrulo». Aunque posteriormente las relaciones mejoraron mucho, hasta el punto de llegarse a firmar el Pacto de Acero entre Alemania e Italia en mayo de 1939, Mussolini siempre contempló con recelo y consternación los planes alemanes para anexionarse Austria, que se concretaron en el *Anschluss* de 1938.

Pero este no es sino un ejemplo —notablemente olvidado en los manuales al uso— de entre otros muchos posibles, en plena época de auge del fascismo interbélico, en el siglo XX; e incluso en plena Segunda Guerra Mundial, en la que supuestamente democracia y sovietismo se enfrentaron al fascisno y al nazismo. De hecho, la Segunda Guerra Mundial se inició a raíz de que el Tercer Reich nazi invadiera a una Polonia autocrática donde los políticos de la oposición estaban en prisión y el poder en manos de un militar, el mariscal Rydz-Śmigły. En 1940, la Italia de Mussolini atacó a su vez una Grecia que desde 1936 era una dictadura fascista liderada por el general Metaxas. Antes incluso del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, en marzo de 1939, húngaros y eslovacos mantuvieron una breve guerra, cuando ambos eran ya aliados de la Alemania nazi[157]. Aunque sólo fue de una semana de duración y las

pérdidas humanas y de material militar fueron limitadas, Eslovaquia se vio obligada a ceder territorios adicionales en la Carpatia ucraniana a los que ya había ocupado Hungría en el sur de la recién nacida república. No fue la última vez que los eslovacos se enfrentaron con fuerzas de su mismo bando en el Eje: en los últimos días de agosto de 1944 tuvo lugar la insurrección armada de buena parte del Ejército eslovaco contra los alemanes y el gobierno fascista local de Jozef Tiso. A pesar de que al final se sumaron a los preparativos los partidos democráticos en la clandestinidad y el gobierno checoslovaco en el exilio, lo cierto es que la iniciativa y el peso de la operación corrió a cargo del ministro de Defensa, general Ferdinand Čatloš, y el Estado Mayor del Ejército, coordinado por el teniente coronel Jan Golián[158]. Previamente y durante la campaña de Rusia, el alto mando alemán descubrió justo a tiempo que se estaba fraguando un complot entre dos ejércitos aliados del Eje nazi-fascista: croatas, eslovacos y rumanos, en contra de los húngaros[159].

Por otra parte, no todos los regímenes autoritarios se alineaban en un bando contra los Aliados. El régimen portugués de Oliveira Salazar era distintivamente fascista, a pesar de lo cual se puso al servicio del bando aliado durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque envió tropas para constituir una división completa que combatió con la Wermacht en Rusia durante esa misma contienda, la España de Francisco Franco se mantuvo neutral: y no movió un dedo para impedir el desembarco angloamericano en Argelia y Marruecos en noviembre de 1942. De hecho, Madrid aprovechó para acercarse más a Lisboa con el Pacto Ibérico (febrero de 1942): el régimen pro-Eje de Franco se acercaba al régimen de Oliveira Salazar, a favor de los Aliados[160].

Lo mismo sucedió con Turquía, por entonces una dictadura liderada por el general İsmet İnönü; este se entrevistó con Churchill y Roosevelt en El Cairo, en 1943. Con la contienda ya decidida, en febrero de 1945, declaró la guerra a Alemania. De hecho, en 1935, ingleses y franceses llegaron a un acuerdo con la Italia fascista dando lugar al denominado «frente de Stresa» para prevenir cualquier acción de la Alemania nazi que amenazara la independencia de Austria o vulnerara los Tratados de Versalles[161].

En el interior de los mismos regímenes autoritarios tuvieron lugar parejos enfrentamientos. En 1938, Rumania era una dictadura instituida por el rey Carol II, que exhibía toda la parafernalia de los regímenes fascistas en auge por toda Europa. Sin embargo, era partidario de los Aliados, como otros Estados totalitarios y hasta fascistas en la Europa de la época, como el Portugal de Salazar o la Grecia de Metaxas. Aún más: tras entrevistarse con Hitler en noviembre de 1938 y temiendo que el dictador alemán utilizara al movimiento ultranacionalista de la Guardia de Hierro-Legión de San Miguel Arcángel como quinta columna, ante una guerra europea que se veía venir, el rey decidió ejecutar al carismátivo líder del movimiento, Corneliu Codreanu y a algunos de sus seguidores implicados en asesinatos políticos. Apenas unos meses más tarde, mientras los alemanes invadían ya Polonia, en septiembre de 1939, un comando de la Legión atentó con éxito contra el primer ministro y hombre fuerte de la dictadura, Armand Călinescu. Como represalia, la policía rumana liquidó en una sola noche, sin juicio previo, a toda la cúpula dirigente que mantenía encarcelada: 252 militantes. Los cadáveres del comando que había asesinado a Călinescu quedaron expuestos en la vía pública e incluso se hizo desfilar ante ellos a los estudiantes de las escuelas

para que constataran hasta dónde podía llegar el régimen[162].

En otras palabras, el mito popular de que el fascismo confronta por naturaleza a la democracia o las izquierdas es falso. En diversas ocasiones, históricamente, los fascistas han luchado entre ellos mismos. Y es lógico que sea así, dado que el soporte ideológico último del fascismo es el nacionalismo y este, por inclinación natural, tiende a combatir a otros nacionalismos. Pero en nuestros días, ese fenómeno se ha vuelto ya habitual, en paralelo al desgaste del adjetivo «fascista» utilizado como insulto o simple descalificación *ad hominem*. En la denominada guerra del Donbass (Ucrania oriental), se enfrentaron con las armas en la mano partidos, organizaciones y simples individuos que podían ser calificados sin ningún género de dudas como neofascistas o neonazis. Es más, para unos, los ultras ucranianos eran marionetas de la OTAN, Estados Unidos y el sionismo internacional, mientras argumentaban que en torno a Rusia se reunían los viejos valores realmente nacional-revolucionarios de toda la vida y, sobre todo, la promesa de la destrucción de la UE. Los que estaban en contra de este planteamiento denunciaban que la ultraderecha rusa sólo era un peón en el juego geoestratégico de Putin.

Ese cisma se repitió por toda Europa y América, hasta en los rincones más recónditos, y se mezcló con los efectos del desembarco de la ultraderecha continental en el Parlamento europeo. Allí, enseguida quedó patente que algunos partidos ultranacionalistas poseían más fondo teórico o pedigrí histórico y otros no, aparte de no tener reparos en dejar claro que, como buenos supremacistas que eran, los «inferiores» debían estar al servicio de los «superiores», a la vez que estos se detestaban entre sí.

En aquella Babilonia ultra, Nigel Farage, el líder de la UKIP, no podía ver a Marine Le Pen por el hecho de ser francesa. Esta, a su vez, no quería asociarse con los neonazis griegos de Amanecer Dorado, los búlgaros de Ataka o los húngaros de Jobbik. En la batalla por la presidencia del grupo Europa de la Libertad y Democracia Directa en el Parlamento europeo, entablada entre Marine Le Pen y Nigel Farage, este —que terminó venciendo— tenía el respaldo de los partidos eurófobos escandinavos: los dos diputados del partido Verdaderos Finlandeses, los dos de los Demócratas suecos y los cuatro del Partido Popular Danés. Además, se barajaba que obtuviera los votos de los diputados de AfD (7), los griegos de ANEL (1) y los diecisiete eurodiputados italianos de la extraña formación M5S. Farage podría lograrlo si le apoyaban también los dos votos que aportaban, respectivamente, los libertarios de derecha y euroescépticos checos de Svobodni (1) y lituanos de Orden y Justicia (2)

Los votos para Marine Le Pen quedaban más reducidos a los ámbitos tradicionales de afinidad cultural y geográfica de la ultraderecha francesa: los austriacos del FPÖ (4), los holandeses del PVV de Wilders (7), los flamencos de Vlaams Belang (1) y quizá los de la Liga Norte italiana (5), los polacos del KNP (2) y los lituanos de Orden y Justicia (2)[163].

Ahora bien, estas tiranteces denotaban a su vez un doble problema de fondo que resulta clave para entender la naturaleza y dinámica de la ultraderecha a lo largo de los últimos treinta años. Todo el relato de las escisiones e incoherencias internas del neofascismo actual está ligado a una triple paradoja: de un lado, la estrategia central de desentenderse del pasado, de las molestas herencias del fascismo histórico. Esto implica distanciarse de los horrores y errores cometidos en los años de entreguerras y

durante la Segunda Guerra Mundial por los referentes de origen; ahí encaja precisamente el discurso de «fascismo antifascista».

Esa estrategia viene facilitada por el hecho de que no existen todavía regímenes consolidados real y estructuralmente neofascistas, de nuevo cuño, obligados a afrontar los problemas de la gobernanza aplicando soluciones genuinas. Por lo tanto, el discurso de la constelación de partidos, grupos y movimientos ultraderechistas, neofascistas, posfascistas o *nazbol* o bien se queda en propuestas muy sencillas —xenofobia antiinmigratoria, islamofobia, identitarismo genérico—, en mezclas contradictorias de gestualidad derechista e izquierdista o tercerismo, en puro postureo —a lo que a veces se denomina «populismo»— o en nacionalismo radical. Es bajo esa «cobertura» que, en un momento dado, los identitarios o autodenominados «populistas de derechas» pueden denunciar a sus oponentes como fascistas.

Pero esa maniobra descubre a su vez una vieja carta del fascismo histórico, presente en su definición intrínseca: el impulso de postularse como los verdaderos patriotas del espectro de partidos nacionalistas, excluyendo incluso al resto de los partidos nacionalistas, aun los radicales. En esa dialéctica no hay «camaradas» fuera de la propia formación. E incluso fascismo y nazismo históricos pueden ser revisables en base a sus errores: Hitler y Mussolini no siempre habrían tenido razón.

Como muestra valga un botón. En junio de 2018, en Racó Català, uno de los foros en red más activos del nacionalismo catalán, algunos representantes del Moviment Identitari Català intervinieron para hacer apología de su opción. El MIC, fundado en 2015, era tributario del movimiento Bloque Identitario, una de las

organizaciones neofascistas más activas y bien organizadas a escala internacional. Utilizando como símbolo la letra lambda encerrada en un círculo —el supuesto símbolo que adornaba el escudo de los soldados espartanos—, los identitarios nacieron en Francia a partir de la *Nouvelle Droite* de Alain de Benoist; el Bloque Identitario surgió en Francia en 2003 y se legalizó como partido en 2010. Aunque sus conexiones y expansión en Alemania parece que les han conectado con el neonazismo y con ello la cuestión racial está en auge, la lucha por la cultura europea y el rechazo de la inmigración musulmana es central en el Movimiento Identitario; y derivada de ello la Europa de los pueblos, esto es, una reestructuración del Viejo Continente en base a identidades nacionales al margen de los Estados-nación históricos[164]. No en vano —aunque en realidad sea discutible— uno de sus eslóganes centrales reza: «0% racismo-100% identidad»[165].

Eso explica que hubiera enraizado en Cataluña[166] tras haberse expandido con cierto éxito por Suecia, Italia, Austria, Estados Unidos y Alemania en especial, donde impulsaron las marchas PEGIDA (Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente, traducción de sus siglas en alemán: *Patriotische Europäer gegen die Islamisierung des Abendlandes).* Fundado en Dresde en 2014, ese movimiento organizó en 2014-1015 sonadas marchas contra la inmigración y contra la «islamización de Occcidente». La islamofobia es, precisamente, uno de los rasgos característicos de los identitarios, que dan pábulo a la teoría conspirativa presente en *Eurabia,* el libro-panfleto de la periodista apátrida y británica Bat Ye’or (seudónimo de Giselle Littman)[167] que desarrollaba la teoría según la cual la cultura europea habría de sucumbir ante la creciente influencia islámica, gracias en buena medida a que la inmigración habría multiplicado el número de adeptos

musulmanes —de ahí la simbología espartana en lucha contra los invasores persas.

Por lo tanto, definirse como indentitario, tal como hicieron un par de activistas de esa opción en el foro Racó Català, no debería de haber dejado lugar a dudas sobre su afiliación ideológica de base. En cambio, el resultado de la conversación resultó sorprendente cuando uno de ellos se declaró «antifascista»:

> El MIC también es ANTIFASCISTA, aún no has entendido nada de nada. Sí va, venga ve a medios de extrema derecha española y grupos de anarcos españoles e infórmate más para tirar mierda al MIC.
>
> Estarías más a gusto en grupos anticatalanistas castellanos que en el MIC veo.
>
> Y todavía te creerás un patriota[168].

El resto de las conversaciones, anteriores y posteriores a la intervención citada, transcurrieron, situando como adversarios políticos o peligros para Cataluña a «comunistas extremistas anticatalanes», «anarquistas “murcianos”», «prensa fascista española» y, por supuesto, inmigración y refugiados. La izquierda progresista catalana y los «patriotas débiles» también se llevaban su parte:

> Y esta extrema derecha de la que que tanto hablas ha regurgido [*sic*] debido al falso, hipócrita y obsoleto discurso pro-inmigrantes / refugiados que [durante] tantos años la izquierda política ha ido esparciendo y engañando a todo el mundo.
>
> No vayas señalando a los demás como principales culpables de los errores que habéis cometido vosotros, y sólo vosotros, la izquierda progresista que se ha dado en llamar catalana[169].

Y no faltaban reproches contra la UNC (Unitat Nacional Catalana), el partido independentista que entre 2000 y 2014 fue el representante de la ultraderecha catalanista:

> Yo, hace diez años era más bien centrista. Pero, a medida que han pasado los años he ido girando hacia una derecha política. Y todo, gracias a vosotros (sí, tú también ex UNC) y en su discurso obsoleto, progresista y botifler pro-immigracionista / refugiados, y el de ir regalando el país a todo forastero[170].

En realidad, esta conversación no tenía nada de extraordinario. Podría haberse situado en cualquier otro foro sobre posiciones políticas similares en cualquier punto de Europa. Expresaba incertidumbres cotidianas, más normales de lo que se cree, y precisamente en partidos de ese espectro.

Así, por ejemplo, en Suecia los tres grandes protagonistas de la escena nacionalista radical[171] («nacionalistas culturales», identitarios y «racistas revolucionarios» o neonazis y supremacistas blancos) no siempre han mantenido buenas relaciones entre sí. Mientras los primeros consideran que la identidad nacional depende de una cultura que se puede asimilar (y han tendido a militar en el partido Demócratas de Suecia), los racistas insisten en los derechos de sangre y los identitarios, a medio camino entre la *Nouvelle Droite* y los neonazis, se centran en la defensa de la cultura como etnia y por ello no permeable; y en base a ello se oponen a las ideologías que uniformizan a la humanidad, como el marxismo, el liberalismo o el monoteísmo evangélico[172]. El complejo panorama de tensiones internas entre los radicales nórdicos en general propició una dinámica bastante vivaz de «fascismo antifascista» (o mejor, «nazismo antinazi»), que subió varios enteros desde que en 2008 la Liga Nórdica, muy activa en la blogosfera, redes sociales y música alternativa, declaró su fe identitaria. A partir de entonces debates y raps como los de Zyklon Boom han puesto en la picota a los skins y nazis en general[173].

La lógica de los identitarios es coherente con su planteamiento de que al existir culturas intrínsecamente diferenciadas entre sí, «como expresión del espíritu de un contexto específico, una única forma de vida, personalidad y destino»[174], esas culturas son «superiores» e «inferiores»; lo cual, finalmente, no aleja tanto ese

argumento del clásico racismo. De hecho, ideológicamente se condena el antirracismo como «intrínsecamente racista» (De Benoist)[175]. Pero todo esto son discusiones en un plano intelectual que en el día a día ni siquiera se razonan. Muchas veces todo ello se queda en lo que a simple vista parecen desconcertantes contradicciones. A comienzos de enero de 2019, en pleno debate sobre el plan para aplicar el Brexit, un grupo de ultras británicos, vistiendo chalecos amarillos, en alusión y solidaridad con el movimiento homónimo francés, abucheaban a periodistas y parlamentarios en el exterior del Parlamento. Una de las personas reprendidas fue la diputada británica conservadora Anna Soubry, contraria al Brexit. La actitud de los patriotas indignados para con la parlamentaria europeísta era consecuente; pero ya no lo eran tanto los insultos, puesto que le gritaban que era «una nazi» o que estaba al lado de Hitler. Después de la entrevista, el grupo de activistas la persiguió mientras la volvían a llamar fascista y lo grababan con sus teléfonos móviles. En el grupo de los acosadores pro-Brexit figuraba James Goddard, activista de ultraderecha que afirmaba que todos los musulmanes deberían ser expulsados del Reino Unido.

> Goddard ha construido su perfil en las redes sociales mediante enfrentamientos en directo retransmitidos por Facebook Live y a la vez buscando donaciones para financiar sus acciones. Después del incidente con Soubry, se ha pedido una respuesta más firme por parte de la policía y se ha eliminado su cuenta de Facebook. En un vídeo publicado en septiembre [de 2108], Goddard afirmaba que las 2.000 mezquitas que existen en Reino Unido «no deberían estar allí» y que si fuera por él «se libraría de todas ellas».
>
> «No creo que el islam deba estar en Occidente. Este es un país cristiano».
>
> En las últimas semanas, los miembros del grupo también bloquearon el puente de Westminster, gritaron ofensas sexistas y racistas contra equipos de televisión, irrumpieron en las oficinas de una estación de radio y del Partido Laborista y realizaron pequeñas manifestaciones en varias ciudades[176].

Definitivamente, uno de los mayores logros obtenidos por la nueva ultraderecha a comienzos del siglo XXI fue la de ir imponiendo que situaciones muy distorsionadas y aparentemente ilógicas o abusivas parecieran normales o aceptables por una buena parte de la ciudadanía. Lo cual, por otra parte, no es tan distinto de lo vivido en los régimenes del fascismo o nazismo histórico de los años treinta del siglo pasado. Lo parádójico fue que el éxito en la estrategia del moderno neofascismo y posfascimo se debió, precisamente, a la maniobra de marcar distancias con los modelos del pasado[177].

---

[116] Lind (2014); supuestamente, el libro que puso las bases de esta categorización fue el de Arquilla y Ronfeldt (1997).

[117] Michael Dobbs, «US Advice Guided Milosevic Opposition Political Consultants Helped Yugoslav Opposition Topple Authoritarian», *Washington Post*, 11 de diciembre de 2000; Veiga (2004): pp. 498-499 y 506-507.

[118] El libro que relata con detalle los sucesos que llevaron a la caída de Milošević se titula, precisamente, *October 5. A 24 Hour Coup*, cuyos autores son Dragan Bujošević e Ivan Radovanović (Media Center, Belgrado, 2000).

[119] Pilar Bonet, «Los abusos de derechos humanos de la era Saakashvili traumatizan a Georgia», *El País*, 2 de septiembre de 2016 [consultable en red].

[120] Pilar Bonet, «El revolucionario georgiano que sacude a Ucrania desde el tejado», *El País*, 6 de diciembre de 2017 [consultable en red].

[121] Cornell & Starr (2009); Asmus (2010).

[122] Rafael Poch, «Ucrania, en la batalla por Eurasia», *La Vanguardia*, 26 de noviembre de 2004 [consultable en red].

[123] Luis Martín Millan, «Wikileaks preveía en 2008 que habría guerra en Ucrania», *geopolítico.es*, 13 de mayo de 2014; asimismo en RT, 14 de mayo de 2014 [consultable en red].

[124] Pilar Bonet, «El desencanto nutre a los radicales» *El País*, 1 de diciembre de 2013 [consultable en red].

[125] En marzo de 2014, *Foreign Policy* todavía continuaba atribuyendo a maniobras de Putin y la prensa rusa las acusaciones de que parte de los manifestantes del Maidan eran claramente de ideología neofascista o neonazi: Christian Caryl, «Dropping the Political F-Bomb», *FP*, 14 de marzo de 2014 [consultable en red]. En realidad, era un secreto a voces que una parte de la oposición ucraniana hacía ostentación de su credo neonazi o ultranacionalista desde tiempo atrás: Michael Goldfarb, «Ukraine's nationalist party embraces Nazi ideology», *Global Post*, 2 de abril de 2012. Para un análisis académico: Hurska (2014); Katchanovski (2016).

[126] Para la guerra del Donbass, véase: Menon y Rumer (2015). Wilson (2014), con un enfoque pro-occidental. Stepanov (2014) es una obra de denuncia de las maniobras occidentales. Ivanov (2015), para aspectos sociales y estratégicos. Howard & Pukhov (2014), centrados más en las cuestiones puramente militares, desarrollan un libro más imparcial. Yekelchyk (2015) está estructurado como una obra basada en preguntas-respuestas.

[127] Yekelchyk (2015): pp. 146-148, para un análisis sintético. En extenso: Anton Lavrov y Alexey Nikolsky, «Neglect and Rot. Degradation of Ukraine's Military in the Interim Period», en Howard y Pukhov (2014): posiciones 1346 a 1672.

[128] «Lavrov: diplomats making strides in Geneva; police prevent attack by armed separatists in Kramatorsk», *Kyiv Post*, 17 de abril de 2017 [consultable en red].

[129] Likhachev (2016); Puglisi (2015).

[130] Jack Losh, «Ukraine turns a blind eye to ultrarightist militia», *The Washington Post,* 13 de febrero de 2017 [consultable en red]; Luke Harding, «Kiev's protesters: Ukraine uprising was no neo-Nazi power-grab», *The Guardian*, 13 de marzo de 2014 [consultable en red].

[131] Para un análisis desapasionado, Vyacheslav Tseluyko, «Rebuilding and Refocusing the Force. Reform and Modernization of the Ukrainian Armed Forces», en Howard y Pukhov (2014): pos. 4265 a 4285.

[132] Véase: Wikipedia: «Azov Battalion».

[133] Aparte el caso del mencionado Batallón Azov, parece haber sido el del Batallón Donbass, compuesto inicialmente por rusos no separatistas. La unidad fue una de las pocas que no se integraron completamente en la Guardia Nacional, manteniendo cierta autonomía tanto organizativa como operativa y que subsistía gracias a donantes privados, hasta ser reconvertida finalmente en el Tercer Batallón de Reserva de la Guardia Nacional. Véase Sabra Ayres, «The Donbass Battalion prepares to save Ukraine from separatists», *AlJazeera America*, 29 de junio de 2014 [consultable on line].

[134] Tom Parfitt, «Ukraine crisis: the neo-Nazi brigade fighting pro-Russian separatists», *The Telegraph* [consultable en red].

[135] Michael Moynihan, «The Swedish Neo-Nazis "Volunteers" of Kiev», *Daily Beast,* 28 de febrero de 2014 [consultable en red]; «Swedish neo-Nazis join fight in Ukraine», *The Local*, 30 de julio de 2014 [consultable en red].

[136] Alexander Clapp, «Why American Right-Wingers Are Going to War in Ukraine», *Vice magazine*, 20 de enero de 2016 [consultable en red].

[137] Para una aproximación al debate, véase Juan Conatz, «US fascists debate the conflict in Ukraine», *libcom.org,* 24 de marzo de 2014 [consultable en red].

[138] Chip Berlet, «ZOG Hate My Brains», *New Internationalist*, 2 de octubre de 2004 [consultable en red].

[139] Todas las referencias en «US fascists debate the conflict in Ukraine», art. cit.

[140] Ben Hartman, «A Necessary Putsch?» *The Jerusalem Post*, 29 de octubre de 2010 [consultable en red].

[141] «Eastern Ukraine: Humanitarian disaster looms as food aid blocked», *Amnesty International*, 24 de diciembre de 2014 [consultable en red].

[142] Pavlo Khazan: «Igor Kolomoisky es un patriota de verdad, para él Ucrania ante todo», por Kateryna Antonshkiv, *conucrania.com,* 15 de junio de 2014.

[143] «Azov, Donbás, Pravy Sektor: los símbolos de las SS renacen en Ucrania», *Sputnik*, 13 de agosto de 2014 [consultable en red].

[144] «Что сближает сионизм с украинским неонацизмом?», Ольга Четверикова, «Фонд стратегической культуры», 16 de abril de 2014 [consultable en red].

[145] Existe una abundante literatura sobre las operaciones de castigo y limpieza étnica, aunque mayormente en ucraniano y polaco. En inglés resulta interesante el relato de Snyder (2003): pp. 154-178 (cap. 8); véase, asimismo: Mat Babyak, «Ethnic Cleansing or Ethnic Cleansings? The Polish-Ukrainian civil war in Galicia-Volhynia», *Ukrainian Policy*, 29 de junio de 2014 [consultable en red].

[146] Oleg Shukov, «Foreigners Who Fight And Die For Ukraine: Russians join Ukrainians to battle Kremlin in Donbas», *KyivPost*, 24 de abril de 2015.

[147] Por supuesto, no todos los combatientes profesionales rusos que sirvieron en Donetsk eran voluntarios. Un procentaje elevado lo hicieron como conscriptos. Véase, para la gran variedad de unidades regulares rotadas en la

zona: «Professional Russian Army in Ukraine. Database and Visualisation», *Inform Napalm. Top OSINT Investigations:* https://informnapalm.org/en/professional-russian-army-in-ukraine-database-and-visualisation/

[148] Laruelle (2019), capítulo 9: «The three colors of Novorossiya, ot the mythmaking of the Ukrainian war», pp. 195-209.

[149] Elise Giuliano, «The Origins of Separatism: Popular Grievances in Donetsk and Luhansk», *PONARS Eurasia*, Policy memo 396, octubre de 2015.

[150] «В ДНР формируется Шахтерская дивизия», *RGRU*— Российская Газета, 9 de julio de 2014 [consultable en red].

[151] Se puede seguir por YouTube la trayectoria de esta unidad hasta la muerte de su carismático comisario Alexey Markov. Véase, por ejemplo, «Alexey Markov: Unit 404 by Veronika Yukhnina», en You Tube, publicado el 5 de marzo, 2015, canal VOXKOMM.

[152] Savino (2015): posiciones 2853 a 2864.

[153] La carta se puede leer en varias direcciones en la red. Por ejemplo, en Marco Santopadre, «La solidarietà di Forza Nuova con i fascisti ucraini», *Contropiano*, 27 de febrero de 2014 [consultable en red].

[154] Laruelle (2019): p. 175.

[155] Ibíd., pp. 180-194.

[156] Zuber (1975): pp. 119-147; Gareth Jones, «Italy's Big Guns Point Towards Austria. Hatred of German Bordering on Hysteria», *The Western Mail & South Wales News*, 16 de agosto de 1934 [consultable en: https://www.garethjones.org/german_articles/italy_big_guns.htm].

[157] Kliment y Nakládal (1997): pp. 60-61.

[158] Ibídem: p. 90.

[159] Tejchman (2012).

[160] Marquina (2014).

[161] Zuber (1975): pp. 148-173.

[162] Veiga (1989): pp. 189-193.

[163] Eduardo Febbro, «Peleas de cartel en la ultraderecha europea», *pagina12*, 1 de junio de 2014 [consultable en red].

[164] Willinger (2014); Vejvodá (2014).

[165] Fabian Virchow, «The “Identitarian Movement”», en Simpson y Druxes (2015): pos. 4454; Vejvodá (2014): p. 4.

[166] El primer grupo de identitarios catalanes formaba parte de las juventudes del partido Plataforma per Catalunya (PxC), de carácter netamente españolista. Véase en YouTube el canal Identitaria TV, con los últimos vídeos de 2014. Josep Anglada, el líder de PxC fue expulsado del partido en ese mismo año y a continuación fundó Som Identitaris (SOMI), del mismo tenor españolista, pero claramente anti-Vox.

[167] Ye’or (2005).

[168] Racó Català. Fórum. Tema: Moviment Identitari Català. Palestra, 17 de junio de 2018, 14:38 h.

[169] Ibídem. Lesttatt, 17 de junio de 2018, 22:27 h.

[170] Ibídem. Lesttatt, 18 de junio de 2018, 17:18 h.

[171] Un panorama de la nueva ultraderecha sueca en Teitelbaum (2017): pp. 4-9.

[172] Para una monografía sobre los rasgos ideológios de los identitarios desde un punto de vista, véase Zúquete (2018).

[173] Para la trayectoria de los identitarios escandinavos, Teitelbaum (2017): pp. 45-51. Para ejemplos del debate con los nazis véase pp. 50 y ss.

[174] Natascha Strobl y Julian Bruns: «Preparing for (Intellectual) Civil War. The New Right in Austria and Germany», pos. 2122, en Fielitz y Laloire (2016); Zúquete (2018): p. 109; Vejvodá (2014): p. 2.

[175] Zúquete (2018): pp. 267-269.

[176] «“Nazi” y “fascista”, los insultos a una diputada británica contraria al Brexit», *La Vanguardia*, 9 de enero de 2019 [consultable en red].

[177] Un sagaz estudio al respecto, Holger Marcks: «Don’t Call Me Right! The Strategy of Normalization in German Right-Wing Extremism», en Fielitz y Laloire (2016), posiciones 1193 a 1412.

CAPÍTULO 8

EL 68 INVERSO

EL PARASITISMO IDEOLÓGICO DE LA NUEVA ULTRADERECHA Defíname qué es un ‘normie’.

Alguien que se identifica con la corriente principal en gustos, consumo de noticias y opiniones políticas, y que se mantiene alejado de las subculturas de internet.

¿Y por qué deberían morir?

«Muerte a los normies» es una expresión que vi en 4chan. Indica que es imposible comunicarse con la gente normal. Cuando 4chan se convirtió en una plataforma más política, parecía que allí interpretaban mejor la realidad que la gente normal.

Entrevista a ANGELA NAGLE, *El Mundo*, 18 de mayo de 2018

Hay muchas cosas que separan a la *Alt Right* de los *skinheads* racistas de la vieja escuela (con quienes a menudo se los compara de manera idiota), pero una cosa sobresale por encima de todo: la inteligencia. Los *skinheads,* en general, son matones poco instruidos y de bajo coeficiente intelectual impulsados por la emoción de la violencia y el odio tribal. La derecha alternativa es un grupo de personas mucho más inteligente, lo que tal vez sugiere por qué la Izquierda los odia tanto. Son peligrosamente brillantes.

ALLUM BOKHARI y MILO YIANNOPOULOS, 2016

Cuando rematé su orgasmo y esa fuente se derramó encima de mí, en la boca, me sentí completamente feliz. ¿Conocéis el sabor del esperma? Es el sabor del ser vivo. No conozco nada que tenga un sabor más vivo que el semen.

EDUARD LIMONOV, *Soy yo, Édichka*, 1979

A la altura de 2016 empezó a quedar claro algo que ya se había comprobado durante años en el Este pero que se extendía por Occidente: la ultraderecha europea estaba logrando crear un primer ejemplo real y práctico de parasitismo ideológico con respecto a la izquierda en general y la ultraizquierda en particular. Este fenómeno poseía causas propias en cada país en consonancia con las que atravesaba cada región europea.

Así, en Europa del Este se había ido desarrollando a partir del momento en que el sistema soviético en su conjunto había quedado colapsado, perdiendo la izquierda el control del poder, al menos más allá de los Balcanes, donde sí se mantuvo en algunos países durante un tiempo. En Occidente la retirada de la izquierda fue más lenta pero constante a lo largo de los años noventa. Las promesas del liberalismo triunfante tras la Guerra Fría parecieron hacer innecesario tomar en consideración la vieja pero superada lucha de clases: según parecía, se iba hacia una sociedad universal de clases medias. El nuevo proletariado desposeído era ahora la inmigración, aunque los sindicatos y los partidos de izquierda en general no sabían todavía cómo gestionar el nuevo esquema. Ante ese panorama, la socialdemocracia se plegó a implementar políticas neoliberales. Y la izquierda radical vio cómo menguaba su protagonismo. Pero lo peor estaba por llegar: la Gran Recesión que se inició en 2008-2010 no pudo ser evitada ni paliada con políticas de izquierda. En la Unión Europea se impusieron las medidas de austeridad y hasta el rebelde gobierno de Syriza en Grecia hubo de plegarse a cumplir con las condiciones del rescate impuestas desde Bruselas.

El desplome del sistema social y político de la Europa de la segunda mitad del siglo XX generó unas respuestas similares a las ya vistas en la descompuesta Unión Soviética y Europa del Este. La ultraderecha nacionalista

comenzó a recoger los votos de una masa creciente de ciudadanos frustrados y encolerizados. Josef Joffe, director del diario alemán *Die Zeit* explicaba en 2017 que «sólo un 34% de los votantes de Alternativa para Alemania (AfD) se inclinaron por el partido por convicción. Más del doble votó por ellos por simple decepción con los partidos establecidos. La misma lógica era aplicable al resto de Europa. Esta reacción se podía resumir en la actitud del “nos sentimos traicionados y abandonados”». Su resumen era que «la ira vence a la agenda política»[178].

El diagnóstico que explicaba el ascenso de AfD era también muy preciso. Alemania, un país políticamente dominado por el centro desde el final de la Segunda Guerra Mundial —la alternancia democratacristianos (CDU) y socialdemócratas (SPD)— había visto cómo escalaba posiciones a gran velocidad un partido propiamente de derechas, en realidad de ultraderecha: Alternativa para Alemania, fundado en 2013 por un grupo de respetables profesionales, personajes como Bernd Lucke, profesor de Economía de la Universidad de Hamburgo; Konrad Adam, experiodista del *Frankfurter Allgemeine Zeitung;* o el antiguo militante de la CDU, Alexander Gauland. En las elecciones federales de septiembre de 2017, tan sólo cuatro años después de su fundación, la AfD obtuvo un 12,6% de los votos, accediendo por primera vez al Bundestag, con 94 parlamentarios. Y Joffe explicaba: «Su rechazo contra los discursos políticamente correctos y la compasión hacia las minorías, aproximándose a un racismo hasta ahora tabú, es de derechas. El clamor por la protección de las clases sociales más bajas es de izquierdas. La ansiedad que le provoca la inmigración y la globalización, junto a hostilidad hacia Bruselas, es tanto de izquierdas como de derechas»[179].

En realidad, la misma dicotomía izquierda-derecha estaba superada —en perjuicio de la izquierda— y lo que sucedía era que la ultraderecha estaba haciendo uso del arsenal ideológico de su rival en beneficio propio. Y eso ocurría en Alemania con AfD, en Francia con el Frente Nacional de Marine Le Pen, en Holanda con el Partido por la Libertad de Geert Wilders, en el Reino Unido con el UKIP, pero también a diversa escala, mayor o menor, en otros países del Viejo Continente. El mensaje de fondo era siempre el mismo: la izquierda histórica está moribunda, la nueva ultraderecha «populista» es también la nueva izquierda. Porque sólo el nacionalismo extremo con su determinación, organización y apoyos puede revertir la globalización, terminar con la recesión y evitar otra nueva en el futuro. De ahí el apelativo de «extrema necesidad» con el que se le ha llegado a tildar[180].

El régimen ruso, con su política exterior de influencia y apoyo a los partidos antisistema en general y ultraderechistas en particular, contribuyó a impulsar esa escalada. Y no solamente con respaldo financiero o político directo. Moscú dio, sobre todo, empaque internacionalista al fenómeno. Salvini, Marine Le Pen, Tsipras, Berlusconi eran todos ellos «amigos» de Putin, no un conjunto de políticos o estadistas aislados en su radicalismo. Como se publicitaba en RT, «Le Pen se alegró del triunfo de Tsipras» en las elecciones griegas. En la eficacia de esa maniobra se mezclaban la añoranza de muchos analistas por el simplismo interpretativo de los tiempos de la Guerra Fría —cuando «los rusos» parecían estar detrás de cualquier conspiración— con el recuerdo del «oro de Moscú» en los años treinta del siglo pasado, cuando la Comintern, paradójicamente, apoyaba la internacionalización de la izquierda.

Todo parecía sencillo de explicar y por ello tuvo un gran impacto en la imaginación popular. La confusión resultante ayudó todavía más. En algunos países apoyar a Rusia durante la guerra del Donbass pasaba por ser un gesto «antifascista» o de «izquierdas». Hasta el punto de que algunas unidades de voluntarios comunistas internacionalistas formaban junto a otras de ultraderechistas llegados de todos los rincones del mundo y rusos que hermanaban la efigie de Stalin con las SS bajo el *kolovrat* o símbolo pagano que utilizaban los neofascistas rusos o ucranianos.

Si por un lado la «confusión rusa» se extendía eficazmente, ahora se le añadía la «confusión americana», esto es, la influencia de la triunfante campaña de la *Alt Right* o «derecha alternativa» que iba a llevar a Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en 2016. En apariencia, el estilo americano sólo alcanzaba al mundo anglosajón, es decir, de forma más específica al ámbito político británico. Sin embargo, iba más allá por cuanto su radio de acción no sólo era puramente político sino también cultural. Esto es, en el sentido de crear una cultura de la ultraderecha que podía llegar a cualquier país de una forma u otra. Porque el hecho era que el ascenso de la nueva ultraderecha no sólo era una cuestión de programas políticos más o menos fantasiosos, de políticos en campañas electorales y de debates parlamentarios. Se había ido erigiendo toda una nueva corriente de opinión que en buena medida surgía de la tergiversación y el parasitismo de la cultura de la izquierda radical y alternativa. En ese cambio de percepciones, las redes sociales iban a desempeñar un papel importante, aunque quizá no tan fundamental como se ha afirmado en numerosas ocasiones.

De los muros a las pantallas

Desde luego y a primera vista, en el quincuagésimo aniversario de las protestas acaecidas en el París de Mayo de 1968, parecía existir una clara relación de familiaridad entre la imaginativa colección de grafitis en las paredes de la capital francesa («Prohibido prohibir. La libertad comienza con una prohibición»; «La playa está debajo de los adoquines»; «Decretamos el estado de felicidad permanente»; «Tomemos en serio la revolución, pero no nos tomemos en serio a nosotros mismos»; «El patriotismo es un egoísmo en masa») y los tuits y actitudes de los internautas de la *Alt Right* americana, de los populistas de derechas, de los ultras iconoclastas, medio siglo más tarde. En este sentido, el periodista especializado John Herrman afirmaba que «Si hay algo parecido en la derecha [con respecto a la izquierda radical] es la apropiación gradual de la palabra "alternativa": una apropiación que, por falta de reclamaciones más enérgicas por parte de decadentes periódicos alternativos o periodistas de izquierdas, parece estar funcionando»[181].

Por supuesto que poco tenía que ver en el contenido y la forma: el romántico lirismo revolucionario de aquellos años con la zafiedad del mero insulto, el idealismo ingenuo con la voluntad rompepelotas. Pero la intencionalidad era similar: aquellos contestatarios y los de comienzos del siglo XXI buscaban *épater le bourgeois*, escandalizar a los biempensantes, avivar el conflicto generacional. Más en concreto, los de la nueva ultraderecha, armados con esa retórica, buscaban destronar a los herederos del 68, que habían terminado por imponer su pensamiento políticamente correcto como defensa de sus privilegios de casta. En palabras del profesor Marcos Reguera: El movimiento de la *Alt Right* es una respuesta similar a la de

los jóvenes de Mayo del 68. Unos se rebelaron contra la conservadora sociedad moralista de posguerra, mientras que los otros se rebelaron contra la moralización de la lucha por la justicia social. Ambos se rebelan contra el pensamiento convencional de su momento histórico en nombre de la libertad: en el 68 produciendo una izquierda alternativa, una versión del comunismo antiautoritario; en 2016 una derecha alternativa que, en sus propios términos, dice luchar contra el totalitarismo y la censura de lo políticamente correcto[182].

La vinculación entre aquel Mayo del 68 de la izquierda radical y la actual derecha alternativa no es ya, a día de hoy, una rareza interpretativa. En una meritoria obra que explora la cultura de la *Alt Right* americana en internet, investigada por la antropóloga Angela Nagle, esta puntualiza que «la habilidad de la nueva ultraderecha actual para apropiarse de la estética de la contracultura, las transgresiones y el inconformismo nos dice mucho de la naturaleza del nuevo *establishment* progresista contra el que se define.Tiene más en común con el eslogan del 68 “¡Prohibido prohibir!” que con cualquier cosa que se pudiera identificar como con la derecha tradicional»[183].

Dicho de otra forma, lo que contaba no era tanto la similitud de actitudes concretas como el marco genérico en el cual la antigua *New Left* vendría a equipararse con un nuevo fenómeno, la *Alt Right.* Ese contexto se establecería, por tanto, en torno a la idea de que en 1968 cobró carta de naturaleza lo que se puede definir como una izquierda antisistema. Ya por entonces se ensayaron fusiones osadas, como el «nazimaoísmo», en la Facultad de Jurisprudencia de Roma-La Sapienza[184]. Y los meses y años posteriores, la reacción continuó. No tardó en aparecer el anarcofascismo, por ejemplo. Comenzaron a utilizar el concepto los británicos del grupo Black Ram a comienzos de los ochenta

y unos años más tarde, el ideólogo francés Hans Cany le dio forma teórica, aunque más como matiz nacionalanarquista.

La huella de la **Nouvelle Droite**

Ahora bien, una parte de esa evolución se debió al impulso de transgresión indiscriminada que propició la época, la década de los 2010; y la otra tuvo una relación directa con el ya mencionado fenómeno de la *Nouvelle Droite,* el *think tank* de Alain de Benoist, surgido a raíz de Mayo del 68. Este parentesco era lógico si se considera que la *Nouvelle Droite* surgió como instrumento de reacción ideológica contra la nueva izquierda, pero utilizando sus mismos recursos, sus ideas y actitudes. Se buscaba la ruptura, pero había continuidad. Y esto resultaba tanto más viable cuando esa nueva izquierda del 68 incorporaba influencias de aquí y allá. Por supuesto, la nueva derecha estaba ya haciendo lo mismo por aquella época. Y se centraron en la idea de que el cambio cultural y social antecede al político. Quedan recuerdos incluso hoy en día de hasta qué punto fue aprovechada esa propuesta. El mismo Andrew Breitbart, el fallecido gurú de la *Alt Right* americana, solía decir que «la política siempre se encuentra río abajo de la cultura»[185].

De hecho, incluso la popularidad de Gramsci está ligada al auge de la nueva izquierda, a finales de los sesenta y principios de la década siguiente, que es cuando se relanza el interés por su obra en Europa y toda América, Norte y Sur. El auge de su influencia se sitúa en los años ochenta, y el interés por sus trabajos sobrevive al declive del interés por el pensamiento marxista a partir de 1989. A comienzos del siglo XXI se calculaba que el material publicado en torno a su obra ascendía a unos diez mil títulos en treinta

idiomas. Según una estudiosa de su obra, «las ideas de Gramsci han llegado a ocupar un lugar muy especial en las teorías y estrategias posmarxistas más conocidas de la izquierda política»[186]. El conocido ideólogo italiano influyó en toda una serie de temáticas que atrajeron a la denominada izquierda populista en años posteriores, desde el postcolonialismo y las relaciones Norte/Sur a la modernidad y la posmodernidad, y sobre todo, las dimensiones sociopolíticas de la cultura popular.

Las aportaciones de Gramsci al concepto de cultura, que surgía de la necesidad que a priori tenía cualquier revolucionario por comprender las realidades culturales que deberían transformarse, influyeron en muchos antropólogos. Pero, en todo caso, la noción gramsciana de cultura venía inextricablemente unida al concepto de clase, porque el éxito de un movimiento revolucionario dependía de su popularidad entre la masa.

De una manera u otra, la nueva ultraderecha se fue apropiando de estos planteamientos o, al menos, la parte de ellos que más le convenía para su estrategia. Alain de Benoist estudió la obra de Gramsci y entresacó con habilidad una estrategia que, medio siglo más tarde, empezaría a dar resultados en Occidente. Por ejemplo, la idea de lo importante que era la sociedad civil en Occidente: En las sociedades desarrolladas, no es posible la toma del poder político sin la previa captura del poder cultural (…) El «paso al socialismo» no pasa ni por el *putsch* ni por el enfrentamiento directo, sino por la subversión de los espíritus. El premio de esta «guerra de posiciones»: la cultura, que es el puesto de mando de los valores y las ideas. Gramsci rechaza a la vez el leninismo clásico (teoría del enfrentamiento revolucionario), el revisionismo estaliniano (estrategia del Frente Popular) y las tesis de Kautsky (constitución de una vasta

concentración obrera). El «trabajo de partido», pues, consistiría en reemplazar la «hegemonía de la cultura burguesa» por la «hegemonía cultural proletaria». Conquistada por valores que ya no serán los suyos, la sociedad vacilará sobre sus bases. Y entonces será la hora de explotar la situación sobre el terreno político. De ahí el rol designado a los intelectuales: «ganar la guerra de posiciones por la hegemonía cultural»[187].

Por lo tanto, la insistencia de la *Nouvelle Droite* en dejar de lado el debate sobre las razas para poner en el centro a las culturas[188], poseía un valor estratégico: las culturas eran el campo de batalla del poder. En el cambio de siglo, con los restos de la clase trabajadora convertidos despectivamente en *chavs*[189], o sustituida parcialmente por subproletariado de inmigración llegado de los cuatro rincones del mundo, la nueva ultraderecha pudo ya beneficiarse de una situación muy ventajosa. La reivindicación de la propia cultura —normalmente en un tono supremacista— se podía presentar como un acto perfectamente progresista que de paso difuminaba las diferencias de clase y reunía a todos bajo una misma bandera. También materializaba en una estrategia concreta el rechazo a la globalización, algo en lo que coincidían ultraderecha e izquierda radical, pero que esta parecía incapaz de gestionar.

El acierto en la «reconversión» de Gramsci fue de tal envergadura que no sólo la ultraderecha del siglo XXI lo reivindicó: incluso la derecha conservadora lo hizo. El número de enero/marzo de 2017 (n.º 53) de *Cuadernos de Pensamiento Político FAES*, órgano oficial del Partido Popular español (PP), dedicaba ocho páginas a una entrevista sobre Gramsci a cargo del profesor italiano Franco Lo Piparo, autor de un conocido ensayo sobre ese autor. En ella, el experto reclamaba un ejercicio de

madurez para «revisar sin perjuicios ideológicos» la vida y obra de Gramsci[190].

Durante la Gran Recesión, e incluso antes, la apropiación de la herencia de la izquierda radical por el ultranacionalismo y la derecha dura les aportó «respetabilidad progresista» a ojos de muchas personas que creían en la eficacia de una tendencia política capaz de cambiar las cosas y detener la profesión del neoliberalismo triunfante en la Guerra Fría, que estaba llevando al mundo a la globalización y la crisis. Por otra parte, y gracias a la reivindicación de Gramsci y otras figuras de la izquierda, la Nueva Derecha había logrado revestirse de una honorabilidad que difuminaba la turbia relación con el pasado fascista o nacionalsocialista de los años treinta y cuarenta del siglo XX[191].

Estados Unidos: leninistas de derechas y cultura chanera

Ese fenómeno no sólo se produjo en Europa. En Estados Unidos también tuvo lugar una evolución en paralelo desde los movimientos de la *New Left* de finales de los sesenta del siglo XX a la *Alt Right,* medio siglo más tarde. Allí, el meteórico ascenso de la ultraderecha y el populismo, personificados en la victoria electoral de Donald Trump en las elecciones de 2016, pilló a la mitad de la nación por sorpresa. Sin embargo, la evolución desde la contracultura de izquierda de los años sesenta a la presente *Alt Right* no ha sido un fenómeno tan contrastado como en Europa, debido a la peculiar cultura política estadounidense.

En un interesante artículo del sociólogo Cihan Tuğal[192] se traza este recorrido desde 1968, en lo que tuvo de «revuelta contra los excesos estatalistas y burocráticos del

estalinismo, la socialdemocracia y el New Deal». El espíritu libertario —en sentido americano[193]— «alimentó el antiestatismo neoliberal (con el) resultado de la subsiguiente división de la izquierda, entre nihilistas post-modernos y liberales de izquierdas». A partir de ahí, el proyecto del llamado liberalismo de izquierda evoluciona en un sentido en que se combinan gestos y estrategias progresistas con políticas de facto restrictivas: la inclusión social en términos de raza, género y orientación sexual reemplazó a la igualdad. Como escribe el mismo Cihan Tuğal: Durante más de tres décadas, la inclusión aumentó en términos de raza, género y orientación sexual, pero la masa en sí se redujo. Así que sí, los hombres y mujeres negros y latinos, incluso los musulmanes, obtuvieron lugares prominentes en instituciones con las que antes apenas podían soñar, pero la población carcelaria negra y latina en los EE. UU. aumentó, al igual que la cantidad de musulmanes bombardeados, embargados y privados de comida por los Estados Unidos[194].

Al final esta evolución no contentó a amplios sectores de la sociedad americana, y quebró definitivamente con la Gran Recesión de 2008. El *establishment,* esto es, tanto la izquierda liberal como los progresistas, quedó atrapado en este juego liberal de «diversidad» e «inclusión» impulsada por la élite. La izquierda, a su vez, renunció a la lucha de clases para inscribirse en esa dinámica que implicaba asegurarse el apoyo de los segmentos medios urbanos modernos, de izquierdas o de liberales de izquierdas y los distintos subsegmentos de las clases trabajadoras, añadiendo un énfasis especial en cuestiones de corrección política[195].

Todo ello no deja de asemejarse al proceso sociopolítico vivido en Europa occidental tras el final de la Guerra Fría, impulsado por un centro derecha neoliberal y por una

izquierda socialdemócrata. Cierto es que en Estados Unidos el fenómeno parece haber tenido un desarrollo y un desenlace acordes con la dinámica específica de su cultura política. Sin embargo, la estrategia de la nueva ultraderecha para hacerse con el legado de 1968 resultó muy parecida.

Cihan Tuğal acaba su artículo refiriéndose a Steve Bannon, líder intelectual de la derecha alternativa norteamericana y estratega jefe de la Casa Blanca durante la administración del presidente Donald Trump en los primeros siete meses de su mandato. Bannon llegó a definirse a sí mismo como un *leninista:* «Lenin (…) quería destruir el Estado, y este es mi objetivo también. Quiero derrumbarlo todo y destruir el *establishment* actual». Bannon no se quedó en esta breve semblanza. A partir de la célebre obra de Lenin *¿Qué hacer?* (1902) y de la frase: «Si no puedes construir un partido, paralízalo; contornéalo; y tómalo», sugiere la escalada del Tea Party dentro del Partido Republicano, previa paralización del mismo, precisamente para favorecer el ascenso de Trump hacia la presidencia[196].

En realidad, la atracción por el leninismo como inspirador de la derecha dura y «resolutiva» venía muy de tiempo atrás, de los años setenta del siglo XX, cuando, paradójicamente, un grupo de trotskistas americanos —James Burnham, Max Kampelman y Gertrude Himmelfarb, entre otros—, cuya figura más conocida era Irving Kristol, padre reconocido del neoconservadurismo, «consiguen fraguar un *mix* ideológico que integra el fundamentalismo religioso y el leninismo como práctica política»[197]. Posteriormente, los neocons integrarán esa filosofía, cuando pasen a ocupar el centro de la escena reaccionaria en un momento en el que todavía no tenían que vérselas con la *Alt Right*. El ideario liberal-conservador se ve así

revolucionado con un dogmatismo y una agresividad que desplaza al relativismo y el pragmatismo. Lo único importante es convencer, aunque sea a costa de la manipulación. «Poder», «Estado» y «enemigo» son conceptos que se utilizarán con fruición, y el recurso a la manipulación no se descarta si se trata de mantener el poder. Personajes característicos de esta corriente en Estados Unidos de la presidencia Bush hijo fueron Paul Wolfowitz, subsecretario del Ministerio de Defensa de Estados Unidos y el décimo presidente del Banco Mundial, y John Bolton, el gran animador de infinidad de centros de investigación e institutos de política conservadores, que en 2018 terminó como consejero de Seguridad Nacional de Trump.

Pero sobre todo, la generación de neoconservadores surgidos de la izquierda radical, trotskista, leninista o cualquiera que fuera la tendencia, mantenían un estilo de crítica aprendido en la izquierda marxista que incluía la «capacidad de diagnosticar problemas en relación con sus orígenes, lógica interna y estructuras dominantes», una comprensión profunda de la izquierda y, mejor aún, de la nueva izquierda, que ahora combatían; una seguridad y un dogmatismo de los cuales carecían los conservadores convencionales ligados a la tradición filosófica cristiana[198].

Por lo tanto, el fenómeno de los leninistas o trotskistas de derecha no era tan innovador y propio de la *Alt Right* o la *Alt Lite* [variante no supremacista blanca de la *Alt Right*] de la primera década del siglo XXI. De otra parte, no implicaba «inyectar izquierda» en la derecha ni prestarle alguna forma de presunta superioridad moral. En términos de Alain de Benoist en un reciente ensayo, el «conservador de izquierdas» no era el resultado de una inflexión reaccionaria sino la consecuencia de un análisis crítico y

riguroso, por su parte, de la naturaleza y el funcionamiento del capital[199].

Al final todo ello redundaba en que para Alain de Benoist, recurriendo a Gramsci, Lenin no hubiera podido hacer la revolución hoy en día a tenor de la importancia que ha cobrado la sociedad civil en Rusia, a diferencia de lo que sucedía en 1917. En realidad, para muchos rusos ni siquiera fue un revolucionario, sino un golpista; y un poco por todo ello, Steve Bannon pudo permitirse el lujo de citar *¿Qué hacer?* de Lenin, dado que el enemigo vencido y anulado es susceptible de ser reutilizado impunemente.

Más allá del juego transversal con las ideas políticas de la izquierda, en el surgimiento de la nueva ultraderecha jugaron también un papel importante las redes sociales, aunque de una forma más bien eruptiva. El origen del fenómeno, según fue estudiado por la antropóloga Angela Nagle, se sitúa en el viraje emocional que vivieron las redes sociales entre 2012 y 2016. En esencia, esa transformación, gestionada por los mismos usuarios, es un problema de sobresaturación de buenismo y *clictivismo* o «activismo de sillón». Si bien las redes sociales más utilizadas (Facebook, Twitter, Badoo, Myspace, Tumblr, YouTube) surgieron entre 2003 y 2007, será a comienzos de la década de 2010 cuando se desarrolle con gran fuerza la denominada ciberutopía: la teoría de que las redes sociales por sí mismas podían mejorar la vida de las personas en todo el mundo e incluso desencadenar verdaderas revoluciones digitales sin líderes. Teóricos como Heather Brooke, Manuel Castells o Paul Mason eran conocidos ciberutopistas que profetizaban el final de las barreras sociales tradicionales, las cuales serían reemplazadas por valores de colaboración y transparencia. Toda una sociedad en red que en los años de la Primavera Árabe, las protestas de los indignados, el movimiento Occupy Wall Street, el

hackerismo politizado (Anonymous, Wikileaks) parecía poder cambiar el mundo en un sentido más justo e igualitario, sin la intervención de las grandes potencias o los poderes políticos.

Al margen de los desengaños que supusieron el estallido de la Gran Recesión, el fracaso de la Primavera Árabe, el desconcierto del populismo o la constatación de que los grandes movimientos de masas del periodo 2000-2011 no habían sido ni mucho menos tan espontáneos, las redes sociales experimentaron en sí mismas una fatiga por el recurso intensivo y cotidiano a la corrección política, el puritanismo o el buenismo, empaquetado en memes y viralizado. Se suele considerar el arranque en fuerza de esa tendencia con la potente viralización del vídeo *Kony 2012*[200], producido por una ONG que buscaba generar solidaridad internacional para detener a Joseph Kony, el principal dirigente del grupo guerrillero paramilitar keniata denominado Ejército de Resistencia del Señor, compuesto por acholis católicos y volcado en el fundamentalismo. No se entiende que por sí misma la temática del vídeo alcanzara 70 millones de visualizaciones en muy poco tiempo (posteriormente llegaría a los 100 millones) y recaudara cinco millones de dólares en las primeras 48 horas. Las razones de tan extraordinario éxito fueron básicamente técnicas: *Kony 2012* fue una obra perfectamente ideada para generar viralización y remover la fibra sensible del espectador[201].

Después de *Kony 2012* llegaron otros muchos memes, generando en el usuario, como reacción, la «inevitable carrera por mostrar la propia virtud»[202]. Era un fenómeno que, en principio, estaba al margen de la política, aunque se trataba de un característico producto de la globalización. Sin embargo, si la actitud de censura y corrección política en crecimiento tuvo alguna firma, fue

básicamente desde el centro izquierda liberal al progresismo intelectual y/o universitario, «muchas veces con acusaciones a la ligera de misoginia, racismo, capacitismo, gordofobia, transfobia y demás»[203]. Después llegaron las guerras culturales y campañas entre la propia izquierda, siempre online. En Estados Unidos saltaron a la red las ofensivas contra el veterano senador progresista Bernie Sanders y candidato a la presidencia en 2015-2016 compitiendo con Hillary Clinton. Esos ataques, en muchos casos infundados, se unieron a los de la derecha más reaccionaria. Algo similar sucedió en Gran Bretaña cuando medios progresistas del *establishment* se tiraron piedras contra su propio tejado criticando al líder laborista Jeremy Corbyn[204].

La situación de saturación de lo que Angela Nagle denomina «prioridades absurdas de la política performativa progresista occidental y de la histeria online que la solía caracterizar» experimenta un momento de giro a finales de mayo de 2016. Por entonces, guardias del Zoo de Cincinnati mataron a tiros al gorila Harambie ante la duda de si el animal protegía o no a un niño que había caído en el foso. En esta ocasión, tras las previsibles muestras de emocionalidad, indignación y condena en la red, comenzó a aflorar una oleada de ironía reactiva, de burla cínica, que disparó la consagración de una cultura trol que arrastró a millones de personas. El chiste privado se transformó en público y la avalancha aupó a su vez a toda la descarnada subcultura online de la *Alt Right* y la *Alt Light;* eso en plena recta final de la campaña electoral estadounidense, a medio año escaso de la victoria de Donald Trump.

En poco tiempo, los foros de la ultraderecha americana reutilizaron a su favor las bromas y comparaciones con el caso Harambie en sus memes, y una gran masa de usuarios de redes sociales empezaron a simpatizar con ellos.

Recurriendo al símil argumental del film *Gremlins* (Joe Dante, 1984), las redes sociales se estaban volviendo «malas» en contraste con el buenismo del anterior periodo ciberutópico, basado en el *clictivismo* o «activismo de sofá». El carburante de la nueva ola era la transgresión, de una forma similar a las que estaba en la base de aquel Mayo del 68. La intención básica era parecida: *épater les bourgeois,* ir contra el *establishment* (no sólo el progresista, sino también el conservador, el mundo de los *cuckservatives*[205]), los «mayores», la autoridad, la corrección política. Se sucedieron los *linchamientos* en manada, los episodios de *doxxing* —revelación de datos personales de la víctima para que sea acosada—, las bromas pesadas, los *flames* o mensajes provocadores, el *shitposting* («postear mierda»: forma de sabotear o manchar una discusión con contenidos pobres y agresivos), el troleo RIP en torno a los recién fallecidos o el antifeminista.

Inicialmente toda esta reacción parecía eruptiva y descabezada, como los ciberutopistas decían de las «revoluciones» de 2000-2011. Pero, como es lógico, no tardaron en definirse tendencias, plataformas, líderes de opinión e *influencers*. Lógicamente, fueron muy numerosas, algunas de ellas de vida breve o perfil difuso. Pero en algunos casos alcanzaron gran notoriedad y pronto alumbraron a personalidades concretas. Uno de los núcleos originarios fue el foro 4chan (más tarde trasladado al 8chan), donde se juntaban usuarios que, básicamente, compartían su afición por el *anime* y *manga* japonés. Con el tiempo crearon una subcultura propia en torno a referencias a videojuegos, cultura gay, bromas cibernéticas, sexo y asuntos políticamente incorrectos. Sobre todo en el apartado /b/, de miscelánea y temáticas más comprometidas, se concentró todo un mundo de

pornografía friki, imágenes gore, fantasías extremas, racismo o misoginia. Lo que hacía atractivo al foro 4chan era que los usuarios no necesitaban registrarse y la mayoría figuraban como anónimos. Allí se podía decir o colgar lo que se quisiera. En 2008, un comentarista escribió que esa «comunidad juvenil y lunática era a la vez brillante, ridícula y alarmante»[206].

De cualquier forma, las contribuciones en 4chan no eran nada sofisticadas ni poseían profundiad intelectual. Las referencias a films de culto como *El club de la lucha* (D. Fincher, 1999), *Matrix* (L. Wachowski, 1999) o *American Psycho* (M. Harron, 2000) eran quizás el material más intelectualmente refinado que se podía encontrar. Básicamente, el foro era una gran plataforma de contacto a partir de la cual grupos de usuarios podían llevar a cabo acciones colectivas, la mayoría de ellas punitivas: acosar a algún perfil en concreto, bromas pesadas recurrentes contra el cantante Justin Bieber y sus fans, *hackeo* de cuentas o web de celebridades, ataques masivos contra redes sociales —normalmente como represalia—, o por la «libertad de expresión», incluso en alguna ocasión dirigidas contra la SGAE o el Ministerio de Cultura españoles (octubre de 2010)[207]. Y además, y sobre todo, 4chan que es a día de hoy uno de los foros de imágenes con más tráfico de internet a escala mundial. El resultado fue una genuina «cultura chanera» donde cualquier manifestación de iconoclastia religiosa, sexual, personal o política era aceptada y aireada por esa gran fábrica de memes.

Fundada en 2003 en el cuarto de su casa por un adolescente de quince años, sin inversión alguna, 4chan tenía 750 millones de visitas al mes en 2011[208]. Su potencia y simplicidad hicieron de ese foro un ariete contra las redes de los ciberutopistas y el internet de los biempensantes y progresistas. La gran gamberrada de

millones de jóvenes y adolescentes entroncó con el espíritu de la *Alt Right* y su candidato a la presidencia, un hombre rijoso con fama de acosador y que desde la televisión o su cuenta de Twitter podía decir verdaderas barbaridades, atacando a la prensa o incluso a parte del *establishment.* En un sentido bastente estricto, Donald Trump parecía un candidato fabricado en 4chan, y por ello no era casual que el meme de la Rana Pepe *(Pepe the Frog),* que simbolizaba a Trump y por extensión a toda la *Alt Right* hubiera salido del mismo foro[209]. Un ámbito en el cual se habían organizado implacables campañas de ciberacoso, como la llevada a cabo contra Kathy Sierra, bloguera y periodista especializada en tecnología digital. La brutal agresión —que incluyó amenazas de muerte y violación, *doxxing* sobre ella y su familia y atroces imágenes trucadas— se desencadenó como respuesta al apoyo de la periodista para que se moderasen los comentarios de los lectores de los medios[210].

El foro 4chan fue un puntal importante en «esa colección de tendencias separadas que crecieron de manera casi independiente unas de otras, pero que se unieron bajo el estandarte que supuso la irrupción de la cultura política contraria a la corrección a través de las guerras culturales de los últimos años», según Angela Nagle[211]. Sin embargo, los medios directamente ligados a la *Alt Right* terminaron por darle forma política a la inquietud, a veces un tanto bohemia e infantil, contra la corrección política del progresismo. Y aquí sí que despuntaron líderes e *influencers*, aunque no siempre tuvieran la forma de respetables ideólogos políticos. Son bien conocidas figuras como Andrew Breitbart o Steve Bannon.

El primero fue el fundador de un periódico digital que lleva su nombre: *Breitbart News*, que sería prácticamente el órgano oficial de la *Alt Right*. Fundado en 2007, pronto

fue tachado de misógino, racista y xenófobo, un medio aficionado a las *fake news* y a las teorías conspirativas. Sin embargo, el medio dio un salto cualitativo cuando Steve Bannon se hizo con la dirección de *Breitbart News* en 2012, a la muerte del fundador Andrew Breitbart. Aunque el término *Alt Right (Alternative Right)* fue acuñado en 2008 por el historiador Richard Spencer para describir a los derechistas estadounidenses que se sienten «profundamente alienados, intelectualmente, incluso emocional y espiritualmente, del conservadurismo estadounidense»[212], fue Bannon quien le dio forma propiamente desde *Breitbart*. En este caso, el tono era políticamente más articulado que el troleo gamberro del 4chan o foros afines como Reddit. También era más específicamente racista, antisemita y neofascista de lo que podían dejar entrever las sutilezas intelectuales de la *Nouvelle Droite* europea. Incluso se consideraba que el tono del *Breitbart* de Bannon era «el retroceso más importante contra la sociedad multicultural y plural desde el Klan de 1920», según el periodista de investigación experto en la ultraderecha americana, Chip Berlet[213]. Pero el hecho fue que Bannon «profesionalizó» —en sus propias palabras— la cacofonía airada de la *Alt Right* a base de cabalgarla y liderarla. El mismo Matthew Boyle, editor político de *Breitbart*, llegó a decir que «si hay una explosión o un incendio en alguna parte, Steve probablemente esté cerca con algunos fósforos»[214].

Como quedó claro en un discurso que dio en el Vaticano en 2014, Bannon tenía conciencia y voluntad de ser el ideólogo, estratega y máximo difusor de la naciente *Alt Right*[215]. Y no sólo de quedarse en Estados Unidos: Miren, creemos —firmemente— que hay un movimiento Tea Party global. Hemos visto eso. Fuimos el primer grupo en ponernos a ello y comenzar a informar sobre cosas como

UKIP y Front National y otros [movimienos de] centro derecha. Con todo el bagaje que traen esos grupos —y créanme, muchos de ellos traen un montón de equipaje, sobre asuntos étnicos y raciales— pero creemos que todos trabajaremos tranversalmente con el tiempo.

> Lo central que nos une a todos es un movimiento populista de centroderecha de la clase media, los hombres y mujeres que trabajan en el mundo y que simplemente están cansados de obedecer al dictado de eso que llamamos el partido de Davos. Un grupo de, más o menos —no somos teóricos de la conspiración, pero algo hay, y pude ver esto cuando trabajé en Goldman Sachs—, gente en Nueva York que se sienten más cercanas a personas en Londres y en Berlín que de la gente en Kansas y en Colorado, y tienen más de esta mentalidad de élite por la cual dictan a todos cómo hay que mover el mundo[216].

De hecho, Bannon manejaba planteamientos burdos que decía haber destilado de sus estudios sobre una amplia variedad de precedentes históricos y políticos, desde la historia y obras de los hermanos Graco en la antigua Roma hasta el pensamiento de Benito Mussolini y otros muchos referentes más, hasta configurar e impulsar una revuelta nacional-populista internacional contra las «élites globalistas»[217]. Por lo tanto, Bannon intentaba demostrar una capacidad intelectual sintética como para influir en las altas esferas de poder postulándose como una especie de «Dugin americano», aunque de mucho menor rango intelectual. Imagen que se completaba con su labor de propulsor político de Donald Trump, cuando fue nombrado jefe de su campaña electoral hacia la Casa Blanca[218]. Por entonces la prensa americana lo desconocía todo de un personaje que no pasaba de ser un hombre de negocios más bien frustrado y cuya virtud principal parecía ser la de estar en el sitio adecuado en el momento preciso[219]. Sin embargo, esa apreciación iba más allá del momento puntual de la campaña de 2016, dado que aprovechando su posición central en el tablero, Bannon supo cómo hacer

confluir y coordinar un conjunto de fuerzas que manifestaron su potencia de forma inesperada, hasta para sus propios protagonistas.

En efecto, Bannon y *Breitbart News* fueron la correa de transmisión entre la acción política de la *Alt Right,* ese círculo más amplio y cultural que era la *Alt Light,* la cultura chanera de los foros y las publicaciones online intelectualmente más sofisticadas como Radix o abiertamente neonazis y del Klan. Una de las mejores referencias para moverse por ese laberinto es un reportaje publicado en *Breitbart* y titulado: «An Establishment Conservative's Guide To The Alt-Right», firmado por Allum Bokhari y Milo Yiannopoulos (29 de marzo de 2016)[220].

Esta publicación posee un especial interés por cuanto el mismo Milo fue una estrella de la *Alt Right* en internet. Pasó por varios perfiles: editor de una revista online de tecnología, tertuliano, troll y, sobre todo, judío católico y activista gay. A partir de ahí, Milo se convirtió en el flagelo de la corrección política, el feminismo, el islam o el antirracismo. Su estilo escandaloso y pasivo-agresivo —buscando incluso que prohibieran sus charlas—, así como su expulsión de Twitter, lo catapultaron a la fama. Pero sobre todo, su desconcertante perfil contribuía a «actualizar» la figura del neofascismo y la ultraderecha y descolocar a la izquierda radical y el progresismo. Desde hacía años era conocida la condición homosexual de algunos líderes de la ultraderecha europea: el holandés Pim Fortuyn, fundador del partido que llevaba su mismo nombre, católico devoto y asesinado en 2002; Jörg Haider y tras su muerte en 2008, su sucesor Stefan Petzner al frente del partido austriaco Unión para el Futuro (BZÖ); Julien Odoul, Bruno Clavier, Sebastian Chenu o Florian Philippot, del entorno de Marine Le Pen[221]. Años más tarde, Alternative für Deutschland (AfD) llevó a cabo un

verdadero *pinkwashing,* presentándose como partido *gay friendly,* lo que incluía un grupo de interés federal de homosexuales en el partido. Una de sus líderes, Alice Weidel, estaba casada con una mujer de origen esrilanqués; otros conocidos personajes relevantes de AfD eran André Yorulmaz, de origen turco; Thomas de Jesus Fernandes, diputado en el Parlamento de Mecklemburgo-Pomerania Occidental; Frank-Christian Hansel, diputado en el *land* de Berlín, o David Berger, bloguero, teólogo y antiguo redactor jefe de la revista gay *Männer*. Berger votaba por AfD, según sus palabras, «para poder vivir en el futuro en Berlín como un hombre gay sin miedo a la homofobia islámica»[222].

En Estados Unidos, los grupos gais de la *Alt Right* eran manifiestamente antifeministas, por identificar a las mujeres de esta tendencia política como izquierdistas o progresistas. En este sentido, los imitadores de Milo, en base a la provocación y transgresión sistemáticas, resultaban ser más propios del «68 inverso» que los ultraderechistas gais en Europa. Estos decían escoger esa nueva opción por miedo al supuesto machismo de la amenaza que suponía, para ellos, la inmigración; esto es, la cultura de base homofóbica de árabes musulmanes y subsaharianos. En Estados Unidos, *influencers* como Milo o teóricos del masculinismo gay como Jack Donovan proponían a los gais como salvadores de la civilización occidental contra el feminismo y el islam[223]. Estas actitudes emparentaban a su vez con el fenómeno de la «hombresfera», todo un amplio espectro de activistas de la masculinidad en internet y que iban del antifeminismo a la misoginia: foros como The Red Pill (La Pastilla Roja); el neomasculinista Roosh V (sobrenombre de Daryush Valizadeh), con su web The Return of Kings; Paul Elam, que terminó por crear una web de «*doxxing* justiciero»

(Register-Her.com); Rossy in DC (James C. Weidman), como defensor de los derechos masculinos; el bloguero antifeminista Vox Day, y el movimiento MGTOW (Men Going Their Own Way), un grupo de hombres heteros que postulaban evitar las relaciones con las mujeres (no necesariamente el celibato), con varios niveles de compromiso[224]. En cierta manera, una respuesta, cincuenta años más tarde, al «manifiesto SCUM» de Valerie Solanas, feminista radical americana, que planteaba el exterminio del género masculino[225].

En su guía para entender la *Alt-Right,* Allum Bokhari y sobre todo el gurú Milo Yiannopoulos ennumeraban en marzo de 2016 las diferentes tendencias que orbitaban en los foros y blogs de esa denominación: los intelectuales (con Richard Spencer o Steve Salier y sus blogs VDARE y American Renaissance), la gente de la hombresfera (ya mencionada), aislacionistas, pro-rusos, conservadores frustrados con el dominio neocon del Partido Republicano. También los neorreaccionarios, dirigidos por el filósofo Nick Land y el científico informático Curtis Yarvin, surgido en los debates de LessWrong.com un blog del investigador de Silicon Valley, Eliezer Yudkowsky: desde él se urgía a los miembros de la comunidad a pensar como máquinas, más que como humanos, desgarrar la autocensura y la empatía, inhibir el pensamiento racional y comenzar así a demoler el igualitarismo, la democracia y el liberalismo. Después le dedicaban un apartado completo a los *meme team,* el equipo espontáneo de generadores de memes —esto es, 4chan—. Y explicaba: Estos jóvenes rebeldes, un subconjunto de la *Alt Right,* no se sienten atraídos por un despertar intelectual, o porque son instintivamente conservadores. Irónicamente, se sienten atraídos por la *Alt Right* por la misma razón que los jóvenes *Baby Boomers* se sintieron atraídos por la Nueva Izquierda en la década de

1960: porque promete diversión, transgresión y un desafío a las normas sociales que simplemente no entienden.

> Así como los niños de los 60 impresionaron a sus padres con promiscuidad, cabello largo y rock'n'roll, también lo hacen las jóvenes brigadas de memes de la derecha que impresionan a las generaciones anteriores con caricaturas escandalosas, desde el judío «Shlomo Shekelburg» hasta «Remove Kebab», una broma en internet sobre el genocidio de Bosnia[226].

Sin embargo, los autores del reportaje marcaban distancias con los denominados *1488s*. Esta denominación surgía de la referencia a dos consignas nazis clásicas: aquella de las 14 palabras («Debemos asegurar la existencia de nuestra gente y un futuro para los niños blancos») y el número 88, que coincidía con la octava letra del alfabeto repetida: la «H», por *«Heil Hitler»*. Cautelosamente, Milo explicaba que todo lo relacionado con el racismo y el fanatismo contemplados con ojos de la *Alt Right* tenía que atraer forzosamente a racistas e intolerantes «reales». Esos eran los 1488s, la oposición desde la ultraderecha a la *Alt Right,* inclinados a denunciar ese mismo reportaje en *Breitbart News* como «producto de un homosexual degenerado y un mestizo étnico»[227]. No faltó quien afirmara que esos chalados no eran sino una colección de nostálgicos y jugadores de rol, una «mezcla tóxica de chiflados y exconvictos» dedicados a «desacreditar a los identitarios blancos más razonables»[228].

Por supuesto, a la hora de la verdad, la gente del Klan y los racistas más intolerantes mostraron su fuerza en las calles de Virginia a partir del momento en que Trump llegó a la Casa Blanca. Y hubo líneas rojas para la transgresión que la derecha radical no permitió traspasar ni siquiera a Milo: en enero de 2017 salió a la luz un *podcast* grabado un año antes, en el cual el *influencer* defendía la pedofilia (incluso admitía jocosamente que él mismo había sido

víctima de abusos a manos de un sacerdote, cuando tenía trece años). Fue expulsado de *Breitbart News* y la prestigiosa editorial Simon & Schuster canceló la publicación de sus memorias por las que había percibido unas 250.000 dólares.

Todo este trasfondo de subcultura *Alt Right* y *Alt Light* y su correspondiente repercusión social en Estados Unidos ayuda a entender, en parte, la sorprendente victoria electoral de Donald Trump, a pesar de las revelaciones y escándalos sobre su agitada vida sexual pretérita y sus opiniones sobre las mujeres. Por entonces, en 2016, el candidato presidencial pecaminoso, lascivo y que manoseaba a las mujeres podía ser visto como un libertino, a la manera de Milo. Por lo tanto, era susceptible de ser presentado como una actitud política, más que por una conducta personal: Trump el liberador del feminismo progresista, y por lo tanto un político de la contracultura ultra, del «68 inverso»[229].

Los gurús europeos

Nada parecido sucedió en Europa, lo cual es una muestra de la específica vitalidad de la *Alt Right* americana con relación a las claves culturales propias. Pero sí existieron versiones autóctonas del estilo contracultural de la nueva «ultraderecha progre» que también generó un estilo iconoclasta de gran éxito entre decenas de miles de seguidores gracias a dinamizadores e *influencers.*

Uno de los iniciadores de esa tendencia fue el poeta y novelista Eduard Limonov, que regresó a la Unión Soviética en 1991 después de haber residido en Nueva York y París desde 1974, un total de diecisiete años. Sobre todo en París hizo buenos contactos con el mundo de la cultura y la política que configuraron decisivamente sus puntos de vista

y su imagen. Fue en la capital francesa donde publicaron su primera obra relevante, *Soy yo, Edichka* (1980), que allí se tituló, significativamente: *Le poète russe préfère les grands nègres* («El poeta ruso prefiere los negrazos»), en alusión directa al pasaje en el que describe cómo le practicó una felación a un negro desconocido en Nueva York, después de una pelea y posteriormente le instó a que lo sodomizara. Toda la escena está narrada con detalle y haciendo gala de un exhibicionismo que sería la marca característica del estilo Limonov[230] aunque claramente influido por Charles Bukowski. También en París cobró conciencia política, pero colaborando a la vez en medios de izquierda y de derecha nacionalista, por lo que la síntesis *nazbol* que pondría en práctica a su regreso a Rusia también tuvo un origen occidental. En realidad, Limonov fue una figura que recordaba a Dugin. Como él, su padre era un oficial de los servicios de seguridad, en este caso de la NKVD. Y también había salido de la Unión Soviética para buscar inspiración e ideas en Occidente. Pero ambos tenían personalidades marcadamente diferentes: el filósofo estaba volcado en la política, era un hombre amante de la teoría y resultaba un sistematizador y ordenador de ideas. Limonov era caótico, narcisista y desordenado, un hombre al que no le importaba acumular denuncias, condenas y arrestos: era un transgresor nato y, por tanto, provocador por vocación. Aunque hizo caso a Dugin y dejó el partido de Zhirinovski para fundar el Frente Nacional-Bolchevique, su nuevo socio pronto se cansó del torbellino que era Limonov y de su pasión por la violencia.

El líder nacional-bolchevique siempre tuvo una destacada proyección internacional como literato rebelde y antisistema, imagen que se consolidó con el gran éxito que le supuso a Emmanuel Carrère relatar su biografía, publicada en 2011, y traducida a numerosos idiomas[231]. Y

Limonov continuó explotando siempre esa faceta de escritor fascista hípster o «Mishima ruso». También gustaba mucho en Occidente su militancia contra Putin, aunque le superaba en patriotismo y nacionalismo panrruso. Su pose de combatiente voluntario por la causa de los serbios de Bosnia terminó de darle esa fama de maldito que le encantaba cultivar, y sus seguidores —muchos de ellos acabaron en la cárcel con fuertes condenas— le siguieron, cual modernos «garibaldinos eslavos», involucrándose en todo tipo de conflictos bélicos en los cuales Rusia —la Rusia derrotada y humillada en la Posguerra Fría— tuviera algo que decir. En cualquier caso, Limonov hizo mucho por lavar la imagen lúgubre del neofascismo dándole un aspecto romántico y desacomplejado que encandilaba a todo joven que quisiera provocar a sus mayores y al pensamiento políticamente correcto que imperaba en Europa. Pero sobre todo, contribuyó a expandir la idea de que el nacional-bochevismo no sólo era posible, sino también moderno y progresista; aunque en realidad su partido fuera un fraude político en el cual el bolchevismo brillaba por su ausencia.

Un equivalente en Francia fue —y es todavía— el popular cómico Dieudonné M'bala M'bala, de padre camerunés y madre francesa. Desde 2003 pasó de militar en causas izquierdistas y antirracistas al antisemitismo explícito y, más tarde, al Frente Nacional y el negacionismo del Holocausto[232].

En Francia es muy conocido por sus shows, muchos de los cuales se han vehiculado a través de YouTube. Producto de ellos es el invento de la *quenelle*, una suerte de saludo fascista voluntariamente reprimido, pero aún más provocativo por ello[233]. O la canción *Shoahnanas*, con la que se burla con desparpajo de la Shoah[234], el programa de exterminio nazi de los judíos. Dieudonné ha sabido sacar

partido de sus detenciones y multas, de YouTube, del descaro para reunir a varios miles de sus seguidores, por ejemplo, en el estadio Patonoire de Burdeos para cantar el *Shoahnanas* y hacer la *quenelle* en medio de sus shows humorísticos. Los homosexuales o el feminismo (el «imperialismo femenino») son también objeto de sus caricaturas aunque menos frecuentes que lo que él denomina antisionismo.

Dieudonné es uno de los ejemplos más claros de la «nueva gamberrada política» impune practicada por la ultraderecha troll, que ha terminado por mezclar el matonismo con la burla, el acoso con la unanimidad, el exabrupto con la defensa hipócrita de la libertad de expresión. En busca de un respaldo ideológico un poco más consistente, en 2004 «Dieudo» se acercó al filósofo Alain Soral, una de las figuras del confusionismo izquierda-ultraderecha, y líder de la asociación Égalité et Réconciliation, quien afirmaba reiteradamente que de haber vivido en nuestros días, Marx hubiera votado al Frente Nacional.

Por supuesto, que a lo largo de Europa se pueden encontrar miles de ejemplos de ese «68 inverso» que es tanto más transgresor por cuanto no lo reconocen —ni tienen una conciencia clara de su existencia— otros tantos miles de ciberactivistas de signo contrario o incluso «normies» de derecha o izquierda. *Normies:* es decir, «personas que usan las redes sociales y creen en la opinión popular. No piensan por sí mismos, si algo se considera “bien” lo harán, incluso si los convierte en monstruos: les importa más la opinión “estándar” proyectada por la sociedad que cualquier valor o creencia real»[235]. Para el usuario habitual de las redes sociales resulta muy difícil extraer visiones de conjunto. Internet es demasiado extenso y lo normal es que en el día a día se centre en el

nicho de contactos que refuerzan el rango de opiniones que prefiere leer o escuchar; y que muchas veces emiten comentarios sobre noticias que ni siquiera están contrastadas porque no provienen de diarios con una línea editorial. Pero ahí están: desde un *influencer* italiano de 52 años, desempleado, calabrés, cuyos *post* en Facebook contra los inmigrantes generan millones de likes[236], hasta el joven filósofo Diego Fusaro, estudioso de Karl Marx, mimado por las publicaciones alternativas europeas, seguidor del ideólogo comunitarista Costanzo Preve, que al final terminó desembarcando en el *Il Primato Nazionale*[237], esto es, el órgano de prensa de CasaPound, el proyecto neofascista okupa en Italia. Los veganos nazis que medio en broma medio en serio ofrecen recetas de cocina ocultos tras pasamontañas mientras hacen chistes antifeministas[238], o el escritor alemán de origen turco Akif Pirinçci, autor de éxito de novelas fantásticas sobre gatos criminales, que a la vez se ha revelado como un virulento antifeminista y antigay, opuesto a la inmigración y apoyo activo de PEGIDA, son otros ejemplos para Alemania[239]. E incluso los grupos musicales de tendencia ultra y neonazi que han proliferado en Europa, desde las diversas bandas griegas (Maiandros, Pogrom, No Surrender) a la difusión de la música supremacista en Suecia, desde el festival skinhead de Kuggnäs a los raps de Zyklon Boom, los skins de Ultima Thule o las bandas de Viking rock[240].

El fenómeno se extendió por toda Europa, incluyendo la «excepción española»; esto es, la falsa conciencia de que la fenomenología política de este país se basaba en los antecedentes históricos convenientemente reinterpretados en clave historicista, lo cual ahuyentaba los análisis de causa-efecto de ámbito internacional. A pesar de ello, habiendo entrado ya previamente por Cataluña con el apoyo de la CUP a la candidatura nacionalista Junts pel Si,

en enero de 2016, el fenómeno de la «necesaria alianza contranatura» se hizo viral en septiembre de 2018 con un artículo firmado por dos veteranos líderes e ideólogos de la vieja izquierda comunista (Julio Anguita y Manuel Monereo) y otro de Podemos (Héctor Illueca) alabando el denominado Decreto Dignidad[241] promulgado por el gobierno italiano de coalición Liga-M5S en agosto de ese mismo año[242]. A pesar de que esa iniciativa había sido impulsada por el M5S y se presentó como un «varapalo» a la Liga, Salvini no tardó en reivindicarlo en la acción conjunta de gobierno y pronto pasó a ser considerado, a escala internacional, un decreto del «gobierno Salvini». La iniciativa provocó fuertes críticas desde la izquierda, aunque más como síntoma de lo que se percibía como un deterioro importante del partido Podemos que como síntoma del callejón que era el concepto «populismo de izquierdas».

De hecho, en el campo del independentismo catalán, la hipótesis de que la herencia de la izquierda podía pasar a formar parte de las nuevas campañas del nuevo nacionalismo radical también se convirtió en un lugar común. Tras la trágica muerte accidental de Muriel Casals, presidenta de la asociación catalanista e independentista Ómnium Cultural, un articulista de esa misma tendencia puso de relieve el pasado comunista de la política fallecida, que había militado durante más de veinte años en el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) antes de terminar pasando a integrarse en Ómnium, una entidad de raíz conservadora y nacional-católica. A partir de ese dato, el autor ponía de relieve que «decenas de miles y hasta cientos de miles de los antiguos militantes, simpatizantes o votantes no sólo del PSUC-ICV, sino de la izquierda en general (y muy singularmente del PSC)» se habían posicionado sin ambages a favor de la independencia de

Cataluña, lo cual, según él, desmentía que el proceso independentista fuera «intrínsecamente derechista y reaccionario»[243]. Ese mismo argumento se volvió a utilizar a raíz del éxito del partido ultraderechista Vox en las elecciones autonómicas andaluzas, en diciembre de 2018, cuando el politólogo y diputado por Podemos, Íñigo Errejón afirmó que «no hay 400.000 andaluces fascistas»[244]. Sin embargo, pocos días más tarde, estudios electorales venían a concluir, que el 15% de los votos para Vox en las elecciones andaluzas procedían precisamente de la izquierda[245]. Por otra parte, Federico Jiménez Losantos, uno de los gurús de la nueva ultraderecha española, de nuevo en la cresta de la ola durante la eclosión de Vox[246], había militado en Bandera Roja, el PSUC y el Partido Socialista de Aragón en su juventud.

Es sabido que en Cataluña, muchos exmilitantes y hasta dirigentes del PSUC o de Bandera Roja estuvieron entre 2012 y 2017 al frente del proceso independentista. Excepto en contadas ocasiones en las que algunos proclamaban explícitamente seguir sintiendo las viejas ideas[247], lo habitual era haber efectuado el paso hacia una nueva militancia dejando atrás la antigua. De otra parte, esa decisión ha sido la habitual en el fenómeno del 68 inverso, cuando, desde Estados Unidos hasta Italia pasando por la Francia del Frente Nacional, miles de antiguos militantes de la izquierda radical cambiaron la derecha dura por el ultranacionalismo o el «populismo» (en sentido genérico) o decidieron apoyar, bajo formas y circunstancias variadas, a aliados políticos o gobiernos de esas tendencias. Esa ha sido, precisamente, la esencia del 68 inverso: haber dado la vuelta, como un guante, al significado político de aquel lejano Mayo francés de 1968.

Sin embargo, sobre las distancias ideológicas de fondo, hay algo en lo que se diferencia a la generación y actores

del Mayo del 68 de aquellos que están detrás del 68 inverso: estos han llegado al poder, o incluso estaban previamente en él y ayudaron a medrar a la nueva ultraderecha desde niveles ejecutivos. Aunque existen ejemplos variados, no cabe duda de que el papel de la *Alt Right* en la llegada de Trump a la Casa Blanca es el más señero. Si después de Mayo del 68 ya nada fue igual, noviembre de 2016 marcó un punto de no retorno mucho más contundente y de efectos inmediatos. No podía ser de otra forma, si al final resulta que Mayo del 68 fue, en mayor o menor grado, el origen lejano del 68 inverso.

---

[178] «¿Por qué sube la ultraderecha en Europa mientras la socialdemocracia se muere?», por Josef Joffe en *eldiario.es* [en colaboración con *The Guardian*], 7 de octubre de 2017 [consultable en red].

[179] Ibídem.

[180] Carlos Barragán, «La “nueva derecha” y la unidad de España: las claves del resurgir de Jiménez Losantos», *El Confidencial*, 6 de enero de 2019 [consultable en red].

[181] «Why The Far Right Wants to Be The New “Alternative” Culture», *The NYT Magazine,* 27 de junio de 2017.

[182] Reguera (2017): p. 129.

[183] Nagle (2018): p. 44.

[184] Villano (2017).

[185] Nagle (2018): p. 58.

[186] Crehan (2004): pp. 9-10.

[187] Alain de Benoist, «Antonio Gramsci – ‘Marxista independiente’», *Azpilicueta Center* [página web], sin fecha [consultable en: https://azpilicuetacenter.org/index.php/2017/02/03/alain-de-benoist-antonio-gramsci-marxista-independiente/].

[188] Alain de Benoist, «Contre trous les racismes», *Éléments,* núm. 8-9, 1974, publicado en Groupement de Recherce et d’Études pour la Civilisation

Européene (GRECE) [consultable en: http://grece-fr.com/?p=3385].

[189] Jones (2013).

[190] Carlos Prieto, «Okupa Gramsci: la derecha española quiere adoptar al pensador de cabecera de Podemos», *El Confidencial*, 23 de enero de 2017 [consultable en red].

[191] Para el impacto de la *Nouvelle Droite* en el nacionalismo radical sueco, véase Teitelbaum (2017): pp. 39-45.

[192] Cihan Tuğal, «The Rise of Leninist Right», *Verso*, 20 de enero de 2018 [consultable en red].

[193] Individualista defensor de la propiedad privada. Para la historia de esta etiqueta, véase «The Good and Honorable Word 'Libertarian'», en Revolution. *Fuel for the Fire* [blog], sin fecha [consultable en: https://www.boogieonline.com/revolution/politics/name.html].

[194] Tuğal, art. cit.

[195] Misik (2017): pp. 238-239.

[196] J. M. Berger, «Trump Is the Glue That Binds the Far Right. An analysis of 30.000 Twitter accounts provides a map of online extremist —and reveals that support for Trump is what holds them together», *The Atlantic*, 29 de octubre de 2018 [consutable en red].

[197] Ignacio Muro Benayas, «Leninismo de derechas, liberalismo de izquierdas», *El País*, 6 de abril de 2007 [consultable en red]. Para más información sobre esta generación, la fuente más completa es Hartman (2015). Para Irving Kristol, sus orígenes y papel, véanse pp. 39-43.

[198] Hartman (2015): pp. 39-40.

[199] De Benoist (2017): p. 212.

[200] *Kony 2012*, en YouTube, 5 de marzo de 2012 [consultable en: https://www.youtube.com/watch?v=Y4MnpzG5Sqc&t=149s].

[201] Delia Rodríguez, «Así te ha manipulado el vídeo de Kony 2012» *El País*, 12 de marzo de 2012 [consultable en red].

[202] Nagle (2018): p. 14.

[203] Ibíd., p. 18.

[204] Ibíd., pp. 60-62.

[205] Contracción de *cuckold,* o «cornudo», y *conservative*: conservadores demasiado blandos.

[206] Sean Michaels, «Taking the Rick», *The Guardian*, 19 de marzo de 2008 [consultable en red].

[207] Wikipedia (español), entrada: «4chan: ataques en internet» [consultada el 11 de septiembre de 2018]. Véase, asimismo, el propio foro 4chan en activo y accesible a cualquiera, en: http://www.4chan.org/

[208] Nagle (2018): p. 26.

[209] La Rana Pepe nació en realidad como un personaje del cómic *Boy's Club,* de Matt Furie. Totalmente ajeno al sentido supremacista blanco y ultraderechista que se le ha dado a la rana, el autor «mató» al personaje en su cómic para evitar que siguiera siendo utilizado con intereses políticos. Véase Pepe is dead: Samuel Osborne, «Meme's creator kills off controversial frog after it was hijacked by white supremacists», *Independent*, 8 de mayo de 2017 [consultable en red].

[210] Nagle (2018): p. 28.

[211] Ibíd., p. 32.

[212] «The rise of the Alt Right», *The Week*, 1 de octubre de 2016 [consultable en red].

[213] Ibídem.

[214] Ibídem.

[215] J. Lester Feder, «This Is How Steve Bannon Sees The Entire World», *BuzzFeed News*, 16 de noviembre de 2016. Bannon había viajado al Vaticano para asistir a la canonización de Juan Pablo II y allí se reunió con el cardenal Raymond Burke. Ambos consideraban «que el islam amenaza los valores de un Occidente debilitado que olvida los valores cristianos tradicionales y los dos se ven (…) injustamente marginados por unas élites políticas ajenas a la realidad». Bannon pretendía hacer causa común con personalidades de la Iglesia católica opuestas al papa Francisco. Véase *Infovaticana*, 8 de febrero, 2017: «Steve Bannon, principal asesor de Trump, se reunió con el cardenal Burke».

[216] «This Is How Steve Bannon Sees The Entire World», art. cit.

[217] Santiago Mondéjar, «Steve Bannon, un Atila posmoderno», *Crónica Global*, 27 de julio de 2018 [consultable en red].

[218] El equivalente brasileño de Bann junto al presidente Jair Bolsonaro fue Olavo de Carvalho, promotor de una alianza de las derechas estadounidense e

israelí para «salvar a Occidente». Véase Pablo Stefanoni, «El teórico de la conspiración detrás de Bolsonaro. Olavo de Carvalho y la extrema derecha en Brasil», *Nueva Sociedad*, enero de 2019 [consultable en red].

[219] Para las relaciones de Bannon con Trump, véase Wolff (2018): pp. 45 y ss., básicamente el capítulo 4.

[220] Consultable en red. Dirección a 15 de septiembre de 2018: https://www.breitbart.com/tech/2016/03/29/an-establishment-conservatives-guide-to-the-alt-right/

[221] Lestrade (2012), en especial, capítulos 1 y 2.

[222] Darío Guijo Hernández, «Homosexuales en Alternativa para Alemania», *El salto*, 5 de julio de 2018 [consultable en red].

[223] Nagle (2018). P. 86.

[224] Nagle (2018): pp. 120-121.

[225] Valerie Solanas (1968), *SCUM Manifesto*, Olympia Press; Solanas (1977), *SCUM: Manifiesto de la organización del exterminio del hombre*, Eds. del Feminismo.

[226] «An Establishment Conservative's Guide To The Alt-Right», art. cit.

[227] Ibíd.

[228] Ibíd.

[229] Nagle (2018): pp. 71, 79 y 88.

[230] Limonov (2014): pp. 97-104.

[231] Carrère (2013).

[232] La entrada de Wikipedia (versión francesa) dedicada a Dieudonné. Existe una biografía, pero muy tendenciosa: Zohra Mahi, *Dieudonné, la parole est à la défense*, Kontre Kulture, 2014.

[233] «D'où vient la "quenelle" de Dieudonné», par Julien Licourt, *Le Figaro.fr*, 30 de diciembre de 2013 [consultable en red].

[234] Véase, a título de ejemplo, YouTube: *Dieudonné – Shoananas (Enfin le clip!)*, publicado el 23 de diciembre de 2011 por Jarod Le Chameleon [consultado el 23 de septiembre 2018].

[235] Definición extraída de *Urban Dictionaray*. Entrada: «Normie», primera acepción. Consultada el 24 de septiembre de 2018.

[236] Federico Fubini, «Chi sono i leader (politici) sul web: «Post brutali? La gente vuole quelli», *Corriere della Sera*, 16 de septiembre de 2018 (modificado el 19 de septiembre) [consultable en red].

[237] «Il 'marxista' Diego *Fusaro ha iniziato una collaborazione con il giornale di Casapound», por Gianmichele Laino, en: Giornalettismo.com*, 03.05.2018 [consultable en red].

[238] Véase el canal «Balaclava Küche» en YouTube. Para la cultura simbólica y consumista de la juventud neonazi y ultraderechista alemana, véase el imprescindible trabajo de Miller-Idriss (2017).

[239] La novela más conocida de Akif Pirinçci y la que le proyectó a la fama fue *Felidae* (1989), donde so capa de una novela de serie negra hay una serie de reflexiones en relación a las razas superiores dentro de las especies. Véase, asimismo, Luis Doncel, «En el país de lo políticamente correcto triunfa lo escandaloso», *El País*, 27 de abril de 2014 [consultable en red].

[240] El estudio de Teitelbaum (2017) es insustituible.

[241] Héctor Illueca, Manuel Monereo y Julio Anguita, «¿Fascismo en Italia? Decreto dignidad», *Cuarto Poder*, 5 de septiembre de 2018; Héctor Illueca, Manuel Monereo y Julio Anguita, «¿Todos los gatos son pardos?», *Cuarto Poder*, 14 de septiembre de 2018. Véase, asimismo, Esteban Hernández, «La izquierda: opción B», *El Confidencial*, 7 de septiembre de 2018 [todas las citas consultables en red].

[242] Irene Savio, «"Decreto Dignidad'': la primera victoria de los "indignados" de Italia (y un varapalo a la Liga)», *El Confidencial*, 13 de agosto de 2018 [consultable en red].

[243] Joan B. Culla i Clarà, «Muriel Casals como indicio» *El País*, 19 de febrero de 2016 [consultable en red].

[244] Juan José Mateo, «Errejón: no hay 400.000 andaluces fascistas», *El País*, 5 de diciembre de 2018 [consultable en red].

[245] Marisa Cruz, «El 15% del voto de Vox en Andalucía viene de la izquierda», *El Mundo*, 8 de diciembre de 2018 [consultable en red]. «Andalucía, los síntomas de la "lepenización"», *La Vanguardia*, 4 de diciembre de 2018 [consultable en red].

[246] Carlos Barragán, «La "nueva derecha" y la unidad de España: las claves del resurgir de Jiménez Losantos», *El Confidencial*, 6 de enero de 2019 [consultable en red].

[247] Tal es el caso de Jaume Roures, el cual «preside la mayor productora audiovisual de España [Mediapro] un emporio que agrupa cuarenta empresas, cuenta con 36 sedes en una veintena de países de cuatro continentes y facturó el año pasado [2016] 1.536 millones de euros, con un beneficio neto de 141 millones. Mediapro emplea, además, a cerca de 5.000 personas». Véase Joseba Vázquez, «Jaume Roures, un trotskista de éxito», *DiarioSur.es*, 10 de octubre de 2017 [consultable en red].

TERCERA PARTE

SÍNTESIS, CULTURAS Y DEFINICIONES

CAPÍTULO 9

EL LABORATORIO ITALIANO

LA GRAN SÍNTESIS EUROPEA Siamo la gente Che ama e che crede Che vuol trasformare il sogno in realtà Presidente siamo con te Menomale che Silvio c'è «Meno male che Silvio c'è», de ANDREA VANTINI (2010) «Usaremos los fusiles contra la canallesca centralidad romana».

UMBERTO BOSSI, Verbania, abril 2008

MATTEO SALVINI
@matteosalvinimi Tanti nemici, tanto onore! http://www.affaritaliani.it/politica/abbasso-salvini-sinistra-cattolici-tutti-contro-ma-il-suo-consenso-sale-553104.html ...
10:28-29 lug 2018

La crisis de un país cremallera

En italiano, el término «cremallera» *(cerniera)* se puede aplicar a aquellos países con una situación geoestratégica de conexión entre realidades divididas u opuestas, o bloques políticos. Durante toda la Guerra Fría, Italia había desempeñado ese papel en el sector sur de la OTAN, frente a una Yugoslavia que mantenía tensas relaciones con el Pacto de Varsovia, un Mashrek aliado de la URSS o una

Albania impredecible. Junto con Alemania, Italia fue el país de Europa occidental que sufrió más las consecuencias de la división bipolar. Con el más poderoso partido comunista del mundo occidental —en las elecciones de 1976 el PCI superó el 34% de los votos— pero imposibilitado de acceder al gobierno del país, se consolidó la imagen del sistema italiano como el de una democracia bloqueada marcada por la hegemonía gubernamental de la Democracia Cristiana (DC) —ampliada a partir de los años sesenta al Partido Socialista Italiano (PSI)— y por la praxis consociativa. Fue también un país vigilado de cerca por Estados Unidos, que albergó uno de los operativos de la Red Stay Behind (conocida como Gladio en Italia) más agresivos y que sufrió duramente el azote del terrorismo de ultraizquierda y de ultraderecha en los denominados «años de plomo» —grosso modo, la década de los años setenta del siglo XX—, sólo superados en violencia por los que vivió Turquía en esas mismas fechas. Italia fue un país instalado en la inestabilidad política, con duros problemas sociales Norte-Sur, enormes problemas de crimen organizado y corrupción política, y radicalismos latentes como herencia de la Segunda Guerra Mundial y el estigma del fascismo, concepto político al que había dado a luz tras el final del anterior conflicto mundial.

Como no podía ser de otra forma y a diferencia de lo ocurrido con la mayoría de las democracias europeas, la caída del muro de Berlín y del bloque soviético tuvo hondas consecuencias en el sistema político transalpino, hasta el punto de que a principios de los años noventa se concluyó abruptamente la experiencia de la llamada Primera República, nacida tras el final de la Segunda Guerra Mundial y la derrota de los fascismos.

El evento que marcó un antes y un después fue el escándalo de Tangentópolis, las investigaciones de la

magistratura que a partir de 1992 destaparon una amplia red de corrupción protagonizada por las formaciones políticas principales[1]. Como recuerda el cantautor y escritor David Riondino en su canción *La ballata del sì e del no,* en pocos meses la DC y el PSI, junto a una serie de pequeños partidos centristas que habían dado estabilidad a los ejecutivos durante las cuatro décadas anteriores, se desmoronaron, gracias también al papel clave desempeñado por los medios de comunicación que convirtieron a los jueces en verdaderos héroes[2].

En la legislatura comenzada en abril de 1992, siete ministros tuvieron que dimitir por las investigaciones del *pool* de *Mani Pulite* (Manos Limpias) y 140 miembros del Parlamento fueron imputados: en tan sólo un bienio resultaron excluidos de las dos Cámaras aproximadamente el 70% de los profesionales de la política[3]. Poco antes, el secretario del PCI, Achille Occhetto, había impulsado la transición del Partido Comunista al Partido Demócrata de la Izquierda (PDS) que se concretaría en el congreso de Rimini de enero de 1991[4]. Sin que hubiese un cambio de régimen o que se hiciesen importantes reformas constitucionales, empezaba así un cambio político e institucional de enorme calado, la transición hacia la que se ha llamado «Segunda República»[5]. Salvando las distancias y con la importante excepción de que en Italia el desplome no dio lugar a una guerra civil, como en Yugoslavia, lo cierto es que el fenómeno guardaba cierta similitud con el hundimiento de los regímenes socialistas en Europa del Este, y eso por las mismas fechas. En la Italia de los primeros años noventa se dio así «una aspiración muy confusa hacia el cambio» con la difusión de un «sentimiento o un resentimiento antipolítico, vengativo o policíaco», como apunta Rino Genovese[6].

Sobre esa situación de partida se pusieron las bases, poco más o menos teorizadas de un nuevo populismo personalista encarnado en la figura de Silvio Berlusconi, aunque más adelante esa denominación se extendió a formaciones políticas de rango ultranacionalista y recientemente se llegó incluso a formular en clave revisionista como un «carácter original» de la historia italiana, comenzando por el Fronte del Uomo Qualunque de Guglielmo Giannini, la figura del alcalde de Nápoles, Achille Lauro, y la del partido de los *radicali* de Marco Pannella, reviviendo una nueva fase a partir de los primeros años noventa[7].

El telepopulismo de Berlusconi

Con el trauma de Tangentópolis en su apogeo, Silvio Berlusconi decide hacer su fulgurante entrada en la política italiana. Este político de «nuevo cuño» era en aquel entonces el dueño de un imperio empresarial construido alrededor del *holding* Fininvest que se mueve entre las televisiones privadas (Mediaset), la publicidad (Publitalia ’80), el mundo editorial (Mondadori), la prensa *(Il Giornale),* los seguros (Mediolanum) y el fútbol (en 1986 compra el A. C. Milán). Sobre todo, Berlusconi aprovechó su control de las televisiones comerciales —el «conflicto de intereses» jamás se resolvió, en parte por la incapacidad de las izquierdas—, insistió en una atención obsesiva hacia la imagen, utilizó a fondo herramientas del marketing político y se apoyó constantemente en los sondeos de opinión a través de la empresa Diakron.

Por lo tanto, antes que político era un empresario dispuesto a revolucionar la forma de hacer política mediante concepciones empresariales. Esto hizo de él un verdadero antecedente del presidente americano Donald

Trump. El berlusconismo fue un fenómeno extraordinariamente peculiar. Hay quien, como Pierre-André Taguieff, lo considera el mejor ejemplo de «telepopulismo» junto a los casos de Ross Perot en Estados Unidos, Bernard Tapie en Francia o Stanisław Tymiński en Polonia: Berlusconi, sería el «demagogo telegénico, el gran actor de la época de la videopolítica»[8]. O quien, desde una perspectiva más italiana, habla del berlusconismo como de una «deformación de la democracia» que conlleva una «lenta erosión» de la constitución material del país[9]. Según Guy Hermet, se trata de «antipolítica postideológica», mientras que Giovanni Orsina prefiere hablar de «un caso particularmente avanzado de posdemocracia» y de la ejemplificación de la «política del escepticismo»[10].

Y eso es así porque Berlusconi marcó toda una nueva era de hacer política en el ámbito de las democracias liberales occidentales. En realidad, fue un genuino político populista en el sentido de que como líder solitario se rebeló contra el sistema anterior buscando cambiarlo, movilizando para ello al electorado, pero sin articular una ideología política determinada. En todo ello tendrá un precedente en la figura de Yeltsin, quien comenzó su carrera como un reformista dentro del PCUS para terminar desmontando todo el sistema soviético sin el concurso de un partido político propio, aunque sí es cierto que haría suyo un programa puramente liberal, respaldado activamente por Estados Unidos. En todos estos casos, la figura del líder populista constituye una forma de reacción rápida al hundimiento del sistema, y, dado que actúa básicamente en solitario, puede moverse con gran agilidad, adaptándose a las circunstancias, superando sus propias contradicciones y haciendo del «pueblo» una especie de «partido primigenio» del cual extrae el sustento implícito a sus decisiones. En tal sentido, el líder populista cuando llega al poder se

transforma en caudillista, sobre todo si no tiene que rendir cuentas al Parlamento.

Si consideramos que Berlusconi es uno de los casos más genuinos de política populista, deberemos aceptar que es también de los más tempranos en la cantera en el tránsito del siglo XX al XXI. José María Lassalle alega que la explosión emocional que da lugar al despegue de los populismos en Occidente se debe al impacto de los atentados del 11-S, es decir, en 2001[11]; siete años después de que Berlusconi se pusiera en marcha. El que sería estadista italiano accedió a la política con un vídeo mensaje a los italianos emitido el 26 de enero de 1994 que se inicia con las palabras: «Italia es el país que amo». Precisamente una semana antes había concluido la larga historia de la Democracia Cristiana con el intento de refundación liderado por Martinazzoli que creará el Partido Popular Italiano (PPI). En las mismas semanas, los socialistas sufrían su propio colapso con la dimisión de Craxi —ya investigado— de la secretaría del partido y unos pésimos resultados electorales en las municipales de la primavera de 1993. El sistema italiano se estaba viniendo abajo definitivamente y se abrían inmensos espacios políticos que rellenar, sobre todo en el centro. Es entonces cuando, a sólo dos meses de las elecciones generales, Berlusconi «baja al campo de juego», tal como declaró en el célebre vídeo mensaje, utilizando una metáfora futbolística[12]. Es importante subrayar la fecha en que sucede esto porque si bien el sistema político italiano se había hundido, las perspectivas a escala global eran buenas. Concluida la Guerra Fría, el neoliberalismo triunfante prometía una bonanza económica generalizada y una sociedad de clases medias, y Berlusconi, como político-empresario parecía capaz de llevar a los italianos a buen puerto. De ahí que, al menos inicialmente, el estilo populista de Berlusconi no

explotara el resentimiento y el victimismo de la sociedad, sino su afán por vivir plenamente una era de desarrollismo.

A lo largo de 1993 empieza la construcción de Forza Italia, una nueva formación política que actuaba como pantalla del líder, cuya primera sede se inaugura en diciembre del mismo año[13]. Basada en el hiperliderazgo de Berlusconi, Forza Italia es sin sombra de duda un caso de *instant party* que se va estructurando lentamente con el paso de los años, sin perder nunca las características de un «partido-empresa», personal y poco estructurado[14]. Al principio sus cuadros fueron, preferentemente, figuras provenientes de Publitalia ’80, la empresa de Berlusconi, mientras que la estructura se basaba en varios clubes de Forza Italia que se fueron abriendo en la península —en junio de 1994 los afiliados eran alrededor de un millón— y que dieron lugar al movimiento político Forza Italia. Sólo en 1998 se celebró el primer congreso de la formación, al que siguió un proceso de estructuración territorial y la elección de dirigentes; lo cual al año siguiente le permitió integrarse en el Partido Popular Europeo (PPE).

Pero sobre todo y sobre todos, siempre figuraba Berlusconi el hombre-partido, utilizando su imagen de personaje de éxito hecho a sí mismo, presentándose como un *outsider* proveniente de la sociedad civil. Su ingreso en política lo justificó para evitar la llegada al poder de los «comunistas», es decir, el PDS liderado por Achille Occhetto. Tenía razones para temerlos: el PCI y los posfascistas del MSI fueron los únicos partidos que se libraron de las investigaciones de Tangentópolis por no haber estado nunca en el gobierno del país durante la Primera República. Pero su discurso insistió sobre todo en evitar que la partidocracia y el Estado ineficaz llevasen a Italia hacia el abismo. Berlusconi supo absorber la protesta contra la partidocracia expresada por la Liga en los años

anteriores y redefinirla en el marco de un «populismo desde arriba» marcado por el nuevo y potente lenguaje de la comunicación publicitaria comercial[15].

La novedad y sobre todo el énfasis en la inexistencia de antecedentes históricos era un factor clave que explicaría el éxito de Berlusconi, pero también de otros líderes y partidos que a partir de entonces se percataron de las ventajas que ofrecía marcar distancias con los fracasos o pecados de los partidos históricos. Si a esa fórmula se le añadía la etiqueta de «populista», el resultado era lo que parecía ser una nueva alternativa política tanto a la derecha como a la izquierda, fueran estas tradicionales o radicales. O incluso a la fusión de ambas, o incluso de réplicas de ambas, dando lugar a coaliciones de «tercera vía». Mientras ostentaran el marchamo de «populistas» se suponía que las viejas-nuevas alternativas recogían el sentir del pueblo o servían al pueblo de forma más o menos directa —pueblo también en el sentido de «nación»— sin ataduras ideológicas ya fracasadas y obsoletas. Por eso el berlusconismo insistía en que debía ser entendido como una «apología del país real», es decir, como un fenómeno que surgía del «mito antipolítico de la sociedad civil», que llegó a su paroxismo precisamente a principios de los años noventa. En ese sentido, Berlusconi desarrolló una propuesta hipopolítica que se oponía frontalmente a la hiperpolítica de la Primera República y a su estrategia ortopédica y pedagógica respecto a la sociedad. Se propuso así establecer un nuevo pacto de confianza liberal entre instituciones y pueblo con un programa de reducción de la presencia del Estado y la construcción de una nueva clase política que provenía de la misma sociedad civil[16].

Lógicamente, el populismo no proponía un cambio de sistema, sino de estilo. Al fin y al cabo, el populismo no es una ideología, sino un lenguaje emocional que se puede

insertar en cualquier partido político de cualquier tendencia ideológica. Dicho de otra forma, afirmar que un partido es populista equivaldría a decir que es un «partido demagógico»; o al menos, de una variante demagógica que recurre en su discurso a contraponer el concepto de «pueblo» a unas élites indefinidas, transformables según las necesidades del partido o gobierno[17]. Dicho de otra forma, el populismo puede acompañar a la ideología, pero en ningún caso reemplazarla[18]. Desde ese punto de vista, el berlusconismo se presentaba, según la feliz definición de Giovanni Orsina, como una «emulsión de populismo y liberalismo» de extrema derecha representado por el mito de la buena sociedad civil y la idea de un «Estado amigo» —es decir, un Estado mínimo— que se identifica en la nueva élite. Todo marcado por la «utopía de la inmediatez», es decir, la intolerancia y el rechazo a las mediaciones típicas de la política parlamentaria y de los cuerpos intermedios de la sociedad, y, en primer lugar, los sindicatos[19].

Más allá de este barniz de «genial novedad de emergencia» para tapar la máxima amplitud de la brecha generada por el hundimiento del sistema de partidos de la Primera República, no era ningún secreto que ideológicamente *Il Cavaliere* estaba claramente posicionado a la derecha del espacio político, encontrando su trasfondo cultural en las derechas anti-antifascistas. Con el continuado estribillo del anticomunismo logró recuperar a la derecha ideológicamente estratificada que votaba tapándose la nariz a la Democracia Cristiana; y, al mismo tiempo, permitió al posfascismo entrar por primera vez en el gobierno del país. Uno de sus eslóganes en 1995 fue extremadamente explícito en este sentido: «Moderados, no os avergoncéis en ser de derechas»[20]. Constante fue su intento de capitalizar el anticomunismo latente en la

sociedad italiana, extendiendo el concepto de «comunismo», en un sentido muy amplio, muy estadounidense, a cualquier tipo de intervencionismo estatal. Los periodistas, los intelectuales, los profesores, los jueces o cualquiera que osaba criticarlo era tildado de inmediato como «rojo». Al mismo tiempo, Berlusconi se acercó al mundo católico, entablando buenas relaciones con el poderoso movimiento de Comunión y Liberación (CL) de Don Giussani, que, según dijo el mismo *Cavaliere*, le consideró el «hombre de la Providencia»[21]. Esto es, un caudillo.

Esto explica en buena medida la naturaleza fuertemente articulada y heterogénea social, geográfica y culturalmente del voto berlusconiano durante todo el periodo que va de 1994 a 2011[22]. Como explicó Ilvo Diamanti, uno de los mayores expertos en análisis electorales, la base votante berlusconiana estaba muy poco politizada y era escasamente participativa; además disponía de una sola referencia compartida: la figura de Silvio Berlusconi[23]. Se trata de un electorado constituido sobre todo por las clases populares y periféricas, las categorías excluidas del mercado del trabajo —jubilados, amas de casa, desempleados—, los empresarios y los trabajadores autonómos[24].

Il Cavaliere no sólo era extremadamente hábil en el marketing y en la comunicación, sino también en la construcción de una alianza electoral inédita que reunió en la zona septentrional de la península a la Liga Norte (Polo delle Libertà) y en el centro-sur a la Alianza Nacional (AN) de Gianfranco Fini (Polo del Buon Governo), que estaba llevando a cabo la transición del MSI concluida con el congreso de Fiuggi de 1995[25]. En los comicios de 1994, que revolucionaron por completo el panorama político italiano, la coalición liderada por Berlusconi ganó con el

42,8% y más de 16,5 millones de votos, de los cuales la mitad fueron de Forza Italia. Se trató de un momento que marcó un antes y un después: no sólo, por primera vez, el presidente del gobierno era un hombre que no provenía de los partidos que habían fundado la República, sino que un partido regionalista de reciente andadura como la Liga Norte y los posfascistas de Alianza Nacional entraban en el gobierno del Estado. A partir de ahí empezó lo que algunos llamaron el *ventennio* berlusconiano[26]: aunque la primera experiencia en el gobierno duró pocos meses, Berlusconi se convirtió en uno de los principales actores políticos de la Segunda República italiana en su inacabada transición hacia un sistema mayoritario con dos grandes coaliciones (centro-derecha y centro-izquierda).

Aunque 2005-2006 marca un cambio, es indudable que durante todo el *ventennio* Berlusconi mantuvo un inconfundible estilo caracterizado por unas actitudes muy distintas de las de la clase política y un lenguaje directo y popular, que el hombre de la calle podía entender. Así cabe interpretar el vídeo mensaje a los italianos de 1994, pero también la campaña electoral para las elecciones de 2001, que ganaría. Por un lado, Berlusconi llenó las calles de carteles donde se presentaba al mismo tiempo como «el presidente obrero» y «el presidente empresario» y envió por correo a todos los ciudadanos una revista hagiográfica sobre su vida, titulada *Una storia italiana*. Por el otro, firmó un «contrato con los italianos» en *Porta a Porta*, un importante programa televisivo[27]. Asimismo, en los años siguientes rompió todos los esquemas para un presidente del gobierno: ridiculizó al entonces ministro de Exteriores español Josep Piqué durante una fotografía de grupo de una importante reunión internacional; se dejó ver de vacaciones en Cerdeña con un pañuelo de pirata en la cabeza; soltó innumerables comentarios machistas sobre

las mujeres; montó fiestas con presencia de prostitutas, que pasaron a la historia como *bunga bunga,* organizadas en su villa en su última etapa al gobierno (2008-2011). De esta forma chabacana y conscientemente antiintelectual, Berlusconi mostraba sin embargo su capacidad para representar a parte de la sociedad italiana, dando voz y cuerpo al ciudadano medio que aspiraba a convertirse en un hombre de éxito como *il Cavaliere*. Al mismo tiempo, Berlusconi se presentaba como el empresario capaz que podía hacer funcionar el país: él mismo se definió, no por casualidad, como el «administrador delegado de la empresa Italia»[28].

La Liga Norte del regionalismo a la remodelación de Estado

El populismo se atribuía haber superado la clásica oposición derecha-izquierda en política. *El momento populista. Derecha-izquierda, ¡se acabó!*, así tituló Alain de Benoist, el padre de la *Nouvelle Droite* neofascista su libro dedicado a este sujeto[29]. Sin embargo, con el tiempo se fue imponiendo una dinámica más específica según la cual lo que sucedía era que la izquierda se diluía en la derecha o quedaba fagocitada o laminada por esta. Las duras limitaciones que exige el poder, sobre todo en el marco de un férreo control supranacional —caso del gobierno de Syriza en una Grecia incluida en la UE—, la supeditación a un régimen crecientemente autoritario —tomemos lo sucedido en Rusia como ejemplo de ello—, el oportunismo o la incapacidad, llevaron a que al final lo que permanecía en pie fuera la derecha en todas sus variedades, incluso interpretando el papel de izquierda ocasional, adulando a las masas en sus miedos con el rótulo de «populista».

En tal sentido, mientras que el berlusconismo podría ser definido como un «populismo optimista», puesto que para su líder y creador el pueblo es emprendedor, laborioso y rezuma sentido común y por ello el mismo Berlusconi se ofrecía para dirigirlo en un periodo de excelentes perspectivas para la economía liberal[30], la Liga Norte explotaba el victimismo y su creciente potencialidad tendente a reventar la arquitectura de la democracia liberal. El arte de lograr coaliciones entre formaciones novedosas pero aparentemente antitéticas, como había sucedido en el Este y que pronto se extendería por Europa, haría lo demás.

Fruto de la federación de diferentes ligas regionalistas del norte de la península, como la Liga Veneta (1979), la Union Piemontèisa (1981) o la Lega Autonomista Lombarda (1984), la Liga Norte nace oficialmente en diciembre de 1989 bajo el liderazgo de Umberto Bossi. En su etapa de formación, hasta finales de los años ochenta, las diferentes ligas se presentaron como una serie de movimientos etnoregionalistas, marcados por el localismo, que defendían la enseñanza en dialecto, la autodeterminación de sus respectivas regiones (Veneto, Lombardía, Piamonte, etc.), una mayor descentralización política, el recurso a los referéndums y otras herramientas de democracia directa. En las elecciones de 1987 la Lega Lombarda consiguió enviar al Senado su primer representante: desde aquel entonces Bossi fue apodado, en dialecto lombardo, el *Senatùr*.

A partir de 1989, tras haber obtenido un sorprendente 8% en Lombardía en las elecciones europeas de aquel año, la Liga Norte modificó su estrategia: de «partido antisistema» y muy minoritario, considerado incluso algo folclórico, transitó hacia el estatus de formación federalista. El objetivo era convertirse en el «partido del

Norte» para conquistar y reformar radicalmente el Estado[31]. Como en el caso de Berlusconi, la Liga entendió el clima político existente, de final de época, marcado por el declive de las lealtades culturales y políticas tradicionales; el proceso de secularización que despojaba a la Iglesia de la centralidad en las regiones del Norte de la península; la creciente incapacidad de la todopoderosa Democracia Cristiana para representar al territorio —se le empieza a percibir como un instrumento ineficiente demasiado escorado hacia el sur— y «la búsqueda de anclaje por parte de una sociedad desubicada por una transformación demasiado rápida» fruto de los cambios de la globalización y el proceso de integración europeo[32]. La formación de Bossi ofrecía así una respuesta a las penurias fiscales de las clases medias profesionales, los problemas de las pequeñas empresas, el crecimiento de la inmigración, la ineficiencia de los servicios públicos, el deterioro de las infraestructuras, el mal funcionamiento de la administración pública y las peticiones de autogobierno regional.

En 1990 dio comienzo la primera gran expansión electoral del partido: en las elecciones regionales de aquel año la Liga fue ya el segundo partido en Lombardía (19% de los votos); en las generales de 1992 obtuvo 3,4 millones de votos (8,6%), convirtiéndose en la cuarta fuerza a nivel nacional; y en las administrativas de 1993 se confirmó como el primer partido en muchas ciudades del Norte, al conquistar la alcaldía de Milán y la región del Friuli-Venecia Julia.

La expansión de la Liga se vio favorecida por diferentes factores: el supuesto declive del eje derecha-izquierda tras la crisis del bloque soviético, en detrimento de la izquierda comunista y a favor de la nueva ultraderecha; el crecimiento de la presión fiscal por el aumento del

endeudamiento del Estado (124,8% con relación al PIB en 1994); el estallido del ya mencionado escándalo de Tangentópolis —comenzado tras la detención del dirigente socialista milanés Mario Chiesta en 1992— y la reforma electoral en el ámbito municipal que preveía la elección directa de los alcaldes. En definitiva, una vez más, el hundimiento del sistema político prevalente en Italia desde el final de la Segunda Guerra Mundial, en paralelo al final de la Guerra Fría y el colapso del Bloque soviético.

El partido de Umberto Bossi supo aprovechar extraordinariamente bien estas circunstancias, presentándose como la única formación que luchaba contra la partidocracia, la corrupción y el asistencialismo de que gozaban las regiones del Sur de la península. Al mismo tiempo, para evitar las contradicciones de un partido anti-*establishment* que empezaba a gobernar en el ámbito local, Bossi acuñó la marca de la Liga como fuerza «de lucha» y, al mismo tiempo, «de gobierno»[33]. La evidente contradicción de la fórmula no molestaba, al contrario: esa misma práctica se estaba llevando a cabo en el Este de Europa y se adelantaba a lo que sería usual en las democraias occidentales veinte años más tarde. Todo esto se juntó con un lenguaje sencillo y eficaz que llegaba a la gente común: se difundió el exitoso eslogan de «Roma ladrona», se tachó despectivamente a los del Sur como *terroni* o se llenaron las calles con carteles que mostraban el Norte como una gallina de los huevos de oro de la cual se aprovecha un Estado italiano centralizado, ineficiente y corrupto. Es el que Ilvo Diamanti llegó a definir como «lenguaje del impolítico»[34]. Además, Bossi se dejó fotografiar en camiseta de tirantes para mostrar su lado más campechano y popular —una absoluta ruptura de las reglas de la política— y los liguistas buscaban conscientemente la vulgaridad y la provocación. Como

cuando en marzo de 1993, en pleno escándalo de Tangentópolis, el diputado Luca Leoni Orsenigo mostró una horca en medio del Parlamento italiano con la cual, se supone, quería ajusticiar a los políticos corruptos de los partidos tradicionales.

Ideológicamente la Liga se movía entre el liberalismo y lo que se ha definido como «populismo regionalista»[35], y defendía una Europa de las regiones, como otros similares en Europa en aquella época, desde el Vlaams Blok (fundado en 1978) a la Unión del Pueblo Corso (1977), pasando por el Movimiento de la Autonomía de Silesia (1990), el Plaid Cymru galés (1925) o la Unión Democrática Bretona (1964), por poner algunos ejemplos significativos. Políticamente sustituyó el discurso sobre el conflicto de clases con la contraposición entre el gran capital, los sindicatos y el gobierno —todos juntos— y las pequeñas empresas, que se debían defender. Además, suplió la ausencia de los partidos de masas, convirtiéndose en una especie de «sindicato del territorio»[36].

Sus votantes eran sobre todo jóvenes y personas de treinta y cuarenta años: autónomos, pequeños empresarios, empleados del sector privado y también obreros, entre los cuales no eran pocos los que además estaban afiliados a los sindicatos. Lo que explica por qué las grandes centrales sindicales se mostraron muy prudentes con la Liga. Es en estos años cuando la formación de Bossi se consolida en lo que serán sus baluartes en los años sucesivos: las provincias productivas del Norte, históricos feudos democratacristianos —las llamadas «zonas blancas»— marcados por la difusión de pequeñas empresas y una extendida urbanización. Es la zona *pedemontana*, que va del Friuli (Pordenone) al Piamonte (Cuneo), pasando por el Veneto (Belluno, Treviso, Vicenza) y la Lombardía (Sondrio, Bérgamo, Brescia, Varese). Sólo parcialmente consiguió

penetrar en el triangulo industrial de Milán, Turín y Génova, y aún menos en la Emilia-Romaña, tradicional feudo comunista que siguió votando mayoritariamente a las izquierdas, al menos hasta mediados de los años 2010.

En 1994 se cerró esta fase de expansión de la Liga cuando la coalición liderada por Berlusconi (Polo delle Libertà-Polo del Buon Governo), en la cual se había integrado la formación de Bossi, ganó las elecciones generales. La Liga pasó a formar parte del nuevo gobierno junto a Forza Italia, el Centro Cristiano Democrático y los posfascistas de Alianza Nacional. Era un resultado muy novedoso en el nuevo panorama político italiano, al haberse juntado partidos de reciente creación que parecían no tener un pasado comprometido (caso de la Liga Norte) o habían roto con él (caso de Alianza Nacional), basándose la coalición en la habilidad política de Berlusconi.

En aquella primera victoria dentro de la coalición, en 1994, la Liga no aumentó su fuerza en número de votos. Pero gracias al pacto en el Norte con Berlusconi y a la nueva ley electoral, que establecía un sistema mayoritario del 75% —había entrado en vigor el año anterior—, obtuvo 180 parlamentarios, convirtiéndose en el partido con más representación de toda la coalición, lo cual era un logro realmente notable para un partido regionalista, síntoma de la fragmentación del voto, un fenómeno que no tardaría en extenderse por toda Europa, conforme fueran desapareciendo los sistemas políticos de la Guerra Fría.

La alianza con *il Cavaliere* durará pocos meses tanto por las divergencias en las decisiones políticas como por la convicción de Bossi de que el pacto era contraproducente para la Liga. Así, en diciembre del mismo año el *Senatùr* romperá el acuerdo, haciendo caer al ejecutivo. En los años sucesivos, la Liga empezará un camino hacia la «soledad irreductible», presentándose como un sujeto político

«extremista de centro» con el objetivo de recuperar su fisonomía y una parte del electorado moderado que había votado por Berlusconi[37]. En las elecciones de 1996 —en que ganará el centro-izquierda del Ulivo liderado por Romano Prodi— acudirá a las urnas en solitario, obteniendo su mejor resultado hasta 2018: más de 3,7 millones de votos (el 10%) y 90 entre diputados y senadores.

El viraje hacia el ultranacionalismo verde

La breve experiencia gubernamental con Berlusconi llevó a Bossi a la idea de que el intento de conquistar Roma y federalizar Italia había fracasado por completo: ahora tocaba, pues, reconstruir la identidad y nacionalizar el Norte. Es en este contexto en el cual se produce el giro secesionista de la formación de Bossi con la invención de una entidad territorial de tipo étnico, la Padania, fenómeno que antecede en bastantes años al *procés* catalán pero que viene marcado por los cercanos acontecimientos de Yugoslavia. Constituye un viraje importante que modifica la referencia de los intereses regionalistas —utilizada hasta entonces por la Lega Lombarda y por la misma Liga Norte— por una étnico-identitaria inexistente hasta el momento. Si bien la operación, aparentemente estrafalaria, acaba con un revés ya que la secesión no se consigue, es indudable que la Liga obtiene unos resultados nada desdeñables, como la capacidad de crear una comunidad cohesionada y una serie de imaginarios compartidos, además de arraigarse en el territorio y afianzar aún más la figura de su líder indiscutido, Umberto Bossi.

En mayo de 1996 se constituye un Parlamento padano con sede en Mantua que debería apoyar un gobierno en la sombra —bautizado «gobierno Sol», por referencia al Sol de los Alpes, la enseña del independentismo padano— de

cara a la manifestación a lo largo del río Po que se concluye el 15 de septiembre en Venecia con la proclamación de independencia de los pueblos de la Padania. En la manifestación, cubierta durante toda su preparación y en su desarrollo por los medios de comunicación, participaron entre 150.000 y 200.000 personas. A todo esto se añade una intensa producción de símbolos que va desde las concentraciones masivas en Pontida —pequeño pueblo alpino de la provincia de Bérgamo y feudo histórico de la Liga— al juramento de los cargos elegidos, pasando por la constante presencia en el territorio a base de votaciones en carpas montadas en las calles de las ciudades y los pueblos —ya entra en escena el nuevo referendismo europeo—. Pero también se organizan los llamados «Padania Days», se crea un fantasmagórico Comité de Liberación de la Padania (CLP) y se constituyen las «camisas verdes» que se convertirían en unas patrullas para la seguridad del territorio contra los inmigrantes. En octubre de 1997 se celebraron también las elecciones por el Parlamento padano, en que votaron, según algunas estimaciones, unos 6 millones de ciudadanos y se presentaron listas de diferentes ideologías, incluidos los Jóvenes Comunistas de un todavía desconocido Matteo Salvini. El Parlamento elegido quedará constituido, de forma puramente simbólica, durante sólo unos cuantos meses, siendo clausurado en julio de 1998. Se creaba así una nueva imagen de la Liga que Marco Tarchi define con acierto como una «mezcla de rebelión, novismo, intolerancia y tradicionalismo»[38].

A este respecto es interesante examinar la procedencia de los dirigentes liguistas, que es extremadamente heterogénea, y las relaciones que se dan con sectores de extrema derecha. Por supuesto, no faltan ni siquiera entre los fundadores figuras desilusionadas con la izquierda

comunista, víctima de la nueva percepción, entre el electorado, del final de la Unión Soviética. Como el mismo Bossi, que había militado en el PCI por un breve periodo a mediados de los setenta tras el intento fracasado de dedicarse a la canción con el nombre artístico de Donato. O el excantautor folk Gipo Farassino, líder de los autonomistas piamonteses. Pero también figuras procedentes de la izquierda extraparlamentaria de los setenta, como el futuro ministro, gobernador de Lombardía y secretario federal de la Liga tras la dimisión de Bossi, Roberto Maroni. Sin embargo, al mismo tiempo hay personas provenientes de sectores moderados, como la DC o el PSI, y también de la extrema derecha, como el futuro eurodiputado Mario Borghezio o Franco Rocchetta. El primero militó en *Jeune Europe* y se mantuvo en los setenta cerca del príncipe Junio Valerio Borghese y el movimiento neofascista de *Ordine Nuovo*; Rocchetta se inscribió en este último partido con todas sus consecuencias —viajó en la primavera de 1968 a la Grecia de la dictadura de los coroneles— antes de fundar la Società Filologica Veneta, de la cual nació la primera Liga Veneta en 1979[39] .

No se trataba de relaciones casuales o extrañas; ya en los años ochenta diferentes jóvenes de extrema derecha habían accedido al incipiente liguismo, como Alberto Sciandria, futuro dirigente de la Liga en Piamonte; Guido Rossi o Marco Rondini, que devendrán diputados por el partido de Bossi, o Giancarlo Giorgetti, que llegará a ser ministro y prohombre de la formación. Este último militó en el Frente de la Juventud del Movimiento Social Italiano (MSI), mientras Rondini pasó durante los años noventa por el Frente Nacional del exterrorista neofascista Franco Freda y la *Fiamma Tricolore*, de Pino Rauti[40]. Sobre todo con el viraje secesionista posterior a 1994, estos sectores jugaron un papel clave en la creación de un nuevo

imaginario, importando conceptos de la *Nouvelle Droite* francesa de De Benoist —etnopluralismo, diferencialismo, antimundialismo— y símbolos y rituales paganos que en los ambientes de la extrema derecha se venían utilizando desde los años sesenta y setenta y que tuvieron un protagonismo notable en los Campos Hobbit —en referencia al universo literario de Tolkien— organizados por las juventudes del MSI entre 1977 y 1980[41]. Aparecieron así en el mundo liguista el Sol de los Alpes, una derivación del símbolo solar céltico, el rito del agua sagrada del Po y todo un «revisionismo historiográfico en clave etno-nacionalista» que va de las figuras de Alberto da Giussano —símbolo oficial del partido—, la Liga lombarda medieval y la República *Serenissima* de Venecia, al Reino longobardo o al mismo Imperio austro-húngaro[42].

Sin embargo, las conexiones con la nueva extrema derecha no se limitan al pasado de algunos dirigentes o a la utilización de una serie de recursos y símbolos. En diciembre de 1993, el nuevo gobierno liguista de la región Friuli-Venecia Julia organizó en Gorizia un debate con Alain de Benoist, que, exactamente veinte años más tarde, participará en otra controversia organizada por el *think tank* de extrema derecha Il Talebano, junto al neosecretario de la Liga, Matteo Salvini, dedicado al «señoreaje bancario». Así, los *Giovani Padani*, las juventudes de la Liga Norte, tendrán relaciones con el *Groupement de recherche et d'études pour la civilisation européenne* (GRECE) del mismo De Benoist. O la asociación filoliguista Terra Insubre, fundada en 1996 por el ex neofascista Andrea Mascetti, estará vinculada constantemente con la revista de extrema derecha *Orion* y los encuentros de *Sinergie Europee,* llegando a convertirse en 2012 en la escuela de cuadros de los mismos *Giovani Padani*[43].

Como es lógico, las conexiones son más explícitas también a nivel internacional; tras haber mirado con interés a la figura de Vladímir Zhirinovski, a partir de 1998 Bossi intensificó sus relaciones con el líder del FPÖ austriaco Jorg Haider, en ese momento en su apogeo. Los dos políticos compartieron escenario en un mitin en Venecia en otoño de 1999 y la Liga del Friuli estableció contactos estables con la organización de Haider en Carintia: otra vez resulta clave la figura de Borghezio, que por aquel entonces declaró sin medias tintas que «Haider es nuestra estrella polar»[44]. Todo ello combinaba las nuevas corrientes surgidas de la *Nouvelle Droite* y el GRECE —como el neopaganismo—, la influencia temprana de la ultraderecha que llega del Este —y las guerras de la ex Yugoslavia—, el interés de los rusos —es decir, de Dugin— y la quiebra del propio sistema político italiano, aun antes de la Gran Recesión de 2008-2010, y las propias tradiciones ultraderechistas y neofascistas. Por otra parte, el ambiente general estaba cambiando —el berlusconismo había contribuido mucho a ello— y comenzará a manifestarse el fenómeno del «desacomplejamiento»: las viejas militancias y «pecados de juventud» están ahí, pero ahora empieza a ser un orgullo manifestarlas, no disimularlas.

En 2000, y tras el mal resultado en las elecciones europeas del año anterior (4,5% de los votos), la «nueva» Liga, ya más ultraderechizada, vivió otro giro que la llevó a una nueva alianza con el centro-derecha liderado por Berlusconi, vencedor en las elecciones generales de mayo de 2001. La Liga no recuperó votantes (3,9% y menos de 1,5 millones de votos), pero consiguió acceder otra vez al gobierno del país, ocupando ministerios importantes, como los de Justicia, Trabajo, Políticas Sociales y Reformas Institucionales. Y sobre todo marcó en muchos asuntos la

línea política de un gobierno que llegó hasta el final de la legislatura: la disminución de los impuestos —en evidente sintonía con Berlusconi— será uno de los *leit motiv* relacionado con la cuestión del federalismo —mayores competencias para las regiones—, así como el tema de la seguridad y la limitación de la inmigración, que se concretará en la Ley Bossi-Fini de 2002.

Coincidiendo con la «guerra mundial contra el terrorismo» lanzada por el presidente Bush y que generó una obsesión por la seguridad en Occidente, junto con la xenofobia practicada abiertamente y sin complejos en varios países del Este, la cuestión de la inmigración comenzó a tener cada vez más protagonismo en los discursos, la propaganda y las prácticas de la Liga. Así, la problemética de los italianos del Sur fue siendo sustituida progresivamente por la de los inmigrantes provenientes del Este de Europa y de África, además de los gitanos. No faltó el lenguaje popular que podía convertirse explícitamente en insulto y se reutilizaba políticamente: Bossi definió a los inmigrantes como unos «bingo bongo» que obtenían vivienda social antes que los italianos, mientras Giancarlo Gentilini, alcalde y luego vicealcalde de Treviso (1993-2013), declaró que no estaría mal disfrazar a los inmigrantes de liebres y dispararles con una escopeta. Ya en los noventa, Gentilini había suprimido los bancos de las plazas públicas para evitar que se sentaran o durmieran en ellos los inmigrantes y menesterosos[45].

El acercamiento directo a la extrema derecha está servido: ya en 1999 se organizaron manifestaciones contra la inmigración junto a Fiamma Tricolore o Forza Nuova, formación fundada por Roberto Fiore dos años antes. Este discurso se amalgamó con el de la defensa de la familia y las tradiciones, sin que faltaran referencias a la Europa cristiana y una dura crítica a la globalización, que

acercaban la Liga a Haider. Tras los atentados del 11-S de 2001, aparcado un cierto antiamericanismo, la Liga empezó una batalla contra la supuesta islamización de Italia y Europa que llevará en febrero de 2006 al entonces ministro liguista Roberto Calderoli a enseñar en una entrevista televisiva una camiseta con las caricaturas de Mahoma del periódico danés *Jyllands-Posten*[46]*.* Por si faltara algo, Bossi asumió el nuevo mito del complot para invadir Europa y islamizar su cultura, desarrollado por la periodista judía Bat Ye’or en su libro *Eurabia. The Euro-Arab Axis* (2005)[47], un argumento sólo utilizado por el neofascismo europeo más fanatizado.

La radicalización de la Liga resultaba bien evidente y así seguirá en los años siguientes, sobre todo tras la vuelta al gobierno junto a la coalición liderada por Berlusconi en la primavera de 2008. El partido, anclado ahora firmemente al centro-derecha del *Cavaliere*, superó los 3 millones de votos (8,3% y 86 parlamentarios) y consiguió tres carteras, entre ellas el importante Ministerio del Interior. En ese contexto aumentó aún más el antislamismo de la Liga que, además de organizar manifestaciones contra la construcción de mezquitas, propuso una ley —que finalmente no prosperó— para que se obligara a los imanes a rezar sólo en italiano. Además, aún más que en la legislatura de 2001-2006, se centró en una defensa de la familia y los valores tradicionales, desarrollando —junto a todo el centro-derecha— una campaña en contra de los matrimonios entre personas del mismo sexo[48]. No resulta extraño pues que, ya en el verano de 2013, un exministro como Calderoli tachase de «orangután» a la entonces ministra por el Partido Democrático (PD) Cécile Kyenge, nacida en Congo. O que, tras el giro lepenista salviniano, el líder de la neofascista CasaPound, Gianluca Iannone, invitase a votar en los comicios europeos de 2014 por el

candidato liguista Borghezio, que tras la elección participó en un mitin en Roma organizado por Stefano Delle Chiaie, el exterrorista neofascista de Avanguardia Nazionale[49]. Con la Gran Recesión y la nueva crisis que sufre el sistema de partidos italiano, todos los hilos se empiezan a atar. Y para que esto sea posible un papel crucial lo había jugado en las dos décadas anteriores Silvio Berlusconi.

***Punto de inflexión hacia la amargura: la revuelta de los* forconi**

El gran vuelco de las elecciones italianas de 2018 tuvo su prólogo casi cinco años antes. En diciembre de 2013 una extraña protesta, sin una clara plataforma ni líderes visibles, escenifica la Italia del resentimiento y de la exasperación[50], lejos ya del populismo optimista del periodo Berlusconi en los años noventa. El origen de esta movilización líquida se remonta a enero de 2012, cuando acababa de tomar posesión el gobierno tecnócrata y proausteridad de Mario Monti, mientras la Zona Euro vivía un momento culminante de la crisis de la deuda soberana y las políticas del denominado «austericidio» impuestas desde Bruselas generaban fuertes reajustes económicos en toda la UE. Fue entonces cuando un conjunto muy diverso de organizaciones, integrado mayoritariamente por pequeños empresarios de la agricultura, la ganadería o el transporte por carretera, comenzó a protagonizar huelgas y bloqueos de carreteras.

Se autodenominaban *forconi* («horquillas»), un símbolo clásico de la rebelión campesina popular. Aunque su núcleo principal se encontraba originariamente en Sicilia, la distribución comercial quedó gravemente afectada en todo el territorio nacional por las huelgas y protestas. En aquel momento, las cuestiones clave de la movilización todavía

eran sectoriales: presión fiscal, coste de gasolina y de peajes. Sin embargo, pronto se abrió paso un discurso más amplio, profundamente antieuro y antieuropeo; y, sobre todo, dirigido contra la «casta política» italiana. Aunque el movimiento se declaraba neutral, «ni de derechas ni de izquierdas», era evidente cierta penetración de militantes de la extrema derecha o del antiguo y declinante centro-derecha *berlusconiano*, que exigían menos impuestos, sin más redistribución o solidaridad social. Más incierto todavía era el carácter identitario del movimiento: surgieron banderas del independentismo siciliano, veneciano o incluso neoborbónicas en las diferentes regiones, pero más como un síntoma de una genérica revuelta anti-estatal que como una reivindicación regional consciente[51]. De hecho, en la segunda y más masiva ola de movilización de casi dos años después, el símbolo aglutinante será la bandera *tricolore* italiana.

En otoño de 2013, esas mismas organizaciones lanzaron una movilización para el día 9 de diciembre. Abandonaron las reivindicaciones propias de su sector e invocaron, a través de las redes sociales y con un lenguaje disparatado, una rebelión nacional e interclasista «para recuperar la soberanía popular y monetaria», contra «el Far West de la globalización» y «un gobierno de nominados»[52]. Sin embargo, en ese fatídico día ocurrió algo inesperado. En el centro-sur de la península, que fue bastión de los *forconi* originarios, la convocatoria básicamente fracasó, en ocasiones de manera grotesca. En el norte, al contrario, se registró una espontánea y elevada participación en dos áreas bien definidas: las provincias del triángulo industrial Turín-Génova-Milán al noroeste, y algunas áreas del noreste microempresarial. La protesta actuaba de manera completamente descoordinada e improvisada, con bloqueos de carreteras, piquetes y cierres forzados en edificios

comerciales, enfrentamientos ante sedes institucionales o de las agencias de recaudación fiscal.

La dimensión social de la protesta era nueva y heterogénea. En la calle había empresarios y comerciantes endeudados o en quiebra, desempleados, trabajadores no cualificados, estudiantes, la gran mayoría de formación profesional. Muchos no tenían idea de quiénes eran los *forconi* ni de sus reivindicaciones iniciales, ni poseían experiencias previas de movilización social: «En la calle [estaban] quienes no habían estado nunca»[53]. El epicentro de la protesta fue Turín, donde había decenas de concentraciones, un paro de la actividad comercial que duró tres días y un ataque a pedradas contra la policía en la plaza central. La participación masiva de trabajadores de los mercados municipales y ambulantes en Turín, un sector que hizo de amortiguador social para muchos obreros de la industria del automóvil tras la deslocalización de los años ochenta y noventa, es un ejemplo clave del «fin del ciclo posfordista» en Italia que afectó tanto el noroeste del triangulo industrial como al modelo microempresarial del Véneto, favoreciendo el agotamiento productivo y el empobrecimiento[54].

«Confusión» es la palabra que usaban por entonces todos los observadores de la movilización. Incluso el Ministerio del Interior, preocupado por los eventos y sin un interlocutor claro con quien dialogar, dejaba filtrar su propia desorientación[55]. Ambientes de la ultraderecha intentaban aprovechar la protesta, excitados por el «espíritu de transversalidad» que, según ellos, combinaba izquierda y derecha antisistema, tal como se expresaba en el primer programa fascista de 1919, el *Sansepolcrismo*, o en los choques estudiantiles en Roma de 1968. Sin embargo, no consiguieron grandes resultados. Por otra parte, una gran proporción de la izquierda desconfiaba de

las protestas y contemplaba con sospecha a la base social de la revuelta de los *forconi* a la cual, aunque empobrecida, seguía considerando burguesa y reaccionaria. Además, preocupaban algunos episodios de violencia que, dirigiéndose contra sedes del sindicato o incluso librerías[56], parecían expresiones puras del «fascismo eterno» conceptualizado por Umberto Eco. Por su parte, el Movimiento 5 Estrellas (M5S), que compartiría ciertos elementos de discurso anticasta con las protestas, pero que acababa de ingresar en el Parlamento nacional y no deseaba «quemarse», mantenía una prudente distancia con estas protestas.

Según el sociólogo Aldo Bonomi, muchos manifestantes representaban el mundo del *non più* (no más): una clase heterogénea empobrecida, de pequeños comerciantes, empresarios y obreros incapaces de recolocarse. Eran personas que «no podían más» en un mundo que «ya no existía», y que quedarán descolgadas del mundo que «no existe todavía», es decir, la muy celebrada economía de investigación e innovación, la de conversión turística y *start ups*. Es una «multitud rencorosa» que no tiene lugares de referencia o de encuentro. Por ello la mayoría de concentraciones se producían en rotondas de tráfico o en salidas de autopistas, lugares estratégicamente útiles en su momento pero humanamente miserables, «casi alucinantes»[57]. La multitud rencorosa se sentía sin representación política ni, especialmente, socioeconómica. Protestaba contra sus propias organizaciones sectoriales y, por supuesto, contra los sindicatos. Añoraba el pasado, de cuando sus representantes sabían cómo alzar la voz, negociar y obtener resultados del gobierno; cuando «la ley de presupuesto dispensaba ayuda y gastos, y hoy, en cambio, solo establece recortes»[58].

Días más tarde la protesta se apagó tan rápidamente como surgió. La desvencijada coordinación de los *forconi*, a la que el control de la movilización ya se le había ido de las manos, se disolvió por desacuerdos internos. Sin embargo, varios observadores expresaron su estupor por el estallido de una insurrección tan improvisada, que se había quedado a medias entre la inquietud por una sociedad que se mostraba «altamente inflamable» y el alivio porque nadie había logrado todavía prenderle fuego[59].

Fue todo un síntoma: en Italia habían quedado muy atrás las promesas rosadas del berlusconismo para llevar a los italianos a una nueva era. En 2008, cuando la Gran Recesión se empezaba a extender desde Estados Unidos, el ministro de Economía de Berlusconi, Giulio Tremonti, llegó a decir que al sistema bancario italiano le iría bien «porque no se hablaba inglés»[60]. Pero el mal venía de antes, porque de hecho, la victoria de Forza Italia en las elecciones de 2001 había complicado y ralentizado cumplir con los criterios presupuestarios establecidos por el tratado de Maastricht. Después pasó por España la oleada de los indignados, que dijo obtener su inspiración de las protestas de la Primavera Árabe. Pero para entonces, en 2011, ya se señalaba que tenían un modelo a seguir en Italia, que por entonces, en las municipales parecía haberse confirmado como la alternativa ciudadana a los partidos tradicionales: el *Movimento 5 Stelle* (M5S, Movimiento 5 Estrellas)[61].

Del gentismo *al Movimento 5 Stelle*

Como hemos visto, en Italia, entre las décadas de 2000 y 2010, nuevas expresiones políticas de malestar social se afianzaron tras la crisis económica, causada por los efectos de la recesión global post 2008; pero también de una

consolidada fase de estancamiento nacional italiano que ya databa de 2001. En paralelo, creció un generalizado sentimiento de desconfianza hacia los partidos políticos de la llamada Segunda República, que no eran sino un sistema bipolar estático basado en una rígida contraposición formal y discursiva entre centro-derecha y centro-izquierda. Este régimen decayó por desgaste gradual, sin una fecha exacta o un *casus belli* destructivo como fue Tangentópolis en 1992-1993.

Sin embargo, surgió una especie de manifiesto inspirador, quizás involuntario, de una nueva fase. Se trataba de un libro titulado *La Casta*, publicado en mayo 2007. Los dos autores, Gian Antonio Stella y Sergio Rizzo, conocidos periodistas del *Corriere della Sera*, habían realizado una investigación que dejó en evidencia privilegios y abusos de la clase política e institucional del país[62]. *La Casta* se convirtió en un éxito editorial rotundo, y sobre todo afectó el curso de la política y la sociedad italianas, mucho más allá de la intención de los autores. Aunque la desproporción de los privilegios ya era conocida por el gran público, sólo a partir de ese momento muchos ciudadanos pasaron a identificar en la clase política «un tótem contra el cual soltar su resentimiento latente»[63].

El marco conceptual de la casta, es decir, de la distancia entre la élite poderosa, corrupta y con coche oficial, y la gente común, indefensa y que «paga por ellos», detonó una carga emocional muy potente. Aunque esa atractiva simplificación eclipsaba las otras fracturas sociales existentes: de clase, género, territorio, representación, era un discurso «que seduce porque se responsabiliza. Siempre hay un 'yo' y un 'ellos', siempre hay un límite que divide una sociedad genérica y una 'casta' de parásitos rapaces. El resultado es que la 'sociedad' indiferenciada nunca tiene que cuestionarse a sí misma, que es suficiente denunciar la

corrupción —que siempre afecta al otro— para sentirse en paz con la conciencia»[64].

En este contexto se configuró lo que algunos autores definen como *gentismo*, una expresión alternativa a «populista» que aludía a los ciudadanos ordinarios: la gente. Era una categoría incluso más indistinta y genérica en comparación con la clásica categoría de pueblo que, por lo menos, tiene alguna —aunque vaga— referencia política previa e identificación socioeconómica e incluso nacional. Además, el *gentismo* perseguía de forma reiterada y obsesiva las supuestas indicaciones de intereses y sentido común que surgen de encuestas, índices de audiencia y sentimientos difusos percibidos en las redes sociales, a pesar de que estos fueran claramente superficiales o malinformados. Según la politóloga Nadia Urbinati, el *gentismo* es «la reacción de la gente común contra los adeptos, de los ciudadanos ordinarios contra aquellos que desempeñan una función de dirección política. [...] La gente está formada por los ciudadanos de las encuestas —es el tribunal supremo. Es el conjunto genérico de ciudadanos que están fuera de las instituciones»[65].

La génesis del concepto *gentismo* venía de lejos, ya que reproducía algunos elementos manejados durante Tangentópolis en 1992-1993 (la calle contra el poder, la pulsión justicialista, la hostilidad hacia los cuerpos intermedios), pero situados en un cuadro político y un sistema tecnológico y mediático totalmente renovados.

Varios actores intentan aprovechar la ola de la casta. Entre los primeros, paradójicamente, está la alianza de centroderecha que, a pesar de que en *La Casta* sea acusada de los mayores abusos, gana por gran mayoría las elecciones de 2008. Su líder Silvio Berlusconi todavía representaba, para un porcentaje suficiente del electorado, la imagen, aunque absurda y distorsionada, del empresario

eficiente y desinteresado que se enfrenta a las instituciones corruptas, «aquel que es tan rico que no necesita robar»[66].

Pero, quien más aprovechó el viento del gentismo fue el líder de un partido que todavía no existía. Beppe Grillo, el futuro fundador del Movimento 5 Stelle (M5S), que en 2007 aún se limitaba a su actividad de actor cómico. Sus provocadores espectáculos de teatro, su popularísimo blog en la red y su lenguaje tipícamente agresivo estaban dedicados a asuntos de naturaleza global y políticamente transversal: ecología, modelos de economía y producción alternativos, defensa de pequeños ahorradores. En torno a debates sobre cuestiones cívicas y progresistas, surgen en 2005 los primeros *MeetUp*, foros *online* de simpatizantes de las ideas de Grillo, que formarán en 2009 la estructura inicial del M5S[67].

Sin embargo, el triunfo del libro *La Casta* llevó a un viraje en el proyecto de Grillo. En septiembre de 2007, el actor convocó en Bolonia una movilización nacional que obtuvo una participación masiva, *Vaffanculo Day* (literalmente: «El Día de A Tomar por Culo»), una denominación evidentemente *gentista* y emocional, cuyo logotipo aludía al símbolo de la película *V de Vendetta* (dirigida por James McTeigue, 2006), que se convertirá en una referencia simbólica crucial en la fase de protestas de 2011, entre Occupy Wall Street y el 15-M. En el naciente M5S, la lucha contra la corrupción y los privilegios cobró ventaja sobre los temas ecológicos y cívicos, a través de la campaña *Parlamento Pulito* (Parlamento Limpio). Este nombre implícitamente marcaba una continuidad histórica con el proceso judicial de *Mani Pulite* —Manos Limpias— de 1992-1993, que muchos veían como una revolución incumplida.

Desde un principio, el M5S se desarrolló alrededor del instrumento-objetivo de lo que se definía como

«democracia directa», es decir, la participación horizontal a través de foros y blogs en línea, lo que debería llevar a incluir a todos los ciudadanos en los mecanismos institucionales y en la superación de todas las intermediaciones —sindicatos, medios de comunicación y los mismos partidos—. Por entonces, la «red buena» aún reunía a importantes nombres del ciberactivismo utópico internacional; tras diez años de actividad política del M5S, ese objetivo tan ambicioso terminó mostrando unas cuantas contradicciones.

Ante todo, blogs y foros se revelaron como herramientas mucho más verticales que horizontales, ya que dependían de la iniciativa del líder y de sus colaboradores más estrechos. Por ello, el M5S fue consolidando mecanismos para controlar y desviar los debates internos, con una represión sistemática de los disidentes y expulsiones sumarias. En ese aspecto, es crucial la figura de Gianroberto Casaleggio, cofundador del M5S junto con Grillo y propietario —hasta su muerte en 2016, cuando deja el mando a su hijo Davide— de la Casaleggio Associati. Esta empresa es titular del blog de Grillo y dueña de Rousseau, la plataforma tecnológica utilizada para discusiones y votaciones dentro del Movimiento. Según la minuciosa investigación del periodista Jacopo Iacoboni, Casaleggio habría ideado un verdadero experimento de ingeniería sociocognitiva para manipular opiniones y crear consenso en grupos, empezando por aplicarlo a su pequeña empresa informática a finales de los años noventa, para después extenderlo al M5S. La «empresa privada como agente político» sería, por lo tanto, una continuidad entre la Forza Italia televisiva de Berlusconi-Mediaset y el M5S internetiano de Grillo-Casaleggio[68].

Otra distorsión tenía que ver con el desplazamiento al mundo virtual, en paralelo a la retórica contra la

financiación pública de los partidos, lo que implicaba la renuncia al espacio físico. Las reuniones del M5S se llevaban a cabo en salas alquiladas según conviniera, a través de donaciones de los miembros[69]. No existían secciones locales permanentes ni líderes u órganos territoriales o intermedios. Por lo tanto, el M5S contribuyó significativamente a la desterritorialización de la política en Italia, algo que incidía negativamente sobre la participación democrática y el mantenimiento de valores compartidos en la sociedad. Por cierto, esto es parte de un fenómeno más amplio y común a las tendencias populistas italianas. El ejemplo de referencia era Forza Italia de Berlusconi de 1994, modelada como un comité electoral norteamericano centrado en la figura del líder.

En la campaña para las elecciones generales de 2013, la frase-meme-símbolo de Beppe Grillo entrará en el imaginario colectivo: «Abriremos el Parlamento como una lata de atún»[70]. El discurso contra la casta se hace más perentorio gracias a la red. El eslogan *Tutti a casa* (Todos a casa) se convierte en una fórmula mágica que canaliza el resentimiento generalizado y promete un nuevo comienzo. Otra frase que cualquier miembro del M5S repetía obsesivamente era «ni derecha ni izquierda», una autodefinición no solo táctica, sino que representaba una visión de la política basada en «habilidades» en lugar de pertenencias o jerarquías. Es lo que Nadia Urbinati llama «objetivocracia», una combinación de democracia directa y meritocracia, basada en el cumplimiento de objetivos[71]. Según otros autores, el rechazo a posicionarse suponía un «relato del mundo justo en cuanto ‘neutro’, representativo de una totalidad indiferenciada»; y que en realidad se deslizaría, como demostraba el mismo Alain de Benoist[72], hacia una típica narración «de derechas», es decir, aquella

parte que niega el conflicto social o lo atribuye a fuerzas externas a la nación y al interés general[73].

El resultado de las elecciones de febrero de 2013 resultó sorprendente, al elevar el M5S a primer partido del país con un 25,6% de votos en la Cámara de Diputados, un 10% más de lo que indicaban las encuestas. Varios estudios mostraban un carácter interclasista del voto dirigido al Movimiento, distribuido entre obreros, desempleados, autónomos y empleados de clase media; dicho de otra manera, entre «perdedores de la globalización» y sectores más acomodados, algo que, como veremos, cambiará en 2018. Por otro lado, el factor generacional mostraba una evidente polarización, ya que el corazón del voto se situaba en la franja de 35 a 44 años y entre los jóvenes, pero disminuía mucho entre los mayores[74].

El M5S rechaza con contundencia la oferta de coalición de gobierno por parte de un Partido Democrático que, en línea con sus homólogos de centro-izquierda europeos, vive una profunda crisis de identidad entre una socialdemocracia ineficaz y un liberalismo impopular. Desde una oposición intransigente, el M5S articulaba su posición ideológica con muchas contradicciones. En temas socio-económicos actuaba en una línea progresista, proponiendo políticas expansivas antiausteridad y, como medida-estrella, una «renta de ciudadanía» (presentada de manera inapropiada como renta básica universal, aunque se trate de la mínima garantizada). Sobre derechos civiles, el M5S abandonaba el espíritu cívico y secular de sus orígenes y adoptaba posiciones reaccionarias, por ejemplo sobre uniones homosexuales, inmigración y derechos de migrantes de segunda generación *(ius soli).*

En relación a los asuntos internacionales, el posicionamiento del M5S era muy incoherente, ya que se movía entre un discurso euroescéptico, que planteaba la

salida del euro y la renegociación de los compromisos con la OTAN, a otro más moderado y continuista. El mayor indicador de esta confusión era el comportamiento en el Parlamento Europeo, al que el Movimiento accedió tras las elecciones de 2014, donde decidió incorporarse al grupo de *Europe Freedom and Democracy* (EFD) —esto es, el grupo de Nigel Farage (UKIP)— y de un puñado de partidos de derecha euroescéptica. Grillo y su pequeño entorno tomaron esta decisión de forma improvisada, justificándola con razones de pragmatismo y «algunos temas comunes» sin ningún debate interno y excluyendo categóricamente su adesión a los Verdes, que habría sido coherente con los orígenes cívico-ecológicos. Al final la base aprobó el ingreso en el EFD con un voto mal organizado y poco transparente que despertó extensas críticas incluso dentro del Movimiento. En aquel entonces, muchos interpretaron la operación como una clara adhesión ideológica del M5S a la nueva derecha.

Dos años más tarde, en 2016, el UKIP protagonizó la victoria en el referéndum del Brexit tras liderar la campaña *Leave.EU*, una verdadera *information operation* con técnicas militares o de inteligencia en la cual participaba también Cambridge Analytica, la empresa clave en la campaña de Donald Trump y que será el centro del escándalo de Facebook de 2017. Las características de *Leave.EU*, dirigida al *targeting* de electores británicos indecisos a través de la demonización de los adversarios y la difusión sistemática de información exagerada, no verificada o falsa, resultaban parecidas a las campañas más agresivas del M5S. Por lo tanto, algunos aluden a una implicación directa de este último en el gran eje nacionalista euroamericano[75].

Entre finales de 2016 e inicio de 2017, es decir, justo después del referéndum británico y de las elecciones

estadounidenses, varias señales parecieron confirmar esta implicación: Grillo, que no solía hacer muchas referencias al ámbito internacional, expresó admiración por «hombres de Estado fuertes» como Trump y Putin; la prensa filtró contactos entre exponentes del M5S y de Rusia Unida, el partido de Vladímir Putin, a partir de los cuales parecía inminente un acuerdo de cooperación sobre campañas electorales y comunicación web —que, sin embargo, fracasó en el último momento por razones nunca aclaradas. El ideológo de la nueva ultraderecha rusa, Aleksandr Dugin, y la web-megáfono de la *Alt Right* americana *Breitbart,* vinculada a Steve Bannon, elogiaron el carácter *antiestablishment* del M5S y auguraron una alianza con la Liga. Sin embargo, faltan más evidencias tangibles sobre este acercamiento.

En definitiva, en el posicionamiento del Movimento, aparte de ideología y estrategia, había también una buena dosis de improvisación oportunista y aventurerismo. Esto queda evidente en enero 2017, cuando, literalmente de un día para otro, el M5S anunció el abandono del EFD y la adesión al ALDE, el grupo liberal-democratico, el más ultraeuropeísta; al día siguiente, sin embargo, se anuló toda la operación y el Movimiento regresó al EFD[76]. Nunca se han aclarado en público las razones de este vuelco, aunque se especula con un intento de tacticismo moderado en vísperas de las elecciones italianas. Esta improvisación no debe sorprender, siendo plenamente compatible con un planteamiento *gentista*, que implica por su naturaleza «una subestimación de la planificación y, especialmente, de visiones de largo plazo, en favor de tácticas de supervivencia para encontrar un equilibrio en el fluido contexto político-mediático»[77], ya que «la característica fundamental de la variante gentista es precisamente la incoherencia, [...] no puede tener ninguna linealidad. Es

una narración sincrética e inarmónica, sin secuencialidad»[78], coherente con la filosofía posmoderna.

Del verde al azul. La metamorfosis de la Liga

La identidad visual era crucial en la comunicación política, y todavía más en la época de circulación *online*. Y a veces era con el color, más que con el nombre, como se manifestaba la transformación de un partido. Es lo que ocurrió con la Liga Norte entre 2013 y 2018 bajo el liderato de Matteo Salvini: un partido autonomista —en algunas fases secesionista—, expresión de las regiones del Norte contra la «Roma ladrona», que terminó convertido en nacionalista extendiéndose por todo el territorio de Italia y haciendo campaña contra el «super-Estado» de Bruselas. El sufijo «Norte» desapareció oficialmente del nombre del partido en diciembre de 2017, un año después de que la Liga ya hubiera abandonado el verde, que había sido una referencia identitaria muy estimada por sus militantes y firmemente grabada en el imaginario colectivo italiano, tanto como el rojo del mundo de la izquierda, el negro de la derecha y el blanco del ya extinto centrismo democristiano. La nueva Liga de Salvini eligió el azul, el mismo color de la unidad nacional, de la selección nacional de fútbol, parecido al azul claro de la Forza Italia originaria. También era el mismo azul de los carteles de la campaña electoral de Donald Trump, que Salvini en 2018 reproducirá de forma casi idéntica en el diseño gráfico y la tipografía.

Entre las diferentes causas de esta metamorfosis, destacaba ante todo un factor político de larga duración. La Liga era la síntesis y la culminación de la larga transición de la derecha italiana en los últimos veinticinco años; una «derecha plural», con varias expresiones —neoliberal con Forza Italia, posfascista con Alianza Nacional,

etnonacionalista con la Liga Norte— pero con elementos compartidos: ausencia de sentido de Estado, rechazo de las reglas, clausura autárquica[79]. Berlusconi había unificado estas tendencias en un discurso desacomplejado, sin mediación ni filtro con respeto al equilibrio de poderes y a los derechos de las minorías, exaltando el repliegue en lo privado y alimentando de forma obsesiva el miedo a las amenazas que lo afectarían, sobre todo la inmigración y los impuestos. Salvini era, simplemente, el intérprete más radical de estas características, una vez que Berlusconi, nacido en 1936, hubiera entrado en un declive físico y carismático que parecía ya irreversible.

Sin embargo, hay que añadir una dimensión social relacionada con el contexto poscrisis. Salvini imprimió un giro social y *lepenista* a una Liga que durante largo tiempo quedó subordinada a la narración neoliberal de Berlusconi[80]. El líder liguista intuyó las potencialidades de ocupar los enormes espacios libres que dejaba la avalancha de rechazo a «la casta» y el repliegue de la izquierda. Entendió que podía aprovechar la impresionante oleada de nacionalismo que, desde la mitad de los años 2010, se venía abriendo espacio en las periferias, en las provincias, entre los jóvenes fascinados por el sentido comunitario y los códigos culturales de la ultraderecha, una generación en la cual básicamente «el antifascismo ya no es un valor compartido»[81]. Uno de sus lemas, no por casualidad, fue: «Primero los italianos». Con algunos argumentos vagamente welfaristas y otros tozudamente proteccionistas, Salvini sedujo a obreros, desempleados, jubilados con la pensión mínima, varios «excluidos de la globalización» y sobre todo a los llamados «olvidados de la izquierda». La apropiación de los que se consideraban como valores auténticos de la izquierda, acusada de haberse dejado contaminar por la hiperconcentración en los derechos

civiles y el globalismo *radical-chic* como caballo de Troya de la austeridad.

También falta añadir un factor que, aunque parezca contingente, puede ser revelador de los motivos que llevaron a la acelerada mutación de la Liga. A comienzos de la década de 2010, un grave escándalo de malversación afectó a la cúpula del partido e incluso al histórico fundador y líder de la Liga Norte, Umberto Bossi, quien en 2012 se vio obligado a dejar la dirección. La crisis fue notable: de los 182.000 afiliados de 2010, dos años más tarde sólo quedaban 56.000[82]. En 2018, la justicia todavía estaba trabajando en el caso. Si se ejecutara la orden de confiscación del patrimonio presuntamente estafado al Estado —una sentencia ya dictada lo calculó en 49 millones de euros—, la Liga podría verse obligada, de hecho, a disolverse. Por lo tanto, cabía interpretar la transformación como una operación para amparar el partido desde la acción judicial y relanzarlo con el argumento, legal y simbólico, de que existía una discontinuidad palpable entre la Liga verde estafadora y la Liga azul moralizante. Era una situación que, en muchos aspectos, recordaba la entrada en política de Silvio Berlusconi en 1993-1994, que según una tesis común fue para defender sus empresas de televisión altamente endeudadas y en vísperas de acciones judiciales[83]. Es lo que se podría llamar «efecto aliento en la nuca»: la amenaza de que alguien afecte los intereses materiales de una organización social incide en la falta de escrúpulos del actor público populista, convenciéndole a empujar el discurso siempre más allá, a crear distracciones de masa, a perseguir poder factual sin complejos y legitimación social para interferir con la acción de los jueces o de los simples eventos.

Las características personales de Matteo Salvini facilitan la metamorfosis. El líder de la nueva Liga demuestra ser un

consumado *insider-outsider*, que «nunca ha estado en el círculo más interno de un sistema político, pero tiene fuertes lazos con él».[84] Salvini entró en la Liga Norte de Milán, su ciudad, en 1990, cuando tenía 17 años, y enseguida se convirtió en la joven promesa del partido. Sin embargo, durante más de veinte años quedó confinado en el limbo de la política municipal, nunca dio el salto a la escena nacional. A menudo presumía de haber frecuentado casas okupas en su juventud, haber militado en la corriente de los *Comunisti Padani* (Comunistas Padanos), supuestamente la más izquierdista de la Liga Norte de finales de los noventa, y de ser un rendido fan de las canciones de Fabrizio De André, el cantautor por antonomasia del compromiso social libertario y de izquierdas en Italia. Estas características contribuyeron a su carisma de presunta heterodoxia tranversal, algo que Salvini aprovechó cada vez con mayor intensidad. Esta postura, que había dado importantes réditos políticos en el Este desde 1990 y en Europa occidental de la mano de la *Nouvelle Droite,* atrajo a toda una serie de seguidores, entre ellos algunos intelectuales y economistas, supuestos exizquierdistas arrepentidos o confundidos, como Alberto Bagnai elegido diputado con la Liga en 2018, dispuestos a «replantar» y amplificar en el ultranacionalismo todo tipo de ambigüedades, como la reinterpretación de la idea marxista del «ejército de reserva» en clave antiinmigración (la llamada «sustitución étnica») o la obsesión con el complot financiero-«inmigracionista» presuntamente liderado por George Soros[85] .

El éxito movilizador de la nueva Liga se debió sobre todo a la política de comunicación que Salvini interpretó hábilmente en *cross-media*, alternándose en apariciones de televisión, mítines, directos y *posts* en las redes sociales con estilo informal, incisivo y directo[86]. Con todo, su

discurso era tremendamente simplista. El tema estrella era, sin duda, la lucha contra la inmigración constantemente asociada con la criminalidad y la incompatibilidad histórico-cultural, explicado todo ello con un estilo drástico y emotivo. La ira del líder liguista era siempre cuidadosamente dirigida contra enemigos precisos e identificables[87]. Incluso los adversarios anónimos, como los inmigrantes, siempre se mostraban a través de fotos y vídeos. Los antagonistas políticos eran atentamente seleccionados, más por su carga simbólica que por su poder real. Destacó la campaña que Salvini lanzó en contra de Laura Boldrini, la izquierdista presidenta de la Cámara de Diputados entre 2013 y 2018, acusada de expresar posiciones humanitarias en favor de los inmigrantes aunque no tuviera ninguna función ejecutiva. La base de seguidores de Salvini, e incluso de una parte del M5S, llevó a cabo un linchamiento virtual permanente de Boldrini, con trazos misóginos muy zafios y hasta amenazas de muerte.

Otro elemento constante en el discurso de Salvini era la oposición a Bruselas, con un discurso abiertamente complotista que solía arremeter contra «la Europa de los banqueros, los financieros y los masones». La nueva Liga aprovechó un euroescepticismo que en Italia había crecido considerablemente desde 2011, y que, según las encuestas, mostraba una correlación muy estrecha con el empeoramiento de la economía a raíz de que el país padeciera la fase más aguda de la Gran Recesión, tras el impacto de la crisis griega de 2010, convirtiendo a uno de los países tradicionalmente más euroentusiastas en el segundo más eurocrítico[88]. En términos de análisis del transformismo político, no es baladí recordar que hasta 1996-1997 la Liga Norte originaria había mantenido una posición pro-Unión Europea y hasta favorable al euro. Y ello en nombre de un vínculo económico y cultural

supuestamente más estrecho del Norte italiano con el entonces idealizado «Norte *Mittel*-europeo», opuesto al parasitismo mediterráneo de la «Roma ladrona»[89]. Un supremacismo cultural que enlazaba con el de otras regiones europeas que no tardarían en desarrollar un discurso similar de «rebelión de los ricos», pero que ya se había vivido en la Europa del Este en los años noventa.

Otros elementos de atención para la política comunicativa de Salvini eran los *micro-target* de electores, tales como los pequeños comerciantes amenazados por los robos; los miembros de las fuerzas de seguridad; los trabajadores de edad avanzada afectados por la reforma de las pensiones; las personas con discapacidad. También un aspecto clave era la velocidad. Salvini intervenía rápidamente a rebufo de la actualidad informativa, siempre con propuestas fuertes y provocativas, respondiendo a las necesidades de la llamada *fast politics*[90].

En la transformación de la Liga también existía un protagonista en la sombra. Se llamaba Luca Morisi, antiguo profesor universitario de informática filosófica en la Universidad de Verona y jefe de la comunicación en la red de Salvini. Es él quien impulsa la mutación del verde al azul, quien crea el popular apodo del líder como «el Capitán», de estilo neofascista, pero que quedaba convenientemente atemperado con la definición de Salvini como «el populista de al lado». Entre otras cosas, Morisi ideó el concurso online *Vinci Salvini* («Gana con Salvini»), que permitía a sus seguidores conocer personalmente al líder a cambio de publicar el mayor contenido posible de datos favorables en apoyo a las campañas de la Liga. Otra creación de Morisi fue *la Bestia,* un sistema que medía al instante el éxito de los *posts* con los temas que surgían desde los comentarios y las características de los usuarios, a fin de orientar la propaganda política de acuerdo con las

reacciones del público. Estas herramientas amplificaron considerablemente la popularidad de la Liga, aunque generaron grandes dudas sobre su transparencia en la gestión de datos de los usuarios. Además, en el sistema de redes sociales de la Liga, tal como en el del M5S, era práctica común hacer circular noticias exageradas o falsas[91]. En cualquier caso, la Liga se situó entre los primeros partidos afines a la ultraderecha europea que desarrollaron estrategias y técnicas de persuasión en redes sociales, lo que, al margen de los resultados concretos, generaba una poderosa imagen de modernidad.

Al mismo tiempo, la metamorfosis de la Liga se insertaba activamente en el marco internacional. Con el inicio de la era Salvini se desarrolló la conexión con el aparato institucional y de comunicación de Rusia. En línea con otros movimientos de la derecha europea, la Liga elevaba a Vladímir Putin al rango de referencia ideológica privilegiada por su visión del mundo marcada por «identidad, soberanía y tradición». Era una muestra bastante clara de la eficacia que supuso la labor de relaciones públicas de la nueva ultraderecha rusa en interacción con el Kremlin. En innumerables ocasiones desde 2013, Salvini intervino públicamente en favor de los intereses rusos y contra las sanciones a Moscú por la guerra de Ucrania, además de viajar a Moscú en diversos momentos, en algunos de los cuales se reunió personalmente con Putin[92]. Pero no se quedó en una relación unidireccional, ya que en 2013 —es decir, en el inicio del liderato de Salvini—, coincidió con el giro de Putin hacia un *soft power* más incisivo en Europa occidental, lo que suponía contactos directos con entidades nacionalistas y anti-*establishment*. Diversos elementos indican que desde entonces Moscú eligió la Liga como su interlocutor privilegiado en Italia, aunque mantuvo vínculos

con organizaciones menores del neofascismo más tradicional, como CasaPound y Forza Nuova[93].

El hecho de presentarse como *antisistema* a nivel nacional pero integrada a la vez en el sistema, ya que de hecho gobernaba en municipios y territorios del Norte, hizo a la Liga más fiable y útil para las estrategias de *soft power*. La correa de transmisión principal fue Lombardia-Russia, una asociación fundada en 2014 por cuadros de la Liga y liderada por Gianluca Savoini, por el entonces portavoz de Salvini. Lombardia-Rusia generó una red de organizaciones análogos por todo el territorio y organizó un sinfín de eventos, a menudo en colaboración con las autoridades diplomáticas rusas: conferencias y encuentros temáticos sobre política rusa, defensa de la identidad cristiana y de la familia tradicional, oposición al mundialismo; viajes institucionales y de empresarios; entrevistas en medios del *establishment* ruso y contenidos en la galaxia online de la Liga como en IlPopulista.it, página web de referencia del nuevo partido; e incluso participación de «observadores» en el referéndum en Crimea de 2014.

En algunas de estas iniciativas participó también Aleksandr Dugin, que viajó repetidamente a Italia, la última vez en junio de 2018. El ruso apuntó públicamente a Salvini como «el único político que podría representar los intereses reales de los italianos»[94]. En 2017, Liga y Rusia Unida, el partido de Putin, firmaron un acuerdo de cooperación en relaciones internacionales, desarrollo económico y secciones juveniles con el intento de «unificar fuerzas para combatir el terrorismo islámico, la inmigración ilegal y la defensa de valores tradicionales»[95]. Dada la profundidad de estas sinergias y otros indicios, algunos medios italianos sospechaban de la existencia de financiación directa desde el tinglado ruso a la Liga[96], lo

que ya se había demostrado en su día con el Frente Nacional francés, aunque la sospecha no quedó respaldada por pruebas concretas y siempre fue desmentida por fuentes del partido.

Al mismo tiempo, la Liga de Salvini se acercó a Steve Bannon, el exconsejero de Donald Trump, y en septiembre de 2018 entró en The Movement, la plataforma creada por Bannon para aunar a las extremas derechas del Viejo Continente de cara a las elecciones europeas de 2019. Salvini había entablado relaciones con el equipo de campaña de Trump ya en otoño de 2016: Bannon se dejó ver más de una vez por Roma tras las elecciones italianas del 4 de marzo de 2018, llegando a anunciar la creación de una escuela de formación política en un monasterio en las afueras de la Ciudad Eterna gracias a sus relaciones con el integrismo católico estadounidense[97]. Luego vendrían sus declaraciones entusiastas por la formación del gobierno de la Liga y el M5S: Bannon consideró enseguida a Italia como el «corazón de la revolución» y la «fuerza motriz del nacionalpopulismo»[98].

Las cruciales elecciones de 2018

El desprecio emocional que el M5S solía concentrar contra «la casta» en general, o quizás contra Berlusconi en particular, en su fase cívico-progresista, se canalizó entre 2014 y 2016 contra el hombre fuerte del momento: Matteo Renzi, líder del Partido Democrático (PD) y en aquella fase presidente del Consejo. Inspirándose en la «tercera vía» neoliberal de Tony Blair y precursor de Emmanuel Macron, Renzi protagonizaba lo que, parajódicamente, se vino a definir como «populismo de gobierno»[99]. Con pulso agresivo y vertical y cierto estilo caudillista, Renzi llamó a

sus seguidores a la lucha contra la élite política de su propio partido. Haciéndose llamar *il rottamatore*, (el chatarrero), impulsó una relación directa líder-base, se enfrentó constantemente con los cuerpos sociales intermedios —los sindicatos, la patronal— y generó una enorme expectación mediática.

Como reacción, Renzi se convirtió en el chivo expiatorio de toda la arena política. Lógicamente, el mandatario se situaba en una posición de desventaja al pretender emular desde el poder a toda la confusa marmita de partidos que por entonces se cobijaban en Italia bajo el genérico paraguas de la denominación populista: la anticasta de Grillo al recurrir a la retórica del *chatarrero*; el anti-Estado de Berlusconi al insistir en la desregulación y la reducción de impuestos; e incluso al discurso posfascista al cerrar acuerdos con Libia sobre política de inmigración prescindiendo de los derechos humanos. Después de la imponente derrota en el referéndum de diciembre de 2016 sobre la reforma constitucional que él mismo había impulsado, Renzi quedó fuera de juego. Y ese fue el terreno abonado para el acto final, el maridaje extremo y la comunión de los dos polos extremistas italianos tras las elecciones de marzo de 2018 que se alzaron hacia el poder sobre la «marea de la rebelión de las clases medias».

En esos comicios, el M5S se consolidó abiertamente como el primer partido italiano, al haber obtenido el 32% de los votos y el 35% de escaños en el Parlamento tras experimentar una profunda transformación respecto a 2013. Beppe Grillo había dado un paso atrás, manteniendo un liderato de honor y dejando la dirección política a Luigi Di Maio, una figura prácticamente antitética a la del histriónico fundador: era un político aún joven y tenía un perfil responsable e institucional. El eslogan principal ya no era nihilista («Todos a casa»), sino que abogaba por la

alternancia («Participa. Elige. Cambia»). El electorado del M5S era muy heterogéneo territorialmente, pero obtuvo un éxito rotundo en las regiones económicamente más deprimidas del Sur, favorecido por las propuestas del Movimiento sobre asistencia social y renta básica; y también por su discurso de lucha contra la mafia. También registró un importante consenso en las periferias urbanas del noroeste, más afectadas por la crisis y la desindustrialización, las mismas que habían explotado en la protesta de los *forconi* cinco años antes. De hecho, el M5S resultaba ya menos interclasista que en el pasado, y ahora recibía más sufragios de los obreros no especializados y desempleados, pero estaba menos representado entre las clases más instruidas, lo que indicaba la creciente polarización de la sociedad italiana. Por otra parte, persistía una fuerte fractura generacional, siendo el apoyo al M5S siempre más fuerte entre jóvenes y en la franja de 40 años, y mucho más débil entre las personas mayores[100].

En paralelo, las elecciones generales de 2018 también premiaron la nueva Liga, que obtuvo el 17% de los votos, récord histórico del partido, tanto más impactante aún si se considera el mísero 4% que había cosechado en 2013. La Liga afirmó así su carácter nacional, alcanzando el 6% en las regiones del Sur de Italia, algo que hubiera sido inimaginable en el pasado. Según las encuestas, su base electoral era interclasista, creciendo considerablemente entre categorías típicamente orientadas a priori hacia la izquierda, como los funcionarios públicos y los estudiantes[101]. Era una señal de que la campaña de este partido había funcionado por ser lo suficientemente transversal, hipersimplificada hasta el punto de limitarse a cuatro asuntos repetidos obsesivamente: lucha contra la inmigración; impuesto plano —*flat tax*—; extensión del derecho a la legítima defensa; abolición de la reforma

restrictiva de pensiones. Este resultado posibilitó a la Liga el histórico *sorpasso* al entonces aliado Forza Italia, que obtuvo sólo el 14%, pero también la oportunidad aritmética de una alianza con el M5S en clave «soberanista».

Tras unas largas y complejas negociaciones que se alargaron casi tres meses, Salvini eligió este último camino, y a pesar del menor peso de escaños en el Parlamento (19% contra 35%), se mostró capaz de acaparar la atención de los medios y liderar *de facto* la agenda política del ejecutivo formalmente encabezado por Giuseppe Conte, impulsando su propio papel mucho más allá de sus carteras de ministro del Interior y vicepremier.

La figura de Conte merece un inciso. Cercano pero no afiliado al M5S, era un personaje totalmente desconocido hasta pocas semanas antes de su investidura: sin experiencia política, recordaba a Tihomir Orešković, primer ministro croata en 2016 en un gobierno de populistas y conservadores y a toda una gama de políticos que habían regresado desde Occidente a algunos países de Europa del Este en los complicados años de las transiciones poscomunistas, como Milan Panić, empresario farmacéutico serbio emigrado a California, que terminó de primer ministro en julio de 1992. Conte era el «útil desconocido» que ponía fin al bloqueo y garantizaba una mayor libertad de movimiento a los cuadros más políticos. Sin embargo, su elección no fue sólo táctica: obedecía a la cuestión crucial del relato *gentista*. Un no-político como jefe del gobierno canalizaba el deseo de protagonismo de los excluidos del sistema que durante mucho tiempo habían soñado su venganza. Conte como la «expresión de la gente», en palabras de Ezio Mauro[102], ofrecía también una apariencia de meritocracia y ascensión social desde su plaza de profesor de Derecho privado y experto en administración pública —Orešković, por su parte era un empresario

farmacéutico de éxito— a una comunidad que se mostraba, sobre todo en el caso de los 5 Estrellas, aún cohesionada y movilizada.

En paralelo, en los primeros días de junio de 2018, el M5S eliminó uno de sus principios fundadores, el de la independencia política, a fin de pactar una coalición de gobierno con la Liga y alcanzar así la mayoría en el Parlamento. En el nuevo ejecutivo, Di Maio optó por tener más peso en los ministerios económicos para impulsar políticas de redistribución e intentar ocupar el vacío dejado por el centro-izquierda. Se trataba de una apuesta muy arriesgada por dos razones. Primero y más importante: para ello, había tenido que hacer varias concesiones a la Liga, cediendo un enorme margen de maniobra y visibilidad mediática al líder liguista Matteo Salvini, en todos los otros ámbitos, en particular el tema de la lucha contra la inmigración. Al menos a corto plazo, este giro parecía empujar el M5S más hacia la derecha en vez de abrirle espacio a la izquierda. Segundo: cualquier intento de política expansiva llevaría a un enfrentamiento con los gobiernos de la Eurozona para el cual el ejecutivo italiano no parecía tener ni credibilidad ni aliados más allá de los Alpes.

Y efectivamente los primeros seis meses de gobierno lo demostraron con creces. Por un lado, Salvini tuvo casi todo el protagonismo, aprobando el llamado Decreto Seguridad —que limitaba aún más la inmigración y ampliaba la legítima defensa y la venta de armas— tras haber cerrado ya en verano los puertos italianos a fin de impedir la llegada de migrantes y haber empezado una campaña de acoso y derribo de las ONG que trabajaban en el Mediterráneo.

Por otro lado, los 5 Estrellas intentaban mantenerse a flote con la aprobación del Decreto Dignidad, pero

acabaron aceptando cualquier exabrupto y propuesta política de Salvini casi sin pestañear. Los sondeos lo confirmaban: entre marzo y diciembre de 2018 la Liga se convirtió en el primer partido, pasando del 17 al 33-35% de intención de voto, mientras el M5S bajaba del 32 al 26-28%. Más de lo mismo pasó con la aprobación de los presupuestos: tras el propagandístico anuncio de los ministros 5 Estrellas que habían «eliminado la pobreza», los presupuestos sufrieron un serio tijeretazo por la oposición de Bruselas. La versión finalmente aprobada —a última hora y casi sin un debate parlamentario tras la amenaza de una multa por parte de la Comisión Europea— contenía muy pocas medidas expansivas y muchos más recortes. Una vez más, el gato al agua se lo llevaba Salvini que mantenía la reducción parcial de los impuestos, mientras que el M5S debía tragarse la disolución de sus medidas estrella, como la renta mínima garantizada.

Una prueba más de esta deriva hacia la extrema derecha del país transalpino la daba el aumento de los ataques racistas. En Macerata en febrero de 2018, Luca Traini, un joven italiano, militante de Forza Nuova y cercano a la Liga, disparó desde su coche a todos los africanos que se encontró por delante, hiriendo a nueve personas. En junio, en Calabria, un joven trabajador y sindicalista maliense, Soumayla Sacko, fue asesinado a balazos. Y en los meses siguientes la lista se alargó, al mismo tiempo que la propaganda de las dos formaciones en el gobierno bombardeaba incesantemente a la opinión pública, atacando los medios de comunicación y la libertad de prensa[103]. Con razón Ezio Mauro hablaba de la «psicopolítica que quiere purificar el cuerpo de la nación» descargando todas las culpas sobre los migrantes; y el renombrado Censis (el Centro Studi Investimenti Sociali), en su relación anual presentada en diciembre de 2018,

acuñaba el término de «soberanismo psíquico» para describir la «nueva» Italia[104]. Sin embargo, una prueba aún más evidente de todo esto es que la extraña alianza entre el M5S y la Liga se convirtió en algo del agrado de la extrema derecha pura y dura. Luca Marsella, candidato de los «fascistas del tercer milenio» de CasaPound en las elecciones municipales de Ostia, declaró sin ambages que «parte de nuestro programa inspiró la coalición amarillo-verde», en referencia al gobierno Conte[105]. No era ninguna novedad teniendo en cuenta la cercanía que la Liga de Salvini había mantenido y sigue manteniendo desde el principio con los grupos neofascistas, llegando a participar cuando ya estaba en el gobierno en la fiesta del grupo neonazi Lealtà e Azione[106].

En conjunto, y en el contexto europeo, la formación del gobierno Conte levantó una fuerte polvareda mediática por diversas razones. En primer lugar, porque se percibió como el primer asalto exitoso de la ultraderecha al poder en un país occidental de la Unión Europea y eso por vía electoral. Hasta ese momento, la presión del Frente Nacional francés o del FPÖ (Partido de la Libertad) austriaco había sido mantenida a raya, aunque en Viena los ultranacionalistas hubieran venido desempeñando labores de gobierno como socios menores en coaliciones desde 1999, volviendo a repetir en el gobierno conservador de Sebastian Kurz, en diciembre de 2017, con carteras sensibles como Interior y Exteriores. En Bélgica, en el gobierno de coalición liderado por el centrista liberal Charles Michel, los nacionalistas flamencos duros del N-VA (Nueva Alianza Flamenca) ocupaban desde 2010 un número importante de carteras ministeriales, dado que ese partido había sido el más votado, siendo la primera vez que una formación no tradicional conseguía algo así. A partir de la fuerza que le daban dos secretarías de Estado y siete ministerios, los

nacionalistas flamencos pudieron imponer a Michel algunas líneas de acción que se identificaban con su tendencia ideológica. Pero ningún ejemplo de los mencionados tenía el significado de la coalición 5 Estrellas y Liga que había llegado al poder en Italia. Tanto es así, que los medios de prensa extranjeros hablaban del «gobierno Salvini»[107] y no del gobierno Conte, su denominación oficial. Y con ello querían referirse a un gobierno de ascendencia ultranacionalista por el protagonismo decisivo que la Liga había desempeñado en él.

Se daba por sentado que un halcón como Salvini iba a ser el verdadero patrón del gobierno frente a figuras grises como Conte o Di Maio, pero nadie sabía a ciencia cierta cómo iba a evolucionar la situación, dado el carácter imprevisible de la política italiana, sobre todo desde el hundimiento de la Primera República. En plena negociación sobre el Brexit y con problemas para contrarrestar la deriva autoritaria de Hungría y Polonia o el desafío secesionista catalán, la posibilidad de que la cuarta economía de la UE pudiera plantear nuevas grietas en el proceso de integración europeo o terminar poniendo sobre la mesa un Italexit —o al menos una salida de la zona euro— suponía importantes quebraderos de cabeza en Bruselas. Por el momento, el gobierno había impulsado claras medidas para frenar la acogida de refugiados en sus fronteras, en la línea de una serie de países europeos que llevaban un tiempo empeñados en esa postura. Pero ninguno de ellos tenía la talla ni la posición estratégica de Italia. Después estaba la cuestión del desafío presupuestario planteado por Roma ante Bruselas. Si la crisis de Grecia, con un PIB equivalente al de la Comunidad de Madrid pudo haber liquidado la Eurozona, fácil es calcular el estado de preocupación que atenazaba a las autoridades europeas a finales de 2018. Ciertamente, «el

eje de la presión, de la incertidumbre, del miedo, se había desplazado en Europa hacia el oeste» debido al vuelco político en Italia, con la llegada de la ultraderecha euroescéptica al poder, abanderada de la nueva filosofía de combate localista contra los globalistas[108].

Pero buena parte de esa preocupación, quizá la más subconsciente, giraba en torno al miedo a lo desconocido, a que Europa se terminara «italianizando» sin saber exactamente qué había sucedido. La ultraderecha había llegado al poder y lo ejercía en virtud a una serie de desconcertantes mutaciones sucesivas de nuevos perfiles políticos —al final categorizados casi todos como «populistas» sin ser lo mismo—: habían trenzado alianzas y coaliciones entre versiones cada vez más bastardas del viejo centro-izquierda y mutaciones ultras y posfascistas del nacionalismo. Ese fenómeno había durado veinticinco años, trufados de políticos inquietantes —sobre todo *il Cavaliere* Berlusconi— hasta desembocar en *il Capitano* Salvini. Pero la esencia de todo ello había sido la misma que en Europa del Este, primero, y Europa occidental, después: la búsqueda de un nuevo paradigma político para una nueva época, con su perfecto partido liberal de masas y, quizás, una imposible «izquierda ortopédica», hecha de gestos y vacía de ideología, en sustitución de la izquierda histórica, marxista y socialdemócrata, que había fracasado y casi desaparecido.

Por debajo de todo ello, el laboratorio italiano no había parado de trabajar, aglutinando influencias exteriores —sobre todo del Este—, con explosiones sociales internas e improvisaciones de alto nivel político. Muchas de esas experiencias ni siquiera habían sido seguidas por la prensa o las cancillerías europeas. Pero eso no fue óbice para que, tiempo después, resurgieran en los puntos más insospechados de Europa. Lo cual no quiere decir que

desde Italia se extendieran las nuevas experiencias políticas del siglo XXI como si se tratara de un gigantesco complot. Pero sí que en el país transalpino, por su posición sensible geográfica, por su compleja realidad social, por su tradición de comunicador entre culturas se habían estado experimentando con cierta antelación nuevas respuestas a nuevos problemas que más tarde se vivirían en el resto de Europa.

Colofón, los chalecos amarillos: despolitización hacia la ultraderecha

Súbitamente, en noviembre de 2018 en Francia estalló un movimiento que muy pronto recordó vivamente al de los *forconi;* parecía que el laboratorio italiano había vuelto a exportar sus experimentos sociopolíticos. Inicialmente, las protestas francesas se debieron al aumento de las ecotasas sobre el consumo de productos energéticos (TICPE) que afectaba a la gasolina. Reunían a ciudadanos que utilizaban sus vehículos habitualmente para sus trabajos o para desplazamientos entre los pueblos, en zonas rurales o del extrarradio de núcleos industriales. Los activistas eran pequeños empresarios, transportistas por cuenta propia, agricultores, autónomos, incluso desempleados. Puesto que las protestas afectaban al combustible, comenzaron a utilizar como distintivo los chalecos fluorescentes de uso obligado en los vehículos para caso de accidente; dado que ocupaban rotondas, bloqueaban estaciones de servicio, cortaban carreteras, ralentizaban el tránsito y toda una serie de acciones relacionadas con el tráfico era obligado su uso, y de ahí que las protestas comenzaran a ser conocidas rápidamente como el «movimiento de los chalecos amarillos».

Este fenómeno resultó tan desconcertante como el del los *forconi,* con el cual guardaba un cierto parecido. De la misma forma, se extendió de manera fulgurante desde los departamentos del norte de Francia al resto del país, en este caso gracias a una intensa labor de movilización en redes sociales, con algunos vídeos virales que llegaron a millones de personas. No tenían líderes reconocidos ni organización, estructura o ideología como conjunto; solamente activistas relevantes surgidos de la masa, como el camionero Éric Droue (33 años), la vendedora autónoma de cosméticos Priscillia Ludovsky (32) y Jacline Mouraud, acordeonista y bombero ocasional (51)[109].

Las protestas masivas comenzaron el 17 de noviembre, convocadas en el centro de París y reuniendo a 287.000 personas en toda Francia[110]. La explosión social se repitió cada semana, sucesivamente; aunque descendió el número de participantes, las protestas se hicieron más violentas, con destrucción de escaparates —y saqueos ocasionales—, así como de mobiliario urbano, y choques contra los antidisturbios, sobre todo en la capital. Con todo, el «movimiento de los chalecos amarillos», seguido masivamente por la prensa francesa, logró poner contra las cuerdas al presidente Emmanuel Macron, el más joven de la historia de Francia y elegido en mayo de 2017. Eso fue debido a que sectores importantes de la ciudadanía francesa rechazaban la labor del presidente y apoyaban las protestas: entre finales de noviembre y comienzos de diciembre, los porcentajes llegaron a alcanzar el 85% (según encuestadores), mientras que la mitad de los franceses censuraban a Macron.

En cuanto a su trasfondo ideológico, las reivindicaciones eran un verdadero magma[111]. Conforme pasaba el tiempo, fueron sobresaliendo aquellas que reflejaban el perfil de voto de los «chalecos amarillos»: Rassemblement National

de Marine Le Pen y Francia Insumisa de Jean Luc Mélenchon, aunque no faltara quien denunciaba inspiración programática en la Unión Popular Republicana de François Asselineau; esto es, ultraderecha euroescéptica. Los sindicatos también rechazaban el movimiento de los «chalecos amarillos», en algunos casos por temor a que su dinámica pudiera ser manipulada o absorbida por la ultraderecha[112]. Las trazas de esta presencia se podían encontrar en algunas reivindicaciones: mayor implementación de la política referendista, una petición que terminó siendo la más importante, y que al final resultó ser lo que también reclamaba el Frente Nacional[113]; disolución de la Asamblea Nacional, supresión del Senado y creación de una asamblea ciudadana, así como promulgación de leyes por los mismos ciudadanos; proteccionismo en la línea de «nacionales contra globalización»; creciente hostilidad hacia la inmigración[114], apoyo al pequeño empresariado. Desde el mismo gobierno se había llegado a denunciar el «rostro racista y golpista» de los manifestantes[115].

Al final, los dirigentes de la ultraderecha europea comenzaron a dar un paso adelante para «etiquetar» al movimiento de los chalecos amarillos. Marine Le Pen les mostró su simpatía en varias ocasiones e hizo suyas algunas reivindicaciones[116]. Posterioremente, las reiteradas muestras de apoyo del gobierno italiano a la revuelta de los chalecos amarillos terminaron por llevar a la llamada a consultas del embajador francés en Roma, un hecho de excepcional gravedad que no se producía desde 1940. El detonante de la crisis diplomática fue el encuentro mantenido en París el 5 de febrero de 2019 entre el vice-primer ministro italiano, Luigi Di Maio con varios representantes de los *chalecos amarillos* franceses. Este hecho concluía una cadena de gestos y declaraciones de

apoyo a los chalecos amarillos en las anteriores semanas, procedentes tanto de Di Maio como de Matteo Salvini[117]. Mientras tanto, en la Apulia italiana surgieron unos inesperados y encuadrados chalecos naranjas que protestaban por la situación del sector agrícola y olivarero y agrupaban a diversas cooperativas; la respuesta del gobierno italiano fue la inmediata disposición a reunirse con ellos.

Más allá de Francia, el movimiento de los chalecos amarillos prendió brevemente con mayor o, más bien, menor fortuna, en otros países europeos. Descartando aquellas manifestaciones con escasa representación, dictadas por el mimetismo y la moda del momento, los chalecos amarillos han organizado manifestaciones consistentes en Bélgica, especialmente; y más en la Región Valona que en Flandes. Las reivindicaciones fueron muy parecidas a las exhibidas en Francia y también tuvieron lugar algunos choques con la policía[118]. Más allá de esa réplica, en Serbia, Alemania, y Holanda, Portugal y Canadá, la ultraderecha ha buscado impulsar protestas de chalecos amarillos autóctonos —a veces meramente testimoniales— contra la inmigración y, en el caso específico de Gran Bretaña, a favor del Brexit[119].

---

[1] Sobre la Primera República italiana, su crisis y su final, véanse, entre otros, Scoppola (1991) y Cotta e Isernia (1996).

[2] Manuela D'Alessandro, «Tangentopoli, la finta rivoluzione compie vent'anni», *Linkiesta*, 17 de febrero de 2012 [consultable en red]. Véase también, Burnett y Mantovani (1998); Feltri (2016). Entre los jueces, la figura más mediática fue la de Antonio Di Pietro, que pocos años después acabaría en política fundando el partido personalista Italia dei Valori.

[3] Tarchi (2015): p. 235.

[4] Ignazi (1992).

[5] Sobre la llamada Segunda República italiana, véanse Colarizi y Gervasoni (2012) y, en castellano, el dosier de Botti (2016): pp. 13-122.

[6] Genovese (2011): p. 22. A este respecto, véase también Mastropaolo (2000).

[7] Tranfaglia (2014). Tarchi define Italia «la tierra prometida del populismo», Tarchi (2016): pp. 169-180; Revelli la considera un «laboratorio privilegiado» para el estudio del neopopulismo, Revelli (2017): p. 120.

[8] Taguieff (2003): p. 121. Véase también Ginsborg (2003).

[9] Genovese (2011): p. 14.

[10] Hermet (2001): p. 395; Orsina (2013): pp. 16 y 158-165.

[11] Lassalle (2017): pp. 33-36

[12] Vídeo mensaje de Silvio Berlusconi, 26 de enero de 1994, https://www.youtube.com/watch?v=8bRW7tVD7i8 [consultado el 28 de diciembre de 2018].

[13] Es sintomático que *Forza Italia!* fuera el eslogan que utilizó la DC en las elecciones de 1987. Para una historia de Forza Italia, véase Moroni (2008).

[14] Revelli (2017): p. 123

[15] McCarthy (1995): pp. 49-72. De la «partidocracia» de la Primera República Berlusconi se había aprovechado en los años setenta y sobre todo ochenta para construir su imperio económico, Stille (2006).

[16] Orsina: (2013): pp. 97-120.

[17] Sáez Mateu (2018).

[18] Guillem Vidal, «M5S, Podemos y Syriza: ¿Ideología populista?, *Politikon*, 2 de febrero de 2015 [consultable en red].

[19] Orsina (2013): pp. 125-134.

[20] Enrico Rusconi, «Berlusconi sempre più populista», *l'Unità*, 14 de abril de 1995.

[21] Berlusconi lo afirmó en el mitin de CL de 2006 en Rimini, el año siguiente a la muerte de don Giussani. Véase «Da unto del Signore a non sono santo. Quando Berlusconi parla di Santità», *La Stampa*, 22 de julio de 2009.

[22] Orsina (2013): pp. 135-146.

[23] Diamanti (2009): pp. 137-145.

[24] Diamanti y Lazar (2018); Orsina (2013).

[25] Véase Ignazi (1994) y Tarchi (1997).

[26] Giannini (2008).

[27] Giancarlo Mola, «Berlusconi: ‘La mia biografia in tutte le famiglie italiane», *La Repubblica*, 11 de abril de 2001; «Berlusconi firma ‘il contratto’ e schiera Montezemolo», *La Repubblica*, 8 de mayo de 2001.

[28] Tarchi (2015): p. 284.

[29] De Benoist (2017).

[30] Del Palacio Martín (2017): p. 243.

[31] Diamanti (1996): pp. 6, 53.

[32] Rumiz (2001): p. 15. Véase también Diamanti (1995) y Biorcio (1997).

[33] Gómez-Reino Cachafeiro (2002).

[34] Diamanti (1996): p. 94. Javier de la Higuera, «El concepto de lo impolítico», *El Genio Maligno. Revista de Humanidades y Ciencias Sociales*, núm. 2, marzo de 2008 [consultable en red].

[35] Biorcio (1992): pp. 34-82.

[36] Biorcio (2015), p. 58.

[37] Diamanti (1996): pp. 74-75.

[38] Tarchi (2015): p. 253. En este contexto es cuando se da también el asalto al campanario de la iglesia de San Marco de Venecia de un comando de ocho independentistas venetos, llamados los *serenissimi*. La acción, llevada a cabo con un pseudo carro de combate artesanal y bautizado «tanko», tuvo lugar entre el 8 y el 9 de mayo de 1997 para recordar los doscientos años del fin de la República de Venecia. Se trató de una *boutade*, a la cual la policía y el Estado reaccionaron duramente, con penas de cárcel incluidas para algunos de los *serenissimi*. Bossi desmintió cualquier vinculación con su partido —los *serenissimi* no estaban afiliados a la Liga Norte— y llegó a hablar de un complot de los servicios secretos del Estado contra la Liga. Véase Fontanella (2005).

[39] Andriola (2014), pp. 137-140.

[40] Sobre Rondini, véase «Da Franco Freda alla Lega Nord: un fascista in camicia verde. Storia del deputato Marco Rondini», *Osservatorio nuove destre*, 6 de mayo de 2008 [consultable en red].

[41] Tarchi (2010).

[42] Andriola (2014): p. 167. En estas operaciones tuvo un papel no secundario Gilberto Oneto, con un pasado en *Ordine Nuovo* y la corriente rautiana del MSI-Derecha Nacional, que animaba a la revista *Quaderni Padani*.

[43] Ibíd., pp. 154-171. Véase también Matteo Andriola, «Il Talebano, il think tank dietro la Lega di Salvini», *Lettera43*, 28 de marzo de 2016 [consultable en red]. No faltan tampoco realidades filoliguistas vinculadas a grupos neonazis como *Identità e Tradizione* de Federico Prati y Silvano Lorenzoni, animadores también del Centro Studi La Runa. Véase Peruzzi y Paciucci (2011).

[44] «Per la Lega di Bossi un esempio da imitare», *La Repubblica*, 1 de febrero de 2000. También, Zaslove (2011): pp. 143-144.

[45] «Fa togliere le panchine: "Le usano gli immigrati"», *La Repubblica*, 15 octubre 1997; Stefania Saltalamacchia, «Tutte le sparate razziste della Lega», *Vanity Fair*, 13 de junio de 2013 [consultable en red].

[46] La *boutade* de Calderoli, que dimitirá pocos días después, conllevará un conflicto diplomático con la Libia de Gadafi e incluso un asalto al consulado italiano de Bengasi con 11 muertos. Véase «Vignette, 11 morti durante la protesta davanti al consolato italiano di Bengasi», *La Repubblica*, 17 de febrero de 2006.

[47] Ye'or (2005).

[48] «Moschee, la legge-muro della Lega: "Non deve nascerne una ogni 4 ore"», *Il Corriere della Sera*, 22 de agosto de 2008.

[49] Berizzi (2018): cap. I. Véase también «Neofascismo, Borghezio a Delle Chiaie: "Comandante, serve rivoluzione nazionale"», *Il Fatto Quotidiano*, 26 de junio de 2014; «Calderoli: "Kyenge? Sembra un orango". Letta: "Inaccettabile". Colle indignato», *La Repubblica*, 13 de julio de 2013.

[50] Sorprendentemente, en cinco años no ha aparecido ningún análisis de nivel académico o especializado sobre la movilización de los *forconi*. El único trabajo exhaustivo es el capítulo del periodista Leonardo Bianchi, «La rivoluzione dei punti esclamativi», en Bianchi (2017): pp. 36-61. Otros análisis que se citan a continuación provienen de editoriales o comentarios que se escribieron en caliente a raíz de los acontecimientos, sobre todo en blogs y medios independientes.

[51] Sobre el fenómeno del neoborbonismo, véase Fruci y Pinto (2018): pp. 317-334.

[52] Bianchi (2017): p. 40.

[53] Massimo Bonato, «Il furore del conformista», *Tgvallesusa.it*, diciembre de 2013 [consultable en red].

[54] Infoaut.org, «#9D: Frammenti di futuro»; Aldo Bonomi, «Sono l'Italia che non c'è più, travolta dalla crisi», *Huffington Post*, 11 de dicembre de 2013 [consultable en red].

[55] «Forconi, il Viminale preoccupato "Non si capisce con chi parlare"», *La Stampa*, 11 de diciembre de 2013.

[56] Bianchi (2017): pp. 50-51.

[57] Infoaut.org, «#9D: Frammenti di futuro».

[58] Aldo Bonomi, «Microcosmi italiani nel paese dei forconi», *Il Sole 24 Ore*, 22 de diciembre de 2013; «Sono l'Italia che non c'è più, travolta dalla crisi», *Huffington Post*, 11 de diciembre de 2013; Salvatore Cominu, «I nodi vengono al pettine: i forconi a Torino», *Effimera.org*, 12 de diciembre de 2013 [consultables en red].

[59] Véase, por ejemplo, Revelli (2015): p. 44.

[60] Tooze (2018): posición 1528.

[61] Daniel del Pino, «Los "indignados" españoles tienen un modelo a seguir en Italia», *Público*, 18 de mayo de 2011 [consultable en red].

[62] Stella y Rizzo (2007). En 2015 la editorial Capitán Swing publicó la traducción en castellano con prólogo de Íñigo Errejón e introducción de Enric Juliana.

[63] Bianchi (2017): p. 21.

[64] Santoro (2012): p. 51.

[65] Nadia Urbinati, «La prevalenza del gentismo», *Repubblica*, 8 de julio de 2015. Para otras definiciones y conceptualizaciones sobre el *gentismo*, véase Sofia Ventura, «Non solo i populisti sono populisti. il contagio 'gentista' della politica», *StradeOnLine.it*, mayo-junio de 2015; Bianchi (2017): pp. 8-15 [consultables en red]; «Gentismo» en el *Diccionario Treccani* [consultable en red].

[66] La definición es del semiólogo Marcello Walter Bruno, en Santoro (2012): p. 159.

[67] Las estrellas hacen referencia a los cinco puntos programáticos del Movimiento en sus inicios: agua pública, movilidad sostenible, desarrollo, conectividad y ambiente. Véase Tarchi (2015): p. 337.

[68] Iacoboni (2018).

[69] Ibídem, pp. 22-23.

[70] Véase el tuit del mismo Grillo: «Apriremo il Parlamento come una scatoletta di tonno. Manca poco. #TsunamiTour», @beppe_grillo, 7 de febrero de 2013, 14h30.

[71] Nadia Urbinati, «The Italian Five Star Movement for foreigners», *Rivista Il Mulino online*, marzo de 2018 [consultable en red].

[72] De Benoist (2017).

[73] Wu Ming (blog colectivo de investigadores), «Consigli per riconoscere la destra sotto qualunque maschera», febrero de 2012; «Perché tifiamo rivolta nel Movimento 5 stelle», *Wumingfoundation.com*, febrero de 2013.

[74] Iacoboni (2018): p. 33; Luca Carrieri, «Il M5s: un moderno partito pigliatutto», en Biancalana e Legnante (2017): pp. 43-55.

[75] Esta es la hipótesis de Iacoboni (2018): pp. 58-67.

[76] Ibídem.

[77] Sofia Ventura, «Non solo i populisti sono populisti», *StradeOnLine.it*, mayo-junio de 2015 [consultable en red].

[78] Giuliano Santoro, «La variante gentista», *Dinamopress*, octubre de 2017 [consultable en red].

[79] Guido Caldiron, *La destra plurale. Dalla preferenza nazionale alla tolleranza zero*, Roma, ManifestoLibri, 2001, citado en Raimo (2018): p. 11; Marco Damilano, «Prefazione», en Cavallaro *et al.* (eds.) (2018): p. 9.

[80] Cavallaro *et al.* (2018): p. 70. Véase también Marco Morini, «Front national and Lega Nord: two stories of the same Euroscepticism», *European Politics and Society,* 2017 [consultable en red].

[81] Raimo (2018): p. 3. Sobre la reciente penetración de la extrema derecha en Italia, véanse, además de las obras ya citadas de Raimo y Bianchi, Berizzi (2018).

[82] Biorcio (2015), p. 61; Passarelli y Tuorto (2018).

[83] Esta tesis ha sido reiteradamente confirmada por Marcello Dell'Utri, uno de los más estrechos colaboradores de Berlusconi.

[84] Mudde y Rovira Kaltwasser (2017): pp. 73-76.

[85] Al respecto, véase Steven Forti, «Un fantasma si aggira per l'Italia: il rossobrunismo», *Rolling Stone*, 20 de septiembre de 2018 [consultable en red].

[86] Cavallaro *et al.* (2018): p. 50.

[87] Bobba (2018).

[88] Pietro Castelli y Caterina Froio, «Opposition in the EU and opposition to the EU. Soft and hard Euroscepticism in Italy in the time of Austerity», EU-IED Research Report, Bruselas, 2014; Morini, «Front national and Lega Nord», *European Politics and Society*, 2017.

[89] De Matteo (2011).

[90] Cavallaro *et al.* (2018): p. 51.

[91] Lo relata el *digital spin doctor* Alessandro Orlowski en Steven Forti, «La bestia, dentro i social di Salvini», *Rolling Stone*, agosto de 2018, pp. 48-51.

[92] Shekhovtsov (2017): pp. 183-188.

[93] Ibídem.

[94] Leonardo Bianchi, «Come Matteo Salvini è diventato la più grande 'groupie' di Vladimir Putin in Italia», *Vice Italia*, 21 de diciembre de 2015 [consultable en red]. Sobre Savoini, véase Alberto Nardelli y Olga Tokariuk, «Here's A Totally Incredible Story About Pro-Russian Mercenaries And A Close Aide To Italy's De Facto Leader», *BuzzFeed.News*, 13 de septiembre de 2018 [consultable en red]. Véase, también, Pucciarelli (2016).

[95] Shekhovtsov, (2017): p. 186.

[96] El semanario *L'Espresso* ha dedicado detalladas investigaciones sobre este tema. Véase, entre otros, Giovanni Tizian y Stefano Vergine, «Chi c'è dietro Matteo Salvini? Dagli amici russi ai riciclati del Sud», 9 de febrero de 2018 [consultable en red].

[97] Chico Harlan, «With support from Steve Bannon, a medieval monastery could become a populist training ground», *The Washington Post*, 25 de diciembre de 2018 [consultable en red].

[98] Molinari (2018): pp. 76-77.

[99] Revelli (2015): p. 7. También Biorcio (2015): pp. 123-144. Diamanti y Lazar prefieren hablar de «pueblocracia» en el caso de Renzi o de Macron, véase Diamanti y Lazar (2018): pp. 122 y 144.

[100] Cavallaro *et al.* (2018): pp. 81-117.

[101] Ibídem, p. 115; Passarelli y Tuorto (2018); Bordignon, Ceccarini y Diamanti (2018).

[102] Mauro (2018): p. 60.

[103] Lillo Montalto Monella, «Cosa dicono i numeri sulle aggressioni razziste e discriminatorie in Italia», *Euronews*, 1 de agosto de 2018 [consultable en red]. Sobre Traini y Sacko, véase Mauro (2018).

[104] Mauro (2018): p. 40. Sobre el Censis, véase Rosaria Amato, «Censis: italiani spaventati e incattiviti nel Paese che non cresce più», *La Repubblica*, 7 de diciembre de 2018 [consultable en red].

[105] Molinari (2018): p. 75.

[106] Sobre CasaPound, véase Rosati (2018): pp. 86-98. Sobre la relación con *Lealtà e Azione*, véase Stefano Santangelo, «Una breve storia dei rapporti della Lega con i fascisti di Lealtà e Azione», *Vice*, 10 de julio de 2018 [consultable en red]. Véase también Pietro Castelli Gattinara, *Neofascismi in movimento: mobilitazione e strategia nell'estrema destra*, en Fumagalli y Puttini (2018): pp. 62-78.

[107] Anna Buj (corresponsal),«Los cien días del gobierno de Salvini», *La Vanguardia*, 9 de septiembre de 2018 [consultable en red].

[108] Pablo R. Suanzes, «Italia ya preocupa a Europa más que Grecia», *El Mundo*, 25 de mayo de 2018 [consultable en red].

[109] «"Chalecos amarillos" en Francia: quiénes son los líderes detrás de la protesta social», *T13/BBC News*, 7 de diciembre de 2018 [consultable en red]. Eusebio Val (corresponsal),«Éric Droue, el cerebro de la revuelta amarilla en Francia», *La Vanguardia*, 12 de enero de 2019 [consultable en red].

[110] «"Gilets jaunes": la mobilisation en recul après "une nuit agitée" et 409 blessés», en *Libération*, 18 de noviembre de 2018 [consultable en red].

[111] Amandine Caihol, «Les "gilets jaunes", un magma de revendications hétéroclite», *Libération*, 4 de diciembre de 2018 [consultable en red].

[112] Fanny Guinochet, «Les syndicats ne veulent pas être mêlés au mouvement des gilets jaunes», *L'Opinion*, 13 de noviembre de 2018 [consultable en red].

[113] «El referéndum de iniciativa popular (o referéndum de iniciativa ciudadana) reclamado durante años por la RN es una herramienta esencial para un buen funcionamiento democrático — Desbloquea nuestra democracia, significa dar la palabra al PUEBLO! MLP #GiletsJaunes #RIC #ActeV» — tuit de Marine Le Pen (@MLP_officiel), 15 de diciembre de 2018.

[114] Ivanne Trippenbach y Ludovic Vigogne, «Chez les Gilets jaunes, la question de l'immigration surgit après celle de l'impôt», *L'Opinion*, 6 de diciembre de 2018 [consultable en red].

[115] «Gilets jaunes: un "visage raciste et putschiste" derrière les violences, selon Griveaux», en *Le Point,* 24 de diciembre de 2018. El tuit del portavoz gubernamental decía: «Así pues, "se" lincha la policía, "se" canta la quenelle de Dieudonné en Montmartre, "se" recuperan los códigos de los años 30 para derrocar a la República, "se" decapita la efigie del presidente...» @BGriveaux, 22 de diciembre de 2018.

[116] «Le Pen se apunta a los "chalecos amarillos" para lanzar una campaña europea contra Macron», *Huffington Post,* 14 de enero de 2019 [consultable en red]; Louis Hausalter, «Gilets jaunes: pourquoi Marine Le Pen est la seule à en profiter», *Marianne*, 11 de enero de 2019 [consultable en red].

[117] Marc Bassetes y Daniel Verdú, «Francia a acusa a Italia de provocacioes sin precedentes desde la guerra», *El País*, 7 de febrero de 2019 [consultable en red]. Previamente: «Salvini y Di Maio apoyan a los "chalecos amarillos": "Está naciendo otra Europa"», *El Mundo*, 7 de enero de 2019 [consultable en red].

[118] Jean-Pierre Stroobants, «Les "gilets jaunes" divisent la Belgique», *Le Monde*, 30 de noviembre de 2018.

[119] Emma Donada, «D'autres pays d'Europe ont-il leur mouvement des gilets jaunes?», *Libération / CheckNews.fr*, 7 de diciembre de 2018 [consultable en red]; «Le mouvement "gilet jaune's" enracine à droite au Canada», *Courier international,* 15 de enero de 2019 [consultable en red]; «La protesta de los "chalecos amarillos" se contagia a Portugal con escasa incidencia», *El País*, 21 de diciembre de 2018 [consultable en red].

CAPÍTULO 10

PODERES NO ELEGIDOS

REFERENTES TRANSVERSALES PARA UN MUNDO ILIBERAL

Con la implantación de la metáfora deportiva, perder y ganar se convirtieron en los dos extremos de la barra de equilibrio. Un espectáculo que todo público podría comprender. Sin sutilezas, tan frontal como el torneo de gladiadores del circo romano. El mundo, no nos engañemos, asiste cada día a cientos de miles de desenlaces de este combate. Algunos alcanzan los titulares o abren los informativos de televisión. Otras de esas victorias y derrotas son anónimas y minúsculas. El espectáculo ya no es global sino íntimo, pero el torneo ha sido idéntico, siempre deportivo. Lo importante es, pues, participar.

DAVID TRUEBA, *La tiranía sin tiranos* (2018) Bienvenidos a la realidad. Se acabó el fútbol.
Anastasia @nastia_yuriy 2 min
25 de mayo, 2014 (al conocerse primeros resultados de las europeas) Se ha hablado mucho de las redes sociales como de un factor determinante en la expansión de la nueva ultraderecha desde 2010. Poco tiempo después de las elecciones en Estados Unidos que llevaron a Donald Trump a la Casa Blanca se insistió en que Facebook había tenido una importancia nada desdeñable en su victoria[120]; poco antes, la academia europea se tomó muy en serio el estudio sobre el protagonismo de las redes sociales en la inesperada victoria del referéndum sobre el Brexit[121]. También se habló del ascenso de la ultraderecha austriaca a caballo de la red[122] o de la injerencia rusa en las campañas electorales de varios países occidentales, un fenómeno sobre el que se escribieron decenas de artículos[123]. Rematando todo el edificio estaba Gab, la red social de la ultraderecha internacional, refugio de «enfants terribles» expulsados de todas partes, incluyendo a Milo Yiannopoulos, The Crying Nazi, Tila Tequila, Vox Day, los militantes de Britain First, el supremacista blanco americano Richard B. Spencer, y muchos otros «odiadores» e

hiperventilados de la red. De hecho, tras ser fundada en agosto de 2016 la misma plataforma Gab había tenido importantes problemas con Apple, Google o Microsoft Azure por incitación al odio y la violencia o antisemitismo. Con todo y ello, en noviembre de 2018 contaba ya con 800.000 seguidores[124].

Sin embargo, o bien no se lleva a cabo un análisis convincente sobre cómo actúan las redes sociales sobre el potencial votante a partidos ultras[125] o quizá ni siquiera llega a proponerse tal análisis. Incluso a veces se aplica una aproximación al fenómeno en clave de ingeniería social: presuntamente, un experto como Dominic Cummings, el estratega de la campaña por el *Vote Leave* en Gran Bretaña fue capaz de conseguir que un número de ciudadanos británicos votara por el Brexit en 2016. Habría sido una cuestión de técnica profesional, basada en el viejo sistema de prueba-error: anuncios dirigidos que se testaban en función de los resultados, las encuestas experimentales, un equipo competente en ciencia de datos[126].

En ocasiones da toda la impresión de que los analistas de internet como fenómeno sociológico siempre se dejan impresionar lo suficiente como para conservar un poso de ingenuidad que les hace adoptar posiciones absolutas, tanto si analizan la «red buena» como la «red mala». En los tiempos del ciberutopismo abundaban los sobrevaluados gurús, que pronosticaban una era de poder revolucionario de una «sociedad red» capaz de humanizar la globalización y reconvertirla en la igualdad, la democracia y la transparencia; al parecer, nadie podría parar eso. Cuando Evgeny Morozov comenzó a denunciar que las dictaduras eran muy capaces de apañárselas muy bien para controlar esa red presuntamente incontrolable, los ciberutopistas pusieron el grito en el cielo. Habiéndose demostrado que el

bielorruso tenía razón, todo el mundo clama que la red se ha vuelto mala y perversa hasta el punto de que incluso las sociedades de los países más libres y tecnológicamente avanzados son susceptibles de ser manipulados y engañados para votar incluso contra sus intereses. Porque todo es cuestión de técnica y desfachatez, convertidas en «posverdad». Es más, una vez han comprobado cuál es el resultado real de sus votos, persisten en el error. En julio de 2018, en el meridiano de su mandato, el presidente Trump conservaba prácticamente el mismo apoyo electoral que le había llevado a la Casa Blanca: un 45% frente al 46,1% de los votos de noviembre de 2016[127].

Por lo tanto, parece que bajo la revolución comunicativa de internet y las redes sociales hay algo más. Quizá habrá que convenir en que las redes sociales no dejan de ser un actor importante en todo el proceso de cambio —social, económico y político— de las sociedades mundiales; pero lo son porque transmiten de forma continuada lo que está sucediendo, y no tanto porque crean por sí mismas una nueva dinámica.

En efecto, parece evidente que las redes sociales son, ante todo, caja de resonancia de los fenómenos que generan estados de opinión; no al revés. Y estos fenómenos pueden ser producto de estímulos de todo tipo, muchos de ellos indirectos y que a lo largo de los años se superponen de forma acumulativa. En conjunto, se puede decir que el modelo de Estado social de derecho, liberal democrático, se fue viendo socavado desde 1991 por el surgimiento de diferentes modelos de control político, criminal y militar que se fueron extendiendo y siendo ignorados, aceptados y tolerados por los actores sociales. Sin embargo, estos nuevos protagonistas eran especialmente peligrosos y más teniendo en cuenta que su tendencia natural era la de hacerse con el control de porciones de los Estados en los

que surgieron y crecieron. Tuvieron su encaje en los años de la «economía canalla» de la Posguerra Fría, los «locos noventa» y el arranque del nuevo milenio, debido a que por entonces parecía valer todo y todo era supuestamente provisional en la implementación de un nuevo paradigma socioeconómico: el liberalismo global. Pero continuaron existiendo y hasta crecieron abruptamente a partir de la Gran Recesión de 2008; sencillamente cambiaron su propia justificación existencial: ahora estarían al servicio de los localismos nacionales en lucha contra la globalización.

El resultado final fueron una serie de grupos de poder no elegidos por nadie, en ningún proceso democrático, opacos, sin control de los poderes públicos —cuando no directamente criminales— en su estructura y funcionamiento interno, ejerciendo dominio con su influencia o sus armas e incluso llegando a constituir su propia estatalidad.

Aparte de los efectos reales que han tenido estos poderes, no cabe duda de que han erosionado la imagen de los Estados de derecho, han fomentado la fuerza y la coacción sobre el diálogo y el orden social e incluso, en ocasiones, épicas totalitarias; y, a la postre, aquello que Roberto Stefan Foa y Yascha Mounk denominan la «desconexión democrática»[128]. Esto se traduce en que un porcentaje creciente de la población en Occidente estaría dispuesta a renunciar a determinadas libertades y derechos de ciudadanía, o incluso el ejercicio de la democracia a cambio de seguridad y prosperidad, tomando a Singapur como modelo[129].

Una vez aparecidas las formaciones y partidos de la nueva ultraderecha, el «ruido de fondo» generado por los sobrevenidos poderes iliberales facilitó su éxito entre las masas de clase media fracasada, en la primera década de los años 2000; y finalmente, una vez en el poder, los

métodos opacos, poderes caciquiles, redes clientelares cerradas y coacción armada o económica han contribuido a consolidar los nuevos regímenes ultras y localistas, que no son ya sólo un mero cambio de nombre en la cúspide del poder ejecutivo, sino transformaciones en los mecanismos administrativos y mentalidades que los sostienen, dando lugar a los nuevos regímenes totalitarios y posfascistas cada vez más consolidados socialmente. El monumento en piedra a estas transformaciones son las grandes obras públicas de la arquitectura que cierran este capítulo.

Oligarcas, señores de la guerra y mafiosos

La difusión de las nuevas mentalidades no sólo se produjo por vía política. Hubo toda una sinuosa corriente cultural que incluía un culto al triunfo del nuevo capitalismo más duro e implacable, lo cual a su vez implicaba una aceptación progresiva en las sociedades internacionales de la violencia en sus diversas formas. En su faceta de neoconversos, a muchos ciudadanos del antiguo bloque del Este se les antojaba válida cualquier vía para medrar con rapidez a costa de lo que fuere. En Rusia se hicieron célebres los oligarcas, pero también los *vory*, los mafiosos.

Entre los primeros, sobresalen siete grandes nombres de personajes que amasaron fortunas a una velocidad meteórica aprovechando a fondo y sin escrúpulos las oportunidades que daba la privatización de los activos en la economía postsoviética: Boris Berezovski, Vladímir Gusinski, Mijaíl Jodorkovski, Aleksandr Smolesnky, Vladímir Potanin, Vladímir Vinogradov y Mijaíl Fridman[130]. Tenían varios rasgos en común. El primero haberse hecho con el control de importantes activos del Estado soviético ya en tiempos de la *Perestroika*. En algunos casos, y en ello sobresale Jodorkovski, habían sido, inicialmente, los

impulsores de las iniciativas reformistas en la economía socialista. A partir de ahí, varios de ellos echaron mano de las fuentes de materias primas y la energía: Jodorkovski con Yukos, la mayor petrolera de Rusia; Mijaíl Chernoi, con el 80% del aluminio. Roman Abramóvich, con la petrolera Sibneft; Berezovski y Gusinski, magnates de los medios de comuncación al servicio de Yeltsin[131].

Eran científicos, matemáticos, directivos con un enorme talento comercial. Pero también, con buenos contactos en el extranjero, capaz de proveerlos de capital para hacerse con los activos o con contratos ventajosos. Varios de ellos eran judíos y eso les había facilitado esas relaciones en Estados Unidos, Israel o Gran Bretaña. A la vez, se convirtieron en el sostén fundamental de la política liberalizadora de Boris Yeltsin, sin que este pudiera controlarlos. En cierta manera, fueron pioneros del nuevo capitalismo ruso; pero su era dorada se empezó a extinguir con la llegada de Putin al poder. El nuevo líder buscó meterlos en cintura y no tuvo contemplaciones con aquellos que intentaron hurtarse a su poder o, incluso, maquinar contra él. Tras forzar a Gusinski y Berezovski a abandonar Rusia, lanzó un ultimátum al resto de los oligarcas de la era Yeltsin: si no intervenían en los asuntos del Kremlin, podían conservar sus beneficios de los locos años noventa[132]. Sin embargo, conforme aumentaba su poder, y concretamente a partir de 2003, el nuevo dirigente fue desarbolando al resto de los oligarcas de primera hora. Algunos terminaron en la cárcel, otros en el exilio y en la miseria. En paralelo, se produjo el ascenso o consolidación de los oligarcas pro-Putin: Alexei Miller (presidente de Gazprom), Igor Sechin (Rosneft), Yuri Kovalchuk (Banco de Rusia), y un superviviente: Roman Abramóvich, que terminó haciéndose propietario del club de fútbol británico Chelsea, de la misma manera que Alisher Usmánov lo hizo con el Arsenal.

Los oligarcas marcaron época y no sólo fueron característicos de la transición rusa al capitalismo. En Ucrania se hicieron célebres Rinat Ajmetov, Igor Kolomoisky, Viktor Pinchuk, Petró Poroshenko y Dmytro Firtash[133]. Su ascenso al estrellato había seguido el mismo camino que sus colegas rusos: control de las materias primas, de enormes empresas y bancos del Estado, así como medios de comunicación. Pero en el caso ucraniano, la debilidad del Estado y el choque con Rusia por la guerra del Donbass en 2014, llevaron a que los oligarcas adquirieran y consolidaran un poder inusitado. Kolomoisky, como ya se explicó, terminó financiando unidades milicianas a partir del fracaso inicial del Ejército regular para controlar la rebelión pro-rusa. Poroshenko, por su parte, llegó a influir directamente en las instituciones estatales. Así, sus designaciones en la Comisión Nacional para la Energía y Servicios Comunales —que calculaba, por ejemplo, los precios del consumo de energía— beneficiaron a sus allegados y a otros oligarcas[134]. Por su parte, Firtash habría mantenido negocios con el entorno del presidente Putin a partir de su Grupo DF, especializado en productos derivados del nitrógeno[135].

El mundo de los oligarcas se diversificaba en el de los *warlords* o «señores de la guerra» que podían generar verdaderos poderes regionales, algunos incluso con peso estratégico propio[136]. Sin salir del espacio exsoviético, uno de los ejemplos más destacados fue el de Ramzán Kadírov, verdadero «señor» de Chechenia desde 2006. Hijo del presidente checheno Ajmat Kadírov, asesinado dos años antes con una mina situada bajo el palco de personalidades, Ramzán logró pacificar la república insurgente con puño de hierro y a la vez reconstruirla tras la feroz devastación causada por las guerras de 1994-1996 y 1999-2009.

Kadírov era, en origen, un *warlord* en sentido estricto. Su base de poder era la fuerza paramilitar compuesta por milicias y unidades entrenadas e incluso encuadradas parcialmente por los rusos. Con ellas combatió contra la guerrilla yihadista, en apoyo de las fuerzas de Moscú y después ejerció un control personal sobre el territorio de la República. Pero al final incluso creó un Estado propio, basado en la instauración de la sharia, lo que incluía la poligamia e instituciones como el centro médico islámico de Grozni, «donde se tratan las enfermedades orgánicas a base de sangrías y métodos tradicionales y las enfermedades mentales a base de exorcismos terriblemente espectaculares». O la Mezquita Mayor de la capital, copia de la Mezquita Azul de Estambul, toda de mármol y decorada a mano por artesanos turcos. Todo ello a partir de la imposición de un «islamismo nacional» basado en la tradición sufí local que hoy en día acepta como guías a cofradías sufíes como la Naqshbandiyya y la Qadiriyya. Este «islam bueno» era para el régimen de Kadírov (y para Moscú) el antídoto al «islam malo» de los fundamentalistas[137].

Pero sobre todo, y paradójicamente, Kadírov, el gran protegido de Putin, empleó no pocas energías en atraerse a buena parte del exilio, compuesto por los antiguos oficiales de Aslán Masjádov, ofreciéndoles cargos en la administración o participación en los negocios. Incluso a veces el simple perdón: un hombre de confianza de Kadírov, le espetó a un excomandante que buscaba la reintegración: «¿Mataste a chechenos?». Ante la respuesta negativa, continuó: «Bien. Los rusos no cuentan; todo el mundo ha matado a rusos»[138].

Kadírov era un personaje atroz que gobernaba como un corrupto y poderoso señor feudal, el arquetipo de *warlord* que llegó tan lejos como para recrear una especie de

independencia de facto con respecto a Moscú: La mayoría de los chechenos opina claramente que han ganado la guerra. Mi amigo Vaja exclamó durante una de nuestras conversaciones: «¿Qué ha sacado Rusia de todo esto? Rusia ha perdido. De hecho, somos independientes. Ramzán [Kadírov] no dejará nunca de proclamar que es leal a Rusia, pero aquí es el amo. La ley rusa no se aplica aquí. Los rusos no podrán nunca volver a vivir en Grozni». Omar Janbiev, Kurúyev, el otro Omar, dicen lo mismo, o casi[139].

El *warlordismo* «emerge como una forma de gobernanza definido por el concepto de oligopolio de la violencia, en el cual el Estado queda como un actor importante en el mercado de la violencia, pero ya no está solo»[140]. Así que los señores de la guerra pueden ser entendidos como unos actores que poseen un poder autónomo en base al control de una fuerza militar propia, lo suficientemente capaz; aún así los *warlords* no viven aislados de la sociedad y el Estado (ni de las corporaciones económicas, llegado el caso). Por lo que, hipotéticamente hay aquí una curiosa asimetría entre una sociedad fuerte y un Estado débil[141].

Pero eso es altamente téorico, como lo demuestra el caso de Kadírov y su control de Chechenia que derivó en un Estado propio, con sus propias relaciones exteriores, aunque estuvieran controladas por Moscú. En realidad, ello no sería posible si esa Chechenia no cumpliera el papel de fortaleza avanzada en los límites de Rusia, como parte de su escudo de enclaves estratégicos (junto con Kaliningrado, Transnistria o Crimea).

En contacto tangencial con el *warlordismo* se encuentran los sistemas mafiosos. Definidos esencialmente como una forma de crimen organizado, en algunos países llegaron a desarrollar unas estructuras paraestatales que originariamente incluían sistemas de «justicia vigilante» para complementar o sustituir la acción inexistente del

gobierno en la aplicación de la ley. Más adelante terminaron por operar como estrategias de control del territorio y represión interna aunque siempre basadas en códigos de honor, es decir, compendios primitivos de justicia popular. Uno de los más elaborados se encuentra en las regiones del norte de Albania, el *Kanun* (en su nombre completo, el Kanun de Lekë Dukagjini), aunque la *omertà* o ley del silencio siciliana es otro ejemplo bien conocido. El código del hampa ruso, es decir, de los *vor v zakone* o «ladrones en la ley», incluía también un «consejo» para aplicar determinados castigos o deliberar. Los sistemas mafiosos se suelen basar en estructuras clánicas o familiares y si ejercen control efectivo sobre un territorio concreto, puede ser difícil de distinguir entre señores de la guerra y mafiosos.

Con todo, la esencia de la actividad mafiosa, entendido el término como concepto genérico, se suele centrar en actividades de comercio ilícito que implican rutas de tráfico de mercancías —que pueden ser personas humanas—, y por tanto pueden llevar a políticas de expansión internacional y alianzas con otros grupos similares. Precisamente, la caída del Muro y el hundimiento del sistema soviético, entre 1989 y 1991, unido a la liberalización del tráfico de capitales y del mercado de trabajo a mediados de esa misma época, posibilitaron que se pusieran en contacto directo y pudieran llevar a cabo actividades conjuntas los grandes sistemas mafiosos de China, Rusia, Turquía, Italia y, poco más adelante, Latinoamérica[142]. La delincuencia organizada rusa llegó desde Polonia, donde ya había penetrado previamente, ayudada por el hecho de que la moneda nacional, el zloty, era la única divisa del bloque del Este convertible al dólar americano[143]. Pronto se unieron a ella la Yakuza japonesa, los turcos y los colombianos.

Turbocapitalismo, violencia y privatización

El impacto de todo ello en las sociedades europeas era variado pero siempre muy negativo. Ya de entrada por el rechazo xenófobo de la inmigración que, supuestamente, era un caballo de Troya de las mafias; una línea argumental que años más tarde se extendería a los refugiados sirios como supuestos portadores del virus yihadista. Lógicamente, la ultraderecha nacionalista obtenía réditos de ese sentimiento. Pero además, la presión creciente del crimen organizado desbordaba los marcos legales por sistema, creando la sensación de que ya no eran tan válidos —podían ser burlados continuadamente— y, por ello, otros sujetos podían hacer lo mismo de forma impune. Eso era ejercer violencia contra las instituciones y/o las poblaciones. Por supuesto, las mafias, los señores de la guerra o incluso los oligarcas podían recurrir a ella. Las milicias, pistoleros, patrulleros, vigilantes y todo tipo de personal armado al servicio de unos y otros la aplicaban sin miramientos. Pero no sólo se trataba de eso: violentar las leyes, desbordar las instituciones administrativas, erigir estructuras paraestatales sin ningún tipo de control parlamentario o democrático popular eran también variantes de la violencia ejercida por esas formas de nuevo poder que se extendían por el mundo tras el final de la Guerra Fría. Se puede hablar de los «locos años noventa», que de hecho eran expresión de la victoria del neoliberalismo, pero que, en expresión de Loretta Napoleoni, dieron lugar a todo un fenómeno que se prolongó hasta la Gran Recesión de 2008: la «economía canalla»[144].

En su obra, que fue publicada muy poco antes de que estallara la Gran Recesión, se puede decir que la economista italiana profetizaba su advenimiento a partir de

las señales que daba la deriva de la nueva economía turbocapitalista a lomos de la globalización y la libre circulación de capitales y el excepcional aumento de la oferta global de mano de obra. Las enormes diferencias salariales, la propiedad de los derechos de consumo por la clase ociosa, las brutales operaciones especulativas en los mercados de bolsa —que incluían la destrución programada de empresas públicas, o el «mercado matrix» construido a partir de ilusiones económicas—[145]. Según Napoleoni, la entidad de la «economía canalla» en tiempos de la Posguerra Fría era de tal envergadura, impregnaba hasta tal punto el capitalismo de la globalización, que resultaba imposible su control por parte de nadie, ni las grandes finanzas ni el crimen organizado. De hecho, este último llegó a ser una consecuencia de la nueva situación. La misma Loretta Napoleoni lo explica con detalle a partir de un ejemplo relacionado con las transformaciones políticas y sociales en el Este de Europa: la criminalización de la nomenklatura búlgara[146].

En muchos países de la órbita soviética, comenzando por la misma URSS, diversos sectores de la administración del Estado se habían ido interconectando con sistemas mafiosos[147]. Era hasta cierto punto normal que así fuera dado el volumen de problemas que habían ido surgiendo con los años, debidos a los crecientes desfases con la distribución de los productos. Resultaba lógico que los ciudadanos buscaran resolver ese tipo de problemas, recurriendo primero al chalaneo para pasar después a mayores, apoyándose en asociaciones predelictivas basadas en el vecindario, la familia o el grupo clánico o étnico, que con el tiempo podían llegar a competir entre sí por la obtención de los productos o fijando reglas cada vez más complejas en función de objetivos crecientemente ambiciosos. Ni que decir tiene que parte de la policía y las

fuerzas de seguridad del Estado podían terminar implicados en mayor o menor medida en ese tipo de tráficos por sus vínculos de adscripción familiar con los implicados, o por razones de ambición personal. Conforme aumentaba su capacidad y poder, las ya sociedades de crimen organizado entroncaban con la tradición mafiosa rusa del *voroski mir* (mundo de los ladrones), e incluso podían ser utilizadas puntualmente por los servicios de seguridad del Estado; o dichas mafias llegaban a tener sus propias redes de influencia en los círculos de poder, sobre todo en el periodo de la decadencia final de la Unión Soviética, entre 1986 y 1991.

La enorme extensión y variedad de la Unión Soviética favorecía que surgieran sociedades delictivas lejos de Moscú, mal controladas o muy enraizadas en formas delictivas tradicionales, como el conocido caso de la *Kartuli mafia* en Georgia, república con un desproporcionado porcentaje de grupos mafiosos para su reducido tamaño[148]; o remotas sociedades clánicas siberianas cuyo perfil describe el novelista italo-ruso Nicolai Lilin como trasplantadas por la fuerza de la deportación estaliniana a la también remota Transnistria después de la Segunda Guerra Mundial[149].

Por todo ello, el relato de Napoleoni para Bulgaria es el mismo que para la Unión Soviética y otros países de la zona: el fracaso soviético en Afganistán fue un aviso de que el sistema comunista había entrado en el principio del fin. Basándose en ello, la misma nomenklatura del régimen empezó a preparar la transición hacia el capitalismo, organizando sociedades fiscales a partir de empresas estatales búlgaras y firmas extranjeras ficticias radicadas en paraísos fiscales. El resultado de este esfuerzo sistemático fue que para 1989, cuando el régimen comunista se hundió en Bulgaria, la misma élite

gubernamental había transferido el conjunto de la riqueza monetaria del país a cuentas en paraísos fiscales[150].

De esa forma proliferó un «estilo mafioso» que también podía percibirse en las calles de otros países de la zona, como en Serbia o Albania. En Bulgaria, los tipos de aspecto mafioso vestidos de negro y con gafas de sol, de perfil masivo y falsamente refinado, eran popularmente conocidos como los *mutras*, algo que se podría traducir como los «jetas». La criminalización de la sociedad introdujo la utilización de las armas y la fuerza, ejercida por antiguos atletas reconvertidos en sicarios o, más directamente, exmilitares, veteranos de guerra y policías. La confusión entre ambos llegó a extremos dramáticos durante el cerco de Sarajevo, en el arranque de la guerra de Bosnia, cuando la ciudad fue defendida por *mahalaske bande* o «badas de barrio», integradas por vecinos, policías y delincuentes. Una de las más famosas fue la de Jusuf «Juka» Pražina, quien acabó haciendo la guerra por su cuenta, desertando al bando croata y luchando contra sus antiguos compañeros, para terminar muriendo en Bélgica en 1993, víctima de un ajuste de cuentas por tráfico de narcóticos. Ramiz Delalić, alias «Ćelo» ('Calvo'), con un pasado como delincuente menor, se convirtió en líder de la 9.ª Brigada de Montaña. Aunque «Ćelo», como «Juka», fue asesinado en 2007 por un ajuste de cuentas, no planteó problemas de insubordinación al gobierno de Sarajevo. Por el contrario, Mušan Topalović, alias «Caco», comandante de la 10.ª Brigada de Montaña en uno de los sectores más expuestos del frente, cometió todo tipo de excesos y crímenes de guerra. Al final, el mismo gobierno bosnio se vio obligado a arrestarlo en 1993. Esa operación supuso la muerte de nueve policías y la toma de rehenes civiles por «Caco», en medio de una Sarajevo cercada por los serbios. Mafioso antes de la guerra, Mušan Topalović fue ejecutado

inmediatamente por sus captores sin intentar hacerle el juicio que le habían prometido[151].

Como es bien sabido, la criminalización de la guerra no fue privativa del bando bosnio-musulmán; son bien conocidos los excesos de Jeliko Ražnatović, alias «Arkan», en el bando serbio o Branimir Glavaš en el croata. Estuvo presente en el conflicto ruso-checheno, en las diversas crisis de Libia desde la intervención occidental y en el conflicto del Donbass ucraniano, entre otros ejemplos posibles.

Lo fundamental es entender que si bien en el Este de Europa se dieron los ejemplos más descarnados y brutales de la *mafiotización* del Estado, la economía y la sociedad, en realidad se trató de un proceso que proliferó rápidamente a escala mundial porque se alimentaba de la debilidad endémica de los actores estatales para mantener las transiciones bajo control. Transiciones hacia una economía de mercado global cada vez más real y despiadada. Ese fenómeno, que se inició entre los años finales de la URSS y el nacimiento de la Rusia neoliberal, en la Europa del Este —en la cual la caída del Muro de Berlín creó una ausencia crónica de toda clase de bienes, de consumo pero también de materias primas industriales — lo solventó como pudo el nuevo crimen organizado, que terminó por devenir parte de la base de los nuevos sistemas turbocapitalistas. Por supuesto, la violencia sustituyó a la política «y finalmente la violencia borró el sentido último de la política, es decir, la libertad de elección, de la mente de las personas»[152] .

Y esta es precisamente una clave crucial para entender la base sobre la que crecerán los neofascismos, posfascismos, caudillismos y partidos de la ultraderecha nacionalista cuando la Gran Recesión pareció demostrar que el «todo vale» de la «economía canalla» en los años de

la Posguerra Fría no traía la prosperidad generalizada, a escala global, y entonces la tendencia fue regresar a la cohesión tribal, la lealtad hacia los poderes próximos y la pérdida de la confianza en el debate político y la democracia liberal. La idea subyacente consistía en denunciar que los mecanismos esenciales de control social del neoliberalismo partían de y convergían en la individualización. Como consecuencia, el ciudadano experimentaba una pérdida de seguridad y confianza en las instituciones políticas, el Estado, los partidos y los sindicatos. Todo eso revertía en la desideologización de la sociedad. Por otra parte, para el neoliberalismo imperante en esa misma sociedad occidental (modelo para las demás), las reivindicaciones colectivas eran la principal amenaza a batir y debían ser divididas. Los fragmentos, compuestos por individuos que se aferraban a su individualismo, competían entre sí, haciendo difícil la reunificación. Lo hacían mientras poseían vigor vital o capital para continuar. Una vez agotado, pasaban al desempleo, a la jubilación anticipada y la anulación final[153].

La conclusion final parecía clara: el sistema neoliberal eliminaba las reglas, el individuo tenía que terminar defendiéndose por su cuenta y la consiguiente sensación de desvalimiento le daba armas dialécticas a la nueva ultraderecha para denunciar eso precisamente: que el individuo está solo ante la corrupción, las corporaciones multinacionales, los intereses intercontinentales, las bajadas salariales, el desempleo creciente y la justicia para los ricos y poderosos. Por ello, no eran baladíes los intentos de las nuevas ultraderechas en el poder para hacerse con el control de los jueces —eliminar la separación de poderes— como paso hacia el iliberalismo y, a la larga, la autocracia. Por supuesto, los nuevos «hombres fuertes», en

Turquía, Filipinas, Brasil o Arabia Saudí ya se ocupaban de eso activamente.

Pero, y esto es importante, el recurso a la fuerza («porque no cabe otra solución») era ahora para defender a los individuos agrupados de nuevo en familias, clanes, etnias, naciones, contra los poderes supuestamente globales, contra el vecino y contra el disidente, el enemigo interior y los invasores. La fuerza impone los hechos consumados y ello se convierte en «solución», que al funcionar es por «voluntad del pueblo», esto es, en base a la falacia *ad populum*[154]. El juego de suma cero, el gol, en términos futbolísticos, sustituye al debate parlamentario y al consenso político. Y quien lidera muchas veces esa estrategia es el mafioso de antaño que pretende mantener el estatus institucional adquirido en el periodo de la «economía canalla»; o bien capitanean ahora los negocios sus hijos o sucesores de entonces, incluso nuevos émulos. Pero la base de la reacción generada por el desplome del sistema global neoliberal que fue la Gran Recesión era la misma que provocó la caída del sistema global soviético a finales del siglo XX. De ahí que a partir de 2017 los dos polos que encabezarán el viraje serán los Estados Unidos de Trump y la Rusia de Putin, los antiguos enemigos enfrentados de la Guerra Fría.

Por supuesto, las mafias ya existían en Occidente a la caída del Muro. No en vano, históricamente, la Cosa Nostra siciliana fue la que dio nombre a esta forma de crimen organizado. Pero como ya se dijo aquí la caída del Muro, a partir de 1990, facilitó la expansión internacional de la cultura mafiosa. Fue la época dorada de los grandes nombres: los Orejuela, hermanos colombianos que gestionaban una flota de 700 aviones dedicada al narcotráfico; o Pablo Escobar, también en Colombia, que se ganó el respeto de muchos de sus conciudadanos por

mostrarse como un Robin Hood al que incluso algunos desearon canonizar tras su muerte. También fue la era de los capos gallegos o los mafiosos serbios y búlgaros cargados de collares de oro. En Italia, en la guerra contra la Cosa Nostra murió el juez Falcone víctima de un atentado con una tonelada de explosivos. Precisamente, los italianos venían aprovechando los déficits de seguridad de la Comunidad Europea, ya desde los años ochenta, para trasladar parte de sus negocios a Alemania, donde la legislación era más permisiva con el crimen organizado que en Italia y no era tan sencillo que la policía pudiera obtener permiso de los jueces para espiar a los sospechosos o actuar contra el blanqueo de capitales. Y allí se fueron algunos de los grandes capos, como Agostino Badalamenti. Poco más tarde, ya en los años noventa, el euro como moneda unificada de la UE ofrecía excelentes oportunidades para efectuar todo tipo de movimientos y transacciones a través de las antiguas fronteras o hacia los paraísos fiscales que formaban parte del club financiero europeo.

Fuera de los países directamente afectados por ser cuna de las principales mafias u oligarcas —como lo eran Italia o Rusia—, en el resto de la UE la permisividad podía llegar a ser amplia, especialmente en Reino Unido, donde gozaba de exenciones fiscales específicas. Claro que todo ello parecía un resultado enfermizo de la globalización. Esa imagen se reforzó con el surgimiento de un nuevo tipo de crimen organizado temporal, que se estructuraba puntualmente en torno a un negocio concreto e integraba a socios de los países más distantes, unidos por la eclosión de internet justo el tiempo que duraba el negocio: tráfico y trasplante de órganos, comercio de residuos peligrosos o productos prohibidos, quizá animales y plantas en peligro

de extinción, experimentos ilegales de medicamentos en desarrollo.

Pero la expansión del crimen organizado también provocó admiración entre muchos sectores sociales de las nuevas clases medias o de todos aquellos que soñaban con una promoción social rápida aunque fuera violenta o delictiva. La idea de que la fuerza podía ser tan resolutiva como fascinante. Ya en los años ochenta se puso de moda el *gangsta rap* norteamericano, centrado en el crimen y las drogas, varios de cuyos intérpretes terminaron su vida de forma violenta. Más adelante, ya en los noventa, los narcocorridos mexicanos se convirtieron en un fenómeno internacional. En Nápoles, los neomelódicos ensalzaban la vida y obras de los capos de la Camorra y muchos aspiraban a actuar en las bodas y bautizos de sus familias. Era toda una mezcla de tecnopop, canción melódica latinoamericana y sentimental napolitana. Algo parecido al turbo *folk serbio,* la *manele* rumana o la *čalga* búlgara.

La fascinación por la violencia, que podría parecer algo consustancial a la globalización neoliberal, no fue sustituida por el rechazo del nacionalismo ultra rampante a partir del comienzo de la Gran Recesión. Porque, lógicamente, no se circunscribió a la proliferación del crimen organizado como trasfondo del «todo vale» neoliberal. En realidad, la «violencia como forma de fontanería» de los procesos políticos proliferó en formas variadas, normalmente encuadrados de forma más o menos evidente o legal dentro de la acción de los Estados. El impacto brutal del yihadismo que fueron los atentados del 11 de septiembre de 2001, desencadenó la denominada «guerra mundial contra el terrorismo» lanzada por George Bush. Ello se tradujo en una sustancial inversión en aparatos de seguridad e inteligencia, parte de ellos en manos privadas.

En efecto, cuando tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 Bush hijo declaró la «guerra mundial al terrorismo», se externalizaron tantas funciones que surgieron como champiñones las compañías privadas de inteligencia o empresas que colaboraban con las grandes agencias de seguridad. Para alimentar la insaciable demanda de tecnología de datos e información de la NSA (National Security Agency), la base industrial de contratistas que buscaban hacer negocios con la agencia creció de 144 compañías en 2001 a más de 5.400 en 2006[155]. Las titulaciones en «defensa y seguridad» se pusieron de moda en facultades y departamentos de numerosas universidades occidentales y empezó a considerarse natural que en la ecuación «seguridad por democracia» algunos derechos civiles quedaran en suspenso en determinadas emergencias. Muchas de esas agencias semiprivadas y toda una legión de analistas, consejeros e *influencers* se volcaron en interminables campañas ofensivas o defensivas en la red de redes. Las intensas relaciones con los estamentos militares, policiales y de inteligencia produjeron ocasionales trasvases hacia la ultraderecha de planes para sofisticadas *psy-ops,* así como filtraciones de documentación estratégica clasificada[156].

Paradójicamente, esta dinámica eliminó el terrorismo de ultraderecha, azote de diversos países en los años setenta del siglo pasado, por innecesario. En el arranque del siglo XXI, los neofascistas se integraban en unidades de combate paramilitares para luchar contra el yihadismo en Siria —o entre sí, en Ucrania— o controlaban sus propias agencias de inteligencia o compañias de seguridad privadas. De forma bien sintomática, los atentados del «lobo solitario» noruego Andreas Breivik en julio de 2011 —una explosión en el distrito gubernamental de Oslo y el asesinato de 77 personas y un centenar de heridos en la isla de Utøya— no

tuvo emuladores hasta la masacre de Christchurch, en Nueva Zelanda, perpetrada por Brenton Tarrant en marzo de 2019. Breivik fue uno de los escasos terroristas solitarios de ultraderecha desde el final de la Guerra Fría, junto con Ted Kaczyński, «Unabomber»; James Clayton Vaughn, Jr.; Franz Fuchs; Erich Rudolf o Timothy James McVeigh. Una parte de ellos se inventaron su pertenencia a «ejércitos en la sombra» ficticios (Ejército Bávaro de Liberación, Club de la Libertad, Ejército de Dios) como el mismo Breivik, que reivindicó su matanza en nombre del Ejército de los Caballeros Templarios. Pero más allá de la anécdota, el dato da una idea del enorme fracaso del terrorista noruego en organizar ni siquiera un comando —cuanto menos una organización terrorista— tras meses de estar volcado en la red, sin que prácticamente nadie le hiciera caso antes de cometer el atentado. La odisea de Breivik parece probar que la actividad de proselitismo neonazi en redes sociales tiene sus limitaciones[157].

Libertad a cambio de seguridad y control

En los regímenes autoritarios pronto se descubrió que internet era de gran ayuda como instrumento de control, en contra de los teóricos ciberutopistas, que creían todo lo contrario. Los blogs y las redes sociales bien manejadas cumplían a la perfección con la trinidad informativa del autoritarismo (propaganda, censura y vigilancia). Primero, porque no le faltaron a esos regímenes expertos de gran valía, aunque no fueran conocidos en Occidente. Konstantin Rykov fue el creador de la nueva maquinaria propagandística al servicio del Kremlin, produciendo toda una serie de portales de gran impacto y productos virales como «Guerra 08.08.08»[158] sobre el conflicto con Georgia de 2008. La posibilidad de una revolución de color rusa fue

neutralizada, en parte, subvencionando movimientos juveniles patrióticos, y de entre ellos una gurú brilló con luz propia en las redes rusas: Maria Sergeyeva, definida por Evgeny Morozov como «un Pat Buchanan bloguero atrapado en el cuerpo de Paris Hilton»[159]. El Kremlin se volcó en crear su propia trinchera en internet, situando al bloguero Maksim Kononenko, cercano a Rykov, como presentador de su propio programa de televisión en un canal nacional y horario de máxima audiencia o impulsando la Escuela de Blogueros del Kremlin, respuesta directa a la Escuela de Blogueros de la Fundación Glasnost, parte del entramado New Endowment for Democracy (NED), impulsado por el presidente Ronald Reagan y en el cual había tenido un papel destacado el embajador Mark Palmer, considerado uno de los mejores kremlinólogos del Departamento de Estado y ariete que había hecho caer el gobierno comunista de Hungría. Pero para entonces, los rusos tenían a sus propios estrategas del contraataque, como el cerebro de la Escuela de blogueros respaldada por el Kremlin, Alexey Chadayev, por entonces máximo ideológo de Rusia Unida que gustaba de citar a pensadores como Slavoj Žižek, Jacques Lacan o Gilles Deleuze[160].

Internet como campo de batalla pronto fue objeto de manipulaciones a gran escala. Es bien conocido el caso de China, donde surgió el Partido de los Cincuenta Centavos, denominación sarcástica de la gran masa de los navegantes de internet a sueldo del régimen chino, que cobraban esa cantidad por cada comentario favorable[161]. En torno a 2010 se estimaba en 280.000 el número de sus integrantes. Pero no fue el único caso: otros gobiernos se inspiraron en el Partido de los Cincuenta Centavos. Así, en 2009 el gobierno de Nigeria alistó a setecientos mercenarios que constituyeron la Fundación Antiblogueros, destinada a formar una nueva generación de activistas en red

favorables a los intereses políticos de Lagos. En Irán, tres mil seguidores del *velayat* o supremo líder constituyeron su propia red social, Valayiatmadaran, dirigida principalmente contra el opositor Movimiento Verde[162].

Estas prácticas fueron normalizando tácticas de perfil posfascista, utilizadas después por partidos y movimientos políticos en todo el mundo, que propiciaban los acosos y linchamientos organizados en redes sociales, la creación de listas y señalamiento de adversarios políticos, la censura o la manipulación de la prensa, las delaciones y los ataques DDoS. Una legión de analistas semiprofesionales o aficionados examinaban las fuentes abiertas que ofrecía internet (OSINT-Open Sources for Inteligence) para recoger sistemáticamente información política y utilizarla de las más variadas formas. En Rusia, por ejemplo, el Movimiento contra la Inmigración Ilegal (DPNI), de carácter neofascista, fundado en 2002, creó una serie de aplicaciones en las que colgó datos censales sobre las minorías étnicas residentes en la ciudad de Volgogrado (antigua Stalingrado soviética) y montó a continuación un mapa con su localización precisa a fin de alentar pogromos[163].

Pero todo esto no era sino un juego de niños ante las capacidades profesionales de las grandes agencias, potenciadas con nuevos medios tecnológicos en alerta de la guerra mundial contra el terrorismo. Cuando Edward Snowden, consultor tecnológico estadounidense y antiguo empleado de la CIA y la NSA desertó y se fugó a Rusia en 2013, reveló la existencia de programas de vigilancia masiva utilizados por la NSA, como PRISM o XKeyscore. El primero se utilizaba para la recogida de comunicaciones procedentes de al menos nueve grandes compañías estadounidenses de internet, mientras el segundo detectaba la nacionalidad de los extranjeros mediante el

análisis del lenguaje utilizado en correos electrónicos interceptados. En ambos casos quedaba en evidencia que la NSA practicaba el espionaje a gran escala de la privacidad en aplicación de la Ley de Vigilancia de la Inteligencia Extranjera[164]. Por su parte, a comienzos de 2018 estalló el escándalo Facebook-Cambridge Analytica, cuando se descubrió que la consultora británica había manipulado datos de 50 millones de usuarios de la red social Facebook para influirles políticamente durante la campaña electoral de Donald Trump[165].

Por supuesto que Estados Unidos no tenía el monopolio de estas prácticas. En China, la vigilancia pública por reconocimiento facial era masiva a la altura de 2019, hasta el punto de que incluso se utilizaba ya para imponer multas a peatones y ciclistas anónimos[166]. Pero eso no sería sino le punta del iceberg: junto con la «red de tigres y moscas» para el control de grandes y pequeños delincuentes, existía un registro de hogares y otro de datos personales más un sistema de premios y castigos para funcionarios, todo ello como parte de un gigantesco tinglado de «crédito social» (para establecer qué ciudadanos son dignos de crédito o no) destinado a ser el sistema de control social más totalitario del mundo[167].

Por su parte, las empresas de seguridad podían extender sus actividades a la gestión de empresas militares privadas (PMC en sus siglas en inglés) al margen de los gobiernos. Era, de hecho, el retorno a los ejércitos mercenarios, aunque en este caso podían incluir servicios de seguridad en sentido amplio e incluso tareas de inteligencia. Iniciadas por los anglosajones tras el final de la Guerra Fría, estas compañías terminaron por convertirse en verdaderos ejércitos privados. Inicialmente Blackwater, posteriormente rebautizada como Xe Services y más tarde Academi se hizo internacionalmente famosa, aunque con anterioridad ya

existían compañías de mercenarios muy activas en conflictos como Bosnia o Kosovo, tales como Dyncorp o MPRI[168]. En torno a 2016, Academi disponía de 20.000 hombres armados, además de 20 aviones y una flota propia de vehículos blindados. Pero la británica G4S movía una increíble plantilla de 625.000 contratados en 125 países, lo que situaba a esa compañía como la segunda empresa privada por número de empleados, justo por detrás de Walmart, el coloso de los grandes almacenes[169]. Unity Resources Group, Triple Canopy o Erynis International son otras importantes firmas de seguridad que se dedican a las tareas más diversas, desde vigilancia estática de instalaciones a escolta, transporte, defensa de buques en alta mar, transporte de prisioneros, instrucción, asesoría militar o policial. A veces, incluso, fueron desplegados en zonas catastróficas para control del orden público, como sucedió con Blackwater durante las inundaciones producidas en Nueva Orleans tras el paso del huracán Katrina, en agosto de 2005.

En Rusia y China también se ha ido abriendo paso el mercado de las PMC, aunque con algunas características propias. En la segunda de las potencias señaladas este tipo de tropas son utilizadas para la defensa de las islas artificiales en el Mar de China Meridional, conocidas coloquialmente como Gran Muralla de Arena. Pero sobre todo, tiene su campo de operaciones preferente en la vigilancia de las empresas y obras chinas en el exterior (África y Asia) y, en especial, a lo largo de la denominada Nueva Ruta de la Seda[170]. En cuanto a Rusia, la Agrupación Wagner (ChVK Wagner o Grupa Vagnera) genera algunas dudas entre los analistas occidentales. A pesar de su apariencia de PMC, se tiende a considerar que se trata en realidad de una unidad dependiente del Ministerio de Defensa ruso encargada de llevar a cabo

misiones encubiertas en los teatros de guerra en los que se haya implicado el gobierno, como Siria, por ejemplo. Sin embargo, esta apreciación también sería válida para muchas PMCs occidentales que no son tan libres de intervenir en los conflictos en los que sus respectivos gobiernos están implicados; no pueden ir en contra de sus intereses estratégicos, han de coordinar sus despliegues con los mandos locales y suministran información sensible —o incluso pueden servirse de la que han obtenido los respectivos servicios de inteligencia—. De otra parte, la utilización y hasta la mera existencia de los PMCs generan mucha polémica, sobre todo de orden jurídico; por ejemplo, sobre el estatus de combatientes regulares de los empleados-soldados, lo cual puede ser un asunto muy delicado desde el momento en el que sirven en un área de conflicto.

De cualquier modo, lo importante es destacar hasta qué punto los gobiernos, incluso aquellos de las potencias más importantes del globo, han externalizado su acción exterior. Diplomacia, inteligencia y guerra están gestionadas de forma creciente por subcontratas, lo que hace que a veces algunas operaciones parezcan estar a medio camino entre el negocio privado y el interés del Estado. Incursiones policiales en países vecinos que en realidad son militares, o que no han sido acordadas en sede parlamentaria; unidades de vigilantes para impedir el tráfico inmigratorio o supuestos delitos cometidos por extranjeros residentes que están compuestos por civiles armados y no están claramente integrados en el conjunto de las fuerzas de seguridad estatales o cuyas acciones y composición son opacas ante el resto de la ciudadanía o las fuerzas políticas[171]. Centros de detención e interrogatorio secretos en terceros países *(black sites)* o en bases propias pero en suelo extranjero —el bien conocido caso de la prisión de

Guantánamo—. De hecho, las mismas PMCs han sido utilizadas en numerosas ocasiones para sortear las responsabilidades jurídicas —las de su propio país o las de la legislación internacional sobre el Derecho de guerra— sorteando los derechos humanos de las poblaciones extranjeras.

En conjunto, si sumamos las PMCs a las numerosas milicias paramilitares que se han creado y batido en los diversos conflictos bélicos desde 1991, tenemos una masa importante de combatientes irregulares a veces poco o nada controlados por los estados. De alguna forma se ha pasado de las «vanguardias conscientes» o pequeños grupos de activistas radicales armados de los años setenta a los ejércitos paramilitares de comienzos del siglo XXI, muchos de ellos políticamente cercanos a posiciones de ultraderecha, ciertamente.

Pero yendo más allá, parece evidente que en un panorama internacional en el cual el uso de la fuerza y los atajos iliberales son utilizados conscientemente por los gobiernos para obtener «soluciones rápidas» saltándose las propias reglas del juego democrático, degradan al propio sistema y son un caldo de cultivo para el ascenso al poder de caudillos implacables y soluciones políticas autoritarias. No deja de ser paradójico que la ultraderecha y el neofascismo puedan medrar ahí no sólo defendiendo ese tipo de estilo político, sino incluso rechazándolo y erigiéndose en «libertadores» de la «opresión» aunque una vez en el poder —o en el camino hacia él, esos mismos partidos, movimientos o «plataformas cívicas» se terminen comportando igual o de forma mucho peor.

Encuadramiento deportivo

Por último, la enorme influencia del deporte profesional de masas ha contribuido en no poca medida a la nueva mentalidad iliberal, no siempre articulada ideológicamente, sino como parte de una marea multiforme de estímulos de índole muy variada. Desde la adscripción de los discursos seudocientíficos de la distopía neoliberal sobre población, demografía e inmigración incluidos en el fecundo género cinematográfico sobre los zombies[172], al inmenso y multiforme terreno del espectáculo futbolístico.

El fútbol, entre otros deportes, ha movido gigantescas cantidades de dinero, sobre todo desde que la televisión experimentó un enorme auge en todo el mundo a partir de los años sesenta del siglo XX. Ese medio de comunicación era capaz de influir de forma importante en las masas, pero a la vez los clubes se lanzaron a hacer lucrativos negocios con los derechos de emisión en la pequeña pantalla. El descomunal desarrollo de ese deporte de masas ha dado lugar a una verdadera cultura del fútbol; incluso, para algunos expertos, en una cultura antisistema que vehicula protestas muy variadas pero todas ellas radicales[173].

Aunque los clubes se esfuerzan por marcar unos límites que eviten la politización del espectáculo en ese sentido —e incluso en prever desgracias—, el mundo del fútbol entendido en sentido extenso, dentro y fuera del campo, es ciertamente un territorio metapolítico en el que se entrecruzan expresiones de la cultura popular y sentimientos identitarios, a veces de formas muy contradictorias. En ocasiones también ha sido puesto al servicio de la política, como hizo Silvio Berlusconi; incluso hasta el punto de ser un codesencadenante de conflictos a gran escala: tal fue el caso de las guerras de secesión yugoslavas, fenómeno al cual el historiador Richard Mills le dedicó un excelente trabajo[174]. Desde el surgimiento de los primeros grupos de forofos radicales en la segunda mitad

de los años ochenta —que vehicularon el naciente nacionalismo en todas las repúblicas tras la muerte de Tito— al reclutamiento de esos mismos *hooligans* como tropas paramilitares capaces de cometer todo tipo de excesos, el autor traza la identificación entre la política y fútbol, entendido como fenómeno social, más que deportivo[175]. Aún si la radiografía de lo sucedido en Yugoslavia es ya un clásico, no debemos olvidar otros ejemplos similares, como el reclutamiento de parte de milicianos *interahamwe* entre la hinchada de algunos equipos durante el genocidio de 1994 en Ruanda —y del asesinato de seguidores y jugadores tutsis en todos los club[176]—. Lo mismo se puede encontrar durante la guerra del Donbass en Ucrania en 2014: los clubes de fútbol se alinearon con uno u otro bando y llegaron a suministrar combatientes para las milicias ucranianas o pro-rusas[177].

Pero estos conocidos ejemplos no son sino el estadio final en la evolución de un fenómeno que en la vida cotidiana ya se ha convertido en un vector político de fuerte influencia entre los aficionados de cualquier país de Europa o América Latina, incluso ya de África y del mundo árabe[178]. Los clubes de fútbol, como las plataformas ciudadanas, han devenido espacios cerrados, opacos, que se abrogan una representación popular o nacional imposible de comprobar, que actúan basándose en consignas no consensuadas con las bases y donde anidan ideas, intenciones y hasta proyectos a veces extremistas que no podrían expresarse en ningún otro ámbito social o político. Y que incluso poseen conexiones y padrinazgos poco conocidos o capacidades financieras inescrutables. Un ejemplo extremo son los *hooligans* rusos, cuyos diversos grupos están coordinados por la hermandad Patria[179] y que sembraron el pánico en los diversos partidos del Mundial de 2018. Por entonces se afirmó que muchos de sus componentes

poseían formación y organización paramilitar[180]. Con todo, la manifestación de los sentimientos ultranacionalistas no suele ser tan agresiva y si más pasivo-agresiva, que es un estilo en creciente uso por parte de los movimientos y partidos neofascistas y posfascistas.

Tras el final de la Guerra Fría, los clubes perdieron el componente ideológico que implicaba pertenecer a un país del Este o el Oeste. Hoy, la adscripción es nacional, sea como representación de un país, de una región o de una ciudad que simboliza todo ello al mismo tiempo. Y las circunstancias de la Posguerra Fría han impregnado de nacionalismo radical la lealtad hacia determinados clubes que se presentan como abanderados de posiciones o cruzadas nacionales. Esto parece haber sido así por la importancia simbólica que tuvieron las competiciones defensivas en el mundo bipolar durante la Guerra Fría. Partidos de jockey, baloncesto, grandes competiciones olímpicas o fútbol cumplieron un papel movilizador y competitivo que a veces estaba a la altura simbólica de la carrera espacial. Una vez concluida la Guerra Fría, toda la maquinaria de la agitación política deportiva continuó cumpliendo su función al servicio de un creciente nacionalismo muy hostil ante la globalización liberal. De esa forma, si tras la Primera Guerra Mundial las sociedades europeas quedaron empapadas del militarismo que configuró el fascismo histórico, el deportivismo ha venido haciendo lo mismo con el neofascismo y el posfascismo. Incluso hasta extremos curiosamente paralelos: en nuestros días, una camiseta deportiva puede sustituir a la vieja simbología de la camisa paramilitar, negra, parda, azul, verde o del color que sea[181]. De esa forma, desactivado el poder de los sindicatos, desarbolados los partidos de izquierda, amenazada la capacidad protectora de los Estados, los clubes de fútbol se han convertido en

una especie de rabioso refugio coletivo, que canaliza o ritualiza la frustración en las competiciones ligueras pero que a la vez deja entrever que llegado el caso puede ir más allá. Ha propiciado también lo que se podría denominar «política del gol», esto es, el desencadenamiento de acciones políticas nacionalistas con objetivos poco claros —o ni siquiera articulados— que buscan conseguir el «gol» simbólico contra el oponente, sin llegar a explotar o desarrollar las consecuencias derivadas de la agitación social consiguiente[182]. Berlusconi fue un maestro de la explotación de la política del gol, pero algunos émulos en Europa y América Latina han llegado a desarrollar estrategias similares.

La arquitectura como realidad inmanente del nuevo Estado autoritario

Las prácticas y situaciones marco que han distorsionado la democracia parlamentaria y el Estado del bienestar desde mediados de los años ochenta del siglo XX han tenido una concreción física en la evolución de una arquitectura estatalista heredada del Bloque soviético y que ha dado lugar a diferentes estilos y funcionalidades asociados a la ideología dominante en algunos de los nuevos Estados autoritarios, iliberales o de regímenes caudillistas. Dado que hasta el momento no se ha construido un régimen prototípico de lo que se podría definir propiamente como neofascista —aunque sí posfascista o ultranacionalista—, la arquitectura posee su interés indicativo de cómo podrían cuajar los indicios ideológicos o programáticos formulados en el discurso político.

A la altura de 2017-2018 ya se podían ver los efectos en la evolución de los cambios sociopolíticos a partir del desarrollo de la arquitectura en diversos países. Las

ciudades más importantes del espacio post-socialista ofrecían una multitud de formas y concepciones, de las cuales muchas habían sido proyectadas para satisfacer funciones más allá de las estrictamente arquitectónicas[183]. La representación nacional y la del progreso económico eran las más importantes, y la arquitectura de las últimas tres décadas había ido cambiando en función de la posibilidad de ofrecer una mejor imagen, siguiendo las últimas tecnologías y las corrientes formales occidentales. La arquitectura en los países exsocialistas había resultado ser, en ocasiones, el espacio de experimentación formal, de importación de conceptos e ideas y también un refuerzo o un refugio, un nuevo mercado para los *starchitects,* las estrellas de la arquitectura internacional. Esta dicotomía entre la forma nacional y la progresista, claramente expresada en diferentes modelos de representación arquitectónica, era mucho más explícita en la arquitectura oficial de los países socialistas que en Occidente. Este es un punto de partida para el análisis histórico de las arquitecturas que se pueden relacionar con las opciones más conservadores y de derecha política, en paralelo a los similares modelos occidentales.

Punto de partida: en 1934 se consagró la nueva política cultural en la URSS, explicada en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos con la proclamación del realismo socialista como estilo artístico oficial. «Arquitectura nacional en la forma y socialista en el contenido» llegó a ser la versión construida del arte. La necesidad de dar una imagen nacional para la nueva construcción socialista respondía a las arquitecturas de Estado, racionalistas y neoclasicistas que dominaron la construcción de grandes equipamientos en diferentes países de Europa de los años treinta. Aunque durante la primera década posrevolucionaria las vanguardias arquitectónicas tenían

cada vez más presencia en las exposiciones y publicaciones, su ejecución era limitada por la capacidad productiva real del país y por la falta de tecnología acorde con el progresismo de sus proyectos. En la URSS de Stalin, las vanguardias fueron etiquetadas como visiones personales, formalistas e incomprensibles para el gran público.

La imagen nacional que se pretendía plasmar a través de la arquitectura no era ningún mimetismo de las formas vernáculas, sino un estilo de nueva creación. Sobre la base academicista y neoclásica se aplicaban elementos —formas, detalles o decoración— escogidos de entre las diferentes épocas y localidades históricas. Esta selección era ideológicamente condicionada: cada país tenía momentos considerados progresistas en su historia y otros que no lo eran. En la República Democrática Alemana se vivía un panorama complicado en la formulación de su particular forma nacional, ya que la arquitectura nacionalsocialista también había recurrido a las referencias historicistas. Predominaban las formas neoclásicas por considerarse progresistas tanto la democracia de la Grecia antigua como el arte surgido de la Revolución Francesa. También fueron respetados los motivos heredados del Renacimiento, aunque salvo en Polonia tenían poca presencia en las nuevas obras[184]. Lo que sí tuvo mucho protagonismo en la decoración plástica fue la iconografía y heráldica del nuevo régimen: escudos, banderas, estrellas, hoces y martillos, diferentes herramientas y máquinas, espigas de trigo, obreros, campesinos, soldados, niños, flora y fauna formaban parte de la nueva arquitectura, que sin embargo parecía antigua antes de construirse.

Este procedimiento de selección de imágenes históricas y simbólicas para ser incluidas en las obras arquitectónicas será también característico de las construcciones de la

época postsocialista. La representatividad de la forma será más importante, en muchos casos, que la funcionalidad, el coste de construcción o la adaptación medioambiental.

El realismo socialista como estilo dominante en toda la órbita soviética perdió su importancia en paralelo a la sucesión de Stalin en la presidencia de la URSS. Antes del XX Congreso de PCUS, la Conferencia de los Trabajadores de la Construcción, presidida por Jruschov, en diciembre de 1954, marcó el giro en la tendencia oficial. Se decidió primar la construcción industrializada, de costes más bajos y velocidad de ejecución más alta. Los excesos del monumentalismo de la etapa triunfalista, generalmente reconocida en la construcción de los «siete rascacielos de Moscú» en los años cincuenta, fue puesta en tela de juicio por despilfarrar mano de obra, material y tiempo. Se calculaba que los gruesos muros de carga y decoración plástica aumentaban en 30% la superficie construida de esos edificios. La industrialización y construcción masiva con elementos prefabricados tenía como objetivo aliviar, en el menor tiempo posible, la carencia de viviendas, promoviendo en primera instancia los bloques conocidos como *jruschevki*. Se trataba de un modelo de vivienda de bajo coste, de hasta un máximo de cinco plantas —para evitar la obligación de instalar ascensores—, construida a base de elementos prefabricados o unidades enteras ensambladas en largos bloques. La calidad de estos edificios era escasa: se trataba de modelos desarrollados para paliar la emergencia que suponía la carencia de viviendas en tiempos del crecimiento urbano y emigración campo-ciudad, con un tiempo de vida previsto para no más de 25 años. Asimismo, la superficie media de los pisos era de unos 50 metros cuadrados con una estética anodina y reiterativa.

Sería justamente esta característica de impersonalidad e interminable repetición de los mismos bloques, no sólo dentro de un distrito, sino en diferentes ciudades, la que marcaría el punto de máxima crítica contra todo el modelo. La creación de los barrios dormitorio en la mayoría de las ciudades de la Europa socialista se considera un tercer momento en la historia de su arquitectura, que, en relación con la representatividad y significado popular, sería uno de los más impactantes para los posteriores cambios formales y discursivos. El hartazgo de la uniformidad, diseño simple y racional que se aplicaba a todo tipo de edificios, uso de materiales y estructuras industriales, fue tal que en los círculos no-arquitectónicos la calificación despectiva de realismo socialista fue atribuida a toda esta producción inicialmente pensada para lo contrario: solucionar los problemas, racionalizar y mejorar los edificios construidos en ese estilo, históricamente vinculado a la representación del poder estalinista.

Las últimas dos décadas del sistema socialista estuvieron marcadas por un cambio en la estética que hasta cierto punto afectó el diseño de las zonas residenciales, pero sobre todo se abrió a una creciente libertad y experimentación formal en la concepción de los grandes equipamientos públicos y edificios representativos. Se buscaba una imagen relacionada con el lugar, con lo nacional, pero sin recurrir a las fórmulas neoclásicas del realismo socialista, que muchas veces no eran nacionales. El resultado fue un estilo socialista-nacional posmoderno que además se extendió por las repúblicas soviéticas con veleidades nacionalistas más marcadas. Tal fue el caso del Museo Lenin de Tashkent (hoy Museo de Historia de Uzbekistán) construido en 1970, que reproduce un motivo de celosía de madera tradicional en grandes paneles prefabricados de hormigón, elemento que también integra

la fachada del Hotel Uzbekistán. Otros ejemplos de formas e inspiraciones más libres fueron el Centro de Hidroterapia de Druskininkai, Lituania, de 1979 (R. Šilinskas, A Šilinskiené), inspirado en la estética de Gaudí; el Palacio de Ceremonias de Tbilisi, donde se oficiaban los matrimonios o la serie Spomenik[185]; y monumentos a la lucha antifascista, esparcidos por la geografía de los Balcanes. Fuera de la Unión Soviética, estos estilos socialistas-nacional-posmodernos tuvieron su presencia en la Biblioteca Nacional de Kosovo, en Pristina (Andrija Mutnjaković, 1981), o en iglesias y centros culturales de Imre Makovec, en Hungría. El Palacio del Pueblo (posteriormente el Parlamento de Rumania) es un ejemplo de tendencia mixta donde el exterior neoclasicista (o neoestalinista) se combina con el discurso de materiales e inspiraciones locales en el interior. Su construcción se inició en 1985 a instancias del presidente Nicolae Ceauşescu, bajo la dirección de la arquitecta jefa Anca Petrescu, y junto con la del bulevar de la Victoria del Socialismo exigió la demolición de varios barrios de la parte vieja de la ciudad, con un total de doce iglesias, dos sinagogas, tres monasterios y más de 7.000 casas. Fue lo que se denominó la «sistematización», que se intentó llevar a cabo también en ciudades de provincias y en pueblos húngaros de Transilvania, lo que provocó las primeras tensiones nacionalistas importantes en el Bloque del Este, ya a mediados de los ochenta. El Palacio del Pueblo está formado por doce plantas en superficie y ocho subterráneas, y abarca 315.000 metros cuadrados de extensión. Trabajaron en él más de 20.000 personas en turnos las 24 horas del día, junto con miles de ingenieros y arquitectos.

La tendencia de los primeros años tras la caída del Muro y el final de la Unión Soviética en 1991, a los que siguió la

independencia de varios países, continuó esta línea de expresión nacional en la arquitectura del postsocialismo. Pero la exageró al incluir héroes nacionales y leyendas que no pertenecían al imaginario socialista y estaban destinados a reforzar las nuevas identidades nacionales de las repúblicas recién nacidas, sobre todo en Asia Central, cuyos dirigentes creían necesaria la reconstrucción acelerada de un pasado histórico lejano, que les emparentaba con los grandes caudillos. La visión de la arquitectura como signo es el punto en común más importante que separa estas dos maneras de proyectar —el realismo socialista y el posmodernismo— del funcionalismo de la arquitectura modernista. La diferencia más destacable entre el realismo socialista y el posmodernismo residía en la apertura y amplitud de interpretaciones inherentes a las obras: mientras en el posmodernismo se buscaba la multiplicidad de los significados, en el realismo socialista este significado estaba presuntamente controlado y reducido a la doctrina ideológica[186].

Esa dicotomía que el estilo socialista-nacional posmoderno trampeaba como podía, quedó resuelto en la arquitectura post socialista, tanto en el ámbito de la obra estatal como de la particular, es decir, el macro y el micronivel de construcción. Ahora bien, el primer caso se desarrolló especialmente en Asia Central, donde los nuevos regímenes autoritarios surgidos de la descomposición de la URSS organizaron desde el poder todo el programa de codificación de mitos nacionales e históricos. En otras zonas del ámbito postsoviético, sin que falten ejemplos de esta práctica —como es el caso de Macedonia—, los nuevos estímulos nacionales surgieron más bien «desde abajo».

En Asia Central abundan los ejemplos, incluso de urbanismo. En Tashkent, capital de Uzbekistán, es muy característica la Plaza Amir Temur, en recuerdo al gran

caudillo Tamerlán, del siglo XIV, fundador de un gran estado del centro de Asia, desde la India al mar Mediterraneo. La plaza está rodeada por los edificios del Hotel Uzbekistán, la Facultad de Derecho (antiguo Instituto femenino) de los años setenta, el Museo Amir Timur, el Campanario de Tashkent y el Palacio de los Fórums, construido en 2009, y una de las estructuras arquitectónicas más grandiosas de Tashkent. Se convirtió en un lugar para celebrar importantes eventos estatales e internacionales. Su superficie es de casi 10.000 m2. Desde fuera, el Palacio de los Fórums está decorado con majestuosas columnas, pero la parte más destacada de la arquitectura del edicifio es su cúpula. Alcanza casi 48 metros de altura. Su pico está coronado con figuras de cigüeñas, símbolo local de buena suerte y prosperidad.

Después de la proclamación de la independencia de Uzbekistán en septiembre de 1991, la Plaza Lenin se rebautizó en 1992 como *Mustaqillik Maydoni* o Plaza de la Independencia. La estatua de Lenin fue desmantelada y en su lugar se erigió el Monumento de la Independencia de Uzbekistán, en forma de esfera dorada con relieve geométrico y del contorno de las fronteras del nuevo Estado que aparece así en la comunidad mundial, como si se tratara del planeta Uzbek. Más tarde, frente al pedestal —el mismo pedestal de mármol rojo que antes sostenía a Lenin— se colocó la figura de una mujer con un niño en sus brazos, que simboliza la «madre feliz», imagen del futuro de la tierra natal, pero también de los caídos por la patria. Llegados aquí, se asimilaba sin rubor la participación uzbeca en la Segunda Guerra Mundial a ese pasado glorioso. Los uzbecos se sienten orgullosos de que el Campanario de Tashkent funcione, en realidad, con la maquinaria alemana procedente del carrillón del reloj de Köningsberg, capital de Prusia Oriental, y que las tropas

uzbecas encuadradas en el Ejército Rojo se llevaran como botín a Tashkent.

De esa forma, los símbolos soviéticos fueron sustituidos por la nueva imaginería nacionalista, las alusiones a la nueva legalidad, las tradiciones nacionales —anteriores a la religión musulmana mayoritaria, que no queda incluida junto a los símbolos nacionales—, los antiguos fundadores, casi míticos —Tamerlán, en ese caso—, los museos nacionales sobre la propia cultura y los grandes espacios para convocatorias populares. Con mayor o menor inversión, según la riqueza del nuevo Estado, pero la estructura venía a ser la misma.

El ejemplo más lujoso de nuevo urbanismo en Asia Central correspondía a Kazajistán. En el nuevo urbanismo del centro de Astaná, el principal espectáculo es el dinero invertido en los lujosos edificios construidos por el poder. Kazajistán es la mayor de las cinco repúblicas exsoviéticas de Asia Central y la más rica gracias a sus yacimientos de gas y petróleo, pero también de cobre, ferroaleaciones y productos químicos radiactivos.

El nombre de Astaná, la nueva capital erigida casi de la nada en las estepas del centro del país[187], significa, precisamente, «capital» en lengua kazaja. Inaugurada para tal fin en 1997, sustituyó a Almaty, la antigua capital de la República Soviética escogida por Stalin. Aunque todavía sigue en pie el antiguo núcleo urbano ruso-soviético de Akmola, la novísima Astaná es la ciudad modelo para la nación, promovida especialmente desde la imaginación del presidente de la república, Nursultán Nazarbáyev para crear una nueva identidad postsoviética. El centro neurálgico y simbólico del Estado de Kazajistán se ubica en una zona lineal de poco más de tres kilómetros de largo que se extiende entre las dos obras del arquitecto británico Norman Foster. En este espacio, el máximo representante

de la nueva arquitectura nacional es el Palacio Presidencial de 2004, con su tradicional cúpula azul colocada sobre una base neoclasicista, aparte de la torre central llamada Bayterek, inaugurada en 1997 con una altura total de 105 metros. El uso principal de la torre es el mirador situado a 97 metros, altura que recuerda el año (1997) cuando Astaná fue proclamada ciudad capital. Su forma está vinculada a una leyenda nacional sobre el árbol de la vida que guarda un huevo dorado del pájaro de la felicidad, llamado Samruk[188]. En el interior del enorme huevo, el visitante se encuentra con la impresión dorada de la mano derecha del presidente Nursultán Nazarbáyev montada sobre un pedestal. Los kazajos hacen cola para poner la suya en la huella y pedir un deseo.

Las otras dos grandes construcciones del centro de la capital son diseños del arquitecto estrella británico Norman Foster. El Palacio de la Paz y la Reconciliación (2006) es una enorme pirámide acristalada, pensada para acoger el denominado Congreso Mundial de Dirigentes de Religiones y Tradiciones, esto es, una especie de foro permanente para el entendimiento religioso a escala mundial, la renuncia a la violencia y la promoción de la fe y la igualdad humanas. Además de ello, el palacio alberga un teatro de ópera con capacidad para 1.500 personas, instalaciones educativas y un centro nacional para los diversos grupos étnicos y geográficos de Kazajistán.

La otra creación de Foster en Astaná es el centro de entretenimiento Jan Shatyr (2006), diseñado para brindar a la ciudad una variedad de servicios cívicos, culturales y sociales, todo ello protegido dentro de una envoltura climática, «un mundo dentro», que ofrece un microclima cómodo durante todo el año, de espaldas a las rigurosas temperaturas exteriores. La estructura del edificio principal hace una apelación a la historia y cultura popular

de Kazajistán, ya que está inspirada en una forma de construcción nómada tradicional: Jan Shatyr se traduce como «la tienda del Jan».

La página web del estudio de Norman Foster hace alarde de sus características técnicas e innovación frente el complicado contexto climático de Astaná, y sin embargo no pone de relieve las intenciones representativas ligadas al régimen de Nazarbayev. Ubicada en el extremo norte del eje formal de la ciudad, la estructura de mástil se eleva a 150 metros de una base elíptica de 200 × 195 metros para formar uno de los picos más altos del horizonte de Astaná. Con un área de más de 100.000 metros cuadrados, comprende un parque de escala urbana, con una pista para correr de 450 metros, una playa artificial y una amplia variedad de instalaciones comerciales y de ocio, que incluyen restaurantes, cines y espacios de entretenimiento que pueden acomodar un variado programa de eventos y exposiciones. El parque sube a la altura del edificio en terrazas onduladas y un parque acuático, con piscinas de olas y toboganes, se abre paso a través del paisaje.

La estructura de trípode de acero tubular soporta una red suspendida de cables radiales y circunferenciales de acero, revestida con una envoltura de ETFE de tres capas, formada como cojines de 3,5 × 30 metros, una solución muy liviana, económica y térmicamente eficiente. El material translúcido permite que la luz del día lave los interiores y los protege del clima extremo. Los cerramientos específicos dentro de la envoltura tienen aire acondicionado, pero las áreas de circulación abierta son ambientalmente templadas, con temperaturas objetivo de 14 grados centígrados en invierno y 29 grados en verano[189].

Estas audacias tecnológicas, que también se encuentran en la pirámide del Palacio de la Paz y la Reconciliación,

fueron tanto más difíciles de implementar si tenemos en cuenta que el clima continental del centro geográfico de Kazajistán supone picos extremos de entre +40 y -40 grados centígrados entre el invierno y el verano. Y que los tiempos de ejecución de la obra fueron extraordinariamente cortos. Así, el Palacio de la Paz y la Reconciliación se erigió en tan sólo veintiún meses, contando desde el encargo de la obra hasta su inauguración. Y cabe considerar que mientras tanto se estaba ejecutando también la obra del centro de entretenimiento Jan Shatyr.

La edificación de un pasado mitificado que se proyecta hacia el futuro es uno de los objetivos centrales del régimen de Astaná, que arrincona al pasado soviético de forma discreta para no levantar susceptibilidades con el vecino y aliado ruso. La hipermodernidad tradicionalista de la nueva capital contrasta con la vieja Almatý, arrinconada en la frontera sur, que continúa exhibiendo en su centro el enorme monumento soviético a los defensores de Moscú en 1941 y la catedral ortodoxa, aunque cerca y en el mismo parque Panfilov, ya se ha instalado el pequeño pero cuidado Museo de los instrumentos folclóricos kazajos. Por otra parte, una de las razones para instalar Astaná en el centro del país parece ser la de controlar más de cerca la región norte, donde se concentra la mayor densidad de población rusa y ucraniana. De hecho, la arquitectura historicista fue utilizada a fin de resaltar el carácter kazajo de la nueva capital, para sobreponerse a sus restos soviéticos e insistir en el carácter euroasiático del país, como respuesta a su multinacionalidad. Esto es sobre todo perceptible en los diferentes complejos residenciales de lujo, como por ejemplo el Lazurny Kvartal, de 2011, que emplea una decoración dorada presuntamente nacional sobre el vidrio azul reflectante —la bandera kazaja es azul y amarilla— en

el nuevo Centro de Conciertos diseñado por el estudio de Manfredi Nicoletti en 2009 o en el Palacio de la Creatividad, Shabyt, un imponente edificio circular con cubierta cóncava. La nueva Astaná se apropia también de algunas formas espectaculares de la época soviética, representadas en el rascacielos de Tryumph Astaná, una réplica de las famosas torres estalinistas de Moscú, o en la sede nacional de la compañía de gas.

Más al sur, en Turkmenistán, la nueva arquitectura desarrollada en su capital, Ashgabat, principalmente por impulso del primer presidente, Saparmurat Niyazov, también buscaba referentes nacionales enraizados en la historia lejana para definir la nueva identidad nacional alejada de los tópicos de la arquitectura soviética, como en Uzbekistán y Kazajistán. Pero en este caso singular, el culto a la personalidad del presidente ha sido el factor unificador para todos los aspectos ideológicos de la nueva república, situando el nombre y la figura del *Turkmenbashi* (padre de los turkmenos) de forma omnipresente en todas las ciudades y pueblos del país[190]. Con las innumerables calles y plazas bautizadas con su nombre o los miembros de su familia, así como instituciones estatales, ciudades, pueblos, montañas, incluso alguna estrella y los meses del año, el paternalismo físico y espacial del líder supremo de Turkmenistán sobrepasa de lejos la presencia de los retratos de Kim Il Sung y Kim Jong Il en el espacio público de Corea del Norte.

La renovación de la capital empezó con la construcción de la sede presidencial, el Palacio Oguzjan, inaugurado en 1997, que sirvió de residencia y lugar de trabajo de Saparmurat Niyazov hasta su muerte en 2006. El palacio presidencial fue reformado y ampliado en 2011 según mandato del nuevo presidente Gurbanguly Berdimuhamedow, añadiendo al edificio el Gran Hotel de

aspecto similar como contrapunto simétrico al otro lado de la plaza y con el Palacio Ruhyyet para eventos especiales de altísimo nivel en el extremo sureste. Todos los palacios comparten las formas: una base de columnas de inspiración neoclásica y las cúpulas doradas, azules o con decoración como elementos tradicionales que dominan al paisaje urbano.

También la multitud de monumentos y estatuas enfocan las vistas en la ciudad: empezando por el Arco de la Neutralidad —un trípode de mármol inspirado en los tres principios nacionales promovido en el gran libro del Turkmenbashi llamado *Ruhnama* y coronado con la estatua dorada del padre de la nación que gira siguiendo al Sol—; el monumento a la independencia de 91 metros de altura en referencia al año 1991; o quizás el más auténtico: la enorme réplica del libro *Ruhnama* («El Libro del Alma»), que se abre y reproduce pasajes selectos en forma de vídeos.

La arquitectura más recientemente construida en Ashgabat tiende a prescindir de la saturación con motivos tradicionales, y los concentran en detalles muy significativos como la estrella de Oguz Jan, el perfil dorado del Turkmenbashi o las espigas de trigo. Los nuevos edificios buscan el impacto visual a través de materiales: Ashgabat fue incluida en el libro de récords de los Guiness como la ciudad con más mármol en sus fachadas. Como en las nuevas construcciones de Pyongyang, grandes superficies de vidrio coloreado o reflectante con perfilería de aluminio o acero dominan edificios como el Hotel Yyldyz (2013), el Ministerio de Sanidad de 2006 y otros de tipo residencial. La nueva arquitectura turkmena busca la espectacularidad: el Palacio de Matrimonios con la gran estrella tradicional que encierra un globo terráqueo, Centro de cultura y ocio Älem o la Torre Turkmenistán, de

telecomunicaciones y observatorio, todos construidos entre 2011 y 2012 mezclando elementos de sensibilidad tradicional con gran escala, materiales y tecnología moderna. A pesar de tener poca variedad en significados y posibles interpretaciones, estas obras de arquitectura pertenecen a una posmodernidad específica, ideológicamente dominada y siempre atribuida al genio creador del líder de la nación.

Los regímenes autoritarios de Asia Central buscan la respetabilidad haciendo exhibición de los pilares de su nueva independencia: su dinero, la historia nacional y un presunto apoyo popular convertido en piedra, acero y vidrio. Insistiendo en mostrar una política exterior neutralista, un trato en apariencia moderado con las minorías, mostrando un historial limpio de conflictos con los vecinos, han conseguido mantener un perfil bajo en el turbulento mundo de la Posguerra Fría, a excepción de algunos escándalos sobre derechos humanos, como la explotación del trabajo infantil en los campos de algodón o la masacre de Andiján en 2005, en Uzbekistán; o aún la persecución internacional de los adversarios políticos del presidente Nazarbáyev.

En Europa sólo hay un ejemplo similar y se encuentra en la joven República de Macedonia obligada por la presión griega a adoptar el nombre oficial de Antigua República Yugoslava de Macedonia (ARYM)[191]. No sólo Grecia ha sido un vecino hostil: Albania y Kosovo han tenido que ver en la guerra civil de 2001 entre separatistas albaneses y las fuerzas regulares de la República. En ese contexto resistencialista patriótico, el partido VMRO-DPMNE (Organización Revolucionaria Interna de Macedonia-Partido Democrático para la Unidad Nacional), de la derecha nacionalista, puso en marcha el denominado programa Skopje 2014. El resultado fue la remodelación

monumental de la pequeña capital de Macedonia, arrinconando los restos de la arquitectura socialista yugoslava en aras de un reforzamiento monumentalista del lejano pasado histórico macedonio. Desde el Museo de Arqueología al de la Lucha Macedonia, pasando por el Teatro Nacional, los elementos neoclásicos han llenado a esos edificios de columnas jónicas, pilastras neobizantinas, estatuas y balaustradas, con el monumento a Alejandro Magno a caballo, aunque, paradójicamente y para evitar tensiones, se denomina oficialmente como «Guerrero a caballo». Además, han florecido estatuas dedicadas al zar Samuel de Bulgaria, Justiniano I y la Madre Teresa, entre otras muchas, siempre dedicadas a forjadores de la identidad nacional. La acumulación de monumentos y edificios singulares es claramente desproporcionada en relación con la entidad y tamaño de Skopje, y a menudo ha sido tildada de kitsch. Pero se trata de un nuevo episodio de *nation-building* impulsado desde el poder.

Por el contrario, en el resto de los países de la órbita exsoviética lo que predominó fue la privatización generalizada del espacio urbano y del proceso constructivo. Mientras en el socialismo el principal responsable de la construcción era el Estado o la empresa estatal, en el periodo postsocialista lo sustituyó el promotor individual y la empresa privada. De esa forma, los impulsores de los cambios estéticos e incluso urbanísticos fueron, de un lado, los nuevos ricos, los oligarcas o cualquiera que hubiera acumulado dinero y poder por alguna razón. Y de otro, los nuevos pequeños propietarios que habían adquirido las viviendas socializadas gracias al apoyo activo de los nuevos poderes. Porque el periodo de transición económica llevó al rápido restablecimiento de la economía de mercado y la privatización masiva del fondo de vivienda pública fue una parte esencial del proceso. El legado socialista del derecho

de usufructo de una propiedad otorgó ventajas a los habitantes para adquirir casas a precios alrededor del 30% por debajo de su valor de mercado, según datos de 1990[192]. Sin embargo, durante el periodo de hiperinflación, entre 1992 y 1994, cuando la pérdida del valor del dinero se estimó en el 100% cada 16 horas, este proceso se convirtió en una privatización instantánea. Un 95% de las viviendas pasaron a manos privadas en Belgrado antes de 1995, lo que creó un fenómeno de superpropiedad de viviendas, similar a otros países que habían sido socialistas[193]. Esa fue, precisamente, una de las razones de la popularidad de Slobodan Milošević, al menos en sus primeros años en el poder y hasta 1996: favorecer la recompra de los apartamentos socializados por el régimen titoísta gracias, en parte, a la descomunal inflación desatada en Serbia en 1993-1994[194].

La propiedad de la vivienda representaba una especie de red de seguridad frente a las crecientes incertidumbres de la economía de mercado y fue objeto de una variedad de acciones individuales, para reformar o ampliar el espacio interior, que a menudo operaban en los márgenes de las regulaciones urbanas. Pero el fin del control estatal sobre los terrenos urbanos y los bienes raíces es paralelo a la abrupta retirada de los agentes estatales de la producción de viviendas. Las empresas privadas que toman la iniciativa en la construcción de la ciudad postsocialista suelen ser pequeñas, fragmentadas y pobres en capital, aunque la situación varía de un país a otro según los niveles de desarrollo. Esta inversión de roles entre el sector público y el privado se traduce en un cambio importante en las formas construidas.

En países como Serbia, Bulgaria o Albania, la falta de control legal o la ausencia de planes urbanos en el desorden de la transición postsocialista propiciaron un

aumento de la construcción ilegal y desordenada. Así, en 1995 alrededor del 30% de las viviendas construidas en Belgrado eran ilegales, y en 1997 este número ya era la mitad de todas, y siempre con más unidades ilegales en los barrios céntricos[195].

Al mismo tiempo, la privatización y el fin del control estatal sobre los precios llevaron a una rápida estratificación de las clases sociales y la formación de una amplia masa empobrecida, así como un pequeño grupo de nuevos ricos. El levantamiento de las restricciones para viajar y la nueva apertura cultural condujeron, al menos inicialmente, a una fascinación por todo lo occidental, desde la música pop a la arquitectura, y al rechazo del legado cultural socialista[196]. Esto último se traduce en un declive general de la idea misma de un reino público benevolente[197] y el debilitamiento de los controles de planificación urbana[198]. También trajo consigo una nueva generación de constructores que rechazan el funcionalismo modernista y el colectivismo, afirman un individualismo estético radical e importan estilos eclécticos. En ninguna parte es esto más evidente que en las suntuosas viviendas de los nuevos ricos.

Durante la década de 1990, el estilo arquitectónico fue dictado cada vez más por clientes acaudalados, algunos de los cuales supuestamente estaban vinculados con las diversas mafias nacionales, y los arquitectos sintieron que su capacidad para influir en las decisiones de diseño se reducían en comparación con su posición respecto al Estado socialista. Después de la crisis económica de mediados de la década de 1990, el desarrollo urbano superó el entorno regulatorio debido a la corrupción, la falta de recursos municipales y las leyes poco claras relacionadas con la restitución y reparcelación de tierras, condición esencial para el sector privado. Esto se vio

agravado aún más por una creciente aversión a la intervención del gobierno en el campo de la planificación urbana; hubo una palpable «desconfianza de todos los procesos públicos». Los urbanistas, anteriormente considerados indispensables para la planificación y crecimiento urbano socialista en ciudades como, por ejemplo, Sofía, Varna y Plovdiv —en Bulgaria— fueron excluidos de las nuevas coaliciones que a menudo eran una tríada entre la construcción, los desarrolladores y las élites políticas[199].

El crecimiento físico de Sofía impulsó un nuevo estilo de arquitectura que fue, para muchos, exuberante en su rechazo del pasado y ecléctico en el uso de fuentes históricas. Este estilo, que disfrutó de su apogeo desde finales de los noventa hasta la crisis de 2008, se llama *Mutro Barroco* en Bulgaria o «barroco mafioso» en otros lugares y de forma más genérica. Como ya se comentó, con el apelativo de «mutra» (jeta) se designaba en Bulgaria al mafioso; pero también tenía connotación de «asalto» en el sentido informal, lo que identifica el estilo arquitectónico con el surgimiento del crimen organizado, que se convirtió en un problema grave en Bulgaria a finales de los años noventa. El barroco expresa la crítica general de la estética funcionalista heredada del socialismo a través de su ostentosa y extravagante apariencia, el uso desenfrenado de materiales caros, la renuencia, «como en Las Vegas»[200] a comprometerse con un estilo coherente. Los edificios más asociados con este estilo sirven a nuevas funciones postsocialistas: grandes bancos, mansiones, centros comerciales, estaciones de esquí y complejos de hoteles y casinos en las orillas de rápido desarrollo del Mar Negro. En este sentido, las críticas al estilo casi siempre se entrelazan con comentarios sobre nuevas divisiones de

clase, consumo conspicuo y privatización de espacios públicos en ciudades y áreas naturales[201].

Más allá de Bulgaria existen algunos ejemplos interesantes de «Barroco mafioso» en Serbia, en torno a lo que se ha dado en llamar la «Arkantectura» o arquitectura de «estilo Arkan»[202]. El apelativo hace referencia al apodo de Željko Ražnatović, el líder ultranacionalista fundador y líder de la Guardia Voluntaria Serbia, unidad paramilitar que combatió en varias de las guerras que llevaron a la desintegración de Yugoslavia. En el proceso, «Arkan» devino dirigente de su propio Partido de la Unidad Serbia, «hombre de negocios» y figura del ultranacionalismo más folclórico que remató casándose con la gran estrella del turbo-folk de la época Svetlana Veličković, de nombre artístico Ceca.

La escenografía que rodeaba la figura de «Arkan», que él mismo ideaba y promovía, incluía uniformes de la Primera Guerra Mundial, grandes crucifijos, música tradicional y un estilo arquitectónico que plasmó en su residencia en Belgrado, definida por un periodista holandés como «un sueño bizantino mutante en el que las pequeñas ventanas altas y la torre de cúpula redondeada debían reflejar la arquitectura serbia clásica de los famosos monasterios ortodoxos de Kosovo»[203]. Esta apreciación es claramente exagerada, dado que la construcción era más producto del capricho que de una planificación profesional y el estilo general sólo aspiraba a ser ostentoso a mitad de camino entre lo clásico y lo moderno, aunque puntualmente incorporara elementos estructurales o decorativos pretendidamente serbios. Pero precisamente ese resultado final, objetivamente «kitsch nacional», era un estilo que se repitió en otros edificios de mafiosos y oligarcas balcánicos o del área postsoviética. Otro ejemplo al respecto fueron las mansiones lujosas de los cinco hermanos del

multimillonario Bogoljub Karić, situadas en el prestigioso barrio de Dedinje, en las calles Užička i Tolstojeva, que habían sido direcciones de Tito y Milošević respectivamente[204]. Aunque los hermanos Karić no pueden ser catalogados como mafiosos, sí forman parte del selecto grupo de nuevos oligarcas del Este que lograron consolidar su poder y amasar una gigantesca fortuna. Bogoljub intentó ir más allá creando en 2004 un partido llamado Movimiento Fuerza Serbia, que recordaba, tanto en el nombre como en el perfil político, al Forza Italia de Silvio Berlusconi.

El mismo Bogoljub Karić personifica el salto que se está produciendo en los últimos años hacia una arquitectura posmoderna-tecnológica de consolidación nacional, basada en una arquitectura lujosa firmada por grandes autores. Es el caso de Tesla City, impulsada por el carismático oligarca serbio que, de haberse llevado a cabo, hubiera consistido en una ciudad residencial y de negocios basada en el uso de energías renovables y con fuerte inversión extranjera. En cambio, el actual gobierno estatal y municipal liderado por el Partido Progresista Serbio de Aleksandar Vučić[205], está construyendo el llamado Belgrade Waterfront (*Begrad na vodi*) en la orilla derecha del río Sava en el terreno ocupado por las vías de la histórica estación de ferrocarril. El plan anunciado en 2012 para ser realizado en 2018 financiado por inversión saudita y local (en proporción desconocida) no tenía relación con la planificación urbanística vigente, ni fue el objeto de concursos públicos tal como marca la ley serbia[206]. La torre de oficinas más alta del país situada en el terreno «robado» al río ocupará una parte de los dos millones de metros cuadrados destinados a viviendas de lujo, comercio y negocios. Dos rascacielos piramidales con grandes terrazas y vistas espectaculares para cada vivienda ya están en su fase final y replican la forma de una de las «puertas de la ciudad» —

de vivienda pública— construidas en los tiempos socialistas. Además, el barrio contará con el centro comercial más grande de los Balcanes, superando a los dos más grandes ya construidos en Nueva Belgrado.

«Belgrade Waterfront» representa la categoría de transformación urbanística que se proyecta hacia el futuro sin resolver los problemas actuales, tanto para dar imagen de capacidad tecnocrática como para legitimar y reforzar los régimenes con tendencias iliberales o autocráticos.

Es también el caso de la transformación de Bakú y del Centro Cultural Heydar Aliyev, que ya se considera uno de los símbolos de su modernidad[207]. Hace cuatro años fue reconocido como el mejor edificio del mundo al recibir el premio 2014 Design of the Year. La construcción del centro fue decretada por el presidente Ilham Aliyev, en 2006, y tiene por objetivo realizar actividades en el ámbito de la enseñanza de la filosofía ideológica del expresidente de Azerbaiyán Heydar Aliyev, así como promover el pleno desarrollo de la historia de Azerbaiyán, su idioma, valores culturales, nacionales y espirituales. El 10 de mayo de 2012 tuvo lugar la inauguración del Centro con motivo del 89 aniversario del nacimiento de Heydar Aliyev y contó con la presencia de su arquitecta estrella Zaha Hadid, en aquel momento la única mujer ganadora del Premio Pritzker, conocido como el Nobel de arquitectura. En el proyecto del edificio apenas existe la línea recta. Su forma ondulante se eleva hacia el cielo y se fusiona con la tierra para simbolizar la relación del pasado con el devenir, mientras el color blanco hace alusión a un futuro prometedor.

Si bien el Centro Cultural Heydar Aliyev implica un compromiso ideológico con uno de los líderes políticos que pilotaron la transición del socialismo al capitalismo a partir de planteamientos autocráticos, el proyecto de los Flame Towers, un trío de rascacielos en la misma capital, con una

altura de 182 metros, es más bien el símbolo del triunfo del capitalismo, a partir del papel de Azerbayán como exportador de crudo. Los edificios constan de apartamentos, un hotel y bloques de oficinas. Las fachadas de las tres Flame Towers funcionan como pantallas de gran tamaño con el uso de más de 10.000 luminarias LED de alta potencia. La construcción comenzó en 2007, y se completó en 2012. HOK fue el arquitecto del proyecto, DIA Holdings se desempeñó como contratista de diseño y construcción, y Hill International proporcionó la gestión del proyecto; esto es, grandes firmas internacionales relacionadas con la planificación, consultoría, ingeniería, diseño sostenible y alto rendimiento.

Para concluir este recorrido por las arquitecturas postsoviéticas, Georgia es otro importante ejemplo de similares tendencias; en este caso, a raíz de la nacionalista Revolución de las rosas de 2003, cuando se emprendió un importante programa de inversiones, que contrató a arquitectos destacados para renovar la infraestructura del país. Los proyectos incluyeron un aeropuerto en Kutaisi a desarrollar por la firma holandesa UNStudio y una oficina de servicios públicos en Tbilisi por los arquitectos italianos Massimiliano y Doriana Fuksas, así como tribunales de justicia, puestos fronterizos y ayuntamientos. También ha estado muy implicado en todo ello el arquitecto alemán Jürgen Mayer. Pero sobre todo, los ingenieros valencianos Alberto Domingo y Carlos Lázaro, fundadores del estudio CMD, se hicieron célebres por el proyecto del nuevo Parlamento Georgiano, que debía estar situado en la vieja capital, Kutaisi.

El edificio fue un audaz salto tecnológico que pretende proyectar una imagen moderna de Georgia, erigido en el terreno del monumento soviético a los muertos de la Segunda Guerra Mundial, previamente demolido. La cúpula

de cristal se sustenta en arcos metálicos que atraviesan luces de entre 100 y 150 metros y se proyectan en colaboración con el prestigioso ingeniero japonés Mamoru Kawaguchi, conocido por sus trabajos en estadios como los de Tokio o Palau Sant Jordi de Barcelona. El nuevo Parlamento, de unos 35.000 metros cuadrados, estaría rodeado del Parque Milenio, comparable en la superficie con el Hyde Park londinense, obra también del estudio CMD. La traslación de la sede se debió a la iniciativa del presidente Mijeíl Saakashvili para descentralizar el poder e impulsar el desarrollo de todas las regiones del país, haciéndolas al mismo tiempo más dependientes políticamente de la capital; y recordando, de paso, que Georgia no renunciaba a la recuperación de las independizadas regiones de Abjasia y Osetia del Sur. El primer paso en este sentido fue el traslado en 2007 del Tribunal Constitucional a Batumi, en la región de Adjaria. Así, el máximo representante del poder quedaría en Tblisi ocupando el neoclásico palacio presidencial inaugurado en 2009.

Pero el nuevo Parlamento de Kutaisi tuvo y mantuvo una nube negra de polémica sobre su techo acristalado. Para cuando el presidente Saakashvili se puso en contacto con Alberto Domingo en Valencia, en noviembre de 2008, Georgia ya había sufrido una dura derrota en la denominada guerra de Osetia del Sur ese mismo verano; y, previamente, el presidente y antiguo líder de la Revolución de las rosas ya había hecho frente a una campaña de acusaciones de corrupción. Según se decía, la verdadera razón de trasladar el Parlamento a Kutaisi era prevenir un golpe como el que el mismo Saakashvili había encabezado contra Shevardnadze en 2003. La construcción del nuevo edificio había costado una suma exorbitante para la pequeña Georgia: más de 600 millones de euros. Es cierto

que el traslado mejoró la economía de la región de Kutaisi, pero continúa vigente la polémica sobre la eficiencia y sentido de un Parlamento separado por tres horas y media de automóvil del gobierno sito en la capital[208].

El caso del Parlamento de Kutaisi resume adecuadamente los derroteros de las relaciones entre arquitectura y poder en los regímenes iliberales y autoritarios en los comienzos del siglo XXI. En ausencia de un régimen plenamente ultranacionalista o claramente neofascista en el periodo posterior a la Guerra Fría, la arquitectura deviene la concreción de una serie de soluciones políticas o sociales que ilustran los valores y las intenciones que inspiran a los gobiernos. Esto es, la tendencia ancestral de los regímenes «fuertes» a edificar ostentosos monumentos y sedes del poder cuya funcionalidad real deja paso a la simbología del poder. En el caso de Georgia, el gasto que supuso el Parlamento de Kutaisi se entendía en el amor de un régimen, el de Saakashvili, que se mantenía gracias al apoyo directo de Estados Unidos, potencia que consideraba al pequeño país caucásico como pieza clave del avance de la OTAN hacia territorio exsoviético. La situación del nuevo Parlamento tenía que ver, en parte, con esa idea, frente a las sedicentes regiones de Abjasia y Osetia del Sur, marionetas de los rusos. Pero también como forma de evitar un contragolpe parlamentario que desplazara a Saakashvili del poder.

En definitiva, el lujoso nuevo Bakú, Astaná o Waterfront de Belgrado, cada uno con sus particularidades y mayor o menor oposición, resguardan el poder de sus promotores, en un ejercicio de planificación urbanística sesgada a los intereses de las élites. En las décadas de la Posguerra Fría, la arquitectura ha sido utilizada como herramienta eficaz en el marketing político, denotando valores tradicionales por encima de las ideas de socialismo internacional, de

promesa de un futuro mejor imaginado como función de la capacidad de consumo y negocios y explicado a través de las formas novedosas y tecnológicas. Pocas veces estas obras han reflejado los problemas reales de todos los países: las crecientes desigualdades sociales y falta de inversión para paliarlas; la baja calidad de barrios de vivienda; deficiente rehabilitación y mantenimiento del patrimonio arquitectónico y el escaso mantenimiento de la red viaria o de espacios públicos no representativos. La privatización de la mayoría de servicios públicos ha convertido a los antiguos derechos: vivienda, sanidad y educación, en funciones directamente dependientes de niveles económicos y de clase social, impulsando la segregación del espacio urbano reconocible tanto en los usos como en las calidades y de estética.

---

[120] Jordan Hollinger, «Trump, social media and the first Twitter-based Presidency», *Diggit Magazine*, 1 de septiembre de 2017; Rory Cellan-Jones, «Elecciones en Estados Unidos: ¿fue Facebook la clave para el triunfo de Donald Trump?», *BBC News*, 11 de noviembre de 2016 [consultables en red].

[121] Vyacheslav Polonski, «Impact of social media on the outcome of the EU referéndum», paper in the EU Referendum Analysis 2016: Media, Voters and the Campaign. Early reflections from Leading UK academics, edited by Daniel Jackson, Einar Thorsen and Dominic Wring, The Centre for the Study of Journalism, Culture and Community, Bournemouth University; Poole, England [consultable en: https://www.referendumanalysis.eu/].

[122] Christian Fuchs, «Right-Wing Extremism 2.0: The Austrian Presidential Election on Social Media», *CAMRI Papers,* University of Westminster, 19 de octubre de 2016 [consultable en red].

[123] A título de ejemplo entre incontables posibilidades, David Alandete y Daniel Verdú, «Las redes rusas se activaron para impulsar a la ultraderecha en Italia», *El País,* 2 de marzo de 2018 [consultable en red].

[124] Yoree Koh y Georgia Wells, «Gab to Rein In Calls for Violence While Allowing Hate Speech», *The Wall Street Journal*, 9 de noviembre de 2018 [consultable en red].

[125] Esto se infiere, por ejemplo, a partir de la lectura de un excelente libro como el de Simpson y Druxes (2017).

[126] Ferguson (2018): p. 446.

[127] Pablo Pardo, «Donald Trump, presidente de teflón», *El Mundo*, 30 de julio de 2018 [consultable en red].

[128] Foa y Mounk (2016).

[129] Kampfner (2011): pos. 186-198.

[130] Además de los oligarcas empresariales, dos personajes más políticos tuvieron un importante papel como facilitadores de las privatizaciones y adjudicaciones en tiempos de Yeltsin: el viceprimer ministro Anatoli Chubais y el alcalde de Moscú Yuri Luzhkov con su esposa empresaria, Yelena Baturina. Chubasi nacionalizó 122.000 empresas estatales en menos de dos años. Véase Paul Quinn-Judge, «Russia's Regent», *Time*, 9 de diciembre de 1996 [consultable en red].

[131] Para un estudio sobre cómo arrancaron sus respectivas carreras Jodorkovski y Berezovski, véase, respectivamente, Hoffman (2001): pp. 100-126 y 127-149.

[132] Hoffman (2011): posición 9452 (Afterword to the 2003 Paperback Edition).

[133] «Los top 5 oligarcas ucranianos y su influencia en la economía del país», *Ukraine Crisis — Media Center* — Materiales, 6 de abril de 2017 [consultable en red].

[134] Ibídem.

[135] Ibídem.

[136] Para un buen estudio sobre variedades y peso específico de los protoestados *warlords,* Raford y Trabulsi (2015).

[137] Littell (2010): pp. 80-81.

[138] Ibíd., p. 64.

[139] Ibíd., p. 114.

[140] Biró (2015): p. 61, en Raford & Trabulsi (2015).

[141] Ibídem.

[142] Sterling (1996): pp. 29-31; 41 y ss. La primera asociación se produjo entre la mafia rusa, la italiana y la colombiana. En Rusia, además, se podían blanquear capitales en grandes cantidades y sin riesgos.

[143] Ibíd., p. 51.

[144] Napoleoni (2008).

[145] Ibíd., pp. 56-66.

[146] Napoleoni (2008): pp. 79-85. La autora recurre a los trabajos de dos expertos búlgaros: Zoya Dimitrovna («The Business with Death and the Yugo Embargo», Global Investigative Journalism Conference, Bulgaria, 22 de diciembre de 2003) y Tihomir Beslov, experto en delincuencia en el Centro para el Estudio de la Democracia de Sofía, octubre de 2006.

[147] Glenny (2018): Primera parte, posiciones: 212 a 1954, capítulos 1 a 4, con diversos ejemplos.

[148] Raimond Bonner, «Georgian Fighter Wields Guns, Money and Charm», *The New York Times*, 16 de noviembre de 1993 [consultable en red].

[149] Lilin (2009).

[150] Napoleoni (2008): p. 80.

[151] Veiga (2011): pp. 202-204.

[152] Napoleoni (2008): pp. 84-85.

[153] Francisco Veiga (2018), «Formar parte del problema», *Huffington Post (HuffPost),* 23 de febrero de 2018 [consultable en red].

[154] Durán Barba y Nieto (2018): pp. 92-95.

[155] Shorrock (2008): posición 233.

[156] Mack Lamoureux, «The Extreme Right Is More Global Than Ever» *Vice*, 23 de octubre de 2017 [consultable en red].

[157] Para un estudio específico: Øyvind Strømmen y Kjetil Stormark, «The Lone Wolf Comes from Somewhere, Too», en Simpson y Druxes (2015): posiciones 881 a 1296. Para un estudio sobre la acción de Breivik: Humphrys, Rundle y Tietze (2011).

[158] «War 08.08.08: The Art of Betrayal» [consultable en YouTube].

[159] Morozov (2012): pp. 172-175, y para lo relacionado con Rykov.

[160] Ibíd., pp. 177-178.

[161] King, Pan y Roberts (2017).

[162] Ibíd., pp. 181-185.

[163] Ibíd., p. 346.

[164] Greenwald (2015).

[165] Véase la cobertura de todo el *affaire* recopilada en los artículos publicados por *The Guardian* bajo el título: «The Cambridge Analytica Files»; *BBC*: «Facebook-Cambridge Analytica Breach». En español: *El País*: «El caso Cambridge-Analytica». Todo ello consultable en red.

[166] Paul Mozur, «Inside China's Dystopian Dreams: A.I., Shame and Lots of Cameras», *The New York Times*, 8 de julio de 2018 [consultable en red]; Macarena Vidal Liy, «2,5 millones de personas en China, bajo el control de una empresa de vigilancia facial», *El País*, 18 de febrero de 2019 [consultable en red].

[167] Ferguson (2018): pp. 482-483.

[168] Berna Harbour, «EEUU contrata una firma de mercenarios para Kosovo», *El País,* 12 de noviembre de 1999, p. 8. MPRI también colaboraría en el entrenamiento del UÇK y previamente había tenido un importante protagonismo en al formación de los Ejércitos croata, bosniomusulmán y macedonio.

[169] «Top 7 Most Elite Private Armies», 17 de junio de 2016, en canal *Interesting Top7s*, YouTube. En diciembre de 2018, el portal G4S afirmaba estar presente en 90 países. La entrada que posee la compañía en Wikipedia («G46») hablaba de 618.000 empleados y la situaba como tercera compañía empleadora del mundo.

[170] «Nuevos ejércitos de mercenarios chinos protegen las inversiones de la Ruta de la Seda», en *Movimientos Políticos de Resistencia* (blog), 22 de agosto de 2018. No ha sido posible verificar los datos ofrecidos por el autor anónimo del *post,* afín al PCE(r).

[171] Oliver Saal, «On patrol with the New German Vigilantes», pos. 1413 a 1544, en Fielitz y Laloire (2017); Miroslava Germanova, Boryana Dzhambazova y Helene Bienvenu, «Vigilantes Patrol Parts of Europe Where Few Migrants Set Foot», *The New York Times*, 10 de junio de 2016 [consultable en red]; Christopher Cummins, «Hungary's 'border hunters' trained, armed and ready for action», *Euronews*, 18 de marzo de 2017 [consultable en red]. Sobre la problemática de los vigilentes civiles en la frontera estadounidense con México hay una muy abundante masa hemerográfica.

[172] Domingo (2018).

[173] Kuhn (2011).

[174] Mills (2018).

[175] Véase, asimismo, Cumplido (2013).

[176] Dumas (2010).

[177] R. J. Rico, «Soccer and Revolution in Ukraine», *Vice - Vice Sports*, 26 de septiembre de 2014 [consultable online].

[178] Dorsey (2016).

[179] Mario Díaz, «Fratia, la hermandad de *hooligans* rusos detrás de la muerte de un ertzaina en Bilbao», *El Español*, 23 de febrero de 2018 [consultable online].

[180] Orfeo Suárez, «Así son los radicales rusos: "No son hoolingans, son comandos"», *El Mundo*, 13 de junio de 2016 [consultable online].

[181] Para la función uniformizadora de las T-shirt en la cultura de los jóvenes ultraderechistas alemanes, véase Miller-Idriss (2017): pp. 170-171, como ejemplo.

[182] Manuel Cruz, «Contra el "hooliganismo" en política», *El Confidencial*, 9 de febrero de 2019 [consultable en red].

[183] Stanilov (2007).

[184] Las diferentes fuentes formales que inspiraron el realismo socialista en diferentes países fueron analizadas en el ya clásico libro de Aman (1992); la relación entre el constructivismo como el estilo vanguardista dominante y el Realismo Socialista, como también su trasfondo ideológico y cultural, se explica en Paperny (2002).

[185] El nombre Spomenik fue popularizado para designar estas construcciones por el fotógrafo holandés Jan Kampenaers, quien los fotografió y publicó en el libro de mismo nombre (2010).

[186] Varios autores, entre ellos Rem Koolhaas han establecido una relación entre el realismo socialista y el posmodernismo, llegando incluso a considerar la arquitectura estalinista como precursora del posmodernismo occidental. Augustin Ioan, en «A postmodern critic's kit for interpreting socialist realism», pone de relieve las similitudes y diferencias sutiles entre los dos. Véase en Leach (1999): pp. 62-66.

[187] Astaná es, de hecho, la ampliación de la antigua ciudad de Akmola, que en el Imperio ruso era el fuerte de Akmolinsk, construido por los cosacos siberianos en 1824. Redesignada en 1961 como Tselinograd, fue el centro operativo de Jruschov para la denominada Campaña de las Tierras Vírgenes, a fin de convertir a la entonces República Socialista Soviética de Kazajistán en un enorme granero de la URSS, junto con la tradicional Ucrania. Pasó a llamarse Nursultán en marzo de 2019.

[188] Vale (2008): pp. 154-155.

[189] Véase la página de Foster + Partners: *Khan Shaty Entertainment Center* [consultable en: https://www.fosterandpartners.com/projects/khan-shatyr-entertainment-center/].

[190] El texto de Jan Šír (2008) detalla que no sólo el nombre de Turkmenbashi se extendió por toda la geografía del país y más allá, renombrando incluso alguna estrella, sino que los miembros de su familia se vieron reflejados en nombres de meses del año, ciudades, montañas y diferentes elementos del espacio urbano.

[191] Hasta que en 2018 finalmente fue acordado el nombre de Macedonia del Norte.

[192] Petrović, 2001.

[193] Mandič, 2010.

[194] Veiga, 2004.

[195] Hirt, 2008.

[196] Sykora, 1994; Sarmany-Parsons, 1998.

[197] Kharkhordin, 1995; Bailey, 2002; Stanilov, 2007c.

[198] Sykora, 1994, 1998; Nedovic-Budic, 2001; Hirt, 2005.

[199] La situación del cambio económico y consecuentes modificaciones en la propiedad sobre el suelo edificable y planificación urbana fueron analizados por Sonia Hirt (2006): «Un giro político hacia la derecha llevó a una crisis de legitimidad de la planificación, ya que algunos ciudadanos y políticos lo vieron como una actividad comunista. La nueva *constitución* garantizaba la "santidad" de la propiedad privada, y la institución pública se volvió vacilante en hacer cumplir los reglamentos de planificación. Muchos constructores ni siquiera buscaron permiso legal».

[200] Por otro lado, el libro de Venturi, Scott Brown e Izenour (1972) se considera fundacional para la arquitectura posmoderna, que aprende de la expresión

popular y el uso de arquitectura como signo, permitiendo el retorno de la decoración y los elementos de estilos historicistas. Las arquitecturas del postsocialismo se relacionan con el posmodernismo occidental en diferentes niveles y su aplicación literal y poco filtrada en las obras de los nuevos ricos crearon cierta confusión en su valoración.

[201] El sociólogo Mark Holleran publicó un análisis interesante titulado «Mafia Baroque — post socialist architecture and urban planning in Bulgaria» (2014), basado en entrevistas y visitas a los edificios. Uno de los jóvenes arquitectos entrevistados se pronunció de esta manera sobre esta nueva estética: «No estoy orgulloso del barroco mafioso porque soy un arquitecto, pero a mí personalmente me gusta más que el minimalismo porque el barroco mafioso surge de la gente. A menudo se discute si los colores brillantes, la confusión histórica y la ornamentación excesiva son atractivos como gustos de clase baja, pero muchos defensores ven esto como un abrazo mucho más honesto de la cultura estética basada en los genuinos gustos «populares» en vez de la imitación de estilos extranjeros populares y el condescendiente dictado del gusto por los expertos» (p. 38).

[202] Srdjan Jovanović Weiss, teórico de arquitectura contemporánea y profesor en la CCNY, empleó el término «turboarquitectura» (2006) para referirse al mismo estilo-fusión entre la tradición y la tecnología en una manera errática y espectacular, similar al estilo musical. Véase Srdjan Jovanović Weiss, «Turbo Architecture», en la web *Atlas of Transformation*, Letra T (2011) [consultable en red].

[203] Steve Korver, «Arkantecture. A Field Guide to Serbian Gangster Kitsch», *Steve Korver, writer*, s/f [consultable en red].

[204] La historiadora Ljiljana Miletić Abramović ilustra estas residencias con el mismo detalle que las de grandes arquitectos de la arquitectura vanguardista, neonacional y modernista de los periodos históricos de Belgrado en su libro *Belgrade Residential and Villa Architecture 1830-2000*, publicado por la Fundación Karić en 2000.

[205] La biografía política de Aleksandar Vučić parte de sus orígenes como número dos de Vojislav Šešelj en el Partido Radical de Serbia durante las guerras de los años noventa. El actual Partido Progresista (Napredna Stranka) se fundó en 2008 como escisión de los radicales serbios.

[206] Ljubica Slavković, «Belgrade Waterfront: an Investor’s Vision of National Significance», en la web *FA — Failed Architecture* [consultable en https://failedarchitecture.com/belgrade-waterfront/].

[207] Bruce Gran (2014) explica las diferentes intervenciones que crearon la nueva imagen de la ciudad y del poder político de la familia Aliyev.

[208] «El controvertido Parlamento de Georgia diseñado por un arquitecto español», *El Mundo,* 28 de diciembre de 2012 [consultable en red]. «Georgian Parliament Building»: entrada en Wikipedia.

EPÍLOGO

EN LA ERA DEL POSFASCISMO

Recordé haber estado muy sorprendido en el curso de mi vida por lo que podría llamarse la corriente de opinión, por su evolución rápida, su fuerza de contagio, propia de una verdadera epidemia. La gente se deja subyugar de pronto por una nueva religión, una doctrina, un fanatismo, en fin, por lo que los profesores de filosofía y los periodistas con pretensiones filosóficas denominan «el momento necesariamente histórico». Asistimos entonces a una verdadera transformación mental. No sé si lo habéis observado, pero cuando la gente no comparte vuestra opinión, cuando no podemos entendernos con ellos, tenemos la impresión de hablar con monstruos. Tienen una mezcla de candor y de ferocidad. Os matarían a conciencia si no pensáis como ellos. Y la historia nos ha demostrado en el curso de este último cuarto de siglo que las personas así transformadas no sólo se asemejan a los rinocerontes sino que también se transforman en ellos.

EUGEN IONESCU, *Le Monde*, 1960

—Ahora es dirigente de Vox. ¿Se reconocen como la ultraderecha?

—No somos de ultraderecha. Somos de la derecha no tradicional. No tenemos nada que ver con la tradición de Falange, ni defendemos el franquismo. No queremos abolir los partidos ni llevar al paredón a los que no piensan como nosotros. Sin querer presentarnos como transversales, tenemos elementos antisistema que tienen concomitancias con la izquierda, y otros con el centro.

Entrevista a RAFAEL BARDAJÍ, ideólogo del partido Vox, 4 de febrero, 2019

Los investigadores empezaron explicando que la nueva ultraderecha no tiene nada que ver con el viejo fascismo: es más suave, no destrozaría las estructuras de nuestras sociedades. Luego procedieron a moderar los términos que empleamos: primero usaban ultraderecha; después, extrema derecha y derecha radical (un término carente de sentido). Recientemente han pasado a calificar de populistas a corrientes políticas similares, y este «engaño populista», basado en un objetivismo científico interpretado erróneamente, se ha extendido ampliamente por Europa.

(...)

Tengo la impresión de que la ciencia ha perdido prácticamente el rumbo del todo. Ese tipo de populismo que está en la mente de los especialistas es simplemente demagogia política. Cuando los partidos políticos son chovinistas, racistas, paranoicos, antielitistas, machistas, utilizan las emociones para atacar a las minorías, crear chivos expiatorios, no se puede decir que se trata del curso normal de la democracia. En mi país de origen, este tipo de partidos destruyeron la democracia, crearon una autocracia electoral, una semidictadura en la que eliminaron el control y el equilibrio y las elecciones imparciales.

TAMAS DESZO ZIEGLER, investigador de la Academia Húngara de Ciencias, 2018

Hemos dejado para el final de la obra, a modo de conclusión, un extremo que surge del trabajo desarrollado, de la investigación, la discusión y lo aprendido a lo largo de los meses en que este equipo trabajó sobre toda una batería de conceptos un tanto resbaladizos y muy polémicos, pero que son la base de todo el conjunto.

Aquí se ha escrito sobre ultraderecha, caudillismo, ultranacionalismo, nacionalismo radical, neofascismo, nacional-bolchevismo *(nazbols),* derecha dura, e incluso derecha antisistema, de forma aparentemente indiscriminada, como si los conceptos fueran equivalentes. En efecto, a veces lo son, y en ocasiones hay entre ellos matices importantes, de ahí que se escogiera uno u otro según los casos. Pero también es cierto que existe un trasfondo común entre todos ellos, una naturaleza que los identifica como formando parte de una misma familia. El problema consiste en que esa entidad, que hace al menos medio siglo era más estática, ha entrado en un proceso evolutivo que incluso integra parte de la dialéctica de la izquierda radical. A veces son propuestas prácticas, en otros casos ideas o ideología, en ocasiones sólo es mera

pose. Pero es suficiente como para que resulte difícil desenredar la madeja.

Los ejes conceptual y evolutivo

Básicamente, debemos partir de dos ejes que se tratarán simultáneamente: a) el puramente conceptual (qué es cada cosa); b) el evolutivo (cómo se transforman las ideas en el tiempo, qué permanece o desaparece, qué es lo novedoso).

El punto de partida se sitúa en una ultraderecha europea que durante muchos años no se atrevió a presentarse como fascista o nazi. Esa actitud se prolongó desde 1945, a lo largo de los años cuarenta, a setenta y parte de los ochenta. Las responsabilidades históricas de lo sucedido en la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto de las poblaciones judías de Europa organizado por el Tercer Reich, pesaban en contra de la reivindicación de esas opciones —declaradas ilegales, en muchos casos— en la arena política europea.

Pero esa actitud termina por cambiar, a lo largo de los años noventa del siglo XX, en varias direcciones.

1) Los más fanáticos, una minoría cada vez más irreductible, continuaron invocando los viejos símbolos, permaneciendo como un grupo transgresor.

2) A lo largo de los años setenta se produce una transformación modernizadora a cargo de los pensadores más posibilistas, encabezada por Alain de Benoist, que será conocida como la *Nouvelle Droite.* Inicialmente se trata de una evolución más intelectual y menos callejera y de combate que el nazismo y el fascismo de primera generación —aunque luego estará en el origen del Movimiento Identitario— por lo cual cumple su función de mantenerse en las universidades y sectores de la política parlamentaria.

3) Y de repente, en poco tiempo, el final de la Guerra Fría y la descomposición de la Unión Soviética y el bloque del Este dan lugar al surgimiento de un neofascismo (neonazismo, en realidad) claro en la mitad oriental del continente europeo.

4) Ese fenómeno no fue seguido con atención entre los países vencedores de la Guerra Fría —en realidad fue aplaudido como parte de las fuerzas políticas anticomunistas que habían derribado el Muro—, lo cual lavó muchas conciencias y desacomplejó a la ultraderecha y el neofascismo aletargados en Europa occidental y América.

Cabe insistir en que ese contagio o reactivación Este-Oeste no se produjo de forma inmediata porque se consideró que el sarampión ultraderechista en Europa oriental y Rusia era poco menos que una actitud de perdedores y nostálgicos, muy circunscrita a esa zona en concreto. En realidad había sido un reflejo ante el colapso y hundimiento en poco tiempo de todo el sistema socioeconómico en el bloque soviético.

5) Finalmente, la Gran Recesión que arrancó en 2008 supuso una quiebra sistémica que desencadenó la dialéctica ultra en Occidente, la cual comenzó a interactuar con la que estaba latente en el Este y con la reacción que había supuesto la llegada de Vladímir Putin al poder en Rusia.

En base a esta evolución, en torno a 2010 tenemos ya las siguientes categorías:

A) Los viejos fascistas/nazis históricos que continúan siéndolo y ahora se sienten más respaldados y llenos de razón, pero que no tienen el apoyo social esperado. La memoria histórica de la Segunda Guerra Mundial aún pesa demasiado y contrarresta muchas simpatías.

Son, por ello, una minoría de museo en Europa. No así en otros continentes, como ocurre por ejemplo con el Ku Klux Klan estadounidense.

B) Los conservadores de siempre, que, según cómo, utilizan a la ultraderecha o están dispuestos a pactar con ella o incluso a intentar controlarla. Entran aquí también los liberales de derecha más oportunistas y los denominados «políticos populistas», siempre que se entiendan como tales aquellos líderes políticos que actúan en solitario, utilizando su carisma personal como bandera política, dado que por populismo entendemos un estilo político, no una ideología. La parte más dura o extrema de este grupo puede llegar a confundirse con los fascistas propiamente dichos.

C) Los neofascistas de nuevo cuño y los posfascistas, que apuestan sobre todo por fundar nuevos partidos con nuevas denominaciones y discursos ideológicos que rompen con el pasado, y por ello se sienten liberados de la hipoteca histórica y de las comparaciones con los fascismos clásicos. El rendimiento en votos que ello le supone les permite entrar en los Parlamentos nacionales e incluso en el Parlamento europeo.

D) Alianzas extravagantes: los *nazbols* o nacional-bolcheviques en toda su amplia gama de posibilidades: nacional-antisistema, nacional-populistas, anarco-nacionalistas, leninistas de derechas y cualquier combinación transversal aparentemente contranatura, hasta el grado de oxímoron político, formulado en nuevas formaciones políticas, alianzas o coaliciones temporales. Cabe matizar que, en el contexto de la nueva ultraderecha del siglo XXI[1], casi cualquier alianza extravagante que combina al nacionalismo duro con la izquierda o sucedáneo de izquierda viene a ser, de facto, una

formación de ultraderecha o directamente fascista. Cabe recordar que uno de los objetivos del fascismo histórico era ya el de romper la dicotomía izquierda-derecha. Eso sería, de hecho, la «tercera posición»[2] (no la «tercera vía»). En el caso del Partido Nacional-Bolchevique, lo que primaba era el carácter ultranacionalista panruso de la formulación, que llevó a muchos de sus miembros a luchar en conflictos rusos o paneslavistas. La admiración por Bakunin o por Charles Manson formaba parte del carácter estrafalario de Eduard Limonov.

E) Partidos fascistas transitorios: esto es, partidos tradicionales de la derecha clásica o liberales que pueden adoptar temporalmente actitudes o discursos de corte fascista. No debe confundirse este grupo con el sentido que Enzo Traverso le da al posfascismo en general: una especie de fascismo descafeinado en busca de una consolidación ideológica que podría desembocar en neofascismo[3] —aunque en algunos casos ha sucedido al revés, como en el del Frente Nacional francés o del Movimiento por una Hungría Mejor (Jobbik)—. En esta categoría se inscriben aquellos partidos clásicos de la derecha, el centro e incluso la izquierda que pueden adoptar temporalmente un discurso fascista, o con partes de él.

F) Despolitizados hacia la ultraderecha: grupos reivindicativos, resistentes o rebeldes, pero siempre combativos, suficientemente extensos en cuanto a número, que representan a grupos sociales reconocibles por problemáticas concretas, y que dicen no poseer ideología ni liderazgo aparente. La coordinación de sus acciones se suele efectuar a

través de redes sociales y su vida puede ser efímera tras un debut explosivo.

Es evidente que esta categorización no puede ser sino provisional, dada la fluidez que vive la nueva ultraderecha a todos los niveles, en espera de que su consolidación en regímenes concretos aporte modelos en firme, a partir de la transformación de los propios Estados, si es que esto llega a suceder. Pero sí que es posible —y conveniente— establecer una definición normativa como referente, alusiva al fascismo histórico.

Partiendo de los términos concretos y en líneas generales, en referencia al fenómeno de la ultraderecha que comenzó a experimentar un claro auge desde 2014, resulta difícil hablar de neofascismo o neonazismo en sentido estricto y menos aún de fascismo histórico «en conserva». No porque no exista. El ejemplo de Amanecer Dorado, en Grecia, resulta elocuente: ni siquiera ellos mismos intentan disimular cuál es su fuente de inspiración. Lo mismo se puede decir de Unión Nacional Rusa, de Pravi Sektor en Ucrania, del partido CasaPound Italia, del Movimiento Identitario internacional, de Vox en España, o de Jobbik en Hungría entre 2003 y 2014, a título de ejemplo[4]. Por otra parte, es de temer que los discursos y poses transgresoras de algunos movimientos, personajes o tendencias, en apariencia «sólo» iliberales, o iconoclastas desde el antisistema de ultraderecha, pueden cambiar considerablemente a partir del momento en que llegan al poder o se asientan en él. La misma presidencia de Trump, por ejemplo, tomó distancias con la parte más desenfadada de la *Alt Right* una vez que conquistó la Casa Blanca y se aplicó a firmar órdenes ejecutivas como aquella que bloqueaba la entrada en Estados Unidos a viajeros de países de mayoría musulmana, en febrero de 2017.

Por último, el desgaste del témino fascista, «el insulto político que más barato cotiza»[5], ha llegado a tal extremo que parece inservible para tomarlo como referencia comparativa, al menos si de lo que se trata es de categorizar a los movimientos o partidos neofascistas actuales. Esperar que de esos mismos partidos o movimientos surja una profesión de fe fascista no resulta realista. Desde que Mussolini proclamara que «el fascismo no era exportable», han sido muy escasos los partidos que han asumido esa definición de forma explícita; y cuando se ha hecho ha sido a cargo de formaciones marginales dentro del espectro político de sus respectivos países. Es el caso del Partido Fascista Ruso de Konstantin Rodzaevsky, confinado en Manchuria durante los años treinta del siglo XX y subvencionado por los japoneses; o la Organización Fascista Panrusa, radicada en Estados Unidos y liderada por Anastasy Vonsyatsky, por esos mismos años. Le Faisceau, de Georges Valois, tuvo una vida muy corta, como también *El Fascio* en España, en 1933 (del cual nacería poco después Falange). También existió una Comunidad Fascista Nacional en Checoslovaquia, entre 1928 y 1938. Por lo demás, aún existe el Partido Nazi Americano, fundado en 1959 en Virginia.

Y poco más, puesto que líderes y militantes de ese tipo de partidos son, ante todo, patriotas, y por ello consideran que sus respectivas formaciones —sean la Legión de San Miguel Arcángel, Falange Española, Jobbik, la Liga Republicana argentina o la Unión Nacional Flamenca— son esencialmente nacionales y por ello no copian de modelos extranjeros. «No somos fascistas», a pesar de las camisas de colores, los correajes, los saludos con el brazo tendido y las formaciones paramilitares. Se trata de «símbolos externos», dirían, a veces en tono de advertencia, que se les dedican al desconcertado observador.

Por lo tanto, es importante partir de alguna referencia teórica, y la más ajustada que manejamos es la que ideó en 1984[6] el profesor Enrique Ucelay Da Cal, por entonces en la Universitat Autònoma de Barcelona[7]. La propuesta partía de un clásico: las *Lecciones sobre el fascismo* de Palmiro Togliatti y más específicamente, de un párrafo en la introducción del libro:

> Yo les prevengo contra la tendencia a considerar la ideología fascista como algo netamente constituido, acabado, homogéneo. Nada como la ideología fascista se asemeja a un camaleón. No consideren ustedes a la ideología fascista sin ver el objetivo que el fascismo se proponía de unirse en algún determinado momento con esa determinada ideología[8].

Así que el primer rasgo del discurso del fascismo histórico era su capacidad altamente adaptativa: al medio social, a la situación coyuntural, incluso al discurso de sus adversarios y competidores. Entendiéndose como discurso fascista no sólo el verbal, sino también el simbólico y gestual, que podían ser camaleónicos, amébicos, proteicos. En base a ello, resulta impropio hablar de un «fascismo religioso», «obrerista», «izquierdista», etc. El discurso fascista podía adoptar en un momento u otro ese tipo de matices por necesidades tácticas o porque se estaba utilizando en un determinado medio social.

Derivándose de ello, en segundo lugar, podía ocurrir que un partido fuera fascista de principio a fin, desde su fundación a su desaparición. Pero en la mayoría de los casos no había sido así. El fascismo podía «infiltrar» o «teñir» a cualquier partido o movimiento político en un momento dado, de forma transitoria y en intensidades diversas. Por lo tanto, el fascismo podía ser (y solía ser) una opción pasajera para un movimiento o partido previamente constituido con otras tendencias ideológicas. Esta peculiaridad resulta particularmente útil para entender la evolución del fenómeno en la actualidad.

A partir de las dos puntualizaciones enunciadas, el fascismo podría definirse en base a los siguientes tres puntos:

- Es una forma de nacionalismo exaltado pero entendida de forma eminentemente restrictiva. Esto quiere decir que la autoafirmación del sentimiento patriótico excluye por principio incluso al resto de las formaciones políticas nacionalistas o, aun, al resto de los sectores de la población. En este nacionalismo exaltado restrictivo entra un componente combativo, con gran incidencia en los símbolos y rituales, que juegan un importante papel en la autoafirmación del grupo.
- El fascismo muestra una clara tendencia al militarismo, tanto a nivel organizativo como táctico. Es decir, busca soluciones de corte militar para problemas políticos característicos de la sociedad civil. El fin último de la lucha política serán las soluciones autoritarias.
- En el discurso fascista siempre está presente la necesidad de destruir a un hipotético enemigo interior como amenaza para la supervivencia nacional o del grupo. Es una preocupación básica. Puede venir acompañada de propuestas de expansión exterior.

Esta categorización cubre los movimientos y partidos fascistas de la primera generación, esto es, desde los años veinte a los cuarenta e incluso cincuenta del siglo XX. El Partido Nacional Fascista italiano o el Partido Nacionalsocialista Alemán en sus diversas épocas quedan perfilados, pero también el Movimiento Lapua finlandés —que luchaba contra los comunistas pero también contra la minoría sueca— o el Movimiento Nacional Yugoslavo como

partido temporalmente fascistizado en su deriva de colaboracionista con la ocupación alemana de Serbia, por ejemplo; o la Guardia Nacional irlandesa; o más propiamente, el Fine Gael cuando en 1933 absorbió a los «camisas azules» de la Guardia.

Enmiendas al canon

A ochenta años vista —y alguno más—, el fenómeno fascista parece haber variado considerablemente, pero a veces sólo nos encontramos con un juego de espejos o de camaleonismos más o menos interesados. Es como si hubiera crecido desmesuradamente la subcategoría de los «fascismos transitorios», mezclándose con la mera transgresión o la simple xenofobia y el supremacismo más tradicionales.

Hay varias razones para entender esto. En primer lugar, que a la altura de 2017-2018 no existía todavía un régimen abiertamente neofascista, consolidado y modélico en su especie que sirviera de referencia. El presidente Trump podía ser catalogado de ultramontano, prototípico de la derecha alternativa o incluso con tics neofascistas, pero el régimen político estadounidense en su conjunto no lo era, ni él mismo venía respaldado por un partido de tal tipo. El fascismo no se reduce a la personalidad de un líder político, como argumenta Traverso[9]. De esa forma, el régimen estadounidense contenía la labor política del jefe del Estado. Lo mismo sucedía con el denominado «gobierno Salvini» en Italia (gobierno Conte), primera expresión tangible en Occidente de una ultraderecha en el poder aunque en base a la fórmula de alianza extravagante, pero no la continuación del Estado mussoliniano. La Hungría de Viktor Orbán y la Polonia del ultraconservador partido PiS (*Prawo i Sprawiedliwość*, Ley y Justicia) de momento

entran más en la categoría de gobiernos iliberales en camino de ser autoritarios, que propiamente de fascistas, aunque el ejecutivo magiar se puede ubicar entre aquellos que han sufrido procesos de fascistización más o menos temporales en interacción con el peso de Jobbik *(Jobbik Magyarországért Mozgalom* o Movimiento por una Hungría Mejor), partido político que llegó a contar con su propio brazo paramilitar (la Guardia Húngara, plenamente estructurada, aunque disuelta en 2009 por orden judicial).

En segundo lugar, el legado del pasado es demasiado incómodo para cualquier intento de restablecer continuidades directas con los regímenes mussoliniano y hitleriano. Un buen ejemplo de ello lo podemos encontrar en el caso de la «bandera de Wirmer», utilizada como enseña radical, junto a la bandera constitucional republicana, en las manifestaciones de PEGIDA (*Patriotische Europäer gegen die Islamisierung des Abendlandes* o Patriotas Europeos contra la Islamización de Occidente) en Dresde en 2015, Alternativa por Alemania (AfD) o incluso otros grupos ultras germanos menores, como el Movimiento Ciudadano pro Renania del Norte-Westfalia, Deutsches Kolleg u Hogesa. La mencionada enseña fue ideada por Josef Wirmer, jurista y miembro de la resistencia antihitleriana, siendo uno de los implicados en el atentado contra Adolf Hitler el 20 de julio de 1944 (la célebre Operación Valquiria). La idea era utilizar los colores de la bandera republicana (negro, rojo y amarillo) combinados en una enseña que se basaba en la denominada Cruz de San Olaf, la misma que se encuentra en las banderas nacionales escandinavas. Por otra parte, era también el esquema de la Marina Imperial de Guerra en el Segundo Reich, en el que se había inspirado la enseña de guerra del Tercer Reich, que sustituía el águila imperial por la cruz gamada.

La bandera de Wirmer era la que debía utilizar el nuevo régimen alemán —de haberse conseguido el derrocamiento de Hitler— compuesto mayoritariamente por militares que rechazaban la enseña republicana clásica por haber sido la de la República de Weimar. Y aunque después de la guerra partidos de la derecha democrática alemana, como la CDU, CSU y el Partido Alemán, propusieron recurrir a la bandera de Wirmer, no encontraron apoyo mayoritario en el Consejo Parlamentario, volviéndose a la enseña tradicional republicana.

Aunque hoy en día la prensa democrática alemana ha mostrado su disgusto por la utilización de la bandera de Wirmer en algunas manifestaciones de ultraderecha, señalando el supuesto desconocimiento del símbolo que parecen mostrar dichas fuerzas políticas[10], lo cierto es que caben pocas dudas del cálculo que encierra esa iniciativa. La bandera contiene referencias simbólicas a la tradición cultural nórdica, se asemeja al pendón de combate de la Marina Imperial —antiguo símbolo ultra ya legalmente prohibido— y tiene la ventaja adicional de que marca distancias con la tradición ultra alemana afín al nazismo a partir del recuerdo de su origen en el fracasado golpe contra Hitler, que daría paso a un gobierno que, al menos inicialmente, no hubiera podido ser democrático.

La maniobra de romper con los modelos del pasado o difuminarlos todo lo posible es clave para entender el éxito electoral de la nueva ultraderecha europea, lo cual incluye el posfascismo. Existen muchos ejemplos similares. Ya se explicó la inclusión en AfD del grupo de interés federal de homosexuales y del protagonismo de figuras de esa tendencia en el partido, asumido todo ello con naturalidad. Lo mismo sucede con la creación de una plataforma judía en el seno de ese partido, compuesto por diecinueve militantes de esa religión que estudian el problema de la

inmigración musulmana en Alemania, el cual, a su juicio, es básicamente antisemita. Ello hace de AfD, en opinión de Wolfgang Fuhl, representante de esa plataforma, «un partido sumamente proisraelí, el que más en el Parlamento alemán»[11]. Por supuesto, este tipo de gestos y los golpes de pecho reclamando para sí actitudes exquisitamente democráticas, cosechan resultados. «¿Es realmente Alternativa por Alemania un partido racista, homófobo e islamófobo?», se preguntaba el autor de un blog simpatizante con esa corriente de ideas, recordando que AfD tenía a un negro africano entre sus concejales (Achille Demagbo)[12], o incluso a musulmanes, como la kurda Leyla Bilge, mientras que entre sus nuevos votantes se contaban excomunistas del partido alternativo Die Linke[13].

Esa era la misma estrategia que inspiraba al cómico Dieudonné, francés de origen camerunés, a reclamar libertad de expresión para cantar la Shoananás y burlarse del Holocausto como una invención, algo prohibido por ley en Francia; o como excusa de algunos usuarios ultras de 4chan para desencadenar ataques masivos contra redes sociales. La estrategia pasivo-agresiva del nuevo ultranacionalismo, enfatizando el victimismo[14], se envuelve hoy en la tendencia a participar de la democracia y el Estado de derecho, para terminar imponiendo estructuras iliberales o discutiendo derechos humanos a la primera oportunidad.

Llegado el momento de enfrentarnos al dilema de cómo catalogar a los diferentes movimientos y partidos que denominamos ultranacionalistas, derecha dura, nacionalistas radicales, *nazbols* o derecha alternativa, la respuesta es relativamente sencilla: son fascistas aquellos cuya dinámica encaja en la descripción ofrecida más arriba en tres puntos y dos condiciones generales. No lo son si no cumplen uno o varios de los requisitos, y entonces les

cuadra más alguna de las denominaciones usuales. Con una consideración importante: en nuestros días, algunos rasgos específicos asociados al fascismo y nazismo históricos han de ser actualizados y situados en el contexto de la Posguerra Fría. El peso del contexto es ciertamente importante[15].

Primero, porque se han sucedido al menos dos generaciones ideológicas que han redefinido propuestas centrales, como ya se vio. En segundo lugar, porque el precedente de la oleada ultra actual, que se observa en la Europa del Este de las transiciones poscomunistas, se desarrolla en un contexto de implantación de la democracia liberal, y no, como en el caso de los fascismos históricos, de crisis de los sistemas parlamentarios[16]. Tercero, porque desde comienzos del siglo XXI se ha estado viviendo una nueva reactualización.

Así, se ha dicho muy a menudo que el antisemitismo ha sido sustituido por la islamofobia. Y eso hasta el punto de provocar escenas sociopolíticas muy curiosas. Por ejemplo, la admiración por todo lo israelí que profesan muchos militantes de partidos de ultraderecha en Europa y Estados Unidos. Tal es el caso del partido flamenco Vlaams Belang, hasta el punto de que un porcentaje creciente de los judíos de Amberes, ligados a la talla y comercialización de los diamantes, se acercaron a ese partido y lo apoyaron por temor a la supuesta influencia de la inmigración musulmana[17]. Sin embargo, continúan abundando los partidos y figuras antijudías, como es el caso de Dieudonné, o varios de los partidos neofascistas rusos, entre otros muchos ejemplos posibles. Por lo tanto, a la altura de 2017-2018 el enemigo interior puede ser tan diverso como lo era casi hace un siglo: abarca desde el inmigrante a las consabidas minorías nacionales o religiosas molestas. Así, el Movimiento Identitario, que une ideas de la *Nouvelle*

Droite con el nazismo y fascismo históricos y la *Alt Right,* y se extiende por Europa y Estados Unidos, es supremacista blanco e islamófobo.

Ahora bien, el fascismo histórico incluía una forma de movilización y acción directa callejera muy claramente relacionada con la recién concluida Primera Guerra Mundial. Desde la influencia que los militares llegan a tener en la política durante la contienda hasta la movilización para la guerra total y la supervivencia de los países al anecdotario: las camisas negras que eran las de las tropas de asalto italianas (los *arditi)* o las camisas pardas que eran remanentes de los uniformes de las tropas coloniales alemanas, que dejaron de existir tras perderse las colonias en 1918.

La Guerra Fría nunca llegó a desembocar en la Tercera Guerra Mundial, y, por ello, su final inmediato no trajo la pervivencia de actitudes políticas militarizadas hasta que no estallaron las guerras de la ex Yugoslavia. Mientras tanto, el deporte de masas, superpotenciado por la televisión, sí aportaba referencias nacionalistas —incluso localistas—, el recuerdo, pero también el hábito de los rituales de enfrentamiento indirecto y «frío», la emoción inocua de una actividad pacífica y constructiva —en principio lo importante era participar— y la cantera de los nuevos héroes populares; todo ello, en el contexto de la globalización. De este modo, el deporte de competición internacional —baloncesto, balonmano, natación, boxeo, hockey, atletismo, gimnasia, pero sobre todo fútbol— proveyó de modelos de movilización callejera o de encuadramiento, incluyendo un cierto trasfondo de actitud pasivo-agresiva muy característica del discurso propio del moderno ultranacionalismo. Así que al menos parte del antiguo lenguaje militarizado parece haberse reconvertido en terminología o, más bien, actitudes extraídas del mundo

del deporte, incluyendo la ostentación de vestimentas como señas de identidad o encuadramiento.

Pero, sobre todo, la actitud hacia el enemigo interior sigue siendo muy definitoria del moderno neofascismo. Es importante subrayar que este tipo de ideología política deja bien claro quiénes son sus enemigos —no simples adversarios—, comenzando por la exclusión y el ninguneo y continuando con el bloqueo y la expulsión o incluso destrucción. Los líderes y militantes asumen que ellos son los verdaderos depositarios y defensores de la esencia nacional, mientras que los otros partidos son formaciones incapaces de cumplir con el programa nacional hasta sus últimas y necesarias consecuencias o incluso traidores, saboteadores o corruptos.

Esa actitud, característica en los partidos y movimientos del fascismo histórico, continuaba vigente en los años de la Posguerra Fría y la Gran Recesión. El enemigo interior podía continuar siendo el judío en algunos países, pero con el tiempo se concretó en el inmigrante, y, especialmente, a partir de los atentados del 11-S de 2001, en el musulmán. La islamofobia llegaba hasta el punto de imaginar un programa encubierto de transformación social e invasión silente por parte de los inmigrantes convertidos en fuerza regenerada gracias a su potencia reproductiva. Esto es, la teoría conspirativa del proyecto Eurabia.

Con todo, el enemigo interior puede ser parte de la propia población: minorías nacionales, lingüísticas o raciales, indigentes o grupos de opinión pueden ser denunciados como un peligro para la supervivencia nacional, minorías corruptoras o «invasoras». Los antiguos comunistas y ultraizquierda desempeñan hoy en día un papel menor como amenaza debido a la progresiva desactivación de la izquierda, pero también por la

reutilización de su dialéctica por la nueva ultraderecha e incluso su parasitación tacticista.

Así que, actualizando conceptos y conductas, podemos comprobar que no se han producido tantas desviaciones con respecto al modelo original del fascismo histórico, aunque sí adaptaciones de conducta debidas al contexto del periodo 1991-2018, que es diferente al de 1918-1939. Esto es a diferencia de lo que sucedió tras el final de la Primera Guerra Mundial, el neofascismo que cobra forma a partir de 1991 surge del final de una guerra literalmente «fría», que no alcanzó directamente al centro del sistema (Estados Unidos, Unión Soviética, Europa) o que no llegó a generar una Tercera Guerra Mundial. Eso implica nuevos comportamientos adaptados a los nuevos tiempos.

Y sobre todo, y muy especialmente, una diferenciación crucial: a partir de 1919, el naciente fascismo intentaba combatir a una nueva izquierda comunista que había triunfado en Rusia y parecía capaz de extenderse desde allí al resto del mundo. Setenta años más tarde, en la Posguerra Fría, la nueva ultraderecha buscará sustituir a esa misma izquierda que para entonces ya había fracasado. Es una de las grandes paradojas de la Historia contemporánea, unida al hecho de que, en el fondo, el enemigo sigue siendo el mismo para el ultranacionalismo: las amenazas internacionales, cosmopolitas, contra el marco nacional, la lucha contra la Revolución bolchevique internacionalista de 1917 y contra la globalización triunfante de 1991.

A lo largo de los treinta años que seguirán, esa nueva ultraderecha no terminará de consolidarse en un modelo claro, porque la empresa de sustituir a la derrotada izquierda radical no es tarea fácil, dado que el resultado será, una y otra vez, una izquierda ortopédica o postiza que, por ende, no termina de alcanzar plenamente el poder

en ningún país. Y esto es así por varias razones, de las cuales entresacamos dos. Una de ellas es su propia limitación ideológica y programática. La indignación patriótica no es suficiente para gobernar una sociedad de comienzos del siglo XXI, que está inmersa en una globalización realmente existente y trabada por complejos mecanismos e intereses interactivos. Para muestra elocuente, las dificultades para hacer del Brexit una operación de la cual el Reino Unido vaya a sacar ventajas palpables para el conjunto de la ciudadanía que lo votó y cuyo mantenimiento contra viento y marea es presentado por algunos autores como una forma específica de «sadopopulismo» británico[18].

En segundo lugar, debe considerarse que la nueva ultraderecha, al distanciarse del pasado histórico, intenta maniobrar en los sistemas parlamentarios; incluso entrando en coaliciones de gobierno con otros partidos. Por ello, desde 1991, y sobre todo ya entrado el siglo XXI, en plena oleada de crecimiento de la nueva ultraderecha, las formaciones de ese signo tienden a mantenerse en el centro del sistema, en los Parlamentos como partidos democráticos que reclaman libertad de expresión e incluso hacen rendidas profesiones de fe democrática para legitimar su discurso.

Las políticas parlamentarias, de pactos y apoyos, les confieren un amplio y cómodo margen de maniobra, que se potencia con la cobertura del paraguas populista, el cual no es una ideología política articulada, sino una actitud; y sobre todo un lenguaje, en eficaz definición del profesor Ferran Sáez Mateu:

> Entendemos el populismo como un lenguaje pseudoprogramático y pseudoideológico centrado en un sujeto inconcreto denominado «pueblo», que se contrapone a unas «élites» igualmente indefinidas. En la modulación de este antagonismo, el referente de la racionalidad política suele quedar en

un segundo plano, y es sustituido a menudo por consideraciones de carácter emocional en el contexto de la cultura de masas[19].

El recurso de referirse a los partidos ultras (de derecha o izquierda) como «populistas» no es sino una cortina de humo que difumina sus perfiles y normaliza su discurso. Con el tiempo se convierten en un actor cotidiano en los parlamentos, incluso en las calles, y al final ya no se les percibe ni siquiera como «tan radicales». Sobre todo, si esos partidos no son unos recién llegados, forman parte del patrimonio histórico del país y están experimentando un pasajero «proceso de fascistización». Precisamente, y dado el crecimiento de la oleada ultranacionalista a escala mundial de comienzos del siglo XXI, con la variedad aparente que ello supone, menudean los partidos históricos que viven ese proceso de fascistización durante periodos más largos que en el interludio bélico de 1919-1939 y que no terminan de desarrollar un perfil claramente neofascista o incluso se apean de él como hizo Jobbik en Hungría.

Además, esos partidos ultras parlamentarios sobreviven, o incluso crecen, en las cámaras como actores clave, basándose en pactos, alianzas y apoyos de legislatura, aunque a veces cuenten sólo con un escaso número de escaños. La crisis de los partidos mayoritarios tradicionales y los bipartidismos en muchas cámaras legislativas ha favorecido esta situación. Algo así se ha podido estudiar a lo largo de los años en el habitualmente fragmentado Parlamento israelí (el Knesset), con el protagonismo puntual de los votos de formaciones como la ultra ortodoxa Shas, Judaísmo Unido de la Biblia o Israel Beitenu. El ambiente sociopolítico ultra se puede diversificar con la contribución de una cultura juvenil nacionalrevolucionaria más o menos transgresora, en los foros, en las universidades y centros escolares o en la calle, o un líder fuerte en la presidencia. En este ambiente, la presión

contra la oposición es muy fuerte, avasalladora y se puede desencadenar de formas diversas que van desde la violencia directa a la coerción o la muerte cívica. La subordinación del poder judicial al ejecutivo, una tendencia ya identificada por Poulantzas como característica del fascismo[20] y que se observa en diversos países europeos, comenzando por Polonia, el ejercicio iliberal de la administración contra las minorías —algo ya vivido con los «borrados» eslovenos o con las restricciones a los ciudadanos de origen ruso en los Países Bálticos— forman parte de un amplio arsenal de medidas coaccionadoras que no siempre se clasifican como violencia y no son fáciles de contrarrestar desde Bruselas. Las plataformas denominadas «cívicas» de acción al servicio vertical de un partido o partidos, o incluso de gobiernos, movilizan a las masas o mantienen la consistencia y sostén de los simpatizantes, ganan apoyos o controlan el territorio y señalan a los adversarios, cumplen con labores logísticas y administran las ayudas económicas, pero no se someten al escrutinio público, no son votadas y no tienen que rendir cuentas en los parlamentos, y son financiadas por fondos opacos. O, cuando menos, no públicos.

En ocasiones, casi parece que se pueda hablar de un discurso de «fascismo cívico», que moviliza a la ciudadanía a través de la exaltación deportiva en sus diversas formas, que apenas recurre a la violencia directa —aunque sí a la intimidación—, que incluso tiene de su lado, aunque sea de forma pasiva, a las fuerzas del orden público. En realidad, el ultranacionalismo o incluso el neofascismo, llegan a imponerse de forma tan unánime en las sociedades que se manifiestan como la misma expresión esencial y natural del orden, por lo que la oposición deja de presentarse como constructiva. Desde 2018, ello se complementa con la unanimidad internacional, dado que los mayores estados

del mundo, o los más poderosos, poseen regímenes crecientemente iliberales y presididos por hombres fuertes[21]: Estados Unidos de Trump, la Rusia de Putin, la China de Xi Jinping, la Turquía de Erdoğan, la Arabia Saudita del príncipe bin Salman, las Filipinas de Duterte, la India de Modi o el Brasil de Bolsonaro. El escenario parece indicar el retorno del cesarismo, que pugna por tener sus propios aliados y zonas de influencia, y maniobra, subvenciona y presiona en terceros países extendiendo la mancha de aceite. No es de extrañar que en las encuestas crezcan los partidarios de las soluciones de fuerza, incluso de los regímenes militares. A la altura de 1995 en Estados Unidos, por término medio, uno de cada dieciséis jóvenes consideraba, que un gobierno de corte militar era una solución política aceptable. En 2016 esa proporción ya era de uno cada seis. En Europa, esa idea goza de mayor popularidad que hace unos años en países como Alemania, Suecia y Reino Unido[22].

Ahora cabrá comprobar si la «normalización» o «cotidianeidad» que están alcanzando en la política internacional lo es hasta el punto de plantear retornos de la Historia. Ese es precisamente el miedo que alienta en el subconsciente colectivo, como si el auge de los ultranacionalismos y los neofascismos tuviera que repetir la experiencia histórica de los años treinta del siglo pasado, con su 1933 y su 1939 incluidos. Esto no tiene por qué ser forzosamente así, de la misma forma que no se repitió ningún otro octubre de 1917 con las consecuencias que tuvo para el resto del mundo, y la República Popular China —el ejemplo que más se le acerca, por alumbrar la segunda potencia comunista del mundo— tuvo una deriva inesperada, muy diferente a la de la Unión Soviética, a partir de 1991. Bien entrado el siglo XXI no se descarta alguna forma de encontronazo entre la República Popular

China y Estados Unidos en Extremo Oriente, de la misma forma que son posibles otros choques entre potencias sin perfiles ideológicos tan marcados. Eso ha sido una constante entre las grandes potencias desde que el mundo es mundo. Pero, en cualquier caso, la China comunista capitalista de Xi Jinping no exporta la revolución ni busca una transformación política y social global como la que acariciaban Lenin y Trotski en 1917.

El concepto de posfascismo

Algo similar ha sucedido con el fascismo. A partir de las bases del fascismo histórico —todavía vigentes en muchos grupos y partidos, como señalamos—, añadiendo los cambios y evoluciones de las segunda y tercera generaciones —desde las aportaciones de Jean Thiriart y Alain de Benoist en la *Nouvelle Droite*— y asumiendo la normalidad institucional de la democracia liberal, parece haberse llegado a un nuevo concepto, que el filósofo transilvano Gáspár Miklós Tamás denomina «posfascismo» desde principios del siglo en curso y define de la siguiente manera[23]:

> He acuñado el término posfascismo para describir un conjunto de políticas, prácticas, rutinas e ideologías que se pueden observar en todo el mundo contemporáneo. Sin recurrir nunca a un golpe de Estado, estas prácticas amenazan a nuestras comunidades. Encuentran fácilmente su nicho en el nuevo capitalismo global, sin alterar las formas políticas dominantes de la democracia electoral y el gobierno representativo. Excepto en Europa central, tienen poco o nada que ver con el legado del nazismo. No son totalitarios; no del todo revolucionarios; no se basan en movimientos de masas violentos o filosofías irracionalistas, voluntaristas. Tampoco están jugando, ni en broma, con el anticapitalismo.
>
> Debería definir a qué me refiero con el término «posfascista». Tomo el término «fascismo» para referirme a una ruptura con la tradición ilustrada de la ciudadanía como un derecho universal; es decir, con su asimilación de la condición cívica a la condición humana.

Por lo tanto, a partir de una interpretación muy amplia del concepto fascista —aunque no posmoderna y culturalista[24]—. Tamás sugiere que el posfascismo implica una fascistización generalizada de la sociedad neoliberal debido a varios fenómenos concurrentes que deterioran la condición cívica en los países socialmente más avanzados. En primer lugar, porque la misma globalización, en vez de reforzar y extender el concepto de ciudadanía, con todos sus derechos universales asociados, genera bolsas de inmigración que se convierten en el enemigo interior. Paradójicamente, esa aglomeración de personas se desplaza masivamente debido al libre mercado de trabajo, a escala planetaria, que inaugura precisamente el neoliberalismo victorioso tras el final de la Guerra Fría. También a partir de 1991, los cambios de fronteras en Europa del Este generan nuevos problemas de minorías, desde Yugoslavia a los Países Bálticos, en Asia Central postsoviética o el en Cáucaso. En realidad, Tamás amplía el significado del concepto: «La pérdida de la legitimidad de los regímenes de socialismo de Estado y nacionalistas del tercer mundo ha dejado sólo fundamentos raciales, étnicos y denominacionales para una afirmación de "formación estatal"»[25], lo cual se hace extensivo no sólo a la Europa postsoviética, sino también a Etiopía-Eritrea, Sudán y otros muchos lugares de África, que tuvo como una de sus consecuencias el desencadenamiento de uno de los grandes genocidios del siglo XX, el de Ruanda en 1994. Mientras tanto, siempre según este autor, la propensión de la Unión Europea a debilitar el Estado-nación a favor del regionalismo ha etnificado la rivalidad y desigualdad territorial: flamencos contra valones en Bélgica, Norte contra Sur en Italia, Escocia contra Inglaterra, división social de Cataluña en líneas nacionalistas, Bretaña contra Normandía.

Eso lleva a que millones de personas en todo el mundo, empezando por el centro más hiperdesarrollado, no tengan derechos o vivan una ciudadanía deteriorada por las limitaciones de gobiernos de Estados-nación o regiones. De hecho, los ataques contra los sistemas de bienestar igualitarios, las estrategias y acciones de reafirmación identitarias o las actitudes vigilantistas poseen un trasfondo racial o etnicista[26].

Pero todo ello depende de un marco genérico, el que provee el capitalismo de la era global, desbordando a los gobiernos nacionales, que apenas poseen margen para tomar decisiones realmente soberanas. Tampoco tienen el control real de todo el presupuesto, sino sólo de una parte que, de hecho, está controlado por intereses financieros: «La globalización no conlleva ningún tipo de obligación. El capital global no construye carreteras. (…) Todo es a distancia. Los gobiernos no están involucrados»[27]. Y lo que es peor, los Estados posfascistas están gestionados cada vez más por un número menor de responsables directos que gobiernan a la ciudadanía; y en un segundo círculo, una población de ciudadanos de segunda o tercera categoría, administrados por decretos más o menos arbitrarios. En esta distribución, la «segunda nación» apenas es percibida desde la primera.

Cuando Tamás publicó su texto, la Gran Recesión aún quedaba lejana, las promesas del neoliberalismo en la Posguerra Fría estaban frescas y eran recientes las protestas de Seattle contra la cumbre de la Organización Mundial del Comercio. Por entonces, aún no era dado imaginar que el ultranacionalismo crecería en Europa occidental y Estados Unidos como lo hizo a partir de 2010, aunque resultaba patente que en la Rusia postsoviética y en los países del antiguo bloque del Este sí era una realidad, algo de lo cual este autor era bien consciente

como ciudadano húngaro e integrante de una minoría étnica muy combativa contra el gobierno rumano.

En conjunto, lo que viene sucediendo tiene su origen en la propia evolución del sistema neoliberal globalizador, triunfante tras la Guerra Fría, de las crisis sufridas en 1991 y 2008-2010, de la parálisis de la izquierda socialista, de los errores en la reconfiguración de Oriente Medio o incluso del desarrollo de una situación posfascista, como ha descrito Tamás. Lógicamente, cualquiera de las causas del fenómeno interactúa con las demás. A ello contribuiría, por ende, la dinámica por la cual salen favorecidas las regiones en el proceso de integración europeo, con la consiguiente tendencia a generar un complicado juego de «desintegración antes de la agregación», como ya vimos en Yugoslavia. Lo cual también se puede estudiar en Bélgica e Italia, donde partidos regionalistas, independentistas, incluso ultranacionalistas han terminado gobernando a todo el Estado a través de gobiernos de coalición en los que tienen la mayoría.

El concepto de posfascismo también enlaza y encaja con la evolución del neofascismo a partir de la *Nouvelle Droite* y la perversión que se hace en ella del concepto gramsciano de hegemonía cultural, al desposeerlo de la cultura de clase que contenía la idea original. Así, en países como Hungría «hoy en día ya no existe un nacionalismo clásico, sino un etnicismo. En las actuales sociedades posfascistas, y casi todas lo son, la ciudadanía no se puede diferenciar de la etnia, que se llama de forma tímida cultura mayoritaria»[28].

Una afirmación que enlaza con la de Traverso en el sentido de que en el posfascimo actual, el eje del nacionalismo se desplazó de la «nación» en el sentido tradicional, a la «identidad nacional», lo que para este autor ayuda a entender la operación de Salvini: «En Italia

la xenofobia identitaria de la extrema derecha a menudo fue antinacional», pero «en un intento por modificar la situación, Matteo Salvini se alía con los neofascistas y suplanta su originario rechazo por los italianos del sur con la xenofobia [contra la inmigración]»[29].

Sin embargo, las consideraciones de Enzo Traverso en su larga entrevista con Régis Meyran poseían dos limitaciones: a) no contaba con la realidad brutal de la ultraderecha armada en el Este de Europa y Rusia, que ha influido en el resto del continente; b) la Liga de Salvini no había llegado al poder en Roma bajo el gobierno Conte. Una parte de sus valoraciones sobre el posfascismo se referían el Frente Nacional de Marine Le Pen, que es un ejemplo especialmente sofisticado de esa tendencia. En realidad, si algo nos enseñan los últimos treinta años es que tomar como ejemplo la evolución de los modelos más refinados (o «civilizados») del fascismo europeo puede dar lugar a conclusiones tan desenfocadas como las que se obtenían en 1934 al considerar como referente del fascimo europeo a Acción Francesa. Sí es cierto que «la principal característica del posfascismo radica en una coexistencia contradictoria entre la herencia del fascismo antiguo y el injerto de nuevos elementos que no pertenecen a su tradición»[30], pero ya es más dudoso considerar que en la actualidad no existe una continuidad ideológica entre el posfascismo y el fascismo clásico[31].

Los mecanismos modernos y hasta lúdicos de movilización social del posfascismo, las indignadas reclamaciones de libertad de expresión, la afirmación de que ellos son los más nacionalistas, los únicos; los más demócratas, los verdaderos; la reafirmación desacomplejada de posiciones ultras; los juegos de manos con ideas de la izquierda: todo ello parece transformarse, especialmente en el Este de Europa cuando esos partidos

posfascistas aparentemente tan novedosos y alternativos, tan simplemente «populistas», llegan al poder. En palabras de Tamás referidas a su propio país, Hungría, hace tan sólo tres años: «Según los últimos sondeos, un 79% de la población húngara cree que los refugiados deben ser controlados duramente y rechazados de forma rápida. A pesar de la miserable situación socioeconómica que atraviesa Hungría, la popularidad del Gobierno es inmensa»[32]. Y eso teniendo en cuenta que precisamente en ese país la memoria histórica está empapada con los crímenes del régimen de la Cruz Flechada, aliado del Tercer Reich en la Segunda Guerra Mundial, y que uno de los monumentos de visita obligada en Budapest es el memorial a los 20.000 judíos asesinados en las riberas del Danubio en pocos días («Los zapatos», por Gyula Pauer y Can Togay, 2005).

Por todo ello, la idea subyacente a este trabajo ha sido la de evitar las clasificaciones entomológicas de partidos como fascistas o no fascistas, o de aquellos que lo son en mayor o menor grado, que siempre presentan el riesgo de terminar convirtiéndose en listas negras en las cuales se atribuye a tal o cual partido lo que se supone es su cuota de extremismo de ese tipo. Tampoco es cuestión de crear categorías para encajar los perfiles, desde fascismo clásico a fascismo antifascista, pasando por el posfascismo o el neofascismo en sus variantes posmodernas. De lo que se trata es más bien de describir y analizar las fenomenologías e interacciones que conforman un ecosistema político y social en el cual determinados partidos y líderes generan amplias corrientes de opinión, discursos y actitudes que a su vez retroalimentan la reconfiguración de formaciones y dirigentes. Es en esos circuitos donde se inserta el fascismo —llámesele neofascismo o posfascismo— que el ciudadano

debe aprender a detectar por su cuenta sin necesidad de recurrir a los correspondientes ficheros.

Influencias exteriores y realidades interiores

En la expansión de la actual oleada de posfascimo, neofascismo y ultranacionalismo, la responsabilidad no es de un país determinado. Ni tampoco de la utilización de técnicas mefistofélicas de ingeniería social a través de las redes. Resulta más que evidente que Rusia está llevando a cabo una fuerte ofensiva de influencia política en Europa y América, pero Moscú no es la mano que mueve los hilos de una gigantesca conspiración a escala global. Si fuera así, no se entendería el «choque de fascismos» que se produjo en Ucrania durante la guerra del Donbass, que generó un cisma ultra a escala internacional entre pro-occidentales y pro-rusos. De otra parte, las redes sociales han ayudado a transformaciones revolucionarias en las formas de concebir la comunicación interpersonal y la adquisición de información, lo cual ha acelerado la progresión de la investigación científica, el mercado global, las migraciones y hasta el crimen organizado. Pero de momento no existe un poder que posea el control de esa red hasta el punto de provocar cambios políticos a escala planetaria. En cambio, sí es cierto que las poblaciones reaccionan a las grandes crisis, en sus respectivos países, con recursos y actitudes políticas parecidas. Más, si cabe, en un mundo plenamente globalizado.

Desde 1991 se han producido dos grandes «erupciones» de ultranacionalismo o neofascismo basadas en sendas convulsiones sistémicas de alcance mundial: a) la oleada de 1991 en adelante, en Europa del Este y exrepúblicas soviéticas; b) la oleada de 2010 en adelante, en Europa occidental y América. Al final ambas han terminado por

confluir y generar un fenómeno multiforme, que mantiene complejas interacciones internas.

Esta situación se ve favorecida por el hecho de que la izquierda política no logra reaccionar ante esas dos grandes crisis, profundamente afectada por ellas. No lo puede hacer la izquierda marxista histórica, que a partir de 1991 queda desarbolada por la quiebra del modelo soviético. Esa quiebra se refuerza por la distorsión del modelo chino que, de todas formas, se considera muy lejano al mundo occidental. A continuación, la socialdemocracia queda tocada por efecto de la Gran Recesión, puesto que a diferencia de lo sucedido en los choques petrolíferos de los años setenta del siglo XX, en 2008 el Estado del bienestar estaba siendo desmontado y la capacidad de subsistencia en la adversidad de las poblaciones europeas estaba erosionada.

Es importante considerar que si bien los conceptos políticos son nuevos —y eso hasta cierto punto—, los fenómenos sociales que los sustentan no lo son tanto. En la década de los noventa del siglo XX mucha gente apostó por abrir pequeños negocios, convertirse en «emprendedores», invertir en bolsa, cambiar de oficio; a eso se le denominó capitalismo popular e iba destinado a crear una nueva clase media con su propia cultura empresarial y rentista. Víctimas del entusiasmo generado por la publicidad, ya por entonces, muchos de ellos se arruinaron; en una serie de casos, por incapacidad personal para sacar adelante esas nuevas actividades y negocios. Otros perdieron su dinero —y hasta su vivienda— más tarde, durante la recesión de 2010. Hoy forman parte de la masa de perdedores que malviven como pueden. A ellos se les suma la riada de parados o «trabajadores pobres» que ha generado el progresivo desmantelamiento del Estado del bienestar y la seguridad social; es decir, los miles y miles de empleados y

funcionarios que trabajaban en esas plazas: hoy los hospitales públicos van cortos de médicos, las universidades públicas están llenas de contratados, los ministerios amortizan servicios. La misma imagen de la función pública se ha deteriorado, hasta el punto de que durante el reciente cierre de la administración en Estados Unidos (22 de diciembre de 2018), después de que republicanos y demócratas no llegaron a un acuerdo presupuestario en el Congreso, una parte de los 800.000 funcionarios afectados por el cierre hubieron de acudir a al caridad para subsisir o emplearse a tiempo parcial en minitrabajos —incluyendo actividades como el paseo de mascotas, por ejemplo— para llegar a fin de mes. La situación era más grave, si cabe, para los 420.000 empleados públicos obligados a acudir a su puesto de trabajo incluso sin cobrar[33]. Es el fenómeno del «descensor social» que afecta sobre todo a las clases medias y que genera una «amplia minoría» que ha desarrollado un notable sentimiento de inseguridad económica, física e identitaria»[34].

Mientras tanto, la automatización, la oferta por internet, las nuevas logísticas y la inteligencia artificial ya afectan a sectores de la economía muy amplios, desde profesionales del periodismo, administrativos y oficinistas hasta personal de ventas y operadores financieros. Es cierto que con el tiempo se necesitarán nuevos empleos, pero serán cada vez más tecnificados, requerirán formación especializada —que no todo el mundo podrá pagar o afrontar— y, según a la edad en que afecte a parte de la masa salarial, será ya imposible abordar el reciclaje laboral. Lo cual lleva a la problemática de las franjas generacionales: trabajadores de más de cincuenta años incapaces de seguir el ritmo vital que imponen los contratos basura en empleos de corta duración de lo más variado, y que les obligan a competir

con sus hermanos o hijos, muchos de los graduados y licenciados universitarios que están subempleados porque no aprendieron un oficio.

Esa gente no son exactamente trabajadores de fábricas. Es una masa amorfa de clase media descapitalizada. En palabras de Antonio Ariño y Juan Romero, «electoralmente imprevisible, una parte de ella está cada vez más radicalizada porque devuelve con su comportamiento electoral el mismo trato que percibe de sus representantes políticos tradicionales. Son los olvidados de la democracia»[35]. En cierta manera y en medio de una gran crisis de identidad, hay autores que hablan de una clase que desaparece[36]. En teoría se trata del perfil social que votaba fascista en los años veinte y treinta del siglo pasado. Pero ahora son muchos más, es una riada inmensa de desclasados y desilusionados. Que no saben a quién echar la culpa de lo que sucede, pero que no son exactamente anticapitalistas, porque fue el capitalismo el que dio alas a la esperanza de una clase media universal ya desde los tiempos de Margaret Thatcher, cuando arrancó la etapa del neoliberalismo y el capitalismo popular. Millones de ciudadanos empobrecidos y en crisis, con empleos precarios que no confían en unos sindicatos debilitados[37], porque no hay sindicatos para autónomos, y menos aún arruinados. Pero no quieren una revolución: quieren una reforma seria, incluso agresiva y que les devuelvan las promesas de hace treinta años. A veces esa masa descontenta y ahogada vota por los partidos de la «izquierda ortopédica», es decir, toda la gama de formaciones que han intentado suplantar a la auténtica izquierda socialista y que de hecho son variantes de la derecha liberal, pantallas de líderes populistas y caudillistas o, directamente, ultraderecha, neofascismo y posfascismo. En otras ocasiones explotan en movimientos

amorfos, como los *forconi* italianos o los «chalecos amarillos» franceses, planteando inicialmente reivindicaciones concretas: rebajas fiscales en los combustibles, bajada del precio de las inspecciones técnicas de vehículos, peajes, competencia desleal o ayudas a sectores deprimidos[38].

Por lo tanto, la nueva ultraderecha tiene un caladero de votos real y persistente. Lo que explica que se mantenga el apoyo social y electoral a opciones políticas basadas en el nacionalismo y que parecen extravagantes, irreales, injustas, peligrosas y, en ocasiones, simplemente ilusas. Con activo apoyo de la posverdad y lideradas por políticos de ocasión, oportunistas, surgidos de no se sabe dónde, que pueden desaparecer en poco tiempo para no ser recordados. O permanecer en el poder a pesar de que no introduzcan cambios para mejor en la sociedad.

Esta situación de aparente inmovilismo respondería a la acción del posfascismo, que puede llegar a ser ejercido desde el poder por partidos históricos que ahora están haciendo suya esa política, aplicándola con irreprochable apoyo parlamentario. En diciembre de 2018, el gobierno del Partido Liberal Danés (conocido extraoficialmente como *Venstre* o «Izquierda»), en coalición con el Partido Popular Conservador y apoyados por los ultras del Partido Popular Danés propusieron la creación de un centro de confinamiento de inmigrantes bajo sospecha en la diminuta isla de Lindholm (6,8 hectáreas) y casi inaccesible, que es, de hecho, un antiguo centro dedicado a la investigación de enfermedades animales contagiosas. «Nadie los quiere en Dinamarca, y así lo sentirán», escribió en Facebook Inger Stojberg, ministra de Inmigración danesa[39].

[1] Para una aproximación a la vertiente histórica del fenómeno nacional-bolchevique, Klemperer (2015).

[2] Griffin (2018): pp. 36-39.

[3] Traverso (2018): posiciones 168 y 174.

[4] Para CasaPound Italia en concreto, véase Heiko Koch, «CasaPound Italy. The Fascist Hybrid», pos. 1560 a 1720 en Fielitz y Laloire (2016). En el capítulo se abordan las estrategias de penetración social, polarización e hibridación del partido, fundado oficialmente en 2012. La iniciativa CasaPound como movimiento data de 2003. En el mismo libro se puede encontrar otro capítulo dedicado a CasaPound: Caterina Froio, «Continuities and Changes in the Discourse of CasaPound Italia on Migration and Otherness», pos. 1730 a 1962.

[5] Isidoro Tapia, «Que vienen (esta vez sí) "los fachas"» *El Confidencial*, 8 de octubre de 2018 [consultable en red]; Steven Forti, «¡Sois todos unos fascistas!», *Atlántica XXII*, núm. 59, noviembre de 2018, pp. 50-52.

[6] «Fascismo y nacionalismo en Catalunya, 1919-1936», conferencia pronunciada en la Universitat de Barcelona el 26 de octubre de 1984.

[7] «Fascism. A Conceptual Characterization», *Tiempo devorado*, vol. 4, núm. 1 (2017), pp. 228-229. Monográfico: «El Fénix que nunca ardió. El retorno de la nueva ultraderecha, 1991-2014».

[8] Togliatti (1977): pp. 33-34.

[9] Traverso (2018): posiciones 266 a 295.

[10] «Pegida und das Symbol der Hitler-Attentäter», en *Süddeutsche Zeitung*, 3 de agosto de 2015; «Ich bin entsetzt — Pegida und die Wirmer-Flagge», una entrevista de Christina Hebel, *Spiegel On Line*, 3 de agosto de 2015 [consultable en red]. La entrevista es con Anton Wirmer, hijo de Josef Wirmer. Ambas citas han sido extraídas de la entrada: «Bandera de Wirmer» en Wikipedia, que aporta un estudio completo sobre la historia y utilización política de esta enseña.

[11] «Crean una plataforma judía dentro del partido ultraderechista Alternativa para Alemania (AfD)», en Telediario TVE1, RTVE.es, 8 de octubre de 2018 [consultable en red].

[12] La Liga tiene desde 2018 su primer senador negro: «Toni Iwobi, la Lega Nord elegge il primo senatore nero d'Italia», *La Stampa*, 7 de marzo de 2018 [consultable en red]; por su parte, uno de los líderes de Vox en Cataluña es el ecuatoguineano Ignacio Garriga Vaz de Concicao: «Negro, catalán y directivo

de Vox: “Hay una caridad mal entendida en la inmigración”» *El Confidencial*, 24 de agoro de 2018 [consultable en red].

[13] «¿Es realmente Alternativa por Alemania un partido racista, homófobo e islamófobo?», post en *Experimento Asch Occidental*, 13 de agosto de 2018 [consultable en red]

[14] O’Toole (2018).

[15] Traverso (2018): posición 312.

[16] Rastko Močnik. «Beyond fascism? Historical Parallels and Structural Specificities of Post-Socialism», *Tiempo devorado*, vol. 4, núm. 1 (2017), pp. 146-165.

[17] «Extreme Right Woos Jews in Belgium», *Deutsche Welle*, 24 de abril de 2005; Erich Wiedemann, «Antwerp’s Diamond Business. Jews Surrender Gem Trade to Indians», *Spiegel On Line,* 15 de mayo de 2006 [consultable en red].

[18] O’Toole (2018): capítulo 6.

[19] Sáez Mateu (2018): p. 29. Traverso (2018) coincide plenamente con esa caracterización del populismo y el nacionalpopulismo: posiciones 208 a 214.

[20] Poulantzas (2018): pp. 296-299.

[21] Ian Bremmer, «The Strongman Era. How tough guys came to rule the world», en *Time*, vol. 191, núm. 18, 14 de mayo de 2018.

[22] Foa & Mounk (2016): p. 12.

[23] Gáspár Miklós Tamás, «What is Post-Fascism», *OpenDemocracy*, 13 de septiembre de 2001 [consultable en red].

[24] Griffin (2018): pp. 135 en adelante. Aunque no lo menciona expresamente, el autor sugiere esa identificación.

[25] Tamás, art. cit.

[26] Ibíd.

[27] Ibíd.

[28] «Gaspar Miklós Tamás: “Los refugiados son los nuevos gitanos”», entrevista de Corina Tulbure, *Público*, 15 de octubre de 2015 [consultable en red].

[29] Traverso (2018): posiciones 499 a 505.

[30] Traverso (2018): posición 478.

[31] Ibíd., posición 118.

[32] Tamás, art. cit. (2015).

[33] Gina Tosas, «Por qué siguen yendo a trabajar los funcionarios de EE. UU. durante el cierre parcial aunque no se les pague», *La Vanguardia,* 19 de enero de 2019 [consultable en red].

[34] Ariño y Romero (2016): p. 200.

[35] Ibídem, pp. 201.

[36] Temin (2018); Ariño y Romero (2016): pp. 202-204 y ss.

[37] Jones (2013): pp. 186-187. En Reino Unido, en los sindicatos, «que siguen siendo las organizaciones civiles más grandes del país», el número de afiliados había ido disminuyendo desde los trece millones de 1979 a los poco más de siete millones en 2011. Los nuevos empleos del sector servicios no solían estar sindicados.

[38] Gregorio Morán, «La rebelión de los autónomos», *Voz Pópuli*, 1 de diciembre de 2018 [consultable en red].

[39] Martin Selsoe Sorensen, «Dinamarca enviará a los inmigrantes indeseables a una isla», The *New York Times* (edición digital española), 5 de diciembre de 2018 [consultable en red].

BIBLIOGRAFÍA Y REFERENCIAS

Alandete, David (2019): *Fake News: La nueva arma de destrucción masiva*, Barcelona: Deusto [Kindle ed.].

Allmendinger, Philip y Thomas, Huw (eds.) (2002): *Urban Planning and the Britsh New Right*, Londres y Nueva York: Routledge.

Almond, Mark (1994): *Europe's Backyard War. The War in the Balkans*, Londres: Heinemann.

Altman, David (2011): *Direct Democracy Worldwide*, Cambridge University Press.

Amacher, Korine y Heller, Leonid (eds.) (2009): *Le retour des héros: la reconstitution des mythologies nationales à l'heure du postcommunisme*, Louvain-la-Neuve: Academia Bruylant.

Aman, Anders (1992): *Architecture and Ideology in Eastern Europe Duting the Stalin Era: An Aspect of Cold War History* , Massachusetts: MIT Press.

Amat, Jordi (2018): *La conjura de los irresponsables*, Barcelona: Anagrama (2.ª ed.).

Amin, Samir (2015): *Rusia en la larga duración*, Barcelona: El Viejo Topo.

Andersen, Joakim (2018): *Rising from the Ruins. The Right of the 21st Century*, Londres: Arktos.

Andrews, Ernest (ed.) (2018): *Language Planning in the Post-Communist Era. The Struggles for Language Control in the New Order in Eastern Europe, Eurasia and China*, Nueva York: Palgrave Macmillan.

Andrews, Geoff, Cockett, Richard, Hooper, Alan y Williams, Michael (eds.) (1999): *New Left, New Right and Beyond.*

Taking the Sixties Seriously, Londres y Nueva York: MacMillan Press / St. Martin's Press.

Andrews, Josephie T. (2002): *When Majorities Fail. The Russian Parliament, 1990-1993*, Cambridge University Press.

Andriola, Matteo Luca (2014): *La nuova destra in Europa. Il populismo e il pensiero di Alain de Benoist*, Vedano al Lambro: Paginauno.

Andrusz, G., Harloe, M. y Szelenyi, I. (eds.) (1996): *Cities After Socialism. Urban and regional change and conflict in post-socialist societies*, Cambridge, massachusetts: Blackwell Publishers.

Ariño, Antonio y Romero, Juan (2016): *La secesión de los ricos*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Armitage, David (2018): *Las guerras civiles. Una historia en ideas*, Madrid: Alianza Editorial.

Arquilla, John y Ronfeldt, David (eds.) (1997): *In Athena's Camp: Preparing for Conflict in the Information Age*, Santa Mónica, CA: Rand Corporation.

Åslund, Anders (2007): *How Capitalism was Built. The Transformation of Central and Eastern Europe, Russia and Central Asia*, Washington, D.C.: Peterson Institute for International Economics [Kindle ed.].

Asmus, Ronald D. (2010): *A Little War that Shook the World. Goergia, Russia, and the Future of the West*, Nueva York: Palgrave Macmillan.

Baños, Pedro (2017), *Así se domina el mundo. Desvelando las claves del poder mundial*, Barcelona: Planeta.

Bar-On, Tamir (2016): Where Have All the Fascist Gone?, Londres y Nueva York: Routledge [Kindle ed.].

Bar-On, Tamir (2014): *The World through Soccer: The Cultural Impact of a Global Sport*, MD, Lanham, Maryland: Rowman and Littlefield.

Barlinska, Isabela (2006): «La sociedad civil en Polonia y Solidaridad», *Monografías*, 223, Madrid: CIS / Editorial Siglo XXI.

Bassin, Mark, Glebov, Sergey y Laruelle, Marlène (eds.) (2015): *Between Europe and Asia. The Origins, Theories and Legacies of Russian Eurasianism*, University of Pittsburg Press [Kindle ed.].
Baudrillard, Jean (1991): *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*, Madrid: Anagrama.
Baudrillard, Jean (2005): *Cultura y simulacro*, Barcelona: Kairós (7.ª edición).
Beloff, Nora (1985): *Tito's Flawed Legacy. Yugoslavia and the West, 1939-1984*, Londres: Victor Gollancz.
Bell, Kenneth (2016): *Brexit: For A New Country* [Kindle ed.].
Benoist, Alain de (1979): *Les idées à l'endroit*, París: Éditions Libres-Hallier.
Benoist, Alain de (1981): *Comment peut-on être païen?*, París: Albin Michel.
Benoist, Alain de (2008): «A Brief History of the Idea of Progress», *The Occidental Quarterly*, vol. 8, núm. 1.
Benoist, Alain de y Champetier, Charles (2012): *Manifiesto por un Renacimiento Europeo*, Londres: Arktos [Kindle ed.].
Benoist, Alain de (2017): *Le moment populiste. Droite-gauche c'est fini!*, París: Pierre-Guillaume de Roux.
Berizzi, Paolo (2018): *NazItalia. Viaggio in un paese che si è riscoperto fascista*, Milán: Baldini&Castoldi.
Berlet, Chip y Lyons, Matthew N. (2000): *Right-Wing Populism in America. Too Close for Comfort*, Nueva York y Londres: The Guilford Press [Kindle Ed.].
Biancalana, Cecilia, Legnante, Guido (eds.) (2017): *Partiti ed elettori in tempi di crisi Le basi sociali di quattro partiti anti-establishment*, Milán: Fondazione Feltrinelli.
Bianchi, Leonardo (2017): *La gente. Viaggio nell'Italia del risentimento*, Roma: minimum fax.
Biorcio, Roberto (1992): «La Lega come attore politico: dal federalismo al populismo regionalista», en Renato

Mannheimer (ed.), *La Lega lombarda*, Milán: Feltrinelli, pp. 34-82.
Biorcio, Roberto (1997): *La Padania promessa*, Milán: Il Saggiatore.
Biorcio, Roberto (2015): *Il populismo nella politica italiana. Da Bossi a Berlusconi, da Grillo a Renzi*, Milán: Mimesis.
Bobba, Giuliano (2018): «Social media populism: features and 'likeability' of Lega Nord communication on Facebook», *European Political Science* [consultable en red].
Bordignon, Fabio, Ceccarini, Luigi y Diamanti, Ilvio (2018): *Le divergenze parallele. L'Italia: dal voto devoto al voto liquido*, Roma-Bari: Laterza.
Boros, Tamás, Freitas, Maria, Kadlót, Tibor y Stetter, Ernst (2016): *The State of Populism in Europe*, Bruselas — Budapest: FEPS / Policy Solutions.
Botti, Alfonso (ed.) (2016): «La crisis de la "Segunda República" en Italia», *Ayer*, 104.
Boufesis, Alexandros F. (2015): *The Russia-Georgia War of 2008: Russia's Geostrategic Ascension*, Pembroke Pines: Nimble Books LLC [Kindle ed.].
Brandenberger, David (2002): *National Bolshevism: Stalinist Mass Culture and the Formation of Modern Russian National Identity, 1931-1956*, Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
Bremmer, Ian (2018): *Us vs Them: the Failure of Globalism*, Portfolio [Kindle ed.].
Brennan, Jason (2016): *Contra la democracia*, Barcelona, Deusto [Kindle ed.].
Bruneau, Michel (2018): *L'Eurasie. Continenet, empire idéologie ou projet*, París: CNRS-Editions.
Brzezinski, Zbigniew (1998): *El gran tablero mundial: la supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*, Planeta: Barcelona.
Buick-Morss, Susan (2004): *Mundo soñado y catástrofe. La desaparición de la utopía de masas en el Este y el Oeste*,

Madrid: La Balsa de la Medusa.
Burnett, Stanton H. y Mantovani, Luca (1998): *The Italian Guillotine: Operation Clean Hands and the Overthrow of Italy's First Republic,* Lanham: Rowman & Littlefield Publishers.
Camus, Jean-Yves y Lebourg, Nicolas (2017): *Far Right Politics in Europe*, Cambridge-Massachusetts / Londres: The Belknap Press.
Canal, Jordi (2018): *Con permiso de Kafka. El proceso independentista en Cataluña*, Barcelona: Debate.
Carrère, Emmanuel (2013): *Limónov*, Barcelona: Anagrama.
Casals Meseguer, Xavier (2003): *Ultrapatriotas*, Barcelona: Crítica.
Casals, Xavier (2015): «¿Por qué los obreros apoyan a la ultraderecha? Diez reflexiones para abordar una respuesta», *Working Paper,* 341, Barcelona: Institut de Ciències Polítiques i Socials.
Cavallaro, Matteo, Diamanti, Giovanni y Pregliasco, Lorenzo (eds.) (2018): *Una nuova Italia. Dalla comunicazione ai risultati, un'analisi delle elezioni del 4 marzo*, Roma: Castelvecchi.
Chernaik, Laura (2005): *Social and Virtual Space. Science Fiction, Transnationalism, and the American New Right*, Madison Teaneck: Fairleigh Dickinson University Press.
Clotet, Jaume (2012): «Voluntaris catalans a la guerra de Croàcia», *Revista de Catalunya*, 279, 2012, pp. 83-97.
Clover, Charles (2016): *Black Wind, White Snow. The Rise of Russia's New Nationalism*, Yale University Press [Kindle ed.].
Cockshot, Paul y Nieto, Maxi (2017), *Ciber-comunismo. Planificación económica, computadoras y democracia*, Madrid: Trotta.
Colajanni, Napoleone (1996): *Mani pulite? Giustizia e politica in Italia*, Milán: Mondadori.

Colarizi, Simona y Gervasoni, Marco (2012): *La tela di Penelope. Storia della Seconda repubblica (1989-2011)*, Roma-Bari: Laterza.

Comas, José (1985): *Polonia y Solidaridad*, Madrid: Eds. El País.

Cordesman, Anthony H. (2014): *Russia and the «Color Revolution». A Russian Military View of a World Destabilized by the US and the West*, CSIS — Center for Strategic & International Studies /Burke Chair in Strategy, 28 de mayo.

Corm, Georges (2012): *El nuevo gobierno del mundo. Ideologías. Estructuras. Contrapoderes*, Barcelona: Península.

Cornell, Svante E. y Starr, S. Frederick (2009): *The Guns of August 2008: Russia's War in Georgia*, Londres y Nueva York: Routledge.

Cotta, Maurizio e Isernia, Pierangelo (1996): *Il gigante dai piedi d'argilla. La crisi del regime partitocratico in Italia*, Bolonia: Il Mulino.

Crainz, Guido (2012): *Il paese reale: dall'assassinio Moro all'Italia di oggi*, Roma: Donzelli.

Crehan, Kate, Crehan (2004): *Gramsci, cultura y antropología*, Barcelona: Bellaterra PDF.

Cullen, Patrick J. y Reichborn-Kjennerud, Erik (2017): *Understanding Hybrid Warfare*, MCDC Countering Hybrid Warfare Project.

Cumplido, Jordi (2013): *Matones en las trincheras.* Hoolingans *y guerras de secesión yugoslavas*, TFM presentado en el Departament d'Història Moderna i Contemporània, Universitat Autònoma de Barcelona, 10 de septiembre.

Curry, Jane Leftwich (2018): «Poland: The Politicis of God's Playground», posiciones 5790 a 6527, en Wolchik y Curry.

Davidson, Nick (2014): *Pirates, Punks & Politics*, Sports Books Ltd [Kindle ed.].

De Matteo, Lynda (2011): *L'idiota in politica. Antropologia della Lega Nord*, Milán: Feltrinelli.

Del Palacio Martín, Jorge (2017): «El populismo en Italia. El berlusconismo y su legado», en Rivero, Zarzalejos y Del Palacio, pp. 234-248.

Denitch, Bogdan (1995): *Nacionalismo y etnicidad. La trágica muerte de Yugoslavia*, Madrid: Siglo XXI.

Diamanti, Ilvo (1995): *La Lega. Geografia, storia e sociologia di un soggetto politico*, Roma: Donzelli.

Diamanti, Ilvo (1996): *Il male del Nord. Lega, localismo, secessione*, Roma: Donzelli.

Diamanti, Ilvo (2009): *Mappe dell'Italia politica. Bianco, rosso, verde, azzurro... e tricolore*, Bolonia: Il Mulino.

Diamanti, Ilvo y Lazar, Marc (2018): *Popolocrazia. La metamorfosi delle nostre democrazie*, Roma-Bari: Laterza.

Domingo, Andreu (2018): *Demografía zombie. Resilientes y redundantes en la utopía neoliberal del siglo XXI*, Barcelona: Icaria.

Dorsey, James (2016): *The Turbulent World of the Middle East Soccer*, Oxford University Press.

Douglas, R. M. (2012): *Orderly and Humane. The Expulsions of the Germans after the Second World War*, Yale University Press.

Dragović-Soso, Jasna (2002): *«Saviours of the Nacion». Serbia's Intellectual Opposition and the Revival of Nationalism*, Londres, Hurst & Co.

Dugin, Alexander (2014): *Eurasian Mission. An Introduction to Neo-Eurasianism*, Londres: Arktos Media Ltd. [Kindle ed.].

Dugin, Alexander (2015): *Last War of the World-Island. The Geopolitics of Contemporary Russia*, Londres: Arktos Media Ltd. [Kindle ed.].

Dugin, Alexander (2015): *Putin vs Putin. Vladimir Putin Viewed from the Right*, Londres: Arktos Media Ltd. [Kindle ed.].

Dumas, Hélène (2010): «Football et violence. Les clubs de supporters, creuset des milices Interahamwe, Rwanda 1990-1994», *Afrique Contemporaine*, 1 (233) p. 105.
Dunlop, John B. (1993): *The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Empire*, Princeton University Press.
Dunlop, John B. (1998): *Russia Confronts Chechnya. A Roots of Separatist Conflict*, Cambridge University Press.
Dunlop, John B. (2004): «Aleksandr Dugin's Foundations of Geopolitics», Stanford TEC [consultable en: https://tec.fsi.stanford.edu/docs/aleksandr-dugins-foundations-geopolitics]. Publicado originariamente en *Demokratizatsiya* 12.1 (31 de enero de 2004): 41.
Durán Barba, Jaime y Nieto, Santiago (2018): *La política en el siglo XXI. Arte, mito o ciencia*, Barcelona: Debate.
Durhan, Martin y Power, Margaret (2010): *New Perspectives on the Transnational Right*, Nueva York: Palgrave Macmillan.
Eatwell, Roger y Mudde, Cas (ed.) (2004): *Western Democracies and the New Extreme Right*, Londres y Nueva York: Routledge [Kindle ed.].
Edner, Julia (2017): *The Rage. The Vicious Circle of Islamists and Far-Right Extremism*, Londres: I. B. Tauris [Kindle ed.].
Erriguel, Adriano (2017): *¿Rusia o América? Metapolítica de dos mundos aparte*, Madrid: Ediciones Insólitas.
Esteban Ceballos, Arturo (2018): *Amenazas híbridas internas. Mecanismos de hibridación de los movimientos subversivos*, Trabajo de final de máster, Madrid: Universidad Antonio de Nebrija.
Estefanía, Joaquín (2017): *Abuelo, ¿cómo habéis consentido esto? Los graves errores que nos ha llevado a la era Trump* (2.ª ed.), Barcelona: Planeta.
Eubanks, Virginia (2018): *Automating Inequality. How High-Tech Tools Profile, Police and Punish the Poor*, Londres: Saint Martin's Press Inc– Mcmillan.

Eyal, Gil, Szélenyi, Ivan y and Townsley, Eleanor (2000): *Making Capitalism Without Capitalists. The New Ruling Elites in Eastern Europe*, Londres y Nueva York: Verso.
Ezquerra, Iñaki (2016): *Los totalitarismos blandos*, Madrid: La Esfera de los Libros [Kindle ed.].
Fassin, Éric (2018): *Populismo de izquierdas y neoliberalismo*, Barcelona, Herder.
Faye, Guillaume (2011): *Why We Fight. Manifesto of the European Resistance*, Londres: Arktos [Kindle ed.].
Feldman, Matthew (2008): *A Fascist Century. Essays by Roger Griffin, Houndmills, Basingstoke, Hampshire and Nueva York*, Palgrave MacMillan.
Feltri, Mattia (2016): *Novantatré. L'anno del terrore di mani pulite*, Venecia: Marsilio.
Ferguson, Niall (2018): *La plaza y la torre. El papel oculto de las redes en la historia: de los masones a Facebook*, Barcelona: Debate.
Fernández Liria, Carlos (2016): *En defensa del populismo*, Madrid: La Catarata.
Ferrés, Joan (1996): *Televisión subliminal. Socialización mediante comunicaciones inadvertidas*, Barcelona: Paidós.
Fielitz, Maik; Laloire, Laura Lotte (eds.) (2016): *Trouble on the Far Right. Contemporary Right-Wing Strategies and Practices in Europe*, Bielefeld: Transcript [Kindle ed.].
Florentín, Manuel (1994): *Guía de la Europa negra. Sesenta años de extrema derecha*, Madrid: Anaya y Mario Muchnik.
Foa, Roberto Stefan y Mounk, Yascha (2016): «The Danger of Deconsolidation — The Democratic Disconnect», *Journal of Democracy*, julio, 27 (3): 5-14.
Foer, Franklin (2004): *How Soccer Explains the World. An Unlikely Theory of Globalization*, Harper Collins e-book.
Font, Martí y Barbier, Christophe (2018): *La fortaleza asediada. Los populismos contra Europa*, Barcelona: Península Plon.

Fontanella, Alvise (2005): *Il ritorno della Serenissima. 1997: l'insorgenza indipendentista dei serenissimi*, Venecia: Editoria Universitaria.
Forti, Steven, Gonzàlez i Vilalta, Arnau y Ucelay-Da Cal, Enric (eds.)(2017): *El proceso separatista en Cataluña. Análisis de un pasado reciente (2006-2017)*, Granada: Comares.
François, Stéphanie (2005): *Les paganismes de la Nouvelle Droite (1980-2004)*, Tesis doctoral, Université de Lille – II.
Fruci, Gian Luca y Pinto, Carmine (2018): «El regreso de los Borbones. Reelaboraciones mitográficas y perspectivas políticas en el Mezzogiorno italiano», *Ayer*, 112: 317-334.
Fumagalli, Corrado y Puttini, Spartaco (eds.) (2018): *Destra*, Milán: Fondazione Giangiacomo Feltrinelli.
Furr, Grover (1982): «The AFT, the CIA, and Solidarność» (publicado originalmente en *Comment,* Montclair State College, NJ, 1 (2): 31-34 (primavera) [consultable en red: https://msuweb.montclair.edu/~furrg/furraft82.pdf].
Galeotti, Mark (2013): *Russian Security and Paramilitary Forces since 1991*, Oxford: Osprey Publishing.
Galeotti, Mark (2016): *Hybrid War or Gibridnaya Voina? Getting Russia's non-linear military challenge right*, Mayak Intelligence.
Galeotti, Mark (2018): *The Vory: Russia's Super Mafia*, Yale University Press.
Galeotti, Mark (2019): *Armies of Russia's War in Ukraine,* Ospre y Publishing, Oxford.
Gallego, Ferrán (2006): *De Auschwitz a Berlín. Alemania y la extrema derecha, 1945-2004*, Barcelona: Random House Mondadori / DeBolsillo.
Gallego, Ferrán (2007): *Democracia y extrema derecha en Francia e Italia*, Barcelona: Random House Mondadori / DeBolsillo.

Gallego Margalef, Ferran (2017): «El Frente Nacional francés. De la reagrupación de la extrema derecha a la alternativa nacional-populista (1972-2014)», *Tiempo devorado*, vol. 4, núm. 1, abril, pp. 5-38.

Garrels, Anne (2016): *Putin Country. A Journey into the Real Russia*, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux.

Gascón, Daniel (2018): *El golpe posmoderno. 15 lecciones para el futuro de la democracia*, Barcelona: Debate [edición Kindle].

Gel'man, Vladímir (2015): *Authoritarian Russia. Analyzing Post-Soviet Regime Changes*, University of Pittsburgh Press.

Genovese, Rino (2011): *Che cos'è il berlusconismo. La democrazia deformata e il caso italiano*, Roma: manifestolibri.

Gervasi, Sean (1991-1992): «Germany, US, and the Yugoslav Crisis», *Covert Action Quarterly*, 39 (invierno).

Gessen, Masha (2018): *El futuro es historia. Rusia y el regreso del totalitarismo*, Madrid: Turner.

Giannini, Massimo (2008): *La statista. Il ventennio berlusconiano tra fascismo e populismo*, Milán: Baldini Castoldi Dalai.

Ginsborg, Paul (2003): *Berlusconi. Ambizioni patrimoniali in una democrazia mediatica*, Turín: Einaudi.

Glenny, Misha (1992): *The Fall of Yugoslavia*, Londres: Penguin.

Glenny, Misha (2008): *McMafia. Crime Without Frontiers*, Londres: The Bodley Head Ltd.

Glenny, Misha (2018): *McMafia. Seriously Organized Crime*, Nueva York: Random House [edición Kindle].

Goad, Jim (2017): *Manifiesto Redneck*, Barcelona: Dirty Works.

Goldhoorn, B., Meuser, P. (2009): *Capitalist Realism. New Architecture in Russia*, Berlín: DOM.

Gómez, Javi (2018): *La gran desilusión*, Alcobendas (Madrid): Círculo de Tiza.

Gómez-Reino Cachafeiro, Margarita (2002): *Ethnicity and Nationalism in Italian Politics, Inventing the Padania: Lega Nord and the Northern Question*, Farnham Surrey: Ashgate.

Gorbachev, Mikhail (2000): On My *Country and the World*, Nueva York: Columbia University Press.

Gran, Bruce (2014): «The Edifice Complex: Architecture and the Political Life of Surplus in the New Baku», *Public Culture,* 26(3): 501-528, octubre.

Greewald, Glenn (2015): *No Place to Hide: Edward Snowden, the NSA, and the U.S. Surveillance State*, Gordonsville: Picador [edición Kindle].

Gregor, James A. (2000): *The Faces of Janus. Marxism and Fascism in the Twentieh Century*, New Haven y Londres: Yale University Press.

Gregor, A. James (2006): *The Search for Neofascism. The Use and Abuse of Social Science*, Cambridge University Press.

Gregor, James A. (2009): *Phoenix. Fascism in Our Time*, New Brunswick y Londres: Transaction Publishers.

Griffin, Roger (2010): *Modernismo y fascismo. La sensación de comienzo bajo Mussolini y Hitler*, Madrid: Akal.

Griffin, Roger, Loh, Werner y Umland, Andreas (eds.) (2014): *Fascism Past and Present, West and East. An International Debate on concepts and Cases in the Comparative Study of the Extreme Right,* ibídem Verlag, Stuttgart.

Griffin, Roger (2018): *Fascism. An Introduction to Comparative Fascist Studies*, Cambridge: Polity Press.

Hahn, Gordon M. (1994): «Opposition Politics in Russia», *Europe-Asia Studies*, 46 (2): 305-335.

Haidt, Jonathan (2013): *The Righteous Mind. Why Good People are Divided by Politics and Religion*, Londres: Penguin.

Hall, Brian (1995): *El país imposible. Yugoslavia. Viaje al borde del naufragio*, Barcelona: Flor del viento.

Hamilton, Alastair (1973): *La ilusion del fascismo. Un ensayo sobre los intelectuales y el fascismo*, Barcelona: Luis de Caralt Editor.
Han, Byung-Chul (2014a), *Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Barcelona: Herder [Kindle ed.].
Han, Byung-Chul (2014b), *En el enjambre*, Barcelona: Herder [Kindle ed.].
Hanley, Seán (2007): *The New Right in the New Europe. Czech transformation and right-wing politics, 1989-2006*, Londres y Nueva York: Routledge.
Harding, Luke (2017): *Conspiración. Cómo Rusia ayudó a Trump a ganar las elecciones*, Barcelona: Debate.
Hartman, Andrew (2015): *A War for the Soul of America. A War of the Culture Wars*, The University of Chicago Press.
Hayden, Robert M. (1992): *The Beginning of the End of Federal Yugoslavia. The Slovenian Amendment Crisis of 1989*, The Carl Beck Papers in Russian and East European Studies, núm. 1001; REES, University of Pittsburgh.
Hermet, Guy (2001): *Les populismes dans le monde. Une histoire sociologique. XIXe-XXe siècle*, París: Fayard.
Hernández, Aitor (2018): *Ku Klux Klan: el brazo armado del Partido Demócrata*, edición Kindle / Amazon.
Hernández, Esteban (2018): *El tiempo pervertido. Derecha e izquierda en el siglo XXI*, Tres Cantos: (Madrid): Akal.
Hettena, Seth (2018): *Trump / Russia. A Definitive History*, Brooklyn, Londres: Melville House.
Hinsey, Ellen (2017): *Mastering the Past: Contemporary Central and Eastern Europe and the Rise of Illiberalism*, Candor, Nueva York: Telos Press Publishing.
Hirt, Sonia (2006): «Post-Socialist Urban Forms: Notes from Sofia», *Urban Geography*, agosto: 464-488.
Hirt, Sonia (2008): «Landscapes of Postmodernity: Changes in the Built Fabric of Belgrade and Sofia Since the End of

Socialism», *Urban Geography*, 29 (8): 785-810.
Hoffman, David E. (2001): *The Oligarchs. Wealth and Power in the New Russia*, Nueva York: Public Affairs.
Hoffman, David E. (2011): *The Oligarchs. Wealth and Power in the New Russia*, Nueva York: Public Affairs [Kindle ed.].
Hochschild, Arlie R. (2018): *Extraños en su propia tierra. Réquiem por la derecha estadounidense*, Madrid: Capitán Swing Libros.
Holleran, Marc (2014): «Mafia Baroque: post socialist architecture and urban planning in Bulgaria», *The British Journal of Sociology*, vol. 65, issue 1.
Howard, Colby y Pukhov, Ruslan (eds.) (2014): *Brothers Armed. Military Aspects of the Crisis in Ukraine*, Minneapolis: East View Press [Kindle ed.].
Humphrys, Elizabeth, Rundle, Guy y Tietze, Tad (2011): *On Utøya. Anders Breivik, Right Terror, Racism & Europe*, Londres: Elguta Press [Kindle ed.].
Hurska, Alla (2014): «Two Images of Radicalism in Ukraine. Between Scandinavia and the Caucasus», *Tiempo devorado*, 1 (diciembre): 39-62 [consultable en red].
Iacoboni, Jacopo (2018): *L'esperimento. Inchiesta sul Movimento 5 Stelle*, Roma-Bari: Laterza.
Ignazi, Piero (1992): *Dal PCI al PDS*, Bolonia: Il Mulino.
Ignazi, Piero (1994): *Postfascisti? Dal Movimento Sociale Italiano ad Alleanza Nazionale*, Bolonia: Il Mulino.
Ivanov, Oleh (2015): «Social Background of the Military Conflict in Ukraine: Regional cleavages and geopolitical orientations», *Social, Health, and Communication Studies Journal – Conflict and the Social Body*, 2(1): 52-73.
Jacorzynski, Witold (1999): «Los mitos nacionalistas polacos», en Gabriela Vargas Cetina (coord.), *¿Mirando hacia afuera...? Experiencias de investigación*, Antropologías Ciesas: México.

Jones, Owen (2013): *Chavs. La demonización de la clase obrera*, Madrid: Capitán Swing Libros.
Jones, Stephen F. (2010): *War and Revolution in the Caucasus: Georgia Ablaze*, Nueva York y Londres: Routledge [Kindle ed.].
Jović, Dejan (2008): *Yugoslavia: A State that Withered Away*, West Lafayette, Indiana: Purdue University Press.
Judis, John B. (2018): *La explosión populista*, Barcelona: Deusto.
Kampfner, John (2011): *Libertad en venta. ¿Por qué vendemos democracia a cambio de seguridad?*, Madrid: Ariel.
Katchanovski, Ivan (2016): «The Far Right in Ukraine During the 'Euromaidan' and the War in Donbas»: Paper prepared for presentation at the Annual Meeting of the American Political Science Association in Philadelphia, 1-4 de septiembre [consultable en red].
Kempenaers, Jan (2010): *Spomenik*, Ámsterdam: Roma Publications.
Kirchick, James (2018): *The End of Europe. Dictators, Demagogues, and the Coming Dark Age*, New Haven y Londres: Yale University Press.
Kershaw, Ian (2011): «Gosths of Fascists Past», *The National Interest*, 112 (marzo-abril), posicions 8 a 187 [Kindle ed.].
King, Gary, Pan, Jennifer y Roberts, Margaret E. (2017): «How the Chinese Government Fabricates Social Media Posts for Strategic Distraction, not Engaged Argument», *American Political Science Review*, 111, 3: 484-501.
Klein, Naomi (2010): *La doctrina del shock*, Barcelona: Paidós.
Klein, Naomi (2017): *Decir no no basta. Contra las nuevas políticas del shock por el mundo que queremos*, Barcelona: Paidós.
Klemperer, Klemens von (2015): «Towards a Fourth Reich? The History of National Bolshevism in Germany», *The*

Review of Politics, 13 (2): 191-210.
Kliment, Charles y Nakládal, Bretislav (1997): *Brestilav, Germany's First Ally. Armed Forces of the Slovak State 1939-1945*, Atglen: Schiffer Publishers.
Koch, N. (2014): «Bordering on the Modern: power, practice and exclusion in Astana», *Transactions of the Institute of British Geographers*, Vol. 39, issue 3 (julio), pp. 432-443.
Kowalik, Tadeusz (2011): *From Solidarity to Sellout. The Restoration of Capitalism in Poland*, Nueva York: Monthly Review Press.
Kuhn, Gabriel (2011): *Soccer vs the State. Tackling Football and Radical Politics*, Oackland PM Press [Kindle ed.].
Laaneots, Ants (2016): *The Russian-Georgian War of 2008: Causes and Implication*, Tartu (Estonia): Estonian National Defence College, Occasional Papers.
Laclau, Ernesto (2012): *La razón populista*, FCE: México [Kindle ed.].
Langness, Julian (2017): *Identity Rising. How Nationalist Millennials Will Re-Take Europe, Save America, and Became The New «Greatest Generation*», ES Linde Co.: St Paul, MN [Kindle ed.].
Lapuente, Víctor (2015): *El retorno de los chamanes*, Barcelona: Península.
Laqueur, Walter (1990): «From Russia with Hate», *New Republic*, 5 de febrero [consultable en: https://newrepublic.com/article/98364/russia-hate].
Laruelle, Marlène (dir.) (2007): *Le rouge et le noir. Extrême droite et nationalisme en Russie*, CNRS Éditions (Open Edition Books, 2016) [Kindle ed.].
Laruelle, Marlène (ed.) (2009a): *Russian Nationalism and the National Reassertion of Russia*, Londres y Nueva York: Routledge.
Laruelle, Marlène (2009b): *In the Name of Russia. Nationalism and Politicsa in the Name of Russia*, Nueva York: Palgrave Macmillan.

Laruelle, Marlène (2012): *Russian Eurasianism. An Ideology of Empire*, Washington: Woodrow Wilson Center Press; Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

Laruelle, Marlène (2015): *Eurasianism and the European Far Right. Reshaping the Europe-Russia Relationship*, Lexington Books, Lanham: Maryland /Londres [Kindle ed.].

Laruelle, Marlène (2019): *Russian Nationalism. Imaginaries, Doctrines and Political Battlefields*, Londres y Nueva York: Routledge.

Laruelle, Marlène (s.a.): «Aleksandr Dugin: A Russian Versión of the European Radical Right?», Kennan Institute, Occasional Paper, 294, Woodrow Wilson International Center for Scholars.

Lassalle, José María (2017): *Contra el populismo. Cartografía de un totalitarismo posmoderno*, Barcelona: Debate.

Latorre, Rafa (2018): *Habrá que jurar que todo esto ha ocurrido. El autosacrificio catalán*, Madrid: La Esfera de los Libros [Kindle ed.].

Leach, Neil (ed.) (1999): *Architecture and Revolution: Contemporary Perspectives on Central and Eastern Europe*, Londres y Nueva York: Routledge.

Lee, Martin A. (1999): *The Beast Reawakens: Fascism's Resurgence from Hitler's Spymasters to Today's Neo-Nazi Groups and Right-Wing Extremist,* Nueva York: Routledge [Kindle ed.].

Lestrade, Didier (2012): *Pourquoi les gays sont passés à droite*, París: Seuil.

Likhachev, Vyacheslav (2016): «The Far Right in the Conflict between Russia and the Ukraine», *Russie.Nei.Visions,* 95 (julio): Iffri / NEI Center.

Lilin, Nicolai (2009): *Educación siberiana*, Barcelona: Salamandra.

Lilla, Mark (2017): *La mente naufragada. Reacción política y nostalgia moderna*, Barcelona: Debate.

Lind, William S. (2014): *The Four Generations of Modern War*, Kuovola (Finlandia): Castalia House [Kindle ed.].
Littell, Jonathan (2010): *Chechenia, año III*, Barcelona: RBA.
Lochocki, Timo (2014): *The Unstopabble Far Right? How established parties' communication and media reporting of European affairs affect the electoral advances of right-populist parties*, Europe Policy Paper, 4/2014, Washington D.C., The German Marshall Fund of United States [Kindle ed.].
Losonczy, Anne Marie (2006): *La patria como categoría en el postcomunismo. Ensayos sobre Hungría y Rumania*, Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
Lowndes, Joseph E. (2008): *From the New Deal to the New Right. Race and the Southern Origins of Modern Conservatism*, New Haven y Londres: Yale University Press.
Luque, Paul (2018): *La secesión en los dominios del lobo*, Madrid: Catarata.
MacDonald, David Bruce (2002): *Balkan holocaust? Serbian and Croatian victim-centred propaganda and the war in Yugoslavia*, Manchester University Press.
MacDonald, Hector (2018): *Verdad. Cómo los distintos lados de cada historia configuran nuestra realidad*, Barcelona, Debate.
MacEachin, Douglas J. (2001): *U.S. Intelligence and the Confrontation in Poland, 1980-1981*, The Pennsylvania State University Press [Kindle ed.].
Mammone, Andrea, Godin, Emmanuel y Jenkins, Brian (2012): *Mapping the Extreme Right in Contemporary Europe*, Londres y Nueva York: Routledge [Kindle ed.].
Marquina, Antonio (2014): «El Plan Backbone: España bajo dos amenazas de invasion», *UNISCI Discussion Papers*, 36 (octubre) [consultable en red].
Martínez, Guillem (2016): *La gran ilusión. Mito y realidad del proceso indepe*, Barcelona: Debate.

Mastropaolo, Alfio (2000): *Antipolitica. All'origine della crisi politica italiana,* Nápoles: L'ancora del Mediterraneo.
Mateos Miret, Roger y Prokopljević, Jelena (2012): *Corea del Norte, Utopía de Hormigón. Arquitectura y urbanismo al servicio de una ideología*, Brenes, Sevilla: Muñoz Moya Editores.
Maurer, Tim (2018): *Cyber-Mercenaries. The State, Hackers and Power*, Cambridge University Press [Kindle ed.].
Mauro, Ezio (2018): *L'uomo bianco*, Milán, Feltrinelli.
Mayer, Jane (2018): *Dinero oscuro. La historia oculta de los multimillonarios escondidos detrás del auge de la extrema derecha norteamericana*, Barcelona: Debate.
Mazower, Mark (2001): *La Europa negra. Desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona: Ediciones B.
McCarthy, Patrick (1995): «Forza Italia: nascita di un partito virtuale», en Piero Ignazi, Richard S. Katz (eds.), *Politica in Italia. Edizione 1995*, Bolonia: Il Mulino, pp. 49-72.
McKnight, David (2005): *Beyond Right and Left. New politics and the culture wars*, Crows Nest, Australia: Allen & Unwin.
Menon, Rajan y Rumer, Eugene (2015): *Conflict in Ukraine*, Cambridge, Massachusetts: A Boston Review Book, The MIT Press.
Mezrich, Ben (2015): *Once Upon A Time In Russia. The Rise of thye Oligarchs and the Greatest Wealth in History*, Londres: William Heinemann.
Michel, Patrick y Mink, Georges (1985): *Mort d'un prêtre. L'affaire Popieluszko: Analyse d'une logique normalisatrice*, París: Fayard.
Mihailovic, Kosta y Krestic, Vasile (1995): *Memorandum on the Serbian Academy of Sciences and Arts. Answers yo Criticisms*, Belgrade: SANU, [consultable en red,

WayBack Machine: http://www.rastko.org.rs/istorija/iii/memorandum.pdf].

Milà, Ernesto (2012): *Ultramemorias. Historia pintoresca de 40 años de ultraderecha*, vol. II, Barcelona: EMInves [Kindle ed.].

Miletić Abramović, Ljiljana (2000): *Arhitektura rezidencija i vila Beograda 1830-2000 = Belgrade residential and villa architecture 1830-2000, Bel*grado: Karić Fondation.

Miller-Idriss, Cynthia (2017): *The Extreme Gone Mainstream. Commercialization and Far Right Youth Culture in Germany*, Princeton y Oxford: Princeton University Press [Kindle ed.].

Mills, Richard (2018): *The Politics of Football in Yugoslavia. Sport, Nationalism and the State*, Londres-Nueva York: I.B. Tauris [Kindle ed.].

Mink, Georges y Szurek Jean-Charles (1999): *La grande conversion. Le destin des communistes en Europe de l'Est*, París: Du Seuil.

Minkenberg, Michael (ed.) (2015): *Transforming the Transformation? The East European Radical Right in the Political Process*, Londres y Nueva York: Routledge.

Misik, Robert (2017): «El valor de la audacia», pp. 231-248, en VV.AA., *El gran retroceso*, Barcelona: Seix Barral, véanse pp. 238-239.

Mitrović, Sonja (2007): *Big State Issues Behind the Small Armas: The Role of Irregular Armes Forces in the State-Making. The case study of the Federal Republic of Yugoslavia*, Trabahi final de máster, Bellaterra: Universitat Autònoma de Barcelona.

Močnik, Rastko (2017): «Beyond Fascism? Historical Parallels and Structural Specificities of Post-Socialism», *Tiempo devorado*, 4 (1): 146-165.

Molinari, Maurizio (2018): *Perché è successo qui. Viaggio all'origine del populismo italiano che scuote l'Europa*, Milán: La nave di Teseo.

Moniz Bandeira, Luiz Alberto (2018): *El desorden mundial. Guerras de poder, terror y caos*, Madrid: Clave Intelectual.
Morel, Sandrine (2018): *En el huracán catalán*, Barcelona: Planeta.
Moreno Juste, Antonio y Núñez Peñas, Vanessa (2017): *Historia de la construcción europea desde 1945*, Madrid: Alianza Editorial.
Morini, Morini (2017) «Front National and Lega Nord: two stories of the same Euroscepticism», *European Politics and Society* [consultable en red].
Moroni, Chiara (2008): *Da Forza Italia al Popolo della libertà*, Roma: Carocci.
Mudde, Cas (2005): *Racist Extremism in Central and Eastern Europe*, Londres y Nueva York: Routledge.
Mudde, Cas (2016): *On extremism and democracy in Europe*, Londres: Routledge.
Mudde, Cas y Rovira Kaltwasser, Cristóbal (2017): *Populism: a very short introduction*, Oxford, Oxford University Press.
Nagle, Angela (2018): *Muerte a los normies. Las guerras culturales en internet que han dado lugar al ascenso de Trump y la alt right*, Tarragona: Orciny Press.
Napoleoni, Loreta (2008): *Economía canalla. La nueva realidad del capitalismo*, Barcelona: Planeta.
Oliker, Olga (2001): *Russia's Chechen Wars, 1994-2000,* Santa Mónica, California: RAND.
Orsina, Giovanni (2013): *Il berlusconismo nella storia d'Italia*, Venecia: Marsilio.
O'Toole, Fintan (2018): *Heroic Failure: Brexit and the Politics of Pain*, Apollo [Kindle ed.].
Paperny, Vladímir (2002): *Architecture in the Age of Stalin. Culture two,* Cambridge University Press.
Pappas, Takis S. (2016): «Distinguishing liberal democracy's challenges», *Journal of Democracy,* 27 (4): 22-36.

Passarelli, Gianluca y Tuorto, Dario (2018): *La Lega di Salvini. Estrema destra di governo*, Bolonia: Il Mulino.
Patrikarakos, David (2017): *War in 140 Characters: How Social Media Is Reshaping Conflict in the Twenty-First Century*, Nueva York: Basic Books [Kindle ed.].
Pavlowitch, Stevan K. (2002): *Serbia: The History behind the Name*, Londres: Hurst & Co.
Perrineau, Pascal (2017): *Cette France de gauche qui vote Front National*, París: Seuil.
Peruzzi, Walter y Paciucci, Gianluca (eds.) (2011): *Svastica verde. Il lato oscuro del Va' pensiero leghista*, Roma: Editori Riuniti.
Petcu, Ion (1994): *Ceausescu, un fanatic al puterii. Biografie neretusata*, Bucarest: Românul.
Petričušić, Antonija y Žagar, Mitja (2007): «Country Specific Report on Actors and Processes of Ethno Mobilization, Violent Conflicts and Consequences: Croatia», Sixth Framework Programme — «Human and Minority Rights in the Life Cycle of Ethnic Conflicts», European Academy (Eurac) of Bozen/Bolzano [consultable en red].
Platt, Kevin y Brandenberger, David (eds.) (2006): *Epic Revisionism. Russian History and Literature as Stalinist Propaganda*, Madison, Wisconsin: The University of Wisconsin Press.
Plokhy, Serhi (2015): *El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética*, Madrid: Turner.
Poch-de-Feliu, Rafael (2003): *La gran transición. Rusia, 1985-2002*, Barcelona: Crítica.
Poli, Emanuela (2001): *Forza Italia. Strutture, leadership e radicamento territoriale*, Bolonia: Il Mulino.
Polyakova, Alina (2015): *The Dark Side of European Integration. Social Foundations and Cultural Determinants of the Rise pf Radical Right Movements in Contemporary Europe*, Stuttgart, ibídem Press [Kindle ed.].

Porta Perales, Miquel (2016): *Totalismo*, Barcelona: EDLibros.
Poulatnzas, Nicos (2018): *Fascism and Dictatorship. The Third International and the Problem of Fascism*, Londres y Nueva York: Verso (1.ª ed., 1970).
Prokopljević, Jelena (2006): *Arquitectura, representación e ideología: Análisis de proyectos para Nueva Belgrado 1947- 1959*, Tesis doctoral, Barcelona: Universitat Politècnica de Catalunya.
Prokopljević, Jelena y Armstrong, Charles K. (2015): «Social Posmodernism. Conceptual and comparative analysis of recent representative architecture in Pyongyang, Astana and Ashgabat, 1989-2014», *Tiempo devorado*, 2 (2): 210-231.
Pubill Brugués, Joan (2017): «El raigs brillants del Sol Naixent. Nacionalisme i revisionisme a Japó. Una qüestió de memòria histórica (1948-2016)», *Tiempo devorado*, 4 (1): 87-115.
Pucciarelli, Matteo (2016): *Anatomia di un populista. La vera storia di Matteo Salvini*, Milán: Feltrinelli.
Puglisi, Rosaria (2015): «Heroes or Villains? Volunteer Battalions in Post-Maidan Ukraine», *IAI Working Papers*, 15, 8 de marzo, IAI-Istituto Affari Internazionali.
Querol, José Manuel (2015): *Postfascismos. El lado oscuro de la democracia*, Madrid: Díaz & Pons.
Rachman, Gideon (2016): *Easternisation. War and Peace in the Asian Century*, Londres: The Bodley Head [Kindle ed.].
Raford, Noah & Trabulsi (eds.) (2015): *Warlords Inc. Black Markets, Broken States, and the Rise of Warlord Entrepreneur*, Berkeley, California: North Atlantic Books.
Raimo, Christian (2018): *Ho 16 anni e sono fascista. Indagine sui ragazzi e l’estrema destra*, Milán: Piemme.
Ramet, Pedro (1984): *Nationalism and Federalism in Yugoslavia, 1963-1983*, Bloomington: Indiana University Press.

Reguera, Marcos (2017): *El triunfo de Trump. Claves sobre la nueva extrema derecha norteamericana*, Madrid: Postmetrópolis Editorial.

Remnick, David (1994): *Lenin's Tomb: The Last Days of the Soviet Empire*. Nueva York: Vintage.

Revelli, Marco (2015): *Dentro e contro. Quando il populismo è di governo*, Roma-Bari: Laterza.

Revelli, Marco (2017): *Populismo 2.0*, Turín: Einaudi.

Ridley, Jasper (1997): *Tito*, Buenos Aires: Javier Vergara.

Rius, Xavier (2011): *Xenofobia a Catalunya*, Barcelona: Edicions de 1984.

Rivero, Ángel, Zarzalejos, Javier y Del Palacio, Jorge (coords.) (2017): *Geografía del populismo*, Madrid: Fundación Faes / Tecnos.

Rix, Edouard (2011): «Jean Thiriart, the Machiavelli of United Europe», *Open Revolt!* (blog): 6 de septiembre [consultable en: https://openrevolt.info/2011/09/06/jean-thiriart-the-machiavelli-of-united-europe/].

Rosati, Elia (2018): *CasaPound Italia. Fascisti del terzo millennio*, Milán: Mimesis.

Rose, Richard, Mishler, William y Munro, Neil (2006): *Russia Transformed. Developing Popular Support for a New Regime*, Cambridge University Press.

Ruiz de Elvira, Mariló y Pelanda, Carlo (eds.) (1991): *Europa se reencuentra*, Madrid: El País/Aguilar.

Rumiz, Paolo (2016, ed. original, 1997): *La secessione leggera. Dove nasce la rabbia del profondo Nord*, Milán, Feltrinelli.

Rychard, Andrzej (1993): *Reforms, Adaptation and Breakthrough The Sources of and Limits to Institutional Changes in Poland*, Warsaw: IFiS Publisher.

Rychard, Andrzej y Motzkin, Gabriel (eds.) (2014): *The Legacy of Polish Solidarity: Social Activism, Regime Collapse, and Building of a New Society* (Studies in Social Sciences, Philosophy and History of Ideas Book 8):

Peter Lang GmbH, Internationaler Verlag der Wissenschaften.
Saccarelli, Emanuele y Varadarajan, Latha (2015): *Imperialism. Past and Present*, Oxford University Press.
Sachs, Jeffrey (2007): *El fin de la pobreza. Cómo conseguirlo en nuestro tiempo*, Barcelona: Debate (3.ª ed.).
Sáez Mateu, Ferran (2018): *Populisme. El llenguatge de l'adulació de les masses*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.
Santoro, Giuliano (2012): *Un Grillo qualunque. Il Movimento 5 Stelle e il populismo digitale nella crisi dei partiti italiani*, Roma: Castelvecchi.
Sapožnikova, Galina (2016): *La congiura lituana. Come uccisero l'URSS e cosa acadde a chi tentò di salvarla*, Roma: Sandro Teti Ed.
Saull, Richard, Anievas, Alexander, Davidson, Neil y Fabry, Adam (eds.) (2014): *The Longue Durée of the Far Right. An international historical sociology*, Londres y Nueva York: Routledge.
Sauveur, Yannick (2016): *Thiriart. Qui suis-je?,* Pardès: Grez-sur-Loing.
Schlembach, Raphael (2013): «Alain de Benoist's anti-political philosophy beyond Left and Right: non-emancipatory responses to globalizatrion and crisis», Working paper, Centre for the study of social and global justice, Nottingham, Reino Unido [consultable en red].
Schwarz, Mauricio-José (2017): *La izquierda feng-shui. Cuando la ciencia y la razón dejaron de ser progres*, Barcelona: Ariel.
Scoppola, Pietro (1991): *La Repubblica dei partiti. Profilo storico della democrazia in Italia (1945-1990)*: Bolonia: Il Mulino.
Seipel, Hubert, *Putin. El poder visto desde dentro*, Córdoba: Almuzara.

Shaw, George T. (ed.) (2018): *Affair Hearing. The Alt right in the Words of Its Members and Leaders*, Londres: Arktos [Kindle ed.].
Shekhostov, Anton (2018): *Russia and the Western Far Right: Tango Noir* (Routledge Studies in Fascism and the Far Right).
Shorrock, Tim (2008): *Spies for Hire. The Secret World of Intelligence* Outsourcing, Nueva York: Simon & Schuster [Kindle ed.].
Silber, Laura y Little, Allan (1996): *The Death of Yugoslavia*, Londres: Penguin Books / BBC Books [edición revisada].
Simon Gómez, Miguel Ángel (2007): «El decadentismo en la derecha radical contemporánea», *Política y Sociedad*, 44 (1): 175-198.
Simone, Raffaele (2012): *El monstruo amable ¿El mundo se vuelve de derechas?,* Barcelona: Taurus.
Simpson, Patricia Anne y Druxes, Helga (eds.) (2015): *Digital Media Strategies of the Far Right in Europe and the United States*, Lanham, Boulder, Nueva York, Londres: Lexington Books [Kindle ed.].
Šír, Jan (2008): «Cult of Personality in Monumental Art and Architecture: The Case of Post-Soviet Turkmenistan», *Acta Slavonica Iaponica*, 25, Hokkaido University, pp. 203-220.
Sloan, Stanley R. (2018): *Trasatlantic Traumas*, Manchester University Press [Kindle ed.].
Snyder, Timothy (2003): *The Reconstruction of Nations. Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus*, 1569-1999, New Haven y Londres: Yale University Press.
Snyder, Timothy (2018): *El camino hacia la no libertad*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.
Socor, Vladímir (1987): «The Workers' Protest in Brașov: Assessment and Aftermath», Romania Background Report 231, en *Radio Free Europe Research*, 4 de diciembre, pp. 3-10.

Soldatov, Andrei y Borogan, Irina (2010): *The New Nobility. The Restoration of Russia's Security State and the Enduring Legacy of the KGB*, Nueva York: PublicAffairs [Kindle ed.].

Soler i Ruda, Albert (2018): «*Pokoleniye*. Los Afgansty: Guerra crisis y subcultura juvenil soviética en la década de los 80», *Tiempo devorado*, 5 (1): 1-36.

Soloukhin, Vladímir (1989): *Reading Lenin*, Fráncfort del Meno: Possev-Verlag (Rusia).

Stanilov, Kiril (ed.) (2007): *The Post-Socialist City: Urban Form and Space Transformations in Central and Easten Europe after Socialism*, Dordrecht: The Netherlands, Springer.

Stephenson, Svetlana (2015): *Gangs of Russia. From the Streets to the Corridors of Power*, Ithaca y Londres: Cornell University Press.

Stella, Gian Antonio y Rizzo, Sergio (2007): *La Casta. Così i politici italiani sono diventati intoccabili*, Milán: Rizzoli.

Stepanov, Alexander (2014): *Ukraine: The Cold War that Never Ended*, Autoedición – Kindle.

Sterling, Claire (1996): *El mundo en poder de las mafias. La amenaza de la red mundial del nuevo crimen organizado*, Barcelona: Flor del Viento Ediciones.

Stille, Alexander (2006): *The Sack of Rome: How a Beautiful European Country with a Fabled History and a Storied Culture Was Taken Over by a Man Named Silvio Berlusconi*, Nueva York: The Penguin Press.

Stokes, Gale (1993): *The Walls Came Tumbling Down: Collapse and Rebirth in Eastern Europe*, Oxford University Press.

Stroschein, Sherrill (2014): *Ethnic Struggle, Coexistence, and Democratization in Eastern Europe*, Cambridge University Press.

Sukhankin, Sergey (2017): «Anti-Semitism in the late Soviet Union: The rise and fall of Pamyat movement», *Tiempo devorado*, 4 (1): 39-60.

Suso, Roger (2016): *La claveguera marró. L'NSU i el terror neonazi a Alemanya*, Manresa: Tigre de Papel.
Taguieff, Pierre-André (2003, ed. original, 2002): *L'illusione populista*, Milán: Bruno Mondadori.
Tarchi, Marco (ed.) (2010): *La rivoluzione impossibile. Dai Campi Hobbit alla Nuova destra,* Florencia: Vallecchi.
Tarchi, Marco (2015): *Italia populista. Dal qualunquismo a Beppe Grillo*, Bolonia: Il Mulino.
Tarchi, Marco (2016): «L'Italia, terra promessa del populismo?», *Il Ponte*, 8: 169-180.
Teitelbaum, Benjamin R. (2017): *Lions of the North. Sounds of the Nordic Radical Nationalism*, Oxford University Press.
Tejchman, Miroslav, «Attempts to Form Antirevisionist Alliances inside the Axis: Croatian, Slovak and Romanian Collaboration against Hungary (1941-1943)», *West Bohemian Historical Review*, 2 (2): 147-158.
Temin, Peter (2018): *The Vanishing Middle Class. Prejudice and Power in a Dual Economy*, Cambridge, Massachusetts: The MIT Press.
Thomas, Robert (1999): *Serbia under Milošević*, Londres: Hurst & Co. Ltd.
Thompson, Michael J. (2007): *Confronting the New Conservatism. The Rise of the Right in America*, Nueva York University Press.
Thornton, Rod (2015): «The Changing Nature of Modern Warfare», *The RUSI Journal*, 160 (4): 40-48.
Thornton, Rod (2017): «The Russian Military's New 'Main Emphasis'», *The RUSI Journal*, 162 (4): 18-24.
Tipaldou, Sophia (2015): *Russia's Nationalist-Patriotic Opposition: The Shifting Politics of Right-Wing Contention in Post-Communist Transition*, Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología – Departamento de Ley Pública y Estudios de Historia legal – Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) [consultable en red:

https://www.tesisenred.net/bitstream/handle/10803/308508/st1de1.pdf?sequence=1&isAllowed=y].

Tishkov, Valery (1997): *Ethnicity, Nationalism and Conflict in and After the Soviet Union. The Mind Aflame*, Londres: Thousand Oaks y Nueva Delhi, PRIO / UNRISD, Sage Publications.

Titov, Alexander Sergeevich (2005): *Lev Gumilev, Ethnogenesis and Eurasianism*, University College Londres: School of Slavonic and Eastern European Studies, Tesis doctoral [consultable en red: http://discovery.ucl.ac.uk/1446515/1/U602440.pdf].

Togliatti, Palmiro (1977): *Lecciones sobre el fascismo*, México: Ediciones de Cultura Popular.

Tooze, Adam (2018): *Crash. Cómo una década de crisis financieras ha cambiado el mundo*, Barcelona: Crítica.

Touraine, Alain, Dubet, François y Wiewiorka, Michel; Strzelecki, Jan (2014): *Solidarité: analyse d'un mouvemente sociale (Pologne, 1980-1981)*: París: Fayard.

Tranfaglia, Nicola (2014): *Populismo. Un carattere originale nella storia d'Italia*, Roma: Castelvecchi.

Traverso, Enzo (2018): *Las nuevas caras de la derecha*. Conversaciones con Régis Meyran, Buenos Aires: Siglo XXI.

Tripalo, Miko (1989): *Hrvatsko Proljeće*, Zagreb: Plava biblioteka, Globus.

Trueba, David (2018): *La tiranía sin tiranos*, Barcelona: Anagrama.

Tudor, Corneliu Vadim (1999): *Jurnalul Revoluţiei, de la Crăcium la Paşte*, Editura Fundaţiei România Mare.

Tüfekçi, Zeynep (2017): *Twitter and Tear Gas. The Power and Fragility of Networked Protest*, Yale University Press [Kindle ed.].

Unger, Craig (2018): *House of Trump, House of Putin. The Untold Story of Donald Trump and the Russian Mafia*, Nueva York, Duton: Random House [Kindle ed.].

Vale, Lawrence J., (2008): *Architecture, Power, and National Identity* (2.ª ed.), Edition. Londres y Nueva York: Routledge.

Vallespín, Fernando y Bascuñán, Máriam M. (2017): *Populismos*, Madrid: Alianza Editorial.

Vargas Llosa, Álvaro (coord.) (2017): *El estallido del populismo*, Barcelona: Planeta.

Veiga, Francisco (1989): *La mística del ultranacionalismo. Historia de la Guardia de Hierro. Rumania, 1919-1941*, Bellaterra (Barcelona): eds. De la Universitat Autònoma de Barcelona.

Veiga, Francisco (2004): *Slobo. Una biografía no autorizada de Milošević*, Madrid: Debate.

Veiga, Francisco (2011): *La fábrica de las fronteras. Guerras de secesión yugoslavas, 1991-2001*, Madrid: Alianza Editorial.

Veiga, Francisco y González Villa, Carlos (2016): «Transferencias y atracciones. Impacto de la ultraderecha en el Este en el mapa político europeo, 1991-2017», *Tiempo devorado*, 4 (1): 61-86.

Vejvodá, Petra (2014): «The Identitarian Movement – Renewed idea of alternative Europe» – ECPR General Conference, Glasgow, UK, 3 – 6 September 2014 (Draft versión) [consultable en red: https://ecpr.eu/Filestore/PaperProposal/ff2ea4db-2b74-4479-8175-7e7e468608ba.pdf].

Venturi, R., Scott Brown, D. y Izenour, A. (1972): *Learning From Las Vegas: The forgotten symbolism of architectural form,* Boston: MIT Press [ed. serbia, 1990, Belgrado: Gradjevinska Knjiga].

Volkogonov, Dmitri (1994): *Lenin. A New Biography*, Nueva York: The Free Press [Kindle ed.].

Vujačić, Veljko (2015): *Nationalism, Myth, and the State in Russia and Serbia Antecedents of the Dissolution of the Soviet Union and Yugoslavia*, Cambridge University Press.

VV.AA. (1989): *Nationalism in the URSS. Problems of Nationalities*, Ámsterdam: Second World Center.
VV.AA. (2014): «Alexander Dugin y la Cuarta Teoría Política. La nueva derecha rusa euroasiática», monográfico de la revista *Elementos. Metapolítica para una civilización europea*, 70.
VV.AA. (2017): *El gran retroceso*, Barcelona: Seix Barral.
Wiebe, Robert H. (2002): *Who We Are. A History of Popular Nationalism*, Princeton y Oxford: Princeton University Press.
Wilson, Andres (2014): *Ukraine Crisis. What It Means for the West*, Yale University Press [Kindle ed.].
Willinger, Marcus (2014): *A Europe of Nations*, Londres: Arktos Media [Kindle ed.].
Wind, Marlene (2019): *La tribalización de Europa,* Barcelona, Espasa/Planeta.
Wodak, Ruth (2013): *Right-Wing Populism in Europe. Politics and Discourse*, Londres y Oxford: Bloomsbury Academic [Kindle ed.].
Wolchik, Sharon L. y Curry, Jane Leftwich (eds.) (2018): *Central & East European Politics. From Communism to Democracy* (4.ª ed.): Lanham, Maryland; Londres: The Rowman & Littlefield Publishing Group [Kindle ed.].
Wolff, Michael (2018): *Fuego y furia. En las entrañas de la Casa Blanca de Trump*, Barcelona: Península [Kindle ed.].
Yekelchyk, Serhy (2015): *The Conflict in Ukraine. What Everyone Needs to Know*, Oxford University Press [Kindle ed.].
Ye’or, Bat (2005): *Eurabia: The Euro-Arab Axis, 2005*, Fairleigh Dickinson University Press.
Zaslove, Andrej (2011): *The Re-Invention of the European Radical Right. Populism, Regionalism and the Italian Lega Nord*, Montreal: McGill-Queen’s University Press.
Zygar, Mikhail (2016): *All the Kremlin’s Men. Inside the Court of Vladimir Putin*, Nueva York: PublicAffairs

[Kindle ed.].
Zuber, Frederick R. (1975): *The Watch on the Brenner: A Study of Italian Involvement in Austrian Foreign and Domestic Affairs, 1928-1938*, Tesis doctoral, Rice University, Houston, Texas [consultable en red].
Zúquete, José Pedro (2018): *The Indentitarians. The Movement Against Globalism and Islam in Europe*, Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press [Kindle ed.].
Zürcher, Christoph (2007): *The Post-Soviet Wars. Rebellion, Ethnic Conflict and Nationhood in the Caucasus*, New York University.



Edición en formato digital: 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid



alianzaeditorial@anaya.es

ISBN ebook: 978-84-9181-723-9

Conversión a formato digital: REGA www.alianzaeditorial.es